

# Madame Proust y la cocina kosher

## KATE TAYLOR

Nuevos Tiempos **Siruela**



**KATE TAYLOR**

**Madame Proust  
y la cocina kosher**



Ediciones Siruela

# Table of Contents

[Portadilla](#)

[Madame Proust y la cocina kosher](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Kate Taylor

Madame Proust y la cocina kosher

Traducción del inglés de  
Alejandro Palomas

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

## Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Madame Proust y la cocina kosher](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Para mis compañeros de infancia:  
Andrew, Sarah, Pegatha y James

«La vida es muy agradable, pero carece de forma.  
El objeto del arte es, sin duda, dársela...»

Jean Anouilh, *El ensayo o el amor castigado*

SOPHIE necesitaba unas piedras, pero no se le ocurría dónde encontrarlas en plena ciudad. Aunque no buscaba grandes pedruscos, tampoco estaba dispuesta a conformarse con un puñado de grava que podía coger clandestinamente del diminuto jardín urbano que sobresalía apenas un metro sobre la acera delante del piso bajo del edificio situado a tres puertas del suyo. Mientras pensaba dónde podía encontrar especímenes de mayor tamaño, se acordó con una mezcla de cariño y de arrepentimiento del cubo de latón lleno de pequeños cantos y conchas marinas que durante muchos años la pequeña había guardado en su habitación: recuerdos que había recogido en la playa durante las vacaciones y de los que se había negado a separarse al llegar el momento de tomar el tren de regreso a casa. Sophie se acordó también de los frecuentes paseos por los bosques cercanos, donde sin duda debía de haber todo tipo de rocas dispersas bajo los árboles. Pero la niña había crecido y se había marchado, y hacía ya tiempo que el cubo de latón yacía sumido en el olvido. La familia no había vuelto a viajar a la costa normanda desde el estallido de la guerra y aunque la entrada del Bois de Boulogne estaba a tan solo diez minutos a pie del apartamento, Sophie cada vez se atrevía menos a aventurarse más allá de la panadería de la esquina y no deseaba arriesgarse a tener que sumar una salida adicional a la misión que la ocupaba. Tendría pues que confiar en que encontraría las piedras al llegar a su destino.

Vio, aliviada, que Philippe también había salido antes esa mañana, de modo que no tuvo necesidad de dar explicaciones sobre su partida. La comunicación era cada vez más difícil entre ellos y no tenía energías para inventarse una mentira que la respaldara mientras abría la pesada puerta de roble del apartamento. Durante el tiempo que la niña había estado con ellos, se habían mantenido unidos y resueltos en la ejecución de sus planes: Sophie y Philippe conseguirían poner a su hija a salvo aunque para ello tuvieran que invertir en la empresa todos sus ahorros. Sin embargo, cuando, tras nueve largas semanas desde la noche de la separación de la pequeña, supieron que el grupo en el que viajaba la niña había logrado cruzar el puesto fronterizo de Hendaya y pasado sano y salvo a España, el foco en el que habían estado concentrados se disolvió y la unidad quedó fracturada.

Al principio, Philippe pedía permiso a Sophie antes de vender algo. Desde el primer momento, habían acordado que la cubertería de plata, regalo de bodas de la madre de ella y cuyas piezas estaban delicadamente labradas con tracería de hojas de parra, era sagrada, tras lo cual habían agonizado juntos intentando decidir cuál de sus pertenencias era más prescindible. Sin embargo, ahora Sophie sabía lo que él se llevaba solo cuando notaba su ausencia. Podía estar leyendo sentada en el salón y, al levantar los ojos hacia la repisa de mármol de la chimenea para ver la hora, encontrarse con que el reloj dorado con las figuras de ninfas del bosque que sostenían su esfera blanca y negra había desaparecido. O si estaba buscando un plato en el que servir una magra comida de patatas hervidas y alubias, advertir que el armario donde guardaban la vajilla estaba menos repleto que antes y descubrir que la porcelana de Sèvres ya no estaba.

Esas pérdidas se callaban y Philippe ya no la hacía partícipe de sus planes. Aun así, Sophie sabía que probablemente él había salido esa mañana a visitar a algún otro comerciante. En los tiempos que corrían, ese era el único motivo que tenía Philippe para

salir del apartamento. Cuando, con la imposición de los cupos de oficios, él perdió la consulta, salía a diario e iba apresuradamente a la Cité en metro porque el *Maître Richelieu* le había dado un trabajo como secretario en su oficina. Pero Philippe no podía seguir arriesgándose a desplazarse diariamente, y tampoco su anterior colega podía correr el riesgo de emplearle. Se pasaba los días leyendo el periódico y rebuscando inútilmente entre sus viejos archivos. Suspendidos entre la vida que habían llevado hasta entonces y el futuro incierto, parecían haber quedado momentáneamente abandonados a merced del tiempo. Cada vez más, Sophie anhelaba que ocurriera algo que pusiera fin a la situación y había empezado a pensar que cuando por fin llamaran a la puerta, encontraría en ello un alivio.

Solo le quedaba esa última misión por cumplir. Se abrochó con firmeza el cinturón de la trenca de color pardo –necesitaría sin duda sus bolsillos hondos y resistentes para cargar en ellos las piedras que pudiera encontrar– y salió sigilosamente al descansillo. Se asomó por encima de la barandilla de hierro forjado y miró hacia el vestíbulo, situado cuatro pisos más abajo, para cerciorarse de que madame Delisle no estuviera allí, barriendo la alfombra o sacando lustre a los pilares de bronce de la escalera. El vestíbulo estaba de momento vacío y Sophie bajó apresurada aunque silenciosamente. Salvó sin hacer ruido el último escalón, se deslizó por el vestíbulo vacío como un fantasma y salió a la calle.

Se dirigió de prisa hacia el metro, intentando adoptar un paso lo suficientemente rápido como para dar a entender que la movía una misión legítima aunque no tanto como para que nadie pensara que huía de algo. Hacía un día agradable, todavía caluroso a pesar de estar ya en pleno octubre, y no pudo evitar dejar que la luz le caldeara el rostro. Desde La Muette, la parada en la que tantas veces antes había subido al tren confiada y sin temor alguno, tomó el metro hacia el este, manteniendo la cabeza gacha para no cruzar la mirada con nadie, escudriñando ansiosa no ya los rostros de los demás pasajeros sino su calzado igualmente revelador. Buscaba atemorizada las botas de cuero perfectamente lustradas de algún gendarme u oficial alemán, pero no vio ninguna y cuarenta minutos más tarde llegó sin novedad a su parada, Père Lachaise.

Père Lachaise es el cementerio más famoso de París. Al cruzar la verja de entrada, Sophie se oyó pronunciando esas palabras en su cabeza al modo de un guía turístico y entendió que estaba hablando a su hija. «Este es el cementerio más famoso de París», continuó al tiempo que se adentraba por uno de los trillados senderos de fango, «donde yacen Sarah Bernhardt, Oscar Wilde y Marcel Proust. Mira, cariño, ahí está la tumba de Alfred de Musset. Sí, esa, la del pequeño sauce. Es el hombre que da nombre a nuestra calle, un gran escritor». De hecho, y en secreto, siempre había opinado que aquel árbol era una ridiculez. El poeta había pedido que le enterraran debajo de un sauce, y en vez de buscar la orilla de un río para tal efecto, su familia le había enterrado en el Père Lachaise y había plantado aquel patético espécimen sobre su tumba. Pero Sophie nunca había compartido esa crítica con su hija.

«Aquí es donde descansan los grandes artistas de Francia», prosiguió. «El escritor Alphonse Daudet está aquí, y también los pintores Géricault y Delacroix, el dramaturgo Beaumarchais, la poetisa Anna de Noailles y Georges Bizet, el compositor de *Carmen*. Aquí es donde el Faubourg Saint-Germain encuentra su amargo final. Aquel monumento

contiene los huesos de los De Guiche. Los de Brancovan están también por aquí, y los Rothschild y todas las grandes familias. Está el conde de Montesquiou, famoso dandi en su día. Y mira, esa es la tumba de Félix Faure, el presidente de la República. Murió en brazos de su amante en pleno apogeo del caso Dreyfus.» A decir verdad, esa clase de cosas no se explicaban a una niña que todavía no había cumplido los doce años, del mismo modo que tampoco podía explicar por qué el escritor inglés Oscar Wilde había sido enterrado en París, exiliado y caído en desgracia.

Al ver el monumento dedicado a la memoria de Faure, Sophie vio también un pequeño claro de tierra desnuda situado justo detrás, que señalaba el espacio de una futura tumba. Se acercó y empezó a apartar con la punta del pie las hojas secas y la hierba medio muerta. Pronto dio con lo que buscaba: una piedra redonda de cantos suaves y del doble del tamaño de una moneda de un franco. Tras apartar más hojas y hierba con el pie, logró recoger una docena de piedras del mismo tamaño que se metió en los bolsillos y siguió subiendo colina arriba hacia lo alto del cementerio.

Cuando llegó a las tumbas de los suyos, Sophie entendió por qué hablaba a su hija. Podría haber llevado allí a la pequeña antes de su partida. En aquel entonces la idea ni se le había pasado por la cabeza. Apenas había habido tiempo, solo un día para preparar una bolsa de viaje lo suficientemente pequeña para que la niña pudiera cargar con ella, para hacer promesas, para mimarla durante un breve instante rápidamente interrumpido por la llegada de una señora y un caballero que habían venido a buscarla diez minutos antes de la hora acordada. Bueno, Sophie decidió que pondría solución a eso y prosiguió con la visita guiada en su cabeza.

«Esta es mi familia», diría al volverse hacia el monumento de mármol negro en el que figuraba la inscripción WEIL. «Eran oriundos de Metz, de la Lorena. Fuimos una vez, cuando eras muy pequeña. Bueno, seguro que no te acuerdas, eras demasiado pequeña. En cualquier caso, no importa porque todos hemos vivido aquí, en París, desde hace muchos años. Mi bisabuelo hizo fortuna con los botones. Ya, bueno, todo el mundo necesita botones y alguien tiene que fabricarlos. El bisabuelo tenía una fábrica que se dedicaba exclusivamente a fabricar botones.

»Y mi padre, tu *grand-père*, era soldado, cariño, y luchó en la guerra. No, no en esta, sino en la Gran Guerra de 1914. Le condecoraron con la Croix de Guerre, una medalla, por su valor en Verdún. Sobrevivió a las trincheras, pero cuando volvió a casa murió víctima de la gripe. La gripe mató a mucha gente en ese tiempo. Ahora tenemos toda clase de medicamentos, pero en aquellos días las cosas eran distintas. Enfermabas y morías. Yo era apenas una niña y casi no conocí a mi padre, pero tu abuelo fue un héroe, cielo. No te olvides de eso en tu nuevo hogar. Diles que tu abuelo luchó por Francia.

»Y allí está *grand-mère*. Hace ahora dos veranos, ¿te acuerdas? Mejor así. Era ya muy mayor. Mejor que no haya visto... Bueno, mejor así.»

Sophie giró la cabeza, apartando los ojos del nombre de su madre, y se volvió a mirar hacia el fondo del camino, a la piedra gris que señalaba la tumba de los BENSIMON, su familia política.

«Esta es la familia de tu padre. Son los únicos, no hay otros Bensimon en París. Fueron en su día mercaderes en Tánger y en Ámsterdam, aunque viven en Francia desde la Revolución. Ahora son prominentes parisinos, y todos abogados. Como tu padre.

»Nuestra gente pertenece a este lugar, cariño. Ah, sí, los Rothschild eran banqueros de Napoleón, y Sarah Bernhardt fue la actriz más maravillosa que ha dado Francia. Está por ahí, a tu derecha. Henri Bergson está aquí. Era filósofo, y un anciano. Murió el año pasado. Creo que a causa de sus pulmones. Y Marcel Proust, el famoso escritor, aquí. También él era judío. Por parte de madre. De hecho, era prima lejana de mi padre. Sí, estamos enterrados entre lo más granado.

»Este es nuestro lugar, cielo: París. Y aquí, en el Père Lachaise, todo París se extiende a nuestros pies.»

Sophie sacó unas cuantas piedras de su bolsillo y las colocó en equilibrio con cuidado sobre la parte superior plana del panteón de los Bensimon, antes de retroceder hasta la tumba de su propia familia. Allí, la lápida vertical se arqueaba en el techo, con lo cual no logró encontrar un lugar donde poder dejar las piedras aparte del suelo. Las enterró un poco, calculando que así permanecerían más tiempo allí. Mientras las colocaba, se le ocurrió que todo habría sido más fácil si hubiera practicado la religión de sus vecinos. No habría tenido que salir a escarbar para recoger las piedras. Las floristerías habían estado vacías ese invierno, pero con la llegada del verano las existencias habían aumentado y podían encontrarse bonitos ramos en los bulevares: pequeños ramilletes de crisantemos que llevar a una tumba. En cualquier caso, si hubiera practicado la religión de sus vecinos... Se deshizo rápidamente de la idea, incorporándose y supervisando el efecto. Ese era su recordatorio, con piedras, como mandaba la tradición. Había cumplido con su tarea. Quizá esa misma noche llamaran a la puerta. Sophie estaba ya preparada para el siguiente capítulo.



PARÍS, 7 DE NOVIEMBRE DE 1890, VIERNES

El doctor está furioso con los ingleses. Esta mañana ha recibido una carta plagada de excusas y de dudas del ineficaz doctor Thompson en la que enumera toda suerte de motivos médicos por los que el plan no puede seguir adelante; aseveración que, sin duda, no es más que una patraña. Ya están los británicos jugando a la política, como de costumbre. Ayer el doctor se encendió visiblemente al hablar del tema, y cuando pregunté cómo era posible que el doctor Thompson pusiera objeciones médicas al *cordon sanitaire*, Adrien estalló contra mí: «Por supuesto que no puede. Simplemente se las inventa para complacer a un atajo de mezquinos oficiales de Whitehall». Se expresó con tanta violencia que me permití cierta reconvención. Yo no tengo la culpa de que los ingleses estén decididos a boicotearle, y además debería controlar sus arrebatos de mal genio delante del servicio. Adrien se calmó lo suficiente como para explicar que todo ha terminado por mezclarse con Egipto. Y es que, al parecer, ¡los ingleses sospechan de nuestras ambiciones imperialistas en ese sentido! Sería irrisorio de no ser por lo triste que resulta. Adrien concluyó diciendo que le traía sin cuidado quién fuera el amo de Egipto, que lo único que él quería era salvar a los europeos del cólera, y a decir verdad sentí lástima por él. Realmente lo cree así y el proyecto le importa tanto que en estos últimos años ha encanecido considerablemente.

Y este otoño ha engordado algunos kilos, a pesar de que todavía faltan casi dos meses para el Año Nuevo. Todas esas comidas de Navidad por delante. He sugerido a Félicie que tengamos siempre fruta o gelatina de postre en vez de *pâtisserie*, aunque no me parece justo privar a Dick de sus dulces solo porque su padre tiende a abusar de ellos. En cualquier caso, Félicie y yo hemos decidido que intentaremos mantener nuestros menús frugales en casa, aunque ninguna de las dos podemos hacer nada con respecto a las cenas. Incluso aunque acompañara a Adrien más a menudo, no podría hacer nada para poner freno a esos menús. La semana pasada había langosta y salmón antes del buey y de la ternera en la cena de los Faure, ¡y cinco clases distintas de tarta de postre! A pesar de que la mesa estaba hermosa y madame se mostró muy solícita, la velada me resultó agotadora. Tan solo faltan ocho días.

PARÍS, 8 DE NOVIEMBRE DE 1890, SÁBADO

Esta mañana me he vestido de gris por primera vez. Supongo que podría haberlo hecho hace un mes, pero me he acostumbrado a los colores de mi dolor. Adrien, que ha asomado la cabeza por la puerta antes de marcharse a la consulta a ver a un paciente, se ha mostrado muy dulce al respecto y me ha dicho que estaba estupenda.

Supongo que Marie-Marguerite se expresará con mayor contundencia cuando venga esta tarde a tomar el té. A pesar de su carácter compasivo y afable, y de que se hace cargo absolutamente de la profundidad del duelo que me embarga tras la muerte de *Maman*, es muy sincera en lo que concierne a la muerte y dice que tendemos a convertir el duelo en un espectáculo. En varias ocasiones me ha advertido de que debo empezar a recibir en cuanto termine el año. Dice que resulta extraño que justo cuando más necesitamos a nuestros amigos para que nos consuelen en el dolor es cuando inventamos reglas para mantenerlos alejados de nosotros. En cualquier caso, yo nunca he sido partidaria de mantener un salón. El día en que recibo en casa se reduce a unas cuantas señoras disfrutando de una taza de té y compartiendo algunos chismes. Aun así, he decidido que el año entrante visitaré más a menudo las casas de los demás. Tengo que acordarme de decir a Marie-Marguerite que efectivamente asistí a la cena de los Faure, aunque me resultó un debut cuanto menos intimidatorio.

Pasé la tarde de ayer con Dick, repasando con suma atención su ensayo de filosofía para que no se repita la pequeña tragedia del mes pasado. Si bien es cierto que está muy bien escrito y que manifiesta una defensa a ultranza del triunfo de la ciencia (¡su padre estaría totalmente de acuerdo!), tuvimos que trabajar muy duro para eliminar todas las construcciones poco fluidas, pues fue en eso en lo que falló la última vez. No hay duda de que carece del depurado estilo de su hermano.

Siete días. Tan solo una semana.

PARÍS, 9 DE NOVIEMBRE DE 1890, DOMINGO

Disfrutamos de una agradable velada familiar y de un delicioso estofado de conejo. Marie-Marguerite mostró un gran tacto para con mi vestido gris durante el té, de modo que cuando se marchó y mientras me cambiaba para la cena, intenté ponerme un cuello violeta en vez del negro que suelo utilizar y Georges me dedicó un cumplido.

Anoche estaba francamente sembrado. No es que él no eche de menos a mamá tanto como yo, pero consigue olvidar su pérdida en cuanto está en buena compañía o cuenta alguna de sus graciosas historias ocurridas en los tribunales. Dick estaba encantado con la historia de un juez que se ha hecho famoso por retirarse a sus habitaciones a dormir la siesta. Los fiscales del tribunal afirman que se le oye roncar desde los pasillos.

Georges bromeaba con Dick sobre medicina, diciéndole que será sin duda un gran médico como su padre y preguntándole sobre el examen de ciencias, llamándole Robert todo el tiempo. (Dice que Dick no es un nombre adecuado para un adulto y que debemos olvidarnos del sobrenombre y así evitar que tomen a Robert por un bebé cuando ingrese en la facultad de Medicina.)

A continuación, los hombres se enzarzaron en un gran debate sobre la pasteurización. Naturalmente, están todos a favor, aunque Adrien dice que no será eficaz hasta que la gente entienda su propósito. A fin de ilustrar su argumentación, pidió a Jean que fuera a buscar a Félicie a la cocina y le preguntara su opinión. Félicie representó su papel admirablemente, diciendo que jamás había oído hablar de nada semejante y que sin duda estropearía el sabor de la leche, un comentario que hizo las delicias de Adrien.

Seis días.

PARÍS, 10 DE NOVIEMBRE DE 1890, LUNES

A veces nuestras aflicciones quedan sumidas en la confusión. Ayer por la tarde, después del almuerzo, cuando salía de mi habitación dispuesta a dar mi paseo, vi la fotografía de Marcel tomada hace ya unos años, justo antes de que empezara sus estudios en el *lycée*. Al ver esos ojos oscuros y profundos, me sentí de pronto abrumada por el dolor y, sola en la habitación, rompí a llorar. Me senté en el pequeño sofá, intentando controlar las lágrimas –sé que Adrien se cansa de esa suerte de demostraciones y que argumenta que su prolongación es perjudicial para la salud–, y en ese momento me asombró mi estado y me pregunté por qué lloraba. Marcel, a pesar de lo mucho que me preocupa su salud, está vivo y sano, y faltan tan solo cinco breves días para que vuelva a estar con nosotros.

Creo que lloraba por *Maman*, o quizá simplemente por lo rápido que pasa el tiempo, consciente de pronto de que los niños se han hecho mayores. Aunque creo que sobre todo lloraba por *Maman*. Sin embargo, a veces, a pesar de su muerte, es a Marcel a quien más echo de menos: siento su ausencia en todos los rincones del apartamento. La añoranza que me invade al pensar en él no es algo razonado que se bate firmemente en retirada a medida que se acerca su regreso, sino que varía salvajemente de un día al siguiente. Unas veces es apenas una leve sombra que podemos ignorar fácilmente y seguir con el quehacer diario, y otras, un amplio y magnífico bulevar de dolor imposible de evitar. En suma, todo se vuelve confuso.

«No hay un solo rincón ni una sola esquina de esta casa que no me hiera en lo más hondo del corazón. Tu habitación me mata», escribió nuestra querida madame de Sévigné tras la partida de su hija.

PARÍS, 11 DE NOVIEMBRE DE 1890, MARTES

Adrien dice que aumentan las dudas sobre si la vacuna contra la tuberculosis descubierta por los alemanes es realmente eficaz para combatir la enfermedad. Esta tarde asistirá a una reunión de la Comisión Permanente en el Ministerio y dice que De Fleury le contará más sobre el tema, aunque teme que se hayan creado falsas expectativas. Admiro el alcance de sus intereses. Algunos de sus colegas se obsesionan sobremanera con su especialidad en particular, reservando para sí apenas un pequeño resquicio cuyos límites jamás traspasan. Adrien jamás preguntaría por qué no existe una comisión permanente para la lucha contra el cólera. En vez de eso, se afana por ayudar con la tuberculosis. Todavía conserva esa energía. Cuánto desearía poder decir lo mismo de Marcel. Aunque he alimentado la ilusión de que el año que ha pasado lejos de nosotros le fortalecerá y le enseñará cierto grado de control, a menudo temo que el resultado sea precisamente el contrario y llegue a nosotros con la digestión destrozada y con el temperamento todavía más proclive a la extravagancia.

Ayer por la tarde fui a casa de Marie-Marguerite y mantuve con ella un fructífero *tête-à-tête*, una de esas conversaciones que nos recuerdan por qué somos tan buenos amigos de nuestros amigos. Aunque no es necesario que nada ni nadie nos lo recuerde –el afecto que me une a Marie-Marguerite jamás se debilita–, en ocasiones tenemos estos destellos de consciencia en lo que concierne a una amistad. Le comenté que a veces me siento realmente confundida e incapaz de distinguir entre el dolor que provoca en mí la pérdida de *Maman* y lo mucho que echo de menos a Marcel, y ella lo entendió perfectamente.

Marie-Marguerite recordó un episodio que había tenido lugar unas semanas antes de su boda, un día en que supuestamente tenía que haber ido al dentista. Su madre decidió que había llegado el momento de enseñarle ciertos discretos detalles relacionados con lo que debía esperar del lecho conyugal. Me dijo que esa tarde, en el carruaje, había tenido que recordarse que iba a que le examinaran una muela (una experiencia sin duda harto irritante) y no a prepararse para la noche de bodas. «Y no es que quiera denigrar tus tiernos sentimientos hacia Marcel y hacia tu difunta madre comparándolos con un dolor de muelas ni con la felicidad matrimonial... pero tú me entiendes», concluyó, y las dos nos reímos del peculiar *mélange* de las pruebas de la vida que habíamos terminado por hacer confluir en la misma conversación.

PARÍS, 12 DE NOVIEMBRE DE 1890, MIÉRCOLES

Esta mañana he recibido carta de Marcel. Por supuesto, será la última, y me ha dado mucha rabia que se haya cruzado con la que le envié la semana pasada. Como se encargó de apuntar acertadamente madame de Sévigné: «El problema de la correspondencia en las largas distancias es que todas las respuestas llegan a destiempo». Si mal no recuerdo, no obstante, decía a continuación que debemos aceptar como natural ese vacío, pues la contención de nuestros pensamientos resultaría sin duda demasiado restrictiva. Desgraciadamente, lamento no haber reprimido mis pensamientos sobre la dieta de Marcel, pues él me informa ahora de que vuelve a tener las tripas sueltas –o, lo que es lo mismo, con demasiada tendencia a ello– y me temo que habría sido más acertado haberle aconsejado que comiera mucho pan en vez de evitar la leche. Espero y deseo que su regreso a París nos permita controlar su dieta de un modo más efectivo y asegurarnos así de que duerme lo suficiente, de modo que pueda dominar su tendencia a la enfermedad de una vez por todas. El pobre muchacho ha pasado un año muy duro por esta causa, a pesar de sus frecuentes visitas a casa. La idea de hacer de él un soldado es, a fin de cuentas, ligeramente extravagante. En cualquier caso, la espera casi ha tocado a su fin y el sábado estará aquí conmigo.

La sala de manuscritos de la vieja Bibliothèque Nationale huele a cuero y a polvo. El aroma mantecoso que impregna la literatura sobrevuela el espacio desde los estantes llenos de gruesos volúmenes encuadernados en piel de becerro, ordenadamente colocados, hasta el fondo de una larga pared. Un penetrante olor a historia se cuele entre el enrejado decorativo que oculta de la vista los crepitantes radiadores de hierro, y también de la escoba. Exuberante el primero y acre el segundo, los dos olores se entrelazan para mezclarse, colmando el estrecho espacio con un perfume único y esquivo.

Aunque cualquier lector que alzase la nariz podría disfrutar del aroma y preguntarse confundido durante un fugaz instante por la fuente que lo alimenta, nadie lo hace. Aquí, las cabezas se inclinan sobre sus lecturas, los cuerpos se encorvan a ambos lados de las largas mesas, las mentes ocupadas y los sentidos ajenos. Los olores pasan desapercibidos y nadie echa de menos la luz del sol en la peculiar semioscuridad de la sala. En la pared situada delante de las estanterías, las altas ventanas dejarían entrar la penetrante luz del sol de un día de septiembre para bañar la labor de los estudiosos en un resplandor de pura blancura de no ser porque de cada marco cuelga una cortina de lona. Así los preciosos documentos quedan protegidos de los rayos que terminarían por desteñirlos mientras los lectores pasan las delicadas páginas con las manos enfundadas en guantes blancos.

De hecho, los ejemplares forrados en piel que les rodean son en cierto modo una suerte de engaño, o al menos una irrelevancia: hilera sobre hilera de anticuados catálogos y decimonónicos anuarios raras veces consultados, almacenados aquí a falta de otro espacio donde colocarlos: el corazón de la *salle des manuscrits* yace en otro lugar. Sus páginas siguen inéditas y sin encuadernar, aunque precisamente por esa razón están más vigiladas y custodiadas en los montones que se ocultan tras las paredes de esta sala. Imagino una cámara cubierta por un andamiaje de estantes metálicos en los que se balancean contenedores de cartón del tamaño de cajas grandes de zapatos y cartapacios como el tablero de una mesa de cocina. Ocultos en ese almacén y debidamente vigilados por los diligentes bibliotecarios que mostrarán sus preciosas custodias tan solo a aquellos que ofrezcan una justificación sobradamente razonable para que se les permita verlos, hay toneladas y toneladas de papeles, pergaminos y papel vitela: diarios, notas, letras,

recetas, textos mecanografiados, iluminaciones, Biblias, salterios, libros mayores, devocionarios medievales y antiguos folletos y calendarios.

Estos son los tesoros literarios de Francia. Son estos los manuscritos que los estudiosos han venido a consultar y a admirar. Fue de esta colección de la que se extrajo un precioso ejemplar de la *Chronique* de Froissart, un manuscrito escrupulosamente copiado por una mano anónima hace hoy más de seiscientos años, para depositarlo delante de Voltaire, que esperaba trabajando en algún lugar de este mismo edificio en la que era, en ese tiempo, una biblioteca notablemente nueva. Fue de aquí de donde se sacaron las notas originales tomadas por Voltaire para sus historias del XVIII sobre Carlos XII y Luis XIV y se las presentaron a Michelet, que estaba sentado en esta misma sala, en aquel entonces recién construida. Fue aquí donde Zola, que solía ocupar un sitio en la mesa más apartada, esperaba para consultar el manuscrito de Michelet y escribir su *Introducción a la historia universal* (1831). No resulta difícil imaginar al gran novelista allí sentado, con el gabán pulcramente doblado en la silla a su lado y la cabeza tan inclinada sobre la mesa en su intento por descifrar los garabatos de Michelet que prácticamente toca la mesa con la barba. Y es aquí donde, a su vez, si nuestras credenciales cuelan, podemos examinar el manuscrito de *Germinal*, la novela escrita por Zola en 1885.

Pero acordaos de llegar temprano a la biblioteca. Los habituales del lugar pescan en seguida los mejores sitios y quien se demore demasiado puede terminar ocupando una de las plazas situadas junto al mostrador de pedidos, donde el trasiego turbará su concentración. Muy pronto trasladarán la Bibliothèque Nationale a una sede nueva y gigantesca en el quai François Mauriac, con cuatro torres de cristal con forma de libro llenas de ordenadores y una sala de manuscritos que consistirá en una cámara sin ventanas dotada de una luz de baja intensidad y sometida a estrictos controles de humedad. Sin embargo, por ahora, este es el lugar.

Este no es sitio para mí. Mi camisa blanca cruje y mis pantalones de franela gris están recién planchados. Un jersey de cachemir sobre los hombros con fingida informalidad y unas pocas y bien elegidas joyas suavizan la ropa anodina; en los pies llevo los mismos mocasines italianos de piel elegidos por generaciones de elegantes parisinas. Mi acento es impecable. No hay en él ni rastro de los giros típicamente canadienses que tanto indignan a los franceses. Mi carta de presentación, que envié apresuradamente desde el otro extremo del Atlántico gracias a la ayuda de una diligente amiga que trabaja en la Universidad de Quebec, logra sugerir que soy estudiante de literatura sin llegar a mentir realmente sobre mi profesión. Abajo, en la zona de recepción, la han leído sin demasiado interés antes de hacerme entrega de una tarjeta de lectora y de indicarme con un gesto de la mano que subiera a la segunda planta. Me acerco al panel de cristal enmarcado por la estructura de madera labrada, profusamente adornada, que bloquea la entrada de la sala de manuscritos y cambio la tarjeta de la biblioteca por un pequeño disco de plástico verde. El disco me asigna un asiento en una de las largas mesas donde dejo mis pertenencias antes de acercarme al mostrador de préstamos y consultas situado en el extremo más alejado de la sala. Una vez allí, cambio el disco verde por otro de color naranja que finalmente debo aportar antes de que me hagan entrega de un manuscrito. Relleno mi primera solicitud, pero el encargado no se queda con mi pequeña pieza de

color naranja y me envía de regreso a mi sitio.

Veinte minutos más tarde, debo volver a la mesa del ayudante de bibliotecario encargado de la gestión de manuscritos situada al fondo de la sala. También él lee mi carta, esta vez más atentamente, y pregunta acerca de mis intereses. Monsieur Richaud – ese es el nombre grabado en el pequeño letrero que tiene delante– se muestra infeliz y ligeramente molesto por mi presencia al tiempo que pregunta con una voz vacilante y aflautada cuánto tiempo tengo previsto pasar en la biblioteca. Un par de días, quizá una semana. ¿Quién sabe lo que puedo encontrar aquí? ¿Cómo decir lo que busco en realidad? Tras una larga negociación, por fin me concede su receloso permiso, pasándose una pálida mano por una ceja grisienta antes de corregir la signatura topográfica de mi solicitud y añadir su firma. Unos días después, monsieur Richaud lamenta claramente su decisión. De vez en cuando se levanta, visiblemente nervioso, del lugar que ocupa al fondo de la sala y se asoma para espiar a los estudiosos, inclinando torpemente su cuerpo escuálido junto al mostrador central de información mientras su húmeda mirada me observa con especial recelo. Debe de sospechar que soy tan solo una turista que se ha colado en el templo de la erudición, una diletante, la suerte de intrusa que a buen seguro esconde un bolígrafo prohibido en alguna parte de su persona. Le preocupa haberse equivocado al permitir que siga adelante con mi misión. Llevo varios días aquí. Nada indica que tenga intención de marcharme.

Sin duda, su confiado subalterno, el ayudante del ayudante de bibliotecario, un hombre alto de pelo castaño que parece demasiado consciente de su atractivo, sabe que no soy más que una simple intrusa. Todos los días, cuando llego por la mañana pocos minutos después de las nueve, ansiosa por cambiar mi disco verde por el de color naranja e instalarme en el escritorio que está cómodamente alejado de la línea de visión de monsieur Richaud, el ayudante del ayudante me mira y me saluda con un irónico *Bonjour, mademoiselle*, como diciendo: «Puede que mi pobre jefe no tenga el coraje de desafiarla, pero yo veo lo que oculta tras sus doctas pretensiones». Sonríe intencionadamente y sigue adelante con sus quehaceres. Haciendo guardia en el mostrador de préstamos, los empleados me vigilan recelosamente por turnos cuando les entrego mi solicitud y regreso a mi sitio. Diez minutos más tarde, uno de ellos se acerca a mi mesa con un carrito metálico coronado por un receptáculo forrado con fieltro amarillo. El empleado saca un archivador y lo posa delante de mí. Me pongo mis guantes blancos, levanto la tapa del Archivo 262 y saco de él la primera libreta: 1890-1891. Aquí encuentro, por lo menos, algo parecido a un hogar.

PARÍS, 16 DE NOVIEMBRE DE 1890, DOMINGO

Ah, qué guapo es mi soldado. Fui a buscarle sola a la estación ayer por la tarde –Adrien y Dick estaban ocupados– y cuál fue mi sorpresa al verle bajar del tren. Le encontré muy mayor. A pesar de haberle visto muy a menudo con su uniforme, durante los fines de semana y el invierno pasado, con motivo del entierro de su querida abuela, por algún motivo ayer me pareció rebosante de autoridad y de salud. Y pensar que no ha vuelto a sufrir ningún ataque en Orleans desde sus vacaciones de verano... o al menos ninguno importante. Apenas una leve insuficiencia respiratoria. Si hacerse mayor significa librarse de esa espantosa afección, la edad será en su caso una auténtica bendición, por mucho que yo eche de menos a mi lobezno.

El doctor volvió a cenar a casa, ansioso como estaba por ver a Marcel, y naturalmente en seguida buscó enzarzarse con él en una conversación sobre estudios y profesiones. Tuve por tanto que contenerle para que nuestra primera noche juntos fuera un acontecimiento alegre. ¡El muchacho necesita tiempo para readaptarse y dejar crecer de nuevo su precioso cabello oscuro!

Según nos ha dicho, a pesar de toda la soledad que ha tenido que soportar (también yo), ha terminado por disfrutar de la vida militar. Me pregunto qué habrá sido de la docena de tabletas de chocolate que le ordené que guardara. ¡Probablemente se las haya zampado de una vez el otoño pasado y en verano olvidara por completo nuestros planes de liberarle de su exilio!

Marcel llegó incluso a pedir al coronel una prórroga de servicio de seis meses. Como es de rigor, el hombre rechazó semejante petición. Una auténtica estupidez, o lo que es lo mismo, simplemente una de las pequeñas fantasías de mi pequeño Marcel. Cualquiera puede ver que nunca llegará a ser militar ni, ya puestos, médico como su padre, aunque bien es cierto que no han de faltarle oportunidades profesionales en cuanto termine sus estudios. Está la cuestión de la fuerza de voluntad: a pesar de que siempre le ha faltado el vigor de su padre y de su hermano, su inteligencia encontrará el lugar que mejor le convenga, de eso no me cabe duda. Su gran sensibilidad debería serle útil en la diplomacia al menos, si no en el derecho. Y, mientras goce de buena salud, trabajará con ahínco, estoy segura.

En fin, no queda ni rastro de la tarta. Las doce porciones han desaparecido. El año ha pasado por fin, tal y como le anuncié que ocurriría, y Marcel vuelve a estar con nosotros. Esta primera mañana en casa le he dejado dormir hasta tarde, pero ya son casi las diez y he terminado con mi correspondencia. Iré a ver si se ha despertado.

PARÍS, 17 DE NOVIEMBRE DE 1890, LUNES

Marcel fue ayer por la tarde a visitar a Jacques Bizet y regresó entusiasmado. Dice que madame Straus parece dispuesta a admitirle en su salón pues está hecho todo un hombre. Sé que tanto ella como el padrastro de Jacques no siempre han considerado que Marcel fuera una compañía adecuada para el muchacho, pero parecen haber cambiado de opinión y ahora se muestran muy dispuestos. (Menuda estupidez. Marcel puede resultar extravagante en cuanto a sus emociones, pero la idea de que fuera una mala influencia para Jacques es demasiado ridícula. Lo único que hacen los dos muchachos es hablar de literatura. En cualquier caso, Marcel jamás se ha ofendido y siempre ha tenido a madame Straus en la más alta estima.)

Por fin empecé anoche la lectura del libro de Pierre Loti. La descripción que hace de su madre, extraída de sus más tiernos recuerdos, es profundamente conmovedora.

PARÍS, 18 DE NOVIEMBRE DE 1890, MARTES

Papá y tío Louis vendrán a cenar esta noche. Se me ha ocurrido que, para variar, el cordero sería una buena opción. Me temo que Marcel encontrará muy cambiado a su abuelo. Es curioso lo distinto que reaccionamos todos ante la muerte. Yo jamás he puesto en duda que el tío Louis amara a su esposa, pero lo cierto es que ha sido siempre un viudo alegre, liberado de las preocupaciones domésticas y feliz de poder jugar con sus *coquettes*. (Imagino que Georges sería un caso muy parecido.) *Papa*, por otro lado, parece haberse encogido mucho desde la muerte de *Maman* y me resulta muy difícil acercarme a él en su dolor.

Marcel quiere asistir al salón de madame Arman de Caillavet este domingo (o comoquiera que ahora haya decidido llamarse. Esa familia se adjunta nombres a un ritmo prácticamente imposible: *de esto, de lo otro...*). Marcel la había visitado en un par de ocasiones antes de hacer el servicio militar y ha hecho amistad con su hijo Gastón y con la amiga de este, la hija de los Poquet. Dice que madame Arman de C. estará encantada de volver a disfrutar de su compañía y espera entusiasmado poder conversar en profundidad con Anatole France, el invitado más habitual del salón (y, según dicen, también el amante de madame). Le he dicho que preguntaría a su padre si le da su permiso para que vaya.

PARÍS, 19 DE NOVIEMBRE DE 1890, MIÉRCOLES

Durante la cena hemos hablado largamente sobre las perspectivas profesionales de Marcel, y Adrien le ha dicho que puede visitar a madame Caillavet el domingo siempre que el lunes vaya a la Sorbona y se matricule en Derecho. Su padre quiere también que Marcel considere con mayor detenimiento el programa de Ciencias Políticas de la École Libre. Según le ha dicho, es la mejor preparación en caso de que elija la carrera diplomática. Marcel insiste en que preferiría la carrera de literatura, aunque seguirá los deseos de su padre. Es sin duda una decisión harto razonable, aunque no me imagino a Marcel en el papel de abogado y las separaciones que acarrearía la diplomacia me aterran. Al menos su salud sigue fuerte, a pesar de que ayer tuve que recordarle con suavidad la cantidad de *patisseries* que se recomienda consumir en el curso de una tarde. Su presencia casi me consuela, paliando el dolor que provoca en mí la ausencia de su abuela.

PARÍS, 20 DE NOVIEMBRE DE 1890, JUEVES

Mi alegría por la aparente buena salud de Marcel era prematura. Un espantoso ataque anoche, uno de los peores, acompañado de esos horribles jadeos y de esa salvación que te hace pensar que va a expirar en cualquier momento.

Ocurrió después de cenar. Su padre y Dick habían estado muy alegres durante la velada. A decir verdad, nada fuera de lo habitual, aunque en esta ocasión se mostraban especialmente jubilosos porque Dick había anunciado que está firmemente decidido a estudiar medicina en cuanto termine sus estudios en el *lycée*. Aunque, naturalmente, no ha sido ninguna sorpresa, Adrien no ha escatimado muestras de júbilo a la hora de felicitarle. Padre e hijo no han parado de reír durante toda la cena al tiempo que Adrien obsequiaba a Dick con el relato de todas las pillerías que había cometido en la facultad durante sus años de estudiante. Marcel se unió a ellos al principio, pero poco a poco fue quedándose callado. Cuando acabábamos de trasladarnos al salón, dieron comienzo sus pequeños jadeos. Aunque no es más que un leve sonido, juro que es tan horrible que podría oírlo desde el otro lado del boulevard Maeshherbes. Su padre le dijo que se sentara y que respirara pausadamente, pero los jadeos no hicieron más que empeorar. Le acompañamos entonces a su habitación e intentamos recostarle sobre almohadones, pero para entonces Marcel estaba absolutamente aterrado. Finalmente, Adrien le administró un poco de morfina. A pesar de que a Marcel nunca le ha gustado y de que son raras las ocasiones en que la utilizamos, no parecía haber otra elección. Marcel se calmó, pero hubieron de pasar varias horas hasta que su respiración recuperó la normalidad. Me senté a su lado y le leí algunas páginas de Loti, que él ha empezado a leer por su cuenta, mientras Adrien y Dick volvían a su café.

Estas son mis propias traducciones. Les ruego que me disculpen si no son todo lo elegantes que deberían y si parezco incapaz de purgar cierta extravagancia gaélica de su prosa, haciéndola tal vez aparecer pretenciosa donde es, en realidad, altamente sensible. La sintaxis resulta escurridiza y sus construcciones, ligeramente formales según los estándares contemporáneos. ¿Cómo hacerles pues llegar su voz?

Quisiera que comprendieran que esta no es mi línea de trabajo habitual. Soy intérprete oficial de conferencias. Es decir, traductora simultánea: ponencias académicas, discursos políticos, esa clase de cosas. Como una antigua mecanógrafa, me enorgullezco de mi velocidad, de mi precisión y de un sexto sentido para el lenguaje, una premonición sobre lo que se dirá a continuación... o quizá sea simplemente la capacidad de reproducir correctamente lo que apenas se ha vislumbrado todavía. Una buena intérprete debe adivinar la dirección que toma la frase del conferenciante y formar una construcción que encaje de tal modo que concluya en el mismo punto donde lo hace él y tan solo un par de segundos más tarde, sin refundir, repetir ni recurrir a la pausa. Reconocerá un giro específico o cualquier suerte de jerga que el conferenciante decida utilizar, encontrando al instante el equivalente en la otra lengua. Imitará además su tono y también sus ideas. Hablará y escuchará a la vez. Se trata por tanto de un talento muy concreto que debe poner en práctica en circunstancias extremadamente específicas. Como ocurre con el controlador aéreo, la intérprete está generosamente recompensada por la tensión que implica su actividad.

Huelga decir que el traductor literario no está tan bien pagado, aunque su vocación sea más sublime. La traducción literaria no requiere prisas y la exactitud se da por sentada. El talento se concentra en el matiz, en reconocer las capas de significado que encierra una palabra o una frase, y en encontrar en la otra lengua una versión estilística que ofrezca no solo la hermosa superficie sino que también apunte a las bostezantes profundidades. Debo confesar que semejantes sutilezas se me escapan a menudo. En fin, mentiría si dijera que es la ambición profesional la que me ha traído aquí.



PARÍS, 31 DE DICIEMBRE DE 1890, MIÉRCOLES (HACIA MEDIA NOCHE)

Faltan solo tres días para el primer aniversario de la muerte de *Maman*. No he podido escribir esta mañana y finalmente esta tarde he intentado distraerme de la tristeza que me embarga con una salida repetidamente pospuesta para comprar algunos regalos de Año Nuevo. Ya me había decantado por un trabajo anglosajón para Marcel –George Eliot y Dickens– cuando se me ocurrió pasar por Calmann Lévy, donde compré un ejemplar de *Middlemarch*. Por fin les había llegado la traducción. No veo la hora de poder comentarla con él y compartir a Dorotea, Casaubon y todos los demás. También quiero que lea a Dickens y me he decidido finalmente por *Grandes esperanzas*.

Como buscaba una cartera para Dick, ordené al cochero que me dejara en el boulevard Haussmann. Era tal el gentío que el cochero no podía acercarse a las puertas de las Galleries Lafayette, y menos todavía esperarme, de modo que opté por despedirle allí y volver andando a casa a pesar del frío. Los escaparates estaban llenos de brillantes luces y de coloridos adornos, vestidos elegantes, pañuelos de seda y cestas de Navidad: el aire olía a castañas asadas y a barquillos recién hechos y los transeúntes iban de acá para allá en un desfile que acompañaban los sonos de un acordeonista apostado en la esquina. Los vendedores callejeros gritaban con un vigor a mi entender más acusado que de costumbre, quizá desesperados al ver que solo les quedaban unas horas para finiquitar sus ventas. La muchedumbre se apretujaba contra mí, empujándome contra uno de los vendedores que se había interpuesto en mi camino y me mostraba unas baratijas para que las inspeccionara. Cuando intenté apartarle a un lado, él insistió:

–*Mais regardez, madame*. Mire qué preciosidades...

Sin embargo, el hombre vio la respuesta en la seriedad de mi rostro y le aparté de un empujón para entrar en la tienda. La verdad sea dicha, no encontré mucha más tranquilidad en el interior, y me costó Dios y ayuda no sucumbir aplastada ante semejante horda de humanidad antes de hacer mi compra y regresar al boulevard Malesherbes.

Mientras escribo, los hombres están en la misa del gallo de la iglesia de Saint-Augustin después de haber dejado a su judía sana y salva en casa. Me he asegurado de que Marcel saliera con tres bufandas, una debajo del chaleco, otra debajo del gabán y la tercera encima, pues me aterra especialmente que este frío gélido le provoque un nuevo ataque. Ha estado bien durante las últimas semanas y afortunadamente hemos logrado evitar vivir una repetición de la espantosa escena que tuvo lugar en noviembre. Desde entonces, tan solo ha sufrido alguna pequeña indigestión puntual. A pesar de que no le dejé asistir al Domingo de madame Caillavet a causa del frío y quería que se quedara en casa también esta noche, sé lo mucho que disfruta con el boato de una buena misa y he decidido no retenerle.

Entraremos tranquilamente en el año nuevo cuando los hombres regresen a casa. Georges y Émilie tienen otra invitación, y tío Louis ha dicho que cuidaría de *Papa*. Me ha alegrado que seamos solo nosotros cuatro. El que viene será un año más adecuado para celebrar un *réveillon* apropiado.

PARÍS, 5 DE ENERO DE 1891, LUNES

He renunciado al luto por el bien de mis lobeznos y he prometido a Dick, que debe volver al colegio la semana que viene, un paseo por el Bois esta tarde, seguido de un convite en el salón de té. Dado que las temperaturas han ascendido ostensiblemente, la idea de salir se nos antoja mucho más apetecible. Debo esforzarme por imitar el magnífico ejemplo de entereza y elegancia que ha sido *Maman*, y aprender a ser valerosa en el dolor. Marcel en particular necesita de mi fortaleza, a pesar de que esté convirtiéndose en un asiduo de la alta sociedad.

Marcel ha recibido un alud de invitaciones por Año Nuevo. Madame Hayman le ha sugerido que empiece a frecuentar su salón, y puede vérselo en el de madame Straus todas las semanas. Marcel charla con la gente prominente del mismo modo que últimamente sale de visita con Jacques Bizet. No hay duda de que la madre de Jacques es una mujer dotada de un gran ingenio, y su padrastro es un hombre encantador. Marcel dice que la semana pasada un nuevo invitado, una anciana dama conocida de monsieur Straus, aunque al parecer no de su esposa, preguntó si a madame Straus le gustaba la música. Ella guardó un instante de silencio antes de responder, para deleite de quienes la rodeaban: «Ah, en mi primera familia la música causaba furor».

¡No creo que la pobre señora supiera que estaba hablando con la viuda de Bizet! O quizá lo sabía pero lo había olvidado en su premura por entablar conversación.

PARÍS, 5 DE FEBRERO DE 1891, JUEVES

A Dios gracias, la gran cena del doctor ha concluido por fin, y creo que ha resultado bastante bien. Félicie ha contado con la ayuda de Geneviève y debo reconocer que ha hecho un buen trabajo con la langosta. Además, siempre podemos contar con su salsa de trufas para el pollo. Y el budín Nesselrode tenía un aspecto espectacular en el aparador. Lo cierto es que, aunque no resulta fácil saber cuál es el resultado de esta suerte de ocasiones, los hombres han pasado un buen rato conversando en el comedor después de que las damas nos retiráramos, y eso suele indicar que están tratando algún asunto de relevancia. Adrien me ha dicho que estaba encantado y que tiene la impresión de que las cosas progresan tan bien en lo relativo a la conferencia programada que puede volver a concentrarse en su ponencia sobre la neurastenia, en la que a decir verdad no ha conseguido avanzar nada desde el nuevo año.

Aparentemente, Marcel se está convirtiendo en un auténtico hombre de salón. El otro día, Adrien coincidió con madame Hayman en una cena y esta no dejó en ningún momento de deshacerse en cumplidos hacia Marcel, diciendo que muy pronto no habrá dama en el Faubourg Saint-Germain que esté a salvo de esos ojos. Todo parece apuntar a que Marcel ha quedado especialmente cautivado por Jeanne Pouquet, que ha estado celebrando pequeñas recepciones para sus amigas a las que también él asiste.

Espero que Marcel sepa manejar sus afectos con un poco más de tacto que en el pasado. Aunque no hay duda de que a todas las damas les gusta ser admiradas, Marcel cae en un estado de inquietud tal que creo que consigue asustar a quienes le rodean... o peor aún, les divierte. Todavía recuerdo su agitación por la pequeña Benardaky, cuando aún estaba en el colegio, y cómo pasaba el día matando el tiempo, esperando a que llegara la hora de ir con ella y con sus amigas a los Campos Eliseos a jugar al rescate. Aunque los padres de la pequeña eran personas sumamente agradables, si bien ligeramente exóticos, Marie tenía tan solo catorce o quince años. Eran demasiado jóvenes para estar hablando de amor y Marcel estaba empezando a enfermar por culpa de todo el asunto. Adrien estuvo de acuerdo conmigo en que había que poner fin a la relación antes de que el niño perdiera por completo el control de sus emociones. Aun así, a menudo me pregunto si no me equivoqué prohibiéndole que volviera a verla. En cuanto lo hice, Marcel sufrió unos ataques espantosos, como si deseara castigarme por mi firmeza. Al menos ahora es lo bastante mayor como para mostrar una actitud más razonable hacia una muchacha bonita.

PARÍS, 18 DE FEBRERO DE 1891, MIÉRCOLES

Marcel está haciendo el más espantoso de los ridículos por culpa de Jeanne Pouquet. Y al parecer la muchacha está prometida a Gaston Arman de Caillavet. No me atrevo a imaginar lo que deben de pensar sus padres. Marcel cree que puede ocultármelo todo, pero cualquiera sabría ver que está enamorado. Vuelve a soñar despierto durante el día como lo hiciera en su día con Marie de B., a la espera del siguiente té o de la siguiente visita. Ayer, cuando Jacques Bizet vino a buscarle y esperaba en el salón a que se vistiera, avivó mis temores al hacerme una confidencia. Jacques dice que el año pasado en Orleans, mientras ambos cumplían el servicio militar, Marcel escribía constantemente a las Pouquet y llegó a proponer a madre e hija que fueran a hacerle una visita. Dios del cielo: el joven príncipe a punto estuvo de alquilar un *château* próximo –uno pequeño, naturalmente– donde pensaba recibir a sus nuevas amigas. A veces me pregunto si el muchacho es capaz de distinguir entre sus sueños y la realidad. A Jacques la historia le pareció extremadamente divertida, aunque a mí tan solo me causa tristeza. No se la contaré a Adrien, pues tan solo conseguiría hacerle enfadar. Cada vez le preocupa más que Marcel no preste la debida atención a sus estudios.

PARÍS, 5 DE MARZO DE 1891, JUEVES

Ayer tomé el té con tío Louis y en el vestíbulo de su edificio me crucé con su amiga, madame Hayman. Aunque sé que Adrien la ve en algunas cenas de vez en cuando, hacía años que yo no coincidía con ella. Es indudable que la edad no ha hecho mella en su belleza y, a diferencia de la mayoría de *coquettes* que han superado los treinta años, no lleva ni una pizca de *rouge*.

A pesar de ser una mujer de dudosa reputación, cuida de tío Louis más de lo que jamás lo hizo su difunta mujer, y hace tiempo que dejé de ser una inocente novia para dar lecciones de moralidad, de modo que la saludé cortésmente y terminamos teniendo una agradable charla. Madame Hayman me habló de las conquistas sociales de Marcel. Ciertamente es que él asiste habitualmente a su salón de los martes, donde sin duda conocerá a toda suerte de duques y de príncipes, o quizá de duquesas y de princesas. Cuando le hablé muy seriamente de que lo que él necesita es estudiar y descubrir su profesión, ella simplemente se echó a reír y dijo: «Oh, vamos, madame. Para él, su profesión será el salón».

Le conté a tío Louis que había hablado con madame, por si ella decidía mencionárselo. No me apetecía que él creyera que no me llevaba bien con ella. Tío Louis está más que dispuesto a abrir la casa de Auteuil lo antes posible y me apremió para que fuera a visitarlo con Adrien y pasáramos allí la Pascua o quizá más tiempo.

PARÍS, 8 DE ABRIL DE 1891, MIÉRCOLES

Bueno, el hogar de los Proust está a punto de romperse en pedazos por culpa del asunto de los crisantemos. Y no me refiero a los pequeños crisantemos franceses, naturalmente. No tendría sentido permitir que unas flores tan pobres destruyan una familia. No, me refiero a los grandes ejemplares japoneses que tan de moda han estado este invierno, codiciados tanto por la mujer de dudosa reputación como por la duquesa, quizá incluso por la mujer del médico. Esas inmensas flores bronceas son el motivo de nuestra disputa.

En resumen: Adrien ha visto la factura de la floristería que ha pagado Marcel. No sé con certeza a quién se han enviado esos ramos, además de a madame Hayman, que recientemente informó al doctor de que Marcel le había ofrecido un extravagante ramo que contenía una pequeña nota llena de alusiones a la primavera. Creyó que debíamos saberlo, bendita sea. Mientras tanto, tengo entendido que madame Straus ha dejado claro que no desea recibir esa clase de regalos, y la semana pasada, mientras tomábamos el té en casa de los Faure, la madre de Robert de Billy mencionó que le había asombrado que Marcel hubiera enviado flores al muchacho. Naturalmente, es una familia protestante y por tanto más proclive a sorprenderse ante esta suerte de manifestaciones.

Le comenté a Adrien que Marcel puede gastar su asignación como prefiera, pero es imposible discutir con el doctor. El coste de esas flores, la emoción implícita en estos asaltos al corazón humano y las personas a las que pertenecen esos corazones... todo ello es prueba de un claro desorden. Finalmente logré que el doctor, que había encontrado la factura en el correo de la mañana y que la había abierto sin reparar en que iba dirigida a «Monsieur M. Proust» y no a «Monsieur A. Proust», me permitiera hablar primero con Marcel, antes de que él abordara la cuestión con su hijo. La salud de Marcel se resiente al ver enojado a su padre, por mucho que Adrien insista en que son mis mimos excesivos los que le enferman.

Dentro de unas semanas será el primero de mayo. Habrá floristas vendiendo lirios del valle en cada esquina. ¡Preciosos y baratos!

PARÍS, 11 DE ABRIL DE 1891, SÁBADO

M. Barrère vino ayer a cenar. Fue una cena familiar, aunque no quiso ver a Marcel, que a su vez había huido a una fiesta tras el difícil encontronazo que habíamos tenido durante la tarde. Dick se encargó por tanto de atenderle. Charlamos largo y tendido sobre el progreso de los alemanes, que, según informa Adrien, han desarrollado una antitoxina contra el tétanos. M. Barrère y él debatieron sobre cuál de las dos opciones sería más significativa para poner freno a la enfermedad: la posibilidad de las antitoxinas o simplemente una higiene mejor. Adrien apostaba por la higiene, por supuesto, y Dick se implicó entusiasmado en la conversación, argumentando que el futuro estaba en las antitoxinas. Los hombres le aconsejaron que no creyera en milagros (¡hablaba ya el idealista y joven estudiante de medicina!). M. Barrère se quejó de que sus superiores políticos nunca prestan atención a estas cuestiones hasta que se les echa encima una epidemia y es entonces cuando quieren que los médicos hayan encontrado la cura dos días antes.

La conversación sobre los crisantemos no fue agradable. Después del almuerzo, me llevé a Marcel aparte e intenté hacerle entender que a la gente le avergüenza recibir regalos excesivos y que el coste era desproporcionado para su asignación. Él me dijo que si esa clase de regalos me parecían abrumadores era solo porque carezco de sentimientos exquisitos y que en las casas del Faubourg Saint-Germain los grandes jarrones de flores frescas se consideran indispensables. Se enfadó mucho y menospreció todas las macetas de helechos del salón antes de romper a llorar. Yo salí en defensa de mis helechos y, antes de girar sobre mis talones y salir apresuradamente, anuncié: «Nosotros no vivimos en el Faubourg Saint-Germain».

¡Madre e hijo deberían avergonzarse de tan dramático comportamiento, propio de la mismísima Bernhardt!

Nuestra cronista escribe a diario, todas las mañanas sin falta, llenando estas páginas con una entrada tras otra. La imagino después del desayuno, con un vestido de día que podríamos confundir con un traje de fiesta, en un pequeño estudio adjunto a su habitación o quizá sentada a una mesa en el amplio salón, rememorando al detalle los acontecimientos del día anterior en sus libretas con letra pequeña y precisa. Al otro lado de la ventana, los carruajes recorren en ambas direcciones el boulevard Malesherbes, y apenas se alcanza a oír el chasquido de los cascos de los caballos a través del cristal. Dentro, se oye solo el tictac de un reloj en una habitación amueblada en exceso, con pesados cortinajes, madera oscura, sillas tapizadas con terciopelo o con damasco rojo y helechos llenando aquellos rincones que no estén ocupados ya por grandes jarrones de porcelana, pequeñas *statuettes* y curiosidades orientales que el doctor ha ido trayendo de sus viajes. Entonces Marcel la interrumpe. Se ha levantado tarde y busca sus guantes, o es Jean el que entra discretamente, esperando instrucciones para el menú de la cena.

Madame Proust es una cronista fiel, regular y consistente, pero no puedo seguir su ritmo, de modo que he empezado a clasificar y a elegir, seleccionando las entradas más explicativas y dejando aparte las más mundanas. He empezado así a dar forma a su vida.

¿Consideran quizá que he cometido un error? ¿Lo juzgan poco erudito, o quizá poco científico? Como el amenazante monsieur Richaud, deben de sospechar que me mueve algún interés oculto y quizá lean cierta tensión culpable en mi mano enguantada o un ángulo poco inocente en la inclinación de mi lápiz. Confieso que he empezado a buscar aquí un estereotipo. ¿Acaso no puede el traductor aspirar a contar una historia? ¿O detectan quizá un acto de desmesura? Una incipiente traductora literaria que pone ya a prueba los límites de sus pequeñas alas, que otea las lejanas copas de los árboles donde anidan los editores y los novelistas y, en un arrebatado de estupidez, cree por un instante que con un mínimo aleteo podrá unirse a ellos. Max decía a menudo que se me daba mejor escuchar que hablar, dedicada siempre a colocar las piezas en orden sin atender al contexto necesario para comprender una historia, como la niña que, demasiado ansiosa por repetir un chiste, balbucea el desenlace sin el necesario énfasis. Él sospechaba que la

culpa la tenía mi bilingüismo: un talento precoz para las lenguas puede confundir tanto como puede clarificar. Aunque tampoco es que Max fuera un gran narrador después de todo. Pero esta no es su historia, sino la mía. Permítanme que demuestre mi fluidez con las palabras de otro.

TROUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 9 DE JULIO DE 1891, JUEVES

Ayer le escribí a Marcel una carta más larga de lo habitual y se la envié a la atención de Jean para que la carta esté en la mesa cuando Marcel se levante mañana por la mañana. De este modo, me aseguro de que el muchacho recibirá la felicitación de cumpleaños de su madre durante el desayuno. Qué bobada no estar juntos en un día como hoy, aunque tendré a Marcel conmigo aquí en la costa antes de fin de mes.

Y es que a veces es más fácil decirle a un hijo lo mucho que le quieres por carta. Le he recordado la fecha del 10 de julio de 1871. Bien es cierto que hoy la inestabilidad de esos días se me antoja muy lejana y la solidez de la República es un hecho. ¡Y pensar que Adrien a punto estuvo de ser alcanzado por una bala en mitad de una calle de París! En cualquier caso, no he olvidado la preocupación. Creo que la llevo conmigo desde el día en que nació Marcel, aunque no es así como lo expreso en mi carta. Además, ese es precisamente el privilegio de toda madre: cuidar de su pequeño a diario.

TROUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 13 DE JULIO DE 1891, LUNES

Marcel me ha enviado la más hermosa de las cartas en respuesta a mi felicitación de cumpleaños, una misiva que acabo de leer en este preciso instante y a la que he respondido de inmediato. Ese muchacho es tan sensible que siempre ve el fondo de cualquier cuestión emocional. Empieza dándome las gracias por la pequeña lección de historia. De todos modos, naturalmente, ha sido estúpido de mi parte porque cualquier estudiante de ciencias políticas lo sabe todo sobre la Comuna, el ataque de los alemanes a París, y también el asedio, pero tal y como dice Marcel, nos gusta contar a nuestros hijos las mismas historias familiares una y otra vez. Supongo que es una forma de asegurarnos de que los vínculos sigan siendo fuertes.

Cuántas veces le habré dicho: «Marcel, cuando tu madre te llevaba en el vientre, todo París estaba hambriento pero yo te tenía a ti para sentirme plena...». Su padre tuvo que mandarme a Auteuil por motivos de seguridad y cuando por fin di a luz, Marcel estaba tan enfermo que el médico que me atendió creyó que no viviría. Imagino que no le conté esa parte cuando era pequeño, como tampoco le hablé de la bala perdida que a punto estuvo de matar a su padre, pues a fin de cuentas no procede asustar a los niños con historias de enfermedad y de muerte. En su carta, Marcel describe mi rostro y me dice cuán querido es para él, además de citar a Loti: «Desearía saludarla con palabras especiales, palabras confeccionadas especialmente para ella». Reconoce que a veces se siente muy triste porque sabe que me causa dolor con su mala salud y su falta de fuerza de voluntad. Me he apresurado a escribirle para tranquilizarle sobre este aspecto y asegurarle que disfruto viendo cómo se aplica en los estudios, que jamás me ha causado un dolor que no hubiera sido un privilegio para cualquier madre sufrir. Para terminar, he recurrido a las cartas de madame de Sévigné a su hija: «Qué bien justificas ese amor excesivo que, como bien saben todos, siento por ti».

PARÍS, 27 DE OCTUBRE DE 1891, MARTES

Las cosas no han empezado con buenos presagios en este nuestro otoño de seriedad académica. Marcel ha protagonizado un *rapprochement* con madame Straus.

Cierto es que el propio monsieur Straus vino la semana pasada para decirle a Marcel que todo ha quedado olvidado y que puede volver al salón de su esposa todas las semanas como antes. Ha quedado tácitamente aclarado que no habrá más ramos inapropiados ni extravagantes cumplidos, que, según sospecho, resultaban más fastidiosos para monsieur que para madame, aunque la presencia del muchacho se aguarda con ilusión.

Marcel no cabe en sí de gozo y estalló de júbilo con la noticia en cuanto monsieur Straus se marchó (después de que el caballero se detuviera amablemente a presentarme sus respetos de camino a la puerta). En fin, los Straus son gente encantadora. Judíos, por supuesto, pero muy cultos, y estoy segura de que el salón de madame está lleno de las personas más eruditas y literarias. Aun así, el niño no necesita distracciones sociales. Lo que necesita es estudiar. Le advertí de que no fuera con la noticia a su padre porque de lo contrario se metería en problemas.

Mientras tanto, la temporada ha dado comienzo en casa de madame Baignères y en la de madame Arman de Caillavet, donde Marcel espera seguir cultivando su amistad con el propio monsieur France, sin duda deseoso de ver cumplidas sus ambiciones literarias. Ayer, por fin insistí para que Marcel estableciera un horario, dedicando una serie de horas semanales a la lectura, y le comenté que, si insiste en volver a casa a altas horas de la madrugada, los períodos de estudio de nueve horas no me parecen una posibilidad demasiado realista.

PARÍS, 27 DE NOVIEMBRE DE 1891, VIERNES

Puesto que seguimos gozando de tan altas temperaturas, madame Faure y yo salimos ayer a dar un paseo antes de que los preparativos de la temporada lo impidan. Abruma la ronda de cenas y de bailes a los que debe asistir el mes que viene. Ese es, sin duda, el deber de la mujer de un político. De hecho, yo tenía la sensación de estar haciéndole un gran bien al proporcionarle un pequeño *tête-à-tête* con una buena amiga para variar. Conversamos largo y tendido sobre las obligaciones conyugales y nos preguntamos hasta qué punto debemos cerrar los ojos a la evidencia. Yo no era consciente de que monsieur Faure fuera tan activo fuera de casa. Pobre mujer, sé por experiencia que esa clase de asuntos son una carga tremenda.

Marcel está muy entusiasmado porque ha conocido a la princesa Mathilde en casa de madame Straus. Había oído decir que viste como una mujer sencilla y no duda en mencionar los orígenes humildes de los Bonaparte. Cuando Marcel le tomó la mano y fue a besarla, ella la giró bruscamente y le estrechó la suya. Adrien se quedó realmente impresionado y dijo: «¡Imaginaos al nieto de Louis Proust estrechando la mano de la sobrina de Napoleón!». Me vi obligada a recordarle con suavidad al doctor que se proclama republicano.

PARÍS, 8 DE ENERO DE 1892, VIERNES

Estamos recuperándonos del enlace Neuburger-Bergson. Marcel y Dick estaban muy elegantes, de pie junto a la novia y al novio bajo el baldaquín. (Qué detalle de su parte honrarles de semejante modo, aunque debo admitir que me sorprendió ligeramente que no consideraran que *Maman* fuera un familiar lo suficientemente cercano como para que la proximidad del aniversario de su muerte tuviera que evitarse a la hora de fijar la fecha de la boda.) Ese traje nuevo de Eppler tiene un corte perfecto, por no hablar de la encantadora línea que dibuja en los hombros. Quizá debería decirle a Dick que mande hacerse allí las camisas en vez de aquí al lado.

Marcel siente adoración por su primo nuevo. Tuvieron una larga discusión sobre la obra de monsieur Bergson en una de las recepciones celebradas antes del nuevo año y Marcel intentaba explicarme sus teorías. Se trata del modo en que experimentamos nuestros recuerdos del pasado, aunque mentiría si dijera que entendí lo que me decía. Louise estaba preciosa y su vestido lucía las más exquisitas cuentas.

Monsieur Blanche no deja de presionar a Marcel sobre la cuestión del retrato. A pesar de su juventud, cuenta ya con cierta reputación como pintor, de modo que animé a Marcel a que accediera a posar para él. Aunque supondrá sin duda una distracción de sus estudios, sería una lástima dejar pasar una oportunidad así. Si bien monsieur Blanche acometerá el retrato por voluntad propia –al parecer, le gustan los ojos italianos de Marcel, por lo que cualquier madre debe entender que es un hombre de juicio–, he sugerido a Adrien que, si el retrato es un éxito, podríamos incluso comprarlo. Este verano, mi lobezno cumplirá veintiún años, ¡y qué estupendo regalo sería!

PARÍS, 7 DE MARZO DE 1892, LUNES

Anoche tuvimos un acalorado debate familiar sobre los méritos del teléfono. Dick está totalmente a favor y dice que llegará el día en que habrá uno en todas las casas. Llegó incluso a intentar convencer a Adrien de que sería muy útil en su consulta, añadiendo que en Norteamérica todos los médicos tienen ya línea. Marcel es escéptico al respecto y defendió a ultranza el neumático, diciendo que no hay nada que un teléfono pueda hacer que un *petit bleu* no sea capaz de conseguir con la misma celeridad. Dick respondió que si enviabas una invitación y la otra persona podía responder en cuanto la recibiera, eso aceleraría las cosas. Marcel apuntó entonces inteligentemente que a menudo no deseamos una respuesta inmediata, sino que preferimos disponer de unos días para considerar nuestra agenda social y el resto de invitaciones recibidas. Debo confesar que personalmente no acabo de acostumbrarme a mandar invitaciones empleando el neumático porque siempre he preferido la carta, aunque quizá las cosas sucedan tal y como dice Dick y terminemos por habituarnos al teléfono.

Ahora que visita tan a menudo a los Straus, Marcel vuelve a frecuentar la compañía de Jacques Bizet y de Daniel Halévy. Al parecer, el grupo de antiguos alumnos del Lycée Condorcet desea editar una revista literaria y Marcel está ahora ocupado con las reuniones de lanzamiento y demás. Quiere también ofrecer una cena a sus amigos esta temporada y ahora me toca a mí convencer al doctor para que le dé su permiso. A fin de cuentas, es joven y es natural que los jóvenes quieran entrar en sociedad. Además, no está bien visitar continuamente otras casas sin abrir las puertas de la propia.

AUTEUIL, 25 DE ABRIL DE 1892, LUNES

¿Acaso no nos libramos nunca de este demonio que es el asma? Aunque no ha sido un ataque demasiado fuerte –tan solo jadeos y resuellos– y ha remitido en seguida, la ansiedad que el asma provoca en mi pobre Marcel me resulta casi insufrible. Sería monstruosamente injusto que siguiera impedido por su salud ya de mayor. Vivimos bajo esta nube desde el día en que estuvimos en el Bois. De pronto me doy cuenta de que de eso hace exactamente once años, pues pasábamos las vacaciones de Pascua en casa de tío Louis cuando ocurrió, y Marcel tenía once años en aquel entonces. Allí estábamos todos, disfrutando de un precioso día de primavera en el Bois de Boulogne, cuando de repente Marcel empezó a jadear, ahogándose y retorciéndose en el suelo con las manos cerradas sobre el pecho. Jamás olvidaré esa imagen, como tampoco olvidaré cómo un día soleado y perfectamente inocente puede convertirse de pronto, y en cuestión de un solo instante, en una pesadilla. Y al levantar los ojos esperando que de algún modo el tiempo haya cambiado en respuesta a semejante pesar, el cielo azul se burla de ti y la claridad del aire resulta casi maligna. Supongo que la causa hay que buscarla en los árboles. Esta semana, aunque tarde después del duro invierno, por fin se cubrirán de hojas. A pesar de que había planeado regresar a París el fin de semana, le he dicho a tío Louis que volveré de inmediato, con la esperanza de que Marcel esté más cómodo si no sale del apartamento. Qué curioso se me antoja que consideremos saludable el aire del campo que se respira en Auteuil cuando para él es motivo de enfermedad.

PARÍS, 27 DE MAYO DE 1892, VIERNES

Ayer por la tarde fui sola al Louvre y pasé gran parte del tiempo sumida en la contemplación de *La buenaventura* de Caravaggio. Aunque debo de haber visto el lienzo en repetidas ocasiones, quizá los cuidadores lo hayan trasladado a una nueva ubicación o lo hayan limpiado y eso explica que me haya llamado hoy la atención como lo ha hecho. La vidente es una vulgar campesina de rostro redondo y rubicundo, pero su cliente, que le tiende la mano y la mira con cierto recelo, es sin duda un hombre de noble cuna, con elegantes vestiduras y de delicados rasgos.

Hasta hoy no había reparado en lo mucho que se parece a Marcel. La nariz es larga y recta, con una leve protuberancia o arqueamiento justo por debajo del puente. Los ojos, pequeños, con una pronunciada línea que cruza la mitad del párpado y que separa la piel del párpado propiamente dicho de la de la frente, como si estuviera labrada en piedra. Las mejillas, encendidas, y los labios, rojos y carnosos. Bueno, no son pocos los que comentan a menudo que Marcel parece italiano. Su tonalidad oscura es de hecho semítica –heredada de su abuelo Weil–, aunque sin duda hay en él algo de los jóvenes nobles florentinos. Aparte del pelo –el cliente de la vidente muestra unos deliciosos mechones rizados–, y de la piel –la de Marcel es menos olivácea–, se parecen mucho. Ah, es ciertamente hermoso.

No es mi deseo aburrir a Marcel con las indulgentes comparaciones de una madre. Ya está demasiado pagado de sí mismo viendo cómo sus anfitrionas revolotean a su alrededor.

Hoy he visto a Max en la biblioteca, detrás del mostrador de peticiones, donde los encargados depositan los manuscritos que han sido devueltos a sus carritos para conducirlos de nuevo a las pilas. Estaba de espaldas a mí y empujaba un carrito en dirección opuesta, hacia la puerta de cristal que lleva a las cámaras ocultas, pero sin duda era él. He reconocido el modo en que los rizos se le pegan por detrás a la cabeza y ese andar ligero, saltarín y levemente indeciso, como si no perteneciera del todo a este mundo. Tan solo el carrito parecía anclarle al suelo. El uniforme de la biblioteca, una bata única de un tono azul descolorido, parecía demasiado grande para su pequeño cuerpo, e imagino que se queja de que no le sienta bien y de que le da un aspecto insignificante o encogido.

Siempre fue un poco vanidoso. En esa época, cuando paseábamos juntos por St. Catherine Street, le sorprendía a veces mirando su propio reflejo en los escaparates, asegurándose de que era tan apuesto como pretendía. Esta mañana, aunque a punto estoy de levantarme de mi escritorio e ir tras él para alcanzarle y verle la cara, el ligero vacío que siento en el estómago me detiene.

El temor y el deseo se entrelazan en mi vientre en un pequeño *ballet*. Han pasado cinco años desde que se marchó de Montreal, abandonando para siempre la ciudad, y su imagen sigue turbándome. Ante la simple idea de estar en su presencia, aunque nos separe la longitud de esta inmensa sala, me embargan trémulas esperanzas, todas ellas falsas, bien que lo sé, e imposibles sueñecillos. ¿Puede llamarse amor a este atenuado anhelo, prolongado durante meses hasta convertirse en años? Le echo de menos y le temo a la vez, y me pregunto a veces si no será el simple hábito de la congoja el que me enturbia el ánimo. En los momentos en que prima la razón, veo que estoy a kilómetros de distancia del auténtico Max y me pregunto si podría amar al hombre en el que se ha convertido. Y aun así, aquí está, demasiado familiar e infinitamente deseable. Le veo claramente a pesar de la distancia, rondando al fondo de la sala. Soy incapaz de levantarme y de acercarme a saludar. Estoy totalmente convencida de que esta aparición resultará tan solo una quimera.

Vuelvo los ojos hacia la mesa. Estoy dejando que una fantasía me distraiga de la labor

que me ocupa. Madame Proust es incansable y debo trabajar más deprisa si quiero terminar de leer todas las libretas. He llegado a la conclusión de que obviaré aquí unos meses. Estoy decidida a terminar hoy esta libreta y seguir con la que corresponde al año 1893.

PARÍS, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1892, JUEVES

Gran excitación ayer porque Marcel salió a posar por vez primera para monsieur Blanche. Volvió en perfecta forma, absolutamente maravillado por el espectáculo del estudio, con sus inmensas ventanas situadas en la cara norte, ¡y una joven modelo que se vestía a toda prisa cuando él entró! Bien, aunque suene cuanto menos curioso, estoy convencida de que monsieur Blanche es un hombre absolutamente respetable. Me pareció muy agradable cuando le conocimos el año pasado en Trouville, y a fin de cuentas, su padre también es médico.

Marcel tiene que posar con el esmoquin –lo escondió debajo del gabán y de varias bufandas en el taxi que le llevó al estudio– y me ha estado contando cuán difícil es quedarse de pie e inmóvil. Puede hacer una pequeña pausa cada veinte minutos aproximadamente, pero monsieur Blanche dibuja con yeso en el suelo del estudio la silueta de sus pies para que adopte la misma pose al volver a empezar. Marcel dice que el pintor mordisquea la punta del pincel y suspira a menudo mientras trabaja, y que le prohíbe terminantemente hablar. Me preocupa que Marcel no se esté tomando lo suficientemente en serio sus clases en la Sorbona, aunque al menos las sesiones con monsieur Blanche le servirán para distraerse de la estúpida persecución a la que somete a madame de Chevigné. Creo que espera en la calle delante de su casa para poder verla porque estos días se levanta y sale sospechosamente temprano por la mañana.

PARÍS, 22 DE NOVIEMBRE DE 1892, MARTES

*Eh bien.* Vamos a recibir la visita del famoso señor Oscar Wilde. Marcel le conoció en una de sus *soirées* y se quedó encantado. Según dice, es tan ingenioso que a su lado madame Straus parece aburrida, y viste unos chalecos tremendamente coloridos. Marcel le ha invitado a que venga a cenar el jueves, antes de que concluya su gira parisina y deba regresar a Inglaterra. El muchacho insiste en que su padre y yo estemos presentes porque, según dice, aunque el señor Wilde habla un francés muy hermoso, mi inglés debería estar presto por si el caballero prefiere esa lengua. Leer es una cosa y hablar otra muy distinta. Aun así, creo que puedo echar mano del suficiente inglés como para mostrar al señor Wilde que nosotros los franceses no estamos faltos de simpatía hacia los ingleses ni hacia la lengua inglesa (aunque acabo de recordar que en realidad es irlandés. Me pregunto si eso supone alguna diferencia).

PARÍS, 23 DE NOVIEMBRE DE 1892, MIÉRCOLES  
Grandes preparativos para mañana. Me he decidido por la *blanquette*.

PARÍS, 25 DE NOVIEMBRE DE 1892, VIERNES

¡Hemos recibido la visita del gran señor Wilde y ni siquiera he podido prestar atención al hombre! Tenía que venir a cenar ayer. Adrien hizo un gran esfuerzo por volver del hospital con tiempo de sobra a pesar de una reunión vespertina del consejo, y tanto él como yo estábamos a punto en el salón a las siete. Marcel llegó con retraso. A decir verdad, está cada vez más imposible en ese aspecto –me sorprende que llegue a sus fiestas antes de que se acaben–, y todavía no estaba en casa cuando sonó el timbre y Jean fue a abrir la puerta. Aunque nadie apareció en el salón, Jean me contó después que el señor Wilde asomó la cabeza y acto seguido preguntó por el servicio. Marcel llegó instantes más tarde, tuvo lugar una apresurada conversación en el vestíbulo y el señor Wilde volvió a desaparecer sin tan siquiera un simple «*Mes hommages, madame*». ¡Qué comportamiento más extraño! Marcel estaba avergonzado y obviamente se lo tomó muy a pecho. Al parecer hubo un malentendido porque el señor Wilde no estaba informado de que se trataba de una invitación para cenar *en famille*. Quizá había esperado un *tête-à-tête* y no estaba preparado para una reunión más numerosa. En cualquier caso, tampoco creo que resultemos tan intimidatorios. En suma: la velada se saldó con una buena dosis de orgullo herido y yo pasé la noche consolando a Marcel y a Félicie («una deliciosa *blanquette* de ternera desperdiciada, y con todo el trabajo que me ha dado la salsa de marisco para el lenguado...»). Por otro lado, Adrien se mostró encantado con lo ocurrido y afirmó que estaba contento porque así podría dedicar la tarde a trabajar en sus papeles. Al menos él disfrutó de la ternera de Félicie con visible apetito, apaciguándola un poco, pero Marcel se negó a probar bocado y subió a su habitación bañado en lágrimas. De no ser por el gran afecto que profeso al señor Dickens, el señor Wilde bien podría llevarme a citar al propio Montesquieu: «Los ingleses están ocupados. No tienen tiempo para ser corteses».

PARÍS, 18 DE DICIEMBRE DE 1892, DOMINGO

El sábado Marcel volvió a casa del estudio de monsieur Blanche jadeante y entusiasmado, intentando decidir si mostrarse molesto o regocijado con el vuelco que han dado los acontecimientos. Al parecer, el retrato no ha estado yendo bien desde que retomaron las sesiones después de la reciente enfermedad de Marcel y ayer monsieur Blanche anunció que se daba por vencido y que destruiría su obra. Marcel se quedó horrorizado al oír la noticia y le suplicó que reconsiderara su decisión, pero el pintor recogió sin demora su gran caballete. Marcel le arrebató entonces el cuadro todavía húmedo de las manos, pero monsieur Blanche se lo arrebató a su vez, diciendo que era su obra y que haría con ella lo que se le antojara. A fin de cuentas, Marcel no había encargado el retrato. Marcel le contestó que era su viva imagen y que sin duda podía comprárselo al artista si así lo deseaba. Monsieur Blanche se negó, diciendo que no estaba a la venta, y finalmente Marcel le arrebató de nuevo el lienzo, aunque se quedó solo con la mitad superior, y salió corriendo con él a la calle.

Le costó Dios y ayuda intentar volver a casa con él en un taxi sin estropear la pintura. Afortunadamente, la parte superior de la obra estaba prácticamente seca, pues eran las piernas en lo que monsieur Blanche había estado trabajando últimamente. Ahí es donde al parecer se había quedado atascado (Marcel dijo que se quejaba de que no conseguía que la pose pareciera natural).

En cualquier caso, lo que queda del retrato me gusta: lo que conservamos es un bonito retrato de medio cuerpo más que de cuerpo entero, aunque el parecido es realmente encomiable. Blanche ha pintado la piel de Marcel muy blanca, es cierto, pero la nariz larga y recta, los labios ondulados como el arco de Cupido y los ojos oscuros y de gruesos párpados están ahí. Marcel viste esmoquin y lleva una orquídea en el ojal. Es sin duda el retrato de un joven dandi; quizá monsieur Blanche haya creído que no ha logrado captar la inteligencia ni la sensibilidad de Marcel. Indudablemente ha capturado su belleza.

Quizá mi traducción necesite un contexto o algún tipo de introducción. Al menos debería explicarme. En lo que hace referencia a los bibliotecarios que revolotean por doquier, yo soy la lectora que ostenta una reserva del Archivo 263 y poco más. ¿Por qué debería justificarme ante ellos? Aun así, sé que no compartirán sus restrictivos y académicos prejuicios, y que agradecerán el apunte más personal.

De niña viví aquí... aunque no, esta historia empieza después. Se experimenta como un recuerdo, como el primer recuerdo adulto: una remembranza de la infancia como algo ya pasado.

Permítanme que les describa a una muchacha de quince años que está de pie en los escalones del Royal Ontario Museum de Toronto. Todavía no es una mujer. Flaca y de pecho plano, lleva el pelo recogido en dos largas trenzas negras y su cara, la piel blanca, rosadas las mejillas y los rasgos todavía por definir de una niña, tiene forma de corazón. Yo soy esa muchacha.

Llevo los mismos vaqueros ajustados y rectos de siempre. Están de moda en Europa, en lugar de los pantalones de campana, y quizá por ir así vestida hay quien vea en mí a una innovadora, a alguien que lidera en vez de seguir la feroz jerarquía social que marca toda adolescencia. Pero estos vaqueros son mi única excentricidad. Por lo demás, soy tímida, silenciosa, insignificante e invisible, en constante preparación para pasar por la vida como una simple observadora.

He venido hasta aquí en un viaje con el colegio desde Montreal, la ciudad en la que vivo, y he pasado la tarde en compañía de dinosaurios, fragmentos de vasijas y otras muchachas de quince años. Con la llegada de la década de los ochenta, Toronto toma ventaja a su rival histórico a fin de convertirse en la principal ciudad de Canadá, o al menos en un lugar convencido de su propia importancia, aunque todavía no se muestre

lo suficientemente segura de sí misma como para tener la certeza de la conformidad del resto. De ahí que nos abrume con sus logros, alardeando y exhibiéndose. Sus museos tienen fama mundial. La torre de telecomunicaciones es la más alta y su apuesta olímpica es una posibilidad firme. Congregadas en los escalones del museo, las colegialas estamos convencidas de ello pues percibimos que la ciudad es un ente más pesado que cualquier muchacha de quince años y, por ende, más impresionante que el lugar de procedencia de cualquiera de ellas. Deseamos tocar la ciudad, formar parte de ella, pero ocultamos nuestro sobrecogimiento y nuestro deseo tras avergonzadas risitas y vanas conversaciones, alzando innecesariamente la voz a fin de demostrar a quienquiera que nos oiga que hablamos esta lengua.

Somos de Montreal, pero sabemos hablar inglés. Hablamos inglés. En la calle, con los vecinos, con los amigos anglófonos, e incluso con algunos de nuestros familiares. No representa para nosotras ningún problema. Aun así, la lengua rotunda y autosuficiente de Toronto nos intimida tanto como las reverberantes salas del museo. La ciudad parece simplemente no necesitar el francés, ni siquiera saber de su existencia. Felizmente inconsciente de lo que se pierde, jamás se ve en la obligación de elegir entre lenguas. Aquí no existe la incomodidad ni la dificultad, no existen los titubeos, los falsos comienzos ni los giros equivocados. Toronto sigue hablando en inglés como si no hubiera alternativas. La idea resulta novedosa, y mientras le damos vueltas en la cabeza, no podemos dejar de ser conscientes de que si viviéramos en este lugar tendríamos que enfrentarnos a la mitad de las tareas en la escuela. Este automático monolingüismo difiere mucho de nuestra realidad bilingüe en eterno cuestionamiento, de nuestra brega lingüística, de nuestra Montreal... y lo que es diferente de nosotras es siempre mejor.

Comparto el entusiasmo de mis compañeras de clase. Estoy plenamente convencida de esta envidiosa visión del mundo, a pesar de que sea nueva para mí. Dos años antes, no había oído hablar de semejante orgullo cívico ni tampoco de semejantes comparaciones geográficas. Todavía no había aprendido a anhelar. Hasta mi decimotercer cumpleaños había vivido en el centro del universo y jamás había concebido que mereciera la pena vivir en ningún otro lugar del mundo, ni que ningún otro habitante del planeta que viviera en otro lugar contara demasiado. Había vivido en París.

Un gélido día de noviembre a las cuatro, mientras la luz muere en las calles, estoy de pie delante del elegante edificio de piedra caliza gris que alberga mi escuela. Visto la falda gris, blusa blanca, cárdigan azul cobalto y *blazer* azul marino que conforman el uniforme de rigor, que sin embargo no basta para protegerme del frío. Hay unos diez centímetros de piel expuesta desde el borde superior de mis calcetines de lana al extremo inferior de mi falda plisada, y la brisa me azota las piernas. Las clases han terminado y espero a mi madre.

Ubicado entre las elegantes calles diseñadas cien años atrás por el barón Haussmann, el colegio se encuentra al final de un opulento callejón sin salida, y limita en la parte posterior con un gran parque compuesto, como todos los parques franceses, de senderos de arcilla de color amarillo pálido y amplias extensiones de hierba bordeadas de barandas pintadas de verde que impiden el paso de los transeúntes. Por doquier se ven incómodas

sillas metálicas que nadie utiliza, pintadas del mismo color que las barandas. En el borde del parque, estratégicamente situado de modo que el olor de su brasero planee hacia los uniformados escolares que en este preciso instante cruzan atropelladamente la gran verja de hierro forjado del colegio, se ha instalado un vendedor de castañas.

Desato la cartera de cuero duro que llevo colgada a la espalda y saco con cuidado una moneda de un franco del estuche de plástico rosa que guardo en el bolsillo delantero.

–*Des marrons pour mademoiselle?* –el hombre emplea los exagerados tonos de todos los vendedores callejeros de París, pronunciando con fuerza las consonantes y arqueando una ceja al mirarme. Le tiendo mi moneda y a cambio él me da un cucurucho de papel cerrado.

Hay que pelar las castañas asadas, y después de volver a colgarme la cartera a la espalda, sujeto el cucurucho caliente entre las rodillas para poder tener libres las manos. Aunque el suelo duro del parque está sembrado de restos de cáscaras que han dejado allí otros niños, guardo las mías con cuidado en el bolsillo del *blazer* y pruebo la primera castaña. La fruta caliente casi me quema y la hago girar en la boca, inflando los carrillos y encogiendo la lengua. Cuando por fin se ha enfriado lo suficiente, puedo paladear la dulce y pastosa pulpa y su sutil sabor.

Una mujer menuda y de pelo negro se dirige apresuradamente hacia el colegio. Viste un trajecillo de Chanel del que emergen dos delgadas piernas y unos pies delicados que la llevan ligera hacia delante. Los rasgos menudos y los ojos brillantes le confieren una exquisita belleza condenada a desvanecerse y a arrugarse con la edad. Aun así, su frágil encanto ha de ser aún hoy, cumplidos los cuarenta, discernible, aunque apenas, oculto como está por la ansiedad y la prisa. Es mi madre y llega con retraso.

Mi madre está siempre nerviosa, siempre preocupada por algo, siempre insistiendo a voz en grito en hablar inglés cuando necesito que me hable en francés, siempre optando por su francés de marcado acento cuando con su correcto inglés bastaría. Mi corpulento padre, franco-canadiense, la mimaba en exceso, llamándola su rosa inglesa y riéndose indulgentemente cuando ella le recuerda que su familia fue en un tiempo irlandesa. Pero ella y yo estamos constantemente tropezando la una con la otra y retrocediendo a toda prisa, como dos animalillos que se han asustado mutuamente al aparecer por sorpresa.

Mi madre me lleva con ella lejos del brasero del vendedor de castañas hacia el coche que ha aparcado en un disparatado ángulo en el callejón sin salida, preocupada mientras camina. ¿Le habrán puesto una multa? ¿Me habré enfriado mientras la esperaba? ¿Habré perdido el apetito? ¿No serán quizá las castañas demasiado grasas para mí? Mientras correteo tras ella, brincando para ponerme a la altura de su asustadizo caminar, un niño grita mi nombre:

–Marie, Marie.

Está de pie en la otra acera de la estrecha calle, alegre, afectuoso, sonriendo como un poseso. Tiene el pelo rubio y rizado, sano y lustroso, y la piel tan dorada que parece bronceada, aunque quizá sea simplemente obra de la luz, un extemporáneo rayo de sol que acaba de emerger de pronto dramáticamente tras las nubes de noviembre. Es David. David es norteamericano, o al menos su padre lo es, y el hijo ha heredado de él esa particular muestra de confianza en sí mismo. A pesar de que su madre es francesa, se ha mudado aquí hace poco y todavía no es del todo consciente de que París es el centro del

universo. Tan seguro está de sí mismo que quizá ni siquiera lo crea cuando alguien le haga partícipe de esa realidad. Apareció entre nosotros el año pasado, y ni siquiera lo altera su lento progreso en la clase de francés. Me enfurece su negativa a aceptar nuestras pautas –y en una ocasión, presa de una pérdida de control muy poco propia de mí que lamenté al instante, no pude evitar darle una patada por debajo de la mesa cuando se rio, restando importancia a un error que había cometido al conjugar el subjuntivo–, pero envidio su relajado encanto y no puedo sino codiciar sus rizos rubios. Fuera de clase hablamos en inglés, felices de tener eso en común y encantados de la incompreensión que provocamos en nuestros compañeros. Ellos, a su vez, se burlan de nosotros.

–*Doo uu speak english?* –chillan, corriendo hacia nosotros y alejándose al instante.

Quizá porque soy su aliada en este nuevo lugar, y porque ambos somos extranjeros, David, a pesar de la rápida patada, confiesa estar colado por mí. Aunque me cuesta creer mi extraordinaria fortuna en ese sentido, es cierto. Durante las excursiones nos hemos pasado notas en el autobús donde admitíamos un amor que, calibrado mediante un sistema de cálculo prestado de nuestros profesores, alcanza un 19,5 de 20. Hecha esta declaración, no sabemos con seguridad qué viene a continuación, y orbitamos entusiasmados el uno alrededor del otro sin llegar nunca a pasar a la acción.

Sorprendentemente, David es judío. Y digo «sorprendentemente» porque, en estos días de vida parisina, conozco personalmente a muy pocos judíos, y el pelo rubio y el carácter alegre de David nada tienen en común con el resto de judíos que conozco, esto es, los que aparecen en las fotos que nos enseñan en el colegio: son seres demacrados, esqueletos vivientes en pijamas de rayas, no se distinguen unos de otros.

–¿Habéis visto el terrorífico espectáculo de Delvaux?

–¿Os ha enseñado ya Delvaux sus fotografías sucias?

Cada año en septiembre, mientras los alumnos más pequeños están todavía intentando conocer a sus nuevos maestros, los mayores, burlones, hacen estas dos preguntas. Se trata de monsieur Delvaux, nuestro profesor de historia, quien, a principios del año escolar, instalará el único y renqueante proyector de diapositivas del colegio, bajará las polorientas persianas hasta cubrir las ventanas y lanzará una advertencia para prevenir a los que sufran del estómago, animándoles a que abandonen la sala y dediquen esa hora al estudio del Holocausto. En la penumbra creada por la bombilla del proyector y los escasos rayos que se cuelan por las persianas, insiste largamente en las atrocidades y observa nuestras caras con atención, con la esperanza no solo de escandalizarnos, sino también de educarnos. Hombres y mujeres hacinados en vagones de ganado. Cámaras de gas que parecen duchas. Pantallas de lámparas hechas con piel humana. Monsieur Delvaux desea por encima de todo perturbar las blandas superficies de nuestros rostros intactos y aportar cierta dosis de temor o quizá simplemente de duda a nuestras malcriadas vidas. Aunque nació al final de la guerra –parece lamentar no haber estado presente personalmente en sus acontecimientos–, su padre, según dice, estuvo en la Resistencia. Los mayores han oído sus historias muchas veces y se parten de la risa cuando nosotros, los más pequeños, les informamos muy serios de que el padre de monsieur Delvaux combatió contra los nazis.

Estas historias tampoco son nuevas para mí. De hecho, creo conocer desde que tengo

uso de razón el destino de seis millones de judíos europeos. Si en lo que a mí respecta mi madre ha sido breve y concisa y me ha explicado con un discurso entrecortado por la vergüenza que sangraré todos los meses, que los niños se crean por la unión de un óvulo y un espermatozoide y que cuando sea mayor aprenderé otras cosas, sin embargo, ha mostrado una firme paciencia a la hora de tratar las lecciones de historia. Mi padre y ella eran adolescentes cuando terminó la guerra y desde Europa llegó la inenarrable noticia. En la década de los sesenta, cuando el mundo empezó, despacio primero aunque con creciente desesperación después, a hablar de las historias de Bergen-Belsen y de Auschwitz, ellos eran unos padres primerizos que mimaban a su nuevo bebé, su primera y única hija. Mi madre expresaba sus ansiedades diarias –¿Y si hay un escape de gas? ¿Y si te resfrías? ¿Y si tu padre se retrasa? ¿Y si cae el franco? ¿Y si los socialistas ganan las elecciones?– con un tono de voz acalambrado y con la frente salpicada de arrugas. Solo al dar voz al mayor temor de todos se transformaba en una mujer inmensa y contundente: «Eso no puede volver a ocurrir jamás».

Sentados a la mesa durante la cena, mis padres se muestran instantánea aunque silenciosamente alarmados cuando les hablo de la sesión de diapositivas de la clase de historia de Delvaux. Son capaces de percibir un soplo de lascivia a un kilómetro de distancia, pues es precisamente ese olor el que ansían erradicar como sea de sus delicados intentos por compartir el mayor horror del mundo adulto con su hija de doce años. Se produce una larga pausa y entiendo, aunque demasiado tarde, que he tropezado con un tema tabú. Es mi padre el que habla.

–¿Te han asustado las imágenes?

–Oh, no, papá. No me han asustado.

No, no me han asustado. Más bien me he sentido abrumada por el gran peso de la historia que se ha llevado a toda esa gente consigo. Me siento pequeña e inepta en mi seguridad, y estoy segura de que ningún acontecimiento tan poderoso como ese podría jamás marcar mi vida. Esos esqueletos sufrientes con sus pijamas de rayas me resultan tan nobles y distantes como el Cristo sangrante y la Virgen bañada en lágrimas cuya imagen cuelga en la pared de la pequeña aula en la que recibimos aburridos las lecciones de catecismo todos los miércoles por la tarde.

Ni que decir tiene que David está exento de la clase de catecismo y puede pasar los miércoles como guste. Esa libertad no hace más que magnificar el halo de buena fortuna natural que parece envolverle. Suspiro por David. Suspiro por ser David, por ser tan afortunada como él, y tan rubia.

Sin embargo, a pesar de toda su felicidad y de su salud, también David reclama en cierta medida el estatus especial de víctima de la historia. Según ha contado a un círculo de jadeantes escolares francesas, David Smith –esa anodina etiqueta anglosajona que ostenta– no es su nombre real. Su nombre real es David Aaron Goldberg, pero sus padres se lo cambiaron cuando se trasladaron aquí, al país de su madre, temerosos de que el antisemitismo impidiera el progreso de su padre en el mundo empresarial europeo. Las otras niñas están profundamente impresionadas. Un exótico cambio de nombre supera las recientes vacaciones de Philippe en Martinica y también los ojos oscuros de Bernard.

–Deberíais saber que la gente es idiota –dice David, y todas asienten, cómplices.

–Ah, sí –dice una–. Tu padre ha hecho bien en tener cuidado.

Sin embargo, yo no estoy del todo segura de creer a David. Es indudable que tiene una vena malévol y que a menudo insiste en que falte a clase de catecismo y pase la tarde del miércoles con él. Cuando lo hago, es siempre protegida por la seguridad del grupo. Sylvie, nuestra cabecilla, ha decidido que todas nos saltemos la clase y vayamos al metro.

En el extremo superior de los Campos Elíseos, bajo el arco de triunfo de la plaza Charles de Gaulle, se entrecruzan tres líneas de metro. El resultado es un laberinto de pasillos interconectados que, como han descubierto los escolares, es ideal para jugar al escondite. Cuando echas a correr por el pasillo que desemboca en el andén *Direction Porte Dauphine*, oyes vagamente el golpeteo de pisadas y los gritos de júbilo debajo de ti procedentes de otro pasillo. En el andén de baldosas naranjas *Direction Nation*, donde el tren llega a su estación final antes de volver a retroceder hacia la Rive Gauche, el convoy deja salir a los pasajeros al andén derecho antes de abrir sus puertas para recibir a los que suben desde el izquierdo. Si calculas con cuidado tu llegada, puedes eludir a tu perseguidor atravesando el vagón durante los breves instantes en que las puertas de ambos lados siguen abiertas. Mejor aún si quien te persigue logra subir al tren y las puertas de salida se le cierran en plena cara. Al volverse hacia el lado por el que ha subido, se encontrará con que también esas puertas se cierran, y mientras su presa se ríe encantada al fondo, él se verá transportado hasta la siguiente parada: Kléber.

He utilizado esa artimaña al menos una vez, pero David no es tonto y calcula su fugaz paso por las puertas correctamente, reuniéndose conmigo en el otro lado. Me coge entonces el brazo y no me suelta, jadeando pesadamente debido al esfuerzo del juego y sin saber del todo qué hacer con su trofeo.

Sylvie, la instigadora de las actividades vespertinas, dobla una esquina procedente de la dirección contraria al tiempo que grita mi nombre en francés:

–*Marie, Marie.*

Soy Marie. Me llamaron así por mis abuelas: Mary, una mujer inglesa, menuda y encogida, oculta en un asilo de Liverpool, y Marie, una elegante viuda de Quebec retirada en una casa de campo a la orilla de un lago en Laurentides. Marie es la traducción francesa de Mary, el nombre de la virgen, un nombre muy común en inglés y ligeramente embellecido por Marie, su traducción al francés. Sin embargo, si lo pronunciamos en inglés –*me-ri*– no es más que un estúpido nombrecillo que me hace pensar en las tonadas de los musicales norteamericanos que silba mi padre, o en la peluquera de pelo oxigenado de un salón de belleza de Liverpool en el que estuve una vez, a regañadientes, con mi madre. Soy *Marie*, pero preferiría no ser Marie.

La familia de mi padre zarpó a Canadá desde Normandía en 1690, o al menos eso es lo que *Grand-mère* dice. Mi padre hizo el viaje a la inversa en 1960, protagonizando así el peregrinaje de un joven quebequés a la madre patria y haciendo parada en París. Conoció a mi madre en una galería de marfiles medievales del Louvre, y se enamoró de aquella joven inglesa indecisa que hablaba un mal francés y trabajaba como niñera para una familia parisina. Se casaron al cabo de un año y se quedaron en París, en parte por una cuestión de romanticismo y en parte como la primera de las muchas concesiones que haría mi padre a los deseos de mi madre. Ella quería quedarse cerca de su familia inglesa,

de ahí que decidieran establecerse en Francia: él conservó su lengua y mi madre, su orilla del Atlántico.

En casa hablamos en inglés. Mi madre se desenvuelve con el acento de clase media que adquirió en la escuela católica. Mi padre ofrece una versión impoluta de los giros norteamericanos que aprendió de *les Anglais* durante su juventud en Montreal. Mi acento está a medio camino entre los dos. Mi madre lo llama «centro-Atlántico», y yo me imagino una isla rocosa enclavada en algún punto al oeste de Gran Bretaña, llena de gente que habla un inglés como el mío. En cuanto al francés, no hay elección posible. El suave y dulce deje de la lengua canadiense de mi padre es a todas luces un imposible. Hablo como mis compañeros de clase parisinos: con las untuosas úes, las suaves erres y escupiendo las tes como si de pepitas de naranja se tratara.

Vivimos en Francia como turistas permanentes, visitando, observando y diferenciando constantemente, saboreando la cultura y mostrándonos reservados a la vez.

—En Inglaterra... —empieza mi madre, al tiempo que comenta alguna diferencia de costumbres o de hábitos, como la hora a la que la gente come o la edad a la que se casan.

—Vaya, eso es algo que jamás veríamos en Canadá —comenta mi padre ante todo lo que ve, desde una catedral gótica a un niño orinando en la calle. Nuestros fines de semana y nuestras vacaciones están llenos de museos, iglesias y castillos, como si nuestra estancia en este lugar fascinante no fuera a durar siempre. Mi padre vende antigüedades; mi madre practica la superación personal; los tres creemos en el arte.

Y así es como cientos de pueblos franceses vivirán eternamente en el ojo de mi mente. Sombreadas avenidas, fachadas de piedra, sinuosas calles, mareantes espiras, los muros del norte, los tejados del sur. El viento barre una playa de la Bretaña; el sol caldea una terraza ajardinada de la Provenza. Podría nombrar algunos —Étretat, Bergerac, Vaucluse—, pero otros conservan apenas una leve identidad, prácticamente indistinguibles de los sueños. Hay un lugar junto a la orilla de un río, un puñado de calles que dan rápidamente paso a pequeñas casas de campo cuyos jardines lindan con el camino de arrastre. Los hombres pescan, mis padres caminan delante de mí a lo largo del río. ¿He visitado este lugar o lo he soñado? ¿Fue el destino de un fin de semana o acaso mi imaginación ha dado vida tridimensional a una escena pintada por Seurat o Monet que debo de haber visto en algún museo? No sabría decirlo, y aun así venero sus difusos trazos, sabedora de que debe de haber algún motivo por el que siguen acompañándome.

Aunque cientos de pueblos franceses viven en el ojo de mi mente, solo conozco un lugar en Canadá: la casa de campo. Cada dos veranos, mi madre prepara unas enormes maletas, moviendo de un lado a otro bañadores, prendas para la lluvia y gruesos jerséis, mientras mi padre se pavonea radiante por el apartamento, mostrándome billetes de avión y pasaportes y controlando el progreso de nuestros preparativos. Volamos a Montreal, una ciudad que parpadea, enorme y extensa, debajo del avión en descenso, y que ya en tierra no es más que un aeropuerto rodeado de autopistas. No tardamos en dejarla atrás porque, a pesar del largo vuelo, mi padre está impaciente por emprender la marcha. Alquila un coche y nos lleva hacia el norte.

Siempre está oscuro cuando llegamos. Descendemos envueltos en una profunda oscuridad que nos silencia de tal modo que podemos oír el susurro de los árboles y el

suspiro de las olas. Me detendría a saborear este lugar nuevo aunque familiar en el que el olor a pino, a aire y a agua apunta a una salvaje geografía que podría incluso llegar a vislumbrar si pudiera esperar el tiempo suficiente para que mis ojos se adaptaran a la noche.

Sin embargo, mis padres no tienen motivo alguno para entretenerse. Parten apresuradamente, ansiosos por anunciar su aparición, buscando el calor y el parloteo de la cocina de la casa de campo con su gran chimenea de piedra. La espaciosa habitación huele a humo de leña y se llena con los besos y el parloteo de tíos, tías y primos. Intercambiamos saludos, desenvolvemos regalos, relatamos nuestros viajes y, hambrientos por la excitación de la llegada, comemos pan con queso que mojamos con té negro, y hablamos hasta que nos vence el agotamiento. Esa larga noche concluye en una estrecha litera situada en el dormitorio que está detrás de la cocina, caldeado por la pared posterior de la misma chimenea de piedra, y señala el comienzo de un lánguido verano de desayunos en vaqueros antes de que el rocío se haya evaporado y de cálidos baños a mediodía bajo enormes cielos azules; veranos de recoger bayas en las tórridas tardes mientras cantan las cigarras y de tranquilos paseos en canoa hasta más allá del gran pino inclinado que señala el límite de nuestra bahía.

Mis primas se ríen de mi vocabulario francés –*cuisinière* en vez de *poêle*, *shopping* en vez de *magasiner*–, y cuando pasamos al inglés, imitan mi acento transatlántico, aunque les encanta incluirme en sus juegos. Pocas veces hablan en francés. Prefieren el inglés, la lengua que emplean en el patio de la escuela y en la calle, en un simple afán de bravuconería. Dedicamos el verano entero a hacer muñecas de papel, a las competiciones de natación –quién puede bajar a diario al lago por muy fría que esté el agua–, a pillar, a patear la lata o a saltar a la comba. Y nos enseñamos mutuamente las rimas con las que acompañamos los saltos sobre la cuerda y que hemos aprendido durante el año.

–*Am stram gram, pic e pic et colégram, bourre et bourre et ratatam, am stram gram pic dam.*

–*Engine, engine number nine, going down Chicago line... And you are not it.*

–*Ne pleure pas, Jeannette. Alazim boum boum, alazim boum boum, ne pleure pas, Jeannette, nous te marierons... avec le fils d'un prince ou celui d'un baron...*

–Calderero, sastre, soldado, marinero, hombre rico, hombre pobre, mendigo, ladrón, medico, abogado, jefe indio.

Jocelyne, la mayor de mis primas, siempre tropieza con la cuerda de goma de vivo color rosa en «hombre rico», o cuando eso falla, en «médico» o en «abogado». Ya sabe que esas son profesiones de fortuna, y moviéndose despacio, dando muestras de una incipiente gordura, deja que los chicos la cojan adrede cuando jugamos a pillar con los vecinos. Yo prefiero a Lisette, su hermana menor. Enjuta y desmañada, tropieza con la cuerda impredeciblemente.

–Un calderero, Lisette, un calderero. Vas a casarte con un calderero.

Aunque no tenemos ni idea de lo que es un calderero, algo nos dice que es poco lo que la pequeña y restringida palabra inglesa promete.

Yo tengo las piernas largas y los brazos fuertes y puedo saltar a la comba sin descanso y sin equivocarme una sola vez, agotando los brazos de mis primas.

–Calderero, sastre, soldado, marinero, hombre rico, hombre pobre, mendigo, ladrón, médico, abogado, jefe indio, calderero, sastre, soldado, marinero, hombre rico, hombre pobre, mendigo, ladrón, médico, abogado, jefe indio, caldererosastresoldadomarinero... *Tu ne te marieras pas, Marie*. No encontrarás marido, no encontrarás marido.

Me río, convencida de que mis fuertes piernas siempre pueden evitar la cuerda y salvarme de los chicos de la casa de al lado.

Mientras mi madre se adelanta a toda prisa, David me grita en inglés desde la acera de enfrente: «Hasta mañana, Marie». Le saludo con la mano y corro tras mi madre hasta el coche aparcado en un espantoso ángulo en el callejón sin salida.

Delante del Royal Ontario Museum hay carritos de vendedores ambulantes cubiertos de globos rosas y plateados, animales de juguete hinchables y molinetes de rayas. Bajo esa bamboleante y estridente colección, el carrito está anclado al suelo con una caja de cristal de palomitas de maíz amarillas colocada delante e incluye un asiento de bicicleta y dos ruedas que sirven para propulsar el armatoste desde atrás. En el centro del carrito hay un brasero atendido por un macilento hombrecillo mediterráneo, que asa castañas europeas sobre los carbones. Los días de noviembre, el olor del humo amargo y de la dulce pulpa de las castañas flota en la brisa helada y una muchacha de quince años lo aspira y recuerda su infancia en París.

RACHEL PLOT se volvió de espaldas, apartando los ojos del *borscht* de col que estaba removiendo, se limpió las manos en la amplia superficie del delantal floreado y cogió el correo que le tendía Sarah.

–No habrá más cartas.

Habló con suavidad aunque también con certeza, afirmando una realidad más que dando voz a una prohibición.

Cada día de ese otoño, desde que había empezado a ir a la escuela, Sarah se había detenido en el porche delantero de la casa de los Plot al regresar a casa a las cuatro y había revisado el desvencijado buzón de latón rojo que colgaba bajo la placa con el número de la casa. Esa tarde había entrado en la cocina llevando en las manos el catálogo de *Canadian Tire*, la factura de la luz y una postal de la ciudad de Quebec que enviaba Leah, la frívola prima que Rachel tenía en Montreal y que acababa de pasar allí un fin de semana con su marido.

Al principio, cuando los Plot repararon en las ansiosas paradas de Sarah en el buzón, se limitaron a mirarse y a torcer en seguida la cabeza sin decir nada. En octubre comentaron brevemente el asunto y después de eso Rachel se aseguraba siempre de vaciar el buzón en cuanto pasaba el cartero. Pero estaban ya en diciembre y había abandonado esa práctica, pues muy pronto se había cansado de la tímida aunque resoluta pregunta que Sarah hacía a diario:

–¿Había carta para mí?

Había habido en efecto una carta para ella una vez... solo una vez. Había llegado en septiembre, cuando hacía ya dos meses que estaba con los Plot. La carta había salido de París por una vía que los Plot ni siquiera alcanzaban a imaginar, llevaba matasellos español e iba dirigida a Sarah Bensimon, a la atención de la Sociedad de Ayuda al Inmigrante Judío, 4145 boulevard Saint-Laurent, Montreal, Quebec, Canadá. La carta no llegó al buzón de latón rojo. Fue el propio rabino Cohn quien la entregó en mano una mañana cuando Sarah había salido ya hacia la escuela; y Rachel se la entregó esa tarde, quedándose a su lado para oír lo que decía.

A pesar del tortuoso e improbable camino que había hecho su misiva para llegar hasta Sarah, era poco lo que en ella decían sus padres. Estaban bien y esperaban que también ella lo estuviera. Papá seguía teniendo trabajo en la oficina de monsieur Richelieu y de momento seguían en París. Como ellos, también tío Henri le mandaba su amor, seguros los tres de que estudiaría con ahínco y de que cuidaría de su salud hasta que pudieran volver a reunirse con ella. Concluían la única página de la carta enviando un afectuoso saludo a sus anfitriones canadienses.

Sarah guardó la carta, cuidadosamente doblada en su sobre original, dentro de una caja de cigarros que conservaba al fondo del cajón de la ropa interior, junto con algunos francos franceses y las perlas que su madre le había puesto al cuello el día antes de su partida. En los años venideros, la sacaría tantas veces del sobre que el papel terminó por quedar prácticamente desintegrado. Leería cada una de las frases hasta memorizarlas, como si de una plegaria se tratara, deteniéndose sobre todo en las palabras «tus padres, que te quieren» como una prueba tangible de la existencia de Philippe y Sophie Bensimon. Cierto: aquella era la prueba de que ella misma había existido previamente al

día en que, cuatro meses antes de su décimo segundo cumpleaños, llegó a Canadá para convertirse en Sarah Simon, después de que el oficial de inmigración de Halifax obviara el prefijo de su apellido a fin de hacer mucho más fácil no solo la adaptación de la niña, sino también su propio papeleo.

En París, donde, aunque los miembros de la familia de Sarah apenas practicaban la religión de sus lejanos ancestros, se sabía qué vecinos eran judíos y cuáles cristianos, como parte de una tácita jerarquía raramente cuestionada, el nombre de Sarah Bensimon identificaba su raza de inmediato –lo cual era un peligro, como finalmente ocurrió–. En Toronto, donde Rachel y Sam Plot prendían las velas del *Shabbat* con afectuoso orgullo todos los viernes por la noche como lo habían hecho sus padres en las aldeas rusa y polaca desde las que habían emigrado, Sarah Simon ostentaba un nombre que le permitía pasar por un miembro más de la mayoría anglosajona. Siempre había hablado bien inglés, pues Sophie había supervisado con especial esmero los estudios de la pequeña. Un año después de su llegada a Canadá, el acento de Sarah había desaparecido y ella, con su pelo castaño claro y sus delicados rasgos, se había vuelto invisible.

A menudo, desde la llegada de Sarah a su casa y también después, una vez terminada la guerra, Rachel se preguntaba con qué suerte de sentido de la anticipación habían sido bendecidos los Bensimon. ¿Acaso mientras sus vecinos decidían si acatar o no las órdenes que les obligaban a registrarse en la policía francesa, unos argumentando que todo quedaría olvidado si no creaban problemas y los otros convencidos de que era mejor acatar el espíritu de la nueva ley, los Bensimon habían sido de algún modo inmunes al optimismo al que las almas inferiores seguían aferrándose? ¿Conocían exactamente el destino del que estaban liberando a Sarah? A Rachel le costaba trabajo creer que lo desconocían, pues ninguna madre enviaría a su hija al otro lado del océano, dejándola al cuidado de una familia a la que no conocía, a menos que creyera que esa era la única forma de salvarle la vida.

Si Rachel se planteaba la situación, intentando imaginar lo que sentía la madre de Sarah, era porque, aunque jamás sabría a ciencia cierta lo que había llevado a Sophie a renunciar a su hija, sospechaba exactamente por qué había sido ella, Rachel, la elegida para recibir a la niña. Había sido escogida por el rabino Cohn porque este hombre sentía lástima por ella. Rachel estaba segura y se avergonzaba de ello. Bueno, en realidad se atrevía a pensar que quizá también la respetaba, en la creencia de que ofrecería a la pequeña un buen hogar judío aun a pesar de que Sam y ella parecían vivir un poco aislados en el extremo situado más al oeste de la ciudad. Aun así, Rachel veía que el rabino sentía sobre todo lástima por ella y que, dando prioridad a las necesidades equivocadas, creía que la pequeña Sarah cuidaría de ella.

El rabino Cohn había conocido a Rachel en 1940, dos años antes de la llegada de Sarah, o, para ser más exactos, había conocido a Sam en una reunión de la Asociación Benevolente de Trabajadores celebrada en un salón de Spadina. Desde que había llegado a Toronto procedente de Cleveland en el año 38 para liderar una pequeña congregación conservadora en Berkeley Street, el rabino jamás había puesto los pies en semejante lugar, pero esa noche necesitaba a los miembros de la Asociación Benevolente de Trabajadores. Estaba allí para hablar de los acontecimientos que tenían lugar en Europa y para pedir a los hombres que ofrecieran sus casas. Canadá había convenido aceptar a

quinientos huérfanos europeos que llegarían de Francia en menos de un mes. Se habían organizado comités en Montreal, Toronto y Winnipeg a fin de encontrar a las familias que acogerían a los pequeños. En la parte alta de la ciudad, en Holy Blossom, sus colegas de la iglesia reformista habían empezado a movilizarse, dando discursos y recolectando dinero, aunque quizá no hubieran encontrado mucha gente realmente dispuesta a acoger al hijo de un extraño. En cualquier caso, habían empezado a buscar por el centro y se habían puesto en contacto con él. En cuanto a la congregación liderada por el rabino, se mostró visiblemente extrañada al saber que los niños eran enviados a Canadá y no a Palestina, y ante la aparente escasez de voluntarios, él había accedido a insistir en su ayuda, hablando en una reunión organizada por la Asociación Benevolente. Al final de la tarde, los sionistas seguían quejándose de que no se hubiera puesto más empeño en reubicar a los huérfanos en Palestina, mientras que otros afirmaban que el asunto precisaría de un debate más profundo. Solo una persona se había ofrecido voluntaria a acoger a uno de los pequeños.

—Soy Sam Plot. Hablaré con mi esposa y le llamaré.

Y tras una larga y agonizante semana de conversaciones con Rachel, por fin llamó. Rachel y él habían pasado horas discutiendo la cuestión, sopesando los pros y los contras, hasta que por fin habían acordado que con ello no resolverían su problema, que ni siquiera podían esperar que solucionara su problema, pero que sí, que les haría felices ofrecer un hogar a un huérfano.

—Nos quedaremos con un pequeño —dijo Sam al rabino.

Como Ottawa se tomaba su tiempo extendiendo visados y debatiendo el número de huérfanos que el país podía acomodar, el rabino Cohn descubrió que disponía de mucho tiempo para visitar las casas que recibirían a los niños, y Sam colgó una tarde el teléfono para decir a Rachel que esperara una visita.

—¿Un rabino? ¿Qué va a pensar de nosotros? —quiso saber ella—. Ya puedo ponerme a limpiar.

Pero cuando entró en la casa de Gladstone Avenue, el rabino Cohn no percibió el nerviosismo de Rachel ante la amenaza de que se juzgara su casa o el cuidado de esta. Lo que vio el rabino fue la silenciosa y resignada fachada que Rachel ofrecía al mundo, apreció su afabilidad y no tardó en adivinar el gran pesar que se ocultaba tras ella. Al preguntarle, Rachel reveló que tenía treinta y cinco años. No había niños en la casa.

El comité de Toronto, que no tenía intención de ceder a la entusiasta respuesta de Winnipeg, por fin encontró su cupo de hogares judíos, aunque al final los quinientos huérfanos nunca llegaron. Ahora surgía un problema, luego otro. El rabino Cohn terminó por perder la cuenta de todos ellos y envió una carta tipo a la mayoría de los voluntarios, aunque en el caso de Rachel decidió ir a darle personalmente la noticia.

—Entonces, ¿no nos necesitarán?

—No.

—Bueno, quizá también esto sea voluntad de Dios...

A juzgar por su reacción, Rachel parecía más cortés que derrotada.

Por otro lado, el rabino no aceptaba la voluntad de Dios con la ecuanimidad que quizá habría cabido esperar en un hombre de fe. Era un hombre piadoso y, ya en 1941, estaba furioso. No creía que Rachel Plot mereciera ser estéril, no creía que nadie pudiera

quedarse de brazos cruzados mientras los nazis de la Europa ocupada mandaban a los padres judíos a los campos de trabajo, declarando huérfanos a sus hijos, y no creía tampoco que fuera necesario mostrarse cortés con los burócratas. En los momentos en que le golpeaba la culpa, se abandonaba a la ira y pergeñaba espantosas torturas o imaginaba destinos semejantes para el intratable señor Blair, el director de la delegación de inmigración de Ottawa. Sus contactos en la Sociedad de Ayuda al Inmigrante Judío, que en su día había aceptado con entusiasmo su ayuda, ya no le permitían asistir a sus cada vez más desesperadas reuniones, pues seguían convencidos de que el discurso conciliador persuadiría a los oficiales canadienses, mientras que el rabino urgía a las amenazas y a las manifestaciones. De hecho, después de aproximadamente un año sin noticias de la sociedad, un oficial llamó para decir que una docena de refugiados con permisos especiales habían logrado llegar a Halifax y necesitaban una casa para un niño. El rabino llamó a Rachel esa misma tarde. Desde 1935, de los cientos de miles de judíos que habían solicitado formalmente salir de Europa para reasentarse en América del Norte o del Sur, Canadá había aceptado a 3.272. Sarah Bensimon fue una de las afortunadas.

Pero Sarah no se sentía muy afortunada. De hecho, se sentía muy pequeña. A bordo del tranvía rojo que tintineaba por Bloor Street, y que la llevaba en dirección este desde la casa de los Plot en Gladstone Avenue hacia las tiendas y las luces de Yonge Street, se sorprendía mirando a los desconocidos e intentando imaginar sus vidas canadienses. ¿Adónde irían tan apresurados? ¿Qué contenían sus bolsas y sus paquetes? ¿Les gustaba vivir allí? Quizá sí, puesto que no conocían otro lugar. Una vez un hombre se enfadó con ella y le ladró: «¿Tengo algo en la nariz?». Sarah se sonrojó y se miró los zapatos, tardíamente consciente de que los demás podían verla.

En Yonge Street, Sarah cambiaba de tranvía para tomar el que bajaba hacia el sur, en dirección al inmenso lago situado a los pies de la ciudad. En invierno, era un lugar frío y desierto, abandonado por todos salvo por un puñado de desvencijados trasbordadores que seguían haciendo el trayecto que unía las islas de Toronto. En junio, las playas del lago se llenaban de pálidos visitantes, ebrios del intenso sol del breve verano canadiense. Sam Plot había llevado allí a Sarah a nadar una semana después de su llegada. Hacía un día sofocante, uno de esos días en que el calor golpea como cuando salimos de una casa a oscuras. Aun así, a Sarah el inmenso lago le pareció sorprendentemente frío y estuvo apenas unos minutos en el agua.

En otoño, cuando los fuertes vientos soplaban desde el lago y la ciudad se encogía hacia el norte, arrebujándose contra sus casas de ladrillo y sus pequeños parques, Sarah dejó de aventurarse tan al sur y aprendió a bajarse del tranvía de Yonge en Queen Street. Una vez allí, subía las escaleras que llevaban a los cavernosos almacenes Eaton's y exploraba las maravillas que contenían sus salones de mármol. Sombreros, bufandas, pulseras, pintalabios... Sarah lo estudiaba todo.

Rachel le había mostrado las delicias de Eaton's en octubre, cuando llegó el primer frío del año y el aire se volvió cortante, como Sarah jamás lo había sentido. Hasta entonces había sobrevivido con la poca ropa con la que había viajado desde Francia y con los numerosos donativos de la Sociedad de Ayuda al Inmigrante, pero Rachel decidió que su

grueso abrigo escolar de lana, de color azul marino con el cuello de pana, no serviría. Pues bien, Sarah y ella tomaron el tranvía a Eaton's y durante una hora entera estuvieron comparando con una obesa vendedora los méritos de dos abrigos: uno de color azul celeste con lo que la vendedora llamó una falda de princesa acampanada de un modo tal que Sarah temió que pudiera resultar demasiado infantil, y el otro de color verde oscuro y de líneas rectas que Rachel calificó de «sensato» y que a Sarah le pareció anodino. Los dos estaban confeccionados con una lana resistente y tupida y, según Sarah, se parecían mucho al abrigo que ya llevaba. Cuando se los probó, sin embargo, apreció la diferencia. Le pesaban sobre los hombros como una cartera, y se preguntó si no se agotaría caminando con semejantes prendas encima. La vendedora dobló con mano experta la costura y mostró a Rachel el grueso forro de fieltro.

–Esto es lo que te mantendrá abrigada, Sarah –dijo Rachel, y por fin convinieron que el verde era el que la hacía parecer mayor.

Era importante parecer mayor. Y es que, aunque Sarah todavía no había logrado analizar al detalle la forma de vestir de sus compañeras de clase canadienses y debía aún aprender a apreciar las sutiles distinciones entre los distintos tipos de faldas plisadas o de medias, sí había entendido rápidamente que parecer infantil equivalía a ser automáticamente objeto de desprecio. Los zapatos con tira y hebilla en vez de con cordones eran infantiles; dos trenzas eran infantiles mientras que una sola era permisible; la rayuela era infantil, aunque todavía estaba permitido saltar a la comba, sobre todo si podías saltar con dos cuerdas a la vez, eso que las niñas llamaban el «doble holandés».

Sarah aprendió despacio esas cosas en el patio, entre clase y clase, observando y escuchando a las demás, aunque nunca la invitaran a participar en sus juegos. El primer día de colegio, el resto de las niñas habían rodeado a la nueva y le habían hecho preguntas. ¿De dónde era? ¿Por qué hablaba raro? ¿A qué se dedicaban sus padres? Y si no estaban allí, ¿quién cuidaba de ella? Sin embargo, pasados un par de días, dejaron en paz a la niña francesa, como la llamaban, y Sarah se sentó en la escalera del colegio a escuchar y a observar.

–Calderero, sastre, soldado, marinero, hombre rico, hombre pobre, mendigo, ladrón...  
–las rondas eran una novedad para Sarah y ella esperaba, preguntándose si algún día podría saltar a la comba con la relajada facilidad que mostraban sus compañeras.

–En mil novecientos cuarenta y dos, Colón cruzó el océano azul y las olas crecieron más y más, y leeeees se marcharon...

–En mil novecientos cuarenta y dos...

–Estúpida. Fue en mil cuatrocientos noventa y dos. Mil novecientos cuarenta y dos es ahora.

–Sí, es este año. Si Colón cruzara el océano, Hitler le haría saltar en pedazos.

–Sí, los nazis le atraparían.

A esas niñas, cuyos padres eran demasiado jóvenes para haber combatido en la Gran Guerra y demasiado mayores para combatir en la que tenía lugar entonces, lo que ocurría en Europa les resultaba difuso y distante. De vez en cuando susurraban algo sobre Jane, cuyo padre estaba en Londres y tenía que bajar al metro durante la noche para evitar las

bombas, o sobre la niña nueva que habían enviado a Canadá por su seguridad. Cuando hablaban de esas cosas, adoptaban una silenciosa actitud de materna solicitud y apenas disimulaban el estremecimiento de lástima que las recorría cuando hablaban de quienes eran menos afortunadas y de quienes se veían más amenazadas que ellas. No obstante, esos eran momentos poco frecuentes y quedaban prontamente olvidados en cuanto los comparaban con motivos de excitación más inmediatos: Frances había sido la elegida para encarnar la figura de María en la cabalgata de Navidad; Bob Lambers le había dicho a Shirley que le gustaba.

Los padres de las niñas masculaban mientras leían los periódicos matinales, gruñendo ante el lento progreso de la guerra. Sus madres tejían calcetines y conservaban la grasa del asado del domingo en un frasco que depositaban en el alféizar de la ventana y cuyo contenido donaban regularmente a los fabricantes de armas y bombas. En el colegio, la señora Heathgate ponía al día de vez en cuando a los niños y niñas sobre lo que ocurría, señalando distintos lugares en el gran mapa de Europa que colgaba en la pared delantera de la clase. Aun así, en casa las conversaciones se dedicaban en buena parte a la siguiente reunión en la iglesia y a si el tejado soportaría otro invierno; mientras que en clase de historia la señora Heathgate pasaba más tiempo explicando que, en 1492, Cristóbal Colón había zarpado a bordo de la *Santa María* para descubrir el Nuevo Mundo, que explicando los acontecimientos actuales. En 1603, Samuel de Champlain había navegado por el St. Lawrence rumbo a Quebec. En 1917, tres mil quinientos valientes soldados canadienses habían perdido la vida en la batalla de Vimy Ridge.

Las niñas se sentían orgullosas de ser canadienses y leales súbditas del rey inglés. Estaban convencidas de que los aliados no tardarían en ganar la guerra, aunque poca idea tenían acerca de contra quién luchaban. Sin ir más lejos, Martha había llamado *Kraut* a Sandra Newberger la semana anterior y la señora Heathgate le había ordenado que se disculpara. Y las niñas sabían que debían odiar a los alemanes, compadecerse de los súbditos europeos y defender su lugar junto a las naciones justas como Gran Bretaña. Sin embargo, la mayor parte del tiempo eran incapaces de concebir un mundo que funcionara de un modo distinto al suyo.

Aquel era un lugar sencillo y seguro, gobernado por reglas con las que todos podían estar de acuerdo. Teníamos que cantar el *Dios salve al rey* con entusiasmo todas las mañanas y cerrar luego los ojos para entonar la Plegaria al Señor. Y si había alguna niña judía a la que aquello le incomodara, sin duda era mejor soportarlo que llamar la atención saliendo de la clase. Teníamos que hacer los deberes con pulcritud y entregarlos puntualmente, pero sin fanfarronear jamás de la nota que nos daban. Cualquier niña que no llevara una camiseta de lana debajo de la blusa el Día de Acción de Gracias de Canadá –un lunes de principios de octubre– era probablemente una furcia y la que la llevara después del cumpleaños de la reina Victoria era sin duda digna de lástima.

Era precisamente en esa época del año –en el mes de mayo–, el momento en que se guardaban los jerséis y las camisetas y nos quedábamos solo con la blusa de algodón, cuando las niñas observábamos vigilantes la aparición de los sujetadores. Sentadas en clase un soleado día, podíamos ver asomar bajo las camisas la delatora tira que cruzaba la espalda de las mayores. Era evidente que necesitaban ya lo que la señora Heathgate llamaba delicadamente «un poco de ayuda».

–Quizá deberías plantearte utilizar un poco de ayuda, querida –decía en voz baja al terminar la clase a cualquiera de las niñas que a su entender necesitaba aquel consejo después de asegurarse de que ningún niño pudiera oírla.

En esa cuestión, como en tantas otras, Rachel Plot se había anticipado a la vergüenza a la que podía verse expuesta una niña recién llegada a una escuela nueva, y esa primavera, al ver la carne creciente del pecho de Sarah, planteó la idea del sujetador. En ese aspecto, Rachel estaba firmemente decidida a cumplir con su obligación. Poco después de la llegada de Sarah a Toronto había tocado el tema de su período, sabedora de que era todavía pequeña pero preocupada de que la inesperada llegada de la sangre sumara una carga más para quien se veía ya obligada a soportar más de las que le correspondían. Encontró a Sarah confundida al respecto –de hecho, la pequeña no sabía con seguridad si sangraría un día a la semana o una semana al mes– y aclaró la cuestión delicadamente, colocando una caja de servilletas Kotex y un cinturón elástico en el cajón de la ropa interior de Sarah, creyendo que así se acostumbraría a la idea antes de que llegara el momento. Llegó incluso a enseñar a la niña a ponerse el cinturón y la compresa, mostrándoselo como pudo por encima de la falda, e intentó, en una muestra de valor, encuadrar el espectro de la mensual visita en un marco más amplio. Sentada en el edredón de felpilla blanco que cubría la estrecha cama de Sarah, procedió a dar un discurso que empezó como sigue:

–Cuando un hombre y una mujer se quieren mucho... se casan...

Sarah, que ya antes había oído murmurar acerca de la sangre y de los bebés, seguía sin darse cuenta de que lo que Rachel le estaba describiendo era un acto deliberado. Se detuvo a pensar en lo que le decía sobre huevos y semillas al tiempo que se preguntaba –pues a juzgar por las miraditas que se echaban y las risillas que compartían, era obvio que Rachel y Sam se querían mucho– por qué no había niños en la casa de Gladstone Avenue. Aun así, no preguntó. Decidió guardar para sí su extrañeza, junto con la información sobre los abrigos del colegio, las rimas que acompañaban el salto a la comba y Samuel de Champlain, para poder cavilar sobre ello con tranquilidad.

Pues bien, hubiera o no llegado el momento, esa primera primavera Rachel volvió a llevar a Sarah a Eaton's, donde tuvo lugar una discreta y casi furtiva conversación con la vendedora del departamento de ropa interior femenina. Y fue allí, de pie entre las medias y las bragas, donde Sarah vio a su madre.

Sophie Bensimon llevaba una gabardina de color pálido con cinturón y estaba en ese momento ocupada examinando unas medias. Tenía girada la cabeza, de modo que Sarah tan solo podía vislumbrar una ligera silueta del perfil de su madre. Aun así, supo que aquella mujer morena y esbelta era ella. Había algo en el modo en que llevaba puesta la gabardina, con la cintura firmemente ceñida y los hombros de la prenda perfectamente ajustados a los suyos, y también en la forma en que sostenía las medias en la mano, como si estuviera interesada en ellas pero no terminaran de convencerla, que resumían, a ojos de la niña, la elegancia y la sabiduría de su madre. Sophie irradiaba una elegancia reposada sin resultar arrogante, con el porte propio de una mujer que podía decir a la vendedora que las medias no eran 10 Denier sin resultar en absoluto ofensiva. A su lado,

Rachel Plot parecía entrada en carnes y pobremente vestida.

A Sarah el corazón le dio un vuelco. De pronto sintió un gran vacío en el estómago, se mareó y notó que se le secaba la boca. A punto estuvo de echar a correr y arrojarse a los brazos de la mujer esbelta y morena y gritar: «*Maman*, estoy aquí». Sin embargo, a sus doce años, las experiencias por las que había pasado hasta entonces la habían imbuido de algo duro y adulto, cierta dosis de lo que algunos llaman realismo y otros desesperanza. Fuera lo que fuera, eso la contuvo y silenció las palabras que se acumulaban en su garganta, poniendo freno a los movimientos de sus miembros y dejándola de pie junto a Rachel al tiempo que una desconocida rechazaba unas medias que había estado mirando y caminaba ya hacia la salida.

Sarah volvería a ver a su madre una y otra vez en los años venideros –una mujer en la acera de enfrente, una mujer que subía a un autobús, una mujer sentada siete filas por delante de ella en el cine, una mujer que empujaba un carrito de bebé por un parque, una mujer que doblaba la siguiente esquina y desaparecía apresuradamente de su vista–. A veces Sarah llegaba incluso a ir tras ellas, siguiendo a mujeres menudas y morenas hasta que las perdía entre la multitud; otras, simplemente se quedaba mirándolas hasta que la mujer se daba cuenta de que estaba siendo observada y giraba la cabeza. Y entonces Sarah veía cómo el querido perfil de su madre, con su nariz pequeña ligeramente respingona y separada de sus labios parcos aunque carnosos, se disolvía en el rostro rechoncho y de difusos rasgos de otra. En ocasiones, el error era del todo ridículo –esa mujer era china; aquella, lo bastante mayor como para ser su abuela–; otras veces se fijaba en un único rasgo –un brillante destello de un ojo, un pómulos maquillado– y no miraba más que eso, calibrando hasta qué punto se parecía al de su madre.

De noche, en la soledad de su cuarto, Sarah insultaba a esos fantasmas mientras la ira desbancaba a la tristeza que colmaba su corazón, llegando a conquistarlo momentáneamente. «¿Por qué me has mandado aquí? ¿Por qué tú sí has podido quedarte en casa con Papá?»

Y así, mientras Sarah hacía amigos en el patio del colegio y aprendía a saltar el «doble holandés», mientras memorizaba el nombre de cada uno de los primeros ministros desde la Confederación y se enfrentaba a los exámenes de fin de curso, mientras se unía a un grupo de juventudes sionistas, cediendo a la insistencia de una compañera de clase, mientras montaba en la montaña rusa y comía algodón de azúcar en la Exposición Nacional Canadiense, mientras se matriculaba en Filología francesa en la Universidad de Toronto, mientras aceptaba un trabajo de media jornada ordenando libros en la biblioteca del University College, mientras besaba a un chico que había conocido en un picnic, mientras se reía con las chicas de su clase, se acordaba de que había algo que la mantenía apartada de esos acontecimientos. Era una distancia menos tangible que la ausencia de su lengua materna, aunque también más simple: algún día volvería a casa.

Compartió sus intenciones con Sam y con Rachel poco después del final de su segundo año en la universidad. Había ahorrado parte del dinero que ganaba trabajando en la biblioteca, y cuando las clases finalizaran la primera semana de mayo, se iría de viaje a Europa. Pasaría un tiempo en París. Había encontrado una pensión barata donde había

reservado una habitación para un mes, aunque podía quedarse más tiempo si lo necesitaba. El profesor Manfred, del departamento de Francés, se la había recomendado, y la había definido como un lugar limpio y tranquilo, perfecto para una joven norteamericana. Tras vacilar con las palabras, Sarah por fin dijo a Rachel:

–Quiero saber.

Rachel bajó la cabeza y no dijo nada. Fue Sam el que no supo contenerse y dio rienda suelta a las palabras:

–En Europa aprenderás una palabra, una sola: Auschwitz.

Avergonzado por las lágrimas que habían empezado a brotar de sus ojos, Sam salió primero de la habitación y después de casa dando un portazo y se dirigió apresuradamente por Gladstone Avenue hacia College Street. Le costaba enfadarse y era más propenso a negar con la cabeza ante las penas y las ofensas con las que debía enfrentarse en la vida que a levantar la voz o el puño. Si había gritado a Sarah no era por él, sino por Rachel. Había aceptado la falta de hijos en el matrimonio como una muestra de la voluntad de la naturaleza, o quizá de Dios, para quien creyera en esa suerte de cosas. Se había presentado voluntario para acoger a una niña refugiada de Europa porque ese era sin duda su deber. Había intentado conscientemente ser bueno, amistoso y compasivo con Sarah, estrechándola en sus brazos antes de salir de casa o dándole un paquete con el pastel de miel que había comprado en una panadería próxima a la fábrica en la que trabajaba. Aunque le había tomado cariño a la niña –era tranquila y no daba problemas–, jamás había albergado la esperanza de que fuera suya. En cambio sabía que Rachel sí tenía a veces esos sueños. Más al principio, durante las vanas semanas de 1940 en que habían dicho que sí por vez primera al rabino Cohn, y una vez más, la segunda vez, en los pocos días que habían separado otra llamada telefónica del viaje a Union Station a recoger a Sarah. En esos intervalos, y a juzgar por la sonrisilla abstraída que veía en su rostro cuando entraba en la cocina por la mañana o el nerviosismo con el que entrelazaba los dedos mientras iban en el tranvía que cruzaba la ciudad en dirección sur, hacia la estación de tren, Sam había podido ver que Rachel se había permitido albergar un par de fantasías.

Y no es que Rachel hubiera presumido de hija alguna vez tras la llegada de Sarah. Eso era algo que difícilmente podía hacerse con aquella niña: sus modales formales, su silencio y su seriedad la mantenían siempre a distancia. Si el gesto de quien la abordaba era vacilante, si la risa sonaba forzada, aunque fuera mínimamente, su inteligente mirada dejaba helada a la persona que estuviera con ella, como diciendo: «Eso no es amor. Es pena». Y, sin embargo, también era imposible quererla adecuadamente, pues había entre ella y los demás un silencio abierto como un hueco que era imposible salvar del todo. Y así, durante esos nueve últimos años, mientras Sarah crecía, en el hogar de los Plot se mantendría siempre esa pequeña sombra de resentimiento, esa pequeña amargura, porque Sarah Simon en cierto modo se negaba a convertirse en Sarah Plot. Y aunque Rachel nunca habló del tema con esas palabras, porque jamás diría nada contra Sarah, básicamente porque el peso con el que esta cargaba era ya demasiado y su dolor, inimaginable, lo cierto es que Rachel nunca más intentó de verdad querer a Sarah.

El tema de Europa era tabú en la casa de Gladstone Avenue. Cuando Sarah llegó en 1942, lo hizo «enviada con antelación» por unos acaudalados padres parisinos «deseosos

de emigrar a Canadá o a cualquiera de los protectorados británicos que les permitiera la entrada». Así fue como se describía el caso de la niña en las cartas que habían llegado a la Sociedad de Ayuda al Inmigrante. En 1943, Sarah era una niña refugiada que se había salvado de la guerra que tenía lugar en Europa y que había sido enviada a Canadá por unos padres cuya «situación debía de ser sin duda desesperada». Así fue como el director de la escuela de Sarah la describió a la señora Laddersmith, que había de ser su maestra en su segundo año en Canadá. En 1944, todo fue silencio. A medida que quienes la rodeaban tomaban conciencia de la suerte que habrían corrido los padres de Sarah, empezaron asimismo a sentirse demasiado incómodos para tan siquiera comentarlo entre susurros. Rachel y Sam nunca hablaban de la guerra, hacía un año que no veían al rabino Cohn y pasaban rápidamente la página del periódico si sus ojos tropezaban con alguna historia sobre las atrocidades que ocurrían en Europa. En 1945, los soldados británicos, norteamericanos y soviéticos liberaron campos en los que los vivos parecían muertos y los muertos yacían enmarañados en montones, ofreciendo una imagen hasta ahora nunca vista.

Aun así, en la casa de Gladstone Avenue, Rachel y Sam seguían sin hablar de la guerra y Sarah sin confesarles que había empezado a consultar las listas de desplazados publicadas ya antes de cumplir los quince años. Al final, buscó al rabino Cohn y, dando muestras de una derrotada madurez que él asimiló como pudo, preguntó si no podían hacerse averiguaciones en Europa para descubrir cuál había sido el paradero de sus padres.

—Les he buscado en las listas de desplazados. No estaban allí.

Rachel y Sam terminaron por enterarse de que Sarah estaba en contacto epistolar con la Cruz Roja, pues las cartas llegaban al buzón de latón rojo que colgaba bajo la placa con el número de la casa, al lado de la puerta de entrada. Una vez, Rachel llegó incluso a reunir el valor para preguntar:

—¿Alguna noticia?

—Ninguna —respondió Sarah.

En el primer año que Sarah pasó con ellos, Rachel se había sorprendido algunas veces esperando en secreto la llegada de una carta de Europa que anunciara la muerte de los Bensimon. En cuanto la idea le pasaba por la cabeza, la apartaba de un plumazo, presa de la culpa, aunque nunca llegaba a arrepentirse del todo. La muerte de los padres de Sarah permitiría que la niña pudiera por fin llorarles, y a los Plot adoptarla. A pesar de que Sam y ella habían sido conscientes desde el principio de que un niño adoptado no llegaba a ser nunca de quien lo adoptaba y de que habían hablado de ello largo y tendido esa semana de 1940 tras la reunión de la Asociación Benevolente de Trabajadores, en cuanto Sarah estuvo entre ellos, Rachel dejó de estar tan segura. Creía que quizá un vínculo legal posibilitaría un acercamiento con la pequeña, dándoles mayor felicidad. Sin embargo, nunca recibieron noticia alguna, y Sarah había cumplido ya veinte años. A pesar de la ira que Sam sentía por ella, Rachel reconocía que era demasiado tarde: Sarah nunca sería hija suya. Y así, mientras Sam se alejaba hecho una furia calle abajo, ella alzó la cabeza hacia la muchacha y dijo:

—Hemos hecho por ti cuanto hemos podido. Vete a París.



París, 9 DE AGOSTO DE 1893, MIÉRCOLES

No suelo estar todavía en París en esta época del año y no me parece una alternativa saludable. Hemos padecido un calor sofocante. Es prácticamente imposible pensar en nada que podamos querer hacer, excepto tumbarnos sin movernos y, como mucho, leer un libro. Gracias a Dios que Marcel se ha ido. Sin duda este tiempo le incapacitaría. Dick apenas se da cuenta de ello y sigue estudiando en su habitación. Le he dicho que tiene que permitirse un respiro pronto, pero él insiste en que debe prepararse bien para el semestre de otoño.

Adrien hizo prometer a Marcel antes de que se marchara a SaintMoritz que consideraría seriamente el tema de su futuro profesional y empezaría a estudiar para volver a presentarse a sus exámenes de Derecho. La cuestión debe quedar resuelta en otoño. Marcel ha sugerido que la École des Chartes podría ser una posibilidad. Su padre no está seguro de ello y no cree que Marcel tenga la paciencia ni la resistencia requeridas para el trabajo que exige un museo. He tenido que comentar a Adrien que su postura no es del todo consecuente: no podemos animar al muchacho a que se aplique con mayor resolución por un lado y a la vez decirle que no está hecho para profesiones que requieren esa aplicación. Adrien sigue pensando que Marcel debería estudiar Derecho a pesar del fiasco sufrido el curso pasado, pero yo creo que un museo podría ser un buen arreglo, pues quizá satisfaría algunas de las tendencias artísticas de Marcel.

He intentado avanzar con la última obra de monsieur Zola. Supuestamente es la última entrega de su serie de los Rougon-Macquart, un resumen de todos sus temas. Marie-Marguerite se burlaba de mí, diciendo que la había elegido como lectura de verano simplemente para ahorrarme los volúmenes anteriores, lo cual no deja de ser cierto. Dejé de leer *Germinal* a mitad del libro, y me parece que ha habido varias más desde entonces. Esta nueva poco tiene de edificante. He llegado al momento en que el doctor Pascal mantiene relaciones con su sobrina. En suma, la insistencia que muestra monsieur Zola en esa suerte de detalles me resulta innecesaria.

TROUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 21 DE AGOSTO DE 1893, LUNES

Disfrutamos de una agradable compañía este año en el hotel, con menor concurrencia semítica, lo que tanto nos molestó el verano anterior. Entre la gente cuya compañía frecuentamos en París, hemos encontrado a los Hanotaux. Adrien mantuvo ayer una larga conversación con monsieur de la que regresó entusiasmado. Estuvo comentando discretamente nuestra preocupación sobre el futuro profesional de Marcel y monsieur Hanotaux se mostró muy alentador sobre las posibilidades de combinar un empleo serio con ciertos intereses literarios, cosa que él siempre ha sabido hacer. La clave está en lograr encauzar la profesión primero, y dijo que en nuestro lugar él apremiaría a Marcel a sacarse su título de Derecho, argumentando que eso no significaba necesariamente que tuviera que trabajar como abogado, sino que era una buena base para ejercer un cargo público. Le dije a Adrien que le comentaría la sugerencia a Marcel en mi carta de hoy.

TROUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 24 DE AGOSTO DE 1893, JUEVES

Carta de Marcel recibida hoy en la que responde que es imposible combinar dos cosas como lo ha hecho Gabriel Hanotaux. Se ha mostrado muy descortés al respecto y ha dicho que monsieur Hanotaux no ha logrado combinar exitosamente las dos facetas, puesto que, si bien es cierto que su carrera política podría considerarse fructífera, sus relatos son a todas luces aburridos. (Aunque Adrien ha dicho que es puro despecho, debo reconocer que estoy de acuerdo con Marcel. Sus libros me han parecido siempre ilegibles.)

He empezado a leer *La Rôtisserie de la Reine Pédauque* y me tienen cautivada el Abbé Coignard y todos sus problemas. Qué alivio después de Zola. Tengo que decirle a Marcel que dé saludos de mi parte a monsieur France la próxima vez que le vea en casa de madame A. de C.

Siempre me siento ligeramente asombrada por esa casa. Marcel dice que monsieur A. de C. es muy abierto con la relación que existe entre monsieur France y su esposa y que hace pequeñas bromas sobre ella siempre que asoma la cabeza para ver a sus invitados. En una ocasión, se presentó alguien que no estaba demasiado al corriente y comentó que le hacía tremendamente feliz conocer por fin al señor de la casa, y monsieur respondió que no, que se equivocaba, que el señor de la casa estaba allí, dijo, señalando a monsieur France. Siempre me ha parecido que si toleramos esta suerte de cosas –y, a fin de cuentas, terminamos por tolerarlas pues poca elección hay– lo mejor es hacerlo con elegancia. Aunque supongo que para los hombres es muy distinto. Sin noticias de Dick. Siempre ha sido y sigue siendo un negligente remitente.

TROUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 2 DE SEPTIEMBRE DE 1893, SÁBADO

Adrien vuelve a París mañana y temo que los últimos días de sus vacaciones no han sido todo lo tranquilos que cabía esperar. Realmente necesitaba un mes entero, pues dos semanas no son unas vacaciones. Marcel y él se han importunado mutuamente con su intercambio de cartas y ayer recibimos de Marcel una última respuesta que no le agradó. Marcel dijo que resistiría hasta los exámenes de Derecho del mes que viene y que ha vuelto a dedicarse a los estudios con ese fin, cosa que debería haber satisfecho a su padre. Sin embargo, creo que lo que realmente ha provocado el enojo de Adrien es que hablaba de ceder a nuestros deseos, como si no se tratara de planes razonables, y que afirmaba una vez más que una profesión aparte de la filosofía o de la literatura sería para él una pérdida de tiempo demasiado importante.

Cuánto me gustaría que se mostrara más realista al respecto. Ganarse el pan con la literatura se me antoja una tarea imposible. No siento sino admiración por monsieur France, por ejemplo, pues si monsieur Hanotaux es un caso poco frecuente al combinar literatura y política, el de monsieur France es aún menos frecuente, por cuanto vive cómodamente solo de su pluma. La de la escritura es una profesión demasiado inestable e impredecible. Supongo que no es que Marcel vaya a necesitar tanto el dinero. Aunque no me gusta especular sobre esas cuestiones, con el tiempo la parte que le corresponde de las fortunas de su abuelo y de su tío abuelo pasará naturalmente a sus manos. Aun así, la riqueza heredada no debería utilizarse nunca como excusa para dilapidar nuestra vida ni evitar nuestra obligación. Estoy escribiendo una dura carta a Marcel; aunque las últimas palabras de Adrien sobre el asunto han sido muy afectuosas: «Di al chico que no coma tanto queso cremoso», me ha advertido, porque Marcel ha estado quejándose también de su digestión.

TOUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1893, LUNES

Ayer acompañé sin percances al doctor al tren. A la hora del almuerzo coincidí con los Faure en el comedor. Acababan de llegar, a pesar de lo avanzado de la temporada, pues algunos negocios habían retenido a monsieur en París y mientras tanto ella se había alojado en casa de sus parientes. Qué agradable volver a verlos. Es realmente conmovedor ver la devoción que madame Faure siente por las niñas... no habla más que del amor que les profesa. Lucie ya es madre, pero Antoinette todavía no se ha casado, y hemos acordado que Marcel y ella deben volver a frecuentarse en París el próximo otoño.

A veces me siento afortunada por no haber tenido hijas. Ciertamente es que quizá los hijos necesiten que los azucemos un poco, aunque no me imagino teniendo que buscar candidatas para una hija todas las temporadas. Sería sin duda una labor agotadora. Si la muchacha no está casada a los veintidós años, ¡no es de extrañar que la madre caiga rendida de cansancio a causa del esfuerzo!

En cualquier caso, debemos organizar una presentación de Antoinette y Marcel. Crecen tan deprisa... La última vez que la vi no era más que una niña. Su madre me ha enseñado su fotografía: ahora tiene un precioso pelo oscuro, muy parecido al de la pequeña Benardaky de la que tan prendado estuvo en su día Marcel.

TOUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 7 DE SEPTIMBRE DE 1893, JUEVES

Marcel ha llegado y se ha retirado a su habitación, diciendo que el viaje le ha dejado totalmente exhausto y que puede oler ya el polen en el aire. He protestado y le he aclarado que estamos a varios kilómetros de cualquier campo, pero él se ha limitado a esbozar esa sonrisa paciente y pesarosa que me dedica a veces y ha dicho:

—Vamos, *Maman*. Disculpa, pero hay polen en el aire.

Tampoco se ha alegrado cuando le he dicho que tiene que verse con Antoinette Faure cuando regresemos a París y ha dicho simplemente: —Bueno, *Maman*, por el momento no me encuentro en disposición de ver a nadie. Y menos aún a una jovencita.

Aunque había esperado con mucha impaciencia su llegada, ahora que Marcel está aquí, parece que hemos empezado con mal pie.

Adrien escribe en su carta de esta mañana que ha muerto el viejo doctor Charcot. Si bien es cierto que los lunáticos echarán de menos a su guardián, su obra le sobrevivirá. Según Adrien, su discípulo austriaco, el doctor Fruden, ha continuado con la investigación sobre la histeria que llevaba a cabo su profesor, de modo que el doctor Charcot no quedará sumido en el olvido. Me siento culpable por no haberles visto, ni a él ni a madame, desde hace años, y tengo que escribirle una pequeña nota de condolencia.

TOUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1893, SÁBADO

Marcel está preocupantemente enfermo. El pobre muchacho se recuperaba de su viaje de ayer y había pasado al cuarto de baño cuando la criada entró sin darse cuenta de que él seguía todavía en la habitación y, a pesar de las estrictas instrucciones que yo había dado al encargado, abrió la ventana para airear el cuarto. Marcel regresó del cuarto de baño, horrorizado primero al encontrarse en pijama en presencia de la joven sirvienta y atónito al ver la ventana abierta. Al instante empezó a respirar con dificultad, volvió a la cama y envió a la criada en mi busca. Subí en seguida, interrumpiendo mi desayuno, y le encontré presa de un feroz ataque.

Es todo una soberana estupidez. Supuestamente el aire del mar debería sentarle bien y aquí está, sufriendo un ataque de asma con la misma virulencia que los que tiene en Auteuil. Tuve entonces que recorrer el hotel en compañía del encargado, inspeccionando otras habitaciones con la esperanza de encontrar alguna que no hubiera sido aireada recientemente y por fin encontré una espantosamente pequeña situada en la cuarta planta que me pareció adecuada.

Acabo de pasar a verle y le he encontrado profundamente dormido. He percibido en él esa respiración regular que me colma de alivio después de uno de sus ataques, y que para la mayoría de nosotros es lo normal. Me pregunto si ha habido un solo mes en la vida de este muchacho en que no haya estado preocupada por él. A fin de cuentas, ese es el papel de una madre. No sé cómo llenaría mis días si no pudiera cuidar de Marcel y de Dick. Fue Ruskin quien nos dijo: «Dad un poco de amor a un niño y obtendréis mucho más a cambio».

TOUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 14 DE SEPTIEMBRE DE 1893, JUEVES

Marcel y su padre han retomado su correspondencia sobre la cuestión de su carrera con una larga carta de Adrien sobre el Cour des Comptes si Marcel no desea seguir con sus estudios de Derecho. Le he dicho a Marcel que tanto su padre como yo velamos por su felicidad y que no hay deshonra alguna en la labor de llevar los libros de contabilidad de Francia, aunque bien es cierto que en el fondo estoy de acuerdo en que ese empleo no va con él. Su padre, no obstante, se muestra encantado con la idea y parece haberse dedicado a pedir consejo por todo París. Ayer por la tarde salí a dar un paseo en coche con monsieur y madame Faure y después tomamos el té en la galería. Madame acaba de descubrir a Dickens, de modo que tuvimos una larga charla sobre sus libros. Madame Faure dice que hasta la fecha su favorito es *La tienda de antigüedades*, que a mí siempre me ha parecido un poco sentimental pero que refleja con claridad la tierna sensibilidad de la señora. Me pidió que le confiara mi título favorito y, sin dar demasiada importancia al asunto, mencioné *Grandes esperanzas*, simplemente porque la idea de la pobre señorita Havesham plantada y sentada con su vestido de novia después de tantos años es una maravillosa imagen del amor perdido. Madame Faure me dijo que lo leería en cuanto terminara el que tenía entre manos para que pudiéramos comentarlo también, aunque me advirtió que podía tardar mucho tiempo porque las novelas de Dickens son muy largas. Tiene razón, aunque debo reconocer que nunca me ha importado que una novela sea larga siempre que el autor muestre en ella una férrea moral.

TOUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1893, MIÉRCOLES

Adrien parece haber renunciado a la idea del Cour des Comptes y creo que es mejor así. No preguntaré por qué ha cambiado de opinión. Mejor será olvidar el asunto. Ahora, Marcel y él discuten sobre el derecho y sobre la posibilidad de cursar estudios en la École des Chartes. Marcel había recibido respuesta de monsieur Grandjean al respecto: tres años de estudios para convertirse en archivero, aunque la École du Louvre exige solo dos años. A Marcel le preocupa mucho que un puesto en un museo no le deje tiempo para la escritura, que una vez más parece ser su principal preocupación. Le he sugerido que vuelva a escribir a monsieur Grandjean y que le pregunte discretamente cuántos días a la semana se espera que estén los conservadores en el museo.

Francamente, no soporto la posibilidad de la alternativa, que sin duda ha de ser la diplomacia, aunque quizá no tengamos que llegar a eso. No puedo decirle a Adrien cuánto me aterra la idea porque sé que me criticaría por ser demasiado blanda con el muchacho, y tampoco puedo decírselo a Marcel por temor a apartarle de cualquier camino que se abra ante él. Lo único que puedo hacer por ahora es aconsejarle que se plantee en serio la posibilidad de la École du Louvre. Qué privilegio sería, después de todo, estar rodeado a diario de las bellezas del museo.

Me acuerdo ahora de una vez frase de George Eliot. En *Middlemarch* se dice algo de que la juventud es la época de la esperanza simplemente por el hecho de que nuestros mayores han depositado en nosotros sus esperanzas.

TOUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1893, VIERNES

Marcel ha escrito una última carta a su padre en la que afirma estar dispuesto a presentarse a los exámenes a su regreso y a entrar a trabajar en un despacho de abogados en cuanto los apruebe. Al parecer, hemos llegado a esta decisión simplemente porque había que llegar a alguna. Más que aliviado, Marcel está resignado, aunque espero que una vez que se hayan solventado estas dificultades técnicas, terminará por tomarle cariño al trabajo. Se marcha el lunes, y le he sugerido que almuerce con su tío Georges de inmediato. Yo volveré a finales de semana, y esta mañana se lo he notificado al encargado del hotel.

PARÍS, 11 DE OCTUBRE DE 1893, MIÉRCOLES

Un aprobado. A pesar de que Marcel parece estar ligeramente inseguro sobre qué hacer con su éxito y todavía no ha decidido que el derecho sea la elección correcta, Georges le aconsejará sobre cómo encontrar empleo. *Papa* pasó a vernos ayer por la tarde para enterarse en cuanto aparecieron los resultados de los exámenes. Estaba encantado y le dijo a Marcel con gran cordialidad:

–Estás haciendo grandes progresos, Marcel. Se acabaron las tonterías, ¿eh?

Marcel ha dejado de hablar del proyecto de una novela, a Dios gracias. Esa suerte de proyectos no son más que una pérdida de tiempo.

Qué deliciosa ironía la que contienen estas entradas fechadas en el verano de 1893. A decir verdad, he seleccionado estos pasajes para subrayar tanto el patetismo como lo ridículo de la situación. No, Marcel jamás se convertiría en abogado y las injerencias de sus padres respecto a su profesión resultarían del todo infructuosas.

Como habrán podido ver, me refiero a Marcel Proust como si hablara de un amigo. Naturalmente, no he llegado a conocerle. Murió en el año 1922, cuarenta y cuatro años antes de que yo naciera. Aun así, me gusta pensar en él como en un amigo, como en un camarada en pos del recuerdo, y he venido a la Bibliothèque Nationale para visitarle, transportándome cien años atrás en el tiempo simplemente gracias a Air Canada.

Indudablemente, valoro su logro literario. Aunque he leído la novela con cuidadosa atención, estudiado biografías y buscado comentarios críticos, mi afecto va más allá del que pueda profesar un apreciativo lector. Siento no solo una gratitud personal por lo que escribió, sino también un vínculo entre él y yo. Sí, sé que el vínculo es unidireccional; no me engaño hasta ese punto. Aun así, no creo que mi estima sea simple idolatría artística, esa tediosa elevación que impone la diletante a un genio distante y cuya relación con él la haría partícipe de una grandeza que sola jamás conseguirá. El propio Proust luchó contra ese mismo demonio cuando traducía a Ruskin: colocó al inglés en un pedestal y dedicó años de su vida a embarcarse en ruskinianas peregrinaciones, siguiendo los pasos del crítico a Venecia y a Amiens, con sus libros de arte como guía. Al final, Proust produciría algunas deliciosas traducciones de los ensayos de Ruskin, aunque con ellas tan solo logró posponer su propia madurez artística. Un ejemplo más de hasta qué punto era capaz de distraerse de la labor que realmente le competía. Si bien es cierto que mis traducciones serán naturalmente menos hermosas, espero que sean algo más que un simple tributo. Lo que ofrezco aquí es un auténtico voto de agradecimiento por la novela y un intento por comprender al hombre.

Permitan que me explique. A la edad de quince años –poco después de la excursión escolar a Toronto– conocí al gran novelista francés Marcel Proust, o para ser más exactos, una pequeña reproducción del retrato obra de Jacques Émile Blanche, que me miraba desde una de las páginas de mi libro de texto del instituto. Se trata de una frágil figura de piel inusualmente pálida, salpicada por un par de ojos grandes y oscuros que, como dos pequeños estanques de vinagre balsámico, reposan en sendos platos de blanca porcelana. Sus labios son pequeños aunque elegantemente perfilados, y sugieren una gentil sensualidad. Tiene el negro cabello enérgicamente partido por la mitad y perfectamente peinado, como el posado dominical de un dócil escolar. Viste esmoquin y lleva una flor blanca en el ojal. Parece un gentil dandi, romántico, exótico, más intrigante y deseable que la heroica masculinidad de Balzac, de Hugo y de Zola, cuyos retratos he

hallado en las páginas precedentes.

La novela de Proust *À la Recherche du Temps Perdu* o *A la busca del tiempo perdido*, publicada en siete volúmenes entre 1913 y 1927, cuenta con más de tres mil páginas: más de un millón de palabras dedicadas a la minuciosa descripción de los distintos estadios emocionales del narrador, sus observaciones estéticas y las relaciones sociales del París de la *belle époque*. La prosa es laberíntica y las frases, inmensos rompecabezas de oraciones entrelazadas que a menudo crean párrafos, y en ocasiones páginas enteras. Una lectora distraída puede fácilmente perderse en semejante laberinto, creyéndose acogedoramente arrojada en la cama con el narrador mientras describe su somnoliento estado a mitad de camino del sueño, para reparar, confusamente, en que ambos han sido transportados al piso de abajo y están ahora en el vestíbulo, dando pequeños golpes al barómetro antes de salir a dar un paseo previo al almuerzo, movimiento este que la pilla por sorpresa, pues en alguna de las oraciones ha dejado vagar su atención y ha perdido el hilo de la historia.

Algunos lectores intentan leer el primer volumen, en cuyas páginas el narrador cuenta su mimada infancia, su pubescente languidecimiento por Gilberte Swann, su aristocrática compañera de juegos, y la historia del padre de esta, un vecino de la familia en el campo y parisino hedonista que mantiene un obsesivo *affaire* con la cortesana Odette. Son pocos los que continúan leyendo las siguientes seis partes y presencian el rápido ascenso del narrador a los magníficos salones del Faubourg Saint Germain; la ingeniosa y aguda observación sobre sus habituales, como la duquesa de Guermantes, con sus ojos como ágatas, o el arrogante barón de Charlus; la desesperación de sus burgueses padres, temerosos de que este joven miembro de la alta sociedad no haga nada de provecho con su vida y la disección que este hace de su amor obsesivo por una muchacha llamada Albertine. Muchos menos aún son los que logran llegar al final de la novela para experimentar el penetrante compendio que el narrador hace del tiempo nuevamente capturado mediante la memoria física, o para presenciar cómo el disoluto barón suplica ser torturado por un prostituto.

Es indudable que nuestra profesora de francés, una mujer de mediana edad con el pelo recogido en un moño prieto y unas gafas como dos ojos de lechuza, firmemente encajadas, no desea que sus adolescentes alumnos lean semejantes cosas, del mismo modo que no espera que profundicen en un texto tan intimidatorio. Aun así, se trata a todas luces de literatura en mayúsculas y ella considera que su obligación es enseñarla. Hemos conseguido concluir la lectura completa de *Eugénie Grandet* de Balzac, hemos leído a Racine y a Corneille en voz alta en clase, encarnando cada uno de nosotros un papel distinto y reduciendo los alejandrinos franceses a poco más que un monótono sonsonete. Sin embargo, en lo que concierne a Proust, debemos confiar totalmente en nuestro libro de texto, que nos ofrece una truncada biografía, el retrato de pálida tez y unos pocos y breves extractos de la novela.

Justine, mi mejor amiga, y yo, dos chicas llenas de pretensiones culturales a pesar de que somos incapaces de entender gran parte de lo que nos enseñan sobre arte y literatura, admitimos profesar hacia ese hombre cierta suerte de divertido afecto. Nos reímos tontamente de su preciosismo, y leemos en las notas biográficas que a la edad de catorce años, durante un juego de salón, reveló que su peor temor era que le separaran

de *Maman*, y que pasó los últimos años de su vida en una habitación con las paredes recubiertas de corcho para mantenerse alejado del ruido mientras escribía. Ambas sabemos que hay algo inusual y levemente indigno en esta criatura enferma y sensible. Durante el segundo día que dedicamos a estos extractos, cuando madame Desjardins sale brevemente del aula para cuchichear con el director de la escuela en los reverberantes pasillos sobre alguna misteriosa cuestión administrativa, Justine me quita el libro de las manos y, entre risas disimuladas, acerca el lápiz al retrato de Blanche reproducido en sus páginas. A fin de exagerar su enfermizo cabello, oscurece los círculos bajo los ojos de Proust con el grafito y borra cualquier rastro de color que pudiera haber en sus mejillas. Entre risas, le arrebato mi posesión por encima del pupitre para admirar su obra.

Nos guste o no, a pesar de nuestro condescendiente deleite y de nuestro vandalismo envuelto entre risillas, Justine y yo hemos descubierto en nuestro breve paladeo de su novela a un niño sensible en el que nos reconocemos. El pequeño gravita en la escalera cual tímido niño abandonado mientras los adultos cenan, esperando poder por fin atrapar a su madre cuando esta suba a acostarse y disfrutar del beso de buenas noches que se le negó cuando su padre, menos paciente que ella, le despidió sin contemplaciones del salón en cuanto los invitados se congregaron alrededor de la mesa. Encontramos aquí también –y en esta ocasión, más fácilmente reconocido– un lujo de detalles que inspiran nuestro asombro, así como una vida dedicada al arte que deseáramos emular. No obstante, en el primer extracto que debemos leer encuentro más que eso: encuentro la voz de un amigo hablándome desde otro tiempo.

Sin que reparen en ello las muchachas que somos entonces, y que leen aletargadamente en una recalentada aula canadiense durante una gris tarde de invierno, mientras el olor de la lana caliente y húmeda se desprende de nuestra ropa, este pasaje es el momento más famoso de la literatura francesa del siglo XX.

En un frío y lúgubre día, el narrador adulto vuelve a casa y su madre le ofrece una taza de té de hierbas con la intención de hacer entrar en calor su cuerpo y de alegrarle el ánimo. Al sumergir en el té esa francesa esponja blanda con forma de concha llamada *madeleine*, el narrador se ve súbitamente transportado a su infancia, a los paseos previos al almuerzo, a la iglesia de piedra gris, a las excéntricas tías y tíos de sus visitas vacacionales a sus parientes de Combray. Allí, según inspira el recuerdo, la convaleciente tía Léonie sumergía una galleta en su taza de té antes de dársela, ofreciéndole un bocado de la blanda y suave miga. Al analizar su repentino, cálido y delicioso regreso a la infancia, el narrador se da cuenta de que el sabor de la *madeleine* contiene la clave que da acceso a la memoria inconsciente.

Mientras leo esto en clase, mi día gris se ilumina también. Por primera vez he hallado en la literatura una experiencia que reconozco.

Ese verano, ya concluidas las clases, con las notas de los exámenes puestas y el paso al próximo curso asegurado, voy a la biblioteca pública y selecciono el primer volumen de *À la Recherche du Temps Perdu*. Apenas consciente de lo que hacía, madame Desjardins me ha dado la clave de la literatura, encerrada, al parecer impenetrablemente, tras el complejo lenguaje del autor y la incapacidad del niño para imaginar el mundo adulto. Las inmensas puertas se abren de par en par y empiezo a leer.

–BENEDICT, BENDIX, BENJAMIN, Bernard, Bernard, Bernard... Bernheim... eso es todo.

–Entonces...

–¿Entonces? No hay ningún expediente, mademoiselle.

–¿Ningún expediente?

–No, mademoiselle.

El joven se mostró parcamente cortés.

–¿Hay algún otro sitio donde pueda buscar?

–Bueno, puedo mirar si tenemos algún archivo –se encogió de hombros y desapareció tras un archivador metálico casi tan alto como él. Sarah se quedó esperando en el mostrador, estudiando con los ojos los archivadores que se extendían hasta el fondo de la sala de altos techos y la pequeña ventana situada encima, tan arriba que requería un largo y magnífico manubrio para abrirla, y así estaba en ese momento. Desde algún lugar del exterior, oyó el lejano sonido de unas voces infantiles que gritaban inmersas en sus juegos, y un ligero chorro de aire caliente bajó flotando hacia ella.

Había dedicado los primeros días de su estancia en París a ordenar sus escasas pertenencias en la pequeña habitación, además de visitar museos, comprar algunos regalos para los Plot y para sus amigas de Toronto y buscar en los callejeros la dirección de la oficina postal más cercana, como si fuera un escritor que saca punta a sus lápices para posponer el momento en que deberá colocar uno de ellos sobre el papel. Así pasó una semana hasta que por fin tuvo el valor de meter un pequeño papel con la dirección de la Cruz Roja en el compartimento cerrado con cremallera del bolso y tomar el metro para venir hasta aquí. En la puerta principal, preguntó dónde podía pedir información sobre los desplazados y le indicaron que subiera a la segunda planta. El joven, delgado, bajo y vestido con un traje negro, estaba sentado detrás del mostrador, leyendo un libro, cuando Sarah entró y formuló su pregunta. El hombre volvió a aparecer poco después con una carpeta de papel manila de color celeste.

–Hay un archivo –anunció–. Se ha investigado el caso.

Sarah sintió que el temor y la esperanza se le arremolinaban en el estómago, elevándose y vaciándole de aire los pulmones. El joven le dio la carpeta, pero lo que ella encontró dentro fueron solo sus propias cartas.

«Cher monsieur, je vous écris...»

El joven miró por encima del mostrador, inclinando la cabeza en un ángulo agudo para leer los documentos que Sarah tenía delante.

–Hay una hija en Canadá...

–Estas cartas son mías.

El hombre pareció confundido.

–En ese caso, usted ya está al corriente, mademoiselle. Le hemos escrito –el joven se acercó la copia de una de las respuestas de la Cruz Roja y siguió las palabras con el dedo mientras las leía apresuradamente, apenas molestándose en entonar al leer–. «Hemos encontrado el registro del nacimiento de sus padres en los archivos de la Mairie del VIIIème Arrondissement y localizado una copia de la licencia profesional de su padre que

data de 1923, pero no logramos encontrar un registro posterior de su dirección ni de sus actividades. Para ser más precisos, no podemos encontrar registro alguno del paradero de su padre ni del de su madre posterior al mes de mayo de 1942, en atención a su solicitud... etc... etc. –su voz se apagó en cuanto la carta prosiguió con sus formalidades finales.

–¿No podríamos buscar en algún otro sitio?

El joven suspiró.

–Podríamos volver a buscar en las listas alemanas, pero si hubiera alguna muerte registrada en ellas, la habríamos transferido a nuestros archivos –dijo–. Aun así, si quiere, podemos volver a mirar. Nos llevará un par de días. Alguien tendrá que ir a buscarlos al almacén, que está en el quai Malaquais.

–Volveré mañana –dijo Sarah con clara determinación.

Regresó la tarde siguiente y encontró al joven, que seguía leyendo su libro.

–Sí –esta vez, el encargado alzó los ojos más expeditamente–. Sí, buscaba usted información –se acercó una hoja de papel para volver a recordar los nombres–. Philippe y Sophie Bensimon, inscritos en primera instancia en el número 22 de la rue de Musset... Sus nombres no aparecen en los archivos alemanes.

Sarah guardó unos segundos de silencio antes de hablar.

–¿Qué significa eso?

–Que los alemanes no tenían constancia de que vivieran en París.

–Pero si vivían aquí...

–Mademoiselle, estas listas... Durante la Ocupación, los alemanes obligaron a inscribirse a todos los judíos, distrito por distrito. Sus padres no se registraron.

–No se registraron...

–No, no lo hicieron. O no pudieron, o de algún modo los pasaron por alto, o decidieron no hacerlo... no lo sabemos.

«Decidieron no hacerlo.» Sarah se aferró a esas tres palabras.

–¿Se escondieron?

–Mademoiselle... –el hombre se interrumpió y por fin guardó silencio definitivamente, optando por no hablar. Luego repitió–: No tenemos documentación al respecto.

Sarah regresó todas las semanas a ver al joven de la oficina de Localización de Desplazados. Sabía que el hecho de regresar a diario era una auténtica insensatez y que en cierta medida estaría traspasando con ello una línea que separaba su búsqueda –la ansiedad natural en una niña deseosa de conocer el paradero de sus padres– de un enloquecido dolor para el que no existía recuperación posible. Erguía la espalda, apretaba con firmeza el bolso contra el muslo y formulaba sus preguntas con reposada resolución. Todas las semanas, el joven le decía que no habían recibido ninguna noticia nueva y que la Cruz Roja le enviaría una carta a su hotel de París o a la dirección de Canadá, a cualquiera de las dos que ella indicara o a ambas si así lo prefería, en cuanto llegara nueva información.

–Sabe, mademoiselle... –intentó por un instante compadecerse de ella y logró pronunciar las palabras amablemente–. La guerra terminó hace seis años. Es muy poca la

información nueva que nos llega. La mayoría de los que resultaron desplazados se han registrado ya en el censo.

En el curso de una de sus visitas, el joven explicó a Sarah cómo funcionaba el sistema de archivos.

–Esta es la lista de todos aquellos de quienes disponemos de información –dijo, indicando el libro que tenía encima de la mesa–. Aquí figura su estatus y me indica un número de archivo. Estos son los archivos en activo, como el de sus padres: paradero desconocido, consultas en curso, constancia de inmigración... Y ese... –señaló con la cabeza hacia una segunda fila de archivadores– es el libro de los muertos.

–¿Qué es lo que hay que hacer para registrar aquí un nombre? –preguntó Sarah.

–Es necesario un testigo –respondió el hombre–. O el testimonio de un testigo. No tiene por qué ser de primera mano. Alguien que estuviera con alguien en un campo, o en un tren... Un testigo y registramos el nombre para que figure como fallecido –levantó entonces la mirada hacia ella–. Debe entender que es importante si hay dinero, propiedades...

Sarah asintió con la cabeza.

Sarah todavía no había ido a buscar a sus padres al único lugar donde podía esperar dar con ellos: al espacioso apartamento del cuarto piso de la rue de Musset del que había salido hacía nueve años. Razonablemente, podría haber sido el primer sitio al que hubiera ido, y cierto es que se imaginaba pasando junto a la portera de la planta baja, subiendo en el pequeño ascensor de hierro, llamando a la hoja derecha de la impresionante puerta doble que la recibiría al bajar del ascensor, y entrando una vez más al apartamento de sus padres. Simone se haría a un lado para dejarla pasar, inclinando cortésmente la cabeza al hacerlo, y *Maman* aparecería desde el salón echa un mar de sonrisas. Vería a *Papa* en su estudio, ordenando algunos papeles antes del almuerzo, antes de levantarse para reunirse con ellas.

–Has vuelto, Sarah...

–Justo íbamos a escribirte...

–Acabamos de volver...

–No hemos tenido tiempo. Las cosas han sido un auténtico caos desde que la guerra terminó...

–Íbamos a mandar a buscarte...

–Estábamos escondidos, pero ahora todo vuelve a estar en su lugar...

–Estuvimos en un campo, pero conseguimos escapar...

–Estuvimos en un campo, pero nos liberaron...

–Nos escondimos...

–Huimos...

–Sobrevivimos...

–Hay espárragos para comer... y un buen filete.

Como un amante al que han dejado plantado y que planea cada uno de los detalles de una reunión que jamás tendrá lugar, Sarah se sorprendía discutiendo sobre la logística de esos escenarios en su cabeza. Quizá no fuera Simone la que abriera la puerta. Se había

marchado varios meses antes que Sarah, huyendo para reunirse con una familia que vivía en la zona no ocupada. ¿Habría regresado a trabajar con sus anteriores señores después de la guerra? ¿Podían permitirse filete para el almuerzo? Y sin duda sus padres habrían seguido su rastro hasta Toronto mucho antes de que *Papa* volviera al trabajo o de que *Maman* empezara a poner orden en el apartamento. «Pero es mi sueño», argumentaría Sarah como respuesta. «Podemos hacer lo que queramos en mi sueño... ¿Qué sentido tiene alimentar una fantasía si nos empeñamos en ser realistas con ella?» Y, llegados a ese punto, la construcción entera se desmoronaba.

Durante otra visita a la Cruz Roja, el joven confesó a Sarah que creía que la oficina de Localización de Desplazados cerraría pronto sus puertas.

–Van a concentrar todos los archivos en Alemania y enviarlos a Arolsen. Me han dicho que están preparando cajas en el quai Malaquais. De todos modos, nos estamos quedando prácticamente sin trabajo. Hubo un tiempo en que teníamos aquí a una docena de señoras que pasaban horas estudiando atentamente papeles e intentando comparar nombres con gran entusiasmo. Pero todo tiene un límite. Debemos dejar que sean los alemanes quienes se encarguen de hurgar en todo esto. Nosotros ya hemos hecho lo que hemos podido.

Poco a poco, Sarah empezó a rondar la rue de Musset, retomando la senda de viejos paseos y redescubriendo calles cercanas cuya existencia había olvidado. Siguió el camino que llevaba a su vieja escuela, situada a unas calles del apartamento. Los Bensimon se habían mudado al barrio cuando Sarah tenía cinco años para que pudiera ir andando al colegio, una institución privada y laica que tenía fama de ser tan buena como cualquiera de las escuelas católicas. Veía entrar a los niños todas las mañanas y los veía salir al final del día, con las pesadas carteras echadas a la espalda, pálidos bajo el sol de finales de primavera y con los miembros flacos. Aunque de aspecto desnutrido, parecían felices: los rezagados corrían al oír la campana, uno de los mayores pendiente de un hermano menor, un payaso hacía estallar en carcajadas a su público y un mandón reprendía a los demás. Un día, Sarah estaba delante de la escuela a las cinco y media, mucho después de que los escolares se hubieran marchado a casa, cuando uno de los mayores, una chica que debía de tener prácticamente su edad, salió por la puerta de entrada y la vio de pie en la acera.

–Anne-Marie ya sale –dijo la chica, antes de detenerse, consciente en ese instante de que había un error–. ¿Buscabas a alguien? –preguntó, cortés.

Sarah negó con la cabeza y se alejó.

Por fin llegó el día en que Sarah exploró la rue de Musset. Seguía existiendo la panadería de la esquina y también una iglesia un poco más abajo: aunque la aguja estaba a la vista, el ábside había quedado oculto por un nuevo edificio erigido en un leve ángulo trazado por la calle. Y, directamente delante de ella, el edificio de apartamentos seguía intacto. Se acordó de la magnífica puerta de cristal y de hierro forjado y de la alfombra roja que podía ver al otro lado, cubriendo la parte central de las escaleras de mármol que

llevaban al ascensor y fijada con una vara de bronce a la parte posterior de cada escalón. En otro tiempo, el apellido Bensimon había estado pulcramente escrito en un pedazo de papel blanco introducido en un pequeño panel que colgaba junto a la puerta, en el que aparecía una relación de los habitantes del inmueble junto con su número de piso. El panel y los nombres habían desaparecido. En su lugar había un nuevo timbre. Durante su tercera visita a la calle, Sarah llamó.

Una mujer ya anciana vestida con un delantal de flores y unas pantuflas marrones salió de detrás de unas puertas acristaladas protegidas con cortinas y abiertas a un lado del vestíbulo y se acercó caminando trabajosamente a la entrada. Examinó a Sarah recelosamente y entreabrió la enorme puerta de entrada, esforzándose por sujetarla e impedir que volviera a cerrarse.

–*Pour qui?*

–¿Por quién pregunta? –preguntó.

–Madame, busco a unas personas que vivían aquí, los Bensimon. Quizá podría decirme...

–No sé nada –respondió la mujer, e hizo el gesto de cerrar la puerta.

De pronto un nombre se abrió paso en la cabeza de Sarah.

–Madame Delisle. No me reconoce usted porque me he hecho mayor. Soy Sarah Bensimon. Vivía aquí con mis padres.

–Hace tiempo que se fueron. Todos se fueron. La guerra, ya sabe.

–¿Tiene idea de adónde fueron?

–Lo lamento, pero no sé nada –dijo la portera, cerrando la puerta.

En visitas posteriores, nadie salió a abrir cuando Sarah llamó al timbre, aunque una vez vio moverse la cortina blanca tras los cristales. Fue a la panadería de la esquina y preguntó por sus padres. La mujer que estaba detrás del mostrador dijo que iría a buscar a su madre. La señora no tardó en aparecer. A Sarah le resultó familiar. Dijo que recordaba a los Bensimon, pero que no tenía la menor idea de cuándo se habían ido del barrio.

–Ya sabe, con la Ocupación, estaba todo... bueno... desorganizado –miró apesadumbrada a Sarah, intuyendo la triste realidad que se ocultaba tras sus preguntas–. ¿Ha preguntado en el Commissariat?

Sarah así lo hizo y la policía volvió a enviarla a la Cruz Roja.

Después de haber reunido el valor para recorrer su antigua calle, ahora lo hacía a diario: compraba pan y queso en las tiendas que encontraba por el camino y se preparaba un sándwich que se comía en un parque cercano. Pequeño y yermo, no era un parque que ella recordara con claridad. Siempre la habían llevado a jugar más lejos, al Bois de Boulogne, que estaba a tan solo unas calles de allí. Quizá porque el Bois era un lugar más grande y más saludable para todos aquellos a quienes las piernas les llevaran tan lejos, este pequeño cuadrado de tierra con sus bancos verdes, las sillas metálicas y los tilos podados parecía estar reservado a los ancianos. Dos de ellos jugaban al ajedrez en un banco mientras una señora encogida mascullaba para sí en otro.

Un día de julio, mientras el tiempo se tornaba desagradablemente caluroso y la ciudad parecía más silenciosa, Sarah reconoció a un anciano que estaba sentado en una silla delante de ella. Lo estuvo observando durante un rato, hasta que por fin se armó de valor

y se acercó, quedándose torpemente de pie a su lado para dirigirse a él.

–Disculpe, monsieur, pero creo que le he reconocido. Yo vivía en este barrio. Mi nombre es Sarah Bensimon.

–Déjeme en paz –el anciano cerró los ojos.

–Por favor, monsieur, creo que conocía usted a mis padres. Estoy ansiosa por saber qué ha sido de ellos.

El anciano siguió en silencio con los ojos cerrados.

Sarah se acuclilló para poder ponerse al mismo nivel que el hombre en su silla, intentando que el gesto pareciera una muestra de cortesía y no de condescendencia, y volvió a intentarlo.

–Monsieur, le reconozco. No creo que suponga para usted demasiado esfuerzo decirme si sabe dónde se fueron.

El hombre abrió los ojos y cuando habló, lo hizo escupiéndole las palabras.

–*Va demander aux Boches...* Ve y pregunta a los *Krauts* qué fue de tus padres. Ve a preguntar a esa zorra que vive al otro lado de la calle –dijo, señalando con la cabeza hacia la puerta del edificio de apartamentos–. Esa zorra que sigue allí. No ha perdido nada.

El anciano tragó saliva y volvió a sumirse en un amargo silencio.

Por primera vez desde su llegada a París, Sarah sintió que estaba al borde del llanto.

–Tengo derecho a saber...

Pero el hombre se negó a hablar y la despidió con un gesto de la mano.

Desde aquel día, Sarah volvió a diario al lúgubre parque, aunque no volvió a ver al hombre. Pasaba el día entero sentada en una silla o en un banco: llegaba temprano con el almuerzo envuelto, y no se marchaba hasta que se acercaba la hora de cenar. Mientras esperaba, leía un libro o simplemente se quedaba allí pensando. Tan larga fue su espera que un día se dio cuenta de que el sol le había quemado la cara y las manos, así que se compró una crema cara en la farmacia local para protegerse con ella la piel que quedaba a la vista. Los que frecuentaban el lugar empezaron a reconocerla y la saludaban con una leve inclinación de cabeza al llegar o al marcharse. Ella les devolvía una mirada apresurada, pues aunque no deseaba parecer grosera, tampoco pretendía entablar conversación con ellos, especialmente con la señora encogida que vestía un sucio y viejo abrigo de lana más apropiado para el mes de diciembre que para el de julio y cuyo incesante y susurrado parloteo se convertía a veces en un airado griterío.

Fue otra mujer, esta más amigable, la que, la tarde de su sexto día en el parque, simplemente se sentó en su banco y empezó a hablar con ella. Estaba tejiendo un diminuto jersey (era de un color violeta tan vivo que Sarah llegó a preguntarse si no asustaría al bebé para el que estaba destinado) e iba haciendo sus preguntas al tiempo que movía las agujas.

–Es usted estudiante, ¿verdad? –preguntó, y empezó así a indagar en la vida de Sarah mientras ofrecía algunos detalles de la suya: su pobre hermana, gravemente enferma de cáncer y ya fallecida, el apartamento, su hija que vivía en Lyon, el importante puesto de trabajo de su yerno, el bebé que la pareja esperaba en el plazo de un mes. Sarah se

mostraba muy reticente sobre los motivos que la habían llevado a París, pues no deseaba dar a conocer su verdad por temor a asustar a la mujer como había ocurrido con el anciano. Pronto entendió que la mujer no llevaba mucho tiempo en el barrio. Se había trasladado a París desde Lyon para cuidar de su hermana enferma, cuyo apartamento había heredado a la muerte de esta. Debía decidir si venderlo o no y mientras ponderaba detalladamente la cuestión, Sarah aprovechó una breve pausa en las deliberaciones de la mujer para aventurarse a preguntar por un hombre al que había visto hacía unos días en el parque. A pesar de que el anciano parecía difícil de describir, e indistinguible del resto de ancianos de aquel lugar, Sarah hizo cuanto estuvo en su mano para encontrar algún detalle que la señora pudiera reconocer; y así, fue describiendo sus finos mechones de cabello blanco y el rostro macilento con creciente franqueza.

–Ah, debe de referirse a monsieur Letsky –dijo por fin la mujer–. ¿Para qué le necesitaba?

Sarah intentó responder con una mentira que había estado ensayando en su cabeza desde el momento en que la señora había entablado conversación con ella, y dijo que había encontrado un libro en el parque que, según creía, el hombre habría olvidado allí.

–Un libro judío, ¿eh? –preguntó la tejedora con un malévol hincapié que apuntaba a algo desagradable o corrupto, aunque sin añadir comentario alguno que Sarah pudiera discernir. Sarah luchó por controlar su desagrado, pasó por alto la intervención de la mujer y preguntó dónde podía encontrar al tal monsieur Letsky.

–Estará en el café –respondió la tejedora sin mostrar la menor curiosidad y señalando a un oscuro establecimiento situado al otro lado de la calle, en dirección contraria al lugar limpio y profusamente iluminado en el que Sarah acostumbraba a entrar para utilizar el servicio, siempre teniendo especial cuidado en comprar antes un café o alguna postal.

A las cuatro, la tejedora por fin recogió su madeja y sus agujas y se marchó, sugiriendo que quizá volvería a ver a Sarah al día siguiente. Antes de que el valor la abandonara, Sarah corrió calle abajo hasta el café. Se trataba de un lugar pequeño y desapacible, polvoriento e impregnado de un olor acre, y ocupado tan solo por un puñado de viejos encorvados que hacían del bar el equivalente, aunque a cubierto, del parque. El camarero miró lacónicamente a Sarah al verla entrar y quedarse en la puerta, sin saber qué hacer.

Fue monsieur Letsky quien la salvó.

–¿Cansada de estar sentada en el parque? –su sarcástica voz recorrió el silencioso café. Sarah se volvió hacia la voz y cruzó el salón hasta la mesa que ocupaba el anciano con el estómago encogido de miedo.

–Lo siento –empezó, pero él le indicó que tomara asiento con un gesto de la mano y llamó al camarero.

–Para mademoiselle...

Ninguno de los dos se molestó en preguntar a Sarah qué quería tomar y el camarero se limitó a servirle un vaso del mismo vino barato que tomaban todos sus clientes. Sarah, que apenas había tocado el alcohol en Toronto, le dio un pequeño sorbo y contuvo un estremecimiento.

Se volvió entonces hacia monsieur Letsky, y aquella extraña pareja se quedó mirándose fijamente durante un instante sin saber qué decir mientras los demás clientes y el camarero no les quitaban ojo. Entonces, percibiendo quizá que el anciano y la

muchacha sentados a aquella mesa necesitaban tratar alguna cuestión de importancia, el camarero subió el volumen de la radio lo suficiente como para silenciar su conversación y los demás clientes volvieron a sus vasos.

–Bien: información sobre la guerra... –soltó monsieur Letsky con furia, aunque su humor parecía hoy mucho más caritativo–. ¿Cuándo se marchó usted?

–Fue bastante después de que cayera París, en la primavera de 1942. Mis padres me enviaron a Canadá. No sé cómo lo consiguieron. Pasé un mes en un orfanato en el sur y después cogí un barco desde Lisboa a Inglaterra, y de allí a Halifax.

–Sí, para entonces los más listos ya se habían ido... o lo intentaban. Sus padres eran listos. No les conocí muy bien. Yo era simplemente el pobre polaco de la papelería. Aun así, usted me ha reconocido.

De pronto, Sarah recuperó la imagen de la tienda del hombre: un espacio imposiblemente estrecho y diminuto situado en la calle de delante de la iglesia. Todos los meses de septiembre, durante la primera semana de colegio, se acercaba hasta la tienda y recorría con los ojos las altas estanterías de madera llenas de paquetes de papel marrón y de cajas de cartón que parecían haber permanecido intactas durante años mientras su madre y monsieur Letsky repasaban la larga lista de material confeccionada por los profesores para el nuevo año escolar. Plumas, un frasco de tinta, un diario nuevo, una regla para la clase de geometría, folios, libretas: monsieur Letsky lo sacaba todo de los rincones más bajos y accesibles de su inventario e iba amontonando el material sobre el mostrador, sumando los distintos artículos a medida que iba añadiéndolos hasta que por fin presentaba la factura a su madre. A veces, Sarah iba sola a la papelería a mediados de trimestre cuando se había quedado sin tinta o había llenado una libreta, y de pronto se acordó de que monsieur Letsky siempre le había dado un poco de miedo.

–Sí, monsieur Letsky, ahora me acuerdo. Recuerdo su tienda.

–Yo era el dueño de la papelería –dijo el hombre, asintiendo con la cabeza–, pero su padre era un elegante abogado. Y bueno, sí... los campos nivelaron mucho las cosas –pronunció las palabras acompañándolas con una risa amarga–. Nos dijeron a todos que debíamos registrarnos con los alemanes ese invierno. Debió de ser antes de que usted se marchara. Se hablaba de redadas, de gente que desaparecía en mitad de la noche o que se ofrecían voluntarios para los campos de trabajo. Yo no quise darles mi nombre y aun así dieron conmigo. A tu padre le ocurrió lo mismo. Primero se concentraron en el XIème Arrondissement, pero terminaron por dar con nosotros. Durante el otoño y el invierno siguientes cogieron a muchos en el barrio. Mala suerte que su padre fuera abogado. Estaban obsesionados con los abogados. «Demasiados sucios abogados judíos.» Nos enviaron a Drancy. ¿Ha oído hablar de ese lugar? A las afueras de París.

Sarah asintió. Era un campo de tránsito situado a menos de doce kilómetros de París y a más de mil doscientos de Auschwitz. Había oído hablar de ese lugar en Canadá cuando empezó a hacer averiguaciones.

Monsieur Letsky prosiguió con su relato, utilizando frases breves y entrecortadas como si sus palabras pudieran ensuciarle si permanecían más tiempo del estrictamente necesario en su lengua y en sus labios.

–Las condiciones eran espantosas. Pi-pí y ca-ca por todas partes. Escaseaba la comida. Quizá eso debilitó a su madre. Nos enviaron a Auschwitz. Ella debió de morir poco

después de nuestra llegada. No sé cuándo. Su padre nunca habló de ello. Simplemente entendí que había muerto. Los hombres y las mujeres estábamos separados, aunque a veces se filtraba algún mensaje. Alguien debió de decírselo. O quizá su padre simplemente entendió lo que les ocurría a los más débiles.

»Nunca mencionó el nombre de su madre. Pero sí la mencionó a usted algunas veces. “Mi hija, que está en Canadá.” Kanada. Ese era el nombre que dábamos a los afortunados cabrones que seleccionaban las cosas confiscadas cada vez que llegaba un nuevo cargamento: montones de abrigos, bolsos de señora. A veces introducían cosas a hurtadillas en el campo, objetos pequeños, y los intercambiaban por un poco de comida extra o cualquier otra cosa. Una especie de mercado negro. Kanada –repitió con un bufido–. La riqueza más allá de nuestros sueños. En ocasiones imaginábamos lo que ustedes estarían comiendo allí. Si no me equivoco, su padre era un hombre que disfrutaba comiendo. Una buena *blanquette de veau* para almorzar; un lenguado, lenguado *meunière*...

»Podría decirse que sobrevivió. Murió el día después de la liberación.

–Murió. ¿Y cómo...?

–De hambre. Desnutrición. No lo sé.

–Pero...

–Murió, mademosielle.

Sarah miró el rostro del anciano y vio que el discurso le había dejado agotado. Quiso pagar la bebida, aunque en seguida se dio cuenta de que había sido un error su ofrecimiento porque el hombre la rechazó groseramente. Sarah intentó entonces otro gesto, preguntando muy cortés antes de ser consciente de que había vuelto a equivocarse:

–¿Conserva usted la tienda?

–La perdí –respondió él brevemente–. Ahora vivo de mi pensión.

Sarah puso entonces toda la gratitud que logró reunir en su último intento:

–Gracias. Ha sido usted muy amable.

El anciano se encogió de hombros y ella salió del café.

Sarah fue al día siguiente a la oficina de la Cruz Roja, pero el joven que atendía al otro lado del mostrador no estaba. En su lugar, encontró a una maternal figura de unos cincuenta años que la saludó con una amigable sonrisa.

–¿Puedo ayudarla?

–El hombre que trabaja aquí...

–¿Michel? ¿Busca a Michel? Le han trasladado abajo, al Centro de Donación de Sangre. Puede encontrarle allí.

–Vaya –Sarah guardó un instante de silencio, ligeramente afligida–. ¿Por qué se ha marchado?

–Bueno, supongo que se siente más cómodo trabajando en el Centro de Donación de Sangre –la mujer sonrió diplomáticamente. Sarah tragó saliva.

–Pero es que tengo aquí un archivo...

–Ah, creía que quería que la atendiera Michel. Yo puedo ayudarla con su archivo. ¿Es

usted mademoiselle Simon? Michael me dijo que quizá vendría.

–Sí. He encontrado información sobre mis padres. Michel me dijo que bastaba con que encontrara un testigo.

Y Sarah tenía a su testigo. La mujer escuchó la información de monsieur Letsky, abrió el inmenso libro de registros que seguía todavía encima de la mesa apoyada sobre dos caballetes e inscribió las palabras: «Sophie Alice Weil Bensimon. Nacida el 30 de abril de 1908. Fallecida en invierno de 1942-1943 en Auschwitz. Fecha y causas exactas de la muerte desconocidas». Acto seguido se volvió hacia otro libro de registros, buscó la fecha del día de la liberación y añadió un día a la fecha. «Philippe Jean-Jacques Simon Bensimon. Nacido el 27 de marzo de 1900. Fallecido por desnutrición en Auschwitz el 28 de enero de 1945.» Procedió entonces a copiar la información en un folio –unas cuantas líneas en negro en la parte superior de la larga hoja de papel blanco– antes de dirigirse a los archivadores para guardar el papel. Regresó después al mostrador, abrió otro libro de registros e hizo algunas anotaciones en sus páginas antes de levantar los ojos y sonreír a Sarah.

–La información es un alivio –dijo, volviendo a sonreír–. Podemos ponernos en contacto con su testigo para que firme una declaración jurada. Acabo de incluir una nota en el libro. Así podrá usted obtener copias del archivo siempre que las requiera.

–Sí, volveré –dijo Sarah, ansiosa por marcharse. Salió de la sala y bajó a la planta principal, sin saber qué hacer. Se quedó un rato en el vestíbulo. Había un cartel que señalaba claramente la dirección donde se encontraba el Centro de Donación de Sangre y por fin decidió ir hacia allí, empujando una gran puerta abatible con una ventana de cristal esmerilado. Entró a una sala inmaculadamente blanca que parecía totalmente vacía. No había ningún asistente atendiendo al otro lado del reluciente mostrador de acero inoxidable y tampoco ningún archivo a la vista. Se quedó donde estaba durante unos instantes, sin saber qué hacer. Justo cuando había empezado a plantearse si mostrar el valor suficiente para toser y anunciar así su presencia o simplemente marcharse, una figura vestida con una bata blanca de laboratorio apareció por otra puerta abatible situada detrás del mostrador. Era Michel, el joven de la oficina de Localización de Desplazados.

–Así que ha dado conmigo.

–Sí –Sarah se sintió avergonzada, aunque insistió–. ¿Por qué se ha marchado?

–Porque algunos no estamos hechos para trabajar en el departamento de Localización –pronunció las palabras taimadamente, como si imitara a un superior oficioso aunque amigable. Luego, ya con su propia voz, añadió–: Hay que tener esperanza para trabajar en Localización, un poco de esperanza.

–He encontrado un testigo.

–¿Sí? ¿Lo ha registrado madame?

–Sí.

Michel miró a Sarah, que seguía allí de pie, y sintió hacia ella una oleada de compasión y de fastidio. Estaba harto de esos norteamericanos, con su fe en la justicia y en el conocimiento, como si saber cambiara algo las cosas. Él había perdido a sus padres y a dos hermanos en los campos mientras estaba oculto en el seno de una familia católica de la zona no ocupada. Vio también que Sarah quería contárselo. Intentando ocultar cualquier asomo de exasperación en su voz, preguntó:

–¿Y qué ha encontrado?

Sarah vaciló. Era su primera prueba. Sabía que había llegado el momento de aprender a contar esa historia.

–Mandaron a mis padres a Auschwitz. Mi madre murió poco después de llegar, no sabemos exactamente cómo, pero mi padre sobrevivió. Murió un día después de la liberación –hizo una breve pausa–. El hombre, el hombre que encontré, estuvo allí con mi padre. Dijo que murió de desnutrición –volvió a hacer una pausa, insegura–. Aunque les habían liberado. Para entonces debían de tener comida.

Michael la miró y, con algo que fue casi crueldad (aunque quizá fuera cierta generosidad, cómo saberlo), dio a Sarah un poco más de información.

–Los soviéticos liberaron Auschwitz desde el este. Fue uno de los primeros campos con los que se encontraron. Los únicos prisioneros que quedaban en el campo estaban enfermos y agonizaban. Los nazis se habían llevado a todos los que podían moverse. Los rusos no sabían qué hacer ni cómo tratar las enfermedades. Cuando estás famélico, se te encoge el estómago. Dieron raciones enteras a los prisioneros liberados...

La semana siguiente, Sarah tomó el tren a Le Havre y desde allí regresó en barco a casa.



PARÍS, 13 DE ABRIL DE 1894, VIERNES

En París ha estallado la más espectacular de las primaveras, quizá más intensa todavía gracias al frío invierno que hemos dejado atrás. Una verde sombra bordea los bulevares al brotar las hojas de los castaños. Ayer por la tarde tomé un carruaje al Bois y desde las ventanillas pude oler las tímidas brisas y oír los gritos de los niños. Había olvidado la sensación de expectación que acompaña a la primavera, una intensidad casi desbordante que alimenta esa impresión de que algo está a punto de ocurrir. Debemos negar con la cabeza para recordarnos que la vida es la misma, y que es poco probable que cambie demasiado. Los maridos son infieles, los hijos enferman, los padres mueren y hay poco que anhelar salvo un buen trozo de filete para cenar... y el espectáculo de las hojas de los árboles tras un largo invierno.

PARÍS, 18 DE ABRIL DE 1894, MIÉRCOLES

Marcel no cabe en sí de la emoción después de haber conocido al famoso conde de Montesquiou en casa de madame Lemaire. Ha desayunado conmigo esta mañana, un evento poco habitual, aunque supongo que estaba tan excitado por la velada musical que tuvo lugar en el salón de madame Lemaire que no ha podido dormir y se ha limitado a esperar a que amaneciera. Ha descrito al conde con tanto detalle que casi he podido ver al hombre; pero me ha sido imposible contener la risa, tanto por el entusiasmo de Marcel como por la descripción en sí. Al parecer, el conde hace honor a todas las pequeñas historias que circulan sobre él en boca de las damas de sociedad: es fabulosamente apuesto y fabulosamente grosero. Sin ir más lejos, ¡anoche preguntó a su anfitriona por qué sus invitados eran particularmente feos y si eso se repetiría la temporada siguiente!

Marcel ha dicho que hasta la siempre parlanchina Madeleine Lemaire pareció quedarse sin palabras y, sin saber qué contestar, se limitó a decir: «Oh, conde, es usted verdaderamente ingenioso». Marcel y yo estamos de acuerdo en que la respuesta fue del todo inapropiada y nos hemos divertido intentando imaginar alternativas, ¡y discutiendo la dosis de desaprobación moral que podíamos expresar sin arriesgarnos a perder al gran hombre de la lista de invitados! «Lo cierto, *monsieur le Comte*, es que la belleza resulta hoy en día anticuada» ha sido nuestro mejor hallazgo. El malévolo Marcel me ha repetido un comentario de madame Straus que le ha parecido adecuado para la ocasión. El año pasado, madame defendió el tono literario de su salón ante un gran amante de las mujeres diciendo: «Yo ofrezco cerebros, no senos». Ya más serios, le he advertido a Marcel que dice poco de un hombre que encuentre tan perverso deleite en conmocionar a los demás, pero él se ha negado en redondo a oír una sola palabra contra el conde y está visiblemente cautivado por él.

Convendría recordar a nuestro Montesquieu –aunque tan solo una letra distingue su apellido del que ostenta el conde, es mucho más sabio que él–: «Quien corre tras el ingenio recoge tan solo estupidez».

PARÍS, 5 DE MAYO DE 1894, SÁBADO

Sorprendente noticia desde la India, y buena, debo decir. Las epidemias del cólera han asolado con furia la zona y Adrien ha estado siguiendo los informes visiblemente preocupado. Sin posibilidad de beber agua no contaminada por su propia inmundicia, los peregrinos que asistían a La Meca han muerto por miles, y al parecer la situación en la India es igual de mala, aunque uno de los alemanes ha reducido a la mitad la tasa de mortalidad utilizando una vacuna que ha probado en su propia persona. Adrien está planteándose un viaje. A pesar de que se está haciendo demasiado viejo para esa clase de cosas, no tiene sentido que yo intente disuadirle si él decide ir.

Marcel sigue muy ocupado con sus fiestas y está realmente encantado con la compañía que encuentra en el salón de madame Lemaire, incluyendo a un poeta y a un pianista que ha conocido esta semana.

PARÍS, 21 DE MAYO DE 1894, LUNES

Marcel está siendo perseguido por el mismísimo conde de Montesquiou. Según he podido saber, el conde hará su aparición no solo *chez* madame Lemaire los martes sino también en los miércoles de la princesa Mathilde, a cuyo salón Marcel está invitado regularmente, y el gran hombre ha manifestado su interés por la idea de Marcel de cultivar una carrera literaria. Todo esto salió a colación ayer mientras discutía con Marcel sobre su futuro y le apremiaba a que siguiera el consejo de su padre y empleara todas sus fuerzas en buscar un empleo. Él respondió que no todo el mundo está de acuerdo con nosotros, y hasta el conde le ha animado a que considere la literatura como profesión. Marcel ha accedido a cenar pronto con él. No me fío de ese hombre: por lo que he podido saber, es decididamente peculiar a pesar de su noble cuna.

PARÍS, 8 DE JUNIO DE 1894, VIERNES

Marie-Marguerite tiene terribles problemas con su tobillo. Se lo torció la semana pasada en el Bois. Aunque llevaba un calzado firme, tropezó con una piedra y ahora no hay manera de que se le desinflame. Cuando su criada me dijo que no podía verme ayer, le envié una nota diciéndole que pasaría a visitarla hoy o mañana. A pesar de que en un primer momento no quiso ni oír hablar de ello, ni que decir tiene que conmigo no necesita andarse con ceremonias y podemos charlar relajadamente mientras ella descansa. He sugerido que Adrien pase a visitarla, pero él dice que el doctor Pozzi le dispensará una excelente atención. Es tan dado al flirteo que me extraña que monsieur Catusse le quiera junto a la cama de su esposa, aunque Adrien dice que su valía profesional está fuera de toda duda, ¡por mucho que no pueda decirse lo mismo de la fidelidad que profesa a su mujer!

El nuevo amigo de Marcel, el joven pianista monsieur Hahn, vino ayer a buscarle para pasar la noche fuera. A pesar de la hora que era, entró muy cortésmente al salón para conocernos. Es un hombre de una apostura arrebatadora, más moreno que Marcel y con una nariz preciosa, fuerte aunque perfectamente recta, y un pelo negro y rizado, mucho más espeso que el de Marcel o que el de Dick. Al parecer, su familia es de Venezuela, aunque ha vivido en París desde que era niño. Judío por parte de padre, aunque muy literario e integrado, según la descripción de Marcel. Sus modales son realmente agradables, y le he dicho que debe venir a tomar el té con su madre un día de estos. (Al parecer, la señora conoce a los Neuberger, con lo cual tenemos esa relación en común.) Dijo que así lo haría y también que para él sería un honor poder tocar para mí.

PARÍS, 18 DE JUNIO DE 1894, LUNES

Últimamente Marcel está visiblemente animado, y cuando no sale apresuradamente a alguna cena o a alguna fiesta con Reynaldo Hahn, está ocupado escribiendo en su habitación. A pesar de que no estoy segura de que estas ambiciones literarias sean una sabia decisión, no conviene cuestionarle cuando se le ve tan obviamente feliz. Ya está estudiando sus múltiples invitaciones a las fiestas que se celebran en las residencias de verano.

Puede que este año pase sola las vacaciones. El doctor espera estar ocupado durante los próximos meses, liberándose de sus investigaciones para poder así concentrarse en organizar el *cordon* del otoño que viene, y no cree que vaya a tener mucho tiempo libre. Y Dick querrá pasar el mayor tiempo posible del verano con sus colegas antes de empezar con su tan temido servicio. ¡No tienen madera de soldados mis lobeznos! Mientras tanto, yo intento sopesar los méritos de Trouville versus Cabourg, y me pregunto si podría convencer a Marie-Marguerite para que me acompañe unos días. Al fin y al cabo, quizá incluso me siente bien estar un tiempo alejada de la familia.

Aunque jamás se lo diré a Adrien, debo reconocer que para mí ha sido un auténtico alivio librarme de la excursión anual a Illiers. Es una pequeña y deliciosa ciudad, sin duda, y los paseos que dábamos allí eran hermosos.

Elisabeth se mostraba muy amable, pero aun así yo nunca me sentí cómoda del todo en aquella casita. Marcel la adoraba y se puso muy triste cuando el asma le impidió seguir yendo, pero yo siempre me pregunté qué pensaban realmente los Amiot de nosotros. Cuando los niños eran pequeños, las cosas eran muy fáciles pues los pequeños siempre crean un vínculo natural con sus mayores, pero a medida que fueron creciendo, resultaba cada vez más difícil encontrar temas de conversación comunes. En fin, que las diferencias entre ambas familias habían empezado a salir a la luz, eso es todo. Adrien se veía obligado a hacer un largo viaje desde Illiers al Hôtel Dieu y a la facultad de Medicina. Quizá habría sido todo más fácil si yo hubiera sido católica, aunque, naturalmente, tanto los Proust como los Amiot siempre se mostraron muy tolerantes y abiertos en lo que concierne a mi religión. En eso no tengo ninguna queja. Aun así, nunca fui una de ellos.

PARÍS, 20 DE JUNIO DE 1894, MIÉRCOLES

Félicie ha puesto el grito en el cielo porque, por algún motivo, prefiere julio a agosto, aunque le he dicho que eso es del todo imposible porque el doctor seguirá todavía aquí. Supongo que Adrien podría irse a Auteuil o alojarse en casa de algún amigo, pero no me parece una solución especialmente adecuada. He sugerido a Félicie que, si de verdad debe marcharse en julio, Geneviève podría encargarse de cocinar para el doctor. Ha sido una maldad de mi parte porque sabía que sus celos profesionales jamás le permitirían aceptar semejante acuerdo. Mientras tanto, Marcel anuncia que Reynaldo H. y él están invitados al *château* de madame Lemaire todas las semanas que lo deseen para honrarla con su compañía.

Este asunto del capitán judío es realmente preocupante. Los periódicos dicen que le han acusado de traición. De ahí que se haya producido una avalancha de denuncias y de llamadas a la venganza. Me enferma leerlas. Temo que todos los judíos paguemos por esta traición. ¿Acaso no sabe esa gente que deben a Francia sus derechos y sus libertades?

Oigo pasos que se arrastran con suavidad a mi espalda. El bibliotecario avanza sigilosamente, y cruza junto a mi mesa. Lleva calcetines y unas sencillas sandalias sujetas a los pies con una única tira ancha de vinilo marrón. Para impedir que las sandalias golpeen el suelo con demasiada fuerza, el hombre arrastra los pies como si apenas tuviera energía para caminar. Todavía no entiendo cómo puedo haberlo confundido con Max. Tendrá su misma altura y también el pelo oscuro y rizado, de modo que se parecen un poco vistos desde atrás, pero el bibliotecario es norteafricano y de piel negra, y tiene un narizón de dramáticas proporciones mientras que Max tiene una nariz más pequeña y la tez más clara. El hombre de la bata azul no flota en absoluto sobre el suelo, me he equivocado de medio a medio en eso: avanza con paso pesado y parece visiblemente deprimido, agotado por el esfuerzo que supone tener que cuidar de los manuscritos y mantener el orden en la biblioteca... o quizá, y será lo más probable, por sus propias preocupaciones. Si Max tiene preocupaciones, seguro que son secretos exóticos. Siempre hubo en él cierto halo de exotismo, una leve sombra de sufrimiento poético. En cierto modo parecía planear sobre lo mundano, destilando cierta distancia de la vida al tiempo que transpiraba un intenso júbilo. En eso radicaba su irresistible encanto. La primera vez que hablé con él, afectó un misterio que me encandiló.

Entra por la puerta del aula, descolgándose de la espalda una mochila negra llena de libros que se coloca bajo el brazo al tiempo que saluda a una amiga que está detrás de él en el pasillo.

—¿Estarás el viernes? Oh, tienes que venir. Sí, ven —su súplica es jovial; su energía, contagiosa; su atención, intensa, y su zalamería, irresistible. Sin duda, la mujer accederá. Sin embargo, se limita a mascullar algo confuso y se aleja apresuradamente en dirección a su clase.

Max se vuelve y entra al aula (Pintura renacentista, 202) felizmente consciente de que está retrasando el inicio de la clase.

Pero no es Max. No, aún no lo es. Al principio, es tan solo este hombre, este muchacho que suele sentarse unas cuantas filas delante de mí. Parece conocer a todo el mundo, lamentándose de un abusivo trabajo de biología con algún conocido mientras planea con otro una fiesta sorpresa de cumpleaños. Me gustaría ser capaz de ignorarle como si fuera uno más de los miembros del equipo deportivo de la universidad que,

dotados de un exiguo cerebro y de generosos músculos, rondan por los pasillos buscando sexo ante una educación liberal. Sin embargo, la pregunta que la semana pasada hizo sobre iconografía fue sin duda una muestra de inteligencia... y, en cualquier caso, debo admitir que no se parece a ellos. No es alto ni rubio, sino bastante enclenque y moreno. Tiene el pelo negro, rizado y largo, la piel olivácea aunque de color intenso, los rasgos pequeños y una naricilla perfecta: la mitad de una pirámide delicadamente insertada en el centro del rostro. A pesar de que la barba sea poco poblada, un puñado de pelos más gruesos le salpican los pómulos. La piel de esa zona está a menudo sonrosada, lo que le da un aire de permanente confusión que ayuda a perdonar su burbujeante afectación.

Aunque le he estudiado con detenimiento, tan solo consigo convencerme de que estamos destinados a ser amigos cuando le oigo hablar en francés un día, después de clase. McGill es la universidad del Montreal angloparlante, bastión de la vieja y menguante hegemonía anglófona, aunque en la década de los ochenta, incluso aquí puede oírse la lengua del Quebec contemporáneo. Un profesor de matemáticas recién contratado da instrucciones a la secretaria del departamento. Un par de alumnos bilingües empiezan a hablar de pronto en su lengua materna. Hablan un francés canadiense fluido y acelerado, suavizando las vocales y añadiendo consonantes adicionales entre palabras, ofreciendo así un ligero paladeo de las voces más vibrantes y hoscas que pueden oírse al otro lado de las puertas de la universidad, en McGill College Avenue, cuando el conductor del metro anuncia los nombres de las paradas o la cajera del *dépanneur*, el colmado de la esquina, devuelve el cambio. Lo que da esa calidad tan extraordinaria al francés de este chico es que contiene un conjunto de manierismos totalmente distintos: también hace hincapié en las vocales, pero las redondea o las expande con un *ouu* o con un *ahhh* en vez de abreviarlas o sesgarlas. Solo pronuncia las consonantes cuando no le queda más remedio, y las expulsa de su boca como si escupiera piedras ardiendo. Habla el expedito francés de París, el afilado aunque rico dialecto de la deslumbrante metrópolis, y en esas escasas frases que le oigo pronunciar cuando paso por su lado en el pasillo, encuentro la reconfortante lengua de mi infancia, como si el chico no fuera un desconocido sino un viejo compañero de juegos al que he vuelto a descubrir.

El lunes no le veo en clase. El miércoles, cuando le busco con los ojos, intentando convencerme de que no siento especial interés por ver a ese chico de pelo rizado en particular sino que soy tan solo una simple observadora de especímenes, él aparece de nuevo y se sienta una fila delante de mí. Por una vez llega temprano y la clase todavía no está llena. Al parecer, al no ver a ningún conocido en su fila, se vuelve y nuestras miradas se encuentran.

—¿Viniste a clase el lunes?

Asiento con la cabeza.

—¿Podrías prestarme los apuntes? No pude venir, tuve que volver a casa a pasar el fin de semana.

Paso hacia atrás algunas páginas de mi archivador, abro los cierres metálicos y cuando me dispongo a sacar las páginas correspondientes de las anillas, lo que me ofrece una excusa para bajar los ojos y apartarlos de su amigable mirada, me atrevo por fin a preguntar:

—¿De dónde eres?

–De Toronto.

–¿De Toronto? –repito, dubitativa.

–De Toronto, sí –responde, riéndose y dando muestras de una leve y pasajera confusión provocada por mi respuesta–. Te los devolveré la semana que viene –añade, cogiendo las páginas con unas manos elegantes de dedos largos que resultan demasiado grandes para una persona tan pequeña. Y luego, como para sellar la transacción, me dice su nombre–. Soy Max. Max Segal.

Pronuncio mi nombre con sumo cuidado, dejando muy claro que es francés:

–*Marie Prévost*.

–*Bonjour, Marie* –dice, arqueando una ceja divertida antes de volverse hacia delante.

Ahora me parece más intrigante que nunca: un animal mítico, el francófono de Toronto.

En Montreal, la palabra Toronto es un claro sinónimo de dos cosas: el dinero y la lengua inglesa.

–No hablan francés en Toronto –dice desconcertantemente mi *grand-mère*, como si vivir fuera del lugar donde se habla su lengua fuera sinónimo de haber abandonado del todo la civilización.

–No hablan francés en Toronto –dice mi tía Carole con jadeante indignación, como si en Toronto se comieran a sus propios hijos y bailaran desnudos a la luz de la luna.

–No hablan francés en Toronto –dice mi padre, que no ha cruzado el río Ottawa para pasar a Ontario desde que regresamos de Europa. Lo dice como quien formula una única y desdeñosa frase que rápidamente desaparece.

–No hablan francés en Toronto –dice mi madre, deteniéndose en las palabras con una sombra de tristeza, como si resultara relajante vivir en un lugar donde solo se utiliza una lengua.

Max Segal es ahora un nombre cuyas letras encierran un rompecabezas.

En la *salle des manuscrits*, el bibliotecario se aleja empujando su carrito y yo regreso a la tarea que me ocupa. En septiembre de 1894, fue por una vez el hijo menor de madame Proust quien requirió sus cuidados.

RUEIL, 12 DE SEPTIEMBRE DE 1894, MIÉRCOLES

Realmente parece que Dick se pondrá bien. Hoy, el espantoso y pequeño vacío que llevaba instalado en el fondo de mi estómago desde el sábado ha desaparecido. Tengo la sensación de no haber respirado bien durante cuatro días y de que por fin puedo llenar de aire mis pulmones. Adrien llegó el lunes por la noche y ayer comentó su estado con el doctor Guinard. Dice que el hueso se ha fijado bien y que debería soldarse sin dejar ninguna debilidad permanente. ¡Y pensar que el domingo yo no sabía si el chico volvería a caminar sin muleta!

Adrien ha conocido al conductor del carro, que se ha mostrado muy contrito, aunque supongo que, como Dick se cruzó directamente en su camino, poca culpa tiene el hombre de no haber podido detener su caballo a tiempo. Adrien dice que es imposible que el tándem mantuviera adecuadamente el equilibrio llevando tan solo una persona encima, aunque no quiero ni imaginar lo que habría ocurrido si la muchacha hubiera ido detrás y hubiera resultado herida. Habría sido espantosamente embarazoso, como mínimo, si no francamente desastroso. ¡A saber qué suerte de familia podríamos haber encontrado junto a su cama! De momento, ella está instalada en la habitación de Dick.

He intentado mostrarme cortés y discreta, cosa que estimo necesaria pues la muchacha parece muy dulce y cariñosa. Dick se muestra muy divertido con la situación, lo cual supongo que es un claro signo de que se está recuperando bien. En cuanto podamos moverle, se irá a Auteuil. Tío Louis dice que estará encantado de tenerle con él. Aunque ha sido un incordio tenerle ingresado en este hospital de provincias, Adrien ha comentado que estos días hay tanto tráfico en las calles que si se hubiera caído delante de un carruaje en París, en vez de hacerlo ante un carro en Rueil, el accidente podría haber sido mucho peor.

AUTEUIL, 26 DE SEPTIEMBRE DE 1894, MIÉRCOLES

Dick está haciendo excelentes progresos y ha empezado ya a renquear por la casa con la ayuda de un bastón. El color ha vuelto a su rostro. No me había dado cuenta de que esa era la causa de que pareciera tan enfermo hasta que ayer le vi sentado al sol en el jardín con las mejillas sonrosadas y supe que estaba realmente recuperándose. Me siento un poco culpable de lo ocurrido, pues Dick había seguido mi consejo y había decidido trabajar menos este verano y comprarse esa estúpida bicicleta. Sin embargo, no deja en ningún momento de bromear al respecto y sigue siendo, como siempre, un alma resistente. A decir verdad, no hay que preocuparse excesivamente por él. Las autoridades han accedido a que posponga el inicio de su servicio militar durante al menos seis meses.

Tío Louis parece encantado de poder ser de alguna utilidad y ha estado revoloteando alrededor de Dick como una vieja niñera. Papá vino también ayer a visitarnos, y ambos han estado recolocándole las almohadas hasta que no he podido contener la risa. Papá está en plena forma. El verano parece haberle levantado el ánimo.

París, 29 de septiembre de 1894, sábado

Marcel por fin duerme y su respiración se ha normalizado, aunque sigue pareciéndome bastante fatigosa. Ha sido un ataque espantoso. Todavía peleaba por respirar cuando he llegado de Auteuil, y jadeaba con tal ferocidad que he creído que iba a verle respirar por última vez. Aunque tío Louis había llamado a un taxi y yo había llegado lo más rápido que pude, todo indica que ha debido de estar unas dos o tres horas en ese estado. Había tomado Trional la noche anterior, aunque en vano, y las cosas no habían hecho más que empeorar por la mañana. Gracias a Dios que finalmente insistió para que Jean mandara a buscarme. Es el polen el causante del ataque. Es un mal verano: ha llovido tanto que todo está maravillosamente verde. Marie-Marguerite se quejaba el otro día de que no para de moquear por culpa del polen, cosa que no había experimentado antes, con lo cual para Marcel debe de haber sido una auténtica tortura, pobre muchacho. Le he dado una segunda dosis de Trional y me he quedado casi toda la noche despierta a su lado hasta que por fin ha parecido que le hacía efecto.

PARÍS, 5 DE OCTUBRE DE 1894, VIERNES

Adrien y yo hemos discutido esta mañana sobre los continuos ataques que sufre Marcel. El doctor dice que la temporada del polen debería haber concluido a estas alturas y que si Marcel sigue en cama es porque yo le permito creerse enfermo. Hemos tenido la misma discusión cientos de veces, pero la verdad es que cuando Marcel está a punto de derrumbarse por culpa del asma no sé qué se supone que debo hacer. A Adrien le preocupa el Trional y dice que consultará su uso con un colega. Cuando le he dicho que son muchos los médicos que lo prescriben, él me ha respondido: «Solo moderadamente, y esa es precisamente una palabra que el muchacho desconoce». Ha sugerido que intentemos quemar polvos medicinales en vez de utilizar el Trional, que a veces tienen efectos positivos en los asmáticos, y que lo consultaría con su colega. A pesar de que yo siempre había albergado la esperanza de que, una vez cumplidos los veinte, su respiración mejoraría –Adrien dice que estos ataques son a menudo una fase pasajera en los jóvenes y que se normalizan a medida que se hacen mayores–, lo cierto es que la enfermedad no nos da tregua.

Mi pobre lobezno se ha perdido varias fiestas y no ha podido recibir visitas salvo la de Hahn, por supuesto, que se muestra verdaderamente afectuoso y devoto. Si Marcel no se ha levantado cuando él llega, se sienta a charlar conmigo muy agradablemente o, si estoy ocupada, lee en el salón hasta que Marcel se levanta. Su temporada ha dado comienzo de nuevo y está llena de compromisos, pero aquí está todas las tardes sin falta. Marcel y él están invitados el mes que viene al *château* de Madeleine Lemaire –esa mujer es tan elegante que no regresa a París para el comienzo de la temporada hasta que la atraen a la ciudad las fiestas de diciembre– y tienen intención de visitarla si la salud de Marcel lo permite.

PARÍS, 17 DE OCTUBRE DE 1894, MIÉRCOLES

Adrien está cada vez más desanimado por el lento avance de las negociaciones con los alemanes y dice que ha perdido la esperanza de conseguir el apoyo de los ingleses. Ayer llegó a cenar enojado después de haber recibido una carta con el correo de la tarde, sobre cuyo contenido se despachó largo y tendido mientras comíamos. Aunque quizá se sienta frustrado por las reticencias de los demás, al menos nunca pierde la confianza en su proyecto. Le vi tan enojado que le sugerí que se tomara un respiro durante un tiempo y que dejara su cometido en manos de otros, y al instante volvió a ser el de siempre y me dijo que eso no eran más que bobadas, que seguiría adelante y que asistiría a las conferencias alemanas tal y como estaba planeado. Últimamente parece agotado y no hemos tenido un otoño fácil con el accidente de Dick. Aunque es Marcel quien más le preocupa.

PARÍS, 15 DE NOVIEMBRE DE 1894, JUEVES

Esta mañana he recibido una carta realmente conmovedora de Marcel. Aunque llueve sin cesar en Réveillon, Hahn y él están cómodamente caldeados en sus habitaciones donde uno se dedica en cuerpo y alma a la escritura y el otro a la composición. Marcel trabaja en su historia, a la que ha dado ya título: *La Mort de Baldassare Silvande*, llamada así por su héroe. Está plenamente convencido de que después escribirá una novela y cuenta con el apoyo de Reynaldo. Me dice en su carta que su único objeto es vivir una vida dedicada a las artes, rodeado de sus seres queridos.

Mi prima Mathilde ha dicho que pasaría esta tarde con Nuna, y los Cottin han venido a cenar, de modo que estamos ocupados con nuestros compromisos.

¡Aunque, según los estándares de madame Lemaire, sea una práctica poco elegante!

PARÍS, 18 DE ENERO DE 1895, VIERNES

Marcel ha tenido alguna discusión con Reynaldo, pero se niega a confiarme el motivo. Es presa de una espantosa ansiedad e, incapaz de permanecer sentado un solo minuto, da vueltas por el apartamento recolocando los *objects d'art*. Me he ofrecido a escribir al muchacho, apremiándole a que acceda a una reconciliación, pero Marcel se niega en redondo.

Su padre insiste en que debemos tratar la cuestión de su profesión de una vez por todas, y yo hago lo imposible por defenderle. Le he dicho a Adrien que Marcel está en este momento demasiado contrariado por su disputa con Reynaldo para considerar seriamente otras cuestiones, y él me ha acusado de mimar las emociones del muchacho. Dudo mucho que la salud de Marcel aguante si las cosas siguen así.

Sorprendente noticia sobre monsieur Faure. Nadie la esperaba. Justo ayer por la mañana Adrien decía que Brisson estaba convencido de su victoria. Me gustaría saber cómo se siente madame al respecto. Supongo que debe de estar realmente complacida, pues siempre ha tenido en gran estima los logros de su esposo, a pesar de la dificultad que entraña su relación. La pobre madame lo merece, pues son demasiadas las alegrías que el hombre no le concede. El estatus social puede compensar en cierto modo una falta de ternura, y supongo que, si debemos soportar las obligaciones que comporta la vida política, por lo menos deberíamos hacerlo a cambio del mayor de los regalos. No creo que la vea demasiado durante un tiempo. Sus nuevas obligaciones sin duda resultarán demasiado onerosas para que pueda encontrar tiempo para sus paseos.

PARÍS, 3 DE FEBRERO DE 1895, DOMINGO

Tal y como me había temido, Marcel ha sufrido una recaída: un terrible ataque que por fin ha calmado el Trional a las tres de la mañana. Escribo porque no puedo dormir y he venido con mi diario a la antecámara de su habitación. Escucho atenta su respiración, coordinando cada movimiento de la pluma con el ascenso y descenso de sus pulmones. Daría lo que fuera por poder vernos libre de este demonio.

Repaso mentalmente los detalles de mi embarazo, el nacimiento de Marcel y su infancia, intentando descubrir en qué momento podría haber impedido este curso de los acontecimientos. ¿Cometí acaso un error al mimar como lo hice a un niño enfermizo? ¿Deberíamos haber prestado menor atención a los ataques cuando empezaron?

¿Acaso mis cuidados, mis temores, las palabras susurradas en esta habitación cuando él era apenas un niño que no podía dormir, la mano acariciándole la frente... acaso todo ello provocó ese horrible día en el Bois, cuando le vi tumbado y ahogándose en el suelo?

Su padre espera de él grandes cosas, aunque diga que tan solo quiere que el muchacho escoja la profesión que desee, por muy común que esta sea. En cuanto a mí, daría la vida por que Marcel pudiera ser normal.

PARÍS, 7 DE FEBRERO 1895, JUEVES

Tras varios días desagradables de rasposos jadeos y un segundo ataque, aunque más suave, Marcel se ha recuperado. Aun así, no pienso permitir que salga del apartamento, pues estos últimos días ha hecho un frío glacial. Su enfermedad ha tenido un efecto positivo: su reconciliación con Hahn, que se enteró de que estaba enfermo por unos amigos con los que supuestamente Marcel debía cenar el martes. Corrió hasta aquí y fue afectuosamente recibido. Jean le hizo pasar primero al salón, pues Marcel había dado instrucciones de que no le despertaran, aunque yo estaba segura de que con Reynaldo haría una excepción y entré de puntillas en su habitación para anunciar su visita. Les dejé a solas y no vi a Reynaldo cuando se marchó, pero Marcel parecía decididamente mejor y cenó con nosotros por fin, de modo que entiendo que todo ha quedado olvidado, fuera cual fuese el motivo de la disputa.

PARÍS, 4 DE MARZO DE 1895, LUNES

A pesar de que parezco haberme retrasado en todas mis labores domésticas desde que Adrien regresó de su viaje a Alemania, no puedo decir que haya tenido ninguna obligación en particular que me haya mantenido demasiado ocupada. Ha sido un auténtico placer gozar más de su presencia, y verle menos distraído que de costumbre.

Había temido convertirme en una completa extraña a los placeres de la vida conyugal para la que, a fin de cuentas, no tengo una edad avanzada. Adrien ha regresado de Berlín más gentil y sensible de lo que le he visto en años y he disfrutado sobremanera de sus atenciones. Todo matrimonio tiene sus alegrías y sus penas, sus cumbres y sus valles, y justo cuando creemos que el paisaje nos resulta del todo familiar y no contiene ya sorpresas, emerge una nueva cima.

Por fin he encontrado el momento para escribir una pequeña nota a madame Faure, que había estado postergando. ¿Cómo felicitar a una amiga por el nombramiento de su esposo a la presidencia? Aunque no estaba segura de cómo hacerlo, he logrado escribir algunas frases de buenos deseos. Compadezco a ambos por embarcarse en tan arduo viaje, aunque Adrien se ha reído de mí cuando lo he dicho. «Jeanne, solo tú puedes ser tan blanda de corazón como para preocuparte por un presidente», ha dicho antes de declarar que sería capaz de preocuparme por el mismísimo Dios si pudiera tener noticias de él.

Es muy propio de Adrien no ver el alto precio que el trabajo duro se cobra en nuestra salud y en nuestra felicidad, y creer que el ascenso político y social es un bien necesario. Supongo que en cierto modo eso es algo que Marcel y él comparten, por mucho que Adrien ponga en duda la sabiduría que el muchacho muestra en sus flirteos con las duquesas. A decir verdad, creo que a veces le enorgullece que su hijo se mueva en esa clase de círculos. No hay duda de que ha escuchado con gran interés la descripción que hizo Marcel de la cena a la que asistió en casa de la marquesa de Brantes la semana pasada.

Y no estoy segura de que sea blanda de corazón, por mucho que Marcel y Dick se empeñen siempre en afirmarlo. Quizá se me dé mejor que a muchos ocultar mis juicios más duros.

PARÍS, 26 DE MAYO DE 1895, DOMINGO

Anoche Adrien cenó con tío Louis en Auteuil y dice que le preocupa el estado de su corazón, pues según ha comentado jadea horriblemente con el mínimo esfuerzo. Aun así, lo pasaron en grande, pues Adrien todavía no había llegado a casa a las once cuando me dormí, y durante el desayuno me ha dicho que llegó pasada la medianoche. A pesar de que tío Louis no tiene ya energía para sus amoríos con las damas, sin duda debe de hacerle bien disfrutar de algún entretenimiento ocasional.

Qué extrañas noticias llegan de Londres sobre el juicio al señor Wilde. El hombre ha sido condenado a dos años de trabajos forzados en una prisión inglesa y se dice que las condiciones de esos lugares son espantosas, peores aun no solo que las de cualquier prisión francesa, sino incluso que las de la isla del Diablo. El tribunal no tuvo elección y se vio obligado a declararle culpable, aunque es imposible no preguntarse en qué estaría pensando el hombre. A pesar de que esa suerte de relaciones ocurren –y muchos así lo sospechan–, qué tremendo error haberla anunciado al mundo de un modo tan desvergonzado. El señor Wilde se estaba buscando problemas y al parecer los ha encontrado.

Madame Dauvergne, una mujer cuanto menos estúpida, estaba ayer por la tarde en casa de Marie-Marguerite y no veía la hora de chismorrear sobre el caso. A decir verdad, no tengo el menor interés en el asunto y ella no dejaba de acuciarme, diciendo que deseaba conocer mi opinión como anglófila que soy, insistiendo en saber si es cierto que los ingleses son más reservados en su comportamiento en público aunque menos rectos en su moral privada que los franceses. No hubo modo de hacerla callar, y por fin entendí que debía de haberse enterado por boca de Marie-Marguerite –que en realidad solo la tolera debido al vínculo familiar que las une– de la peculiar ocasión, ocurrida hace dos o tres años, en que supuestamente el señor Wilde había cenado en casa. Pues bien, finalmente le dije: «Créame, madame, no sé nada del señor Wilde ni de su rectitud moral. No llegué a conocerle, aunque creo que mi hijo le estrechó la mano en una ocasión durante una recepción». Acto seguido, le dediqué una firme mirada que dio finalmente por concluida la conversación.

De haber sido poseedora del ingenio de madame Straus –y de su *courage* conversacional– habría recordado a la buena señora un pasaje del *Tartufo*: «Son aquellos cuya conducta da pie a habladurías los primeros en atacar a sus vecinos».

Madame Proust lucharía durante años para ayudar a su hijo a adquirir lo que ella calificaba de «una vida normal», la misma vida que, víctima del amor que le profesaba, en cierto modo también le impediría obtener. La salud de Marcel jamás mejoraría.

Los bibliotecarios han tocado el timbre que anuncia el inminente cierre de la sala. Es hora de devolver los documentos al mostrador de pedidos, porque la *salle des manuscrits* cierra puntualmente a las seis, y se tarda un poco en salir. Devuelvo la caja al mostrador, recojo mi disco naranja y lo cambio por el verde antes de detenerme en el mostrador de información para que me den una nota firmada por el ayudante del ayudante de bibliotecario tras inspeccionar mi bolsa y asegurarse de que no estoy sacando ningún documento precioso de la biblioteca. Entrego el papel y el disco verde al llegar a la cabina de la entrada y puedo por fin salir, aunque tengo planeado aprovechar el tiempo e investigar una sola cosa más antes de volver a casa.

En París, el peregrino proustiano es un alma empobrecida. Aparte de este archivo, quedan pocos vestigios del gran escritor en la ciudad donde transcurrió toda su vida. No hay ningún museo dedicado a su memoria, ni casa o apartamento cuidadosamente conservados. El Musée Carnavalet, un viejo *hôtel* lleno de muestras sobre la historia social de París, ha adquirido recientemente unas cuantas reliquias entre las que se incluyen la cama, la estantería, el escritorio, el tintero y el cepillo de pelo del escritor. Estas piezas fueron donadas en el año 1989 por una tal madame Odile Geraudon en memoria de su madre, Céleste Albaret, la criada del escritor en el momento de la muerte de este. Con estos objetos, el museo ha recreado la habitación de Proust en el número 102 del boulevard Haussmann, donde vivió entre diciembre de 1906 y junio de 1919, y donde, siguiendo el consejo de su amiga, la poeta Anna de Noailles, las paredes estaban

recubiertas de corcho para mantener el espacio a salvo del ruido.

Este pequeño santuario tiene algo de patético. No es más que un pequeño y atiborrado dormitorio de madera oscura con muebles despintados y apretujados entre retratos de sociedad y juegos de café *art nouveau* que conforman el legado del museo a la *belle époque*. Lleno de recordatorios del pasado, el lugar parece vacío de memoria. Lo visité en una ocasión durante la primera semana de mi estancia en París y salí de él decepcionada.

Pero hoy, armada con una lista de direcciones, sigo adelante en mi peregrinación y recorro unas cuantas calles en dirección norte desde la Bibliothèque Nationale al boulevard Haussmann, bautizado así en honor del gran urbanista, y cuyas anchas avenidas, fachadas de piedra gris y tejados de pizarra azul hacen de esta la ciudad más bella del mundo. Es la hora punta y avanzo con dificultad corriente arriba contra el flujo de gente que emerge de las oficinas del corazón del distrito financiero para volver a casa. Camino deprisa, dejando atrás los grandes almacenes que llevan aquí desde la época de Proust y a los vendedores que pregonan picadoras de vegetales y lazos para el pelo al grito de *Regardez, mesdames...* Me imagino formando parte de esta multitud, convertida en una parisina elegantemente vestida acompañada de un escolar embutido en unos vaqueros recién estrenados, y con un marido que usa coloridas corbatas esperándola en casa. Quizá mis tacones no sean lo suficientemente altos ni mi semblante lo bastante refinado como para dar el pego. Aun así, sigo caminando con convicción, sabedora de que la determinación puede compensar muchas carencias.

El número 102 es ahora un banco. Vacilo delante de la puerta y levanto los ojos. Un hombre con traje que sale del banco me mira, preguntándose quizá si me habré desorientado, aunque al seguir la dirección de mi mirada se sonríe y sigue adelante. Sobre nuestras cabezas hay una discreta placa de mármol con ese tipo de letras doradas que se emplean para demarcar lugares históricos por todo París: «Marcel Proust, escritor, vivió en este edificio entre 1906-1919». Es el apartamento de la habitación forrada con corcho.

Voy también al número 44 de la rue Hamelin, el edificio donde Proust vivió entre 1919 y 1922. Cojo el metro hasta allí y, tras unas cuantas paradas hacia el norte, ya en el corazón mismo del XVI<sup>ème</sup> Arrondissement, salgo a la place d'Iéna. Ha empezado a oscurecer y las farolas reflejan su luz en los adoquines. El 44 de la rue Hamelin es ahora un pequeño hotel y me detengo justo en la acera de enfrente, al lado de una lavandería, estudiando atentamente la fachada en busca de alguna señal que delate lo ocurrido aquí en 1922, pero no consigo encontrar ni rastro del ocupante más famoso del edificio. Confundida, vuelvo a comprobar la dirección y cuando estoy a punto de darme por vencida, me fijo en lo que el resplandor de los focos que iluminan la marquesina de rayas del hotel ha oscurecido. Justo encima de los focos hay otra placa: «Marcel Proust, escritor, murió en este edificio el 18 de noviembre de 1922».

Estos son los lugares en los que Proust escribió su gran novela, pero aquellos en los que transcurrieron su infancia y su juventud, los años que vivió con esa madre que tanto le mimaba no han sido merecedores de tan detallado recordatorio. En el número 9 del boulevard Malesherbes hay una elegante fachada desprovista de letrero alguno. Es un clásico edificio parisino de piedra gris con balcones de hierro forjado y mansarda. Unas

cortinas de encaje traslúcidas oscurecen la visión clara del apartamento de la tercera planta, pero la luz tenue y amarilla de una lámpara brilla cálidamente hacia la calle y se vislumbra una figura sentada en un gran sillón junto a la ventana. La figura tiene la cabeza inclinada hacia delante y parece coser, o quizá esté leyendo. Aquí, en estas habitaciones, fue donde madame Proust escribió sus libretas.

PARÍS, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1895, SÁBADO

Adrien está muy entusiasmado con una nueva posibilidad que ha descubierto para Marcel. La otra noche, mientras cenaba con monsieur Hanotaux, al que hacía tiempo que no veía –las obligaciones públicas del hombre le mantienen horriblemente ocupado–, una vez más volvió a comentar la posibilidad de que Marcel entrara en el cuerpo diplomático. Ni que decir tiene que el asunto requiere discreción, pues Marcel tendría que aprobar el examen y pasar por los canales habituales como cualquier otro candidato, por mucho que el ministro sea amigo de su padre. Adrien preguntó con suma delicadeza a monsieur Hanotaux si el examen sería muy difícil, pues le preocupaba que Marcel no cuente nunca con la salud suficiente como para ocupar destinos en el extranjero, y mucho menos en lugares de climas difíciles. Monsieur Hanotaux sugirió que quizá sería más adecuado un puesto en alguna de las bibliotecas y dijo que siempre faltan bibliotecarios.

Por lo que Adrien pudo entender, ningún hombre con la educación de Marcel ocuparía ninguno de los puestos remunerados, aunque el voluntariado es una ocupación respetable para quien posee una naturaleza literaria. A mí me ha parecido una solución ideal. En realidad, no es que Marcel necesite ganarse la vida. Su asignación basta y sobra para que pueda costearse por ahora cualquier deseo razonable, y si puede parecer menos que generosa es solo porque es un muchacho demasiado extravagante. Además, en el futuro su herencia le permitiría crear un hogar sin necesidad de ingresos adicionales.

Me produciría una inmensa alegría ver al muchacho con un empleo remunerado –esa clase de puestos enseñan el valor del dinero, de eso no hay duda–, aunque no me parece estrictamente necesario. Y un trabajo en una biblioteca encajaría a la perfección con sus intereses literarios y aportaría cierta disciplina a su vida. He convenido con Adrien que esperaríamos unos días, lo pensaríamos, y después abordaríamos juntos a Marcel cuando regrese de Gran Bretaña. Siempre es mejor mostrarle que, en lo que concierne a su carrera, sus padres tienen un criterio común.

PARÍS, 4 DE OCTUBRE DE 1895, VIERNES

Adrien acaba de irse al funeral de Pasteur. Estaba muy melancólico. Forma parte del grupo que seguirá al ataúd hasta el Panthéon. Espero que el esfuerzo no le canse demasiado. Dice que algún día la obra del gran médico sobre enfermedades infecciosas eclipsará el renombre de sus descubrimientos sobre el calor y las bacterias, y que le debemos la idea de las inoculaciones tanto como a los alemanes. Adrien está admirablemente libre de envidia y no ve amenaza alguna en que otros hombres participen en su campo de investigación. Tan solo le preocupa el avance de la ciencia. Aun así, últimamente parece que no oímos hablar más que de inoculaciones, y apenas del *cordón sanitaire*. Voy a pedir a Félicie que prepare una tarta de melocotón para la cena con la última fruta del verano. Eso debería animarnos. Marcel estará de regreso el domingo.

PARÍS, 14 DE OCTUBRE DE 1895, LUNES

Lucien Daudet vino a visitarnos ayer. Qué joven más encantador. Había estado esperando ansioso el regreso de Marcel porque deseaba consultar su opinión sobre un proyecto literario en curso – últimamente pierdo la cuenta de todos sus planes– y ha entrado a tomar el té conmigo. Marcel estaba en perfecta forma y nos hizo reír con su imitación del conde de Montesquiou, pues había cenado en su casa la noche anterior. No estoy del todo segura de que sea ético aceptar las invitaciones del gran hombre y burlarse después de él a sus espaldas, pero es sin duda un fácil objeto de sátira y Marcel ha tenido siempre un lado teatral y un gran talento para la imitación. Ha captado con maestría la actitud remilgada del conde y sus grandes pretensiones literarias: «Mi poesía, monsieur, no pretende tan solo el deleite del hombre, sino que debe ser paladeada solo por quienes poseen los oídos adecuados para apreciarla». Eso fue lo que le dijo a un invitado *chez* madame Straus que osó preguntar si podía invitarle a una lectura. Lucien no cabía en sí de gozo con la imitación.

Cuando se marchó, me dediqué a encomiar ante Marcel a la familia Daudet, diciendo que dos muchachos tan agradables como Lucien y Léon son sin duda el claro legado de la inteligencia y la educación de sus padres. De pronto, Marcel se puso muy serio y dijo: «*Maman*, no estés tan segura de la clase de gente que son simplemente porque sus hijos sean tan excelsos. El viejo monsieur Daudet es espantosamente burgués, y madame es antisemita». Sus palabras me entristecieron, como me entristeció también que personas tan llenas de ideas pudieran al mismo tiempo encontrar lugar en sus almas para el prejuicio.

PARÍS, 17 DE OCTUBRE DE 1895, JUEVES

Me preocupa esta medicación en la que Marcel tanto confía. Hoy ha vuelto a levantarse, aunque solo después de haber ingerido repetidas dosis de Trional, cosa que me entristece sobremedida, pues desde su regreso de Gran Bretaña su salud era excelente. Sin embargo, con el regreso al aire parisino y ese torbellino de actividad –corregir las pruebas finales del relato que saldrá publicado el mes que viene y ponerse en contacto con todos los amigos que no ha visto durante el verano– era de esperar que cayera enfermo en cuestión de días. Me decepciona profundamente que la gran labor lograda por el verano se vea tan rápidamente desbaratada por su negativa a trabajar con un ritmo pausado. Ayer le di una severa charla, aunque él se mostró muy cortante y apuntó que unas veces el doctor y yo nos quejamos de que no trabaja con suficiente ahínco y otras insistimos en que dosifique su ritmo de trabajo. Me enfadé tanto con él que insistí en la cuestión y dije exactamente que lo que pretendía mi argumentación era hacerle entender la necesidad de mantener cierto equilibrio. Es curioso lo cariñosas que son sus cartas durante sus ausencias y lo parco que es conmigo cuando está en casa. Le sugerí que Reynaldo y su madre vinieran a tomar el té uno de estos días, pero Marcel se limitó a desestimar la idea.

PARÍS, 21 DE OCTUBRE DE 1895, LUNES

Marcel está imposible. Sus horarios son cada vez más erráticos. Aunque quizá no debería calificarlos así, pues a decir verdad son cada vez más previsibles. Si sale, no lo hace nunca antes de las once de la noche. Regresa a casa a altas horas de la madrugada y escribe entonces o durante toda la noche, pero rara vez se acuesta antes de las siete o las ocho y se levanta solo a media tarde. A veces tomo el té con él, aunque normalmente cena fuera. Todo ello está sumiendo la casa en el más completo desbarajuste, hasta el punto de que he renunciado a esperarle cuando sale. No puedo quedarme despierta hasta las dos o las tres de la mañana (a veces, últimamente, me parece que llega al amanecer) y desayunar con Adrien a las ocho. Félicie se queja amargamente de que nunca sabe quién estará en casa durante las comidas ni a qué hora nos apetecerá hacerlas. Le he dicho que, en lo que respecta a Marcel, basta con que le deje fuera una costilla fría, aunque a decir verdad creo que está resentida con él por ausentarse del almuerzo y de la cena más que por el trabajo adicional que para ella supone. Marcel me dice que ahora que las flores se han marchitado ya no toma Trional, aunque sus intempestivos horarios poco bien pueden hacerle. Ayer discutimos acaloradamente al respecto, pero finalmente pudo conmigo, con el alegato de que tiene que escribir y que mejor que lo haga de noche, pues es precisamente entonces cuando no puede dormir.

PARÍS, 25 DE OCTUBRE DE 1895, VIERNES

He dado órdenes a Jean para que, cuando Marcel le llame, no le lleve la bandeja con el desayuno... a las dos o tres de la tarde, por el amor del cielo. No puede vivir bajo nuestro techo y negarse a respetar nuestros horarios, sin mostrar la menor consideración hacia el servicio. Últimamente apenas hablo con él, a menos que se digne a reunirse conmigo en el salón cuando tomo el té, de modo que le he dejado una nota en la que le informo de que a partir de ahora deberá ir en busca de su propio pan y de su café. Jean tiene que disponer de un poco de tiempo libre después del almuerzo si debe servir la cena, y yo no puedo gobernar una casa pendiente de los caprichos de un niño.

PARÍS, 30 DE OCTUBRE DE 1895, MIÉRCOLES

Demasiado enojada para hablar, y más aun para escribir. El jarrón de cristal veneciano de *Maman*. ¿Cómo ha podido?

PARÍS, 30 DE OCTUBRE DE A LAS 3 DE LA TARDE , MIÉRCOLES

Llevo aquí encerrada todo el día y tengo que hacer algo para poner fin a este horrible silencio que se ha impuesto entre nosotros y solucionar nuestra disputa. Del mismo modo que el arte y la música nos engrandecen, así nos vemos empequeñecidos por nuestros mezquinos celos, las triviales quejas domésticas, las pequeñas heridas y los lapsos sin importancia, de tal manera que las almas más sensibles no son mucho mejores que la más común de las pescaderas berreando en el mercado.

PARÍS, 31 DE OCTUBRE DE 1895, JUEVES

Como una tormenta que hace estallar la presión acumulada en el aire, mojando y silenciando el mundo a su paso, el asunto del jarrón veneciano parece haber agotado nuestra rabia. Tras ausentarme del almuerzo y ponderar la situación durante toda la tarde, finalmente le he escrito a Marcel una breve nota a las cinco y se la he pasado por debajo de la puerta. Le he recordado la ceremonia nupcial en la que el cristal roto no representa la ruptura sino la unión, y le he dicho que deberíamos entender mi jarrón de ese modo, como un matrimonio de nuestras almas.

Poco después, él ha salido de su habitación y me ha besado como antaño. Todo ha quedado perdonado, aunque la visión de Marcel arrojando despechadamente el jarrón al suelo no se me olvidará. Y desearía más que nada poder borrar de mi memoria las palabras que nos dijimos antes de eso. Y pensar que discutíamos simplemente porque le había comprado unos guantes grises y no amarillos, como él los quería...

Como ocurre siempre en los momentos difíciles, he estado pensando en *Maman*, aunque ahora presa de la vergüenza, pues entiendo que estoy muy lejos del modelo de tierna solicitud y de maternal devoción que ella me inculcó. A veces oigo su voz en mi cabeza repitiendo alguna frase sin importancia, llamándome desde el descansillo antes de salir: «Jeanne, tienes que leer el nuevo libro de monsieur Hugo. Lo he encontrado en Delorme's...». «Hay que ver lo apuesto que está Marcel con su traje de marinero.» «Qué día más espléndido. ¿Salimos a dar un paseo?» «¿Qué te ha parecido la ópera?» La generosidad de su espíritu nunca flaqueó. El amor que sentía hacia ella y la gratitud que despertaba en mí su afecto me conmovía a diario.

«La prolongada costumbre jamás me habituó a su valía, cuyo sabor fue siempre nuevo e intenso», escribe madame de Sévigné. Así es también la pérdida: siempre intensa y nueva.

PARÍS, 19 DE NOVIEMBRE DE 1895, MARTES

Ayer Marcel llegó de su entrevista profundamente doblegado. Según pudo saber, era uno de los tres candidatos que optaban a tres puestos y su entrevistador le ha colocado al final de la breve lista. Eso significa que le han ofrecido el que se considera el menos agradable de los tres, esto es, colocar libros en las estanterías de la Mazarine. Debe empezar de inmediato, aunque como no hay salario adscrito a los puestos, los días de descanso son cuanto menos generosos, y espera postergar su incorporación hasta enero. De ese modo puede disfrutar de las fiestas vacacionales y dedicar tiempo a trabajar en su novela. Y no es que la biblioteca se anuncie demasiado onerosa cuando por fin empiece a trabajar en ella, pues tan solo le exige un mínimo de cinco horas, dos veces a la semana, ayudando a ordenar los libros. Espero y confío en que el aire no moleste demasiado a Marcel. Aunque quizá esté simplemente siendo romántica, imaginando un viejo y polvoriento lugar en cuyos libros hace años que nadie ha puesto los ojos. Sin duda, todo es muy moderno y limpio.

Me ha alegrado que Marcel haya aceptado la propuesta de su padre en este asunto y he hablado afectuosamente con él de la importancia del trabajo que hará, por muy pequeño que sea el papel que desempeñe en la salvaguarda de los grandes tesoros de la literatura francesa para nuestra nación.

—*Vous êtes proustienne?* ¿Es usted una admiradora de Proust? —el ayudante del ayudante de bibliotecarios está de pie detrás del mostrador y, curioso y sonriente, me da conversación cuando devuelvo mi libro al final de una jornada de trabajo—. ¿Ha visitado Illiers? Le interesaría. No queda lejos...

—Ah, sí. He estado en Illiers. Por supuesto. Buenas noches.

Salgo apresuradamente, evitando su sonrisa.

Ah, sí. He estado en Illiers, o en Combray, si así lo prefieren. Por supuesto. Es el único lugar proustiano que ofrece las condiciones propias de un lugar de culto. Estuve allí antes de venir a la biblioteca. Fue uno de los primeros sitios que se me ocurrió visitar.

En la gran llanura situada al sur de París, las desiguales torres de la catedral gótica de Chartres emergen en el paisaje cuando faltan todavía varios kilómetros para que el tren, que una hora antes ha salido de la Gare d'Austerlitz, haga su entrada en la estación. Al llegar a Chartres, cruzo el andén y subo a un tren de cercanías que atraviesa campos de girasoles hacia el río Loir. En agosto, las leoninas cabezas de las flores se elevan hacia la luz, pero ahora, en septiembre, con las cabezas gachas y algunos tallos caídos, parecen un ejército derrotado. Al bajar en mi destino y echar a andar por la rue de Chartres, un viento frío peina el magro follaje de los tilos.

Llevo en Francia menos de una semana, alojada en un pequeño estudio que he alquilado en un barrio de clase obrera situado al norte de París. La vecina de al lado está sorda y se disculpa por ver la televisión a un volumen feroz, aunque poco me importa. He completado mi *tour* por el Musée Carnavalet y ahora paso los días en el Louvre o deambulando por las calles que recomponen para mí las rutas de mi infancia, y todas las noches caigo rendida en la cama, demasiado cansada para que me importe. Tras cuatro días sin más compañía que los adoquines y los cuadros del museo, por fin llamo a la compañía ferroviaria desde una cabina y anoto la información sobre los horarios. No estoy del todo segura de por qué he venido a Francia. Me resulta difícil definir lo que busco, aunque al menos puedo empezar con una peregrinación a Illiers-Combray.

Durante años, Illiers, un pequeño pueblo de unos quinientos habitantes enclavado a orillas del Loir, un río pequeño y perezoso que no debería confundirse con el relumbrante Loira, fue tan solo Illiers. Sin duda, su hijo más ilustre era Adrien Proust, el hijo del tendero local y fabricante de velas que creció más allá de los límites que demarcaban tales raíces, estudió en la Universidad de París y se convirtió en un destacado médico francés y en una autoridad en enfermedades infecciosas. En los primeros años de su matrimonio, él y Jeanne, su joven esposa parisina, hija de un

acaudalado corredor de bolsa judío, llevarían a sus dos hijos a visitar a la hermana del doctor Proust, Elisabeth Amiot, que vivía en una pequeña casa de pueblo no muy lejos de la plaza mayor de Illiers. Fueron esas visitas, que se prolongaron de los seis a los nueve años y durante las cuales el asma dificultó cada vez más sus vacaciones en el campo, las que inspiraron a Marcel Proust para crear casi treinta años más tarde la aldea de Combray, el pueblo de su recuerdo invocado por una taza de té. Décadas después de la publicación de *A la busca del tiempo perdido*, el pueblo de Illiers votó a favor de añadir al original el nombre de su versión ficticia y más famosa, creando así, mediante un guión, la fusión de realidad y literatura: Illiers-Combray.

Illiers-Combray explota la memoria de su famoso visitante con discreción y buen gusto. Al entrar en el pueblo desde la estación por la rue de Chartres, pasamos por delante del *Lycée* Marcel Proust. El parque donde los jóvenes hermanos Proust pasearon en su día contiene una placa; la casa de *Tante Léonie* –ese fue el nuevo nombre que Proust dio a su tía– es un pequeño museo cerrado a cal y canto durante la hora del almuerzo; la panadería que está justo al lado se enorgullece de ser el lugar donde ella compraba sus magdalenas; las postales locales incluyen el retrato del escritor; y el mejor restaurante del pueblo –Le Floren, en la plaza mayor– ofrece un *Menu Proustien* que incluye rape y tarta de ciruela.

La camarera me da la carta deliberadamente abierta por la página en la que aparece el menú en cuestión y de pronto me siento culpablemente expuesta, como si me hubiera descubierto a pesar de mi disfraz. Sin embargo, al repasar con los ojos mis pantalones de loneta y las recias botas de paseo, entiendo que es fácil tomarme por alguien que desea pedir el *Menu Proustien*. Un par más de turistas literarios deambula por las calles vacías de Illiers-Combray durante el silencio que impregna la hora del almuerzo mientras el restaurante, al que me he retirado a la espera de que el museo abra sus puertas, está lleno de prósperos empresarios con sus trajes o sus *blazers*. Aun así, me niego a dejarme encasillar y la sugerencia de la camarera se me antoja demasiado modesta. Me decido en cambio por un menú más barato aunque más sibarita: una *tarrine* de puerros seguida de lomo de liebre preparado con ciruelas. Al paladear el sabor mantequilloso de la liebre, me doy cuenta de que la clientela de aspecto urbanita que llena el restaurante probablemente ha hecho el breve viaje de veinte minutos que separa el pueblo de Chartres para comer en este excelente lugar.

En la misma calle del restaurante, justo al salir de la plaza mayor, la fachada del museo está indicada con el medallón del doctor Proust que la pintora inglesa Marie Nordlinger creó originalmente para su tumba de París. La entrada está en la parte posterior del edificio, pasando por el jardín. Allí me encuentro con un puñado de solitarios visitantes dispuestos a recorrer la casa que fue en su día la fuente de los recuerdos de Proust. La guía nos lleva por el comedor donde el narrador de *A la busca* disfrutaba de una silenciosa lectura previa al almuerzo con la única compañía de una pared de platos de barro, antes de que subamos las escaleras que llevan al dormitorio que da al jardín, al que el enfurruñado niño se retiraba esperando un beso de su madre, y a la habitación delantera, desde la que una tía inválida podía ver las idas y venidas de los vecinos.

Pero nuestra afable guía es escrupulosamente sincera sobre el vínculo que une realidad y ficción: en su novela, Proust fusionó a sus parientes judíos, que vivían cómodamente

en el suburbio parisino de Auteuil, y a los familiares católicos, y más sencillos, de su padre, residentes en Illiers, para crear así una infancia única, idílica y exclusivamente gentil; del mismo modo que eliminó al hermano innecesario, convirtiendo al narrador en hijo único. En realidad, las dos familias, separadas por clase, religión y geografía, jamás llegaron a conocerse, y muchas de las escenas que el escritor localizó en Combray debieron de basarse en hechos ocurridos en la casa de campo que su tío abuelo tenía en Auteuil. La casa fue demolida antes de que muriera el siglo.

Salgo del museo decepcionada y camino por un paseo que bordea el río señalado con un funcional poste indicador, aunque sin la menor señal que explique en qué medida se corresponde con el ficticio *Camino de Swan*. En los jardines, las hortensias de color rosa perecen lentamente con la llegada del otoño. En los campos y senderos más apartados sigue habiendo amapolas y moras que por su remanente dulzura pueden comerse todavía. Vuelvo a la estación pasando por la panadería. Un biógrafo ha sugerido que la epifanía más famosa de Proust estuvo en la vida real activada por un bizcocho tostado mojado en té y no por la blanda y esponjosa magdalena que él describió en la ficción. De hecho, si nos paramos a pensar, esa propuesta tiene más sentido, puesto que las esponjosas magdalenas se disuelven si las sumergimos en líquido mientras que el duro bizcocho doblemente horneado se ablandaría hasta alcanzar una esponjosidad cuanto menos manejable. La panadería del pueblo parece ajena a este detalle histórico y ofrece orgullosa sus magdalenas al doble del precio de la más elegante pastelería parisina.

En vez de comprar magdalenas, opto por la merienda que solía comprar a la salida del colegio cuando era niña –un bizcocho de hojaldre con una tableta de chocolate negro escondida dentro–, y me siento en la pequeña estación entre los viajeros que vuelven a casa después del trabajo al final del día, masticando despacio mi *pain au chocolat*. Cuando por fin el tintineante tren hace su entrada, subo y recorro en él la breve y ruidosa distancia que me separa de Chartres. Mirando por la ventanilla mientras cruzo la llanura en dirección contraria y veo alejarse de mí los campos de alicaídos girasoles, me planteo qué hacer y dónde encontrar lo que estoy buscando. Sé que existe alguna suerte de archivo en la Bibliothèque Nationale, y recuerdo los talentos de Justine, mi amiga de infancia convertida ya en profesora de Literatura francesa de la Universidad de Quebec en Montreal. La primavera pasada, gracias a su avezado control de la jerga académica, me consiguió una tarjeta de lectora de la biblioteca de la UQAM. Allí pasé parte del verano, antes de comprarme el billete de avión a Francia, rebuscando entre los veintiún volúmenes que conforman el grueso de la correspondencia recopilada de Proust. Con suerte, la habilidad de Justine en la escritura de cartas pueda obrar la misma magia en París que en Canadá.

Cambio de tren en Chartres y durante el tranquilo trayecto hacia el norte me relajo en el asiento, satisfecha con mi decisión. Mañana empezaré a buscar en serio a Marcel Proust.

PARÍS, 21 DE ENERO DE 1896, MARTES

Marcel sigue trabajando en su colección de relatos y dice que deberían ver la luz en primavera. Después de muchas presiones, madame Lemaire por fin ha hecho entrega de sus ilustraciones y además él está trabajando con ahínco en la novela. Ha decidido que mientras tanto le resulta imposible seguir con su puesto en la Mazarine y le han concedido un año de gracia de sus obligaciones en la biblioteca. Aunque parece estar rebosante de energía y gozar de una salud estable, me preocupa que su actual grado de control dependa cada vez más de los medicamentos. El Trional es sin duda una bendición, pero ya he avisado a Marcel de que no debe depender totalmente de él. El doctor está de acuerdo y dice que es un fenómeno a menudo observado en la literatura médica el hecho de que cuanto más nos acostumbramos a un medicamento, menos efectivo resulta a la hora de controlar la enfermedad, y lo que empezó como una cura termina convirtiéndose en poco más que una simple muleta. «Casi todos los hombres mueren víctimas de sus remedios y no de sus enfermedades.» Es Molière quien nos lo dijo.

PARÍS, 7 DE MARZO DE 1896, SÁBADO

Resuelta a hablar con Marcel sobre su salud, terminé teniendo con él una larga conversación sobre sus ambiciones literarias. Aunque todavía sigue guardando cama, esta mañana se encontraba lo bastante bien como para incorporarse y he ido a verle en cuanto he oído que tocaba el timbre para que le subieran el desayuno. He intentado expresarle lo preocupados que su salud nos tiene a su padre y a mí, por no hablar de su dependencia del Trional, pero él, aunque parezca extraño, se ha mostrado muy reacio a hablar de sus síntomas y ha desviado la conversación hacia su futuro profesional, un tema que a menudo prefiere evitar. Tiene puestas muchas esperanzas en *Los placeres y los días* –el título que madame Lemaire y él parecen haber acordado para sus relatos–, y dice que el libro le lanzará como escritor serio, allanando el camino para su novela. El propio Anatole France ha accedido a escribirle un prefacio. La literatura... esa será su carrera, ha anunciado. Le he dicho que me alegra mucho verle tan comprometido con un proyecto, y he hablado de la importancia de la fuerza de voluntad para alcanzar cualquier meta en la vida, ya se trate de nuestra salud o de la tarea de escribir. Aunque puede que Marcel frecuente a los aristócratas, es indudable que no desea ser uno de esos jóvenes que dedican sus días a recibir a amigos y a amantes y nada tienen que enseñar de sus vidas cuando llega el final. Le he hablado de su abuelo y de su tío Louis. Aunque puede que ni la venta de acciones, y menos aún la de botones, sean profesiones de prestigio, con el paso de los años ambos cuentan con logros de los que enorgullecerse – empresas, fábricas, casas y familias que construyeron sin la ayuda de nadie–, y nada tienen en común con quienes los heredaron de la generación precedente. En cuanto al padre de Marcel, pienso en la cantidad de vidas que Adrien debe de haber salvado, y en que eso es lo que le da fuerzas para seguir adelante, esa sensación de que se han logrado cosas en el pasado y de que aún más se conseguirán en el futuro.

PARÍS, 10 DE MAYO DE 1896, DOMINGO

Es neumonía. He estado sentada junto a tío Louis hasta altas horas de la noche y por fin Georges me ha enviado de vuelta a casa. Los médicos hacen todo lo que pueden, pero tío Louis apenas está consciente y Adrien claramente se teme lo peor. Marcel se ha ofrecido a acompañarme esta tarde y Dick dice que se reunirá con nosotros durante la noche. Ahora debería intentar dormir, pero me resulta imposible. En vez de eso, a primera hora de la mañana he ido a ver a papá para darle la noticia. Casi me ha parecido que se enfadaba, y ha gruñido: «Bah, ese siempre hace una montaña de un simple moqueo». No he podido contener la risa y he tenido que morderme la lengua. ¡Habría parecido del todo ridículo discutir con él acerca de si su hermano se muere de verdad o no! Me he limitado simplemente a comentar que tío Louis siempre fue el más robusto de los dos.

PARÍS, 12 DE MAYO DE 1896, MARTES

El funeral ha sido realmente conmovedor. Aunque hermosamente sencillo, ha contado con docenas de asistentes. A medida que tío Louis iba envejeciendo, hemos ido olvidando la gran cantidad de contactos profesionales que tenía. Había en el entierro hombres y mujeres a los que hacía años que no veía. El viejo monsieur Fuch, al que suponía muerto hacía ya tiempo y al que creo que no había vuelto a ver desde que me casé, se ha acercado a mí y no ha dicho una sola palabra. Simplemente me ha puesto la mano en la mejilla. Madame Hayman no ha venido, lo cual ha sido una clara muestra de discreción por su parte, aunque estoy segura de que quiso bien al tío hasta su último año de vida. Marcel ha hablado con ella y madame envía sus condolencias. Esa mujer tiene un alma grande, por mucho que quizá no sea exactamente lo que algunos considerarían un alma pura. Nuna está destrozada y a *Papa* le veo muy abatido y más silencioso que de costumbre, si eso es posible; aunque ha accedido a caminar tras el ataúd, un gesto que quizá haya sido demasiado para él. Verle andando al lado de Adrien, Georges, Marcel y Dick me ha solazado el corazón. A los muchachos se les veía muy altos y jóvenes con sus trajes negros, y en cierto modo debo reconocer que he encontrado consuelo en la visión de esas cinco espaldas masculinas: una pequeña y encogida, dos anchas y de mediana edad y el par final, rectas y delgadas. Entiendo ahora que la ira de papá estos últimos días respondía a la perspectiva de saberse abandonado. Con la muerte de *Maman* y de tío Louis ha perdido a las personas de su edad a las que más unido estaba, y nunca se le ha dado especialmente bien hacer amigos entre los más jóvenes. Si la muerte de un ser querido es triste, sentir que esa muerte conspira para dejarnos cada vez más solos en el mundo es todavía más duro. Louis fue siempre el líder de los dos.

PARÍS, 21 DE MAYO DE 1896, JUEVES

Adrien ha estado muy dulce durante todo este tiempo, en cierta medida mucho más que cuando murió *Maman*. A pesar de que últimamente pasa más tiempo aquí, está muy silencioso en casa y se muestra muy solícito con mi estado de salud. Quizá se deba a que, de todos los miembros de mi familia, era con tío Louis con quien tenía una relación más estrecha, y le echará sinceramente de menos. Tío Louis fue siempre más afectuoso con Adrien que *Papa* y sospecho que a eso responde en parte su actitud. Es curioso cómo una palabra o un encuentro fortuitos pueden acompañarnos durante toda la vida. Recuerdo que hace unos años, mientras *Maman* me ayudaba a ponerme el traje de novia, *Papa* entró en la habitación para presenciar los últimos preparativos. «Vaya, ese cristiano es muy afortunado», dijo. Cierto es que Adrien no era judío, pero ese fue el único momento en que papá mostró un ligero resentimiento ante el hecho de que yo hubiera decidido casarme con un intruso. Aunque ni antes ni después de ese día volvió a mencionarlo, siempre sospeché que Adrien no se sentía del todo bienvenido en su casa y encontró un aliado en Louis. París, 13 de junio de 1896, sábado

No creí que consiguiéramos terminar el día de ayer. Aunque los libros llevaban metidos en cajas en Calmann Lévy desde el miércoles, ha sido hoy cuando se han repartido oficialmente a las tiendas y a los redactores jefes literarios. Marcel ha ido a recoger sus ejemplares y ha vuelto a casa con los brazos llenos, rebosante de entusiasmo como si volviera a ser un niño. Adrien ya había salido cuando él llegó, de modo que Dick y yo hemos tenido que felicitarle por su éxito. Últimamente Dick no pasa mucho tiempo en casa. A pesar de que crece muy deprisa y de que está tan implicado en su trabajo en la universidad que cada vez le importan menos las cuestiones familiares, se ha mostrado muy dulce al respecto y ha felicitado efusivamente a Marcel, además de acariciar la cubierta del libro como lo hace con su canoa nueva. Reynaldo ha venido esta mañana. Santo cielo, hacía siglos que no le veía, y me preguntaba ya si Marcel y él habrían tenido alguna pelea, pero esta tarde parecían estar tan contentos como siempre, disfrutando de la compañía del otro, y Hahn no ha dejado en ningún momento de murmurar cariñosamente sobre el libro. Después del almuerzo, me sentaré a leerlo. Será sin duda un agradable cambio de la enfermedad y de la tristeza.

PARÍS, 28 DE JUNIO DE 1896, DOMINGO

Seguimos esperando reseñas y, aparte de una afable aunque inconsecuente mención en *Le Temps*, los periódicos parecen ignorar el libro, lo cual no ayudará con las ventas. Marcel dice que Calmann Lévy opina que el precio del libro es demasiado elevado y que a algunos periódicos les parecerá una publicación especializada y no una prioridad para sus páginas literarias. Han sido la cubierta y esas hermosas hojas de cortesía en las que Marcel tanto insistió las que han aumentado el precio de ese modo, eso y también el papel, aunque bien es cierto que no tenía mucho sentido que madame Lemaire contribuyera con su arte si no iban a imprimirlo en el mejor papel posible. Ayer convencí a Marcel de que no cruzara la calle para ir a Cerisier a telefonar a los redactores personalmente. Le dije que los escritores de prestigio no hacen esas cosas, sino que fingen que las reseñas les traen sin cuidado. Le consolé bromeando con él sobre las dificultades de la vida literaria y en seguida vi que no le hacía ninguna gracia oírme hablar de ese modo de su tan anhelada profesión. Todo ello ha surtido un efecto nocivo en sus intestinos, hasta el punto de que su padre se ha visto obligado a prescribirle un laxante.

PARÍS, 2 DE JULIO DE 1896, JUEVES

El funeral ha sido tranquilo comparado con el de tío Louis, aunque creo que es el que *Papa* habría querido. Ha sido duro volver a ver muchos de los mismos rostros en tan breve espacio de tiempo, y los presentes me han dicho repetidas veces que *Papa* no debía de estar disfrutando de la vida sin la compañía de su querido hermano, lo cual es cierto aunque no resulte agradable oírlo una y otra vez. Adrien dice que es una bendición, y es que no hay duda de que *Papa* estaba ya cansado de la vida. Supongo que es preferible que se lo haya llevado una repentina apoplejía que una larga enfermedad.

Estos últimos días se me antojan difusos. Me puse frenética cuando me llamaron, y corrí a su lado como si nuestra propia premura y ansiedad pudieran en alguna medida ayudar a los que nos dejan. A punto estuve de tropezar con Jean cuando corría hacia el carruaje, y después me pasé las horas sentada sin hacer nada, solo mirándole. *Papa* no llegó en ningún momento a recuperar realmente la conciencia. Sus ojos parpadearon en un par de ocasiones, pero no dijo nada. Adrien dice que es una forma indolora de morir y que todos deberíamos desear semejante bendición.

PARÍS, 10 DE JULIO DE 1896, VIERNES

Esta semana me encontraba bastante bien, haciendo cosas en casa a pesar del dolor que no me abandona en ningún momento, cuando de pronto, ayer, caí en la cuenta de que me he convertido en una auténtica huérfana. No entiendo cómo no había pensado en ello antes, pero la palabra en sí ha parecido golpearme de tal modo que he roto a llorar. Menuda estupidez. Una mujer de cuarenta y siete años no necesita a su *Maman* ni a su *Papa* como si fuera una niña. Marcel tiene veinticinco años y Dick, veintitrés. Son ya un par de hombres adultos y es indudable que Dick ya no necesita a sus padres. Quizá el caso de Marcel sea distinto. Por su salud siempre necesitará a su madre. Sigue ansioso a causa de las reseñas y espera que aparezca algo pronto en la *Revue Blanche*.

Ayer, durante la cena, nos habló de Marie, la prima de Reynaldo, a la que conoció la semana pasada. Según dice, Marie es lo que los británicos llaman una marisabidilla y quiere vivir de la escultura. A juzgar por sus palabras, se me antojó una joven espantosa.

PARÍS, 6 DE OCTUBRE DE 1896, MARTES

Ha vuelto la discusión sobre el espía judío al que juzgaron en una corte marcial hace uno o dos años. Su familia siempre ha defendido su inocencia, aunque supongo que al padre o a la madre del más brutal de los asesinos les costaría creer que su hijo pudiera ser culpable de algo semejante. Sin embargo, hay otros que han salido en su apoyo, y Marie-Marguerite me dijo ayer que cree que el hombre es inocente. Resulta difícil creer que el ejército pueda haber cometido un error de ese calibre. Así se lo dije a Marie-Marguerite, y ella se rio de mi *naïveté* y apuntó que a fin de cuentas los oficiales no son ni más sabios ni más estúpidos que el resto de los hombres, y que si yo era capaz de creer que Adrien podía cometer algún error –administrar a un paciente la prescripción equivocada, por ejemplo–, sin duda podía también entender que un oficial del ejército detuviera a un hombre sin cerciorarse del todo de su culpabilidad, simplemente porque debían encontrar a un culpable. Comentó que existían pruebas claras de que el espionaje había existido, de modo que alguien tenía que haber vendido los documentos a los alemanes, aunque quizá hubieran detenido al hombre equivocado.

Me resulta espantoso imaginarle encerrado en la isla del Diablo durante casi dos años habiendo sido inocente desde el principio. No dejó de preguntarme qué debe de pasar por su cabeza mientras está allí recluido. ¿Habrá perdido ya la esperanza de que se haga justicia? O quizá sea en efecto el espía que buscaban y simplemente se maldiga por haber sido descubierto. No creo que el auténtico y aguerrido criminal sienta más remordimiento por su crimen que la rabia de la que es presa por haber tenido que pagar por él.

La noticia que ha llegado de Calmann Lévy no es en absoluto esperanzadora. Aunque nos temíamos unas ventas pobres durante el verano, lo cierto es que no ha habido una sola. Y nada parece indicar que vaya a producirse un particular reavivamiento a partir de principios de mes. Toda una decepción para Marcel. Aunque en realidad no necesita el dinero, le animaría que el libro no fuera solo un *succès d'estime* sino también que se vendiera bien; y eso le ayudaría a su vez a convencer a su padre de que la literatura puede ser, en efecto, una profesión. Respira todavía con dificultad y los ojos le pican espantosamente por culpa del polen. Sin embargo, sigue avanzando con la novela, trabajando cada vez más durante la noche y diciendo que, como de todos modos tampoco puede dormir a esas horas, ¿por qué no dedicarlas al trabajo?

PARÍS, 14 DE OCTUBRE DE 1896, MIÉRCOLES

Últimamente solo oímos hablar de Lucien Daudet; Lucien esto o Lucien lo otro continuamente. Creo que Marcel ha llegado incluso a enseñarle parte de su novela. En cualquier caso, me sorprendería que ese hombre fuera capaz de forjarse un juicio. A pesar de sus antecedentes literarios, es más un hombre apuesto que un intelectual. Por otro lado, no creo que la amistad pueda suponer un peligro para las ambiciones literarias de Marcel. Quizá su padre pueda incluso ayudar con la publicación de la novela de Marcel cuando llegue el momento. Es el día de la condesa de Martel y creo que por una vez pasaré a verla.

PARÍS, 20 DE OCTUBRE DE 1896, MARTES

Ayer por la tarde tuve una conversación altamente alarmante con Marie-Marguerite. Siempre es absolutamente sincera, cosa que valoro, pero a veces cuesta oír lo que dice. Marcel nunca ha conseguido impresionarla demasiado y sé que ella opina que le mimo en exceso. Aun así, sus instintos literarios y sociales son certeros. Dice que *Los placeres y los días* tan solo dará a Marcel la reputación de un diletante y de un hombre de sociedad y que por muy hermosamente que esté escrito, las ilustraciones de madame Lemaire y la costosa cubierta son garantía de que los críticos jamás se tomarán el libro en serio. Es sin duda un juicio muy duro. Marie se habría mostrado más discreta si yo no hubiera saltado en defensa de Marcel en cuanto ella manifestó sus dudas respecto al libro, pues mis protestas no hicieron más que animarla a endurecer más y más sus palabras. Al final de nuestro paseo estaba muy contrita, pues estoy convencida de que me ha visto molesta con su valoración. Eso es precisamente lo último que desearía su padre: cualquier sugerencia que apunte a que Marcel encara sus proyectos sin la seriedad adecuada. No me cabe duda de que Marie exagera. Un tiempo gloriosamente benigno. Dick, al menos, es feliz, pues puede seguir utilizando la canoa.

PARÍS, 8 DE ENERO DE 1897, VIERNES

Para gran tristeza de su padre, Marcel ha solicitado otro año de excedencia en la biblioteca. Apenas ha puesto el pie en la Mazarine desde que le destinaron allí. Adrien se pregunta qué será de un muchacho... de un hombre que carece por completo de profesión y que pasa gran parte de su tiempo en la cama. Dice que mis sueños sobre su prominencia literaria no son más que eso y que la novela quedará en nada. Acabo de discutir con él largo y tendido durante el desayuno. Al menos, como Marcel no está a esa hora y no nos oye, ambos podemos ser totalmente sinceros con el otro sobre nuestros temores. Le he dicho que, además de mostrarnos constantes en nuestro firme deseo de conseguir que Marcel encuentre una profesión y siga adelante con ella, debemos animarle en su escritura, mientras que Adrien ha argumentado que nadie con semejante falta de fuerza de voluntad puede albergar la esperanza de convertirse en artista. Apuntó a continuación que los grandes artistas son invariablemente aquellos que arden en una energía creativa desde temprana edad, y encontró muchos ejemplos con los que apoyar su argumento. Temo que tenga razón. Como mínimo, la salud de Marcel le impedirá embarcarse en una carrera literaria con la diligencia y el tesón necesarios para lograr el éxito en una empresa en la que las filas de los que fracasan son mucho más largas que las de los laureados.

PARÍS, 4 DE FEBRERO DE 1897, JUEVES

Este artículo de *Le Journal* es un desastre. Es demasiado ridículo. Han pasado meses desde que salió el libro. ¿Qué sentido tiene publicar una mala crítica después de tanto tiempo? Y esta reseña de Jean Lorrain es muy cruel, un ataque a todas luces personal. Insinúa no sé qué sobre Marcel. Es totalmente injusto. Marcel está furioso y amenaza con desafiar al hombre. Le he suplicado que no haga ninguna temeridad y me pregunto si debería consultarlo con los Daudet, puesto que también su buen nombre queda en entredicho. Esta clase de insinuación es vil, profundamente vil.

PARÍS, 5 DE FEBRERO DE 1897, VIERNES

He dejado de pedir y de suplicar. Sabe Dios que he intentado poner freno a este asunto ridículo y doloroso. La simple idea de que Marcel pueda batirse es ridícula. A pesar de su delicada salud, ha decidido seguir adelante con el duelo mañana al amanecer. Los muchachos jugarán a los mosqueteros. Menuda estupidez. Y heme aquí, sentada con un nudo en el estómago, sabiendo que esta noche no podré dormir. Aunque todos dicen que nadie sale malherido de un duelo y que las pistolas se disparan al aire, ¿qué puede ocurrir con armas cargadas en la mano? ¿Quién lo sabe? Es demasiado peligroso. Si Marcel sufre algún daño, jamás me perdonaré por no haber intervenido. Su padre ignora por completo el asunto, se niega a intervenir y sencillamente no quiere ni oír hablar de ello, fingiendo que nada ocurre. De modo que soy yo la que está aquí, presa de la preocupación. Me volveré loca de miedo. Qué ridiculez exponerse a semejante riesgo.

Anteayer Marie-Marguerite vino a tomar el té y hablamos de dónde podríamos pasar el verano. Parece que hayan pasado años desde entonces, que hayamos estado en un país totalmente diferente.

Voltaire dijo: «El hombre nació para vivir en las convulsiones de la preocupación o en el letargo del aburrimiento».

PARÍS, 7 DE FEBRERO DE 1897, DOMINGO

Después de una noche de sueño reparador me siento un poco más en forma. Ni que decir tiene que la noche anterior no dormí nada. Marcel me prohibió hacerle compañía, pero pude oírle moviéndose de un lado a otro de su habitación hasta que Hahn y Robert de Flers vinieron a buscarle antes del amanecer. Regresaron tres horas más tarde. Debieron de ser las tres horas más largas de mi vida. Salí a recibir a Marcel al vestíbulo y le besé, asegurándome de que estaba ileso; lo hice sin demasiada alharaca, pues no quería avergonzarle delante de sus amigos. Me acusa de ser demasiado exagerada en mis afectos, aunque poco imagina lo que sufro.

En cuanto a él, estaba muy satisfecho de sí mismo y fanfarroneó diciendo que Lorrain se lo pensaría mejor la próxima vez, que se limitaría a burlarse del conde de Montesquiou y dejaría libre de sus insinuaciones a monsieur Proust. Reynaldo se reía tontamente de lo ocurrido, sin duda presa de los nervios.

Jean me trajo el desayuno a mi habitación e intenté volver a dormirme, pero el anticlímax era tal que me resultó imposible. Estuve exhausta todo el día y caí en un sueño profundo a las cinco. A las siete, cuando desperté, me sentí terriblemente confusa y profundamente aliviada por algo, aunque me llevó un instante o dos recordar por qué exactamente. Adrien y yo no mencionamos el asunto durante la cena. Él sigue fingiendo que todo esto no ha ocurrido. Aun así, debe de haber reparado en que he comido como una lima. Supongo que también ha sido una forma de liberar tensiones. No he vuelto a hablar con Marcel desde que llegó ayer por la mañana. Qué poco se imagina lo insondables que son mis temores cuando su salud o su seguridad se ven amenazadas.

A menudo recuerdo las palabras de madame de Sévigné a su hija: «Otra amistad completa podría forjarse, mi pequeña, con las emociones que te oculto».

*La salle des manuscrits* está cerrada los domingos y aprovecho la oportunidad para visitar Drancy, situada a poco menos de quince minutos del centro de París en un tren de cercanías que sale de la Gare du Nord cada once minutos y te deposita en otro mundo, lejos, muy lejos de la relumbrante metrópolis del señor Haussmann. Drancy es parte del llamado Cinturón Rojo de suburbios parisinos que tradicionalmente votan a los comunistas y que han sufrido económicamente a causa de su elección. No es difícil reconocer el lugar: una lúgubre semiciudad en la que la utopía de la posguerra ha terminado cediendo su lugar a un mapa de hormigón envejecido, hierba rala, grafitis y basura que vuela por doquier.

En el autobús número 148 que va de la estación al centro del pueblo, veo algunas casas imponentes cubiertas de estuco de color crema y coronadas por tejados de tejas rojas. Ofrecen un pequeño recordatorio de la Francia de provincias, aunque se ven sobradamente superadas en número por altos edificios de protección oficial con descuidadas entradas, bloques de oficinas rodeados de plazas en desuso y largas calles de búnkeres de escasa altura que albergan un surtido de tiendas de comestibles, bares, garajes y salones de belleza. Bajo del autobús en el ayuntamiento y recorro a pie el puñado de manzanas que llevan a la place de la Libération.

Allí siguen en pie los edificios originales, construidos en su día para alojar a la policía en los años treinta y con sobrias fachadas que han envejecido bien. Con sus cuatro alturas, forman una U cuadrada alrededor de un patio central que hace las veces de parque y de aparcamiento. Las plantas superiores sobresalen sobre la planta baja, creando una pequeña arcada desangelada que alberga unos cuantos clubes y servicios sociales. Las puertas numeradas y separadas a intervalos regulares conducen a escaleras interiores por las que se accede a los apartamentos situados encima. A un lado del complejo se ven labores de pintura ya empezadas, y un color rosa y sucio cede su lugar a una nueva capa de verde institucional. En el otro, unos gigantescos cubos de reciclaje de basura bloquean el camino de la arcada.

Aunque pobre y feo, el lugar está bastante limpio. Sería un error calificarlo de

suburbial; incierto decir que debió de ser agradable en su día. Los edificios parecen lo que son ahora: viviendas sociales, apenas distinguibles de los bloques de apartamentos de construcción más reciente que los rodean. La vivienda escaseaba después de la guerra. ¿Por qué iban a tirar abajo estos apartamentos? En la parte delantera del lugar hay un pequeño monumento conmemorativo formado por una escultura modernista de piedra toscamente labrada y un único vagón de transporte de ganado. A su derecha, una peana baja, también de piedra, coronada por una placa metálica en la que aparece un texto en el que la República Francesa recuerda «los crímenes contra la humanidad cometidos bajo una autoridad *de facto* conocida como “el Gobierno del Estado francés”».

Esta fue la puerta que llevó a la muerte a 65.000 judíos franceses. Puede leerse toda la información que existe sobre lo ocurrido en el pequeño museo que alberga una de las oficinas de la planta baja. Cuando los alemanes invadieron Francia en 1940, algunos judíos huyeron a la zona no ocupada del sur del país, administrada por el gobierno colaboracionista con sede en Vichy. En teoría resultaba posible emigrar desde allí siempre que pudiera encontrarse un país que te admitiera. Algunos lograron pasar a España y Portugal, y de allí a Sudamérica, pero la mayoría se quedaron. La emigración era difícil y esta era su casa. Así que se quedaron, tanto en París como en el resto de la Francia ocupada, registrándose en las comisarías de la policía francesa, cumpliendo con el toque de queda y respetando las cuotas fijadas sobre el número de judíos que podían desempeñar una profesión; requisitos que, aunque incómodos, no amenazaban sus vidas. Además, para los judíos asimilados que llevaban varias generaciones viviendo en Francia, el «problema judío» hacía referencia al flujo de refugiados procedentes de Europa del Este que habían estado llegando al país desde mediados de los años treinta.

La primera redada tuvo lugar en agosto de 1941, cuando cuatro mil judíos del XI<sup>ème</sup> Arrondissement fueron transportados hasta aquí a un campo gestionado por la policía francesa bajo la autoridad alemana. El campo no estaba preparado para acogerlos, no había ni comida ni provisiones sanitarias, y muchos murieron en Drancy antes de que ochocientos débiles supervivientes fueran liberados ese mes de noviembre. Aun así, los internamientos continuaron, centrados en los refugiados del este, los abogados de París y en cualquiera que osara rebelarse contra las regulaciones antisemitas.

Más tarde, en el verano de 1942, los nazis, descontentos con la administración francesa, se hicieron cargo del campo. Empezaron a imponer en masa la Solución Final en Francia, sitiando sistemáticamente a todos los judíos franceses y mandándolos al Este desde Drancy. Sesenta y cuatro convoyes salieron de aquí entre 1942 y 1944, cargados con 65.000 personas aproximadamente. La mayoría fueron transportadas a Auschwitz y murieron allí. A finales de la guerra, una comunidad judía compuesta de 350.000 miembros había perdido a 77.320 de ellos. Cerca de un tercio habían nacido en Francia; el resto eran europeos del este que habían emigrado a Francia tras la Primera Guerra Mundial o durante los años treinta –y que no habían huido lo bastante lejos.

Si leemos el índice de supervivientes que aparece en la *Enciclopedia del holocausto* – descubrí que la biblioteca de la UQAM tiene un ejemplar, junto con los veintiún volúmenes de la correspondencia de Proust–, veremos que los judíos de Francia corrieron mejor suerte que los de Bélgica y los de Holanda, por no hablar de los polacos. Paradójicamente, el régimen colaboracionista del sur y la fuerte resistencia de ambas

zonas convirtieron a Francia en una escurridiza conquista para los nazis y muchos judíos franceses escaparon, se ocultaron o incluso lograron vivir tranquilamente hasta la liberación. En este aspecto, la actitud de sus compatriotas católicos y protestantes fue realmente diversa. Francia está llena de historias de primos ocultos en el pajar o del niño al que tiñeron de rubio, pero hubo también múltiples traiciones. A fin de cuentas, fue la policía francesa la que confeccionó las listas, barrio por barrio, y fueron las personas que aparecían en ellas a quienes trajeron aquí para iniciar el viaje hacia el este.

Jeanne Proust murió antes de la Primera Guerra Mundial, y sus dos hijos, antes de la Segunda. Me gustaría saber qué suerte corrieron los parientes de madame Proust, los Weil y los Neuberger. ¿Qué fue de Reynaldo Hahn, de todos sus hermanos y hermanas, y de Jacques Bizet? ¿Acaso Francia contempló impertérrita cómo cargaban a artistas y escritores en los camiones y autobuses para llevarlos a Drancy? ¿Se habría rebelado el país si sus más grandes novelistas hubieran estado entonces con vida y pesara sobre ellos la amenaza de una pena de muerte? O es que las vidas de los comerciantes y de los mecánicos no tienen la misma importancia. Un abogado y su esposa no son menos prescindibles que un escritor y su madre.

Aun así, sigo pensando en los deportados de Drancy. ¿Qué debemos a los que murieron injustamente, nosotros que no compartimos ni su fe ni su destino? ¿Podemos ofrecer una conmemoración, o son hipócritas nuestras lágrimas y presuntuosos nuestros relatos? ¿Honramos su historia con nuestra *decisión de Sophie* y nuestra *lista de Schindler*, o simplemente la dramatizamos por placer? ¿Logrará nuestro recuerdo impedir la repetición o no es más que simple autosatisfacción?

¿Cómo puedo estar segura de que habría sido la mujer oculta con su pequeño en la buhardilla y no la que contaba la plata de su vecina? ¿Dónde habríamos estado cuando cargaban a la gente en los abarrotados vehículos que les traerían aquí? ¿Somos esos nosotros, los que esconden a un amigo en el sótano? ¿O quizá los que miran disimuladamente desde detrás de una persiana? ¿O los que marcan un nombre en una lista? En el autobús reina la oscuridad, no se ve nada desde la ventanilla, es imposible seguir el trazado de la carretera, y aun así, y a pesar de temer también nuestro destino desconocido, confiamos en que el conductor conozca el camino. A nuestro alrededor, conversaciones susurradas, una pregunta en voz alta rápidamente interrumpida, cierto silencio, incluso el ronquido de un hombre que ha logrado conciliar el sueño.

El autobús se zarandea amablemente, abriéndose paso en la noche. La ciudad ha quedado atrás y la oscura carretera parece eterna. La mayoría de pasajeros dormita, aunque de vez en cuando se despiertan sobresaltados por el movimiento del vehículo antes de volver a dormirse otra vez. Max y yo aprovechamos los ocasionales zarandeos como excusa para frotar nuestros hombros, que dejamos así, una manga acariciando delicadamente la otra, transmitiendo cierto grado de confort a la piel que hay debajo.

Nuestra amistad es reciente y coqueta. Max me ha convencido para que participe en el viaje anual a Nueva York que organiza el departamento de Historia del arte, cuando en realidad yo tendría que estar terminando un trabajo de inglés y él debería estar estudiando para un examen de química de mitad de trimestre. Aunque me tienta con las

maravillas de los museos que pensamos visitar y las pinturas que veremos, me basta solo con su compañía. Estamos todavía ávidos de información mutua y hemos encontrado alguna excusa en la conversación para vaciar el contenido de nuestras carteras sobre nuestros regazos. Nos reímos de las fotos que aparecen en nuestros carnés de estudiante y rebuscamos entre los carnés de socios del cinefórum, las tarjetas de la biblioteca con las fechas de devolución de libros estampadas en tinta roja y los carnés de conducir encapsulados en plástico.

–¿Qué significa la B? –pregunto, señalando la inicial de su segundo nombre.

–Ah, nada –dice, quitándome la tarjeta de plástico.

–Vamos –empiezo a lisonjearle para intentar sonsacarle como una niña pidiendo un caramelo.

–Es el nombre de soltera de mi madre... –parece avergonzado.

–¿Y cuál es?

–Bensimon.

–¿Bensimon?

–Bueno, *Bensimon* –concede, pronunciando el nombre en francés.

–¿Es francesa?

–Sí, por eso hablo francés. Vino de París.

–¿Cuándo fue eso?

–Durante la guerra. Sus padres la enviaron. Mi abuelo era abogado. Supongo que pudieron permitirse sacarla de allí.

–¿Sacarla? ¿Sin ellos?

–Sí, bueno. Ellos no pudieron salir.

A punto estoy de preguntar qué pasó, pero la pregunta se me antoja demasiado impertinente y de pronto me siento un poco avergonzada ante mi insistencia por saber qué significa la letra B.

–¿Pudo volver?

–Sí, vuelve de vez en cuando –responde, pasando por alto mi verdadera pregunta.

–¿Y tus abuelos?

Tarda un instante en responder, como si intentara reunir el valor necesario o sopesara los riesgos que supone compartir conmigo su historia familiar. Por fin, como ha empezado ya, decide continuar.

–Sus padres murieron en Auschwitz. No sabe con exactitud qué fue de su madre, aunque suponemos que debió de morir muy al principio –habla con tono firme–. Mi abuelo sobrevivió y fue liberado, pero murió de desnutrición.

–¿De desnutrición? –insisto, consciente al instante de que he ido demasiado lejos, aunque incapaz de recular. Max se muestra ahora molesto con mi curiosidad.

–Los soldados que liberaron los campos dieron de comer a los prisioneros. Sus estómagos no soportaron la comida. Les estallaron los intestinos.

Nos sumimos en un repentino silencio. Lo que más me horroriza es la despreocupación con la que, una vez que ha decidido contar lo sucedido, lo relata. Hablamos como si sus abuelos fueran los personajes de una novela y no su propia familia. Quizá lo sean, pues debe de conocerlos tan solo a través de las historias que le ha contado su madre.

–Eso es horrible –intento dar alguna convencional muestra de compasión.

Él se encoge de hombros.

Solo hay un vagón de transporte de ganado en Drancy; un vagón de transporte de ganado, un museo de una sola sala, una escultura de piedra y un puñado de placas que conmemoran a los deportados, a los miembros de la resistencia, a los prisioneros de guerra aliados y al poeta francés Max Jacob, que murió aquí antes de poder huir al este. Estos tímidos arrebatos conmemorativos me resultan en cierto modo desvaídos, eclipsados tanto por la enormidad de lo que ocurrió antes como por la banalidad de lo que tuvo lugar después. Los fantasmas no caminan en Drancy. Aquí no hay respuesta alguna.

Vuelvo sobre mis pasos a la estación a tiempo para tomar el tren de las 16:43 de regreso a París, colándome entre las puertas automáticas justo en el momento en que se cierran. El vagón está medio lleno de familias cansadas que vuelven a casa después de pasar un día en casa de la abuela y de expectantes suburbanitas que se preparan para pasar la tarde en la ciudad. Finalmente, encuentro un par de asientos libres en un rincón y dejo la bolsa en el asiento vacío de al lado. La Bibliothèque Nationale abrirá de nuevo sus puertas mañana a las nueve. Sacó mi libreta y me dispongo a revisar mis traducciones.

RACHEL estaba decorando una tarta cuando Sam salió a abrir la puerta y gritó una advertencia del todo innecesaria. Clara Segal desfiló hacia la cocina llevando en las manos una enorme bandeja cubierta con papel de cera que dejó con ostentoso cuidado encima de la mesa. Rachel estaba ocupada en la parte más delicada de su labor, intentando que la capa de azúcar glas quedara pegada verticalmente a los laterales de la tarta, cuando sonó el timbre y el cuchillo se le escapó de la mano, dejando un salpicón de espuma blanca en la prístina bandeja de cristal. Reprimió su fastidio por la interrupción, se alejó de la encimera y regresó a la mesa para admirar concienzudamente las galletas y las pastas que Clara destapó sin ocultar su orgullo.

—Preciosas, preciosas, y cuántas —dijo Rachel, fijándose a la vez en que Clara había incluido un gran bizcocho entre los *petits fours*, los merengues y las galletas, a pesar de que habían acordado que sería Rachel la que se ocuparía de eso. A fin de cuentas, todos sabían que esa era precisamente su especialidad: un bizcocho simultáneamente más espeso y más alto y ligero que las secas tartas que podían encontrarse en cualquier panadería, un bizcocho preparado a partir de una receta que había aprendido de su abuela. Su madre había conservado la vieja libreta en la que figuraba la receta, cuidadosamente copiada en yiddish, con una letra de finos trazos que componía una delicada caligrafía que Sam había descifrado el día en que Rachel heredó la libreta. Y no es que el secreto estuviera escrito en ella: no, eso formaba parte de la historia oral. Su madre le había mostrado la técnica adecuada para batir los doce huevos cuando Rachel era apenas una niña. Los resultados eran infalibles y lo bastante deliciosos como para poder comerse así, sin más, o con un poco de compota de frutas encima. Sin embargo, para la ocasión, tras admirar los fantásticos mejunjes que veía reproducidos en las revistas, Rachel había decidido que cubriría la tarta de azúcar glas, y la labor estaba resultando más ardua de lo esperado. Y encima, allí estaba Clara con su propio bizcocho. En fin, en una boda, toda comida era poca.

A decir verdad, los preparativos habían resultado difíciles desde el principio, en cuanto la primera y jubilosa noticia del compromiso dejó paso a las realidades prácticas del mismo. Aunque se acordó fácilmente la fecha, Clara y Lionel, que poco antes habían abandonado la abigarrada y pequeña *shul* ortodoxa de sus años de juventud y habían transferido su fidelidad a la sinagoga de reciente construcción situada en Bathurst Street, a la que el rabino Cohn y su congregación se habían mudado el año anterior, dieron simplemente por hecho que la boda se celebraría allí. Les parecía la solución más lógica. El rabino presidiría la ceremonia y acto seguido tendría lugar el convite en el salón social. Así fue acordado. Sin embargo, a Rachel, que intentaba gobernar su casa con un estricto presupuesto para que su marido pudiera pagar la deuda que pesaba sobre la ferretería que había abierto después de la guerra, y a Sam, que tan solo asomaba la cabeza en la pequeña sinagoga polaca unas cuantas veces al año y que no mostraba ningún interés por las festividades, el plan se les antojaba alarmantemente elaborado. Incluso a la novia le parecía alarmantemente desorbitado.

—Toda esa gente a la que no conozco... —se había quejado desmayadamente Sarah a Rachel, viendo cómo el número de nombres de la lista de invitados de Clara aumentaba

implacablemente con el paso de los días. Rachel intentó bloquear los planes de Clara con una pequeña sarta de reproches y de protestas, amables al principio aunque cada vez más firmes y sonoros según la resistencia de su futura consuegra. Por fin, Sam intervino y tomó las riendas de la situación: la boda se celebraría en casa. Esa fue su decisión.

–Dadas las circunstancias, es natural –le dijo a Clara y a Lionel–. No me preocupa para nada el gasto, no se trata de eso. El negocio va bien, pero la niña... En fin, tengamos en cuenta sus sentimientos. No desea un gran evento. Supongo que lo entendéis.

Convencidos, aunque a regañadientes, por las súplicas de su hijo, y hasta cierto punto apaciguados por la idea de poder planear una gran fiesta para el almuerzo de inauguración de ese mes, Clara cedió magnánimamente en ese punto... pues, a decir verdad, tenía poca elección. Tendría que dar un montón de explicaciones a sus primos y amigos; se quejaría a todo aquel oído compasivo que quisiera escucharla de que la habían obligado a reducir su lista de invitados a un máximo de veintiocho, aunque si los Plot habían decidido celebrar el enlace en su casa, poco era lo que podía hacer ella por detenerlos: al fin y al cabo, era la familia de la novia la que organizaba la boda. Con el consentimiento de los Segal por fin asegurado, Rachel y Sam se pusieron manos a la obra: el rabino Cohn oficiaría la ceremonia en el salón; el encargado del *catering* aportaría la cantidad suficiente de calientaplatos y de hornos adicionales para poder preparar la comida en la cocina, y si trasladaban todos los muebles al piso de arriba podrían dar cabida a treinta y seis invitados en el salón en cuatro mesas redondas alquiladas para la ocasión. No habría, sin embargo, espacio para una banda de música, aunque Sarah dijo que no le apetecía demasiado bailar. Y la comida sería *kosher*, naturalmente. Los Segal habían recomendado al encargado del *catering*. Rachel sabía que la familia de los Segal era más cuidadosa que la suya y era razonable que sus requisitos se respetaran. Todo parecía estar en orden. Pero entonces el encargado del *catering* presentó sus honorarios.

–Es un monopolio –se quejó Sam a Rachel, sentado a la mesa del comedor y rascándose la cabeza sin apartar los ojos de la astronómica cifra de la factura–. Están compinchados con los carniceros –Rachel asintió pero no dijo nada. Se le había secado la boca. Ese era el desastre que tanto había temido desde el principio. Desde el día en que conoció a los Segal, había padecido una insistente ansiedad ante la posibilidad de que las diferencias de fortuna entre las dos familias resultaran profundamente embarazosas. Los Segal, el médico y su esposa, eran gente de la parte alta de la ciudad. Clara llevaba un abrigo de piel ese primer día a pesar de que era solo noviembre y de que fuera lloviznaba. Sam y Rachel, por su parte, no solo tenían que preocuparse de la tienda, sino que todavía debían algunas mensualidades del Chevy, y eso que el coche había empezado a oxidarse, y no tendrían dinero para gastos adicionales cuando hubieran pagado el juego de té de porcelana que Rachel había escogido ya como regalo de los padres a la novia. Habían calculado al detalle el gasto del fotógrafo, las flores, las mesas y las sillas, los camareros y también el servicio de *catering*, y por tanto no podían permitirse esa alarmante cantidad. Y tampoco podían esperar ayuda alguna de los Segal, puesto que habían rechazado todas sus ofertas al insistir en una boda íntima. Rachel pensó en lo que habría costado el convite si hubieran cedido a los planes iniciales de Clara, aunque incluso con la lista reducida de invitados el presupuesto era imposible. La

ansiedad se había convertido en un auténtico temor, que le subió desde el estómago hasta la garganta y la boca, dejándole en la lengua un sabor desagradable y levemente metálico.

–Cualquiera hubiera creído que las personas religiosas tenían más respeto por los demás y no intentaban ganar dinero de este modo –prosiguió Sam. Rachel reconoció en sus palabras los signos que advertían de uno de sus infrecuentes aunque apasionados discursos–. Pero esto es para vosotros el capitalismo...

Rachel tragó saliva y, esforzándose en no comentar que también él se había convertido en empresario, logró articular unas pocas palabras con las que hacerle callar antes de que fuera imposible pararle.

–Supone mucho trabajo preparar comida para tanta gente, y encima está el esfuerzo adicional del *kosher* –dijo, quitándole a Sam la factura de las manos para volver a estudiarla con atención–. Este plato de ensalada... No necesitamos ensalada. Y los postres. Mira lo caros que son. Puedo prepararlos yo.

–Rachel, no pretenderás cocinar toda una...

–Sí, sí. Será divertido.

Y así fue como empezó la batalla sobre la mesa de los postres.

–Y pienso preparar yo misma los postres –dijo alegremente Rachel, intentando colar la cuestión mientras las dos parejas se habían reunido en el salón de los Plot una tarde para discutir una larga lista de disposiciones.

–Pero no serán *kosher* –se había apresurado a replicar Clara–. ¿Vamos a comer carne durante la cena?

–Por supuesto, por supuesto. Utilizaré solo Crisco, nada de lácteos, lo prometo –respondió Rachel.

–Aun así, en tu cocina...

–Naturalmente, sería más fácil dejar que fuera el encargado del *catering* quien preparara los postres –dijo Lionel, interrumpiendo a su esposa con una intervención más amable–. Menos trabajo para ti.

–No, quiero encargarme yo. Me aseguraré de que sean *kosher* –insistió Rachel.

–No lo serán si los preparas en tu cocina –replicó Clara, endureciendo su postura porque sentía que había cedido ya demasiado terreno en el asunto de la sinagoga y en el de la lista de invitados.

–De verdad será mucho más fácil si el encargado del *catering*... –insistió Lionel, intentando apaciguar a Clara.

–Sin duda, sin duda –concedió Sam, desesperado por evitar la vergüenza–. Le diremos al encargado del banquete que se ocupe también de los postres.

–No –Rachel, igualmente desesperada por el coste, se mostró firme–. No. Yo prepararé los postres.

–No –replicó Clara–. No pienso comer *trayf*.

La velada concluyó antes de lo esperado.

En privado, cada una de las dos mujeres consideraba irracional a la otra y se había

quejado de ello a su esposo.

–¿Por qué no han enseñado nuestros preceptos a la chica? –preguntó Clara a Lionel–. Era su obligación.

Lionel, que consideraba que no podía esperarse que los demás adoptaran prácticas extrarreligiosas con un niño, puso reparos al comentario de Clara.

–Tampoco es que la muchacha respetara el *kosher* en Francia –dijo–. Me refiero a que los franceses... –aunque no estaba seguro de lo que quería decir, tenía en mente cierta imagen de decadencia parisina en la que no había cabida para la cocina *kosher*.

Mientras tanto, Rachel se preguntaba si a Dios le importaba que el cabrito se cocinara en la leche materna. Conocía perfectamente las prescripciones de la religión de sus padres, pero su parcial cumplimiento de las leyes que demarcaban la dieta era más una cuestión de hábito cultural que de fervor religioso. Instintivamente jamás servía cerdo, marisco o mantequilla con las patatas, ni budín de leche inmediatamente después del asado, y tenía platos separados para la Pascua, que sacaba con sumo cuidado de sus cajas rellenas de papel tisú todos los años. Aun así, Sam y ella siempre habían considerado exageradamente cumplidores a sus conocidos ortodoxos y no podían evitar pensar que su exacerbado entusiasmo por su doble vajilla tenía algo de vulgar y de ligeramente embarazoso.

–Desde luego, a estas alturas, teniendo como tenemos neveras y todo lo demás, no tiene tanta importancia –le dijo a Sam al día siguiente.

–Pero nosotros tampoco comemos cerdo –replicó Sam–. No puedes pedirle a la gente que renuncie a sus tradiciones.

–No les pido que renuncien a sus tradiciones, solo que por un día sean un poco más flexibles –dijo Rachel, presa de una ira poco habitual en ella, que le aceleró levemente el corazón–. Ya he prometido que no utilizaría lácteos.

Al final, las dos mujeres consiguieron llegar a un compromiso mutuo. Rachel limpiaría su cocina siguiendo la supervisión de Clara y utilizaría los utensilios y los cuencos de mezclar de su futura consuegra. No emplearía mantequilla ni leche para hornear, ni tampoco grasa animal en la preparación de los dulces. Los postres serían *pareveh*, o neutros, de modo que pudieran ser perfectamente comestibles tras la carne *kosher* del encargado del banquete.

–Tampoco es que siempre hornee con manteca –masculló Rachel entre dientes mientras cerraba la puerta a Clara después del encuentro, dolida por la simple sugerencia de que pudiera tener la costumbre de utilizar sebo de orígenes desconocidos. Se tragó su malestar y se puso a hojear sus libros de recetas y a planificar el menú.

Clara tampoco estaba feliz con el acuerdo al que habían llegado ambas mujeres, pues sospechaba que Rachel, en cuanto su cocina hubiera quedado limpia, no sería tan diligente como ella en la preparación de los horneados. Y mientras dudaba de que Rachel fuera a echar mano en algún momento de sus propias cucharas de cocina o mezclara los trapos, estaba convencida de que podía confiar en que elaboraría un impresionante surtido que podría incluso rivalizar con los delicados dulces que el encargado del banquete habría aportado. Rachel había servido unas tartas deliciosas durante los

recientes encuentros de ambas mujeres, delicias que Clara había probado por simple cortesía antes de hacerse patente que fuera a pronunciarse sobre el modo de hornear de Rachel. A la gente les gustaban sus dulces, y Rachel a buen seguro recibiría muchos cumplidos durante el gran día. El hecho de que ella misma hubiera preparado los postres sería motivo del asombro general. Más que un desastre, la mesa de los postres bien podía convertirse en todo un triunfo. En cierto modo, eso molestaba a Clara, aunque no habría sabido decir por qué. También ella era consciente de las diferencias económicas que existían entre las dos familias y había terminado resignándose a los Plot y a la clase de boda que podían ofrecer. Su propio hijo se había mostrado extrañamente contundente con su rotunda insistencia para que sus deseos fueran respetados, y había comentado a su madre que, dado que Sarah no tenía familia propia, resultaría cuanto menos una falta de tacto abrumar a sus pocos contactos con los numerosos amigos y familiares de los Segal. Así que Clara había aceptado a Sarah, a los Plot y la pequeña ceremonia, pero la discutible mesa de postres de Rachel no terminaba de encajar con su idea sobre el particular.

A medida que pasaban las semanas y Clara iba sintiéndose cada vez más agraviada por todo el plan, decidió que lo mejor era preparar parte de los postres. A decir verdad, era algo que no deseaba, y no se había ofrecido al principio, pues, dado que su idea de la boda había sido desestimada, tenía claro que el evento era responsabilidad de los padres de la novia, y se negaba a dejarse manipular y tener que soportar una carga adicional de trabajo simplemente por la insistencia de Rachel de no dejar la mesa de los postres en manos del encargado del convite. Aun así, Rachel había seguido adelante con sus planes, y ahora Clara ardía en deseos de participar. Llamó por fin a Rachel y sugirió que prepararía unas galletas.

–Oh, no. No te molestes.

–No es molestia. Me gustaría.

–Pero si ya estás haciendo demasiado dejándome todos los utensilios...

–Bah. Eso no es nada. En serio, prepararé unas galletas. Será divertido.

A medida que la fecha de la boda se acercaba y la familia de Clara iba enterándose de su compromiso, los pocos dulces que tenía previsto preparar empezaron a multiplicarse. En el esmerado orden de su cocina, su hermana Rose podía preparar un *strudel* de manzana con un bizcocho fino como el papel hecho tan solo con harina, agua y un poco de aceite, para poderlo comer sin peligro alguno al final de cada plato; mientras su prima Lily podía, también sin recurrir a los lácteos ni a la carne, crear los más exquisitos *petits fours*, esos pequeños cuadrados de bizcocho blanco tan suavemente cubiertos de azúcar rosa que parecían demasiado perfectos para ser comestibles. Y en cuanto a la contribución de Clara, naturalmente, sus inmensos merengues de succulento aspecto, esos dulces redondos del tamaño de una cebolla y coronados por idénticos acabados puntiagudos, así como sus pequeños y esponjosos roscos de coco, resultarían muy aceptables, pues los huevos se consideran *pareveh*. Quizá podría incluso preparar un bizcochuelo. Rachel no podría ofenderse por su generosidad.

Pues bien, la víspera de la boda Clara dispuso todos esos dulces en dos de las bandejas más grandes que tenía en la cocina y pidió a Lionel que la llevara en coche a casa de los Plot, donde Rachel, con mucha antelación, orquestaba los postres para el día siguiente.

Después de colocar de nuevo el papel de cera sobre una de las bandejas, Clara se apartó de la mesa de la cocina, donde estaban a su vez dispuestas cinco tartas y tres grandes bandejas de galletas, y se volvió hacia la encimera para inspeccionar los últimos preparativos de Rachel.

—¿No la glaseas con mantequilla? —preguntó ansiosa, sin apartar los ojos de la espumosa masa que desfiguraba los bordes de la bandeja de la tarta.

Sarah percibía que había tensión entre su madre adoptiva y su futura suegra. Aunque intuía que Rachel, siempre amable y resignada, no recibía la consideración que se merecía y quería hablar con ella para darle las gracias por su generosidad y por su paciencia y expresarle su gran alivio por el hecho de que los Plot hubieran logrado una ceremonia íntima, estaba demasiado nerviosa y entretenida para encontrar las palabras o el momento adecuados. A pesar de que, a lo largo de sus veinticinco años, había mostrado una buena dosis de silencioso valor y algún que otro destello de iniciativa, cada vez se apoyaba más en Daniel para que la guiara por la vida. Daniel la había encontrado, la había elegido entre las demás chicas de la universidad, la había invitado a bailar y la había llevado de picnic, le había propuesto matrimonio, le había comprado un anillo e incluso había encontrado un apartamento. A Sarah le maravillaba la facilidad que mostraba para todas las disposiciones prácticas y, como muchas futuras esposas, vivía los días previos al enlace sumida en una especie de nebulosa. Y en lo que hacía referencia a esos temas en los que no podía esperarse que un joven mostrara conocimiento o autoridad alguna, esto es, en lo relativo a la comida o al vestido, Sarah quedó por completo en manos de las mujeres y se limitó a hacer lo que se le decía. Rachel y Clara se ocuparon de la mesa de los postres y su amiga Lisa, una antigua compañera de la facultad que haría las veces de dama de honor en la ceremonia, la llevó a Eaton's, la tienda de vestidos de novia, para que escogiera el vestido.

El vestido era amplio, aunque no demasiado largo. El corpiño, ajustado, con largas mangas estrechas, y el cuello dibujaba dos arcos sobre los pequeños pechos de Sarah antes de sumergirse en brusca pendiente entre ambos. De su estrecha cintura, la falda, amplia y prominente, se disparaba hacia fuera más que hacia abajo y requería una crinolina para mantenerla en su lugar. La enagua supuso un gasto adicional que Sarah ya había previsto, sin embargo no había calculado adecuadamente el coste de los guantes, los zapatos y el pequeño casquete que le sujetaría el gran velo. Lisa señalaba, visiblemente entusiasmada, fotos de las revistas, al tiempo que decía a Sarah que ese era el *look* que todo el mundo llevaba en Europa. Y así era, en efecto, pues el racionamiento había terminado y los diseñadores parisinos celebraban el fin de la escasez de telas utilizando tanta como les era posible. Las mujeres que aparecían en las revistas eran más altas que Sarah y se inclinaban ligeramente hacia atrás, sin perder por ello su elegancia, de pie y con los tobillos cruzados, acentuando así su altura. Además tenían cuellos largos como cisnes y levantaban de tal modo la cabeza que el casquete les coronaba los lisos peinados con absoluta majestad. Con aquel amplio vestido y el gran velo peculiarmente sujeto por el pequeño sombrero, Sarah, que apenas superaba el metro y medio de estatura, estaba guapa, pero no hermosa. Era una mujer que debería haberse casado con

un vestido de encaje, una prenda de formas sencillas y cosido con hilos tan delicados como su pequeño cuerpo. No importaba. Aunque intuía que las cosas no iban del todo bien con los preparativos de la mesa de los postres, estaba realmente contenta con el vestido que Lisa había elegido para ella, incluso aunque tuviera que echar mano de todos sus ahorros para pagarlo. La tarde de la boda se quedó maravillada al verse en el espejo mientras se ponía al cuello las perlas de Sophie Bensimon.

Sarah no había esperado casarse. Y no es que no lo deseara ni lo buscara. Al contrario: lo anhelaba, y soñaba con el hombre que haría de su vida un todo completo, feliz y real. Rachel y Sam esperaban también fervientemente la llegada de un buen chico, y, aunque con discreción, preguntaban con frecuencia sobre sus citas. Durante los años que pasó en la universidad, Sarah siguió viviendo en casa de los Plot, mientras que una pequeña beca cubría el coste de sus estudios y su trabajo a media jornada en la biblioteca ayudaba a pagar ropa, libros y las escasas tardes de cine. Ni Sam ni Rachel le habían preguntado cómo pretendía mantenerse después, pero sin ninguna profesión a la vista, entendían que el matrimonio era la única solución. Sarah, mientras tanto, era demasiado orgullosa para abordar el tema y confesarles que también ella deseaba algo para su futuro, aunque sabía muy bien lo que había tras las tímidas preguntas sobre el sábado por la noche o la tarde del domingo. No, ella sabía muy bien lo que se esperaba de las chicas y lo que las chicas podían esperar al terminar la universidad.

Lo que en realidad ocurría era que, como la vida que tenía en Canadá le resultaba irreal, un estado temporal que algún día tocaría a su fin (cuando terminara los estudios o cuando completara la adolescencia y accediera por fin a esa vida de mujer adulta con la que podría haber soñado en los años previos a 1942), el matrimonio aquí, en Toronto, se le antojaba intolerablemente concreto.

A ojos de Sarah los hombres eran criaturas distantes aunque prosaicas, y siempre se sorprendía un poco cuando alguno de ellos se mostraba románticamente interesado en ella. Normalmente, cuando uno de los chicos de su clase o el hermano de algún amigo, atraído por su delicado aspecto e intrigado por su tímida dignidad, se molestaba en charlar con ella y preguntar, no tardaba en recular sin llegar a invitarla a bailar o al cine. El chico en cuestión había descubierto rápidamente que lo que había tomado por elegante docilidad era en realidad una suerte de silente dureza como no había conocido entre las chicas más sencillas y amigables a las que estaba acostumbrado. Y no es que Sarah le desagradara, sino que se sentía confundido e incluso bloqueado por una actitud aparentemente muy gentil, bajo la que se ocultaba sin embargo un carácter muy próximo al suyo, autosuficiente. En efecto, ese fue el malentendido que se produjo la noche que Sarah conoció a Daniel.

Después de dejarse convencer para salir a bailar por Lisa, que estaba ansiosa por disfrutar de una última noche de fiesta antes de que las chicas se pusieran a estudiar para los exámenes finales, Sarah se sentó sola a una mesa mientras su amiga se divertía en la pista de baile. Aunque no estaba sola del todo, pues Lisa se había asegurado de dejarla en compañía de Boxer Walter antes de alejarse encantada del brazo de su amigo Michael Smithson, un chico al que había esperado en secreto encontrar allí. Para Boxer no fue

fácil, pues tuvo que luchar contra la reticencia de Sarah y el volumen de la música que tocaba la banda de jazz en la parte delantera de la sala. Cuando había empezado a desesperarse un poco ante la situación y a molestarse ligeramente por tener que bregar con aquella joven decididamente seria, cayó en la cuenta de que balbuceaba. Intentó callarse, pero no logró contenerse:

–¿No te diviertes? ¡Sonríe, sonríe!

Aunque Sarah tenía pocas ideas propias sobre cómo vivir, era lo bastante inteligente como para no hacer caso de los impetuosos chicos que le daban instrucciones sobre qué hacer con ella. En secreto, detestaba lo que para ella era la costumbre típicamente canadiense de la felicidad, una insistencia de que había que disfrutar de la vida en todo momento como si la seriedad, por no hablar del pesar, fuera el equivalente a una admisión de fracaso. Su rostro, hasta entonces una máscara de discreta elegancia, fue adquiriendo un aspecto cada vez más pétreo. Fue Daniel quien acudió en su rescate.

–Hola, Boxer.

Era un hombre bajo y ancho de hombros, con la cara despejada y la cabeza cubierta de rizos negros, que había estado observando a Sarah desde la otra punta del salón y que por fin había visto su oportunidad y saludaba alegremente a un antiguo compañero de clase de su primo al que había visto unas pocas veces antes.

–Daniel, ¿verdad?

–Eso es. ¿Qué tal?

–Bien, bien. Deja que os presente. Esta es...

–Sarah –dijo ella con firmeza, tendiendo la mano sin una sonrisa–. Mi nombre es Sarah Simon.

Daniel sonrió de oreja a oreja, dando muestras de una calidez tan genuina que la férrea hosquedad de Sarah se desvaneció al instante y en su lugar apareció una amable sonrisa.

–Soy Daniel Segal.

–¿Algo más de beber? ¿Algo más de beber? ¿Otra CocaCola, Sarah? –Boxer se escabulló a la carrera en busca de unos refrescos. Cuando regresó, Sarah y Daniel conversaban animadamente y él vio llegado el momento de dejar los vasos encima de la mesa y fundirse en la multitud después de excusarse, balbuceando que tenía que encontrar a Michael.

Daniel había visto algo en Sarah. Como en la escena de una de esas películas románticas que las chicas iban a ver de vez en cuando, Daniel la había visto desde la otra punta del salón abarrotado: era una total desconocida para él. Entre el humo de cigarrillo, las charlas y el jazz recibió como en una suerte de descarga la naturaleza de lo que había percibido en ella: esa mezcla de fragilidad y optimismo, de delicada inteligencia y estúpido orgullo que, en cincuenta y cinco años de matrimonio, jamás lograría definir del todo. Su reacción fue inmediata y apremiante: excitado y nervioso, intentando acallar sin éxito sus esperanzas prematuramente ridículas, se había acercado a ella.

Se quedó allí el resto de la tarde, charlando de nada en particular hasta que la banda cesó de tocar, alguien encendió las luces y la repentina y potente claridad hizo volver en sí a quienes llenaban en ese momento la pista de baile. Lisa, que de pronto se sintió culpable al acordarse de Sarah, regresó a la mesa con la oferta de Michael de llevarlas a las dos a casa. Con el rostro encendido de satisfacción por su conquista y por la sorpresa

de haber encontrado a Sarah tan intensamente ocupada, articuló no sin cierta torpeza las presentaciones y algunas explicaciones. Durante un breve instante, los cuatro guardaron un incómodo silencio al tiempo que intentaban decidir cómo abandonarían el local, pero entonces Daniel dio discretamente las buenas noches y se marchó, sabiendo que Boxer seguramente podría conseguirle el teléfono de Sarah llamando a Michael.

Una tarde de junio, después de que los exámenes hubieran terminado, llegó a la casa de Gladstone Avenue. Era una de las construcciones más sencillas de la calle, una alargada casa pareada de estilo victoriano, con casas vecinas a ambos lados y dos plantas con ventanas salientes y una buhardilla encajada tras una pequeña ventana puntiaguda. Daniel estudió con atención el barrio, observó detenidamente la fachada de ladrillo rojo – clase media, aunque por poco– y subió los escalones de madera que conducían al porche delantero. Así se hacía: no se conocía a una mujer en un restaurante ni tampoco en un cine del centro, sino que el chico iba a su casa con tiempo de sobra para que el padre pudiera inspeccionarle mientras la chica y su madre, ocultas y a salvo en algún dormitorio de color de rosa de la primera planta, daban los últimos retoques a su peinado. Al menos era ese el tipo de escenario que Daniel esperaba encontrar. Lo cierto es que el dormitorio de Sarah, situado en la parte de atrás de la primera planta, siempre había estado pintado de un fresco tono amarillo y hacía varios años que Rachel no ponía el pie en él, y la noche de la cita de Daniel, Sam había salido de visita, de modo que cuando sonó el timbre Rachel estaba sentada sola en el salón, fingiendo leer un libro. Sarah abrió la puerta e invitó al chico a que la conociera.

–Te presento a Daniel Segal –anunció Sarah antes de quedarse callada.

–Encantado de conocerla, señora Simon –tronó Daniel con esa seguridad en sí mismo tan propia de él, adelantándose con la mano tendida. Se produjo un breve aunque doloroso silencio antes de que Rachel le corrigiera.

–Soy Rachel Plot –dijo tras reponerse, e intentó mostrarse más amigable–. Pero llámame Rachel. Así me llaman todos. Y así es como me llama Sarah.

Era cierto. A medida que su estancia en casa de los Plot se iba prolongando, «señor y señora Plot» sonaba cada vez más extraño mientras que «madre» y «padre» jamás había sido una posibilidad. De ahí que les llamara simplemente Sam y Rachel.

–Encantado –repite Daniel mientras Sarah seguía callada.

–Sarah me ha dicho que vas a ser médico –prosiguió Rachel–. Tus padres deben de estar muy orgullosos.

Cuando Sarah y él llegaron a la puerta, dispuestos a marcharse, Daniel ya había atado cabos. Era cierto que Sarah nunca había dicho: «Recógeme en casa de mis padres», ni tampoco: «A mis padres les encantaría conocerte», sino que, como recordó de pronto, se había referido vagamente a «la casa». Daniel creyó entender entonces su modo ligeramente formal, e incluso extranjero, de hablar, así como su discreción y su resolución.

Esa noche no dijo nada, y tampoco durante la segunda cita. Fue durante la tercera, una cálida tarde hacia finales de ese verano, cuando preguntó tímidamente:

–¿Cuánto tiempo hace que vives con los Plot?

Estaban cenando en un restaurante de Yonge Street que había elegido él porque era incapaz de imaginar a Sarah comiendo en alguna charcutería *kosher* de College y

Spadina, y en el que se estaba gastando la asignación de dos semanas en una comida que apenas probaron. El bochorno mermaba el apetito y Sarah estaba nerviosa. Daniel ya había comido en casa porque no quería confesar a su madre su estúpido plan.

Sarah apartó a un lado del plato una patata hervida y respondió con una voz desprovista de emoción:

–Desde los doce años.

–¿Y antes de eso? –Daniel era cauto, aunque sentía que después del error cometido en casa de los Plot y de esa cena cara tenía cierto derecho a saber–. En Europa –apuntó.

Sarah evitaba contar la historia de su vida. Los que eran más dados a preguntar alegremente solían avergonzarse cuando ella explicaba su pérdida, y guardaban silencio o, peor aún, se mostraban solícitos con ella del mismo modo que lo hacemos con una mujer casada que acaba de revelar que está embarazada o con un brillante estudiante que acaba de anunciar que le han dado una beca, una suerte de atención que a su vez la avergonzaba profundamente. Sus amigos, y eran pocos los que se consideraban íntimos, aceptaban la larga línea fronteriza que Sarah parecía trazar ante ella y sabían que su amistad con ella no incluía un pasaporte con el que cruzarla. Por supuesto, había contado la historia algunas veces. Otros estudiantes, sus padres, los colegas de la biblioteca, la gente en general preguntaba: «¿De dónde eres? ¿Quién es tu familia?», y Sarah había aprendido a explicar sus antecedentes tan neutramente como le era posible. Fue esa versión discreta y desprovista de adornos la que decidió dar.

–Me crié en París. Mi padre era abogado. Cuando los alemanes invadieron Francia, mis padres me enviaron aquí. No soy familia de los Plot. Simplemente me han dado un lugar donde vivir.

Sarah temía la pregunta que normalmente seguía a ese recital. En los dos años que habían pasado desde su viaje a París, la vergüenza que le provocaba tener que admitir la verdad no parecía mucho menor que aquella que había sentido a menudo cuando tan solo podía decir: «No sé». Una vez, durante su segundo año, muy poco antes de su viaje a Francia, una chica particularmente torpe de la clase de Historia de Lisa había ido un paso más allá, estallando en una muestra de cómico enojo: «¿Y cómo es posible que no lo sepas?»; y solo puso fin a la chanza cuando Lisa le lanzó una mirada asesina.

Pero Daniel era lo bastante cauto como para no hacer esa clase de preguntas. Cuando Sarah concluyó su breve explicación, él tendió la mano sobre la mesa y cubrió la de ella, diciendo:

–Intentaremos encontrar mejores temas de conversación.

A Sarah no le gustaba que nadie se tomara la libertad de tocarla y retiró rápidamente la mano.

Incluso aunque hiciera un tiempo espléndido, Sarah odiaba el mes de septiembre. Era un mes de esperanzas perdidas, de compungido realismo, del regreso a la escuela, calcetines por encima de las rodillas y libretas. Era el momento del año en que la luz del verano, tras las largas y brumosas tardes de agosto, adquiría una claridad y una intensidad tales que no había duda de que tenían que ser sus últimos días. Durante el verano parecía que las cosas pudieran ocurrir, que la vida pudiera cambiar y que la

liviandad fuera a perdurar, y justo entonces llegaba septiembre, trayendo consigo una dolorosa decepción y una muda sensación de pérdida.

Septiembre había sido el mes de 1942 en el que Sarah se había visto obligada a admitir que su visita a Toronto no eran unas exóticas vacaciones estivales: no volvería a casa ese año. El comienzo de la escuela ese otoño, poco antes del mes de octubre de su décimo segundo cumpleaños, se le había antojado una profunda equivocación: un desagradable compromiso exigido por las circunstancias en el mejor de los casos y una traición de sus padres en el peor. Durante los once años siguientes, había sido incapaz de adentrarse por entero en esa otra vida como si fuera una vida del todo natural. Todos los meses de septiembre señalaban un año más entre ella y su pasado, aunque no había el menor cambio en la emoción ni progreso alguno en su vida. La grieta la horrorizaba en silencio: cruzarla era abandonar a sus padres; quedarse en ese lado era renunciar a los placeres y atenciones adultos que debían necesariamente colmar el futuro, si es que pensaba tener alguno.

Este septiembre en particular era el mes en que tendría que aceptar que habían pasado más de tres semanas desde que Daniel había llamado por teléfono y que probablemente no volvería a llamar. Mientras lloraba en silencio en su habitación, se entregaba a su congoja y la cuestionaba. ¿De verdad se había enamorado de Daniel Segal o era simplemente que había en su silencio el eco de otras pérdidas? Las distintas congojas de las que era presa parecían confusas e indistinguibles, fundiéndose en el doloroso paso de la luz del sol de septiembre que entraba a raudales por la ventana, llenando la habitación.

Una mano vacilante llamó a la puerta. Sarah sorbió, se secó la cara y tragó saliva.

–Sí... –a sus oídos, su voz sonó convincentemente firme.

–Sarah, voy a tomar una taza de té, cariño. ¿Por qué no bajas a la cocina y me acompañas?

–Oh, no, gracias Rachel. Estoy bien.

–¿Seguro? No te hará daño una taza de té.

Sarah sintió que era presa de la ira. No, una taza de té no le haría ningún daño, pero tampoco encontraría en ella ninguna cura. ¿Por qué no podía Rachel olvidarse de ella y dejar de una vez de revolotear preocupada a su alrededor, ofreciéndole una y otra vez tarta y galletas y cebándola con *kasha* y *kugel*? Aunque Rachel jamás verbalizaba su ansiedad. No, su fórmula era otra muy distinta: el silencio del mártir. Qué injusto. Rachel era una estúpida que no entendía nada.

–No, gracias –cuando Sarah formuló cortante las palabras, un arrebató de culpa se mezcló con la ira que la embargaba. Era injusta con Rachel. Siempre lo había sido—. Gracias –lo intentó de nuevo, esta vez más amablemente—. Solo quiero estar un rato sola.

Los pasos de Rachel se alejaron.

Esa noche, durante la cena, aunque apenas se había planteado la idea hasta ese momento, intentó anunciar algo:

–Puede que Lisa y yo alquilemos un apartamento.

Aguijoneada, Rachel levantó los ojos del plato y empezó a protestar con un «Pero esta es tu c...», cuando una mirada feroz de Sam la hizo callar. Rachel guardó silencio, tragó saliva, pensó durante un instante y por fin dijo con voz firme:

–Aquí siempre serás bienvenida.

Sam se concentró en apartar la grasa de la carne y no dijo nada.

Durante todo ese verano y también durante el otoño, los operarios estuvieron cavando una gran trinchera al este de Yonge Street, en un desesperado intento por concluir antes de la llegada del frío y rezando para no tropezar con roca. Tres años antes se habían encontrado con un muro de piedra caliza entre Front Street y Queen Street, y se habían visto obligados a utilizar explosivos, avisando previamente a los ciudadanos aunque asustando a los desprevenidos pájaros, que convertían el cielo en una caótica masa de chillidos y revoloteos cada vez que explotaba una carga. En ese momento los hombres trabajaban a buen ritmo en Carlton Street y el progreso era lento, seguro y firme, empleando excavadoras y martillos perforadores hidráulicos cuando podían, aunque mayormente con picos y palas allí donde los planos indicaban que encontrarían algún cable o tubería ocultos. Centímetro a centímetro de asfalto y de piedra, metro a metro de cascotes y de tierra, fueron limpiándolo todo, cargándolo en camiones que vaciaban luego su carga en el lago situado en el extremo oriental del puerto, creando así hectáreas de terreno donde algún día habría nuevas calles y se levantarían nuevos edificios. El día del Recuerdo, los ingenieros vigilaban impacientes el progreso de las obras, preguntando a los capataces cuándo habrían terminado el trabajo, y durante los largos turnos, el frío y la humedad parecían casi insoportables para los obreros que cavaban. Sin embargo, en cuanto todos los cables y las tuberías quedaron perfectamente expuestos, el entarimado cubrió sus cabezas y las calles pudieron por fin volver a abrir el paso al tráfico, los obreros descubrieron que el viento que entonces barría Yonge Street no soplaba bajo tierra. Se sintieron seguros en su recién construida cueva y se compadecieron de los tipos que trabajaban más al norte, en las zanjas abiertas que se extendían hacia Eglinton. Estaban felices con su progreso. Habían llegado a Bloor Street antes de Navidad, exactamente en el plazo programado, y muy pronto podrían invitar a los encargados de rellenar las zanjas de hormigón y a los electricistas a unirse a ellos bajo tierra. En marzo, las cuadrillas encargadas de las vías, que habían estado avanzando desde ambos extremos de la línea durante casi un año, jadeaban instalando los últimos raíles. En mayo abrió por fin el nuevo metro de Toronto.

El metro iba colina arriba desde Union Station, en el extremo más al sur del centro, no muy lejos de la orilla del lago, hasta Eglinton Avenue. Sustituiría el campanileo y el ruido del cambio de vías del tranvía de Yonge por una vibración más suave y atenuada, y devolvería más rápidamente a los banqueros y a los corredores de bolsa a las calles bordeadas de árboles y de imponentes casas de Rosedale, mientras sus secretarías seguían unas paradas más en dirección norte, a los edificios de apartamentos de ladrillo rojo de seis plantas situados en las calles adyacentes a Eglinton. El metro fue sin duda una fuente de orgullo enorme para Toronto, pues su rival Montreal, tiempo ha famosa por ser la ciudad más importante de Canadá, centro financiero y cultural del país y puerto de entrada de inmigrantes, todavía no lo tenía. París, Londres, Nueva York... las ciudades de verdad rebosaban de vida subterránea y podían mover a millones de habitantes de un lado a otro sin que tuvieran tan siquiera que salir a respirar. Toronto crecía, abriéndose camino, la guerra era ya historia, pues habían pasado diez años desde

que había terminado, y el futuro llamaba a la puerta.

Para Sarah, la inauguración del metro fue una distracción, un acontecimiento que podía esperar con ilusión. Le parecía adecuado que el metro empezara a funcionar en mayo, pues si septiembre era su mes menos querido, mayo era sin duda su preferido. Se sentía extrañamente alegre en los días previos a la apertura del metro, e intentaba decidir con Rachel si debían unirse a la multitud el viernes en Union Station para ver cortar la banda o esperar hasta el sábado, el primer día oficial de funcionamiento, para utilizarlo. ¿Accedería Sam a dejar la tienda durante media hora y viajar con ellas a Yonge Street o tendrían que tomar el tranvía de Bloor en dirección este desde Gladstone Avenue para viajar desde allí en la nueva línea del metro?

–Estará allí el día siguiente, y también el siguiente –le dijo Sam a Rachel mientras ella intentaba decidir cuál era la mejor hora para bajar al metro el primer día.

Sin embargo, a diferencia de su marido, la mayoría de la gente recibió la novedad con auténtico fervor. Hasta Lisa, que se había prometido en Navidad, se olvidó de los preparativos de la boda para unirse a ellas. Las mujeres habían acordado que entrarían al metro en Bloor Street, viajarían desde allí a Union Station, darían media vuelta y harían de nuevo la misma ruta, viajando en dirección norte hasta Eglinton y nuevamente hacia el sur hasta Bloor. Ese viaje a ninguna parte sería como un juego, una vuelta en una atracción de feria, y Sarah estaba tan entusiasmada como una niña a la que han prometido un gran regalo.

Durmió mal esa noche, incapaz de conciliar el sueño, y se despertó atontada y con ese molesto picor en la parte posterior de la garganta que precede a un fuerte resfriado. Aunque no se sentía mejor después del desayuno, estaba decidida a no perderse la diversión y subió al coche con Sam, Rachel y Lisa, que había llegado a casa de los Plot jadeante de excitación debido a la multitud que había visto en la calle, los globos y los niños vestidos de domingo. Hacía un día caluroso para el mes de mayo, como si la naturaleza supiera que el evento requería ese clima benigno. Sentada con Lisa en el asiento trasero mientras Sam avanzaba penosamente entre el tráfico del sábado, Sarah empezó a sentirse incómodamente acalorada. Cuando Sam las dejó en Yonge Street, se sentía decididamente presa de la fiebre y miró desfallecida la larga cola que se había formado delante de la boca del metro.

–Santo cielo, quizá Sam tenía razón. Tendremos que esperar durante horas –dijo Rachel, volviéndose a mirar hacia el coche.

Pero para entonces Sam había retirado el coche de la acera y se alejaba ya hacia el sur, de modo que no tuvieron más elección que unirse a la cola. Ciertamente, Lisa no tenía la menor intención de vivir una decepción y se abrió paso entre la multitud para preguntar a los oficiales de uniforme que supervisaban la cola. Cuando regresó, les informó de que tardarían tan solo un cuarto de hora en subir a un tren, y el optimismo de su suposición, según la cual la espera bien valía la pena, acalló cualquier oposición que las otras dos mujeres pudieran haber expresado.

Se unieron a lo que parecía ser una inmóvil multitud que iba ocupando Bloor Street y no tardaron en descubrir que, detrás de ellas, docenas de recién llegados se habían unido a ellas. La espera hizo que Sarah se sintiera aún más acalorada y que el picor de garganta fuera cada vez más intenso, lo que a la vez iba volviéndola más y más apática y reticente

a hablar, de modo que no tenía fuerzas para quejarse e insistir para que regresaran. Media hora más tarde, con los pies doloridos después de tan larga espera sobre la acera, apenas habían empezado a bajar las nuevas escaleras del metro que llevaban a la cabina de cristal del cobrador, aunque, en cuanto lograron pasar el torniquete, la multitud por fin empezó a moverse, empujando hacia el andén. Allí abajo parecía haber menos gente que en la calle –Lisa concluyó que la cabina del cobrador había formado un cuello de botella–, y las mujeres se vieron por fin delante del andén y con espacio suficiente a su alrededor para poder respirar el peculiar aire del subterráneo. Era un aire caliente aunque no desagradable, ligeramente impregnado de polvo aunque levemente dulzón, y cuando una corriente se estremeció con suavidad antes de ganar en velocidad y lanzarse hacia ellas por el túnel anunciando un tren que se aproximaba, adquirió un olor casi fermentado, como si alguien estuviera horneando pan al fondo de la línea.

Sarah, ya menos acalorada, inspiró hondo.

Se vio de pie en el andén salpicado de bancos de madera verdes, mirando el sucio hormigón que se extendía bajo sus pies enfundados en unos zapatos de escolar de piel negra y cordones, encorvando hacia dentro su cuerpo infantil en un intento por imitar la curva de la pared de baldosas blancas contra la que estaba apoyada y que se elevaba dibujando un arco hacia el rótulo de exuberantes motivos florales que anunciaba la parada La Mulette, cuando el chorro de aire caliente invadió de pronto la estación, acompañado de un agradable olor que de algún modo recordaba simultáneamente al polvo de carbón y a pasteles recién hechos. Su madre estaba de pie a su lado, dándole la mano mientras se acercaba el tren con su hilera de vagones verdes y el vagón rojo para los pasajeros de primera clase y, a medida que el metro de París se acercaba más y más, Sophie Bensimon la avisó:

–*Attention, Sarah.*

Cuando el metro de Yonge Street hizo su entrada en la estación de Bloor Street, Sarah se desmayó.

–¿Contando los días?

–Oh, sí.

Daniel sonrió ampliamente, mostrando su acuerdo al tiempo que alcanzaba a su compañero de clase y ambos caminaban juntos hacia el hospital, una lúgubre mansión victoriana de ladrillo rojo encaramada junto a la orilla más alejada del río Don, contigua a la prisión de la ciudad. La antigua fachada estaba cubierta por las secas hojas marrones de una hiedra que parecía no brotar ni florecer nunca, aunque sí lograba oscurecer la vieja placa de piedra labrada que estaba sobre la puerta para que resultara imposible leer las palabras: «Hospital para el aislamiento y tratamiento de enfermedades contagiosas de Toronto». El hospital había abierto sus puertas en la década de 1830 para albergar a los pacientes enfermos del cólera, y estaba ubicado a propósito a cierta distancia de la ciudad original. Más adelante había tratado la difteria, la escarlatina, la viruela, la varicela y por fin la polio. En ese momento básicamente estaba especializado en el cuidado de enfermos crónicos y había sido rebautizado hacía unos años como el Don Hospital, aunque los estudiantes de medicina seguían empeñados en conocerlo por su antiguo mote, el

### *Contagion.*

Daniel estudiaba medicina muy al oeste de allí, en la Universidad de Toronto, tal y como lo había hecho su padre antes que él, asistiendo a conferencias en el mismo pabellón gótico, riéndose con sus compañeros en el mismo campus verde. La medicina era la elección dictada por el debido respeto a la familia, por el reconocimiento de lo que había sido sacrificado y conseguido desde 1891, año en que el abuelo de Daniel había llegado a Montreal desde Polonia vía Hamburgo, sin hablar una sola palabra de inglés ni de francés, y sin dinero. Siendo apenas un simple adolescente, había recorrido las calles empujando un carrito en el que recogía toda clase de chatarra, hasta que por fin logró abrir una empresa de confección que no tardó en trasladar a Toronto junto con su nueva esposa, dos hijos y una niña recién nacida. Allí el abuelo Segal se hizo tan rico que su tercer hijo pudo elegir la profesión que quiso, de modo que se matriculó en la universidad. En tan solo dos generaciones, los Segal habían adquirido tanta tranquilidad de espíritu y tanta prosperidad que podían permitirse el altruismo: la medicina era el signo de su ascenso social y en los años venideros la familia daría por igual dueños de empresas y médicos.

Sin embargo, para Daniel la medicina era también una vocación. Desde su más tierna infancia en casa de un médico, le había embargado una leve emoción cuando veía a su padre entablillar la pata herida de un perro callejero, o cuando él mismo cuidaba de sus hermanos menores mientras se deslizaban en trineo por una colina nevada, o cuando durante el verano buscaban sapos en el fangoso suelo de un barranco. Ya en sus años de joven estudiante, había conocido la alegría que otorga el benevolente poder de ser obedecido por la naturaleza cuando una herida sanaba o la fiebre bajaba, o el inflamado orgullo cuando un paciente se recuperaba y una madre le agradecía su esfuerzo con una sonrisa. Daniel era a la vez optimista y realista, un hombre que veía en el mundo un lugar que podía repararse.

Quizá por eso odiaba tanto, desde el momento en que subía al tranvía y cruzaba el viaducto de Bloor Street, todos y cada uno de los días que había tenido que ejercer y tratar enfermedades infecciosas en el *Contagion*, un lugar en el que poca era la curación que podría procurar. Los pasillos eran largos y estrechos, los suelos estaban cubiertos de baldosas frías y resonantes, y los techos eran altos y estaban pobremente iluminados. Los pabellones eran aún peores. Al otro lado de las sólidas puertas de roble, hermosas obras de carpintería victoriana en las que en tiempos posteriores se habían labrado, apresuradamente y sin el menor cuidado, ventanas para que los médicos pudieran estudiar desde allí a sus pacientes, esperaban desolados pabellones en los que una anodina capa de pintura verde había cubierto el yeso agrietado de las paredes mientras que las ventanas estaban tan sucias que era imposible ver desde allí el exterior. Por lo menos, la primera y segunda plantas estaban llenas de ajetreadas enfermeras que atendían un recinto abarrotado. Sin embargo, en la tercera planta, que albergaba el resto de los pabellones de aislamiento, los pacientes parecían abandonados en sus lúgubres alojamientos: un puñado de frágiles figuras apuntaladas en las camas de hierro, apenas tres o cuatro por habitación, como si cualquiera tan obstinadamente anticuado como para padecer una enfermedad contagiosa en la era de las vacunas y los antibióticos mereciera escasa atención médica. Sin duda los casos más graves estaban en el pabellón de

enfermos de polio, donde una sollozante madre de origen mediterráneo, marchita por la preocupación a pesar de su juventud, vigilaba y rezaba mientras un pequeño luchaba contra la fiebre. Esas mujeres enfurecían a Daniel. Hacía ya un año que la vacuna estaba disponible, pero ellas habían temido utilizar esos nuevos medicamentos o simplemente habían tardado demasiado en llevar a sus hijos al médico para que les inmunizaran, o no hablaban suficiente inglés como para poder leer la carta que se les había enviado, o habían llegado al país hacía apenas unos meses. La triste razón de su presencia allí estaría a buen seguro apuntada en alguna parte del historial médico del paciente. Los médicos tranquilizaban a la madre –«Vivirá, vivirá»–, pero no podían decir si la infección se había extendido a la médula espinal, lisiando y tullendo de por vida. La respuesta sería revelada en las semanas siguientes: una lenta recuperación, un agotamiento que no parecía desaparecer nunca y unos músculos que se negaban a obedecer órdenes serían síntoma de lo peor.

Pues bien, ese día de mayo de finales del curso académico, Daniel y sus compañeros de clase respiraron aliviados cuando el doctor Sanderson, mientras avanzaba apresuradamente por el pasillo al frente de un grupo que incluía a residentes, internos, enfermeras y a los dos estudiantes de menor rango, anunció por encima del hombro:

–Esta mañana tengo para ustedes un caso de sarampión.

Esa mañana, la pareja de estudiantes se tomaba con desgana las rondas de visitas clínicas, conscientes de que el año escolar estaba a punto de tocar a su fin y de que abandonarían para siempre el *Contagion*. Les alegró la diversión que podía ofrecer un paciente con sarampión. Quizá, con suerte, pudieran librarse del pabellón de los pacientes de polio.

El verano había llegado ya a la ciudad, convirtiendo el hospital en un lugar caluroso y falto de aire. En el vestíbulo habían instalado un ventilador eléctrico cuyas vibraciones sacudían dolorosamente el largo poste en el que estaba colocado, aunque el aparato lograba activar refrescantes corrientes. No obstante, en los pabellones no existían esas comodidades para los enfermos. Sin dejar de disertar sobre la virulencia de lo que se conocen como enfermedades infantiles cuando se contraen durante la edad adulta, el doctor Sanderson abrió una puerta de roble y condujo a su grupo desde el aire cerrado del pasillo a un ambiente que resultó aún más sofocante a causa de la temperatura corporal de una paciente con fiebre.

Al principio, Daniel no reconoció a Sarah. Su cabello había desaparecido, pues una eficiente enfermera se lo había apartado de la cara y el sudor le había pegado los suaves rizos a la cabeza. Tenía los ojos cerrados, el rostro macilento y su nariz pequeña y respingona asomaba tan afilada del resto de la cara que su delicado perfil se había convertido en una máscara sin vida, dividida en dos mitades por un pico como el de un halcón. Tuvo que ver su nombre en la tabla de la que colgaba el historial médico de la paciente al pasar para darse cuenta de quién era la enferma.

Se adelantó, a punto de hablar, pero prefirió no decir nada.

–¿Segal? –preguntó el doctor Sanderson, volviéndose hacia él.

–Nada, señor –respondió Daniel, entregando la tabla al otro estudiante.

–La mayoría de los casos pueden tratarse en casa, tanto en niños como en adultos, a menos que la fiebre suba peligrosamente en la última fase de la enfermedad. Eso es lo

que ha ocurrido aquí. Una semana con dolor de garganta, manchas y después fiebre alta. La trajeron anoche con 40,5 grados de fiebre. Deliraba. No es de extrañar con esa temperatura.

Como en un intento por ilustrar sus comentarios, la paciente se movió en la cama y, sin abrir los ojos, empezó a mascullar visiblemente ansiosa durante un instante antes de volver a quedarse en silencio.

–No está claro cómo se produjo el contagio. La paciente no tiene contacto con niños y no hay ningún informe que apunte a un brote de sarampión en las escuelas. Es de origen europeo. No llegó a Canadá hasta los doce años, más o menos. Eso quizá explique que no estuviera expuesta al sarampión durante la infancia. Las pautas de infección varían.

Se volvió entonces hacia un interno especialmente entusiasmado.

–Doctor Smythe, para información de nuestros dos estudiantes, describa las manchas de Koplik y díganos cómo debería tratarse ahora la fiebre.

Daniel, que había estado ferozmente concentrado en las palabras del médico para poder así, por un lado, recuperar la calma y, por otro, descubrir el estado real de Sarah, se sumió en sus propias cavilaciones.

«Es sarampión. Solo sarampión. No es más que eso. Se pondrá bien. Se curará.»

Los médicos acordaron que la temperatura de la habitación no ayudaba a la recuperación de la paciente y, tras dar instrucciones a una de las enfermeras para que fuera a buscar un ventilador para la enferma, siguieron su ronda; sin embargo, Daniel se quedó un instante, pues deseaba hacer algo de inmediato y no sabía cómo marcharse. Fue entonces cuando Rachel Plot entró en la habitación con unas flores y una pequeña maleta en la mano.

–¡Daniel! –le miró, encantada–. ¿Cómo has sabido...?

–Yo solo... Están haciendo la ronda, los estudiantes... Es un hospital universitario. Quizá no se lo hayan dicho en recepción. Los estudiantes... nosotros, simplemente les acompañamos.

–Ah, entiendo –respondió Rachel. Llevaba un sencillo traje de algodón beis. La tela del vestido era fina, pero la chaqueta le quedaba ajustada, y se movió incómoda en el calor de la habitación, dejando la maleta en el suelo para secarse la frente con la mano que tenía libre antes de acercarse a la cama para poner las flores encima de una mesilla.

Cuando Rachel se movió, Sarah, quizá percibiendo una presencia, y a pesar de que no se había despertado con la visita de los médicos, se revolvió de nuevo y empezó a mascullar. La cama estaba cubierta por una única sábana blanca cuyos pliegues se pegaban a su cuerpo febril como las colgaduras de una estatua clásica, y a medida que fue aumentando su agitación, sus manos agarraron el borde del sudario, retorciéndolo de un lado a otro. Rachel gravitaba a su lado, preocupada aunque sin saber exactamente qué hacer. El parloteo ansioso aunque ininteligible de Sarah ganó en volumen y se hizo más firme, hasta que sus sonidos se fundieron por fin en una única y discernible palabra, y entonces, mientras apartaba de un tirón la sábana de su cuerpo con la mano derecha, gritó, antes de volver a quedarse quieta:

–*Maman!*

Alarmado, Daniel se acercó rápidamente a la cama, pero en cuanto Rachel se apresuró a colocar la sábana en su sitio, se detuvo. Tal fue la firmeza con la que tapó a Sarah y su

camisón corto y azul hospitalario, y tan vehemente la caricia de sus manos sobre la fina tela, que pareció acusarle con ello de cierta sombra de voyerismo. Daniel inspiró y siguió acercándose hasta situarse junto a Sarah, al otro lado de la cama. Desde allí miró a Rachel. Ella bajó los ojos, clavándolos en la sábana. No hablaron, y quisieron comportarse como si no hubieran oído el grito, aunque sin llegar a lograrlo del todo. Si Daniel se sentía en ese momento como un intruso en la habitación, como si le hubieran sorprendido espiando el dolor de una familia, Rachel no estaba menos avergonzada, pues había leído en el grito de Sarah no solo una humillante condena a sus años de cuidadora de la muchacha sino también la revelación descarnada de hasta qué punto necesitaban que Daniel asumiera ese papel a partir de entonces.

–Se pondrá bien –dijo Daniel por fin, en un intento por tranquilizar a Rachel, y deseoso de decir algunas palabras con las que llenar el silencio–. La fiebre suele causar delirio, y la temperatura ha empezado a bajar. Sí, ya sé que no lo parece.

Señaló con un gesto de la mano a la habitación, como si quisiera indicar el calor que hacía allí dentro, aunque le fastidió sentir que necesitaba defender al hospital.

–Una enfermera va a traer un ventilador, así que pronto se estará más fresco aquí dentro.

Se apartó visiblemente incómodo de la cama y se volvió, dispuesto a salir, al tiempo que indicaba con una apática extensión de una mano laxa que tenía que salir en busca del grupo que seguía con su ronda de visitas.

–Las llamaré –dijo antes de salir a toda prisa.

Y llamó. Si no lo había hecho hasta entonces, si jamás había levantado el teléfono durante los diez meses que habían transcurrido desde la costosa cena que había compartido con Sarah, no era porque ella hubiera cometido un error ni porque, al conocerla mejor, hubiera perdido el interés o la emoción que ella despertaba en él. A decir verdad, se había encontrado en un callejón sin salida, una pared que no alcanzaba a comprender del todo y que por tanto no sabía cómo empezar a escalar. Y, naturalmente, se sentía herido en el orgullo. Sarah le había dado las buenas noches y las gracias delicadamente esa noche, pero el hecho de que ella hubiera retirado la mano seguía molestándole. Se oyó justificando su comportamiento –«Sólo intentaba ayudar»– con un tono que sonaba nauseabundantemente petulante incluso en su cabeza. Pero Daniel era un hombre que vivía en el presente. Los meses habían mitigado su vergüenza, y enfrentado a la transformada forma de Sarah que yacía en la cama del hospital, volvió a ser presa de un deseo ante el que simplemente no podía reaccionar, a pesar de lo embarazoso que había sido su encuentro con Rachel. No le habló a Sarah de la escena que había tenido lugar en el hospital ni tampoco preguntó si Rachel lo había hecho. Simplemente llamó un mes más tarde para preguntar si le apetecía salir con él al cine el siguiente sábado por la noche.

Mientras se ponían al día de las últimas novedades de sus vidas antes de que se apagaran las luces de la sala, Daniel solo dijo que había estado muy ocupado con los estudios, pues se estaba preparando para licenciarse esa primavera en la facultad de Medicina e intentaba encontrar un hospital que le aceptara como interno. Ella también

había estado ocupada, mintió Sarah: seguía trabajando a tiempo parcial en la biblioteca, aunque había terminado ya los estudios. Había hablado con Lisa de alquilar juntas un apartamento y buscar un trabajo más adecuado a sus necesidades, pero ahora Lisa iba a casarse. De modo que seguía viviendo con los Plot. Y confesó que últimamente había estado enferma: el sarampión. Qué curioso, siempre había creído que solo enfermaban de sarampión los niños. En fin, que tardó un poco en recuperarse, más de lo que cabría imaginar.

Al final de un verano de picnics, cine y paseos, un soleado día de finales de octubre Daniel propuso una excursión. Había pedido prestado el coche a su padre y llegó con gran pompa a casa de los Plot esa tarde de domingo, nervioso porque era consciente de la importancia de la ocasión. Fue Sarah quien abrió la puerta. Llevaba un vestido ligero y un cárdigan que resultarían demasiado finos en cuanto el sol empezara a ponerse, y unas sandalias negras que dificultarían el paseo por los bosques. En cualquier caso, Sarah quería ignorar la inminencia del invierno y se había vestido como si el verano estuviera todavía entre ellos. También ella sentía que la ocasión era importante y parecía moverse más despacio e incluso con más delicadeza que de costumbre al bajar las escaleras de su casa. Esperó en silencio a que Daniel le abriera con cuidado la puerta del coche y se deslizó después sobre el asiento del copiloto. Durante el viaje al campo, la conversación entre ambos parecía, aunque alegre, renovadamente frágil, como si la relación que les unía estuviera retrocediendo en vez de avanzar.

—Qué día más bonito.

—Los colores serán perfectos...

Era un ritual típicamente canadiense: la excursión a los bosques en el mes de octubre para admirar los vivos rojos, los suaves naranjas y los brillantes amarillos de las hojas otoñales, unos colores cuya intensidad se desconocía en el clima más amable europeo, y que aquí se debía al repentino cambio de calor a frío, cuando, en cuestión de pocas semanas, los días estivales cedían su lugar a las gélidas mañanas. Mientras viajaban hacia el oeste, las magníficas franjas de rojo y amarillo salpicaban el verde paisaje y Sarah y Daniel se instalaron en un cómodo silencio. En un parque situado a una hora de la ciudad, Daniel paró el coche en un aparcamiento de grava, apagó el motor y se quedó sentado mirándose las rodillas. Libre por fin de la concentración que requería la carretera, era incapaz de encontrar la motivación necesaria para moverse, como si fuera necesaria una energía extrema para proceder con la siguiente fase de la excursión y a él le hubiera invadido en cambio un cálido y perezoso entumecimiento. Sarah se movió levemente en su asiento y el crujido de su falda sacó a Daniel de su letargo: levantó los ojos, le sonrió, salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. Había llevado un picnic —unos sándwiches de jamón que había preparado su madre, bebidas gaseosas y las manzanas crujientes y recién cogidas que seguían colgando del árbol apenas dos semanas antes—, y lo dispuso delante de los dos encima de una manta escocesa que antes habían extendido sobre la hierba, cogiendo una esquina cada uno para dejarla en el suelo.

—Mi padre nos traía aquí cuando éramos pequeños.

—No había venido nunca... Es muy bonito.

Después, caminaron por un sendero que ascendía entre los bosques hacia la cima de la colina, y hablaron, o al menos, Daniel habló, de que los hospitales de Toronto todavía no aceptaban a internos ni residentes judíos, de cómo les cerraban las puertas del club en la cara, o de que el padre de Daniel, que era uno de los cuarenta médicos judíos que habían fundado el Mount Sinai de Yorkville Avenue, había terminado sus estudios en Filadelfia en los años veinte; y de cómo había pospuesto buscar plaza en los Estados Unidos con la esperanza de que las cosas cambiaran. Tendrían que cambiar y lo harían pronto, aunque mientras tanto Daniel había encontrado plaza en Rochester, donde empezaría a trabajar en enero. Solo un año, un año en el extranjero, doce meses viviendo de su sueldo de estudiante y después podría volver a Toronto y abrir una consulta de médico de familia. Su padre podría prestarle el capital necesario. Podría entonces establecerse. Sarah, que ya sabía esas cosas, no dijo nada. Ni siquiera respondió con un murmurado «sí» o «no» de ánimo, aunque Daniel había aprendido ya a comprender su reticencia a complacer y a admirar su orgullo.

Cuando llegaron al final del camino, se detuvieron y contemplaron desde allí las coloridas colinas. El valle que se extendía ante sus ojos estaba bañado en la luz pura y clara del otoño y el reflejo de las hojas encendidas doraba la luz del sol. A su alrededor, los árboles zumbaban y refulgían en ese último estallido que regala la estación, y ellos volvieron el rostro hacia el calor. La altura del sol en el cielo, que iniciaba ya su descenso, les cegó. Sarah cerró los ojos, vio explotar una nube amarilla en su cabeza y se quedó allí durante un rato. Al ver que el sol se ponía, Daniel dijo:

–Es hora de volver a casa.

En la cima de la colina, la luz y el calor mantenían su intensidad, pero había oscuridad y humedad en los bosques, rincones cubiertos de rocío que la luz del sol, cada vez más breve, no había acariciado durante semanas. Sarah tuvo frío y, en silencioso acuerdo, ambos echaron a andar acelerando el paso. Cuando bajaban por el tramo más inclinado del sendero, concentrada como estaba en esquivar las piedras que tenía bajo los pies, ella pisó un puñado de hojas mojadas y apelmazadas que habían creado una resbalosa capa de un hermoso tono violeta. Incapaz de mantener el equilibrio sobre la resbaladiza superficie, su pie derecho patinó bajo su cuerpo. Dejando escapar un jadeo mientras intentaba no caer de espaldas, y sintiendo que la adrenalina le recorría el cuerpo como ante la amenaza de un peligro mortal, se incorporó torpemente, evitando así la caída potencial; al hacerlo su pie tropezó en una roca y salió despedida. Por delante, tan cerca que apenas quedaba espacio para que cayera sin golpearle, Daniel la oyó gritar, intuyó su brusco movimiento y, volviéndose rápidamente, la cogió y la sostuvo en pie. Sarah se quedó así durante un instante, apoyándose en él para que la estabilizase, hasta que volvió a hacer pie y retrocedió.

–¿Estás bien?

–Sí. Me he resbalado con una hoja o algo.

Cuando reemprendieron la marcha, Daniel le tomó la mano, sujetándola con firmeza mientras la llevaba cuesta abajo durante el resto del descenso.

Bajo la *jupá*<sup>2</sup>, la novia parecía pequeña como una niña. A su lado, habríase dicho que Daniel se alzaba sobre ella, como si los nervios le agrandaran el cuerpo al tiempo que encogían el de Sarah. Estaba de pie y ligeramente separado de ella, retirado a un lado por

la abultada falda de la novia. Ese día, la imagen que daban era la de una pareja visiblemente desigual. El rabino Cohn sonreía alentadoramente a Sarah. No era la sonrisa cálida y franca que ofrecía a todas las novias y los novios que tenía a su cuidado, sino una mirada más significativa y afectuosa. El rabino deseaba encarecidamente un final feliz para la niña a la que había ayudado a establecerse en Canadá catorce años antes. La guerra había terminado y era hora de seguir adelante y dejar atrás el pasado.

—Eres feliz, Sarah —le había dicho, más que preguntar, durante su primera entrevista con la pareja de recién prometidos. Se había quedado impresionado con Daniel, y había seguido estándolo durante los preparativos del enlace: un joven honrado, y médico además. Sospechaba que Sarah necesitaba que la sanaran. En ese momento, extendió su afectuosa mirada hacia Daniel, envolviendo a ambos en su alentador radio de acción al tiempo que a su espalda el cantor empezaba a entonar las bendiciones.

La voz de Daniel vaciló y se quebró de emoción cuando le llegó el turno de repetir las palabras del rabino —«Te consagro a mí...»—, mientras que Sarah, que no tenía que pronunciar palabra durante la ceremonia, mantenía la mirada baja. En el primer intento de Daniel, el vaso, cuidadosamente envuelto en un trapo para que no desparramara cristales al romperse, simplemente salió despedido de debajo de la resbalosa suela de cuero de su zapato nuevo y los invitados se rieron, tensos. En la segunda tentativa, Daniel logró su cometido. El vaso se rompió con un amortiguado chasquido y Sarah se estremeció levemente al oírlo. La pareja quedó así unida en matrimonio.

Sentados juntos a una de las cuatro mesas redondas encajadas en el comedor de los Plot, Daniel y Sarah apenas hablaban. Estaban demasiado ocupados saboreando el banquete: las *fricasee* de pollo, tan colmadas de sutiles sabores y de manjares que era prácticamente imposible distinguir las entre sí; la falda, jugosa aunque no tan tierna como la habrían preparado Rachel o Clara en sus propias cocinas; las zanahorias y las cebollas, asadas con la carne hasta quedar dulces y blandas; las alubias, frescas y crujientes; la reconfortante solidez del *kugel* de patata —inmensas porciones porque Rachel había dado instrucciones al encargado de preparar el banquete que alimentara bien a los recién casados y no dejaba de animarles a comer, inclinada sobre la mesa—. Respetando la tradición y las sugerencias de su madre, Daniel había hecho ayuno durante todo el día, una purificación previa a una nueva vida, mientras que Sarah había comido tan poco que perfectamente podría haber estado también ayunando. Rachel estaba preocupada por su salud: aunque el compromiso con Daniel parecía haberle sentado bien, todavía no había recuperado las fuerzas que había perdido durante ese lúgubre invierno de silenciosa soledad y del brote de sarampión que había sufrido al llegar la primavera, y que habían precedido a este año y medio de planes y felicidad. Rachel, imaginándose a la novia desmayada debajo de la *jupá*, la había apremiado a que desayunara y almorzara ese día, pero Sarah estuvo tan nerviosa durante toda la mañana y durante la tarde que no fue capaz de comer nada. Por fin, cediendo a la insistencia de Rachel, tomó una taza de caldo minutos antes de que el rabino llegara a la casa para firmar el *ketubah*, el contrato que la uniría a su marido. Para entonces, estaba ya vestida, de modo que Lisa la cubrió con una gran toalla para que no se le manchara el vestido y volvió a pintarle los labios cuando hubo terminado. Esa noche, durante la cena, Sarah y Daniel estaban famélicos y aceptaron de buen grado que el camarero se acercara a su mesa en cuestión de segundos.

Mientras los demás invitados rebañaban los platos, Sam se levantó, se aclaró la garganta y pidió la atención de los presentes. Empezaron entonces los brindis y los discursos. Sarah intentó relajarse, escuchar las bromas, las muestras de afecto, las expresiones de esperanza y de buenos deseos; intentó concentrarse en las palabras de Daniel, para recordar en los años venideros el instante en que Daniel habló de su amor con desnuda sinceridad delante de toda la gente que llenaba la habitación, pero las charlas se le antojaron distantes, apenas un silencioso parloteo procedente de algún rincón, lejos del rugido que le llenaba la cabeza. Mientras la intensidad de las voces aumentaba y disminuía y el aplauso y las risas reverberaban, la irrealidad de los últimos meses amenazó con engullirla por completo.

Cuando terminaron los discursos, Daniel y ella tuvieron que cortar la gran tarta blanca que esperaba en un rincón del comedor. La tarta, un magnífico ejemplar de tres pisos apoyados y sujetos por pequeñas columnas de plástico y decorada con rosas de azúcar, había sido obra del responsable del banquete y desapareció en la cocina, en cuanto los recién casados clavaron en ella el cuchillo, para no volver a aparecer. Cuando la formalidad tocó a su fin, los invitados retiraron sus sillas y se levantaron de la mesa para charlar. Sarah y Daniel fueron una vez más objeto de los buenos deseos de los presentes, cada uno de los cuales exigía unos instantes de atención, tomándose el tiempo suficiente para ofrecer un *mazel tov*<sup>3</sup> o felicitar a Sarah por su vestido antes de que el siguiente invitado le apartara a un lado con el codo. Y así fue como, durante un rato que a los recién casados se les antojaron horas, no hubo forma de tener una conversación decente. A la vez excitada y exhausta después de más gente, más conversaciones y más atención dedicada a ella de lo que hasta entonces había vivido, Sarah sentía que la sonrisa estaba a punto de quebrársele en la cara.

Cuando Raquel la tomó del brazo y la sacó del comedor, ella reparó de pronto en que la multitud que hasta entonces había llenado la habitación parecía haber menguado y que por fin había espacio para poder respirar. Uno de los hermanos de Daniel había llevado un tocadiscos y un alargador: los invitados bailaban en el jardín trasero. Daniel la condujo por la cocina y bajó con ella la pequeña pendiente que llevaba al césped, donde los invitados más jóvenes habían formado entre risas un amplio círculo. Encantados con su espontaneidad y con la aparición de la novia y del novio en el grupo, rompieron en vítores y en aplausos mientras uno de ellos regresaba corriendo a la cocina en busca de un par de sillas. Acto seguido, Sarah se vio levantada en el aire sobre los hombros de los padrinos de boda que esa tarde habían sostenido, inquebrantables, la improvisada *jupá*. A pocos pasos de ella, Daniel también fue levantado en hombros, y mientras le veía balancearse delante de ella al tiempo que respiraba agitadamente y giraba, temió que la ligera sensación de vértigo se convirtiera en mareo.

–Bajadme –suplicó, apoyando una mano en uno de los hombros que la sostenían. Sin embargo, apenas podía oír su propia voz, y mucho menos proferir un sonido que fuera a oírse por encima de la música y de las risas.

Mientras los más jóvenes bailaban, Rachel y Clara se ocuparon del comedor y de la cocina, supervisando a los camareros que recogían los remanentes del banquete y colocaban en el vestíbulo una mesa montada sobre caballetes que tenía la misma longitud que la planta baja. Clara estaba comprobando que la mesa fuera segura y estuviera

firmemente montada cuando Rachel apareció con un mantel de encaje, que, con la ayuda de las ansiosas mujeres que se habían congregado a su alrededor, extendió y alisó con un gesto de orgullo.

–Era de mi abuela... lo traje de Rusia.

Esa preciosa reliquia de familia que su difunta madre había sido capaz de transportar a través de océanos y continentes siempre le había parecido un objeto realmente milagroso.

–Qué preciosidad de labor –susurró su prima Leah, intuyendo que Rachel necesitaba que alguien admirara el mantel.

Complacida, Rachel contempló el mantel e indicó a un camarero que podía empezar a poner los sencillos platos de porcelana blanca en la mesa. Eran alquilados, y sin duda no tan delicados como el encaje sobre el que estarían colocados, pues los de la vajilla de Rachel, sin duda de mejor calidad, no hubieran bastado para servir a tantos invitados. En el sótano, donde al final había decidido guardar los postres, Clara retiraba alegremente el papel de cera de las bandejas, preparándolas para Rachel y poniendo especial cuidado en no llevar nada a la mesa. Con sumo cuidado y delicadeza, y poniendo especial empeño en no tocar una sola galleta, Rachel empezó a subir y bajar los escasos escalones que separaban la planta baja del sótano, de cuyas profundidades fue sacando una tarta perfectamente glaseada, un *strudel* de succulento aspecto o grandes bandejas de fruta cortada; disponía cada una en la mesa y se retiraba un poco para supervisar el efecto antes de volver a la escalera en busca de otra. A las diez dio la señal a Sam, que fue llamando a los invitados que se habían repartido por el salón y por el comedor antes de salir al jardín y pedir a los bailarines que volvieran a entrar. Había llegado la hora. La mesa de los postres estaba a punto.

De pronto, Sarah se encontró sola bajo el silencioso cielo nocturno. Durante la ceremonia, la cena y el improvisado baile, se había sentido incómodamente acalorada, pero de pronto soplaba una brisa primaveral y había empezado a tiritar. Con el aterrador corsé y las ajustadas medias que llevaba bajo un vestido que dejaba a la vista el pecho y los hombros, sentía a la vez el sudor bajándole por la cara interna de los muslos y los escalofríos recorriéndole la espalda. Llevaba todo el día deseando quedarse sola para poder librarse de una vez de la alharaca de Rachel, de la voz del cantor, de los ansiosos invitados deseosos de felicitarla y de los salvajes bailarines que la habían levantado en el aire sobre la silla. No obstante, ahora que por fin lo había conseguido, le habría gustado haber tenido a Daniel con ella. No había hablado con él durante todo el día y desde luego apenas le había mirado, pues no había sido capaz de reunir el valor necesario para buscar su mirada mientras él firmaba la *ketubah* y ayudaba a bajar el velo que le cubría la cabeza, y tampoco había sabido qué decirle mientras estaban sentados juntos a la mesa. Echó a andar, consciente de que los demás se habían marchado, y regresó apresuradamente dentro en busca de Daniel; entró por la cocina y desde allí pasó al comedor, pero no le vio por ninguna parte. Reinaba una luz difusa y a ojos de una Sarah acalorada y enfriada a la vez, exhausta y todavía mareada, los invitados que llenaban la habitación parecían cada vez más indistinguibles. Cuanto más buscaba a Daniel, más difícil le resultaba reconocer alguno de los rostros allí presentes, y cuanto más tiempo pasaba sin verle, mayor era el pánico que la atenazaba. La novia, reina por un día, se había convertido de pronto en una niña perdida, y mientras se abría paso de una

habitación a otra, disculpándose al tiempo que se deslizaba entre gente que apenas parecía reparar en ella, no hubo ya más voces que desearan expresarle sus buenos deseos ni parejas de baile, sino tan solo una masa de cuerpos en la que ella no encontraba su lugar.

Por segunda vez durante su apresurado recorrido por la casa, llegó a la mesa de los postres dispuesta en el vestíbulo y, una vez allí, fue capaz de combatir el pánico que la embargaba, que al instante fue sustituido por la extrañeza. ¿Con quién hablaría? ¿Adónde debía moverse? A fin de disimular su incomodidad y fingir que su desesperada llegada a la mesa encerraba algún propósito, pues ya no tenía hambre, sino que más bien se sentía desagradablemente satisfecha, tendió la mano hacia el montón de platos blancos, cogió uno, lo dejó en la mesa delante de ella y empezó a servirse de la bandeja que tenía más a mano. En el momento en que cortaba el bizcocho de Rachel, hundiendo el cuchillo entre las delicadas capas de blanco azúcar, vio emerger una resplandeciente figura entre el resto de figuras grises. Estaba de pie en el otro extremo de la mesa, prácticamente aprisionado contra la pared del recibidor por la mesa de los postres, y la miraba con el rostro transformado por obra de dos expresiones simultáneas: una, de profunda ternura; la otra, de irónica diversión ante la difícil situación que ambos compartían.

Y al mirarle fue como si Sarah estuviera reconociendo a Daniel por primera vez. Durante el cortejo, había comprobado su gentileza, había apreciado su discreción y había entendido que él no le pedía que fuera distinta de la mujer que era, y sobre todo que no insistía en que fuera más feliz de lo que ya era. Aun así, si ella le había dicho que sí cuando él le había propuesto matrimonio ese día de otoño al final del paseo, había actuado más movida por el agradecimiento que por la pasión, viendo en él sobre todo una solución. Daniel era lo que podía calificarse como un compromiso, aunque Rachel y el rabino Cohn vieran en él a un buen marido. De pronto, a solas con el rostro de Daniel, Sarah conectó con la profundidad de su emoción y sintió que su amor despertaba por fin para salir a su encuentro. Daniel aceptaría su unión como una labor jubilosa y a buen seguro ella haría lo mismo. Sería una unión entre iguales, libre de lástima y de orgullo, y la elevaría al sereno lugar que, en el fondo de sí misma, sabía que merecía.

Por primera vez durante ese día, Sarah sintió la solidez del suelo bajo los ajustados y pequeños escaarpines que, como notó de pronto, le apretaban los dedos de los pies. Dejó el cuchillo sobre la mesa, esparciendo un reguero de azúcar blanca sobre la prístina bandeja de cristal de la tarta, y tendió una mano sobre la larga mesa hacia donde estaba su marido, al tiempo que pronunciaba su nombre:

–Daniel.

MAX sufre.

No es un dolor físico lo que causa molestias a su cuerpo sino una ligera angustia que turba su alma. Todos los días, Max se envuelve en una refulgente capa social de animada conversación, inteligente encanto y entusiasta zalamería, aunque debajo de ella a veces resulta visible el trapo sucio de la pesadumbre en la densidad de su suspiro o en el fugaz vacío que asoma a sus ojos. Su única muestra de esta emoción toma la forma de cierto *ennui* juvenil: está leyendo a Goethe, *Las penas del joven Werther*, el libro que puso de moda el suicidio entre los jóvenes del siglo XVIII. Quizá eso explique por qué al principio desestimo con demasiada facilidad su dolor, menospreciándolo como si de una simple pretensión de estudiante universitario se tratase: largas charlas en oscuras cafeterías sobre la existencia de Dios y sobre el porqué de los campos.

–El mundo es una mierda.

–¿Ah, sí? –vaciló, como en un intento por pacificarle.

–Sí, mira a tu alrededor. Mierda. No entiendo cómo alguien ha podido creer que algún dios preside todo esto.

–Bueno, es una cuestión de fe. Yo soy creyente, o al menos eso creo.

No entiendo su alienación, incapaz como me siento de llegar a vislumbrar su fuente, y siento que su cinismo podría llegar a levantar algún día un muro entre los dos. Aun así, él se abandona a mi atención y parece valorar en mí cierta inteligencia que ni siquiera yo identifico.

–Marie –dirá, clavando en mí una mirada grave–: ¿Crees que el mundo es bueno o te parece fundamentalmente malo?

Sus preguntas son tan tímidamente filosóficas que apenas puedo contener la risa. Max carga con su conciencia como un niño que intentara arrastrar una gran silla, cuando yo he aprendido ya que esa es una carga que es mejor dejar aparcada a un lado. Sin una sola palabra, mi familia me lo ha enseñado a la perfección: en situaciones extremas, mi madre se va de compras y mi padre se sirve otra copa. A veces, se ponen elegantes y buscan un irreflexivo consuelo en misa.

Sin embargo, Max y yo tenemos una edad en que creemos en las soluciones y nos consideramos mejores que nuestros padres, así que por el bien de nuestra amistad insisto en confundirle aún más y trato de ofrecerle respuestas. Además, así puedo distinguirme de sus numerosos amigos. No soy una de los suyos, en raras ocasiones voy a las fiestas universitarias y me preocupa resultar para él menos deseable que las otras chicas que conoce; de modo que he decidido que nuestra compañía sea algo más elevado, una suerte de vínculo intelectual, y utilizo su ansiedad como una oportunidad para la intimidad.

–Hay bondad, hay amor, hay que creerlo... ¿Qué es lo que tanto te preocupa? Vivimos en casas agradables, llevamos ropa de abrigo, tenemos siempre comida.

Durante nuestros años en la universidad, las preguntas de Max se han hecho cada vez más sutiles y mis respuestas menos banales. Aun así, el núcleo de su sufrimiento no pierde fuerza. A medida que maduramos –y que también lo hace nuestra amistad–, debo reconocer que esta angustia no es una pose, sino que en cierto modo es para él algo fundamental.

Ni que decir tiene que he identificado al obvio culpable del primero e intento, con todo el tacto de que soy capaz, iniciar discusiones sobre el pasado de su familia. Aun así, sus respuestas me resultan bruscas y casi crueles.

–¿Alguna vez has pensado en ir allí?

–¿A París? Claro. De hecho, estuve allí el verano pasado.

–No, me refería a Auschwitz. ¿Alguna vez has pensado... bueno... visitar Auschwitz?

–¿Para qué? Probablemente no sea más que un campo con un puñado de barracones.

–Quizá descubrirías... bueno, quizá descubrirías algo.

–¿Y eso qué cambiaría?

–No lo sé –a falta de respuestas, le digo–: Leí en alguna parte que en los barracones... había un almacén donde guardaban toda la ropa y las cosas que recogían de la gente a su llegada... y los prisioneros llamaban «Canadá» al almacén... supongo que porque era un lugar de abundancia.

–Sí, yo también lo he leído –vuelve a guardar silencio y cambio de táctica.

–Debió de ser muy duro para tu madre.

–No lo sé. Probablemente casi no lo recuerde.

–Max. ¿Tu madre tenía diez años? ¿Doce?

–Sí, más o menos. Unos doce años.

–A esa edad nos acordamos de todo. Yo tenía trece años cuando nos marchamos de París y me acuerdo de todo. ¿Habla ella alguna vez de lo que pasó?

–Un poco, cuando yo era más joven. Ya conoces el discurso: que eso no debe volver a ocurrir y todo ese rollo.

–Para ella debe de haber sido terrible. Me refiero a perder a sus padres a los doce años.

–Sí.

Intento centrar a Max en este punto y guiarle con suavidad hacia algún atisbo de compasión por una pérdida que a buen seguro debe de durar toda la vida, pero él se niega a seguir abordando la cuestión. Me veo obligada a admitir que para él ella es simplemente la figura doméstica y familiar de su propia madre y que por tanto no puede adjudicarle la nobleza que yo le atribuyo sin tan siquiera haberla conocido.

En las raras ocasiones en que Max menciona voluntariamente a su madre, no habla de su historia sino de su presente encarnación, mencionando veladamente insistentes demandas y ultrajantes ansiedades.

«Mi madre ha llamado por teléfono...»

«Tengo que llamar a mi madre...»

Su tono apunta a una paciencia digna de un santo.

–Tu madre se preocupa por ti, Max. ¿Qué hay de malo en eso?

–Ya, bueno. Pues ojalá no lo hiciera.

Ahora hay fastidio e incluso desprecio en su voz.

«Mi madre quiere que me matricule en la facultad de Medicina.»

«No estoy seguro de querer estudiar medicina, pero mi madre...»

Parece exhausto.

–Tu madre solo quiere que tengas un buen trabajo, Max. Es normal.

–No, no es normal.

–¿Qué quieres decir?

Acorralado, encuentra un ejemplo con el que explicarse. Tras soportar una continuada presión por parte de sus padres, ha solicitado plaza en la facultad de Medicina de McGill y le han aceptado. Empezará sus estudios el otoño que viene. Cuando llamó a su madre para decírselo, ella anunció que era el día más feliz de su vida.

–¿El día más feliz de su vida?

–Sí. El... día... más... feliz... de... su... vida –pronuncia cada palabra por separado sin disimular su amargo sarcasmo.

–¿Por qué?

–No lo sé. Supongo que porque cree que ya no me moriré de hambre o algo así.

Me parece una peculiar elección: ¿acaso no fue el de su boda un día más feliz? ¿O el día en que nació Max? ¿Qué dirá si Max le da algún día un nieto? Las prioridades de su madre se me antojan extrañas e intento encontrar una explicación a sus afirmaciones hasta que, una vez más, llego a la conclusión de que debe de vivir atormentada por su pasado.

Max rechaza ese pasado, no tiene la menor intención de llorar a sus abuelos ni de admitir que lamenta no haberlos conocido. Aun así, conserva una gran herida y parece vivir bajo la sombra de lo ocurrido en el pasado. Sean cuales sean los sentimientos que provocan en él las pérdidas de su madre, dice que se está «adaptando a su judaísmo». Yo soy católica y no entiendo del todo lo que quiere decir.

\* \* \*

En la *salle des manuscrits*, el empleado norteafricano pasa por delante de mi mesa arrastrando los pies y suspirando, presa de alguna turbación oculta. Se detiene para asegurarse de que no haya a la vista ningún bolígrafo prohibido y acto seguido sigue lentamente su camino, ceñudo en su avance. Le veo marcharse y vuelvo de nuevo al Archivo número 263. En septiembre de 1897, madame Proust regresó a París después de pasar unas vacaciones con Marcel en Bad Kreuznach, el balneario alemán, y empezó a escribir en una nueva libreta. Proust trabajaba en aquellos años en una novela autobiográfica, una obra inmadura que más adelante abandonaría. Sin embargo, es sin duda el caso de «ese espía judío» lo que preocupará a la escritora de nuestro diario y a su hijo en los meses venideros.



PARÍS, 29 DE SEPTIEMBRE DE 1897, MIÉRCOLES

Dick ha convencido a Marcel de la inocencia de Dreyfus, y MarieMarguerite está de acuerdo con ambos. Según dicen, lo que ha provocado su arresto es un flagrante caso de ciego prejuicio. Marcel me confiesa que esta temporada le cuesta participar de la vida de los salones, pues se habla a menudo de Dreyfus, y en algunos se formulan repetidas denuncias contra los judíos. Dick dice que algunos estudiantes han empezado a susurrar a espaldas de uno de sus profesores, también judío. Los chicos no han abordado la cuestión con su padre, pues todos sabemos perfectamente que sus sentimientos apuntan en la dirección contraria. No puede creer que el ejército vaya a permitir semejante error judicial. A pesar de que desearía poder estar de acuerdo con él, pienso cada vez más en esa pobre alma encerrada en la isla del Diablo y en lo que debe de estar sufriendo. La alergia al polen de Marcel es más leve que la que le afectó durante la primavera, aunque sorbe y se frota los ojos sin descanso. Por curioso que pueda parecer, anhelamos más que nada la llegada del frío.

PARÍS, 21 DE OCTUBRE DE 1897, JUEVES

Marcel asistió a una cena extremadamente dificultosa en Passy el martes por la noche. Había ido con Lucien a visitar al conde de Montesquiou y estaban disfrutando inmensamente hasta que la conversación derivó hacia el caso Dreyfus. El conde está convencido de su culpabilidad y formuló cierto comentario sobre los judíos que Marcel, en un intento por no herir mis sentimientos, prefirió no repetir. Sea lo que fuere, sintió que no podía tolerar semejantes palabras y recordó al conde cuáles son mis ancestros. El conde, siempre presto a hacer hincapié en sus distinguidos antecedentes aristocráticos y quizá con la esperanza de cambiar de tema, respondió enumerando a sus propios ancestros, aunque acto seguido, entusiasmándose con la cuestión, concluyó que estaba orgulloso de poder afirmar que no había entre ellos ningún judío. Marcel se sintió aún más dolido por sus palabras y se quedó lo estrictamente necesario antes de retirarse. El pobre Lucien no sabía qué hacer y, como no deseaba mostrarse descortés con su anfitrión, Marcel le dejó allí y se marchó.

Adrien está encantado. Una de las publicaciones médicas que han llegado en el correo de la mañana contenía una magnífica reseña de su libro y ensalzaba en términos más generales su labor contra la enfermedad. La historia reconocerá sus esfuerzos y recordará su nombre.

PARÍS, 29 DE OCTUBRE DE 1897, VIERNES

¡He estado leyendo algunos fragmentos de *Jean Santeuil*! Marcel escribe en un francés tan absolutamente hermoso que estoy convencida de que algún día esta novela le reportará una gran reputación literaria. He disfrutado de los pasajes más exquisitos sobre nuestros veranos en Illiers. Marcel describe con precioso detalle cómo mezclar las fresas con la crema de queso, prestando especial atención al color. ¡Quizá se me recuerde en los anales de la literatura como madame Santeuil! Confieso que me he enfrentado a la lectura presa de cierta trepidación, como sé que lo hizo Marcel, puesto que la novela es en gran medida autobiográfica, aunque en el fondo el retrato que esboza es a fin de cuentas halagador. (O quizá Marcel simplemente no me esté mostrando los fragmentos que cree que pueden ofenderme. ¡Menuda ocurrencia!) La parte en que la madre resulta ligeramente bárbara es aquella en la que habla de la joven de la que Jean está enamorado.

Según el relato de Marcel, la madre insiste en que deje de visitar a la joven porque cree que su pasión le está enfermando, aunque lo único que consigue con ello es empeorar su estado mental.

Quizá me equivoqué poniendo fin al amor de Marcel hacia la joven Benardaky. A pesar de que en aquel momento se me antojaba del todo enfermizo, no hay duda de que mi censura no le ha curado de posteriores enamoramientos. De hecho, sus amores con las señoras no pasan de eso. Marcel ha descrito muy acaudalada a la familia de la joven, aunque, si mal no recuerdo, los Benardaky eran gente de lo más común, aunque ligeramente exóticos a causa del apellido y de todo eso. En fin, lo eran y probablemente sigan siéndolo todavía. Supongo que siguen viviendo en ese pequeño apartamentucho de la rue de Chaillot.

Pero me estoy extralimitando. Será la posteridad y no la madre del escritor quien juzgue una gran novela. Esta tarde he devuelto las páginas a Marcel y casi no he sabido qué decir, tanta es la emoción que inflama mi corazón. Solo le he dicho que algún día su padre se sentirá muy orgulloso de él.

PARÍS, 30 DE NOVIEMBRE DE 1897, MARTES

Tras la revelación de ayer, los periódicos siguen empeñados en negar la extraordinaria noticia. *Le Figaro* ha dado un auténtico golpe de efecto, por mucho que los demás se nieguen a admitirlo. Marcel se ha levantado inusualmente temprano (sospecho que, con la excitación, no ha logrado conciliar el sueño), y Dick y él se han pasado la mañana leyendo atentamente *Le Figaro*. Afortunadamente, el doctor no estaba en casa, aunque me pregunto ahora si podrá seguir afirmando que el ejército ha actuado con la mejor intención. La carta de Esterhazy es extraordinaria. ¡Y qué gran desprecio hacia Francia de parte de un oficial militar! Aunque ninguno de nosotros somos expertos en grafología, parece claro que fue él quien escribió también la nota a los alemanes. Al parecer, a pesar de que era cierto que había un espía en sus filas, el ejército había detenido al hombre equivocado. No hay duda de que Dreyfus volverá pronto a casa. Su pobre esposa debe de sentirse muy aliviada.

Georges vino a cenar el domingo y dice que van a prolongar la avenida Mozart hasta donde está la casa del tío, de modo que habrá que demolerla. Qué lástima que se pierda ese jardín. Aun así, llaman «progreso» a esta suerte de cosas.

PARÍS, 17 DE DICIEMBRE DE 1897, VIERNES

Adrien se ha puesto furioso con Marcel cuando le ha sorprendido dando a un apuesto cocheru una propina de diez francos. Han entrado al apartamento discutiendo sobre lo ocurrido. Marcel estaba arrepentido, pero su padre preguntaba de qué servían sus disculpas si hace lo mismo una y otra vez. Adrien estaba sobre todo alarmado por el hecho de que semejantes propinas lleven a los criados a creer que su trabajo no se limita solo a conducir el coche o a servir la comida, o a lo que sea. He hablado en otras ocasiones con Marcel al respecto y él siempre se ha mostrado mortalmente ofendido ante «mis insinuaciones». En cualquier caso, su discusión malbarató el placer que me causó ver de nuevo a Marcel saliendo de casa después de sus recientes ataques. Dick apareció en ese momento a tomar el té y se rio de lo ocurrido, diciendo: «¿Pero qué esperabais tratándose de Marcel?». Siempre encuentra el modo de apartarse de nuestras cuitas y parece considerar a su familia como poco más que un ligero entretenimiento. Aunque estoy siendo injusta: es un hijo profundamente atento. Ambos lo son.

A pesar de la evidencia presentada por *Le Figaro*, todo el mundo dice que Esterhazy será exculpado, de modo que nuestra alegría parece haber sido prematura.

PARÍS, 13 DE ENERO DE 1898, JUEVES

Lo de Zola es un acto de gran valentía. Esta mañana todas las calles se han hecho eco de ello y Jean no ha podido evitar enterarse de la noticia cuando ha salido a comprar el pan. Él mismo me ha traído el periódico durante el desayuno, al tiempo que decía con gran discreción: «Creo que esto interesará a madame». El titular es incendiario —«Yo acuso»— y la carta que lo acompaña aún más. Ha acusado abiertamente al ejército de haber condenado erróneamente a Dreyfus de espionaje, falsificando documentos para cubrir el error y absolviendo a Esterhazy del crimen por órdenes del Gobierno. Adrien se ha puesto furioso cuando ha visto *L'Aurore* y ha exigido saber cómo ha llegado a casa. No le he dicho que Jean lo trae a hurtadillas de vez en cuando, pues al parecer no podemos confiar en *Le Figaro* para estar al corriente de las noticias sobre el caso Dreyfus. Afortunadamente, Adrien no ha insistido en el asunto, sino que ha anunciado que el ejército debería denunciar a Zola por libelo. «Esta gente parece decidida a arruinar Francia», ha dicho antes de partir indignado hacia la facultad. En cuanto se ha ido, he despertado a Marcel, consciente de que la situación era lo bastante dramática como para que quisiera conocerla de inmediato. Se ha quedado realmente impresionado por el acto de Zola y se ha vestido apresuradamente para ir a casa de sus amigos a ver qué acción habían planeado. Con las prisas, se ha marchado llevando tan solo una simple bufanda, la que se pone sobre el abrigo, aunque sin nada más debajo, lo cual indica claramente lo excitado que está, pues normalmente se abriga con cuidado antes de salir. Esta mañana Dick se ha levantado y se ha marchado antes que el resto de nosotros, aunque sin duda se habrá enterado de la noticia en la calle. Por fin está ahí fuera. Se acabaron los susurros en los salones. Algo habrá que hacer.

PARÍS, 20 DE ENERO DE 1898, JUEVES

En efecto, el Gobierno ha acusado a Zola de libelo. Me cuesta creer que el presidente Faure permita un ataque de esta índole contra un hombre de letras tan distinguido, pero la noticia aparece en todos los periódicos de la mañana. Marcel está muy satisfecho y ha declarado que un juicio, aunque difícil para el propio Zola, quizá sea lo mejor. A fin de cuentas, para ganar un juicio por libelo el Gobierno debe probar que lo que dice Zola es incierto. «Quizá el juicio a Zola resulte ser un juicio renovado a Dreyfus», dice Marcel.

No he hablado en ningún momento del asunto con Adrien. Para él es fácil evitar a Dick, que está siempre fuera, y a Marcel, que todavía no se ha despertado cuando su padre desayuna y almuerza, y que ha salido con sus amigos o está secuestrado en su habitación cuando su padre regresa por la tarde, de modo que no necesita discutir las opiniones de sus hijos con ellos, y yo guardo silencio.

Desde provincias nos informan de levantamientos y de multitudes que arrojan piedras contra las ventanas de los comerciantes judíos.

PARÍS, 24 DE ENERO DE 1898, LUNES

Adrien se niega a hablar con los chicos. Esta petición ha desenmascarado el desacuerdo que mantiene con ellos. Los nombres de Dick y de Marcel figuran en las listas de intelectuales publicadas en *L'Aurore* y es ya imposible que sigan ocultando que son partidarios de Dreyfus y que él no. Marcel y Dick siguen ocupados recogiendo firmas: el comité espera con optimismo recoger diez mil nombres antes de que, en un plazo de dos semanas, dé comienzo el juicio a Zola. Piden que se repita el juicio a Alfred Dreyfus, nada más y nada menos. El propio Anatole France ha firmado, y Marcel sale a diario y se encuentra con sus amigos en los cafés para conseguir más nombres.

Todo estalló anoche, cuando Marcel y Dick llegaron a casa. De no haberme sentido tan turbada por las desavenencias que los separan de su padre, estaría encantada viéndoles trabajar en un proyecto común, pues normalmente pasan muy poco tiempo juntos. Dick tuvo el descaro de preguntar a su padre si quería firmar, y Adrien se volvió hacia mí y dijo: «Tus hijos saben cuál es mi opinión sobre esta cuestión. No pienso tener nada que ver con toda esta estupidez». Se marchó después a su estudio y pidió a Jean que le llevara una bandeja con la cena. Nunca le había oído reaccionar de un modo tan cruel y pomposo. Le he ocultado mis sospechas de que tanto Marcel como Dick están en el bando correcto, y he querido suponer que somos una familia en la que hay lugar para auténticos debates y que los desacuerdos intelectuales nada tienen que ver con la discordia familiar. Pero ya hemos llegado a nuestros límites en esta cuestión.

Fue George Sand quien escribió que las revoluciones han hecho que una mitad de Francia esté de duelo por la otra. Al parecer, tenemos una nueva revolución en ciernes.

PARÍS, 26 DE ENERO DE 1898, MIÉRCOLES

He desayunado sola esta mañana y al menos he dado gracias por ello. Los chicos han huido temprano a la calle y el doctor me evita también a mí. Estamos en el cuarto día de su gran campaña de silencio y los acontecimientos de ayer fueron tan dolorosos que me cuesta un gran esfuerzo describirlos.

Dick vino a almorzar a casa y, por una vez, Marcel se había levantado lo bastante temprano para unirse a nosotros, de modo que nos sentamos todos a la mesa *en famille* mientras Adrien se negaba a dirigirles la palabra. Insistió en esa ridícula fórmula por la cual los que se sienten insistentemente ofendidos afrontan la conversación con sus enemigos valiéndose de un intermediario. En el caso que nos ocupa, la intermediaria era yo. «Jeanne, te pediría que dijeras a tu hijo Marcel que, si almuerza tan solo media hora después de haberse levantado, debería comer más despacio.» O «Mi querida esposa, ¿serías tan amable de decir a Robert que no podré ofrecerle un asiento en mi coche cuando regrese esta tarde a la facultad?». (Marcel se sonrojó y dejó el tenedor en el plato, mientras que Dick replicó directamente que nunca había tenido el menor problema en tomar el ómnibus.)

Finalmente, no he podido soportarlo más y he intentado reconvenir al doctor sugiriendo que su campaña era insostenible y expresando amablemente la esperanza de que fuéramos una familia en la que haya espacio para el debate racional. Mi intervención no hizo más que espolear su ira, y replicó sin el menor asomo de amabilidad que, aunque yo considero que los argumentos en favor de Dreyfus son racionales, estos son en realidad emocionales y que no alcanzo a percibir el peligro político en el que han colocado al Estado francés. Acto seguido, explicó que aunque comprendía que los que profesan mi fe puedan sentir una profunda compasión por un correligionario... pero no logró terminar la frase pues no pude evitar exclamar que no estábamos hablando de religión, sino de justicia; Marcel y Dick se sintieron tan ultrajados por las palabras de su padre –o quizá avergonzados por la insólita ira de su madre– que se levantaron bruscamente de la mesa. Marcel salió del salón sin decir una sola palabra, mientras que Dick gritaba, antes de seguir a su hermano: «¿Cómo has podido, papá?».

Pues bien, me quedé a solas con el doctor, observándole horrorizada, por él y también por el modo en que este triste asunto nos está dividiendo.

«Tanto en la nación como en el hogar, la lealtad es la mayor de las virtudes», me dijo, y sentí la amarga ironía de sus palabras resonando en mis oídos mientras también yo salía de la habitación.

*J'Accuse*. El titular es sin duda incendiario, blasonado sobre la portada de *L'Aurore*. Supongo que el título fue idea de Georges Clemenceau –«el Tigre»–, el radical editor del periódico, y no una elección personal del propio Zola. Aun así, son sin duda las dos palabras más famosas que el novelista escribió en su vida. El documento que seguía al titular dividió a Francia en dos del mismo modo que lo hizo con los Proust. Tras un largo y ultrajado recital de los detalles del caso, Zola formula su argumentación. Después de citar a generales, mayores y coroneles por su nombre y apellido, acusa al ejército de un error judicial basado en una violación de los derechos humanos por condenar a Dreyfus según una evidencia secreta que le fue ocultada a su defensa. A continuación, acusa a los oficiales de un ocultamiento a gran escala que incluía documentos falseados e informes fraudulentos, obra de expertos grafólogos corruptos, y los acusa también de haber absuelto luego a Esterhazy cuando sabían que era culpable. El artículo de Zola ocupa seis densas columnas en la portada de *L'Aurore*: la letra es pequeña y abigarrada, cosa que convierte en un auténtico desafío leer la portada desde el otro lado de la vitrina del Hôtel de Saint-Aignan.

A pesar de que la Bibliothèque Nationale debe de disponer de un ejemplar de *L'Aurore* con fecha del 13 de enero de 1898 en algún rincón de sus cámaras, yo lo he encontrado aquí, en la exquisita mansión del siglo XVII que alberga el Museo Francés de Arte e Historia Judíos. En su día residencia de un aristócrata y después ayuntamiento del que en aquella época era el VIIème Arrondissement, el Hôtel de Saint-Aignan fue utilizado desde mediados del siglo XIX para albergar los talleres de los artesanos locales. Cuando el *affaire* Dreyfus estaba en plena efervescencia, esos artesanos eran judíos en su totalidad: el hotel está en el corazón del Marais, el antiguo barrio de la orilla derecha del Sena y

centro de los orfebres y plateros judíos de la ciudad. Muchos de los ocupantes del edificio desaparecieron durante la Segunda Guerra Mundial y, en 1962, la ciudad de París compró el Hôtel de Saint-Aignan y lo convirtió en este museo totalmente nuevo.

Eso fue lo que pude leer en mi guía Michelin antes de dirigirme hacia el Marais, creyendo que esa mañana me tomaría un descanso de mis traducciones y podría acercarme más a la rica cultura de la que había emergido Jeanne Proust.

Pasamos aún hoy por delante de un puñado de elegantes joyerías en el trayecto que separa el metro del museo. Para acceder al edificio es necesario cruzar una sala de seguridad intimidatoriamente antiséptica, que incluye pasar por un laberíntico detector de metales mientras un impassible guardia nos observa desde el otro lado de una doble pared de cristal. En París, los centros judíos son a menudo objeto de actos vandálicos y de ataques terroristas. Una vez dentro, deambulo por las distintas salas de arte y artefactos, admirando sin poner demasiada atención alianzas de boda italianas y una corona de Torah alemana, una lápida medieval, una cómoda artesonada del Renacimiento y un cuadro de Chagall. No tardo en llegar aquí y detenerme ante la muestra sobre el caso Dreyfus: contemplo la fotografía del inocuo hombre de mediana edad y anteojos falsamente acusado de espionaje y leo no sin cierta dificultad la portada de *L'Aurore*. Mientras algunos veían en el sionismo la solución al antisemitismo, el caso Dreyfus fue, según explica el texto de un pequeño panel adjunto, la oportunidad para que muchos judíos franceses reafirmaran su condición de republicanos perfectamente asimilados y respetuosos de las leyes (o quizá debería traducir más sutilmente esa última expresión por la de «ciudadanos leales a la Tercera República»). Eran distinguidos franceses y francesas; eran personas como la propia Jeanne Proust.

Me adentro aún más en el museo, siguiendo el curso de la historia hasta el siglo XX, y me encuentro con una exposición, todavía en preparación, sobre el destino de los judíos parisinos desde 1941 a 1945. En el centro de la sala algunas vitrinas siguen todavía vacías. A su alrededor, las paredes están cubiertas de fotografías: de individuos, familias, niños, grupos escolares, tenderos de rostro solemne posando delante de sus establecimientos, prósperos burgueses sonriendo amablemente a la cámara, un rabino con un sombrero negro del doble de tamaño que su pequeño rostro, una elegante mujer con su largo abrigo de piel, una nerviosa pareja vestidos de novios. En un panel situado al lado de cada una de las fotografías, todos los sujetos están identificados y sus historias, descritas. Una declaración de impuestos da prueba de que el tendero lleva ejerciendo su profesión en el establecimiento de la rue de Francs Bourgeois desde 1923. Un archivo familiar de la Prefectura de Policía del Sena da fe de que nació en 1892 en el XIème Arrondissement, que goza de libre ciudadanía francesa, que se casó en 1925 y que ahora vive en una dirección de la rue de Malte, antes de adjuntar al registro el nombre de su mujer y de sus hijos. Un archivo de Drancy apunta que llegó al campo en agosto de 1943 y que fue deportado seis semanas más tarde en el convoy número 27.

Viste delantal y posa orgulloso delante de la puerta de su tienda con los brazos cruzados sobre su amplio pecho, aunque, junto a su elegante figura, es otra la imagen que atrapa mi atención. La imagen muestra una fila de unos diez hombres bien vestidos, algunos tímidos, otros altivos, fotografiados en un patio. Debe de ser invierno, pues todos llevan abrigos de lana, algunos con cuello de piel.

Un par de ellos llevan elegantes sombreros de fieltro mientras que los demás exponen al frío sus cabezas de cabellos pulcramente cortados. El pie de foto explica que los hombres son miembros del cuerpo de abogados de París internados en Drancy en noviembre de 1942. A alguien se le ha ocurrido reunirlos y fotografiarlos a su llegada al campo –¿quizá en una muestra de inoportuno orgullo por su estatus profesional? ¿O quizá movido por una recreada victoria ante su humillación?–, y ahí están, con sus pasados prósperos, y sin duda más felices, visibles aún en su porte: un puñado de almas republicanas integradas y respetuosas con la ley que todavía no han sido víctimas del hambre, la desesperación y la muerte. Todos están identificados, valiéndose para ello de la misma suerte de archivos que se han utilizado para identificar al tendero. Entre ellos leo un nombre que reconozco: P. Bensimon.

La languidez en la que me ha sumido mi visita al museo se evapora de pronto y vuelvo mi atención, de nuevo despierta, hacia el texto del panel, buscando su nombre. Según explicita el texto, aunque no hay registro de su internamiento ni del de su familia en Drancy, el P. Bensimon de la fotografía es con toda probabilidad Philippe Bensimon, abogado parisino que, según las declaraciones de impuestos, nació en 1900 y vivía en el número 22 de la rue de Musset del XVIème Arrondissement con su mujer y su hija. Se desconoce su destino.

Frenéticamente, como si la fotografía y el texto pudieran desaparecer ante mis ojos, saco la libreta del bolso y busco con desesperación un bolígrafo. He metido uno esta mañana. Tengo que tener un bolígrafo. En este bolsillo no, aquí tampoco. Por fin lo encuentro, escondido debajo del cepillo del pelo. Abro la libreta y me pongo a garabatear furiosamente en ella.

CUANDO Daniel entró en la cocina a despedirse antes de salir, Sarah Segal estaba de pie delante del fregadero, lavando los platos del desayuno.

–¿A qué hora volverás?

–Debería estar de vuelta a las seis.

–No te retrases.

Daniel pasó por alto la admonición y la besó.

–Adiós.

–No te retrasarás, ¿verdad?

–Te veo luego –le gritó él por encima del hombro.

–Daniel...

La puerta de entrada se cerró y Daniel desapareció.

Una hora más tarde Sarah salió también de casa, emergiendo a un día en el que brillaba un sol deslumbrante y en el que se respiraba un aire nuevamente caldeado. La casa, situada en la zona norte de Toronto, en la que Daniel y ella vivían desde hacía cinco años, estaba construida según el estilo californiano: una gran construcción de dos niveles coronada por un amplio techo plano. A Daniel le había parecido la mejor opción (más fácil para Sarah y quizá más seguro para su matrimonio) vivir a cierta distancia de sus padres, de ahí que se hubieran trasladado al noreste de la ciudad y hubieran optado por ese barrio tranquilo tras haberse enamorado de aquella casa sorprendentemente moderna. La casa estaba encajada en una parcela en la que el fuego había destruido la construcción anterior, antes de la guerra, y el resto de la calle era más antigua, ocupada por estrechas casas de ladrillo rojo de dos y tres plantas al abrigo de la sombra de viejos arces. El reconfortante paisaje de Ontario que se extendía ante Sarah mientras recorría las cuatro manzanas que la separaban de Yonge Street le daba seguridad y calma: una amplia calle de asfalto liso y recién puesto, desprovista por completo de baches y de badenes que pudieran dificultar la conducción de quienes la recorrían en ambas direcciones con sus grandes sedanes americanos. Estaba flanqueada por dos aceras igualmente lisas en cuyos fragmentos cuadrados se había grabado la fecha de una reciente remodelación. Cada una de las pulcras construcciones estaba ligeramente retirada de la calle, dejando así espacio a una amplia extensión de césped cubierta ya de una densa capa de hierba, y los jardines delanteros incluían un árbol de grandes proporciones cuyas ramas se extendían hacia su vecino sobre el asfalto, creando una marquesina que en pleno verano cubriría la calle entera de una agradable sombra pero que ese día, mientras las hojas se abrían por fin en las ramas, proyectaban una refrescante luz moteada. Sarah caminaba, visiblemente alegre, al tiempo que repasaba mentalmente la lista de la compra, recordándose que debía hacer un alto en la farmacia para ocuparse de otros encargos.

Cuando dobló la esquina y salió a Yonge Street sintió que algo en ella se aceleraba y que era presa de un repentino cambio de humor, de pronto más profundo y menos reposado. El cambio tenía que ver con los árboles más pequeños de la calle, con las

afiladas sombras proyectadas por las delgadas ramas y las rejillas de hierro forjado que los rodeaban sobre la acera... o quizá fuera simplemente el calor del aire lo que provocó en ella un fugaz recuerdo de algo distinto, algo pasado o futuro. La embargó una pequeña premura, una *frisson* de anticipación que quizá no fuera más que un simple reflejo de la primavera.

Ese día de principios de mayo de 1964 había ocurrido un pequeño milagro: a la ciudad habían llegado los primeros espárragos blancos. En el pequeño colmado italiano en el que Sarah compraba cada vez con mayor frecuencia, el señor Lombardi le mostró los espárragos con tímido orgullo.

–*Signora*, tengo una sorpresa para usted –le indicó con un gesto un prominente mostrador acristalado, tomó un puñado de tallos gruesos y pálidos, y los sostuvo en alto para que ella pudiera inspeccionarlos.

–Oh –Sarah a punto estuvo de desmayarse al verlos–. Espárragos. Auténticos espárragos.

–Me ha parecido que le alegraría verlos.

–Señor Lombardi –Sarah guardó silencio, reprimiendo una emoción que le pareció fuera de lugar en un colmado–. ¿De dónde vienen?

–De Francia, y nada más que de Francia. Nos los envían por avión. Ya se pueden comprar en Nueva York, y ahora están intentándolo en Toronto. Quizá... ¿usted sabe por qué son blancos?

–Porque crecen bajo tierra. Los cogen antes de que puedan ver la luz del sol y volverse verdes. Y el sabor, el sabor es... recuerdo... –Sarah no pudo dar voz al recuerdo, y optó por ahuyentarlo con un gesto de la mano y una sonrisa–. Póngame tres manojos, por favor.

–Ya sabía yo que la *signora* entendería. Aquí la gente no sabe nada. Son unos estúpidos. No han oído hablar de ellos y se quejan de que son muy caros.

El señor Lombardi seleccionó con sumo cuidado tres de los mejores manojos y los dejó sobre el mostrador, junto a la caja.

–¿Qué más deseará hoy la *signora*?

Sarah seleccionó algunas judías verdes, una lechuga y una bolsa de naranjas y esperó a que el señor Lombardi sumara la cuenta a mano con un lápiz pequeño y grueso en un trozo de papel antes de marcar el total en la caja registradora.

Sarah recordaba todavía la fruta y las verduras de su infancia, y el mercado callejero donde su madre solía comprarlas a unos vendedores que hacían también sus sumas con un lápiz corto y grueso, que manejaban con una mano sucia y desgastada por el trabajo. A finales de abril o a principios de mayo, los primeros espárragos, recolectados antes incluso de que asomaran sobre el terreno para que su carne mantuviera una delicada palidez, hacían su debut bajo el sol renovado de una primavera parisina como una tímida debutante en un relumbrante baile. Durante dos breves y maravillosas semanas, los verduleros parecían no vender otra cosa, reuniendo doce tallos en un manojito y construyendo pirámides con ellos sobre los mostradores de sus improvisados puestos al tiempo que gritaban: *Les asperges, les asperges. Regardez mes belles asperges*. En casa,

la criada llevaba a la mesa un plato cubierto de ellos bañados en una salsa amarilla y espumosa elaborada a base de yema de huevo y de zumo de limón que *Maman* preparaba personalmente. Siempre insistía en hacerlo ella. *Papa*, que tomaba un blanco tallo de su plato para ejemplificar su declaración, repetía una vez más que la única forma de comer los espárragos era con los dedos, antes de metérselo en la boca, mordisquear la blanda punta y volver a sacar la punta más fibrosa entre los dientes para atacarlo de nuevo. Al deshilacharse y deshacerse en la boca, cada pieza revelaba alegremente a la lengua ese sabor indefinible e imposible de recordar de una primavera a la siguiente: un sabor exquisitamente delicado y enriquecido por las yemas de huevo batidas, y brusca y afiladamente vivificado por el zumo de limón.

En Toronto, mientras ponía todo su empeño en preparar sabrosas comidas a su marido, Sarah vivía una auténtica pesadilla a la hora de encontrar productos (pues ese era el triste término que utilizaban en el gran supermercado que tenía en su calle). Al llegar a la ciudad en plena guerra, Rachel había servido patatas, repollo, cebollas, zanahorias, nabos y chirivías durante el invierno y la primavera. Aunque siempre había manzanas, el resto de la fruta llegaba en lata y tan saturada de almíbar que eclipsaba el sabor que pretendía conservar. Brevemente, a finales de verano y a principios de otoño, había peras y melocotones, moras, tomates y una selección de vegetales verdes cultivados en las llanuras del Niágara, al sur de la ciudad y alrededor del lago. Las naranjas y los plátanos eran un auténtico festín; los pimientos verdes eran exóticos; los espárragos se vendían solo en lata y nadie había visto jamás una alcachofa.

Lo cierto es que era imposible vivir con esa dieta y, como era de esperar, al término de la guerra la oferta empezó poco a poco a ampliarse. Las naranjas de Florida y las bananas de Sudamérica podían por fin comerse a diario. Gracias a California había abundancia de lechugas en invierno. Y ese día habían llegado los espárragos blancos directamente en avión desde Francia.

El señor Lombardi depositó con sumo cuidado la fruta y la verdura en una bolsa de papel, se la dio a Sarah con ambas manos y se despidió de ella con una ligera inclinación de cabeza mientras la veía salir de la tienda. Sarah se detuvo después en la pescadería, donde se decidió por un lenguado muy caro para acompañar los espárragos, se acordó después de pasar por la farmacia, y regresó a casa para ordenar la compra y prepararse un almuerzo ligero. Esa noche cocinaría para Daniel una cena que emanaría la fragancia de la esperanza y de la primavera.

Daniel, mientras tanto, estaba sentado en la sección de archivos del edificio central de la Biblioteca Pública de Toronto, hojeando la letra B de la guía telefónica de París. De vez en cuando pedía a su secretaria que le bloqueara una hora adicional durante el almuerzo o a primera hora de la mañana para poder ocuparse de sus asuntos personales. Y es que, después de ocho años pasando consulta privada, el negocio empezaba por fin a dar sus frutos. Aunque en un principio hubo quien desconfió de ese nuevo rostro, dudando de que aquel muchacho pudiera ser realmente un médico competente por mucho que fuera hijo del doctor Segal, el cirujano que operaba en el Mount Sinai, algunos terminaron por tomar afecto al joven médico. Entendían que era un hombre

preparado y podían confiar en que, al menos, mantendría con vida a sus pacientes. Aunque los años en que Daniel tenía apenas clientes para llenar una jornada de trabajo, por no hablar de una semana, habían quedado atrás, todavía le resultaba bastante fácil encontrar un pequeño hueco en su agenda.

Nunca habló de esas pequeñas ausencias a Sarah. A pesar de que trabajaba en ese proyecto con el permiso de ella, no contaba con su participación activa, y le parecía que era mejor no informarle con excesiva regularidad de sus actividades hasta que pudiera mostrarle algún resultado. Llegó incluso a pedir a la señorita Beauséjour, la joven francesa que atendía en la consulta del doctor Whitting, que tradujera las cartas que escribía, para evitar así alimentar las expectativas de Sarah o remover sus recuerdos. «*Cher monsieur: Je vous écris de la part de ma femme...*»

Terminó en la biblioteca, regresó a la consulta para atender al paciente de las 2:15 que sufría asma, y pasó el resto de la tarde con saludables bebés de varias edades. Dejó la consulta a tiempo para tomar el metro de las 5:30 en dirección norte y llegó puntual a casa, exactamente a las seis menos diez.

–Oh, qué bien que estás en casa, Daniel. ¿Dónde tienes la chaqueta?

Sarah parecía sorprendida al ver aparecer a su esposo en mangas de camisa. Daniel se miró los brazos.

–Supongo que la he olvidado en la consulta. Hace calor.

–Pero todavía no ha llegado el verano. En esta época del año uno nunca sabe cuándo va a refrescar de improviso. Y qué pensará la gente... un médico en mangas de camisa. No está bien.

–Pensarán simplemente que hace calor esta tarde.

–¿Qué harás mañana por la mañana? ¿Qué te pondrás para ir a la consulta? Oh, pero si acababa de llevarla al tinte.

–Bueno, puedo ponerme la de cuadros y traer la otra a casa cuando vuelva por la noche.

Daniel había empezado a preguntarse si no se habría olvidado la chaqueta en la biblioteca y en silencio empezó a planear cómo pasaría a buscarla en uno o dos días sin que Sarah volviera a reparar en su ausencia.

–¿Qué hay para cenar? –preguntó en un intento por distraerla.

–Pescado. He preparado lenguado... y una sorpresa. Una delicia. Mira... –Sarah cogió uno de los espárragos blancos de la tabla de cortar en la que había estado tallando cuidadosamente los extremos más gruesos con un pelador de zanahorias.

–¿Qué es?

–Un espárrago. Un espárrago auténtico. De los blancos. Vienen de Francia. El señor Lombardi los tenía en su tienda esta mañana y no he podido resistirme. Cuando era niña los comíamos a menudo...

–Pondré la mesa –respondió Daniel, cogiendo los cubiertos.

–Oh, no. Pon los cubiertos de pescado –dijo Sarah con cierto asomo de irritación, alcanzándole para enseñarle los utensilios que quería.

Sentados a la mesa, Sarah intentó quitarse de la cabeza la cuestión de la chaqueta perdida mientras Daniel se esforzaba por apreciar el sabor de la cena especial, y pasar así la noche en tranquila compañía. Sin embargo, distraída por sus pequeñas

preocupaciones, Sarah había olvidado decirle lo que realmente la preocupaba. Se acordó de ello esa noche cuando ya se habían acostado.

–¿Daniel?

–Hmmmm...

–Este mes se me ha retrasado tres días.

Después de ocho años de matrimonio, Daniel era muy cauto a la hora de alimentar las esperanzas de ambos.

–Ya veremos, cariño. Ya veremos –le tomó la mano, la estrechó y la soltó antes de volverse de espaldas para conciliar el sueño.

Aproximadamente cuatro meses después, una tarde de finales de verano, Sarah cortaba con esmero unos tomates de mesa en traslúcidas rodajas con el cuchillo más afilado que tenía en la cocina cuando sonó el teléfono. Era septiembre y el señor Lombardi había puesto ya a la venta con orgullo unas cestas de mimbre llenas de grandes tomates de la zona. Cada uno de ellos era un globo perfecto de color rojo intenso cuya anhelante pulpa amenazaba con brotar violentamente bajo el botón verde que lo coronaba. Su sabor combinaría acidez y dulzura a la perfección; la textura equilibraría una complaciente firmeza con una embriagadora blandura. Esa mañana, Sarah había escogido con detenimiento los frutos de las cestas, seleccionando los especímenes más redondos y maduros para la cena de Daniel.

Sarah y el señor Lombardi estaban cada vez más de acuerdo en la importancia de la fruta de temporada. En un primer momento, cuando las maravillas de California, de Sudamérica e incluso de Sudáfrica y de Europa habían empezado a aparecer en el supermercado, Sarah las cogía y las metía sin dudarle en su bolsa de la compra. Sin embargo, a menudo se sentía decepcionada: su sabor dejaba mucho que desear. Aunque jamás se lo dijo al señor Lombardi, los espárragos que conservaba en el recuerdo tenían un sabor más fragante que los que el tendero le había vendido la primavera anterior. Era como si en cierto modo su sabor se hubiera disipado durante el vuelo trasatlántico. En el supermercado, las grandes fresas californianas podían ya encontrarse en el mes de abril, dos meses antes de que aparecieran las locales, pero eran acuosas y poco consistentes. Los tomates podían comprarse en cualquier época del año, aunque estaban duros y todavía verdes, y cuando Sarah intentó madurarlos en el alféizar de la ventana, descubrió que simplemente su textura se tornaba más leñosa. Nadie más parecía reparar en ello o darle la menor importancia, pero Sarah no se conformaba. Se había convertido en una gran experta en las estaciones, y en la cliente que el señor Lombardi más apreciaba, y sabía que era justo en esa época, en agosto y septiembre, cuando los tomates merecían la pena: cortados en finas rodajas y aliñados con una pizca de sal.

No obstante, cuando cortó el primero, no estaba del todo concentrada en la tarea que tenía entre manos, sino distraída imaginando que recibía una llamada de la policía.

–¿La señora Segal? ¿Es usted la esposa del señor Daniel Segal?

Sarah daría una respuesta educadamente afirmativa.

–Siento decirle que ha ocurrido un accidente...

Sarah conservaría la calma. Después, la gente lo comentaría, admirando su

autocontrol. Mantendría la calma mientras le comunicaban la noticia, iba en coche al hospital y corría hasta la cama de Daniel.

Eran las 18:40 y Daniel llegaba a cenar con diez minutos de retraso. Sarah estaba preocupada. Daniel ponía todo de su parte para no llegar nunca tarde. Sabía cuánto la molestaba cualquier demora, pues provocaba en ella preocupación. Sarah siempre se temía lo peor. De ahí que, a fin de combatir sus temores, jugara a veces a ese pequeño juego mental: imaginar lo peor. A Daniel le había atropellado un coche cuando cruzaba la calle a la salida de la consulta y en ese momento estaba ingresado en algún hospital del centro. O quizá el metro en el que viajaba había descarrilado y Daniel formaba parte del enmarañado caos de pasajeros mientras las ambulancias acudían a la escena del accidente.

Sarah había descubierto que en la vida las cosas no eran exactamente como uno las imaginaba. Sin ir más lejos, había ensayado mentalmente y por anticipado el día de su boda durante todo un año para descubrir que el acontecimiento real nada había tenido que ver con sus fantasías: un borrón de luz y de oscuridad, de frío y de calor, de dolor y de alegría, muy poco parecido al sereno desfile que había anticipado. Aplicando esa misma lección a los días más tristes o simplemente más mundanos de su calendario, calculó que, si lograba imaginarse el accidente de Daniel con macabro detalle, hallaría a buen seguro una explicación distinta a su retraso. Aun así, el juego no siempre lograba su objetivo, pues Sarah poseía una poderosa imaginación y en ocasiones lo único que conseguía enfrentándose a sus temores era alimentarlos. De todos modos, la alternativa, esto es, una mente plácida y vacía, capaz de tomarse las cosas como venían –y solo cuando venían–, escapaba por completo de su alcance.

Ese día el juego estaba saliéndole bastante bien: mientras entretejía su conversación con la policía con lo que a su entender era una abundancia de detalles realistas, sonó el teléfono, despertándola tan bruscamente de su ensueño que su mano resbaló y el cuchillo se deslizó sobre la primera falange del dedo corazón de su mano izquierda. Sarah se estremeció y jadeó a la vez, llevándose instintivamente el dedo a la boca. El sabor de la sangre resultó agradablemente metálico, pero la cantidad se le antojó cuanto menos alarmante. El teléfono seguía sonando. Sarah se volvió, sin saber muy bien qué hacer, al tiempo que el pánico se apoderaba de ella. El teléfono insistió y Sarah se dio cuenta de que tenía la boca llena de sangre. El teléfono sonó una vez más. Ella se volvió, cruzó la cocina y descolgó el auricular con la mano ilesa.

–Hola, soy yo...

Sarah, que seguía con el dedo sangrante en la boca, gimió en el auricular como un animal herido.

–¿Sarah?

Sarah volvió a gemir, esta vez viendo que la sangre le manchaba la barbilla.

–¿Sarah? ¿Eres tú? ¿Qué ocurre?

Por fin, se quitó el dedo de la boca.

–Estoy sangrando –liberada por fin de la succión que aplicaba sobre ella con la boca, la herida había empezado a sangrar más profusamente y la sangre goteaba ya sobre la mesita del teléfono.

–¿Sangrando? Bueno, eso es... –Daniel guardó un instante de silencio, entendió que

quizá había comprendido mal y reculó—. ¿Qué quiere decir que estás sangrando?

—Hay sangre por todas partes, Daniel. Tú no llegabas y me he puesto a cortar tomates y se me ha resbalado el cuchillo... —iba alzando cada vez más la voz con cada queja.

—¿Te has cortado?

—El dedo. Estoy sangrando. Hay tanta san...

—Intenta calmarte, Sarah. Es solo el dedo. ¿La sangre sale a chorro?

A fin de cuentas Daniel era médico.

—No, pero hay mucha.

—Ya, bueno, hay mucha, pero si te hubieras cortado un músculo o hubieras tocado hueso no estarías hablando conmigo.

—Pero sangra...

—Deja el teléfono encima de la mesita y ve a buscar un trapo. Enróllatelo en el dedo y asegúrate de que quede bien sujeto y de que apriete bien el dedo. Luego vuelve, ¿de acuerdo? ¿Puedes hacerlo por mí?

—Lo intentaré.

La línea quedó en silencio mientras Sarah seguía las instrucciones de su esposo.

—De acuerdo. ¿Todo controlado?

—No lo sé. Ahora no lo veo porque está cubierto por el trapo —habló visiblemente malhumorada.

—Bien, mantenlo así hasta que llegue a casa. Te llamaba para decirte que me retrasaré. La señora Katz ha aparecido en la consulta a las seis, suplicándome que la atendiera. Su pequeño sigue con los cólicos y ella está fuera de sí. En cualquier caso, estoy a punto de salir. Llegaré dentro de veinte minutos. Quédate quieta y te vendaremos el dedo en cuanto llegue.

—Veinte minutos. ¿No podrías tomar un taxi? Sigo sangrando. La sangre ha empapado la toalla. Daniel...

—Intenta calmarte. Llegaré lo antes que pueda.

Daniel normalmente dejaba su Ford 1958 en el garaje, reservándolo para los recados y las visitas del fin de semana, y tomaba el metro para recorrer las escasas tres paradas de Yonge Street que separaban la consulta de su casa. Esa noche, tras desestimar preocupadamente el gasto adicional por considerarlo necesario a tenor de las circunstancias, paró un taxi delante de la clínica y llegó a casa diez minutos más tarde. Corrió a la cocina y encontró a Sarah sentada todavía junto al teléfono, acunando sobre su regazo la mano envuelta en el trapo manchado. Daniel fue en busca del botiquín del cuarto de baño, le vendó el dedo —de hecho, era un corte bastante pequeño que para entonces había dejado de sangrar—, le lavó la sangre que tenía alrededor de la boca y la instaló en el salón con una taza de té mientras él calentaba los restos de sopa para la cena y terminaba de cortar los tomates.

—Daniel... —le llamó Sarah desde el salón—. Echa un poco de sal a los tomates, ¿quieres? Saben mejor con un poco de sal. No mucha. Apenas una pizca. El salero está en el alféizar.

Daniel suspiró, cogió el salero y siguió las instrucciones de su esposa.

Esa noche en la cama, cuando Sarah por fin se durmió con la mano herida sobre una almohada que él le había llevado porque ella se quejaba de que el dedo seguía doliéndole,

Daniel llegó a la conclusión, como le ocurría cada vez más a menudo, de que no había sido un buen día.

Los días buenos eran aquellos en los que no ocurría nada que turbara a Sarah: cuando no se cortaba el dedo, ni se torcía un dedo del pie o se resfriaba, o simplemente creía estar resfriándose. Eran esos días en que Sarah encontraba en el supermercado todos los ingredientes que necesitaba. El día en que ningún cartero nuevo, esto es, un cartero al que ella no hubiera reconocido, aparecía para entregar un paquete, obligándola a llamar a Daniel a la consulta para preguntarle si debía o no abrir la puerta al desconocido; o cuando estaba en mitad de su ciclo, de modo que ni el preocupante retraso del período, ni su decepcionante llegada y tampoco los calambres que a veces lo acompañaban, la molestaban; o cuando no había leído algún artículo en el periódico que predecía un mal augurio para la economía, u otro que insistía en que había demasiados médicos en la provincia de Ontario para que todos pudieran trabajar. O un día en que Sarah no estuviera preocupada por la posibilidad de una guerra nuclear. Esos eran los días buenos.

Era el propio Daniel quien había concedido a Sarah el lujo del miedo.

A sus treinta y tres años, a Sarah le resultaba imposible creer que en su día hubiera sido una joven capaz de comprar un pasaje a Europa, viajar en barco a Francia sin compañía alguna y pasar semanas sola buscando información sobre el paradero de sus padres. A pesar de que fuera de casa era normalmente una mujer de una gran compostura –de hecho, el leve halo de retraimiento que mostraba hacia los acontecimientos que ocurrían a su alrededor provocaba a menudo que los demás vieran en su actitud la de una esnob–, desde que había conocido a Daniel el valor interno había dejado de ser necesario, pues formaba parte del territorio de Daniel. Poseedor de una calmada seguridad en sí mismo, le habían educado para ayudar a los demás, y había hecho de ello su deber y su alegría, y en los años de la posguerra, cuando los oficiales de inmigración empezaron poco a poco a aceptar a los refugiados europeos, a los que en su día habían mantenido arrinconados, no parecía haber una persona más indicada a la que ayudar ni muchacha más delicada a la que amar que la callada y resoluta Sarah Simon. La quebrantada historia de la joven resultaba inmensamente atractiva a ojos de Daniel y anheló sanarla con la misma certeza con la que curaría los dolores de garganta y los huesos rotos de sus pacientes.

A la mañana siguiente del día en que Sarah se había cortado el dedo, Daniel salió temprano de casa, tomó el metro hasta King Street y se unió a una pequeña cola delante del mostrador de información del consulado alemán. La cola avanzaba con rapidez. Al otro lado del mostrador, un funcionario dispensaba solicitudes de visados y folletos turísticos con rápida precisión, hasta que le tocó el turno a la joven que estaba delante de Daniel. Estaba a punto de viajar a Alemania con un visado de estudios, o al menos eso fue lo que Daniel pudo colegir de la mitad de la conversación mantenida en inglés, pero como la muchacha parecía empeñada en demostrar al funcionario de aspecto aniñado que hablaba alemán, expresando a trompicones sus requerimientos a pesar de las respuestas en impecable inglés del oficial, la transacción llevó más tiempo del necesario. Por fin la muchacha consiguió la información sobre las vacunas e inoculaciones requeridas –los términos para el tifus y la difteria le resultaron esquivos– y se marchó, no sin antes dar las gracias al oficial por su amabilidad, de asegurarle en inglés que estaba

deseosa por emprender su viaje y de despedirse con un alegre *auf wiedersehen*. Daniel avanzó entonces hasta el mostrador.

–Quería solicitar cierta información...

Su voz sonó demasiado alta en el reverberante vestíbulo delantero del consulado. Daniel vaciló, se aclaró la garganta y volvió a intentarlo, aunque esta vez con un tono de voz más suave, aunque no exento de decisión.

–Busco información sobre indemnizaciones para víctimas de la guerra.

–Sí, señor. Le traeré los formularios. Espere un minuto, si es tan amable.

El oficial se volvió hacia un armario que tenía a su espalda, abrió un cajón y empezó a rebuscar entre distintas carpetas. Al parecer no conseguía encontrar lo que buscaba, de modo que, tras volverse hacia Daniel e indicar con un gesto que tardaría un instante más, se dirigió hacia una puerta cerrada, llamó y entró. La mujer que estaba de pie detrás de Daniel en la cola movió impacientemente los pies. Alguien tosió. Un par de minutos más tarde, el oficial volvió a aparecer con una colega mayor que él, una mujer de mediana edad vestida de un severo tono gris. La mujer se dirigió hacia el mostrador e inclinó la cabeza para hablar con Daniel.

–La persona que va a cursar la solicitud, es decir... –su voz, que ya entonces era apenas audible, se desvaneció.

–Mi esposa –la apremió Daniel.

–Sí, su esposa. ¿Es...? ¿Era...? ¿Perdió alguna propiedad? ¿Fue internada?

–Sus padres murieron en los campos.

–Sí, pero entiendo que también a ella la internaron, ¿no es así?

–No, ella logró escapar. Huyó aquí, a Canadá.

–Ah, en ese caso es hija de una víctima –la mujer se volvió hacia el mismo armario en el que su colega había estado buscando, sacó una carpeta y se la enseñó a Daniel–. Son estos formularios –acto seguido regresó al mostrador y se dirigió delicadamente a Daniel–. Puede rellenar una de estas solicitudes, pero debo advertirle de que el Gobierno alemán está pagando indemnizaciones a los herederos de las víctimas en no muchos... hum... en un número muy limitado de casos. La mayor parte del dinero se destina a los supervivientes. Lea la solicitud, ¿de acuerdo? Y si desea más información, puede llamarnos por teléfono. El número está impreso en la solicitud. Aquí. O también puede... puede pedir información al Congreso Judío Canadiense. Ellos también tramitan estas solicitudes, ¿de acuerdo?

Daniel asintió, aunque ya conocía ese dato. Las oficinas del Congreso estaban situadas en la zona alta de la ciudad, al oeste de su casa, y tendría que coger el coche para ir hasta allí. El consulado le quedaba más a mano. No sin cierto asomo de desafío, había decidido que no había motivo alguno para que lo evitara.

La mujer prosiguió.

–Además, señor, debería saber que el Gobierno alemán ha anunciado una fecha límite para todas las solicitudes. El plazo termina el año que viene –la mujer parecía querer disculparse por algo con su sonrisa cortés y levemente vacilante–. El programa lleva ya en activo más de diez años.

–Sí, me he enterado de lo del término del plazo.

Y esa era precisamente la razón que explicaba la presencia de Daniel en el consulado.

La semana antes se había fijado en una historia que había aparecido publicada en el *Canadian Jewish Chronicle* según la cual el Gobierno alemán estaba firmemente decidido a mantener la fecha límite del 31 de diciembre para las solicitudes dirigidas a sus fondos destinados a indemnizaciones. Si Sarah quería cursar su solicitud, no podía demorarla más. Daniel no recordaba cuánto tiempo hacía que estaba al corriente de las indemnizaciones –debía de haber oído hablar de la provisión de fondos alemanes más o menos en la fecha en que había tenido lugar su boda con Sarah–, y muy poco después de casados había apremiado a Sarah para que cursara una solicitud. Ella se había negado discretamente.

–No necesito la caridad de los alemanes –había dicho, zanjando el tema con una mirada de frío orgullo que en ocasiones asomaba a su rostro cuando sentía que alguien se mostraba condescendiente o despreciativo con ella, y que Daniel había llegado a odiar. Aunque la cuestión había quedado así inconclusa, Daniel había vuelto a apuntar el tema el año anterior, convenciéndola para que le permitiera empezar a investigar qué había sido de la propiedad que los padres de Sarah tenían en Francia. No había sido tarea fácil: Sarah no tenía su partida de nacimiento, y mucho menos registros bancarios o documentación de la compañía de seguros, y no sabía si sus padres eran los dueños del apartamento de París o si lo alquilaban. Había concedido pasivamente su autorización –«Si crees que merece la pena, cariño...»– al proyecto francés de Daniel, quien no había tenido el valor de abordar de nuevo la cuestión de las indemnizaciones alemanas. Daniel había acometido este asunto sin contar con ella, pues consideraba que, si finalmente averiguaba que merecía la pena que Sarah cursara su solicitud y que podían ofrecerle una suma concreta, quizá ella cambiaría de opinión. Cogió la solicitud, dio las gracias a los dos funcionarios alemanes y salió del consulado hacia su consulta justo a tiempo para atender al paciente de las 9:45.

Mientras tanto, Sarah intentaba aparcar el coche delante de un parquímetro de Bloor Street, pero había calculado mal el ángulo y se había encontrado con que la rueda posterior derecha golpeaba contra la acera. Frustrada, volvió a salir a la calle al tiempo que intentaba recordar lo que Daniel le había dicho sobre algo que debía aparecer o desaparecer en el espejo retrovisor, aunque no consiguió pillarle el truco y volvió a dar con la rueda contra el bordillo. Azorada, se dio por vencida, abandonó la plaza de aparcamiento y encontró otra a dos calles de allí en la que no tenía ningún coche delante, de modo que pudo meterse directamente de frente. Bajó entonces del coche, intentó descifrar las instrucciones del parquímetro para poder calcular la tarifa correspondiente, se decidió por una moneda de diez céntimos, que cogió del monedero e introdujo en la ranura. Acto seguido echó a andar las tres calles que la separaban de su destino, con tiempo aún de llegar a su cita de las diez en la peluquería.

Mientras caminaba, se alisó la falda con la mano izquierda y distraídamente se percató del modo en que la leve aspereza de la lana se frotaba contra la tela del vendaje que Daniel le había puesto en el dedo la noche anterior. Se trataba de uno de esos vendajes modernos e impermeables hechos de plástico y no de tela. Últimamente todo era de plástico. Respiró despacio y dejó que la frustración provocada por las dificultades en la maniobra de aparcamiento la abandonara a fin de poder entrar en la peluquería dando muestras del mayor grado de compostura, pues nada era más fácil que sufrir el desaire de

una peluquera, y llegar acalorada y molesta no era desde luego la mejor forma de aparecer en el salón. Dejó que su mente flotara un poco sobre la calle y fue entonces cuando se dio cuenta de que la luz había vuelto a aparecer. Esa luz clara. Sí, una leve sombra de gelidez impregnaba el aire. La humedad que durante todo el verano coronaba la ciudad de Toronto había desaparecido y esa nueva claridad pareció invadir el alma de Sarah, inflamándola de blandas esperanzas, infringiéndole un dolor minúsculo y agudo, haciéndola avanzar y retroceder a la vez, apartándola del presente y depositándola en un lugar que era pasado y futuro al mismo tiempo. Se detuvo durante un instante, cerró los ojos, volvió a abrirlos y, barriendo mentalmente la sensación que acababa de embargarla, dio los últimos tres pasos que la separaban de la peluquería y empujó la puerta.

Esos pequeños episodios eran frecuentes en su vida. Si bien sabía racionalmente que vivía en Toronto y que viviría allí hasta el fin de sus días, era asimismo incapaz de creer que jamás regresaría, si no al lugar de su infancia, sí a ese tiempo. Le costaba creer que el pasado hubiera quedado zanjado y que esa era, sobre todo para ella, una experiencia sensorial. Poco después de su llegada a Canadá, se había dado cuenta de que la luz y la temperatura mostraban una relación opuesta a la que tenían en Francia, donde el sol provocaba calor y las nubes, frío. Durante el invierno de Toronto, cuando brilla el sol y el cielo es azul y sin nubes, los oriundos llevan sombrero y se ponen una bufanda sobre el cuello del abrigo, pues el termómetro ha descendido hasta muy por debajo de cero. Sin embargo, los días nublados son más calurosos. Son esos días en que las nubes aíslan la ciudad del aire procedente del Ártico, que permanece a gran altura. En primavera, la atmósfera se despeja brevemente, pero en junio, cuando llega el auténtico calor, desciende un velo sobre Toronto y la atmósfera se vuelve húmeda y velada, y así sigue durante el resto del tórrido verano.

Poco a poco, Sarah había logrado reconocer e incluso habían llegado a gustarle esos efectos de luz y temperatura tan típicamente canadienses. Conocía bien esos días de principios de verano en los que el cielo es inmenso, las algodonosas nubes se ciernen, inmóviles, en las alturas y el verde del césped y de los márgenes es tan intenso que parece irreal. O, sentada en casa hacia el mediodía de un soleado día de febrero, había logrado familiarizarse con el particular olor y el color del calor, ligeramente impregnado de un amable olor a polvo y aun así resplandeciendo con una luminosidad en nada parecida a la atmósfera que lo envuelve cuando sale de los conductos de ventilación para calentar la casa.

No obstante, si al salir a la calle una mañana de mayo ligeramente calurosa reparaba en la sombra de un árbol, afiladamente perfilada por el sol renovado de la primavera; si al pasar bajo las amplias ramas de un castaño en octubre su zapato tropezaba con una lustrosa castaña, haciéndola rodar por el suelo; si al entrar en el metro la saludaba un chorro de aire caliente; o si, como le había ocurrido ese día, percibía cierta extraña cualidad en la luz ante el primer asomo del otoño, la agonía del recuerdo le atravesaba el corazón, obligándola a detenerse sobre sus pasos, y se quedaba inmóvil durante un instante con los ojos firmemente cerrados, hasta que se sentía lo bastante fuerte como para seguir adelante. La primavera en los bulevares, el otoño en el Bois, el sol de finales de verano, el olor a hollín del metro... ese era el paisaje y los olores del mundo que había perdido.

En el presente que tenía en Toronto, la vida de Daniel, la casa y las compras, algunos amigos, los encuentros con Clara y con Lionel y con los hermanos de Daniel y sus esposas, las visitas a la biblioteca, a la peluquería, a la sinagoga algunos sábados... en esa vida, el mes de noviembre se había convertido para Sarah en su favorito... por perversas razones. Era el mes en que el dolor por fin había pasado, la luz no podía seguir hiriéndola con su intensidad, con su difusa familiaridad ni tampoco con su desagradable novedad; el aire no la llenaba ya de nostalgia ni de anhelo. Tras la promesa de mayo y la decepción de septiembre, era un tiempo neutro en el que no se sentía atormentada por las comparaciones y que le permitía refugiarse en casa, en un estado de amnesia sensorial, y vivir inconscientemente durante un tiempo.

Una mañana de ese mes de noviembre, durante el desayuno, se sintió lo bastante tranquila como para decir despreocupadamente a Daniel, mientras le veía meter apresuradamente unos documentos en su maletín:

–¿Has tenido noticias de Francia?

–No, ninguna –fue la única respuesta de Daniel.

Esa mañana, en su consulta, Daniel encontró un gran paquete procedente de la Sociedad por la Lucha para la Obtención de Indemnizaciones Materiales de Judíos contra Alemania, una organización con sede en Nueva York. Se trataba de la Asociación de Lucha para la Obtención de Indemnizaciones a la que el Congreso de Judíos Canadienses le había remitido, y el sobre estaba lleno de información sobre el proceso de solicitud de indemnizaciones. Cómo encontrar partidas de nacimiento extraviadas. Cómo conseguir certificados que establecieran presuntas muertes. Cuándo contratar a abogados locales. Cómo abordar a los bancos. Quién podía ser candidato a recibir indemnizaciones del Gobierno alemán. La información incluía una copia de la solicitud que Daniel ya había obtenido en el consulado alemán y que seguía, todavía sin rellenar, entre las carpetas de su consulta.

Fue en febrero, tres meses después, cuando recibió una respuesta personal de la Sociedad de Indemnizaciones en la que se le aconsejaba sobre el caso de Sarah. La respuesta le esperaba en la consulta un martes por la mañana cuando llegó al trabajo. Podría haberla recibido el día anterior, pero no había pasado por la consulta el lunes. A pesar de que le había costado Dios y ayuda poder aparecer en la consulta el martes, se había arrastrado hasta allí. Había guardado cama los tres días anteriores, intentando recuperarse de una lumbalgia que había contraído el sábado por la mañana mientras apartaba el hielo de la cochera con una pala para poder asistir a la sinagoga. Sarah y él iban a la *shul* de vez en cuando, pues a los padres de Daniel les gustaba verlos allí, aunque, si siguieran los preceptos, deberían haber dejado el coche en casa ese día. Lionel y Clara siempre iban a pie, por mucho frío que hiciera. Claro que vivían cerca del templo. Sin embargo, como muchos de los miembros de una congregación que con el tiempo se había ido repartiendo por la ciudad, Sarah y Daniel se habían mudado de casa, y así, cuando años atrás el rabino Cohn se jubiló, su sucesor se apresuró a convenir que estaba permitido conducir durante el Sabbath, al menos para asistir a la *shul*. Eran muchos los que ya lo hacían. De ahí que Daniel se hubiera puesto a apartar la nieve del camino de acceso a la casa cuando sintió el crujido en la espalda.

Sarah estaba todavía ocupada en el cuarto de baño del piso de arriba cuando Daniel

subió cojeando los escalones que llevaban a la entrada, abrió de un empujón la puerta y gritó:

–Sarah. Baja a ayudarme.

Sarah tenía el grifo abierto y no le oyó.

–¡Sarah! –gritó Daniel, empezando a desesperarse–. Baja. Me he hecho daño en la espalda.

–¿Qué? ¿Eres tú? –Sarah asomó la cabeza por la puerta del baño y gritó hacia las escaleras–: ¿Has podido poner en marcha el coche?

Aunque la noche anterior había nevado copiosamente, el cielo estaba despejado esa mañana y la temperatura había caído en picado, haciendo que la ciudad tuviera que excavar para abrirse paso por sus calles en gélidas condiciones. El termómetro que Sarah tenía al otro lado de la ventana de la cocina marcaba 18 grados bajo cero.

–No es el coche. Soy yo. Baja a ayudarme. Me he hecho daño en la espalda.

Al oír la palabra «daño», Sarah bajó corriendo las escaleras.

–Santo Dios. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

Daniel se había arrodillado en el suelo del vestíbulo y estaba apoyado contra el pequeño banco en el que ambos se sentaban para ponerse y quitarse las botas en invierno. No había cerrado del todo la puerta de entrada y cuando Sarah se acercó corriendo hasta él, un viento glacial sopló desde fuera y la habría abierto de par en par de no haber estado bloqueada por el cuerpo de Daniel.

–Daniel. No has cerrado bien la puerta. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué tienes? –Sarah se inclinó sobre él para cerrar bien la puerta y acto seguido se agachó para tocarle, visiblemente preocupada. En cuanto su mano frotó la espalda de Daniel, él dejó escapar un grito de dolor.

–Es la espalda. He cargado la pala y debo de haberme torcido algo al descargarla.

–¿Y qué hago? ¿Puedes moverte? Tienes que subir a la cama. ¿Puedes levantarte?

Sarah le ofreció la mano y él intentó levantarse, pero en cuanto empezó a moverse, ella se dio cuenta de que Daniel seguía llevando las botas de goma encima de los zapatos.

–Las botas. Vas a dejarlo todo perdido de nieve si no te las quitas.

–No puedo quitármelas. ¿Puedes hacerlo tú? –dijo Daniel, volviendo a derrumbarse sobre el banco.

Sarah se agachó torpemente, pues no quería ponerse de rodillas con la falda y las medias sobre el frío suelo de linóleo, y tiró primero de una bota y después de la otra desde los zapatos que asomaban por debajo del cuerpo arrodillado de Daniel. Luego se incorporó, las colocó en la repisa de las botas y se volvió hacia él, tendiéndole las manos.

–Tenemos que contratar al chico que utilizan los Browning –se quejó. A los vecinos jamás se les veía limpiando su camino privado. De eso se encargaba un hombre que aparecía con una camioneta–. Esto no habría pasado si no te empeñaras en hacerlo todo tú solo.

Mientras ella decía eso, Daniel fracasó en su intento por levantarse y volvió a derrumbarse sobre sus rodillas con otro gemido.

–Tienes que levantarte. ¿Qué voy a hacer? Tenemos que subirte a la cama. Quizá debería llamar al hospital. Voy a llamar a urgencias.

Sarah sorteó a Daniel y se dirigió hacia el teléfono del salón.

–Por favor, Sarah. No necesito un hospital. Solo necesito guardar cama hasta que se me pase. ¿Podrías salir y apagar el motor? Estaba calentando el coche.

–¿Quiere eso decir que ha estado encendido todo este rato? No deberías haberlo dejado encendido. Podría haber venido alguien y habérselo robado.

–Estará exactamente donde lo he dejado. Apaga el motor y guarda la pala. Me quedaré aquí hasta que vuelvas.

Sarah buscó sus botas y un abrigo, se los puso y salió apresuradamente. Regresó al cabo de unos minutos, helada y aturdida.

–¿Qué vamos a hacer con el coche? Todavía queda demasiada nieve para poder sacarlo del camino.

–Ya nos ocuparemos de eso después. Dame la mano y volveré a intentarlo.

Entre gemidos, gruñidos y las preocupadas muestras de ánimo por parte de Sarah, Daniel logró llegar a las escaleras. Cuando levantó un pie hacia el primer escalón, soltó un grito de dolor, pues el movimiento de la pierna lanzó reverberaciones hasta la zona lumbar de su espalda. Sorprendida, Sarah retrocedió alarmada.

–¿Estás bien? No sé qué hacer. ¿Qué vamos a hacer? Estoy mareada. Esto es horrible. ¿Qué voy a hacer? Creo que necesito sentarme –había empezado a levantar la voz y, detrás de Daniel, corría de un lado al otro del vestíbulo con cada frase como un animal aterrado por la presencia de un depredador.

Daniel se agarró con fuerza a la barandilla, inspiró hondo y habló con firmeza.

–Sarah, ve a la cocina y prepara dos tazas de té. Yo subiré. Para cuando el té esté a punto, ya habré llegado al dormitorio. Entonces podrás subir con el té y ayudarme a acostarme. Necesito tumbarme boca arriba, eso es todo.

–¿Estás seguro? Creo que deberíamos llamar al hospital. Oh, Daniel, esto es terrible.

–No te preocupes. Se me pasará –y manteniendo el equilibrio con ayuda de la mano izquierda, tendió la derecha y tocó con suavidad la manga de Sarah, que seguía inmóvil a su lado–. No hay nada de qué preocuparse. La gente se lesiona la espalda constantemente paleando nieve. No es más que una lesión muscular. Estaré bien en un par de días.

–No deberías haber paleado la nieve. Deberíamos haber pagado al chico para que lo hiciera. Nunca piensas en mí. ¿Qué sería de mí si te hicieras daño?

–Por favor, prepara el té –Daniel estaba empezando a darse cuenta de que subir las escaleras iba a ser una ardua tarea. No era solo que no deseara la ayuda de Sarah; ni siquiera quería que ella le observara. Sabía que con ello solo conseguiría preocuparla todavía más. Por fin, ella se retiró a la cocina y él pasó cinco agonizantes minutos hasta subir al dormitorio, presa del dolor con cada escalón.

Sarah volvió a aparecer, sin el té, cinco minutos más tarde.

–Daniel... –habló con voz vacilante, como una niña que quisiera pedir un favor–. Daniel, ya sabes que a veces, cuando estoy nerviosa, me llega el período uno o dos días antes. Creo que... –empezó, quedándose en la puerta del dormitorio.

–No te preocupes. Puedo hacerlo solo. Tú cuida de ti. Pero quítame los zapatos antes de irte, ¿quieres?

Respirando pesadamente con el inminente dolor de la menstruación, Sarah se agachó, le desabrochó los zapatos, le quitó los calcetines y también los pantalones.

–Bien. Yo me encargo del resto. Cuando tengas un segundo, hay aspirinas en el botiquín. Tráeme el frasco y un vaso de agua.

Sarah retiró el edredón de la cama y se alejó apresuradamente en dirección al cuarto de baño.

Pasó la mayor parte del fin de semana en el cuarto de invitados, martirizada por los calambres menstruales que terminaron por hacerle vomitar la cena que Daniel había conseguido preparar para ambos la noche del domingo. Podrían haber llamado a Clara o a Rachel –las dos mujeres se habrían sentido dolidas de haber sabido que los jóvenes habían estado en apuros y no habían pedido ayuda–, pero Daniel tenía tanto orgullo como Sarah. En vez de pedir ayuda, optaron por arreglárselas solos hasta el lunes; y el martes por la mañana, con la espalda contracturada aunque sin tanto dolor, Daniel pidió despreocupadamente a un vecino que le echara una mano con la pala y le ayudara a quitar el resto de la nieve del camino porque todavía no se veía capaz de llegar andando al metro. Con el camino por fin limpio detrás del coche, se inclinó con cuidado hacia delante para deslizarse en el asiento del conductor y condujo hasta la consulta.

La carta de la Sociedad de Indemnizaciones estaba encima de su escritorio junto con una circular de la delegación provincial del Ministerio de Salud y unas cuantas facturas. Cogió la carta en primer lugar, abrió el sobre con un abrecartas y empezó a leer.

Estimado señor: con referencia a su carta del 25 de noviembre de 1964 en la que describe usted el caso de su esposa, la señora Sarah Segal, nuestro consejo es el siguiente...

Pocas eran las posibilidades de recibir una indemnización del Gobierno alemán, pues los fondos se destinaban prioritariamente a los supervivientes de los campos que habían sido antiguos ciudadanos alemanes. Las indemnizaciones que se habían pagado al Estado de Israel reconocían la pérdida de millones de víctimas que no habían dejado herederos, y la carga que suponía para el Estado integrar a la mayoría de desplazados europeos. Los herederos vivos de las víctimas eran la prioridad última para el fondo de indemnizaciones y las pocas primas concedidas hasta el momento se habían pagado en casos de extrema necesidad. Si el señor Segal seguía interesado en llevar adelante su caso, su esposa debería cursar una solicitud dirigida al Gobierno alemán antes del 31 de diciembre de 1965.

Daniel siguió estudiando la carta durante un rato: volvió a leer la dirección de Nueva York de la Sociedad de Indemnizaciones, se fijó en las letras perfectamente tintadas del texto mecanografiado, hasta que la página empezó a difuminarse ante sus ojos. Por mucho que cavilara diversas respuestas, conocía bien la que daría. No, tan mínima era la posibilidad de éxito que no tenía sentido discutir con Sarah sobre una posible solicitud dirigida al Gobierno alemán, ni tampoco pasar por toda la preocupación y los desacuerdos ineludibles hasta poder convencerla. Abrió un cajón del escritorio, buscó entre las distintas carpetas hasta que dio con la que quería, y metió en ella la carta al tiempo que renunciaba a la idea de la indemnización. Redoblaría sus esfuerzos en Francia y se dirigiría al consulado francés en busca de consejo para recuperar la propiedad del apartamento de la rue de Musset y renovar sus solicitudes a los bancos parisinos.

Daniel no esperaba en ningún caso obtener una lluvia de dinero procedente de una olvidada cuenta de ahorros francesa o de los fondos de indemnización alemanes, como tampoco creía que ese dinero fuera a hacer feliz a Sarah. A decir verdad, ni Sarah ni él estaban especialmente necesitados de dinero: él sabía que en un par de años podría cambiar de coche y preveía un futuro no muy lejano en el que podrían disfrutar de vacaciones anuales en climas más amables. Si seguía con sus averiguaciones era porque su matrimonio no había resultado ser como había esperado. Aunque, ¿qué matrimonio lo es? Estaba convencido de que a esas alturas ya tendría hijos, unos hijos cuyo cuidado y crianza, junto con el ferviente –aunque abstracto– amor con el que Sarah y él se habían recibido en un primer momento, bastaría para satisfacer las necesidades emocionales de ambos. Cuando entendió que el matrimonio estaba perseguido por una sombra de inconclusión, mientras sufría la diaria rutina de las preocupaciones domésticas y los exagerados temores, aparentemente inevitables, de Sarah –algunos difusos e inconmensurables, otros específicos y mundanos–, perfectamente consciente de que esas aflicciones presentes podían ser expresadas solo porque la mayor aflicción de todas permanecía innombrada, quiso pasar a la acción y poner todo su empeño en hacer del suyo un matrimonio tan feliz como lo había imaginado aquel día de 1956 de pie bajo la *jupá* al lado de Sarah.

Daniel veía que Sarah también ponía de su parte, especialmente al principio, que cocinaba y le quería con dedicación, ya que no con pasión, que mantenía la esperanza en la llegada de un hijo, y recuperaba el optimismo con bravura y rapidez todos los meses al ver que su cuerpo dejaba escapar la sangre espesa y oscura que llevaba dentro. Sin embargo, durante el quinto, el sexto, el séptimo y por fin el octavo año de matrimonio, Daniel la veía cada vez más ansiosa, como si el miedo fuera su único modo de experimentar la vida. Quizá, con los años, Daniel admitiría su candidez al creer que podía hacer feliz a otro ser humano, y se daría cuenta de que era tan incapaz de poner fin a la aflicción de Sarah como de atajar los cánceres que devoraban a los agonizantes ancianos que él enviaba a los pabellones del hospital, pero de momento se negaba a reconocerlo en la vida que Sarah y él tenían juntos, un lugar en el que mantenía la fachada de satisfacción con el buen hacer de un auténtico profesional.

En el fondo de su corazón, y siempre en silencio, sentía la infertilidad de ambos tan dolorosamente como ella, pues sabía que un hijo sería una indudable fuente de compensación, e intentaba propiciarlo como mejor sabía. Incapaz de hacer más en ese sentido –ambos se habían sometido a pruebas de fertilidad y ninguno de sus colegas había encontrado ningún impedimento médico–, se había volcado en la investigación documental como una suerte de acción, en el fondo no del todo inútil aunque tampoco totalmente exitosa, como lo único que se le ocurría que podía ayudar a que su esposa regresara de una vez a la vida.

Un año después de haber iniciado sus pesquisas, exactamente en el mes de mayo, Daniel por fin recibió una respuesta. La carta llegó de nuevo a la consulta, y, exultante con la alegría de la noticia y el placer del primer calor del año, decidió volver andando a casa; recorrió Yonge Street con paso rápido para adentrarse después en las agradables callejuelas adyacentes; atajó por una calle hacia el oeste y subió dos calles más hacia el norte, hasta desembocar por fin varias casas antes de la suya. Localizó de un vistazo su

jardín delantero, pues el otoño anterior Sarah, que durante toda su vida había vivido en la ciudad y era una gran desconocedora de los jardines, había plantado bulbos por vez primera, tras pedir consejo a una vecina sobre el día adecuado de octubre para plantarlos, y la profundidad adecuada para colocar esas cosas poco prometedoras que, a sus ojos, parecían poco más que un puñado de cebollas deformes. El esfuerzo de Sarah había sido por fin recompensado con unos narcisos blancos, mientras que las cabezas cerradas de los tulipanes empezaban a ser visibles entre sus amplias hojas.

Daniel subió enérgicamente los escalones delanteros y abrió de un tirón la puerta de entrada, con una fuerza del todo innecesaria, ansioso por dar la noticia a Sarah. Tras los largos meses invernales de misivas de disculpa en las que le informaban de que sus remitentes carecían de cualquier registro que pudiera ser de interés para su esposa, Daniel por fin había recibido esa mañana una respuesta de la Banque Centrale de París.

*Cher monsieur...* Nos es grato informarle de que la oficina de la Banque Centrale de París situada en la avenue Victor Hugo dispone de una caja fuerte a nombre de Philippe Bensimon. No tenemos constancia de que la caja haya registrado ningún movimiento desde 1942. Dadas las circunstancias, comprendemos que para su esposa resulta difícil conseguir la documentación que normalmente exigimos para abrir la caja. Sin embargo, en estos casos, la política del banco nos permite aceptar declaraciones juradas en lugar de la documentación de rigor. Le ruego tenga la amabilidad de remitir al banco una declaración jurada proporcionada por un abogado y firmada por su esposa en la que quede especificada su fecha de nacimiento y en la que declare que es hija de Philippe Bensimon, que según le consta su padre está muerto y que se considera su única heredera. Menciona usted en su carta unos archivos de la Cruz Roja en los que aparece la supuesta fecha de la muerte de monsieur Bensimon. ¿Podría remitir también al banco copias de esos archivos?

Según demuestra nuestra experiencia en esta suerte de casos, parte de la documentación que normalmente requerimos

de un solicitante para abrir la caja aparece entre el contenido de la misma. Una vez el banco tenga en su poder la declaración jurada, propondríamos abrir la caja fuerte en presencia de su esposa antes de tomar nuestra decisión sobre la propiedad de su contenido. Si su esposa no puede viajar a Francia para ese propósito, le pediríamos que nombrara a un representante legal aquí, en París, en cuya presencia pudiéramos abrir la caja. A fin de evitar cualquier conflicto de intereses en estos casos, la política del banco nos impide recomendar a un abogado. Si todavía no tienen a ningún representante legal en Francia, sugerimos que soliciten ayuda en la embajada de Canadá para que desde allí les busquen un abogado local.

Acepte, monsieur, mi más sincero...

Sin embargo, pasaron tres años antes de que Sarah y Daniel hicieran ese viaje a París. En el interior de la caja de seguridad del banco encontraron en efecto la partida de nacimiento de Sarah junto con un puñado de acciones sin valor alguno y un broche de oro que había pertenecido a Sophie. A Daniel se le ocurrió que quizá los Bensimon habían vaciado la caja de otros artículos de valor –posiblemente todas las joyas de Sophie– para financiar la huida de Sarah, intentar comprar su propia seguridad, o simplemente sobrevivir durante los últimos y desesperados meses de 1942.

En ese momento, el hallazgo del broche de oro y el hecho de que Sarah disfrutara de un segundo recuerdo de su madre compensaron las molestias, pero quince años más tarde Daniel abandonaría por fin un tortuoso intento por conseguir que un tribunal francés se pronunciara sobre la legalidad de la venta en 1946 del apartamento del número 22 de la rue de Musset, una transacción efectuada por un propietario cuya escritura no figuraba en el registro de la propiedad del *XVI<sup>ème</sup>* Arrondissement. Daniel no logró hallar ningún registro de ninguna cuenta bancaria a pesar de sus súplicas

a la Banque Centrale, como tampoco logró localizar el paradero del contenido del apartamento. De ahí que los Segal no llegaran a saber que en el día de hoy la familia Delisle utiliza actualmente la cubertería de los Bensimon, comentando de vez en cuando, mientras cortan con una hoja de cuchillo sólidamente fijada a un mango cuidadosamente equilibrado o revuelven con una cucharilla delicadamente adornada con tracería de hojas de parra, que esos hermosos objetos fueron el regalo que recibió su madre, la portera, de manos de una agradecida familia judía a la que había ayudado durante la guerra.

Habrían de pasar tres años para que Sarah y Daniel hicieran ese viaje a París y visitaran el banco de la avenue Victor Hugo, y un día entero para que Daniel se acordara de hablarle a Sarah de la carta, porque esa tarde no fue capaz de comunicarle la noticia. Al entrar apresuradamente en casa, Sarah salió corriendo de la cocina para recibirle.

–He vuelto esta tarde al médico –se le iluminó la cara de júbilo, deseosa de que Daniel adivinara la buena nueva, antes de revelarla–. Estoy embarazada. Está vez estoy embarazada de verdad.

Durante nueve años habían hecho lo imposible por materializar su amor. El lecho que compartían había sido testimonio de pequeñas alegrías y también de pequeñas decepciones, apacibilidad, frustración y placer ocasional. Daniel dejaba escapar un único suspiro cuando eyaculaba; Sarah gemía discretamente durante los breves instantes en que él la acariciaba. Poco a poco, con el paso del tiempo, el afecto había logrado construir lo que la pasión no había forjado: Sarah entendió su embarazo como la señal de que por fin ambos habían madurado sexualmente. Estaba convencida de que, si no había concebido antes, era porque hasta ese momento su cuerpo no había sido capaz de provocar los espasmos que debían plantar la simiente de Daniel en sus entrañas y de acogerla, estremecida, en las profundidades de su vientre.

A ese niño, a ese único hijo fruto de su único embarazo, le llamaría Maxime, y no porque confiara en que el diminuto y arrugado cacahuete que nació poco más de ocho meses después, en diciembre de 1965, fuera a convertirse en un hombre corpulento –ni los Segal ni los Bensimon eran genéticamente altos–, sino porque el pequeño estaba destinado a ocupar un enorme lugar en su vida.

Durante el invierno y la primavera siguientes, mientras le cambiaba despacio el pañal o le preparaba con cuidado un baño de agua tibia, Sarah miraba al recién nacido maravillada: le tocaba delicadamente el diminuto pene que asomaba entre las rechonchas piernas y admiraba su piel rosada, al principio todavía arrugada a causa de su propio vientre pero luego perfectamente lisa, y se repetía una y otra vez el milagro que contemplaban sus ojos: que el pequeño le perteneciera como ella a él.

Sarah percibió ese milagro desde el principio, pocos días después de esa templada tarde de mayo, y lo asimiló como una certeza al final del verano. Y es que, a medida que el niño crecía en su interior, ella tomaba conciencia de las implicaciones de cada punzada, de cada una de las patadas del pequeño y de su propio malestar: Sarah por fin había restablecido los vínculos de la sangre.

PARÍS, 1 DE FEBRERO DE 1898, MARTES

Me preocupa sobremanera que Marcel se esté excediendo con tanta actividad política. Los movimientos de sus intestinos no son lo que deberían y temo que se resfríe saliendo y entrando de las frías calles a los caldeados cafés. El doctor vuelve a dirigir la palabra a sus hijos –es imposible mantener eternamente ese silencio, pues requiere demasiada energía acordarse de que no se puede hablar–, aunque ahora conservamos una calma aparente simplemente evitando cualquier mención a D.

Georges vendrá mañana a discutir el reparto de la herencia. Es curioso lo farragosas que resultan este tipo de cuestiones. Aunque los testamentos de su tío y de su abuelo dejarán a Marcel y a Dick en una holgada situación, preferiríamos tener de nuevo entre nosotros a los dos queridos hombres a disponer de cualquier cantidad de dinero. Sin embargo, nos vemos obligados a prestar atención y a tomar decisiones, cosa que inevitablemente me hace sentir sórdida, como si fuéramos aves de presa alimentándonos de la carroña. En cualquier caso, me alegra que el tío no haya podido ver cómo derruyen su preciosa casa para construir la nueva avenida Mozart.

PARÍS, 6 DE FEBRERO DE 1898, DOMINGO

El juicio da comienzo mañana. Marcel tiene intención de asistir, aunque eso signifique que deberá levantarse antes de las ocho si pretende estar presente cuando empiece el proceso judicial. Hahn y el joven de Flers le han prometido que le reservarán un sitio. Dick tiene una conferencia y no podrá asistir, pero Marcel volverá directo a casa y nos informará de todos los detalles antes de que regrese su padre.

Marie-Marguerite y yo estuvimos ayer en el Louvre. Aunque supuestamente debíamos continuar con nuestra investigación de los venecianos, aproveché la ocasión para desahogarme con ella y contarle nuestras recientes peleas. A pesar de que me siento atrapada entre mis obligaciones de esposa y mi solidaridad con las creencias de Marcel y de Dick, y de que temo haber perjudicado a mi familia dejando clara mi postura ante el doctor, Marie-Marguerite me consoló. «Bueno, nosotros tenemos la razón y él no, y no le hará mal escuchar por una vez que estás en desacuerdo con él. Por mi parte, he sido muy sincera con Anatole y le he dicho que la negativa del Gobierno a revisar el caso no es más que un claro ejemplo de absoluta cobardía... si no de algo mucho peor.» Luego dijo algo que me sorprendió sobremanera: «Si últimamente falta paz en nuestros hogares, imagina con lo que tiene que lidiar la pobre madame Faure».

«¿No querrás decir con eso que no apoya a su marido en esta cuestión?», le pregunté, y ella respondió que sabía de buena fuente que madame Faure se encierra con los periódicos de tendencia *dreyfussard* todas las mañanas y apenas le dirige la palabra a su esposo. ¡Y pensar que hace meses que no le envió una sola tarjeta a mi amiga porque creía que era partidaria del bando contrario!

Como siempre, la sinceridad de Marie-Marguerite resultó ser un tónico vigorizante y regresé más animada a casa desde el Louvre, aunque dudo mucho que la cuestión quede pronto resuelta. A pesar de las grandes esperanzas de Marcel, mucho me temo que el juicio a Zola no resolverá nada. Si le absuelven, eso querrá decir que el Gobierno debe repetir el juicio a Dreyfus y tendremos un nuevo escándalo. Si le declaran culpable, el asunto seguirá siendo objeto de debate como lo ha sido estos últimos meses.

PARÍS, 8 DE FEBRERO DE 1898, MARTES

Marcel se fue ayer muy excitado, como quien espera asistir a una fiesta especialmente alegre. Sin embargo, regresó muy alicaído y manifestó que había dedicado el día a complejos preliminares. Según dijo, Zola estaba estupendo, con su magnífica barba y esa mirada feroz, como un profeta bíblico embutido en un traje negro. La multitud le vitoreó al entrar hasta que el juez amenazó con expulsar al público de la sala. No esperamos un veredicto hasta dentro de unos días. Adrien nos evita.

PARÍS, 24 DE FEBRERO DE 1898, JUEVES

Los abogados deberían haber concluido ayer sus intervenciones, de modo que hemos empezado el día esperando ansiosos un veredicto. Marcel y Dick han salido temprano hacia el Palais de Justice, pues es muy difícil conseguir asiento, y yo he estado toda la mañana dando vueltas por la casa, cogiendo un libro sin ser capaz de leer una sola frase o recolocando los adornos de las estanterías. He intentado leer los periódicos que Jean me ha traído –ahora los introduce a escondidas en la habitación de Marcel todas las mañanas para que el doctor no los vea–, pero yo no tenía tiempo ni para la inflamada retórica de los que auguraban cierta victoria ni para las voces más calmadas que argumentaban que, concentrando con éxito los cargos contra las declaraciones más ultrajantes de Zola, la fiscalía había ganado su caso astutamente desde casi el comienzo. Y naturalmente, como yo no tardaría en descubrir, tenían razón.

No ha sido fácil el almuerzo con Adrien. Aunque él debía de estar al corriente de mi ansiedad sobre el resultado del juicio, tan solo hemos hablado de sus planes para su próximo libro y de dónde pasaremos el verano. Me ha preguntado si me gustaba Kreuznach, y de haber sido sincera con él, le habría respondido que en mi estado actual apenas era capaz de acordarme del lugar. Me he disculpado, alegando que no me encontraba bien –de hecho, estos días me ha dolido un poco el costado, de modo que no ha sido del todo mentira–, y he huido a mi dormitorio para estar sola.

Me he ocultado allí durante un rato esperando a que Adrien se marchara a la facultad, pero aproximadamente media hora más tarde todavía le oía moverse en su estudio y no he podido soportarlo más. He cogido el sombrero y el abrigo y, cerciorándome de que no hubiera nadie a la vista, he cruzado silenciosamente el pasillo y he salido a la calle sin tan siquiera avisar a Jean de que me iba. He pasado por delante de madame Leotard en el vestíbulo, donde la he dejado sacando lustre a las barandillas. En cuanto ha visto que no había ningún carruaje ni tampoco ningún taxi en la puerta, ha manifestado su sorpresa, al tiempo que preguntaba: «¿No irá madame a salir a pie? Últimamente las calles no son un lugar seguro». Pero me he limitado a negar con la cabeza y a pasar por su lado sin detenerme.

A pesar de que hacía calor y de que tenía cierta intención de dirigirme hacia el Louvre, en cuanto he cruzado las Tullerías, se me ha ocurrido que el Palais de Justice no quedaba lejos y que quizá encontraría allí a Marcel y a Dick y descubriría si por fin el juez había emitido su veredicto. Cuando cruzaba el río caí en la cuenta de mi inocencia: una inmensa muchedumbre se había congregado delante del Palais y eran pocas las probabilidades de poder encontrar a nadie entre el gentío. Ví que algunos de los presentes agitaban pancartas y pude oír el barullo de la multitud, aunque al principio no alcancé a descifrar sus gritos. Luego, a medida que fui acercándome, las palabras empezaron a emerger desde el caos y sus espantosos eslóganes me alcanzaron barridos por la brisa: «¡Muerte a Zola!», «¡Muerte a los judíos!».

Aunque Marcel me había dicho que la muchedumbre vitorea a diario a Zola, ninguno de los presentes le defendía. Me quedé horrorizada ante el espectáculo y empecé a preguntarme si esa suerte de manifestaciones tenía lugar a diario y si Marcel me las había ocultado. A pesar de haber recorrido un largo trecho hasta allí, difícilmente podía sumergirme en esa multitud para descubrir si había alguna novedad. Decidí, en cambio, volver por el quai a fin de rodear el Palais, con la incierta esperanza de encontrar menos gente en la puerta trasera. Y, en efecto: cuando me acercaba a la place Dauphine, el gentío era menor, y se mostraba jubiloso, como si hubiera recibido alguna noticia. Apreté el paso y ví que dos hombres se abrazaban mientras un tercero les miraba, divertido. Ese me sonrió, muy cortés, de modo que le pregunté: «¿Algún veredicto, monsieur?».

«Oui, madame. Culpable, por supuesto.» Sonreía de oreja a oreja al pronunciar las palabras, pero cuando vio que yo no le devolvía la sonrisa, me miró con creciente confusión. Me volví de espaldas y crucé apresuradamente el Pont Neuf, ansiosa por alejarme del lugar, aunque, a decir verdad, en cuanto volví a llegar a la orilla derecha del río no supe hacia dónde ir. De pronto, tanto las calles de París como las habitaciones de mi apartamento se me antojaron territorio hostil.

Tras mi visita matinal al Museo Judío, me compré un sándwich en una panadería, me lo comí sentada en un banco delante del cercano Centro Pompidou y recorrí de regreso la corta distancia que me separaba de la *salle des manuscrits* en la que he traducido estas escasas entradas. Aquí me detengo, en febrero de 1898, y hojeo el resto de entradas de ese año. Ese invierno son cada vez más breves y dispersas, y existe un largo vacío entre el fin de la primavera y mediados de otoño: ese verano madame Proust fue operada del dolor de costado que la aquejaba. Aunque sobrevivió, se vio obligada a sufrir una convalecencia que se alargó muchos meses. El resto de ese año despierta muy poco mi interés, y al repasar con detenimiento mis últimas traducciones, interpreto la inquietud de la que madame fue presa el día en que se dio a conocer el veredicto a Zola como una

señal. Son las tres y media y no voy a seguir reprimiéndome. Me levanto, devuelvo la caja al mostrador y sigo los pasos de la autora de mis diarios... hasta la calle.

Al salir de la biblioteca empiezo a cruzar su patio de adoquines, aunque vacilo durante mi recorrido. ¿Adónde me dirijo? Saco de la bolsa un mapa del metro, lo consulto brevemente y sigo adelante, pasando por las puertas de la biblioteca a la calle. Podría simplemente ir hacia el sur por la rue de Richelieu en dirección al Louvre, girar a la izquierda y, como la propia madame Proust, tendría sin duda aliento para dar un relajado paseo por el Pont Neuf hasta el Palais de Justice, situado en la Île de la Cité. Sin embargo, decido girar hacia el norte y tomar el metro en lo alto de la rue de Richelieu. Desde aquí, el metro va directo hacia el oeste con destino a La Muette, situada en el extremo más alejado del XVIème Arrondissement. Desde sus cuarteles centrales situados en el VIIIème, la burguesía del siglo XIX se extendió con paso firme hacia el oeste y ahora el vecino XVIème se describe a menudo con la misma suerte de adjetivos burlones – formal, suburbano, silencioso como una tumba, burgués– con los que los biógrafos desprecian rutinariamente las calles en las que vivió Proust.

Al regresar a la calle, salgo al principio de la avenue Mozart. La avenida conduce hacia el sur, hasta Auteuil, en su día la bucólica aldea en la que Louis Weil tenía su casa de campo, y convertida ahora en otro suburbio más. Camino en esa dirección, estudiando las fachadas. Algunas pertenecen a edificios modernos construidos después de la guerra. Son construcciones de cristal y hormigón desprovistas de adornos. Otras, más decorativas, deben de haber sido construidas en las primeras décadas del siglo. Una de ellas muestra una de esas placas con letras negras que se encuentran aquí y allá, por todo París. En la placa se lee el nombre y las fechas de nacimiento y muerte de un miembro de la Resistencia que fue asesinado exactamente en este lugar en agosto de 1944. Cuando los aliados desfilaban hacia París, los integrantes de la Resistencia salieron de sus escondrijos para llevar la lucha a las calles. A algunos los mató el ejército alemán antes de retirarse. *Mort pour la patrie*. Francia siempre ha venerado a los miembros de su Resistencia, aunque a mi entender, con estas placas, con el monumento conmemorativo de detallada redacción erigido en Drancy o las muestras del Hôtel de Saint-Aignan, los años de la guerra, su valor y sus traiciones se recuerdan por fin con cierta honestidad.

Caminando por la avenue Mozart, la rue de Musset es la tercera calle a la izquierda. Doy con el número 22 y me quedo delante, situándome en la acera de enfrente, justo en el borde de un pequeño parque –en realidad es apenas una mediana– creado por el cruce con otra calle que traza un ángulo de cuarenta y cinco grados. Mientras contemplo una ornada fachada de estilo art nouveau, me pregunto qué es exactamente lo que busco. ¿Realmente espero que los fantasmas de una mujer a la que no he visto jamás emerjan de esas puertas de hierro forjado para satisfacer mi curiosidad, mi anhelo? ¿Qué derecho tengo yo a rebuscar en la historia de otra persona?

Una de las hojas de la puerta se abre y aparece una anciana que viste un delantal de color rosa. Lleva una mopa y recorre brevemente la calle con la mirada a un lado y a otro antes de sacudir el polvo en el suelo de la acera y volver a entrar sin verme. La pesada puerta se cierra con un fuerte golpe a su espalda. Me quedo donde estoy durante un instante, oyendo cómo las reverberaciones de la puerta se desvanecen en el aire caliente y húmedo de principios de otoño. Descontenta, regreso al metro.

Mañana empezaré con la siguiente libreta y seguiré a Jeanne Proust mientras vuelve a coger la pluma: en 1899, el *affaire* sigue muy vivo.

PARÍS, 21 DE FEBRERO DE 1899, MARTES

Adrien me dice que durante el funeral han tenido lugar espantosas manifestaciones. Tanto los partidarios de Dreyfus como sus detractores han utilizado la ocasión para lanzarse insultos y hasta piedras. Como si la cuestión de su muerte no fuera desgracia suficiente sin tener que añadirle visos políticos.

He enviado a madame Faure una sincera carta de condolencia y he añadido lo mucho que siempre disfruté de nuestros paseos y que con enorme placer volvería a retomarlos en cuanto concluya la primera etapa de su duelo. Aunque el hecho de que los maridos no siempre nos sean fieles quizá sea una de las desgracias inevitables del matrimonio, y quizá sea también natural que, puesto que sus apetitos masculinos siguen sin merma alguna, busquen algunas diversiones a medida que sus esposas envejecen, la discreción es sin duda lo menos que un marido debe a una esposa leal. Sufrir un infarto en brazos de tu amante no es en sí un crimen contra el matrimonio, pero no haber establecido los acuerdos domésticos con la seguridad que la cuestión requiere a fin de evitar que esa muerte esté en boca de todos en los salones y en las veladas de té... en fin, a mi entender es un insulto póstumo a la viuda reciente.

PARÍS, 10 DE MARZO DE 1899, VIERNES

Marcel está profundamente prendado de su nuevo amigo, Antoine Bibesco, un príncipe, ni más ni menos, y, a juzgar por su descripción, un hombre de gran apostura. Se han conocido recientemente en algún salón y Marcel está muy ansioso por formar parte de los miembros de su camarilla. Según dice, son hombres muy divertidos y de una gran sensibilidad. Yo espero y deseo que sus refinados modales y sus elegantes trajes vayan acompañados de cierto asomo de inteligencia. Marcel suele confundir la nobleza social con la espiritual, aunque se niega a aceptar la menor crítica dirigida a sus amigos, y no es mi deseo convertirme en una de esas madres que no permiten a sus hijos elegir sus amistades. Solo temo a veces que estos muchachos no se tomen en serio sus emociones y que no se den cuenta de lo fácil que puede resultar herirle.

Marcel cada vez dedica más tiempo a esos hombres en los cafés – últimamente, todo se reduce a la política– y menos a sus anfitrionas. Muchas de ellas han preferido mantenerse apartadas del *affaire* Dreyfus, supongo que temerosas de perder a sus aristocráticos visitantes, de modo que Marcel se ha limitado simplemente a dejar de frecuentarlas. Y dice que la querida madame Strauss, la más encarnizada defensora de Dreyfus de entre todas ellas, muestra una expresión tan desasosegada que teme ahora esas veladas con sus invitados que antaño adoraba. Existe una creciente presión sobre el Gobierno para que reabra el caso, y al parecer todo apunta a que resultará irresistible.

PARÍS, 21 DE ABRIL DE 1899, VIERNES

Geneviève ha anunciado que nos deja para volver a Nantes con su familia. Su madre se está haciendo mayor y ella opina que la necesitan a su lado. La he convencido para que no se marche hasta agosto, pues es prácticamente imposible encontrar una nueva cocinera antes del verano. Apenas habría empezado a acostumbrarse a la casa antes de que las vacaciones den al traste con todo. Tal y como están las cosas, no sé si empezar a entrevistar candidatas en julio o esperar a septiembre.

Jean ha sugerido amablemente que su prima podría venir unas semanas en septiembre a echarnos una mano, lo cual sería de ayuda, aunque si mal no recuerdo su cocina se me antojó en su día demasiado pesada. Es una de esas cocineras que utiliza mucho más aceite y sal de lo que a mí me gusta. Le he dicho a Jean que por supuesto estaría encantada de tenerla con nosotros, aunque preferiría dejar la cocina en manos de Félicie durante todo ese tiempo. Lo que realmente necesitamos es una persona joven que esté dispuesta a ocupar poco a poco el puesto de Félicie, alguien con ciertos conocimientos, aunque dispuesta a aprender. Sospecho que Geneviève ha decidido que jamás podrá llevar la cocina sola, por mucho que ahora cocine prácticamente siempre. Félicie puede resultar feroz y a Geneviève le corroe mostrarse deferente con ella.

También me preocupa que su decisión haya venido provocada en parte por haberse visto obligada a preparar las comidas de Marcel a todas horas. Últimamente Jean se ha estado quejando del horario de Marcel, y debo admitir que la casa está patas arriba a causa de sus requerimientos. Siempre está diciendo que él mismo se preparará el desayuno, aunque en su caso eso quiere decir simplemente que saldrá a un café e incurrirá en un gasto del todo innecesario. Insiste en que esas horas le ayudan a escribir, pero yo veo que progresa muy poco con su libro y realmente me pregunto si no será una fantasía.

PARÍS, 5 DE JUNIO DE 1899, LUNES

El anuncio llegó ayer. Se celebrará un nuevo juicio. Ya ha zarpado el barco que traerá de vuelta al pobre Dreyfus de la isla del Diablo. Por fin se pondrá fin al *affaire*, monsieur Zola regresará de su ridículo exilio inglés y Francia podrá volver a levantar cabeza.

Mientras tanto, los hombres se dedican a debatir este asunto del cambio de siglo. Dick dice que el Bureau des Longitudes insiste en que el nuevo siglo no empieza hasta el primer minuto de 1901, mientras que Georges nos ha dicho que el káiser ha decretado que los alemanes celebren el nuevo siglo al término de este año. Sin ir más lejos, todas las anfitrionas están planeando sus fiestas para este diciembre y no para el siguiente. A pesar de que Dick lo espera con ilusión, no hay manera de conseguir que Marcel muestre el menor entusiasmo. Marcel comentaba que cuando eres un niño que espera que papá llegue a casa y que se sirva el almuerzo, el tiempo parece alargarse eternamente, pero cuando eres adulto y quieres escribir una carta, ver a un amigo y comprarte unos guantes, todo ello en el curso de una sola tarde, el tiempo vuela y nunca es suficiente. «¿Qué diferencia supone el año o el siglo en nuestra forma de percibir el paso del tiempo?», ha preguntado. Ni su hermano ni su tío han sabido responderle, y Dick se ha limitado a cambiar de tema y ha empezado a hablar de automóviles y de teléfonos.

Evian, 14 DE AGOSTO DE 1899, LUNES

Adrien y yo hemos estado tomando obedientemente las aguas y ayer el doctor se molestó mucho con monsieur Cottin, que es todo un escéptico en estas cuestiones. Monsieur Cottin dijo que las propiedades medicinales de las aguas siguen estando por demostrar, y cuando argüí que siempre me encuentro mejor después de una sesión, él dijo que ese no es más que el efecto vigorizante de la conversación en el spa junto con los beneficios emocionales resultantes de creer que hemos hecho algo por mejorar nuestro estado, un fenómeno que, según sus palabras, se incrementa en proporción exacta al sabor del agua que bebemos: cuanto más horrible es el agua, mayor es su beneficio. A decir verdad, monsieur se mostró realmente grosero en sus argumentaciones y a punto estuvo de dibujarnos una gráfica en un papel que mostraba dos líneas paralelas: una que representaba el optimismo del paciente y la otra, el contenido sulfúrico del agua. ¡Yo sentí vergüenza porque temía que los asistentes de la sala de bombas pudieran oírle y advertir que alguien insultaba su trabajo! Adrien soltó un comentario jocoso sobre el hecho de que los abogados son siempre expertos en todo, incluida la medicina, aunque detestan que otros cuestionen su valía profesional.

Espero con profundo interés las noticias de Rennes, aunque no se lo diga a Adrien. Hemos restaurado la paz entre nosotros mediante el silencio sobre ciertos temas. Aunque él jamás lo reconocerá, sé que sabe que se equivocaba sobre D. y el efecto secundario positivo de la enfermedad que me aquejó el año pasado ha sido su renovada solicitud.

Evian, 16 DE AGOSTO DE 1899, MIÉRCOLES

Una de las cosas que adoro del verano es el modo en que nuestros horarios y nuestras metas se ven reducidos a un ritmo absolutamente suntuoso y pausado. Y aunque no terminemos del todo de abandonar ese tipo de rutinas – el almuerzo es a las once y media; la cena, a las siete; la oficina de correos abre solo hasta las seis si queremos que una carta salga ese mismo día–, las reducimos para cumplir ciertas expectativas y ritmos.

Ayer por la tarde me compré un sombrero nuevo para protegerme del sol. Eso fue todo lo que hice o al menos todo lo que recuerdo haber hecho además de hacer mis comidas, dormir y tomar las aguas. Había estado admirando el escaparate de la sombrerería de la calle mayor desde mi llegada e intentando decidir si necesitaba o no un nuevo sombrero. Por fin me decidí y llevé a cabo esa crítica labor ayer entre las tres y las cuatro. Todos los días me digo: «Tengo que sacar mi *cahier* esta tarde y poner las cosas al día», y todos los días un paseo que me ha dejado especialmente exhausta, un golpe de aire frío que me ha mandado temprano a la cama, un nuevo libro que leer o quizá una revista ofrecida por una amigable vecina desde el otro lado de la mesa del desayuno y aparcada para una posterior lectura, me ocupa toda la tarde y me deja diciendo al día siguiente: «Bien, no he cumplido con lo que ayer me había propuesto, pero he estado tremendamente ocupada y hoy no habrá mejor suerte pues después de la cena tendremos charadas».

Marcel escribe desde París diciendo que por fin se reunirá con nosotros al final de la semana que viene y que aprovechará su cercanía para visitar a Antoine y a la familia Bibesco en Amphion. Siempre me han parecido gente muy elegante y espero que Marcel no gaste más dinero del que debería para estar a su altura.

Evian, 25 DE AGOSTO DE 1899, VIERNES

Marcel ha llegado de Rennes lleno de historias, trayendo con él toda suerte de artículos que ha recortado de los periódicos de París. Dicen los artículos que el pelo de Dreyfus se ha vuelto blanco del todo y que su voz tiembla como la de un anciano aunque solo tiene cuarenta años. Labori, su abogado, lanza un cruento ataque contra el ejército. Apenas parece necesario, pues sin duda esta vez la corte marcial no es más que una simple formalidad y su absolución está asegurada.

La respiración de Marcel parece saludable. Aparte de un breve ataque que tuvo lugar a finales de julio, después de que yo me fuera de París, dice que ha estado bien, y ciertamente parece más fuerte. Quizá este verano, como hemos partido de una posición más estable, veamos cumplido mi objetivo y logremos hacer de las vacaciones un paso más hacia la buena salud y no simplemente un período de recuperación. Marcel se quedará aquí durante el mes de septiembre a fin de evitar la peor época de calor de París, y le he aconsejado que limite el consumo de Trional a la dosis más prudente posible.

PARÍS, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1899, LUNES

El veredicto es inconcebible. ¿Cómo han podido? Qué veredicto más estúpido. Sugerir que existen circunstancias atenuantes para un crimen de alta traición. «Culpable con circunstancias atenuantes.» Los jueces han intentado de algún modo satisfacer a ambas partes. No es más que una cobardía monstruosa. Sentenciar al hombre a diez años de trabajos forzados encima de lo que ha padecido. Los jueces reconocen su inocencia con sus evasivas argumentaciones, aunque no dan el veredicto que exige la justicia. Todos los periódicos dicen que la sentencia no prosperará porque la apelación la invalidará.

PARÍS, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1899, MIÉRCOLES

Han ofrecido el perdón a Dreyfus, un perdón por un crimen que no ha cometido. Ahora la pregunta es: ¿aceptará él esta vergonzosa componenda?

La primera posible candidata para sustituir a Geneviève viene mañana. Jean y yo coincidimos en que es una verdadera estupidez entrevistar a una cocinera. Simplemente deberíamos pedirle que preparara una comida.

Cae una libreta, estampándose contra el suelo, y recuerdo que estaba mirando a Max y que Max estaba mirando a Susan. Es una chica de belleza convencional y tiene la suerte de ser rubia.

Bueno, eso suena tremendamente despectivo, y cualquiera diría que se esconde cierta envidia tras semejante descripción.

Volveré a intentarlo. Susan tiene un delicado rostro y unos ojos azules asombrosamente redondos. Su pelo no es solo rubio, sino también rizado, con esas grandes y onduladas espirales que se convierten en bucles tras una tormenta o en un húmedo día de verano. Aunque no posee una gran belleza, sí es, a su modo, perfecta, esa suerte de bellezas que despiertan el deseo en los hombres. Susan lo sabe.

Ella, Max y yo, junto con un puñado de amigos de él –un nuevo colega de la facultad de Medicina y un antiguo compañero de clase de los años previos a su primera licenciatura–, estamos sentados en un pequeño patio de cemento delante del edificio de la biblioteca del campus de McGill. Nuestras respectivas clases han tocado a su fin, pero no somos capaces de ponernos en movimiento. Es primavera y el aire, todavía frío, sopla veteado de ráfagas más cálidas que ocasionalmente nos acarician el rostro y que provocan en nosotros un leve anhelo de algo todavía indefinible. Anhelamos el acontecimiento o el alboroto, y sentimos que se aproxima, y estamos totalmente dispuestos a convencernos de estar enamorados de alguno de los otros.

–¿Qué haces el viernes por la noche? –pregunta Max a Susan. Hoy es miércoles y faltan dos días para el fin de semana, hoy es el día en el que se cierran las citas.

–Todavía no lo sé.

–Ven al pub. Estaremos allí.

–No estoy segura. Tengo que consultarlo con mi amiga Marianne. Le prometí que este fin de semana saldríamos juntas.

–Pues tráela también. Le encantará. Es una pasada. Tienes que venir. Será muy divertido.

Max se mueve hacia delante y, con ánimo juguetón, toma a Susan de la mano, que balancea adelante y atrás.

–Vamos, dime que vendrás. Por favor.

Su atención, con una intención clara, y tan halagadora en un primer momento, está adquiriendo cierto atisbo de desesperación. Quizá Susan estaba a punto de ceder. Ahora está segura de que no le conviene aceptar.

Retira la mano al tiempo que dice:

–Ya veremos. Depende de Marianne.

Cuando suelta la mano de Max, esta golpea la libreta que tenía sobre el regazo. La libreta se estampa con fuerza contra el suelo, y el sonido del impacto resuena ligeramente en esta cámara de hormigón.

Max se agacha a cogerla y la acerca a la mano tendida de Susan.

–Gracias –dice ella, cogiendo la libreta.

Sin embargo, cuando sus dedos la tocan, Max vuelve a cogerla entre risas. Ella sonrío. Él se la ofrece una vez más, ella la toca y él vuelve a retirarla, repitiendo el truco una tercera vez.

–¡No seas gilipollas, Max!

Susan se levanta, dispuesta a ponerse seria y recuperar de una vez lo que le pertenece. Se acerca a Max y tiende con firmeza la mano hacia el centro de su cuerpo, donde él sujeta la libreta. Max la aparta a un lado y luego la levanta en el aire, alejándola de las manos de ella y sosteniéndola por encima de su cabeza, con el rostro encendido por la excitación y respirando cada vez más aceleradamente. Aunque no es alto, ella tampoco lo es, y Max puede sostenerla unos cuantos centímetros lejos de su alcance. Susan se pone de puntillas, estirándose, aunque en vano, y amenazando con caerse encima de él.

–Max, por favor...

Ambos parecen un par de idiotas, sin la menor gracia. A decir verdad, Susan me ha sorprendido. Jamás habría pensado que accedería a este juego adolescente. No tiene ninguna necesidad.

Observo a Max. Sus ojos chispean, expectantes. La respiración entrecortada le entreabre los labios. No sé dónde meterme.

Susan se ríe ahora con un sonido agudo que, al empezar, se parece a la risilla de un bebé, pero que, a medida que se prolonga, se transforma en un grito inhumano, el boqueo de un pez torturado o el chillido de un ratón atrapado. De pronto, ella misma la ahoga.

¿Qué quiere Max de ella?

El se inclina hacia atrás, manteniéndola todavía a distancia. Me pica la piel y tengo que moverme. Me levanto.

–*Max, arrête donc!* –le grito en francés y, sorprendiéndole con mi premura, logro arrebatarle la libreta de la mano y devolvérsela a Susan, que me da las gracias pero que no parece especialmente complacida. Max está impactado con mi reacción.

–Marie...

–Tengo que ir a la biblioteca.

Me alejé majestuosamente hacia las puertas de cristal.

En la *salle des manuscrits*, el sonido de una libreta al impactar contra el suelo resuena bruscamente en el aire. Las cabezas se alzan, alguien ordena callar visiblemente enfadado, como si el sonido fuera voluntario y pudiera repetirse. Alzo los ojos, avergonzada, y retiro la silla de un empujón, aunque el ayudante del bibliotecario pasa en ese momento y antes de que yo pueda agacharme y recuperar mi propiedad, él la recoge del suelo. Me sonrío. Es una sonrisa pausada que quizá él supone coqueta pero que a mí me resulta simplemente burlona.

–*Toujours la Proustienne?*

No me devuelve la libreta, sino que le da la vuelta para ver la cubierta. Esto es pura tortura y él lo sabe. Vuelve a mirarme para cerciorarse de que le estoy mirando y

despacio la abre por la hoja de cortesía como si fuera a leer lo que he escrito en ella.

AUNQUE Sarah necesitaba tan solo un puñado de piedrecillas, redondas y bonitas, no alcanzaba a imaginar cómo podría encontrarlas en el jardín cubierto de nieve. Miró vagamente en derredor, recorriendo con los ojos el extenso manto blanco y los suaves montículos que con la llegada del verano se concretarían en macizos de flores, césped y arbustos, y no dio con ninguna solución a la vista. A pesar de que una hora antes el proyecto se le había antojado una magnífica idea, en ese momento sintió el primer leve aguijonazo de fracaso en forma de un sabor amargo en la parte posterior de la boca, acompañado de un ligero nudo en el estómago.

A su espalda, Maxime estampó sus rechonchas piernas contra los escalones del porche y agitó los bracitos en el aire: embutido en su traje para la nieve de color azul celeste, había desaparecido también la forma de su silueta, y su figura regordeta con sus rítmicos movimientos parecía la de uno de esos cómicos de los dibujos animados de los sábados, un amigable astronauta flotando en el espacio o un buceador con sus gafas protectoras explorando las profundidades. Mientras agitaba los brazos como quien agita unas alas, no dejaba de canturrear:

–*Un œil, deux yeux, un œil, deux yeux...*

Apenas un minuto antes, esas palabras habían divertido y deleitado a Sarah. Su pequeño estaba aprendiendo a hablar muy despacio y decía poco más que «mamá», «papá» y «no». Ese invierno, había intentado animarle a hablar enseñándole vocabulario, señalando primero sus ojos y luego los de él; su nariz y a continuación el pequeño botón rosado del niño, y por último los labios, pasando a señalar la diminuta boca de capullo de rosa de Maxime, acompañando con palabras cada uno de sus gestos:

–*Un œil, deux yeux, le nez, la bouche.*

Por fin, Maxime había empezado a repetir las palabras y, milagrosamente para Sarah, no solo había reconocido el propósito del juego que ambos tenían entre manos, sino que además había asimilado al mismo tiempo la irregularidad del plural. «*Un œil, deux yeux.*» Sin embargo, mientras seguía así, su primera y deliciosa risilla al ver que había logrado dominar el truco había desaparecido y había empezado a canturrear apáticamente. Con cada repetición, la desesperación de Sarah iba en aumento. «*Un œil, deux yeux...*» Al muñeco de nieve que había hecho para su pequeño de dos años le faltaban los ojos y no estaba segura de dónde encontrarlos.

Había ideado el plan esa misma mañana, al ver que una nieve espesa y húmeda empezaba a caer sobre la ciudad. Aunque jamás había hecho un muñeco de nieve, los recordaba de sus años de infancia, o al menos de los años de infancia que había vivido en Canadá, y desde entonces, de vez en cuando, había visto alguno que decoraba un jardín o el patio de una escuela un día de nieve reciente. Pero no podía tratarse de

cualquier clase de nieve, eso también lo sabía. La nieve caía en toda suerte de pesos y consistencias y para levantar un buen muñeco de nieve había que utilizar la nieve mojada o la de finales de invierno. Y esa era precisamente la que había empezado a caer esa mañana de marzo. Mientras la veía caer y sopesaba sus propiedades por cómo se precipitaba desde el cielo hasta depositarse toscamente en la calle, repitió para sí las mismas palabras que había oído pronunciar antes a Daniel. «Buena nieve para un muñeco de nieve», había dicho Daniel sin la menor intención de hacer uno, simplemente comentando el estado del tiempo. Por qué no intentar hacer uno, se preguntó Sarah esa mañana. ¿Tan difícil era? Debían de rondar los cero grados ahí fuera, con lo cual no hacía demasiado frío, y después de comer, si había dejado de nevar, podía poner a Maxime su traje para la nieve y salir con él al jardín. Sí, lo intentarían.

Al principio, las cosas habían ido muy bien. Vestida con unos gruesos pantalones de lana y un viejo chaquetón y con las manos embutidas en los guantes de trabajo de Daniel, Sarah había empezado haciendo una gran bola de nieve en el suelo, animando a Maxime, que gateaba a su lado, a que empujara más nieve hacia ella. En cuanto se dio cuenta de que estaba utilizando una técnica limitada, empezó instintivamente a hacer rodar la bola delante de ella para que fuera acumulando nieve en su avance. Maxime corría a su lado, riéndose encantado mientras ella empujaba la bola cada vez más voluminosa a lo largo del jardín, hasta detenerse por fin junto a la verja posterior.

–Este es un buen sitio, Maxime. Lo colocaremos aquí. Mira: esta es la parte inferior del muñeco. Ahora necesitamos otra bola para la parte central.

Y así empezaron de nuevo, rodando de regreso en dirección al porche antes de darse cuenta de que habían dejado una gran bola de nieve en el extremo equivocado del jardín. En un arrebato de valentía, Sarah levantó la bola. Resultaba incómodo cargar con ella: la bola pesaba lo suyo, y eso la obligó a inclinarse hacia atrás como le había ocurrido durante el embarazo, de modo que regresó a la base del hombre de nieve contoneándose torpemente.

Maxime estaba realmente encantado con el comportamiento poco habitual de su madre e hizo sus pinitos tras ella, intentando ayudarla con su carga y lanzándose bajo la bola mientras ella caminaba, cosa que la hizo vacilar aún más. A medio camino, al lanzarse contra el cuerpo de su madre con especial vigor, a Sarah se le cayó la bola al suelo, partiéndose en cuatro trozos.

–Ay, ay –Maxime se mordió el labio y alzó los ojos hacia su madre para evaluar su reacción. ¿Estaba ante una catástrofe o ante una gran broma? ¿Era lo ocurrido comparable al juego que consistía en arrojar el peluche al suelo una y otra vez mientras su madre lo recogía entre risas, o, por el contrario, era como la tragedia del vaso de plástico lleno de leche que había volcado sin querer de la encimera, derramando su contenido en el suelo de la cocina mientras ella gritaba, exasperada?

–No te preocupes, Maxime –su madre era toda sonrisas esa tarde–. Lo arreglaremos.

Volvió a unir los trozos e hizo rodar la bola por la nieve unas cuantas veces más por si acaso hasta llegar con ella junto a la primera. Torpemente de nuevo, la levantó y la colocó sobre la base, rellenando la franja que las dividía con más nieve pegajosa.

Cuando por fin colocó la tercera bola encima de las otras dos, Maxime empezó a entrever lo que estaban construyendo, y cuando Sarah rompió dos pequeñas ramas

errantes del tronco del arce cercano y clavó una a cada lado de la bola central, chilló encantado y, dejándose llevar por un arrebató de extático reconocimiento, corrió hacia atrás hasta llegar al porche. Una vez allí, se derrumbó sobre los escalones y pidió a voz en grito: ojos, ojos... el muñeco de nieve necesitaba unos ojos.

Sarah se preguntó cómo podría conseguir los ojos y la boca del muñeco. En los libros de imágenes de Maxime, los muñecos de nieve siempre tenían dos pequeños diamantes negros por ojos y una fila de ellos con forma de medialuna por boca. En cuanto se detuvo a pensar en ello, entendió que debían de ser trozos de carbón, aunque ya nadie utilizaba carbón. Daniel y ella siempre habían tenido una caldera de aceite, y si había habido una de carbón en la casa en la que había vivido con Sam y con Rachel, suponía que se habrían deshecho de ella hacía ya tiempo. Recordaba que el carbón despedía un olor muy particular al arder, aunque hacía años que no lo olía.

–*Un œil, deux yeux.*

–Ven con *Maman*, Maxime –dijo Sarah, y a falta de otro plan con el que distraer al pequeño, le llevó de la mano hasta la verja del jardín y de allí pasaron juntos al callejón que separaba su casa de la de los vecinos. Quizá encontraran algo en la calle, un poco de grava o alguna piedrecilla suelta. Sin embargo, mientras caminaban despacio y torpemente por el callejón, pues también la estrecha callejuela estaba cubierta de nieve recién caída, Sarah vio exactamente lo que necesitaban. El vecino había cubierto un irregular trozo de suelo que sobresalía hasta el callejón con una hermosa colección de piedras lisas y redondas, convirtiéndolo casi en un pequeño jardín rocoso. Las piedras estaban lo bastante cerca de la casa como para quedar protegidas por sus generosos aleros y habían quedado así prácticamente libres de nieve. Sarah miró en derredor. Aunque quizá no estuviera bien, tomaría prestadas tan solo unas cuantas, el vecino nunca se daría cuenta de que habían desaparecido y ella podría devolverlas en cuestión de semanas, cuando llegara la primavera y el muñeco de nieve se derritiera inevitablemente. Soltando la mano de Maxime, se agachó y recogió rápidamente unos cuantos ejemplares de menor tamaño, dos para los ojos y solo tres más que habrían de bastar para la boca. Se las metió en los bolsillos zurcidos del chaquetón y, volviendo a tomar la mano de Maxime, entró con él despacio al jardín.

–*Un œil!* –exultante, Sarah clavó la primera piedra en la parte izquierda de la cara del muñeco de nieve antes de buscar en su bolsillo el segundo: *deux yeux*. Luego, colocó con sumo cuidado las otras tres dibujando una media luna–. *La bouche* –se volvió con una sonrisa de oreja a oreja hacia Maxime y, antes de que él pudiera decir nada, exigió su atención levantando un dedo. Sabía exactamente lo que llegaría a continuación–. *Le nez...* Espera aquí un par de segundos. *Maman* tardará un minuto. Espera aquí, Maxime.

Sarah subió como una exhalación los escalones del porche, abrió la puerta de par en par, arrojó las botas en el trastero situado en la parte de atrás de la casa y cruzó la cocina con los pies enfundados en sus calcetines hasta la nevera. Tras rebuscar en el compartimento de las verduras, sacó una vieja zanahoria cuya punta se había retorcido de un modo visiblemente artístico durante su crecimiento. Era justo lo que necesitaba. Luego volvió a ponerse las botas y, viendo un viejo sombrero de Daniel en el trastero, lo cogió también en un repentino arrebató de inspiración, y regresó junto a Maxime con la zanahoria y el sombrero. El pequeño se había vuelto a sentar en el escalón del porche y

golpeaba con los pies sobre la madera, esperando su regreso mientras canturreaba:

–Mama Mama Mama.

–Ven, Maxime –bajaron hasta el fondo del jardín y Sarah dejó con cuidado el sombrero en la nieve antes de dar la zanahoria al niño–. Sostenla con cuidado. No, así, con la otra punta hacia fuera –luego se inclinó hacia él y lo levantó en brazos, acercándolo hasta el muñeco de nieve–. Ponle la nariz. Así, justo en medio.

Con un brusco gesto, Maxime se las ingenió para clavar firmemente el extremo más romo de la zanahoria entre los ojos y la boca, y su madre volvió a dejarlo en el suelo.

–¡Bravo! –Sarah cogió el sombrero y lo estiró sobre la cabeza desnuda del muñeco de nieve, y madre e hijo se alejaron levemente para admirar su obra–. *Regarde le bonhomme...* Mira el hombre que hemos hecho. Tu padre estará muy orgulloso de ti cuando llegue a casa. Espera a que vea lo que hemos hecho.

Los días eran ya más largos y sería todavía de día cuando Daniel regresara a casa esa tarde. Sarah saldría a recibirle a la puerta antes de que él se quitara las botas de goma y se quedara en zapatos y le diría que saliera al jardín. Ella había triunfado.

Acompañó a Maxime dentro con la intención de darle un baño para hacerle entrar en calor antes de que llegara la hora de preparar la cena. En el trastero, le sentó en un taburete bajo, empujándole los hombros con suavidad, y se arrodilló a sus pies para quitarle las botas, reparando en que se le había mojado ostensiblemente uno de los calcetines durante el juego. Cuando apartó las botas del pequeño a un lado y lo levantó del taburete, preparándolo para tumbarle en el suelo porque esa era siempre la forma más fácil de ponerle y quitarle el traje para la nieve, la capucha picuda de Maxime cayó hacia atrás, dejando su cabeza a la vista.

Lo primero que se le ocurrió fue automático. Era exactamente lo mismo que pensaba cada vez que le veía el pelo. Daniel estaba en lo cierto: tenían que intentar de una vez llevar al niño al barbero. En sus dos años de vida, jamás le habían llevado a que le cortaran el pelo, y su cabello, negro y ligeramente rizado, le colgaba en tirabuzones que le caían hasta los hombros. A Sarah el pelo de Maxime le encantaba y se resistía a echar mano de las tijeras, mientras que los escasos intentos de Daniel por cortárselo, durante un fin de semana mientras Maxime tomaba su baño, se habían enfrentado a tales aullidos de temor y de protesta por parte del pequeño, que había cejado en su empeño.

–De acuerdo, dejémoslo entonces en manos de los profesionales –había dicho Daniel entre risas–. Casi parece una niña.

A ojos de Sarah, lo único que Maxime parecía hasta la fecha era un bebé. La gente diría: «¿No se parece a su padre?» o «Pero si tiene tus ojos, Sarah», y ella mostraría complacida su acuerdo aunque sin ver nada de eso. Si bien los pequeños rasgos del niño –la boca, la nariz y los dos ojos redondos y negros– eran de una dulzura extrema y despertaban en ella todo su amor de madre, también eran claramente informes y no le recordaban a nada. El vínculo que la unía a él moraba en un lugar más hondo de su ser: era ese mudo orgullo, esa cálida comprensión que ella había percibido desde el embarazo y que se había forjado irrevocablemente mientras le había dado de mamar. Pero ese día pasó algo nuevo, su ocurrencia primera sobre el barbero estaba siendo gradualmente reemplazada por algo más, algo todavía difuso, quizá un recuerdo o un ligero vislumbre del futuro. Y de pronto, al inclinarse sobre él para tomarle en brazos, y mientras Maxime

sacudía la cabeza para liberarse por completo de la capucha, dejando libre su pelo, que volvió a caerle sobre los hombros, y ladeaba levemente la cara para mirarla, Sarah lo vio. Cerró los ojos durante un instante y volvió a mirarle. Allí, asomada a su rostro, apenas chispeando aunque sin retirarse, había una cara que ella casi había dejado de buscar. De pronto y con magnífica intensidad, Maxime le recordó a su madre.

A pesar de que Sarah no volvería a ver a Sophie Bensimon resplandeciendo en el rostro de Maxime con la sobrecogedora frescura de esa primera vez, entre los zapatos y los cachivaches que poblaban el trastero, tampoco volvería a perder de vista a su madre. Maxime le recordaría siempre a Sophie, sobre todo si el pequeño sacudía su pelo, esos rizos que ella tanto detestaba ver cortar y que tan a menudo le animaría a dejar crecer en años venideros.

En ese momento se limitó simplemente a sonreír a su pequeño de dos años y a pronunciar su nombre:

–Maxime.

Maxime le devolvió la sonrisa y, antes de tender los brazos hacia ella, respondió:

–*Bonhome*.

Y cuando la madre abrazó a su hijo entre las herramientas del jardín, las botellas usadas y las botas desechadas del trastero, pensó que quizá ese verano había llegado el momento de regresar por fin a París y concluir el asunto pendiente con el banco de la avenue Victor Hugo.

PARÍS, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1899, SÁBADO

Suzanne trabaja de maravilla. Jean y yo comentábamos esta mañana que se ha adaptado muy deprisa y que es muy afectuosa. Supongo que estamos tan habituados a Félicie que nos parece normal que una criada se encoja de hombros o esboce una mueca de fastidio cuando se le propone una cena para invitados, pero es agradable trabajar con alguien que parece ver en los convites especiales una buena ocasión para mostrar su talento. Espero y deseo que Félicie no la ahuyente como hizo con Geneviève, aunque al menos parece haber aceptado que la nueva se encargará de la mayor parte de las labores de la cocina. Marie-Marguerite y Anatole vinieron a cenar anoche y Suzanne se lució. La *blanquette de veau* estaba absolutamente aterciopelada, y ella es lo suficientemente inteligente como para que nadie deba decirle que no se puede servir un budín cremoso después de una espesa salsa como esa, y sirvió una estupenda y crujiente tarta de manzana que elaboró con las primeras manzanas de la temporada.

Comentamos el *affaire* Dreyfus durante la cena. Si bien había pasado mucho tiempo desde la última vez que Adrien y yo tuvimos una conversación sincera sobre un tema tan difícil, Marie-Marguerite no es de las que se arredran ante ningún tema simplemente porque resulte controvertido, y no dudó en decirles a los hombres que se equivocaban. Yo estaba diciendo que me entristecía que Dreyfus hubiera aceptado el perdón, pero que me parecía que quienes le criticaban estaban siendo muy duros con él. Por mucho que defiendan el valor de los principios, nadie les ha pedido que cumplan una condena de cinco años en la isla del Diablo. Anatole no puede dejar a un lado su postura oficial y ahora se muestra discretamente silencioso sobre el asunto, pero Adrien y yo convenimos en que Dreyfus no tuvo más remedio que aceptar el perdón y poner punto y final al asunto. Marie-Marguerite defendía una postura más purista y afirmó que espera todavía presenciar un juicio como es de rigor. «Ya tuvo un juicio justo», estalló Adrien; a lo que ella replicó: «Pero no un veredicto justo».

Envalentonada quizá por el amigable ambiente de nuestra cena en familia, Marie-Marguerite no se contentó con eso y le dijo a Adrien que debería tener más consideración por mis sentimientos a la hora de comentar el asunto. Cuando intenté hacerla callar, ella insistió: «No creo que debas poner distancia entre tu leal esposa y tú dejando que crea que te has puesto del lado de quienes muestran tan solo un ciego prejuicio contra los judíos».

Adrien respondió, como lo ha hecho en otras ocasiones, que creía que el asunto nada tiene que ver con cuestiones de raza o de religión, pero Marie-Marguerite le contestó que, de ser así, debería dejar más clara su desaprobación de la facción antisemita. En ese momento, Anatole decidió intervenir y le pidió que zanjara su intervención. Ella simplemente se limitó a encogerse de hombros, haciendo caso omiso de su protesta, y respondió: «Bueno, simplemente intentaba salir en defensa de Jeanne», y ahí lo dejamos, pasando a otros temas. Aunque fue un momento tenso, no estropeó la cena. Al parecer por fin somos capaces de aceptar que nuestras opiniones difieren. Y eso es lo que debería hacer toda Francia antes de zanjar el asunto.

Marcel escribe desde Évian para pedirme que le envíe mi ejemplar del libro que La Sizeranne ha escrito sobre Ruskin en el próximo correo, pero no logró dar con él. En cualquier caso, para cuando lo encuentre él ya estará de nuevo en casa.

PARÍS, 6 DE OCTUBRE DE 1899, VIERNES

Le he dicho a Adrien que no sabría decirle cuánto tiempo más puedo soportar seguir viviendo en este apartamento. Este otoño, tengo la impresión de que me duelen todos los huesos. Aunque intento no molestarle con mis quejas, no hay ninguna razón que nos impida mudarnos pronto. Después de todos estos años, creo no equivocarme al decir que el boulevard Malesherbes se le ha quedado pequeño. Y aunque yo jamás he intentado hacernos subir ningún peldaño en la escala social, como tampoco he deseado frecuentar el Faubourg, opino que deberíamos disfrutar de lo que nos hemos ganado en la vida. A pesar de que el doctor insiste en que debe viajar a los puertos del Mediterráneo antes de que puedan completarse las negociaciones sobre el *cordon* –realmente todo parece indicar que los ingleses por fin firmarán–, todavía mantiene viva la esperanza de que podrá terminar de escribir su libro en primavera. Quizá exista un intervalo entre ambas cosas durante el cual podamos intentar un cambio de residencia.

Marcel parece totalmente decepcionado con su novela y se compara con Casaubon, el personaje de Eliot, haciendo acopio de trivialidades intelectuales que no tienen la menor utilidad. Qué imagen más triste viniendo de boca de un joven. He intentado tranquilizarle y le he animado a que prosiga con su obra ahora que ha vuelto de vacaciones. Le he sugerido que ideemos un calendario y dosifiquemos así su trabajo diario, pero él ha desestimado la idea de inmediato y ha añadido que lo único que ahora le interesa es Ruskin. La prima de Reynaldo conoce bien su obra, supongo que por ser inglesa y pintora, y Marcel dice que le ha escrito para pedirle su consejo y para que le envíe un informe sobre todos los libros de Ruskin que haya leído. A pesar de que todavía no se encuentra ninguna traducción al francés de sus obras, Robert de Billy promete también ayudar a Marcel con sus lecturas en caso de que los originales en lengua inglesa le resulten impenetrables.

PARÍS, 13 DE OCTUBRE DE 1899, VIERNES

Marcel pasa todo su tiempo en la biblioteca, inmerso en la obra de Ruskin, y solo sale de ella ocasionalmente para encontrarse con la camarilla de Antoine en los cafés. Me ha propuesto un viaje a Amiens con el propósito de ver la catedral con ojos nuevos y ruskinianos, y también a Bourges. No he estado nunca en esta última ciudad, ni he vuelto a Amiens desde que era niña. Naturalmente, he visto Chartres muchas, muchísimas veces, pues está muy cerca de Illiers. De hecho, hasta se veían las torres de la catedral desde la ventanilla del tren cada vez que íbamos y veníamos de allí. Yo creía que Chartres era el monumento más hermoso y que su decoración era sin duda más hermosa que la de Amiens, pero Marcel dice que eso es muy simplista de mi parte. A pesar de que no logro recordar cuándo fue la última vez que él fue a misa, pondrá de nuevo el pie en una iglesia para admirar la línea de una escultura o los colores de una vidriera. Siempre es así: el *curé* de Illiers a menudo le sobornaba para que asistiera a su clase de catecismo, prometiéndole que después le contaría todo sobre las ventanas. El fervor religioso de Marcel se ciñe exclusivamente al arte, aunque ahora que lo pienso, Ruskin es protestante. Tengo que pedirle al doctor que me dé algún remedio, porque este otoño me duelen espantosamente los huesos. ¡Cincuenta años ya! Cuando era niña, apenas podía imaginar que esta edad existiera.

PARÍS, 19 DE OCTUBRE DE 1899, JUEVES

El viaje de Marcel a Amiens ha sido todo un éxito. Ha vuelto a casa muy inspirado por todo lo que ha visto y tras haber comparado sus propias reacciones con las de Ruskin. He bosquejado una versión del texto de Ruskin en francés puesto que el libro sobre Amiens no está traducido, y al parecer le ha servido de gran ayuda, aunque sabe Dios lo olvidado que tengo mi inglés. Marcel está profundamente animado por esa nueva pasión intelectual, y ha regresado a casa en tren sin novedad. Jean le había preparado dos grandes termos con café por si no lo encontraba cuando lo necesitara, y Marcel se había enfundado ese viejo y horrible gabán, una prenda infecta aunque abrigada. A veces, abrigado así, parece viejo... y otras veces infinitamente joven: un pálido chiquillo vestido con la ropa vieja de su padre.

Adrien volverá a cenar a casa y, para variar, ha pedido un filete... «un buen filete sanguinolento preparado en mantequilla». Todavía me acuerdo de cómo arrugaba *Papa* la nariz de asco cuando le ofrecíamos ese plato.

PARÍS, 24 DE OCTUBRE DE 1899, MARTES

Leemos en *Le Figaro* la noticia de la muerte de Ruskin. Triste, aunque era ya un anciano y al parecer en sus últimos años había enloquecido un poco. Naturalmente *Le Figaro* no lo menciona en el obituario. Marcel está encantado con la idea de escribir una loa. Aunque nadie disfruta con la desgracia ajena, debo reconocer que me ha encantado la idea. Me parece que es justo el pequeño y viable proyecto que él necesita, y además le proporcionará un buen motivo para escribir sobre Ruskin. Quizá su muerte reavive el interés aquí, en Francia, y Marcel pueda hacer más por él. Últimamente parece ser su única pasión. Georges ha venido a cenar esta noche. ¡Se está convirtiendo en un gran admirador de la cocina de Suzanne!

PARÍS, 30 DE OCTUBRE DE 1899, LUNES

El artículo de Marcel ha aparecido en *Le Figaro*. Es sin duda un artículo precioso en el que describe sus viajes a Amiens y a Bourges, y ahora cree que podría llenar el vacío existente y dar a Francia las traducciones que Ruskin merece. Me alegra verle comprometido con semejante proyecto y le he prometido que le ayudaré en lo que pueda. Marie Nordlinger también está dispuesta a ayudarlo, por el momento tan solo por correo, aunque dice que tiene planeado viajar pronto a París para visitar a Reynaldo y a su familia. Le ha prestado a Marcel su ejemplar de *La reina del aire*, lleno de notas propias en el margen. Debe de ser una joven realmente inteligente, de eso no cabe duda. He aconsejado a Marcel que espere un poco antes de hacer a su padre participe de su plan. Debemos elegir el momento adecuado.

—No.

Niega con la cabeza y al hacerlo se le suelta un rizo que ahora le cruza la frente. El rizo se queda allí, inmóvil sobre la frente como un negro signo de interrogación y dándole un aspecto de cierta vulnerabilidad, más accesible que antes. Aun así, se muestra inflexible en su negativa.

—No. No está aquí.

—Pero ¿por qué no? Estaba aquí ayer.

—Eso fue ayer. Hoy es 5 de octubre.

—¿5 de octubre?

No responde. Parece ofendido por mi ignorancia y guarda silencio.

—De acuerdo, es 5 de octubre... —insisto, pero el empleado norteafricano se limita a lanzarme una mirada furiosa.

No dejo que su mirada me amilane y clavo en él los ojos. Él se ablanda ligeramente.

—Su reserva es por un período de ocho días hábiles. Expiró a las cinco de la tarde de ayer.

—Ah, vaya. No me di cuenta.

—Ocho días. Así funciona el sistema.

—Pero podría haberme avisado...

—No me corresponde a mí recorrer la biblioteca recordando a los usuarios cómo funciona el sistema.

Se me ocurre que si el empleado no se ha molestado en comunicarme que mi reserva estaba a punto de expirar, probablemente me esté ocultando también otra información importante.

—¿Puedo renovarla?

Guarda silencio durante un largo instante y luego deja escapar un suspiro antes de sacar una hoja de papel de debajo del mostrador. Al parecer, he ganado.

—Rellene esto.

Así lo hago. Luego le devuelvo el papel. Él suspira una vez más.

—Llevará un par de horas. Hemos devuelto la carpeta al almacén y no tenemos tiempo de ir ahora mismo. Si nos hubiera dicho que pensaba renovar, podríamos haber conservado la carpeta en la estantería de reservas, pero ahora tendré que volver al almacén...

Pierdo la paciencia.

—¿Y cómo iba a decirle que quería renovar si no me ha avisado de que la reserva estaba a punto de expirar?

–Bueno, mademoiselle, no me corresponde a mí contar los días de la semana por usted. La fecha aparece claramente especificada en el impreso: 23 de septiembre.

–Sí, dice «septiembre», pero no que expira al cabo de ocho días.

–Bueno, mademoiselle, mi obligación es ceñirme a las normas del sistema...

Me doy por vencida.

–Por favor, le agradecería que recuperara la carpeta cuando tenga un momento.

Hay un retraso de unos cuarenta minutos –aunque sospecho que el empleado no está ocupado, entiendo que debe de tenerme esperando para hacer creíble su argumento–, pero la Carpeta 263 vuelve a aparecer por fin en la estantería de reservas y otro de los empleados la lleva en el carrito hasta mi mesa. Me reúno así con la libreta que cubre los años 1899, 1900 y los primeros meses de 1901. Son los años de las traducciones que Proust hizo de la obra de Ruskin. Su madre le ayudó inconmensurablemente con el proyecto, aunque bien está decir que Marcel confió mucho en Marie Nordlinger, que no tardaría en visitarle constantemente. Los biógrafos de Proust nos cuentan que Marie era prima de Reynaldo Hahn, pintora y diseñadora de joyas, aunque yo estoy intentando encontrar algo más.

PARÍS, 2 DE NOVIEMBRE DE 1899, JUEVES

Una noticia cuanto menos fastidiosa. Al parecer, un inspector ha estado vigilando en la biblioteca y ha reparado en la ausencia casi permanente de Marcel. Esta mañana ha venido el bibliotecario a ver a Marcel y le ha informado de que debe normalizar su situación en la biblioteca antes de que termine el año. He tenido que tomar yo el recado porque él todavía no estaba despierto. Me entristece acordarme de cuánto nos entusiasmó la idea de que consiguiéramos un empleo en la Mazarine, aunque fuera solo ordenando y catalogando libros. Poco podíamos imaginar en aquel entonces lo utópico que era creer que Marcel se comprometería en firme con una profesión. Es como su salud: cada vez que creemos que ha dado un paso permanente adelante, resulta ser una fantasía pasajera o un cambio ilusorio.

Dick llega del hospital cargado de historias. Está que no cabe en sí de gozo trabajando con pacientes de verdad. Cuando le he dicho que debían de parecerle muy desagradables, puesto que solo aparecen en el hospital aquellos que no pueden costearse un médico, se ha limitado a reírse y me ha dicho que cualquier ser humano con vida es más agradable que un cadáver. Y sin duda tiene razón: cuando nos casamos, Adrien me decía a menudo que los cadáveres de la facultad eran los cuerpos de viejos vagabundos hallados muertos debajo de los puentes, con los dientes podridos y las vísceras en estado de descomposición. No creo que la fuente de los cuerpos haya cambiado, simplemente sucede que a medida que me hago mayor tanto el doctor como Dick parecen estar de acuerdo en que deben ahorrarme esos detalles; una medida del todo innecesaria, puesto que tampoco es que nadie me pida que mire los cadáveres. Recuerdo que cuando *Papa* murió, parecía dormir, y *Maman* estaba realmente hermosa: descansaba en paz y en cierto modo parecía haber recuperado la salud.

PARÍS, 6 DE NOVIEMBRE DE 1899, LUNES

Aunque no me gusta quejarme a Adrien, espero que podamos mudarnos antes del invierno. Esta semana hemos visto dos apartamentos. Desgraciadamente, ninguno servirá. La rue de Longchamp es demasiado estrecha y está demasiado lejos para Adrien, aunque me encantaría estar más cerca del Bois. Por otro lado, el de la rue de la Boétie es un apartamento precioso pero me temo que la calle no sea lo bastante silenciosa. No tiene sentido tomarnos todas las molestias que supone una mudanza para mejorar nuestra situación en tan solo una mínima proporción. Ciertamente necesitamos un lugar más aireado y con una calefacción más moderna. Este reumatismo me fatiga espantosamente. Quizá es que no podemos esperar mantener una buena salud más allá de los cincuenta, y es indudable que he perdido mucho desde mi último cumpleaños y mi cambio de vida; aunque el doctor es quince años mayor que yo y sigue tan vigoroso como siempre. Ni que decir tiene que ambos hemos ganado en volumen, pero su edad no le impide en ningún momento trabajar. Yo, por mi parte, apenas he salido de la cama en todo el fin de semana.

PARÍS, 16 DE NOVIEMBRE DE 1899, JUEVES

Adrien está encantado consigo mismo porque ha preguntado al doctor Pozzi y ha descubierto que hay un apartamento en el boulevard Haussmann, propiedad del marqués des Réaulx, que quizá nos convenga. A juzgar por las descripciones, es lo bastante grande. Adrien y yo iremos a verlo mañana.

Marcel se ha dado de baja en la biblioteca. Su renuncia parecía la única solución sensata a la situación. Supongo que tampoco hay mucho que lamentar. Después de su entrevista no ha vuelto a poner los pies en la Mazarine. Aunque mantiene su correspondencia ruskiniana con Marie, que sigue en Manchester, todavía tenemos que elegir el texto para nuestra propuesta de traducción.

Georges y Émilie vinieron ayer a almorzar. Georges nos habló de un ingeniero que ha conocido que trabaja en la nueva línea del Métropolitain, y se mostró muy entusiasmado con el proyecto; aunque debo decir que parece que llevarán una eternidad construyéndola, y me pregunto si llegará a funcionar algún día. En cualquier caso, el de Londres es muy útil, de manera que debemos tener también uno aquí.

PARÍS, 22 DE NOVIEMBRE DE 1899, MIÉRCOLES

Marcel ha escrito a uno de los socios del marqués al que conoce, y le ha explicado pacientemente que Adrien no acostumbra a recibir a pacientes en casa. Al parecer, el marqués cree que un profesional de la medicina provocaría demasiadas idas y venidas en el edificio. Hemos intentado explicar a su agente que ese no es en absoluto el caso; el trabajo del doctor se centra completamente en la investigación y en las clases que imparte en la facultad. Hace años que no acepta pacientes privados con regularidad. Estoy segura de que simplemente nos están desairando y que el marqués no entiende quién es Adrien ni cuál es la posición que ocupa en la universidad. Estos aristócratas que no trabajan nunca sabrán reconocer el valor de un trabajador incansable que, junto con sus colegas, ha salvado sin duda a la mitad de Europa del cólera. Si Adrien hubiera sido elegido para ocupar un lugar en la Academia, no nos habrían tratado así. Aunque le he sugerido que escriba directamente al hombre, Adrien no quiere ni oír hablar de ello, y dice que lo mejor será que esperemos a que regrese del extranjero y volvamos a insistir el año que viene. Menuda decepción, sobre todo porque parecía una rápida solución a nuestras cuitas domésticas.

Ayer estalló una fuerte pelea en la cocina porque Suzanne había comprado una lata de guisantes e insistía en que al menos los probáramos. Félicie se negó en redondo y Jean me llamó para que mediara entre ambas. Les dije que todos podíamos probar una cucharada, pero no logré convencer a Félicie. Aunque el sabor me pareció pobre, Jean dijo que los encontraba muy buenos y añadió que le gusta que los guisantes estén un poco blandos. Después de todo, Suzanne se mostró muy poco convencida y le dijo a Félicie que utilizaría alimentos enlatados solo si su sabor igualaba el de los productos frescos, con lo cual consiguió en cierto modo aplacarla. Sin embargo, Suzanne ha estado también mirando esas cocinas nuevas y sueña con el día en que compremos una. A decir verdad, me mostraría más firme con ella si no creyera que tiene auténtico talento y sabe combinar lo nuevo con lo viejo. Mientras que Félicie predice el fin de la gastronomía, yo veo que Suzanne no solo estudia los nuevos aparatos sino que ha observado atentamente cómo Félicie deja cocinándose durante la noche su *bœuf en daube*.

PARÍS, 8 DE DICIEMBRE DE 1899, VIERNES

Hemos firmado el alquiler de la rue de Courcelles y nos mudamos en febrero. La labor que nos espera resulta cuanto menos intimidatoria, pero el alivio que supone haber dado con el lugar adecuado es inmenso. Me alegró sobremanera que finalmente no llegáramos a un acuerdo con el marqués, porque el apartamento es mucho más agradable, espacioso y luminoso, con la electricidad pulcramente instalada en toda la casa, puesto que fue decorada pensando en ella, de modo que no hay a la vista ninguno de los cables que tenemos aquí. En comparación con el descuido que reinaba cuando empezaron a instalarla, hoy en día cuidan de ello exquisitamente. La única instalación de gas que siguen manteniendo es la de la cocina, ¡para los fogones! Cierto: en el apartamento no ha habido nunca gas, de ahí que las paredes estén bellamente brillantes y limpias y carezcan de todas esas marcas que Jean no para de frotar, aunque en vano. El ascensor es una maravilla, silencioso y suave hasta el punto de que apenas nos damos cuenta de que se mueve, y Adrien dice que podemos incluso pedir que nos instalen el teléfono antes de mudarnos.

Él y yo ocuparemos habitaciones contiguas. Nos ha parecido una buena oportunidad para llegar a un acuerdo sensato. Yo me muevo tanto a causa de mi reumatismo que no le dejo dormir. Las dos habitaciones son sin duda una solución mejor, aunque después de todos estos años resultará triste no compartir cama. Si hace ya tiempo que echo de menos sus placeres más viriles, me verá también privada de sus comodidades más amables, como lo es la tranquilidad que proporciona tener a un hombre dormido a mi lado. Es así como con la edad renunciamos a ciertas cosas, sin protestar aunque sin dejar tampoco de lamentarnos.

Marcel está inquieto y se muestra preocupado por la alteración que provocará la mudanza. Aun así, el doctor está encantado de haber dado por zanjado el asunto, pues ahora puede retomar su trabajo.

PARÍS, 1 DE ENERO DE 1900, LUNES

Todo ese escándalo –¡menuda algarabía la de anoche!–, y a decir verdad el mundo no me parece muy distinto esta mañana. Tampoco es que deba serlo, aunque es como cuando somos niños y nos despertamos el día de nuestro cumpleaños y creemos que tener diez años debería ser diferente a tener nueve, como si nuestros ojos debieran haber cambiado de color o como si nos tuviera que haber salido un dedo más durante la noche. Pero no, somos los mismos. Cuando llega el cambio, es al principio inapreciable y, en cuanto podemos percibirlo, es ya irreversible, como mis canas.

Dick sigue declarándose contrario a la postura del Gobierno, que mantiene que el siglo no empieza hasta el próximo 1 de enero, empeñados como están todos en ese debate sobre ceros que yo no alcanzo a entender. Lo mismo les ocurre a la mayoría de los parisinos, pues a pesar de las disposiciones del Gobierno y de todos esos ceros, han salido a celebrar el nuevo siglo a las calles.

Hugo dijo que si el siglo XIX fue magnífico, el XX será un siglo feliz. El doctor cree firmemente que podremos curar nuestras enfermedades y que hablaremos por teléfono a diario. Aun así, me parece que nuestros corazones siguen siendo los mismos, tan capaces de experimentar felicidad, amor, altruismo y gracia como de albergar odio, envidia, desprecio y amargura. Tan capaces de la pequeñez y de la grandeza como siempre.

En cierto momento de especial optimismo y riqueza para sus vidas –¿la noche de fin de año de 1989? No, debe de haber sido antes, quizá durante la Navidad de los prósperos años 1987 o 1988–, mis padres dan una gran fiesta. La puerta de nuestra casa de Westmount se abre para recibir a viejos amigos, nuevos contactos, valiosos clientes y familiares de confianza que irrumpen en nuestro espacioso recibidor acompañados de pequeñas ráfagas de viento frío y esa particular energía invernal provocada por el aire gélido y el jubiloso entusiasmo. Los invitados se retiran al guardarropa para quitarse las prendas de abrigo, agachándose torpemente para desprenderse de los chanclos o desabrocharse la cremallera de las botas, retenidos por sus gruesas capas de ropa y apremiados por su deseo de unirse a la fiesta. Saludan a mis padres con gritos de alegría y de ánimo, haciéndoles entrega de pequeños obsequios de comida y de vino, cajas de mantecados, gelatinas de fabricación casera, un reserva especial o una vela de olor.

De pie en el vestíbulo, mi madre parece abrumada: por el magnífico evento, por su ostentoso vestido de noche, por la presencia mucho más inmensa de mi padre a su lado. Sonríe, visiblemente tensa; él está resplandeciente. Yo he cumplido ya veinte años y tengo edad suficiente como para saber que no estoy siendo justa con ella. A mamá nunca se le ha permitido vivir en su propio país. Nunca sabe realmente dónde está.

–Danzer, ¿cómo estás? –mi padre está en su elemento–. Cariño, ¿te acuerdas de Michael?... *Bonsoir, bonsoir... Chérie, enfin... Marie, viens ici.*

Papá me lleva hacia las visitas más recientes. Espera que algún día me haga cargo de su empresa y quiere presentarme a su círculo profesional. O quizá, durante esta expansiva noche, simplemente desee compartir su buena fortuna, mostrar la familia a sus amigos y viceversa. *Grand-mère* está también presente, presidiendo elegantemente la velada desde su sillón de orejas situado junto a la chimenea del salón, saludando regiamente a todo aquel que se acerca a ella para charlar, sonriendo tan benignamente cuando está sola que despoja esos momentos de todo atisbo de tensión. Max está también aquí, revoloteando junto a mi codo –«¿Puedo ayudar en algo?»– y desapareciendo al instante entre la multitud, dispuesto a encontrar a nuestros amigos de McGill.

La noche brilla a la luz de las velas, con una calidez dickensiana.

Hacia el final de la velada, estoy de pie en el vestíbulo, en compañía de un grupo de

invitados que entre risas ayuda a una mujer en avanzado estado de embarazo a buscar sus botas entre una caótica colección de prendas. Mi madre ha olvidado retirar las cosas de la familia, de modo que el pequeño y estrecho espacio está a reventar con los abrigos, las pieles y las botas de invierno de nuestros invitados y nuestros propios paraguas, zapatillas de deporte, gabardinas y raquetas de tenis.

–Son negras, altas, casi me llegan a la rodilla... –la mujer no puede agacharse, de modo que se queda de pie a nuestra espalda dando instrucciones mientras los demás nos arrastramos a sus pies.

–¿Son estas, cariño? –su escandaloso marido sostiene en alto unas galochas de goma de hombre y todos nos reímos.

Justo cuando el momento se ha alargado demasiado para seguir resultando divertido y yo he empezado ya a organizar todos los zapatos y las botas en distintas filas en un intento por mantener a raya un arrebató de auténtica desesperación, la mujer embarazada, olvidando momentáneamente el volumen de su tripa, salta:

–Vaya, se me olvidaba. Llevaba las marrones.

Habíamos estado buscando las botas equivocadas. Nos reímos sin parar y, mientras la pareja se marcha con las botas marrones firmemente agarradas, nosotros seguimos en el vestíbulo, como deseosos de permanecer un rato más en este divertido lugar.

Hay un paragüero en un rincón de la habitación, uno de esos cilindros de porcelana con un dragón de color naranja contorsionándose a un lado. Max lo espía y, movido por un capricho, presa quizá del deseo de encontrar un motivo que prolongue nuestra presencia aquí, saca del paragüero un bastón de bambú, blandiéndolo en alto en el estrecho espacio. Es el bastón de mi padre, un objeto que lleva en mi casa desde que tengo memoria, y en el apartamento de París antes de eso, tan poco utilizado y aun así tan omnipresente que siempre he obviado su existencia y jamás lo he valorado. Sin embargo, cuando Max finge utilizarlo como una espada, gritando «*En garde!*», se me ocurre que, conociendo tanto el oficio de mi padre como sus pasiones, quizá sea una antigüedad de mucho valor.

–Ten cuidado, Max. Es de mi padre.

Pero Max no me hace mucho caso y sigue batiéndose con él, obligándome a retroceder hacia el fondo de la habitación. Ahora baja por fin el bastón, agitándolo a mis pies como si se batiera de pronto con un perro que intentara morderle. Luego intenta maniobrarlo entre mis tobillos, como si deseara levantarme la falda larga con él, y cada vez que le esquivo entre risas él insiste, empeñado en hincarme el bastón entre las piernas. De pronto, el ambiente se ha vuelto extraño y la hilaridad se ha evaporado. El significado de su gesto es demasiado obvio para que pueda pasarlo por alto. Mientras la risa me sofoca y un jadeo emerge de mi garganta, soy plena y bruscamente consciente de que hay turbación entre los pocos observadores que quedan en la habitación, y también, simultáneamente, me obligo a recordar a Susan, la de los ojos asombrosamente redondos.

Sé perfectamente lo que Max está haciendo, y la palabra, en el contexto de nuestra impetuosa amistad, me coge por sorpresa. Max está flirteando. Conmigo.

Le aparto a un lado de un empujón y regresó al *hall*.

–Vayamos a tomar algo.



PARÍS, 20 DE ABRIL DE 1900, VIERNES

La casa es un auténtico alboroto mientras preparamos las maletas para viajar a Venecia: todo se ha hecho a toda prisa, aunque nos hemos divertido enormemente. Marcel ha decidido de improviso que debemos viajar esta primavera, aprovechando que Reynaldo está en Roma y que está dispuesto a esperarnos allí, y Marie está ya de visita en compañía de su tía.

Adrien ha preferido hacer caso omiso de toda esta actividad y se ha retirado a su estudio para concentrarse en sus últimas revisiones, que han quedado visiblemente abandonadas a causa de la mudanza y de las negociaciones en las que ha estado inmerso este invierno. Dice que, a más tardar, el manuscrito debería estar en manos de su editor el mes que viene y está realmente satisfecho con su progreso. Supongo que debería intentar leer su libro cuando salga, por incomprensible que me resulte. Si mal no recuerdo, me libré de la lectura del último. Él simplemente se ríe y dice que no tiene importancia que yo no lea sus investigaciones, pues no espera que una profana las siga. Aun así, mis obligaciones como esposa quizá conlleven la obligación de tener cierta idea de lo que su obra contiene.

Dick me promete que me llevará a la Exposición cuando regresemos. Han aparecido imágenes realmente intrigantes en los periódicos, y hemos visto a toda suerte de dignatarios, entre ellos al príncipe de Gales.

VENECIA, HÔTEL DE L'EUROPE, 5 DE MAYO DE 1900, SÁBADO

Me he levantado inusualmente temprano esta mañana, mucho antes de que Marcel se deje ver, y tras calzarme unos buenos zapatos he salido sigilosamente a las calles. Si bien es cierto que durante este último año mis paseos se han visto severamente acortados, Venecia, a pesar de que cualquiera esperaría que el aire del mar fuera húmedo, parece haberme revitalizado. He conseguido dar un buen paseo desde el hotel hasta las pequeñas callejuelas situadas al otro lado de la Piazza San Marco, llevando detallada cuenta del número de puentes que cruzaba por temor a perderme. En una silenciosa plaza me ha sorprendido un espectáculo realmente inusual del que he disfrutado desde el puente que la sobrepasaba, entre el deleite y el horror. La plaza estaba llena de gatos, quizá unos veinte o treinta. Eran sin duda más de los que he visto nunca en el mismo lugar. No parecían gatos domésticos, sino callejeros, casi salvajes, y estaban terriblemente escuálidos. Verme allí mirándolos desde lo alto mientras ellos tomaban el sol en la plaza como bañistas en una playa ha sido un instante verdaderamente peculiar. Marcel está totalmente fascinado con la arquitectura y sale todas las tardes con Marie y con Hahn a admirar los edificios, con Ruskin como guía. Mientras tanto, a esa hora yo me quedo en mi habitación como hacen los italianos, cuya capacidad de quedarse despiertos hasta tarde, comiendo y bebiendo, y de levantarse temprano por la mañana queda razonablemente explicada por sus prolongadas desapariciones durante la tarde. A las dos el hotel se convierte en un lugar absolutamente fantasmal y no vuelve a la vida hasta la hora del té. Yo tomo el té en el vestíbulo, un rincón absolutamente encantador con unas exquisitas vistas al canal.

«Todo gran arte es obra de la criatura viva en su totalidad: de su cuerpo y también de su alma, y sobre todo de su alma», escribe nuestro Ruskin en *Las piedras de Venecia*.

VENECIA, HÔTEL DE L'EUROPE, 10 DE MAYO DE 1900, JUEVES

Marie es sin duda una joven encantadora, dotada de una gran inteligencia y de amplios conocimientos literarios sin resultar jamás pretenciosa. Habla de arte y de arquitectura con total seguridad, y con todo su entusiasmo por la cuestión, logra impartir gran cantidad de información sin llegar a resultar inoportunamente pedagógica. En ese aspecto, Marcel y ella hacen una pareja perfecta, pues comparten los mismos intereses y el espíritu alegre de Marie consigue contrarrestar la clara tendencia que muestra Marcel a obsesionarse cuando un tema le captura. Marie bromea con él sobre sus pasiones, y él siempre se toma sus chanzas con buen humor, consciente de que ella es tan erudita como él sobre el tema en cuestión. Reynaldo, que llegó anteayer, se ríe viéndoles juntos, feliz por habérsela presentado a Marcel.

Aunque quizá Marie no sea exactamente la clase de mujer que los hombres consideran hermosa, su apariencia es sin duda llamativa. Tiene unos ojos redondos y saltones, como un par de grosellas rojas a punto de reventar bajo su piel, que, aunque en ciertas personas resultan espantosos, por algún motivo en ella son encantadores. El iris es de color caoba, como lo es también su abundante cabello, pero su piel es marfileña. La nariz ligeramente semítica, aunque delicada, otorga fuerza pero no agresividad a su rostro. Indudablemente, su fisonomía está en perfecta concordancia con su carácter.

Ayer tomamos el té con su tía, una refinada judía alemana que no habla francés, aunque sí un buen inglés. Yo me expresé como pude en inglés –cuesta siempre más hablarlo que leerlo–, mientras Marie hacía las labores de traductora con Marcel. Resultó finalmente una animada conversación en la que todos asentíamos a un lado y a otro antes de entender realmente las palabras de quien nos hablaba. La señora estuvo hablando a Marie y a Marcel de una pequeña iglesia situada en las calles que están detrás de la Salute y que, según dijo, merecía la pena visitar.

VENECIA, HÔTEL DE L'EUROPE, 18 DE MAYO DE 1900, VIERNES

Una vez más dediqué la tarde de ayer a contemplar con detalle la basílica de San Marcos, piedra a piedra, por dentro y también por fuera, aunque me fue imposible recordar el análisis de Ruskin. En cambio, no hago más que ensayar una y otra vez distintas réplicas a Marcel o intentar justificarme, y al final he terminado por renunciar a hacer turismo y me he refugiado en el frescor de mi habitación de hotel, donde he pedido un revitalizante té helado. Nunca he pretendido ser una madre sobreprotectora ni refrenar o entorpecer a mis hijos en sus propósitos. Al contrario: mesuradamente, he intentado siempre animarles. Jamás me he quejado de las bicicletas ni de la canoa de Dick. ¿Acaso no he dedicado horas a traducir distintos capítulos de *La Biblia de Amiens* y de *Las piedras de Venecia* a fin de que Marcel pueda prepararse para sus viajes? ¿No he organizado nuestro viaje hasta aquí? Aun así, está claro que Marcel me considera una carga y que preferiría viajar solo y así poder explorar la vida nocturna de la ciudad. Ayer, después de nuestra discusión, se marchó y no regresó a cenar al hotel. Esta mañana todavía no ha aparecido, aunque gracias a ciertas discretas pesquisas que he hecho en recepción, he podido saber que regresó tarde anoche y que todavía sigue en su habitación. Quizá le pase una nota por debajo de la puerta.

VENECIA, HÔTEL DE L'EUROPE, 21 DE MAYO DE 1900, LUNES

Pues bien, concluimos nuestra estancia en Venecia más animados después de habernos reconciliado el viernes y de haber pasado un agradable fin de semana asegurándonos de que no quede un solo lugar típicamente ruskiniano que no hayamos visitado. Echaré de menos a Marie, que se ha marchado a Inglaterra esta mañana. A pesar de su enorme entusiasmo por la vida, es un alma tierna y sé que Marcel la tiene en gran estima.

Ayer habíamos acordado disfrutar de un té de despedida en el vestíbulo, ya que Marie estaría ocupada más tarde, pues había de cenar con su tía en su última noche en Venecia. Yo me retrasé quizá unos instantes al bajar de mi habitación, y cuando llegué al salón de té, Marcel y Marie estaban profundamente concentrados en su conversación y no me vieron acercarme a la mesa. Al aproximarme, oí que Marcel recitaba un poema a Marie. A juzgar por el breve verso que llegó a mis oídos, se trataba de algún texto de sufrimiento romántico cortesía de De Musset. Apenas tuve tiempo de preguntarme cómo es que los hombres saben siempre que cualquier muestra de dolor cautivará a las mujeres, cuando fui consciente de que mi presencia allí estaba de más, pues Marcel se había llevado la mano de Marie a los labios. Justo cuando pensaba retirarme un poco e intentar volver a hacer mi entrada al salón, ellos me vieron y alzaron los ojos. Puesto que no deseaba ser motivo de tensión, me dirigí apresuradamente hacia la mesa, me puse cómoda y les relaté mi pequeña escena con los gatos, pues la mañana anterior me había levantado temprano para visitarlos de nuevo por última vez. Nos dedicamos entonces a comentar las peculiaridades de la vida diaria en esta ciudad de agua antes de decirnos adiós.

Creo recordar que en esa época Max tenía un gato en Montreal, o al menos a veces había un gato en su apartamento cuando yo le visitaba. Quizá simplemente estuviera cuidando de la mascota de un amigo durante unos días. De todos modos, me acuerdo de haber estado de pie en aquel diminuto apartamento con el animal ronroneando y frotándose contra mis piernas, reclamando mi atención. Creo que era de color naranja, naranja y blanco, y tenía el pelo largo. Supongo que era una hembra, o quizá no. De alguna manera, siempre damos por hecho que los gatos son hembras, aunque lo cierto es que en este caso no sabría decirlo.

Me agacho para tomarla en brazos, y en cuanto mis brazos se abren para recibirla, ella salta en ellos. Es una criatura amigable. Pues bien, mientras estoy allí de pie, con los brazos ocupados por el gato, acariciándole el pelo, Max se me acerca por la espalda y simplemente me rodea con sus brazos. Siento su cuerpo contra el mío y su abrazo conteniéndome con suavidad. Ninguno de los dos dice nada. Quizá las palabras sean innecesarias en este momento. O quizá no sé qué decir. No logro recordar cuál de las dos posibilidades es cierta. Lo único que recuerdo es que nos quedamos los dos allí de pie durante un buen rato, yo con el gato en brazos y él conmigo, cómodos en nuestra proximidad. Bueno, quizá sea algo más que comodidad. Apoyo la espalda contra él, a la vez excitada y tranquilizada por su abrazo. Durante una fracción de segundo, Max me estrecha aún más contra él. Aun así, seguimos allí de pie, inmóviles los dos.

Y supongo que fue entonces cuando la gata saltó de mis brazos al suelo.

PARÍS, 8 DE JUNIO DE 1900, VIERNES

Dejando a un lado las dudas de madame de Sévigné, que comparaba las traducciones con los malos criados que daban exactamente el mensaje contrario a aquel del que eran depositarios, avanzo desde el capítulo uno al tercero de *La Biblia de Amiens*. (El cuarto lo traduje para Marcel el pasado otoño, durante su último viaje aquí.) Su progreso es veloz, y devora cada una de mis libretas en cuanto las termino. A pesar de que a menudo me veo obligada a echar mano de mi diccionario –la falta de uso parece haber ralentizado mi inglés–, me las arreglo. Marcel me apremia constantemente, recordándome que no es necesario que mi traducción tenga nada de literario. Si bien he hecho todo lo posible por transmitir el inglés de Ruskin –complejo y autoritario aunque siempre elegante–, será necesario el hermoso oído de Marcel para convertirlo en un francés comparable al original. Y es que por mucho que su tema principal sea la catedral de Amiens, su modo de abordarlo es espiritual más que religioso: a ojos de Ruskin, más que definir un credo de la Iglesia, los arcos que surcan las alturas y las traslúcidas ventanas hablan directamente a un anhelo que mora en el hombre.

Con la excepción del comprensivo monsieur de Billy, los amigos de Marcel se han mostrado asombrados al saber que ha emprendido semejante proyecto, y Georges de Lauris ha dicho: «Diantre, pero si Marcel ni siquiera es capaz de leer la carta de un restaurante en inglés». Aun así, no veo por qué no ha de funcionar que Marcel lustre mi tosca labor, transformándola en su hermoso francés. Está consultando con Marie por correo algunas de las expresiones más complicadas, pues ella ha regresado a Manchester con su familia.

El doctor está visiblemente animado tras su última conversación con el doctor de Fleury y ahora realmente cuenta con el total apoyo del Ministerio en estas últimas y complejas negociaciones. Se marcha a Londres mañana y espera estar ausente toda la semana.

PARÍS, 19 DE JUNIO DE 1900, MARTES

Marcel por fin ha hecho partícipe a su padre de que hemos decidido traducir a Ruskin y Adrien nos ha mostrado su cauto apoyo, aunque después me ha dicho que duda mucho de que nadie pueda desear comprar un libro así. Aunque he intentado explicarle nuestro entusiasmo por el gran crítico británico –el modo en que nos lleva a examinar no solo la línea de un arco gótico sino también a pensar en la mano anónima que lo trazó en su día, inspirada por un amor simple y maravillado hacia el Todopoderoso que hoy, en nuestra era más avanzada, con todos sus adelantos tecnológicos, nos puede resultar difícil de entender–, no puedo asegurar que realmente estuviera escuchándome.

Dick está agotado a causa de su trabajo en el hospital. Estaba tremendamente entusiasmado cuando empezó, pero el horario que le exigen es cuanto menos ridículo. Los estudiantes disponen de pequeñas habitaciones a las que pueden retirarse para echar una cabezada cuando tienen que trabajar durante la noche, y a decir verdad sería mejor que trasladara allí su ropa y también sus libros, pues apenas le vemos en casa. Adrien se muestra implacable con él y dice que él trabajó tanto o más duro durante sus últimos años de carrera. Es una mula en lo que concierne al trabajo, y le resulta imposible creer que alguien no tenga su misma energía. De hecho, me preocupa que siga dedicando tanta energía a sus múltiples proyectos, embarcándose en sus viajes a Londres y al Mediterráneo a pesar de que esta primavera celebraremos su sexagésimo sexto cumpleaños. Indudablemente, algunos de sus colegas siguen dando clase en la facultad después de los setenta si gozan de buena salud, pero intuyo que tiene intención de dedicar a su trabajo los últimos años que nos quedan juntos. Aunque tampoco es que haya hecho nunca otra cosa: su profesión ha estado siempre por delante, como debe ser, pero cuando el *cordón* quede por fin establecido, espero que podamos descansar.

Como Marcel se ha puesto del lado de su padre y de su hermano, he acabado por dar mi brazo a torcer en la cuestión del teléfono. Marcel dice que Antoine es tan aficionado a utilizar ese aparato, que sus amigos le conocen con el sobrenombre del Telephas, y mi lobezno desea tanto que nos demos de alta en la línea que no he podido negarme.

PARÍS, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1900, JUEVES

Marie N. está en la ciudad y vino a vernos ayer. Después de haber salido durante tres noches seguidas, Marcel ha debido guardar cama con repetidos brotes de insuficiencia respiratoria y no estaba levantado a las tres, cuando ella ha llegado. Hemos tomado el té juntas y hemos disfrutado de una charla encantadora sobre su trabajo en Londres –ha convencido a una nueva galería para que exponga algunas de sus esculturas– antes de que yo fuera a ver si Marcel estaba en condiciones de recibirla. Él me ha pedido encarecidamente que la llevara a su habitación, pero yo no estaba segura de que eso fuera lo más apropiado, sobre todo para una joven británica, pues los ingleses son a menudo más puntillosos sobre estas cuestiones que nosotros, los franceses, aunque es cierto que con el torso oculto bajo dos suéteres a pesar del calor reinante y con el resto bien tapado por las sábanas, difícilmente podría haberse calificado de indecente a Marcel. He acompañado dentro a Marie, y se ha quedado un par de horas. Llevaba consigo varios libros y Marcel estaba muy ansioso por disfrutar de la ventaja de las instantáneas respuestas de Marie a sus múltiples preguntas. Me gustaría saber qué habrá pensado Marie de él al encontrarle acostado a las cuatro de la tarde con las sábanas cubiertas de papeles, las cortinas corridas contra el sol, y el fuego ardiendo en la chimenea mientras el termómetro marcaba todavía veintisiete grados. Marcel ha estado consultando a menudo con Robert de Billy, cuyo inglés es sin duda mejor que el mío y que conoce a la perfección su arquitectura gótica. De Billy resulta especialmente útil en lo que concierne a todas esas partes de los arcos y de las puertas que, para desesperación de Marcel, yo confundo constantemente. Ayer vino a verme la viuda de Faure. Ha sido una negligencia de mi parte no haberla invitado antes, pues sin duda han pasado ya varios meses desde que dio por finalizado su duelo. Tiene muy buen aspecto y, aunque suene horrible, la percibo liberada por la muerte de su esposo. Me ha encantado mostrarle nuestro precioso nuevo hogar. ¡Y ella ha admirado, como es de rigor, todas sus maravillas!

PARÍS, 19 DE OCTUBRE DE 1900, VIERNES

A pesar de que el verano ha quedado definitivamente atrás, ¡podemos consolarnos de este descenso de las temperaturas con el teléfono! Los hombres tardaron prácticamente toda la semana pasada en instalar todos los cables –metros y metros de cableado–, y dedicaron la mayor parte del día de ayer a colocar el instrumento en el *hall*. Mentiría si dijera que es un aparato elegante, pero supongo que terminaremos por encontrarlo útil. Marqué el número de los Catusse a última hora de ayer simplemente para anunciar a Marie-Marguerite que la familia Proust estaba por fin oficialmente preparada para afrontar el siglo XX. Marcel está prendado con la idea de poder llamar por teléfono a sus amigos el día de una *soirée* para asegurarse de la hora en que estos piensan aparecer o con la posibilidad de llamar a una anfitriona para darle las gracias por el baile de la noche anterior, y ya ha intentado llamar a Antoine. Le he comentado que podría satisfacer perfectamente esas misiones con el habitual *petit bleu* (de hecho, está constantemente mandando a Jean a la oficina de correos con mensajes para este o aquel). Dick, que se ha encargado de supervisar todo, le ha defendido fervientemente y ha dicho: «¡Ya verás, *Maman*: pronto no habrá tubos neumáticos, solo cables telefónicos!». Anoche advertí a Adrien durante la cena de que será mejor que se ande con cuidado o el instrumento jamás estará disponible para sus llamadas profesionales. Jean estaba muy intrigado por toda la instalación y ha dicho: «Bueno, madame, cualquier aparato que nos evite salir a hacer recados hará más eficiente el *ménage*». Aun así, creo que quizá le parece que pierde mucho tiempo contestando al aparato y anotando mensajes. Félicie jura que no piensa tocarlo. Le he pedido a Marie-Marguerite que nos llame simplemente para probarlo, pero le ha llevado un buen rato ponerse en contacto con nosotros, de modo que cuando el timbre por fin sonó, nos habíamos trasladado al salón y ha habido una considerable carrera hasta el *hall* para contestar. Marcel ha sido el primero en llegar, pero no ha podido oír nada de lo que ella decía debido a los múltiples crujidos de la línea. Por fin, se ha cansado y ha colgado; pero Dick estaba tan ansioso por poder disfrutar de su turno que hemos tenido que volver a llamarla e intentar el experimento de nuevo, afortunadamente con mejor resultado esta vez.

PARÍS, 10 DE NOVIEMBRE DE 1900, SÁBADO

Tan pronto Marcel se ha recuperado de su resfriado ha salido a cenar con sus célebres amigos. A veces me gustaría saber si a estas alturas levantaría su sombrero a algún hombre que no tuviera un «de» o un «du» en el apellido. Está encantado con el grupo de De Brancovan: el hermano de madame de Noailles y compañía. Siempre tengo una ligera sospecha, y quizá sea una muestra de desagrado de mi parte, pero me pregunto si no consideran a Marcel un objeto digno de curiosidad más que otra cosa. Se burlan de nuestro trabajo sobre Ruskin porque carecen de esa suerte de proyectos. En fin, no es un grupo con la menor pretensión erudita, con excepción de madame de Noailles y su poesía, naturalmente, y hasta cierto punto también con la excepción de Constantin. Sin embargo, todos sus amigos carecen por completo de vocación. No son más que un puñado de hombres cultos desaprovechando sus cerebros porque su riqueza jamás requiere de ellos que se centren en una profesión. Aunque supuestamente Antoine entrará en el cuerpo diplomático rumano, hasta la fecha su vida parece consistir en unas largas vacaciones.

Al parecer cenan fuera todas las noches, y Marcel despierta siempre a los criados para que cumplan sus órdenes cuando llega a casa. Ayer intenté decirle que esto no es un *château* en el que los criados duermen al pie de nuestros lechos. El escándalo que hizo anoche cuando regresó logró despertarme de un sueño profundo. Aunque me alegra verle nuevamente recuperado, me gustaría que respetara unos horarios más cabales. Georges dice que me preocupo demasiado, y que si no me gustan sus horarios, Adrien y yo simplemente deberíamos darle una asignación adecuada para que pudiera establecerse en su propia casa. Es una propuesta del todo descabellada. Lo dijo ayer durante la cena simplemente para poner fin a mis quejas.

Una carta encantadora de Marie, que debería estar de regreso con nosotros el día de Año Nuevo, o al menos en casa de sus primos, los Hahn, ¡y visitarnos lo antes posible sin hacer sentir a la querida madame Hahn que su casa no es más que una pensión para los amigos de los Proust! Estamos rebosantes de preguntas sobre Ruskin.

PARÍS, 8 DE ENERO DE 1901, MARTES

Ayer por la tarde vino a visitarnos Marie con algunas notas para Marcel (las respuestas a sus últimas preguntas) y, como él todavía no se había levantado, me hizo compañía durante un rato. Me habló del deleite que provocan en ella las gárgolas de las catedrales y el hecho de haber reparado en que en realidad no son en absoluto imágenes cristianas, sino pequeñas bestias paganas que se remontan a las creencias populares previas a la religión de los sacerdotes. Acto seguido pasamos a comentar el modo en que, en calidad de judías o de librepensadoras –pues es así como Marie se define a sí misma–, podemos considerar Amiens. Marie es de la opinión de que el protestantismo de Ruskin le hacía más sensible a la belleza del arte católico porque, como hombre ajeno a la fe, su mirada era más perspicaz. Estuve de acuerdo con ella en que nuestra posición de apreciación y de respeto estéticos era preferible a la de quienes profesan una fe ciega, pues estos quizá no pueden distinguir entre la gracia y el honor de una Virgen gótica, con su manto profusamente plisado y esas manos cuidadosamente entrelazadas y exquisitamente labradas en la piedra, y los excesos de una espantosa *Pietà* descuidadamente pintada la semana pasada en un estudio parisino. Aun así, tuve que apuntar que el catolicismo de Marcel –que, aunque quizá resulte más sentimental que ferviente, es en todo caso una clara muestra de apego– no ha interferido en su apreciación. Al contrario: su familiaridad con la Iglesia siempre ha alimentado el amor que siente hacia su arte. Resumí todo esto en una breve nota a Marcel, pues salí a cenar con Georges y con Émilie y él todavía no había aparecido cuando llegó la hora de irme. No le he visto esta mañana, pero me dejó una respuesta en la que decía que ha dormido mal debido a una corriente de aire que se colaba por debajo de la puerta y que quería una colcha adicional para su habitación.

PARÍS, 20 DE ENERO DE 1901, DOMINGO

Últimamente me pierdo en la lectura de Ruskin: sus vertiginosas frases escapan a mi comprensión al tiempo que la descripción de una gárgola situada en el pórtico de la cara este o del contrafuerte del transepto da pie a otros discursos. Antes de darme cuenta se inicia una discusión sobre la naturaleza del hombre mientras, confundida, sigo con la mirada perdida en una virgen de piedra de la catedral de Amiens.

Ni que decir tiene que mi inglés no es todo lo bueno que cabría desear, de modo que el texto de Ruskin me resulta ligeramente difuso, fluido y lejano. Y sin embargo aquí, en esta otra lengua, podemos probar otras cosas del mismo modo que cuando estamos de vacaciones probamos un plato nuevo o nos desprendemos de un corsé. Además, cuanto más persevero más me invade una sensación de promesa. Marcel está tan solo unas páginas por detrás de mí, intentando entre jadeos ponerse al día con mi traducción. Yo trabajo diligentemente durante el día; él, febrilmente durante la noche. Yo he abandonado cualquier otra lectura y el tiempo sigue frío, de modo que la magnificencia del exterior no me tienta. El proyecto se realizará.

*Réaliser*. Si bien es cierto que a veces utilizamos el verbo «realizar»<sup>4</sup> —este proyecto no puede realizarse sin un firme compromiso, etc.—, mientras escribo la palabra sé que «completar» o «llevar a cabo» serían mejores elecciones, pues el oído anglófono capta antes el significado de ambos términos<sup>5</sup>. A pesar de que los francófonos toman prestado en ocasiones el significado inglés y utilizan *réaliser* en vez de «comprender», «reconocer» o «captar»<sup>6</sup>, su uso es chapucero y sin duda debía de resultar desconocido a madame Proust. «El proyecto se realizará», o «completaremos el proyecto».

Picoteo estas palabras, arrancándolas para ustedes y rechazando las que presentan alguna magulladura, apilándolas como bayas en una cesta. ¿Qué hacer con este rico botín? ¿Qué proyecto tengo aquí completado?

El lenguaje es un velo que me separa de la experiencia. Soy una avergonzada poseedora de mi inglés y de mi francés, y me regodeo con mi dominio de un extravagante coloquialismo en el caso del primero o de una laberíntica construcción en el del segundo como una niña que desfila sobre los zapatos de tacón de su madre. Hablo siempre con firme fluidez aunque las palabras son más un logro que un hogar.

El inglés cuenta al menos con el doble de vocabulario que el francés, y ofrece siempre a quien lo habla la posibilidad de elegir entre el anglosajón y la construcción de raíz latina. ¿Prefieres «empezar» tú o mejor «comienzo» yo? Hablar inglés es escoger cada palabra cuidadosa, inteligente, metódica y lentamente, pues el significado se encuentra en su vocabulario, transmitido en la elección de «barato» en vez de «asequible», «empujar» en vez de «propinar un empujón», o «amar» en vez de «apreciar». En francés, las posibilidades de elección son limitadas y el campo más restringido, pero el juego resulta más expedito y sutil. El significado radica en la sintaxis y en el orden en que colocamos las preciosas sílabas de las raíces latinas. Las decisiones deben tomarse tanto con ligera premura como con perspicaz anticipación: en cuanto nos embarcamos en una frase y hemos elegido una ruta y un mensaje, no hay vuelta atrás ni posibilidad alguna de hacer un alto y buscar una palabra distinta, pues existe solo una palabra correcta y la búsqueda presenta al interlocutor como un extraño a esta lengua.

Hablar inglés es cincelar figuras, imponentes aunque profusamente detalladas, en la solidez de la roca; hablar francés es componer sinfonías poéticas de sonidos que se derraman en cascada. Hablar una de las dos lenguas es vivir en una mansión; hablar las dos es saber que el lenguaje no es más que un juego. Los bilingües son donjuanes. Por

haber tomado a dos amantes, están constante e inevitablemente engañando a la una y a la otra.

Max es consciente de ello de un modo instintivo y se desliza en ese estrecho hueco. Siempre que puede, juega entre ambas lenguas, hablando ahora en una y ahora en la otra. Él y yo mantenemos una amistad bilingüe, cosa que, según mi experiencia, resulta poco habitual. Normalmente decidimos: o formamos parte de mis amigos ingleses o de los franceses, y seguimos fieles al idioma de nuestra elección a menos que nos veamos obligados a cambiar de lengua por la presencia de otros. Aunque no soporto hablar francés con mi madre, pues me resulta muy artificial, jamás hablaría inglés con mi padre a menos que mi madre esté también presente. Se impone una marcada sensación de que cada relación cuenta con su lengua natural, su lengua primera, por muy bilingües que sean sus miembros. ¿Prefieres que te conozca en inglés o que te conozca en francés? Decide.

Max y yo, sin embargo, ignoramos esta norma. Pasamos erráticamente de una lengua a la otra y él utiliza los cambios para deleitar y desestabilizar. Si es tarde y estamos hablando desganadamente de filosofía, él de pronto centrará mi atención en alguna particularidad, trasladando rápidamente la conversación al inglés. En el curso de una fría tarde, si estoy insistiendo en exceso en algún detalle doméstico antes de salir al cine o a alguna galería, él dejará de hablar en inglés para engatusarme y embaucarme en francés.

Y quizá haya elegido mi profesión movida por mi amistad con Max, o porque estoy atrapada en este juego. A mi padre le gustaría que completara mi eternizada licenciatura en Historia, que empezara a trabajar en su tienda de Crescent Street y aprendiera el oficio de anticuario. Lo intento durante un tiempo, aunque en vano. Soy incapaz de entender lo que un paisaje menor del siglo XIX colocado en el escaparate, con sus vacilantes nubes y ese estridente manto verde haciendo las veces de hierba, tiene que ver con Vermeer o con Caravaggio. Tampoco logro entender cómo el testarudo cliente con su traje de corte inadecuado es incapaz de apreciar la exquisita belleza de un cristal veneciano, que es mi artículo favorito de la tienda. Y por encima de todo, no entiendo el dinero. Por fin, mi padre tiene el buen tino de dar su brazo a torcer y no obligarme a permanecer en el negocio en contra de mi voluntad. Deja en cambio que estudie traducción en Ottawa y obtenga mi diploma de intérprete de conferencias, haciendo de mi confusión mi profesión y viviendo para siempre entre el lenguaje y el significado.

PARÍS, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1901, MARTES

A la vuelta de vacaciones no nos espera ninguna nota de Ollendorff. Temo que jamás publiquemos nuestra traducción de Ruskin, aunque Marcel me asegura que estas cosas siempre avanzan despacio.

Mientras tanto, él se distrae siguiendo a Antoine y a sus amigos, que han añadido a su grupo a Bertrand de Fénelon. Marcel está visiblemente encantado con él y dice que tengo que conocerle. Se trata de un conde, naturalmente. Sin embargo, en cuanto me ve arquear una ceja, Marcel les defiende a todos y comenta que son partidarios de Dreyfus y que lo han sido desde el principio.

Adrien dice que debe visitar Londres al menos dos veces durante el otoño, ahora que por fin están estableciendo los parámetros de una oficina de higiene pública. Se muestra agradablemente sorprendido por el hecho de que los ingleses hayan accedido a que el cuartel general esté en París, una decisión del todo justa puesto que la idea es francesa.

PARÍS, 3 DE OCTUBRE DE 1901, JUEVES

Jubilosa noticia la que hemos recibido desde Londres. ¡Se ha llegado a un acuerdo y por fin tendremos nuestro *cordón*! Adrien estará de regreso el domingo para la cena.

Mientras tanto, estoy ansiosa por ver *Pelléas et Mélisande* mañana por la noche. A pesar del escepticismo que provoca en él la música de Debussy, Hahn me ha invitado con la promesa de que no perjudicará de antemano mi disfrute, aunque sí insiste en que mantengamos una sincera conversación musical al término de la velada.

PARÍS, 18 DE OCTUBRE DE 1901, VIERNES

Marie-Marguerite y yo por fin hemos disfrutado de nuestra prometida excursión al Métropolitain, desde la place de la Concorde hasta la Porte Maillot, donde hemos dado un pequeño paseo por el Bois antes de volver a casa.

Dick se ha mostrado realmente divertido al saber que todavía no lo habíamos probado –sus amigos y él se comportan como si esa cosa llevara en funcionamiento desde hace siglos–, pero es que hasta la fecha no había visto necesario su uso y, a decir verdad, me atemorizaba un poco la idea de tener que bajar al subsuelo para desplazarme, de modo que había optado por mantenerme fiel a mis viejas costumbres. Aun así, mis prejuicios me han abandonado al entrar. Y si bien es cierto que esperaba encontrarme con un espacio semejante a una cueva, debo confesar que se trata de una instalación preciosa, limpia y nueva, dotada de las más modernas *banquettes* y con barandillas por doquier, por no hablar de la claridad de los letreros que anuncian las estaciones. Los vagones de segunda clase son verdes, y los de primera, de un color rojo chillón, y tanto unos como otros están llenos de toda suerte de gente decente. Ha cambiado por completo mi opinión.

La inauguración de la Oficina Internacional de Higiene Pública tendrá lugar el 12 de diciembre. Aunque ya se han empezado a instalar archivos y a contratar personal administrativo y demás, ese día en concreto tendrá lugar una ceremonia en la que, según Adrien, cortarán una cinta delante de la puerta de la oficina. El doctor está realmente complacido y espero que por fin pueda tomarse un descanso. Si los ingleses no hubieran sido tan estúpidos sobre todo este asunto, no se habría tardado tantos años en hacerlo realidad. Es un auténtico placer ver a Adrien reconocido por lo que ha hecho y estoy convencida de que el año que viene le nombrarán miembro de la Academia.

PARÍS, 13 DE NOVIEMBRE DE 1901, MIÉRCOLES

El frío está torturando a Marcel casi tanto como Antoine Bibesco, que vino ayer para decirle que Bertrand estará fuera durante el resto de la semana, pues ha salido unos días al campo y no podrá verle hasta el lunes como muy pronto. Estoy convencida de que Antoine disfruta con estas pequeñas intrigas, mientras que Bertrand es un hombre demasiado jovial como para ser realmente consciente de los juegos que se trae entre manos su amigo, por no hablar del terrible dolor que causan a Marcel con sus desconsideradas fanfarronadas y esas alegres correrías cuyo ritmo él no puede seguir. El ataque que sufrió el domingo fue feroz. Pasé gran parte de la noche a su lado y no creo que se levante de la cama antes del fin de semana. Si su carácter fuera menos dado a los excesos, quién sabe si habríamos ya vencido a su enfermedad.

PARÍS, 13 DE DICIEMBRE DE 1901, VIERNES

«Conquistar sin peligro es triunfar sin gloria», escribió acertadamente Corneille.

Ha sido magnífico. Una de esas ocasiones en que la ceremonia es sencilla porque el sentimiento es real. Apenas unas palabras por parte de los diversos médicos y una copita de champán, y henos allí, absolutamente entusiasmados, como si por fin hubiéramos alcanzado la cima de una inmensa montaña, cosa no del todo incierta. Simplemente la pequeña placa colocada en la puerta –Oficina Internacional de Higiene Pública nos ha acelerado el corazón.

Me he sentido muy orgullosa del doctor, que ayer estaba radiante, aunque el miércoles estuviera exhausto y esta mañana no se haya levantado aún. Para él ha significado mucho oír al doctor Thompson reconocer su reticencia inicial y a De Fleury celebrar sus incesantes esfuerzos. Adrien no necesita ser depositario de ninguno de los elogios que amontonan sobre los Curie ni de que bauticen con su nombre ningún instituto, como en el caso de Pasteur. Le basta con el simple reconocimiento de lo que ha conseguido no solo para Francia sino para toda la humanidad.

Yo me había puesto mi vestido azul. Eugénie había hecho un trabajo impecable arreglando la manga. Dick, que aunque todavía no es miembro de pleno derecho de la fraternidad, no tardará en serlo, estaba feliz de estar allí. Marcel se recupera aún de su excursión con Antoine y estaba demasiado enfermo como para poder asistir. El miércoles por la tarde todo parecía indicar que había reposado lo suficiente como para poder levantarse ayer, pero sufrió un ataque de insuficiencia respiratoria durante la noche y me dejó una nota en la que me pedía que no le molestara. Quizá haya sido mejor así, pues sé cuánto le afecta ser testigo del éxito de su padre, y no debido a una cuestión de celos sino simplemente porque sabe hasta qué punto supone una decepción para sus afectuosos padres el hecho de que él jamás llegue a conseguir una preeminencia semejante en una profesión de su elección. No hemos recibido respuesta alguna de monsieur Ollendorff sobre nuestro Ruskin. Aunque yo me desespero, Marcel dice que lo intentará con el *Mercur de France*.

PARÍS, 29 DE MARZO DE 1902, SÁBADO

Una Pascua tranquila. Dick ha recibido una invitación para pasar estos días en una casa de campo y Marcel estuvo ayer fuera durante todo el día viajando en coche a Senlis y a otras iglesias de la zona y ahora guarda cama aquejado de un simple resfriado. Al parecer ha contagiado a todos sus amigos de su aprecio ruskiniano por el gótico, pues Antoine y Bertrand de Fénelon le acompañaron, junto con Robert de Billy y Georges de Lauris. Robert es sin duda de gran utilidad, pues es un gran erudito y puede evitar los excesos de conducta de Antoine y de Bertrand. Según dice Marcel, actúan bastante tontamente cuando están juntos y no dejan de reírse, lo cual a fin de cuentas no resulta un comportamiento en absoluto adecuado en una catedral en Viernes Santo. Al parecer, a pesar de que de Lauris no muestra el menor interés por la arquitectura ni por la religión, ¡le llevaron con ellos a regañadientes porque se ha enamorado de una mujer casada y necesita distracción!

Sin duda alguna, no es la piedad el motivo de sus visitas a las iglesias. Marcel no tiene intención de ir a misa mañana, y Adrien tampoco, pues cada vez está más lejos de la fe, supongo que porque ya no se siente en la obligación de llevar a los chicos ni de ser un ejemplo para ellos. Desde luego, no me corresponde a mí recordarles su lugar en su religión, como tampoco puedo presentarme como ejemplo de lealtad hacia la mía. Aun así, seamos o no creyentes, mañana Adrien y yo cenaremos un buen plato de cordero. Suzanne así nos lo ha prometido.

PARÍS, 11 DE ABRIL DE 1902, VIERNES

Por fin podemos decir «el doctor Robert Proust». Anoche habíamos planeado cenar en el Ritz para celebrarlo, pero Marcel sufrió por la tarde un ataque terrible, de modo que decidí quedarme con él en casa mientras Dick y su padre salían a cenar. A pesar de que insistió en que le dejara a solas en casa, cuando me he despertado esta mañana, me había escrito una nota absolutamente lastimera en la que describía sus síntomas y en la que sugería a su padre que al menos le recetara algo para el dolor de oído, que, según dice, ha empeorado considerablemente desde el martes. Dick ha bajado a desayunar para describirme la cena. Los caballeros comieron ostras, langosta y perdiz, de modo que nuestra ausencia no logró contenerles. Incapaces de decidir si debían empezar con un Sauternes o con champán, ¡optaron finalmente por pedir los dos! Dick estaba ligeramente macilento debido al empacho, aunque maravillosamente feliz.

Deberíamos planear una cena a fin de que Dick reafirme sus contactos y le sirva de trampolín profesional. Aunque cuenta ya con el doctor Pozzi, cuyo apoyo es crucial, Adrien y yo acordamos que le beneficiaría mucho si pudiéramos hacer gala de ese apoyo en sociedad.

PARÍS, 16 DE ABRIL DE 1902, MIÉRCOLES

Adrien está terriblemente alarmado a causa de las medidas contra el clero propuestas por el Gobierno y anoche, durante la cena, se enfadó mucho con los Cruppi porque monsieur les defendía. Dice que se trata simplemente de una muestra de rencor por parte de los partidarios de Dreyfus, pero monsieur Cruppi argumentó que ya era hora de separar de una vez por todas Estado e Iglesia. De hecho, llegó a afirmar que el Gobierno no está yendo todo lo lejos que debería. Ambos se enardecieron mucho con la cuestión, y vi que Louise se avergonzaba de ello, porque entendía que no se debe discutir de ese modo cuando estamos en familia. Supongo que no se habían dado cuenta de que Adrien había sido contrario a Dreyfus, y es que como Marcel y Dick fueron en su día muy activos en la causa, han puesto a toda la familia Proust la etiqueta de *dreyfussard*. Aunque a mi prima la política le trae sin cuidado, a su marido le pudo la rabia hace unos años a causa del asunto del ejército y anoche estaba realmente encendido. En esta ocasión, sin embargo, tengo que darle la razón a Adrien, como sé que lo hacen también los muchachos. Resulta cruel y peligroso castigar a toda la institución por las opiniones de ciertos clérigos que no son de ningún modo merecedores de la Iglesia a la que pertenecen. Aun así, Adrien no debería hacer tanto hincapié en su catolicismo en el curso de esta suerte de discusiones: con ello no hace sino insinuar que los miembros de mi familia son incapaces de comprender debido a la raza de nuestros abuelos.

Louise nos sirvió un conejo con salsa de mostaza absolutamente delicioso, y un brie excelente, de modo que al final la comida y el vino consiguieron compensar nuestras diferencias.

PARÍS, 10 DE MAYO DE 1902, SÁBADO

Ayer por la tarde fui con Dick a ver el apartamento que se está planteando alquilar. La habitación delantera que podría utilizar para recibir a sus pacientes es pequeña, aunque está hermosamente amueblada, y las demás, especialmente el salón, son luminosas y agradables. Resulta altamente satisfactorio para un joven médico, pues sugiere comodidad sin caer en la extravagancia, lo cual debería reflejar el tono de su nueva clientela. Aunque entiendo que le ha llegado la hora de independizarse, cuesta ver a uno de mis oseznos ya mayor, y me rompe el corazón pensar que no tardará en marcharse de casa.

Marcel, que puede llegar a resultar sobradamente desdeñoso con su hermano menor, me apremia a que preste más atención a su consejo para tratarme el reumatismo, y ha consultado con el propio Dick la posibilidad de someterse a hipnosis para tratar sus ataques, una medida que tanto Dick como su padre califican de potencialmente útil. Dicen que los alemanes han obtenido buenos resultados utilizando el tratamiento hipnótico para tratar lo que ellos consideran enfermedades nerviosas... y creen cada vez más que las enfermedades que implican hipersensibilidad e incapacidad para adaptarse a los requisitos de la vida diaria se encuadran en esa categoría. Efectivamente: siempre hemos creído que Marcel necesita ejercitar más autocontrol en todas las áreas de su vida.

Este fin de semana Dick ha vuelto a marcharse al campo a visitar al clan de los Dubois, a los que su padre le ha presentado recientemente. Aun así, cenó con nosotros anoche en compañía de su tío. Suzanne preparó un asado de cerdo en honor de Georges, relleno de manzanas y ciruelas, como a él le gusta. Nos reímos al imaginar lo que *Papa* habría pensado al vernos. Cierto es que a menudo comía en hogares católicos y que me permitió casarme con Adrien, aunque solía también bromear diciendo que si la comida de los judíos era distinta eso se debía simplemente a que así evitaban la tentación de socializar con los gentiles. A pesar de que *Maman* y él no eran demasiado religiosos, jamás habrían comido cerdo en casa, y por supuesto nuestros abuelos y nuestros bisabuelos respetaban las leyes que rigen la dieta. En fin, yo no tengo una cocina *kosher* y mis nietos serán cristianos. A veces me entristece un poco pensar que Marcel y Dick han perdido una herencia cultural que ellos a su vez habrían legado a sus hijos.

PARÍS, 16 DE JUNIO DE 1902, LUNES

Debemos controlar de cerca las malas costumbres de Marcel, de modo que le he dicho a Jean que no quemaremos más leña hasta octubre. Anoche volvió a las tres y llamó para pedir que le encendieran la chimenea porque encontró frío su dormitorio. Le he dejado una pequeña nota en la que comento su comportamiento, pues me parece tremendamente egoísta. No se marchó a casa de madame Lemaire hasta muy tarde, cometiendo con ello una injusticia con Bertrand, que había vuelto a las nueve y esperaba pacientemente a que Marcel se vistiera. Los jóvenes desean siempre provocar una buena impresión, e indudablemente a Bertrand le habría gustado llegar a la velada mientras los demás invitados estaban aún allí, sobre todo teniendo en cuenta que iban a presentarle a la anfitriona. Amonesté a Marcel para que se diera prisa y me disculpé con Bertrand, cuyos modales son siempre impecables y cuya disposición es siempre dinámica y alegre; aunque fue en vano, pues no se marcharon hasta después de las once. Y esta mañana Jean me ha contado lo sucedido con el fuego de la chimenea. Dick me informa que ha decidido pasar tres semanas en casa de los Dubois el mes que viene. Espero que sea la prima quien ejerce sobre él tamaña atracción.

PARÍS, 21 DE JUNIO DE 1902, SÁBADO

Marcel ha tirado la toalla con monsieur Ollendorf y después de las iniciales averiguaciones ha escrito una carta al *Mercure*. Aunque todavía le faltan por hacer algunas correcciones al manuscrito, no necesitan ver más de un par de páginas para reconocer la calidad de su francés. Estoy ansiosa por ver el momento en que Marcel triunfe por fin en esta pequeña empresa. El mes que viene cumplirá treinta y un años y no debe de ser fácil ver cómo su hermano abre consulta y emprende su propia carrera mientras es tan poco lo que él consigue.

Max está al teléfono hablando con su madre. Aunque no me ha dicho que se trata de ella y yo no llego a oír su voz con claridad, a juzgar por el modo en que asciende y desciende el débil graznido que brota del auricular, entiendo que su interlocutora le está sometiendo a un fusilamiento de sílabas en un francés parisino. Y a juzgar por su actitud de resignado fastidio, adivino que quien le habla es su madre. Max responde durante un rato en la lengua de ella antes de cambiar al inglés.

–Todavía no lo he decidido...

Sigue una respuesta furiosa.

–Ya, bueno, lo pensaré...

Estas llamadas telefónicas llevan produciéndose desde hace varias semanas. Lo sé porque a veces he sorprendido a Max zanjando la conversación al ir de visita a su apartamento durante el fin de semana, y otras veces he oído los mensajes de su contestador a la vuelta de una de nuestras salidas.

–*Maxime, c'est Maman. Appele moi donc. Il faut qu'on discute de ça, quand même.*

Max tarda en devolverle la llamada; y en este momento está colgando.

–Voy a colgar...

Otro estallido de sonido.

–No, en serio. Ya hemos hablado de esto. Voy a colgar. Adiós.

Cuelga y se queda sentado en silencio durante un instante, aparentemente derrotado por la conversación.

Max amenaza con dejar la facultad de Medicina. Bueno, lleva amenazando con abandonar la facultad de Medicina desde que le conozco, antes incluso de matricularse. No parece ocurrírsele nada mejor que hacer para ganarse la vida. Un verano consiguió trabajo en un quiosco de información del Royal Ontario Museum y habla de estudiar Historia del Arte a tiempo completo, aunque tan solo tiene nociones difusas y románticas sobre lo que pueda venir después.

–Podría trabajar como conservador de museos o algo así –dice.

–Hay que tener un doctorado para poder ser conservador. Y eso supone, como mínimo, otros cinco años después de haber terminado un máster, y tú ni siquiera tienes los créditos suficientes para poder entrar en un máster de Historia del Arte. Y además, tampoco hay trabajo en los museos.

–Hablas como mi madre: nunca hay trabajo, vamos a morirnos todos de hambre... Claro que podría trabajar en un museo sin un doctorado.

–¿Haciendo qué?

–Bueno, en el mostrador de información o algo parecido... podría trabajar de guarda.

–Max, ni se te ocurra plantearte la posibilidad de pasarte la vida ocupándote del trabajo duro de un museo.

–Por lo menos podría mirar los cuadros todo el tiempo.

–Ya, claro. Ya te imagino trabajando de guarda, mirando todo el día los cuadros hasta que te echasen porque algún crío habría puesto los dedos en un Van Gogh sin que tú lo vieses.

–Sí –responde, riéndose–. Estaría demasiado ocupado con los Caravaggios y con los Grecos.

Max está pasando por una fase barroca en sus gustos pictóricos.

–Pero no, Marie, hablo en serio.

–Muy bien. Entonces deja la facultad de Medicina. Si no te hace feliz, no deberías estar allí. Pasaré por McGill el lunes antes de regresar a Ottawa. Puedo pasar por el departamento de Arte y traerte el programa de estudios.

–No tengo por qué convertirme en conservador de museo. También podría tener una tienda como tu padre, o una galería.

–Bueno, ya sabes que puedes comentarlo con él siempre que quieras.

Estoy celosa de las compañías de Max y me gustaría tenerle para mí sola. Aunque mis padres le han visto tan solo un par de veces –se lo presenté en la fiesta que dieron por Navidad, o quizá fue el día de inauguración del curso en la facultad de Medicina, y charlaron brevemente durante alguna de las escasas ocasiones en que le permití que viniera a buscarme a casa–, les parece un chico encantador.

–Mis padres no paran de preguntar por ti. A mi padre le encantaría contarte todo lo que quieras saber sobre la empresa...

Pero Max no insiste en el tema, no investiga sobre ninguna de las carreras relacionadas con el arte y sigue yendo a sus clases como siempre; hasta que pasen unos meses y vuelva a anunciar, una vez más, que le asquean sus compañeros de clase y sus mediocres profesores, y que el año que viene no tiene intención de continuar con sus estudios de medicina.

No estoy segura de por qué sigue con este juego. Quizá busque simplemente torturar a su madre. Dice que si se matriculó en la facultad de Medicina fue por culpa de la presión familiar, y parece haber adoptado una estrategia de desgraciado conformismo como forma de castigar a su madre sin llegar a desobedecerla. Es como si por un lado quisiera poner a prueba los límites de su conformidad con los planes de ella y por otro no tuviera el valor necesario para hacer otros.

Pero esta vez Max habla en serio. Ha decidido dejar definitivamente la carrera, de ahí las recientes llamadas que ha estado recibiendo. El próximo mes de septiembre debería empezar con su residencia. Atrás han quedado tres años de clases y de exámenes; Max ha terminado prácticamente la fase teórica. Se licenciará y dará entonces comienzo la actividad hospitalaria propiamente dicha. No tendría sentido padecer las largas horas en las plantas y las noches de guardia para luego abandonar la profesión. Esta vez está decidido, no buscará un hospital donde hacer la residencia... o al menos eso es lo que le dice a su madre cuando ella le encuentra en casa.

Aunque no conozco a la mujer, la voz irritable que habla desde Toronto al otro lado de la línea, intentando desesperadamente controlar a Max, me produce lástima, y por algún motivo veo en ella una frágil belleza, una mujer joven con el pelo tan negro como el de Max. Ni que decir tiene que debe de tener la edad de mi madre y que a buen seguro la

edad le está tiñendo de canas el pelo. ¿Qué aspecto tiene la señora Segal y qué es realmente lo que provoca en ella semejante ansiedad?

–Se preocupa por ti. Supongo que es normal.

De visita en Montreal durante el fin de semana, he estado haraganeando en el pequeño apartamento de Max, intentando no fisgonear, pero al verle tristemente sentado en silencio durante un buen rato después de haber colgado el teléfono, dejo de fingir que no sé quién le ha llamado.

Max no me contesta.

Intento ver el lado positivo:

–Puedes hacer el bien siendo médico. Puedes ayudar a la gente.

–Vamos, Marie –responde, exasperado–. Se trata del dinero. Eso es lo único que les mueve. No tengo la menor intención de ser parte de esa comedia burguesa.

–Ya, pero tendrás que ganarte la vida de alguna manera.

–Sí, hay que ser normal, hay que ganarse la vida de alguna manera, hay que encajar... –su voz suena cada vez más sarcástica. Yo tan solo intentaba ayudar, y su tono me ha herido.

–De acuerdo, si es así, mejor que lo dejes, por el amor de Dios –respondo no sin cierta rabia.

–Ya, bueno, no sé. Puede que lo haga.

Max flirtea con la rebelión.

PARÍS, 24 DE SEPTIEMBRE 1902, MIÉRCOLES

Pues bien, ha ocurrido lo que esperábamos. La gran noticia. Dick llegó a cenar anoche radiante y visiblemente orgulloso, se irguió con dignidad –se parece mucho a su padre cuando quiere darse importancia– y anunció que ha recibido la promesa de matrimonio de mademoiselle Dubois-Amiot. Yo suponía que la noticia estaba al caer y que Dick había pedido consejo a su padre, aunque Adrien no me lo dijo directamente. Al parecer, esta última visita a casa de los Dubois realmente terminó de confirmar el mutuo afecto que les une, y este verano Dick ya había estado calculando cuándo podría asumir sus responsabilidades domésticas. No quiero decir con esto que la novia no vaya a aportar su parte... De hecho, según me asegura Dick, la familia se está mostrando ya generosa con la dote. La conoceremos el domingo que viene. A pesar de que pueda parecer ridículo que todavía no conozca a la joven dama, ya no frecuento la sociedad tanto como debiera, de modo que no conozco a la familia. También iré a visitar a su madre la semana que viene.

Acabo de terminar una breve carta a Bertrand y mandaré a Jean al correo de inmediato. Ya que he decidido hacerlo, lo mejor será llevarlo a cabo de una vez. Se trata tan solo de una breve nota en la que le pido encarecidamente que pase a ver pronto a Marcel, pues este tiene su amistad en muy alta estima. Aunque no le diré a Marcel que le he escrito ni que quizá soy tan mala como los propios muchachos, que siempre andan envueltos en toda suerte de intrigas, me ha parecido que las peticiones de una madre deben de servir para algo. Marcel está realmente molesto por no haber vuelto a ver a Bertrand desde que ambos regresaron de Trouville. De hecho, está en cama desde entonces, y ha tenido a Félicie mimándole sin descanso durante todo el día de ayer, sin importarle que le haya dicho en innumerables ocasiones que Félicie es demasiado mayor para que la tenga sirviéndole de ese modo.

PARÍS, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1902, MARTES

Hoy nos hemos enterado con profundo pesar de la muerte de Émile Zola. Francia jamás olvidará el coraje que mostró al hacer objeto de público debate una flagrante injusticia en un momento en que tan solo se susurraba su existencia en los pasillos. Es triste que el gran hombre haya muerto sin haber visto proclamada la inocencia de Dreyfus (según dicen, sigue luchando por demostrar su inocencia, aun a pesar de haber aceptado el perdón, y el asunto sigue en manos del Departamento de Justicia. Esas cosas son terriblemente lentas: la burocracia no siente ninguna simpatía por la miseria humana que su interminable maquinaria puede llegar a causar). Marcel participará en el cortejo oficial y ha ido a Sandford y Merton –pues es así como Dick siempre les llama– para comprarse un nuevo abrigo negro, pues el viejo está hecho un auténtico desastre y sin duda deshonoraría al hombre si decidiera ponérselo para el cortejo. Dicen que murió debido a un escape de gas en su habitación, ya que la chimenea no tiraba correctamente. Adrien advierte constantemente a Marcel sobre los peligros de esas cosas, y le ha aconsejado que deje una ventana abierta incluso en invierno. Espero que Marcel le escuche. Marie planea quedarse en Francia hasta después de Año Nuevo, de modo que nos bendecirá con sus visitas durante todo el otoño. Ayer por la tarde entró a verme al salón para felicitarme por el compromiso de Dick.

PARÍS, 1 DE OCTUBRE DE 1902, MIÉRCOLES

Es muy hermosa y muy cortés, aunque también muy distante. Quizá se haya sentido intimidada. A ojos de la hija de un corredor de bolsa, una ilustre familia de médicos quizá le resulte especialmente elevada a causa de su vocación, por mucho que los Amiot sean a todas luces gente acaudalada y la rama Dubois de la familia lo sea más aún. Ha estado silenciosa durante la cena, aunque no ha sido descortés en ningún momento. Me hace pensar en lo que madame de Sévigné dijo de su nueva nuera, y creo que aunque no tenga prisa alguna por complacernos, lo hará con el tiempo.

Marcel no fue de mucha ayuda, pues estuvo charlando intensamente y dedicándole cumplidos realmente estúpidos durante la primera mitad de la noche para luego, antes de que llegáramos al postre, levantarse de la mesa, quejándose de dolor de cabeza, y retirarse visiblemente pálido. No hay duda alguna de que a ella le resultó cuanto menos peculiar. En fin, en los años venideros ella se convertirá en nuestra Marthe y toda esta extrañeza parecerá muy lejana en el tiempo.

Bertrand está de nuevo entre nosotros, y ahora Marcel quiere viajar a los Países Bajos con él en pictórica peregrinación, y le ha pedido el dinero a su padre. Mientras tanto, comenta su traducción con el hermano de Anna de Noailles, el muchacho de los De Brancovan, intentando que le dé algún consejo para su publicación.

PARÍS, 7 DE OCTUBRE DE 1902, MARTES

Esta mañana ha llegado otra carta de Marcel, esta más informativa. Bertrand y él están encantados con Brujas y con el arte. Dice que es una pequeña Venecia, con todos sus maravillosos canales en miniatura, y lamenta que a Ruskin le desagradara tanto el arte flamenco como para no haber visitado nunca la ciudad. (No estoy segura de que no llegara nunca a visitarla, y debo comprobarlo. Creía que el gran *tour* con su pobre esposa había incluido Brujas o Bruselas, aunque Marcel parece opinar lo contrario.) Dice que la humedad sigue dejándole ligeramente sin aliento, aunque afortunadamente no ha sufrido ningún ataque. Bertrand le ha estado obligando a levantarse a una hora razonable. ¡Bravo! A estas alturas deben de estar en Amsterdam. He estado pensando en la tapicería roja para Marthe y Dick.

PARÍS, 9 DE OCTUBRE DE 1902, JUEVES

La carta ha llegado esta mañana, al hilo del telegrama de anoche. Adrien está muy enfadado y no se ha dejado ablandar por el relato de Marcel, que por otra parte entiendo que no se ha creído. Sospecho que cree que Marcel simplemente ha gastado mucho más dinero del que tenía previsto y que se ha inventado el robo. Aun así, acaba de pasar por la oficina de correos de camino a la facultad para enviarle el dinero por cable. Es una gran suma para haberla perdido. Realmente no sé qué pensar.

PARÍS, 7 DE NOVIEMBRE DE 1902, VIERNES

Adrien dice que lo único que podemos hacer es volver a dar a Marcel una asignación fija y no darle más dinero cuando se la gaste, aunque sea mucho antes de fin de mes. Estoy de acuerdo en que probablemente sea la única forma de disciplinarle y de enseñarle el valor del dinero. Ahí está Dick, gestionando su propia empresa y planeando crear un hogar, manteniendo conversaciones de hombre a hombre con el padre de Marthe, mientras nosotros ni tan siquiera podemos confiar en que Marcel, que ya pasa de los treinta años, no dará una propina tan extravagante al ayudante del sastre que nos avergüence dejarnos ver de nuevo en su tienda, por temor a que crean que sus actos responden a motivos impropios.

El doctor hablará con él esta noche.

PARÍS, 11 DE NOVIEMBRE DE 1902, MARTES

Creía que Marcel se había tomado bien la sugerencia de la asignación, y habíamos acordado que empezaríamos a aplicarla el 1 de diciembre, pero tendría que haber imaginado que no sería así y que lo pagaría conmigo y no con su padre. Ayer, cuando desperté, entré en su cuarto para amonestarle por haber vuelto a despertar a Marc anoche para que le avivara el fuego de la chimenea y se enfadó mucho conmigo y dijo que el doctor y yo no le tratamos como a un adulto y que siempre preferimos a Dick, lo cual es una auténtica tontería. Lo que ocurre es que en este momento estamos muy ocupados planificando la boda.

Marcel me acusó de no respetar sus sentimientos y de no reconocer la delicadeza de su estado debido a la pérdida de la compañía de Antoine y a que también está perdiendo la de Bertrand. Si bien es cierto que la decisión que ha llevado a Bertrand a aceptar el puesto en la embajada de Constantinopla ha afectado profundamente a Marcel, es impensable esperar que nuestros amigos alteren sus planes profesionales en aras de la amistad. Eso fue lo que le dije, un comentario que él se tomó muy amargamente, diciendo que yo no entendía lo precioso que había sido para él el viaje a los Países Bajos y lo decepcionado que estaba al saber que Bertrand había decidido marcharse después de eso. Cometí el error de responderle que quizá entendería mejor la elección de Bertrand si comprendiera el valor de una profesión, y en ese momento él dijo algo espantosamente vindicativo y cruel. He dado orden al servicio que dejen de atender sus llamadas.

PARÍS, 15 DE NOVIEMBRE DE 1902, SÁBADO

Georges dice que al presidente le traen sin cuidado las medidas tomadas contra la Iglesia, aunque entiende que no puede contar con quienes le apoyan a menos que siga adelante con ellas y logre que le vean castigando a los *anti-dreyfussards* aunque se vean perjudicadas personas inocentes. A decir verdad, estamos todos profundamente cansados de la política, de modo que no nos sorprende que el Gobierno actúe movido por conveniencia y no por convicción. Adrien se limita a negar con la cabeza ante la estupidez de todo el asunto. Un poco de compasión en la victoria haría mucho más por curar las heridas de Francia.

Émilie tenía mucho mejor aspecto y disfrutamos de una deliciosa liebre gracias a Suzanne. Están encantados con la noticia de Dick y ansiosos por conocer a su futura sobrina.

Me mantengo firme en mi decisión sobre no permitir que el servicio atienda a las llamadas de Marcel.

PARÍS, 25 DE NOVIEMBRE DE 1902, MARTES

Estoy tan enojada con Marcel que le he quitado el pequeño escritorio portátil que perteneció en su día a *Maman* y en el que a él le gusta trabajar. Quizá haya sido una reacción vengativa de mi parte, pero su actitud es del todo intolerable. Ayer me pasé el día entero supervisando cosas para Dick y me senté con Marcel cuando se despertó para decidir entre los dos lo que podía ser más apropiado. Al principio, él utilizó subterfugios y empezó diciendo que a Marthe no le iba a gustar la tapicería roja y que no deberíamos regalarle ni esto, ni aquello. Intenté entonces hacerle entender que ella será ahora de la familia y que Dick está creando un hogar propio y no puede rodearse simplemente de los muebles elegidos por los Dubois-Amiot. Marcel se mostró entonces visiblemente resignado y dijo que el asunto le traía sin cuidado, cosa que tampoco resultó ser de mucha ayuda, pues realmente pretendía contar con su opinión sobre cuestiones de buen gusto.

Así pues, terminé de elegir sola las cosas para Dick y decidí que hoy consultaría mi elección con él, aunque jamás haya sido un buen juez para estas cuestiones y se limite a decir que cualquier cosa servirá. En eso es como su padre. Mientras estaba haciendo mi elección con la ayuda de Jean y de Marc, Marcel llamó a Marc porque quería que avivara el fuego de su habitación y le llevara el escritorio portátil, que seguía en mi habitación porque la semana pasada me quedé en la cama debido a un empeoramiento de mi reumatismo y estuve utilizándolo. Marc salió, y yo fui enojándome más y más por el modo en que Marcel llama constantemente a los criados, como si yo no los necesitara; así que finalmente fui a su habitación para reclamarle el escritorio y decirle que no puede utilizarlo, y que estaba considerando regalárselo a Marthe, ante lo cual él se ha echado a llorar. Obviamente no pienso deshacerme del escritorio de *Maman*, pero lo guardaré durante un tiempo en mi cuarto.

PARÍS, 7 DE DICIEMBRE DE 1902, DOMINGO

Esta mañana Marcel me ha dejado una pequeña nota describiendo un ataque del que me hace la única culpable. Anoche, después de que me retirara a mi habitación, Bertrand vino a despedirse. Se ha marchado por fin a Constantinopla y sin duda le echaremos de menos. Marcel dice que su habitación estaba helada porque los criados no habían avivado el fuego por culpa de mi prohibición. Tan enfadado estaba que no pudo atender a su amigo adecuadamente, y presa de la frustración, cogió el sombrero de copa de Bertrand y le arrancó el forro. Pobre hombre. Iba de camino a una *soirée* y era un sombrero nuevo. Aunque Marcel dice que debe reponérselo y que el coste debería añadirse al total de su asignación, le he pasado una nota por debajo de la puerta con mi respuesta. Puede pagar un sombrero nuevo con su dinero... Aunque será mejor que se apresure porque Bertrand se marcha esta misma semana.

Dick y yo prácticamente hemos puesto punto y final a nuestras discusiones sobre los muebles y la ropa de cama. Ha sugerido que deberíamos consultar la cuestión con Marthe, pues lo cierto es que él tiene poco gusto al respecto, y generosamente prefiere dejar que sea ella quien tome las decisiones. Sin embargo, le he comentado que no es nuestra intención poner a la muchacha en la incómoda posición de tener que escoger sus propios regalos, y que aceptará todo lo que le ofrezcamos simplemente por temor a herir sensibilidades declinando cualquier cosa. Por muy avanzado que sea Dick en estas lides, la costumbre dicta que hay que ofrecer el ajuar a la novia, y la costumbre es sin duda de gran utilidad.

PARÍS, 9 DE DICIEMBRE DE 1902, MARTES

En la nota que me escribió ayer, Marcel decía que ha interrumpido el trabajo sobre la obra de Ruskin y que no piensa retomarlo hasta que su padre y yo demos nuestro brazo a torcer en el asunto de quién debe pagar el sombrero. Es una auténtica estupidez, porque Constantin de Brancovan ha accedido finalmente a publicar la introducción en el *Renaissance Latine*, lo que sin duda animará al *Mercure de France* a hacer por fin una oferta. La traducción es lo único que Marcel está haciendo con su vida y sería una auténtica tragedia que decidiera abandonarla ahora. Con eso no haría más que dar la razón a su padre y confirmar que sus aspiraciones literarias no son más que meros sueños.

Marie vino al caer la noche, de modo que la detuve cuando entró y le comuniqué la noticia. Me dijo que amonestaría a Marcel y que me enviaría una nota para hacerme saber cómo le había ido. Sugirió que fuera con ella a Versalles a visitar a Reynaldo antes de que termine el año, lo cual me ha parecido todo un detalle de su parte.

PARÍS, 13 DE DICIEMBRE DE 1902, SÁBADO

Bertrand vino de visita ayer por última vez, y se mostró especialmente ansioso por ver a Marcel de inmediato, pues le quedaban aún no pocos recados por hacer. Ni que decir tiene que Marcel no se había levantado todavía, pero Bertrand insistió, de modo que me ofrecí al menos a ir a ver si se había despertado.

Cuando entré en su habitación, Marcel dormía profundamente, y su pecho ascendía y bajaba con esa respiración regular y pesada que tan dulce ha sonado siempre a mis oídos. Y pensar que para los que gozan de buena salud la respiración es una cuestión tan banal que ni siquiera reparan en ella.

Cuando me volví, dispuesta a salir de la habitación, vi algo en el diván, parcialmente oculto por el biombo chino. Entendí que era Marie, acostada y también profundamente dormida. Se había quitado la chaqueta y los zapatos, y, a juzgar por las protuberancias que alcancé a vislumbrar bajo su falda, entendí que se había aflojado el corsé. Salí apresuradamente y le dije a Bertrand, sin faltar a la verdad, que Marcel seguía dormido. Respondió que volvería por la tarde, aunque no estaría libre después, pues lo había dispuesto todo para cenar con sus padres antes de su partida.

En cuanto se marchó, volví al salón y cerré las puertas, creyendo que Marie no tardaría en despertarse y podría salir sigilosamente de casa sin ser vista, y, por ende, librándose de la vergüenza. Afortunadamente, Jean había salido a hacer unos recados. Y supongo que Marie lo logró, porque cuando Marcel se levantó a las tres no había ni rastro de ella. Me gustaría saber si debo hablar con ella. Sin duda debe entender que Marcel jamás se convertirá en un marido para ninguna mujer. Está demasiado enfermo y si sus horarios son imposibles para mí y para los criados, cuánto más para una posible esposa.

No estoy dormida. Estoy tumbada en la estrecha cama plegable del estudio de Max, con los ojos abiertos de par en par clavados en la oscuridad. Oigo su respiración regular procedente del otro extremo de la habitación. De hecho, este sitio es tan pequeño que casi podría alcanzar su cama desde el sofá en el que estoy tumbada y tocarle con la mano. Ansío que esté despierto, que sea él quien tienda la mano y me toque.

Esta noche hemos ido a una fiesta en una callejuela del Plateau Mont Royal, el barrio de intelectuales e inmigrantes de Montreal. Me siento halagada por haber sido incluida y estoy encantada de que Max haya querido compartir conmigo a sus amigos, y la alegría me vuelve locuaz toda la noche. Cuando, pasada la medianoche, por fin abandonamos la fiesta convertidos en parte de un jubiloso grupo que planea desplazarse a algún bar del centro, cae una nieve temprana y los pequeños copos brillan a la luz de las farolas. Debe de llevar nevando un buen rato, pues el mundo, desnudo y marrón cuando nos incorporamos a la fiesta, ha desaparecido. Max me obliga a detenerme cuando bajamos las escaleras que flanquean la parte exterior de la casa y, en un intento por silenciar mi movimiento hacia los demás, que ahora caminan unos pasos por delante en la calle, toma mi mano enguantada.

—Mira la barandilla —dice, señalando las barandillas de hierro forjado que siguen la escalera exterior hasta el piso de la segunda planta del que acabamos de salir—. Hace dos horas, era tan solo metal. Mírala ahora.

Cierto: una capa vertical de nieve cada vez más espesa la cubre por entero, de modo que su línea estrecha, dura y diagonal ha quedado transformada en un objeto suave aunque peligroso de delicadas e imposibles dimensiones.

Max alza su expansiva mirada hacia el cielo y sonrío.

—La nieve es como enamorarse —dice—. Hace que veamos el mundo entero de un modo distinto.

Tiramos el uno de otro hacia delante para atrapar a nuestros compañeros y el momento queda atrás, pero me abrazo a esa pequeña perla de poesía, atesorando su belleza, admirando su lustre e intentando leer un anuncio en su metáfora.

Llevo esperando, anticipando, anhelando... desde el día en que, bajando detrás de Max del autobús que sale del Plateau y para en la place des Arts, admiro la parte posterior de su cabeza y, presa de una repentina y lacerante emoción, me doy cuenta de que ya no le quiero con los temblores y parpadeos que marcaron desde el principio nuestra amistad, sino con un sentimiento nuevo, mayor y menos chispeante, que parece haberse adueñado de mi alma.

Durante el pasado año académico, mientras, indecisa y solitaria, estudio para mi licenciatura en traducción durante la semana en Ottawa y visito a mis colegas en Montreal todos los fines de semana, mi amigo Max me agasaja con varias perlas más. Un día de octubre, mientras me persigue jugueteón por un parque situado junto a su apartamento, pues llegamos tarde y le he pedido encarecidamente que no se entretenga, Max coge un puñado de las hojas secas amontonadas por las escobas de los jardineros y me lo mete por la espalda del abrigo, como si necesitara una excusa para rodearme con sus brazos, tal y como lo hizo el día en que yo tenía el gato en brazos. Una vez más me abandono al deleite del instante, aunque no puedo evitar darme cuenta, cuatro meses más tarde, cuando repite el mismo juego en el mismo lugar con una bola de nieve cristalina que ha recogido con su mano enguantada, que nada en nuestra amistad ha cambiado.

Una mañana, sentados en una charcutería comiendo *bagels* y huevos revueltos acompañados de café aguado, hablamos con un niño de unos tres o cuatro años que asoma la cabeza por el respaldo del asiento, ignorando las súplicas de sus padres, que intentan que se siente. Max en seguida le hace caso y le habla racionalmente, preguntándole qué está desayunando y si prefiere sirope o mermelada con sus tortitas. El niño capta por completo su atención, y cuando el pequeño alza de vez en cuando los ojos para asegurarse de que también goza de mi atención, Max me ignora, participando en la conversación con una seriedad que bien podría sugerir que está ante una excepcional ocasión en la que puede consultar con un auténtico filósofo sobre la existencia de Dios. Cuando el niño se marcha, despidiéndose alegremente con la mano de su nuevo amigo, Max se vuelve hacia mí y pregunta:

—¿Quieres tener hijos?

Bajo mis pies parece abrirse un abismo. Ninguna respuesta parece posible ni adecuada. Mascullo algo incierto y esquivo.

Y ahora, acostada en la cama plegable del apartamento de Max —pues este es el segundo año que paso en Ottawa; a menudo no les digo a mis padres que estoy en Montreal y opto por visitarle directamente y quedarme en su casa—, no puedo conciliar el sueño. He dormido aquí a menudo, a tan solo unos metros de su cama, y he dormido profundamente, pero esta noche mis cavilaciones me mantienen despierta, y se tornan cada vez más oscuras a medida que se acerca el amanecer. Y aquí, en este instante específico de la madrugada, recibo una nueva visión, una percepción adulta de la cuestión, y sé que Max no me ama y que jamás lo hará. Presa de esta sensación de desesperanza y de certeza, me decido por fin, y creo que me levantaré, me vestiré, le dejaré una breve nota —o quizá no— y me iré para siempre, y no le llamaré nunca e ignoraré sus mensajes hasta quedar libre de su imagen en el ojo de mi mente y del sonido de su voz en mis oídos.

Sin embargo, una sincopada modorra termina por apoderarse de mí en la cama

plegable y de pronto me parece oír a la madre de Max que me pide a gritos que la salve. Está atrapada en un agujero y su voz llega desde muy lejos al teléfono, aunque está en la habitación conmigo.

Caigo en un sueño más profundo y desprovisto de sueños, y cuando me levanto tarde esa mañana, mi determinación ha caído en el olvido. Nuestra deslavazada amistad continúa así hasta el verano siguiente.

PARÍS, 15 DE ENERO DE 1903, JUEVES

Marcel está imposible. Hemos expuesto los regalos de boda en la biblioteca para que Dick y yo podamos tomar nuestras últimas decisiones antes de presentárselos a Marthe, y he dejado las tapicerías y los encajes al descubierto. Le había dicho a Marcel que hiciera sus fumigaciones en otra parte mientras estemos ocupando la biblioteca, pero ayer por la tarde le encontramos en la biblioteca contaminando las delicadas telas con esos fétidos polvos. Aunque él insiste en que fumarlos le ayuda, me gustaría saber si no son lo mismo que el Trional, y si no terminarían convirtiéndose en una muleta más que en una cura. Le he expresado mi enojo y él ha argumentado que no podía utilizar su cuarto porque Jean estaba ocupándose de la chimenea, que últimamente ha estado ahumando la habitación, y había insistido en entrar a la habitación en cuanto Marcel se levantara. Fui a hablar con Jean que, naturalmente, se mostró perfectamente feliz con la idea de esperar hasta después de la cena. Espero y deseo que se trate simplemente de que hay una capa de hollín taponando el tiro, porque lo último que necesito en este momento en casa es a un deshollinador. Llevé pues a Marcel a su cuarto, aunque para entonces él estaba espantosamente enfurruñado, y cuando intenté hablar con él, me chistó diciendo que no deseaba verse en ridículo delante de los criados de nuevo (ese «de nuevo» fue sin duda un modificador suyo, no mío). Me di por vencida e intenté airear un poco la biblioteca.

Hemos decidido celebrar la cena para los hombres el día veintinueve, dentro de dos semanas, la noche previa al día en que tendrá lugar la boda civil. Aunque se me había ocurrido que la noche del viernes sería más apropiada, pues era la noche anterior y la última de Dick como soltero, Adrien me comentó que si los muchachos se hartaban de comida, a Dick le resultaría difícil enfrentarse al día siguiente. Y a Marthe también.

PARÍS, 19 DE ENERO DE 1903, LUNES

Anoche celebramos una agradable cena familiar solo con Georges y con Émilie. Georges estuvo cantando a Dick las loas a la vida conyugal; una dulce iniciativa, aunque en este caso poco adecuada. Yo había olvidado que siempre hemos intentado ocultar a los muchachos cualquier información sobre sus amantes, en especial sobre esa actriz que no mostraba la menor discreción. Actualmente, Georges se comporta con mucha más delicadeza, lo cual es de esperar en un marido. Y supongo que después de todos estos años, a Émilie ya no le importa tanto, aunque nunca nos hemos sincerado al respecto. En cualquier caso, estoy segura de que Dick será un marido fiel, y me hace inmensamente feliz que uno de los dos por fin se case. No creo que sea mucho pedir la llegada de un nieto antes de que Adrien y yo envejecamos mucho más.

Por fin hemos recibido una respuesta afirmativa del *Mercur*, aunque ahora Marcel tiene que recuperar el manuscrito de manos de Ollendorff, cuya lentitud e indecisión han resultado verdaderamente indignantes. Le está bien empleado ver cómo le arrebatan el proyecto delante de las narices. A fin de cuentas, los editores deberían ser también empresarios.

PARÍS, 23 DE ENERO DE 1903, VIERNES

Marcel ha entregado la segunda parte de su introducción a Constantin, que le asegura que se publicará en febrero. Aun así, Marcel se muestra muy malhumorado: dice que la traducción no es un trabajo de verdad, y está enfadado a causa de las interrupciones que causa la boda de su hermano. No tengo la energía suficiente para discutir con él, aunque ahora que el *Mercur*e ha dado su consentimiento, debe esforzarse y terminar su labor. Cuánto desearía que Bertrand y Antoine estuvieran aquí para consolarle un poco, pero he escrito al fiel Hahn, pidiéndole si puede volver pronto de su retiro en Versalles y visitar a Marcel.

PARÍS, 29 DE ENERO DE 1903, JUEVES

Acabo de salir de la cama para supervisar los preparativos de Jean para la velada de esta noche. A Dios gracias, no tengo que estar presente. Estoy exhausta cuando debería estar feliz. He pasado la mayor parte de la semana en cama resfriada, y lo mismo le ha ocurrido a Marcel, que se está preparando concienzudamente para esta noche. Cree que, si puede descansar durante todo el día de mañana y guarda cama durante el domingo, podrá asistir al ayuntamiento el sábado y a la iglesia el lunes. Se cansa con mucha facilidad, aunque temo que tanto tiempo tumbado boca arriba solo sirve para que se le acumule líquido en los pulmones y empeorar así su estreñimiento. Por otro lado, cuando se levanta, resulta verdaderamente aterradora la rapidez con la que agota su capacidad respiratoria. No hago más que suplicarle que intente mantener cierta normalidad, un horario regular y hábitos más higiénicos, pero todo parece ser en vano.

PARÍS, 4 DE FEBRERO DE 1903, MIÉRCOLES

Por fin un poco de paz. Marthe estaba preciosa, aunque muy nerviosa. A pesar de que yo creía que la ceremonia civil preparaba a la novia para la misa que se celebrará unos días más tarde, el lunes Marthe estaba pálida de miedo. Dick estuvo fantástico y se comportó como un hombre hecho y derecho, y sin duda la ayudó con su presencia, lo cual se me antoja una buena señal.

La iglesia estaba espléndida. Marie-Marguerite acertó por completo con las flores y me alegró sobremanera que madame siguiera su sensato consejo. No es aconsejable exagerar las cosas: si se abrumba a los invitados con un exceso de flores, simplemente nos tomarán por ostentosas. Vale más gastar el dinero en el vino, como dice siempre Adrien. Además, odio pensar los efectos que la propuesta original podría haber provocado en Marcel. Así las cosas, llevaba dos abrigos en la iglesia para evitar enfriarse. De haber sumado a eso el polen, jamás habría sobrevivido.

Aunque supuestamente Marcel tendría que haber llegado acompañado de Valentine, la muchacha se quedó horrorizada al verle y se negó en redondo a acompañarle. Qué muchacha más estúpida. Henriette debería enseñarle un poco más de seriedad. Está muy bien ser tan vivaz cuando somos jóvenes, pero tamaña frivolidad está totalmente fuera de lugar. Esa es precisamente una de las cosas que me gustan de Marthe, que es siempre elegante, y cuando se pone nerviosa, no se ríe tontamente sino que se limita a guardar silencio. En cualquier caso, al final Georges logró controlar a Valentine, que ya entonces no paraba de llorar, cosa harto ridícula, y tras poner punto y final a su actitud la acompañó él mismo a la iglesia, mientras que Marcel, envuelto en sus dos abrigos, entraba del brazo de su tía. Marcel puede ser todo un caballero con sus magníficas anfitrionas, pero creo que las más jóvenes terminan poniéndole nervioso.

Dick y Marthe se marcharon sin novedad. El vestido de viaje de Marthe era de un precioso color azul celeste y llegados a ese momento parecía mucho más alegre y me dio las gracias por todo en un gesto realmente hermoso. Así pues, creo que hemos empezado con buen pie.

En la boda llevo un vestido de color rosa con flores de vivos colores estampadas en la larga falda. Después, lamento no haber optado por un color distinto (un azul marino o un verde bosque, o algún color que me dé un aspecto elegante y distante) en vez de haber aparecido vestida con esta inmediatez de velada necesidad. Max está de pie a mi lado, vestido con traje.

He obtenido por fin mi título en Ottawa y volveré de forma permanente a Montreal, libre por fin para guiar nuestra amistad en una dirección más clara. Pero llego demasiado tarde. Max ha concluido sus prácticas aquí y vuelve a casa dentro de un mes. Tras soportar las incontables súplicas de sus padres, ha accedido a empezar su residencia en Toronto. Ha encontrado un puesto de residente en el departamento de Medicina interna del Toronto General. El hospital está en el centro. A él le parece un puesto atractivo y cree que le permitirá ver a pacientes interesantes, de modo que este verano se marcha definitivamente. El tiempo se acaba y estoy desesperada porque ocurra algo. Y supongo que, en cierto modo, ocurre.

Al final de la noche, cuando doy las gracias a la madre de la novia y la felicito por los acontecimientos que han tenido lugar durante el día, ella responde alegremente:

—La niña quería algo íntimo, pero yo quería que resultara agradable.

Así pues, al tiempo que todo es íntimo, existe en inmensa profusión, pues madre e hija han luchado por reconciliar sus enfrentadas nociones de ostentación. Los invitados son delgados y están cuidadosamente enfundados en ajustados vestidos de cóctel o suaves y oscuros trajes, pero los hay a cientos, arremolinados antes de la cena mientras paladean exquisitos trozos de pan negro cubierto de salmón ahumado y sorben champán francés. En el centro de las mesas hay un lustroso lirio blanco, y las tres damas de honor van vestidas de blanco, en una versión menor del vestido de la novia.

Llegamos tarde a la ceremonia, justo en el momento en que el grupo que acompaña a la novia hace su entrada en el salón de techo bajo que hará las veces de sinagoga, con filas de sillas, debidamente almohadilladas para acomodar a ejecutivos sobrealimentados que dormitan durante las reuniones de ventas y las sesiones de formación, en lugar de

bancos. Confundo a la primera dama de honor con la novia, pero en seguida veo que la sigue una segunda dama y después una tercera, hasta que el vestido más imponente de todos entra majestuosamente en la sala. Seguimos entonces su estela, y con suma cautela nos instalamos en nuestras sillas, aunque no con la discreción suficiente como para evitar las miradas de reojo de los demás invitados.

Cuando da comienzo la ceremonia, estudio con los ojos la sala y me doy cuenta de que todos los hombres presentes llevan un pequeño *yarmulke* de satén sujeto a la cabeza. Durante un instante me pregunto si no hay gentiles entre los invitados, aunque no tardo en reparar en mi error. Los *yarmulkes* han sido repartidos al comienzo de la ceremonia y Max es el único que no ha recibido uno debido a nuestro retraso. Se muestra con la cabeza descubierta ante los ojos de Dios, eso si Dios está presente en algún lugar bajo este techo de yeso con sus lámparas de bronce en forma de cúpula. Está sentado con las manos entrelazadas y una leve sombra de divertida superioridad anima sus rasgos. En cuanto ve que estoy cruzada de brazos, me imita, burlándose de lo que a su entender es una muestra de mi incomodidad ante su cultura, aunque sospecho que está más incómodo aquí que yo.

Bajo la *jupá*, la novia se erige gloriosamente alta con su vestido abotonado a la espalda y una hilera de cien diminutas perlas que desaparecen entre los pliegues de la imponente falda en algún punto por debajo de la cintura. El novio aplasta la copa marital con el pie con total convicción y los invitados aplauden al oír el chasquido del cristal.

El ágape que precede a la ceremonia es largo y transcurre despacio, desgranándose en una sucesión de delicadas carnes y cremosas salsas presentadas en grandes platos blancos decorados con pétalos de pensamientos y de capuchinas. Cuando, después de tomar tres o cuatro pequeñas cucharadas de la *mousse* de chocolate oculta en el interior de una galleta dorada con forma de cornucopia, parece que hemos hecho una pequeña pausa, el joven y serio maestro de ceremonias se acerca a un micrófono y anuncia que la mesa de los postres está servida.

Max me toma del brazo y me acompaña hasta una nueva sala situada en la parte posterior del comedor y cuyas puertas, abiertas ahora de par en par, dejan a la vista una mesa que ocupa el largo y estrecho espacio. La mesa está tan llena que en un primer momento no alcanzo a distinguir lo que contiene, pero poco a poco mis ojos consiguen diferenciar varias formas individuales entre la magnífica profusión. Hay una torta de chocolate negro con espirales de azúcar glas negro que atraviesan su superficie de un lado al otro. Hay también un merengue de limón con una gloriosa corona blanca espolvoreada con oro allí donde la ha tostado el calor del horno; una tarta ligera y fina cubierta de una pasta de color verde claro que supuestamente ofrece los suaves y dulces sabores del mazapán; un largo *strudel* levantado sobre cientos de capas finas como el papel en el que se ocultan manzanas y uvas pasas, y espolvoreado con azúcar en polvo; una gigantesca tarta de varios pisos cubierta por una capa de chocolate batido formando crestas que parecen pequeñas olas en el mar; inmensos cuencos de cristal llenos de macedonia de frutas, y en los que pequeñas bolas de perfecta redondez de colores rosa, verde y naranja pastel se amontonan como caramelos en los frascos del mostrador de una confitería. Junto a ellos, hay bandejas de *petits fours*, finos y pequeños círculos y diamantes con impolutas superficies de glaseado blanco, y galletas, discos dorados

tachonados de pequeños pedazos de almendra o afiladas lenguas que brillan suavemente allí donde el pincel ha acariciado la levadura con clara de huevo. Hay numerosas tartas de queso, bañadas en salsas de fruta, o sin ellas, una superficie agrietada expuesta a la vista con la absoluta confianza de que este será sin duda el mejor, el que se deshace en la boca, deleitando la lengua con el beso del azúcar y el mordisco del queso. Hay tres grandes barcazas de plata, llenas hasta los topes de caramelos envueltos en un lazo de papel de aluminio de colores. En el centro de esta inmensa variedad, montada sobre un pedestal de porcelana para que se alce por encima de los demás postres de la mesa, se encuentra el ornamento emblemático del ágape, la *pièce de resistance*, el postre al que los franceses dan el nombre de *croquembouche*: un montón de buñuelos de crema unidos por hilos de azúcar batido para crear una pirámide de blandas nubes rodeadas por una red de filamentos de oro.

Normalmente como con voracidad, picando constantemente y negándome a renunciar a algún sabor por si el siguiente bocado resulta aún más satisfactorio que el anterior. Sin embargo, delante de esa repleta mesa nupcial parezco haberme quedado helada, totalmente incapaz de elegir nada. Me quedo de pie al principio de la mesa, en mitad de una fila que está formándose delante y también detrás de mí, con un plato blanco en las manos en el que tan solo he conseguido poner una lengua de gato.

Max ha avanzado un poco, y en este momento se inclina sobre la mesa para cortar una porción de torta de chocolate. Me ha perdido y no sabe que estoy de pie detrás de él mientras los demás me rodean para servirse. Delante de Max, al otro lado de la mesa y apenas a un par de metros de nosotros, veo a un hombre alto y rubio, y con una figura musculosa que no parece acostumbrada a su traje de corte perfecto, que supervisa la escena. Veo a Max levantar los ojos del cuchillo que tiene en la mano y cruzar una mirada con el hombre. Durante un largo instante, ambos se miran fijamente como si se reconocieran.

Bajo los ojos. Tengo el vestido arrugado, una maraña de líneas horizontales me desfiguran la falda a la altura del vientre y de los muslos. Me duelen los zapatos. Me acerco a la mesa que tengo delante y empiezo a amontonar toda suerte de pasteles y de dulces en el plato.

PARÍS, 3 DE MARZO DE 1903, MARTES

Animados tras la última entrega de nuestra traducción de Ruskin al *Mercure*, Marcel y yo hemos acordado establecer una triple reforma: de su horario, sus hábitos alimentarios, y del uso que hace de la medicación. A partir de ahora hará tres comidas al día en horas regulares; se asegurará de haberse quedado dormido mucho antes del alba y no se levantará nunca después de las diez de la mañana, momento en el cual comerá un ligero almuerzo, seguido de un té durante la tarde, cena a las seis y el refrigerio que quiera tomar con sus amigos en caso de que decida salir, o de ser necesario, un tentempié aquí a última hora de la noche. Irá reduciendo gradualmente el uso del Trional, intentando de entrada emplearlo solo en días alternos, con el objetivo de utilizarlo al final una vez a la semana o en casos de ataques realmente graves. No tomará más de tres tazas de café diarias. Empezará el viernes, después de la gran cena que le espera en el Pierrebourgs el jueves por la noche. Le he dicho que puede dar la cena con la que tanto me ha estado atosigando en cuanto asuma esta reforma.

Madame de Noailles pasó a verme ayer antes de subir a ver a Marcel a su cuarto y me dedicó toda suerte de cumplidos a propósito de lo que su hermano ha publicado hasta ahora en el *Renaissance Latine*. Dijo que no ve la hora de leer la segunda parte este mes y, con un guiño, alabó al anónimo Horacio, cuyos artículos de sociedad están avivando *Le Figaro* últimamente. Qué joven más hermosa, a pesar de que hable demasiado. Aunque supongo que eso es un claro indicador de su gran inteligencia, no es digno de una dama no permitir jamás hablar a su interlocutor.

PARÍS, 5 DE MARZO DE 1903, JUEVES

Marie N. vino a vernos ayer por la tarde y se sentó conmigo mientras esperábamos a que Marcel se despertara. Nos alegró saber que ha resuelto instalarse en París durante un tiempo, pues ha decidido aprender orfebrería con un tal monsieur Bing, quien, según dice, es muy respetado en su campo. Me resulta muy extraño que una joven tenga que trabajar para ganarse la vida. Marcel dice que los padres de Marie son perfectamente capaces de mantenerla y de darle una buena suma para su dote cuando se case, pero ella parece completamente decidida a emprender una carrera artística con una diligencia y una regularidad que yo desearía ver desplegar a Marcel. Las jóvenes inglesas son muy joviales, y Marie es una incansable fuente de energía. Quizá las obligaciones domésticas no sean para ella ocupación suficiente, aunque si tuviera hijos no tardaría en descubrir que los pequeños requieren hasta la última gota de energía que una madre puede reunir. Le he hablado de que Marcel planea reformar sus horarios y sus hábitos, y ella se ha ofrecido amablemente a prestar todo su apoyo.

PARÍS, 8 DE MARZO DE 1903, DOMINGO

Desastroso comienzo de nuestra triple reforma. Ayer le comenté a Marcel, cuando se levantó a las tres de la tarde, que hacía ya veinticuatro horas que había dado comienzo su nueva vida y que todavía no había corregido sus hábitos. Él se lo tomó a mal y dijo que, como le había molestado con el comentario, estaba demasiado contrariado para empezar ese día.

Aun así, debemos perseverar aunque el camino sea difícil y los sacrificios, dolorosos. El vicio es un falso consuelo; la virtud, una auténtica fuente de júbilo. Los hábitos que Marcel debe abandonar, los comportamientos que pervierten y seducen, serán nimiedades apenas recordadas, y mucho menos lamentadas, en cuanto haya adoptado un estilo de vida saludable.

PARÍS, 23 DE MARZO DE 1903, LUNES

Adrien y yo hemos acordado que pasaremos el mes de julio en Evian y que quizá viajemos a Montreux en agosto. Antoine, que no se cansa jamás de tramar cosas, nos visita prácticamente a diario. Parece no haberle afectado la muerte de su madre, ni su estancia en Rumanía. Me confesó que Marcel no considera nuestra traducción de Ruskin entre en la categoría de auténtica escritura, una opinión de la que ya me ha hecho partícipe en varias ocasiones. He pedido a Antoine que anime a nuestro lobezno, y él me ha prometido que lo haría y que me enviaría una nota informándome de sus progresos en esa empresa.

PARÍS, 2 DE ABRIL DE 1903, JUEVES

Me dice Marcel que ha abandonado nuestras reformas para aguijonearme en el tema de la cena, de modo que he terminado por ceder y decirle que habrá en efecto cena si, inmediatamente después, hay reforma. Sé que él odia que llame *cocottes* a sus amigos, pero es que realmente no son mucho más que eso. Ninguno de esos jóvenes aristócratas trabaja, y su conocido más reciente, el marqués d'Albufera, llega incluso a mantener a una amante vestida a la última moda. La idea de que el editor del *Figaro* vaya a quedarse impresionado por semejante compañía es una estupidez. Si monsieur Calmette conoce a esa clase de gente sentada a nuestra mesa, Marcel no hará sino confirmar su reputación de diletante literario. Marcel es incapaz de creer que no todo el mundo daría lo que fuera por conocer a un duque o a un conde como le ocurre a él, y que son muchas las personas trabajadoras como su padre que no sienten el menor interés por los chismes del *beau monde*. Aun así, puesto que no hay nada que me desagrade más que las personas que dan su consentimiento a un plan y lo llevan luego a cabo a regañadientes, he optado por reservarme mi opinión y seguimos adelante animadamente con los preparativos de la cena.

El domingo, Dick vendrá a cenar con Marthe. Tenemos que acostumbrarnos a ello.

PARÍS, 18 DE ABRIL DE 1903, SÁBADO

Todo parece indicar que he subestimado (o quizá sobreestimado) a monsieur Calmette, pues el jueves por la noche le vi deshacerse en muestras de servilismo y de humildad como si sus logros no tuvieran la menor importancia ante un gran apellido. A decir verdad, había imaginado que el editor de *Le Figaro*, aunque se trate de un periódico de sociedad, sería de temperamento un poco más serio, y un poco más esquivo con la nobleza, pues está siempre dispuesto a destapar el escándalo a expensas de ellos. Sin embargo, ha resultado ser un auténtico arribista, uno de esos hombres que pretenden ser a la vez el intruso cargado de principios y la fascinada persona de confianza. En cuanto recibí a los invitados de Marcel me retiré, pero ayer por la mañana Marcel me dejó una breve nota en la que me informaba de que creía que todo había salido bien y de que la salsa de *mousseline* había sido finalmente la mejor elección.

PARÍS, 27 DE ABRIL DE 1903, LUNES

Adrien me dice que no debo alterarme así, pero qué otra cosa puedo hacer cuando Marcel se empeña en mortificarme. No hemos hecho ningún progreso en nuestra reforma. Está tan débil que debe guardar cama prácticamente a diario, y cuando se levanta es para cenar con d'Albufera y su querida en algún restaurante. Y la semana pasada, insistió en que tenía que ir a Passy a ver al conde de Montesquiou. Hace caso omiso de *Sésamo y lirios*, después de haberme prometido que consideraría la posibilidad de que fuera nuestro segundo proyecto sobre la obra de Ruskin mientras esperamos a que lleguen las pruebas del *Amiens*, y se pasa el día entero nervioso porque su nuevo amigo, el duque de Guiche, no ha respondido a una pequeña carta que le mandó la semana pasada. Esta mañana me ha dejado una nota en la que me pide que esta tarde llevemos de vuelta a su habitación el pequeño diván que está en el hall, pero le he dicho a Jean que no pienso permitirlo y que no tengo intención de ceder a ninguna otra de sus demandas.

Gozosa noticia la que nos ha dado Marthe. Tengo que llamar por teléfono a Marie-Marguerite para contárselo.

PARÍS, 14 DE MAYO DE 1903, JUEVES

Marcel me ha obsequiado con algunas de las historias que ocurrieron en el baile del martes. Aunque él ignoró por completo el motivo del baile –Atenas en la época de Pericles, harto exigente para los no humanistas– y se presentó simplemente con la corbata negra que suele llevar siempre, los demás invitados se habían disfrazado con túnicas, coronas de laurel y sandalias. Marcel me ha dicho que Marie estaba exquisita y que se había peinado al estilo griego, recogiendo el pelo en lo alto de la cabeza con tirabuzones que le caían a un lado. Y que renunció a los bailes para hacerle compañía, cosa que me pareció injusta por parte de Marcel, pues está muy bien eso de ser artista, pero la muchacha en algún momento tendrá que buscarse un marido.

Ayer se quedó en cama y no creo que hoy se levante.

PARÍS, 19 DE MAYO DE 1903, MARTES

Las pruebas del *Amiens* llegaron ayer desde el *Mercur de France* y Marcel se puso a trabajar en ellas en cuanto se despertó. Al cabo de una hora, ya estaba al teléfono preguntándole dudas a Marie. Marie vendrá hoy a vernos. Estoy encantada viendo a Marcel tan dedicado a su trabajo. A decir verdad, estamos ambos realmente animados con el texto y no dejamos de citarnos mutuamente a Baudelaire: «El arte es largo y el tiempo es corto».

Nos dice Adrien que sus colegas y él han sido consultados acerca del canal de Panamá, pues la fiebre amarilla es tan feroz entre los obreros que las autoridades temen que el canal no llegue a construirse nunca, y tras todos esos escándalos sobre el dinero, ya no pueden hacer frente a más retrasos. Veo impacientarse al anciano doctor, que sin duda lamenta no ser ya lo bastante joven como para viajar sin demora a Sudamérica a investigar; pero debe contentarse con pasar estos años reposando en sus merecidos laureles. Estoy segura de que el anuncio de su elección para ocupar un asiento en la Academia es tan solo una cuestión de tiempo.

PARÍS, 28 DE MAYO DE 1903, JUEVES

Marie nos visita a diario, y Marcel y ella se dedican a trabajar en las pruebas. Marcel ha consultado también con Robert d'Humières, que tradujo a Kipling y ha prometido toda la ayuda que pueda prestar. Es muy amable, pues bien podría ver a Marcel como a un rival.

Marthe progresa adecuadamente ahora que las náuseas matinales han quedado atrás. Apenas empieza a notársele el embarazo, aunque nadie que no haya sido madre se percataría de ello. Aun así, el martes no pude evitar darme cuenta de que ha relajado un poco sus corsés.

PARÍS, 29 DE MAYO DE 1903, VIERNES

Un desastre. Según su padre, ver a Marcel al borde del llanto resultó vergonzoso, y el propio Adrien estaba tan enojado que temí que se le reventara algún vaso sanguíneo mientras me lo contaba estaba mañana. Debemos dar las gracias de lo ocurrido a Antoine. Siempre me ha parecido sospechoso su gusto por la intriga (esa suerte de cosas se tornan fácilmente maliciosas). Adrien dice que Marcel empezó cuando ni siquiera habían terminado de tomar el postre contando cierta historia sobre que Antoine había cantado una canción subida de tono –el problema de estas anécdotas es que los hombres nunca nos cuentan las cosas tal y como son por temor a ofendernos–, y Antoine decidió vengarse contándole a Adrien que la semana pasada Marcel había dado una propina de sesenta francos al camarero del Café Wéber. Adrien perdió los estribos –de hecho, esta mañana todavía no se ha recuperado del todo–, y se enfadó aún más al ser testigo de la evidente aflicción de Marcel. Al final, Adrien abandonó la cena, dejando solos a los muchachos. De haber estado presente, me las habría ingeniado para mantener separadas a las facciones enfrentadas. Para empezar, estoy convencida de que no se habría mencionado la canción si yo hubiera presidido la mesa, aunque debo reconocer que en términos generales soy de la opinión de que en esta suerte de ocasiones es mejor dejar que los hombres resuelvan sus cosas entre ellos.

Supongo que la amistad de los dos muchachos habrá tocado a su fin. Estos jóvenes nobles, con sus amantes y sus coches de motor..., bien pueden burlarse de la pasión con la que Marcel vive la amistad; aunque con lo aislado que le tiene su enfermedad, no es de extrañar que sus amigos tengan para él tanta importancia. He conseguido calmar a Adrien, que ha decidido irse a la facultad para distraerse, e intentaré calmar a Marcel en cuanto despierte.

Justo cuando creía que habíamos conseguido un poco de paz. Como escribió Bossuet: «Son tantas las piezas necesarias para construir la felicidad humana, que siempre falta una».

PARÍS, 12 DE JUNIO DE 1903, VIERNES

Fue ayer cuando entendí lo que había ocurrido. Marie no se había atrevido a contármelo –aunque yo ya había notado que últimamente sus visitas eran menos frecuentes– y Marcel me ha ocultado su decisión. Sin embargo, cuando anoche salió a cenar con d’Albufera, aproveché la ocasión para revisar las pruebas y entendí que no había hecho ningún progreso desde la escena con su padre. Sospecho que ha abandonado la traducción, y he decidido enfrentarme a él con mi descubrimiento lo antes posible. Dick dice que Marthe espera que sea una niña, pues cree que un niño sería demasiado engorroso.

PARÍS, 14 DE JUNIO DE 1903, DOMINGO

Marcel se niega a entrar en razón, tal y como yo suponía, y le he suplicado que retome la labor. Entiendo que la corrección es la parte más tediosa, pero la publicación está a la vuelta de la esquina y no podemos abandonar ahora. Está muy deprimido con lo ocurrido: en parte se siente culpable por habérmelo ocultado, y en parte está enfadado porque lo he descubierto. Aun así, dice que las pruebas contienen demasiados errores y que Marie corrige delicadamente todavía más en cada sesión, mientras que él está empezando a tener la sensación de que cada vez domina menos el francés. «Después de tres años de trabajo, no hablo ninguna lengua, no sé nada sobre arte y aun menos sobre Ruskin o sobre Amiens», me dijo. Tuve que citarle a su maestro: «Conocer bien algo requiere un profundo sentido de la ignorancia».

PARÍS, 18 DE JUNIO DE 1903, JUEVES

Marie y yo hemos ideado un plan para conseguir que Marcel retome su trabajo: ella comparará las pruebas con el original en inglés y señalará con una estrella roja cualquier frase que necesite especial atención por parte de Marcel, el traductor, mientras que yo leeré solo la versión en francés y señalaré con una estrella azul cualquier frase que me parezca menos que apropiada y requiera la intervención de Marcel, el escritor. Esperamos así presentarle el problema a Marcel de un modo más manejable: como una simple lista de decisiones que hay que tomar.

Marie es sin duda una joven de gran corazón, y sin pretender ser bajo ningún concepto desleal a Marthe, que muestra una gran paciencia en estos momentos difíciles, aunque reconozco que tiene tendencia a la fragilidad, a menudo pienso que sería una delicia tener de nuera a la «literata». (Monta en bicicleta, nada más y nada menos. No recuerdo que Marcel me lo haya dicho.)

EVIAN, 3 DE JULIO DE 1903, VIERNES

Después de recibir ayer la carta de Marcel, me pasé toda la tarde hablando con el doctor sobre qué hacer. Mi reacción inmediata fue volver en este tren de la mañana a París, ayudarle a encontrar las pruebas perdidas –tienen que estar en el apartamento porque no las ha sacado de allí en ningún momento–, y que después él me acompañase de regreso hasta aquí, llegando a la misma hora que teníamos prevista. Los De Noailles se han instalado ya en Amphion y han organizado un baile para el día once, de modo que Marcel querrá estar aquí como muy tarde la semana que viene. Adrien no ha querido ni oír hablar de semejante plan y ha dicho que yo no podía volver a toda prisa a París para ayudar a Marcel a encontrar sus calcetines –a lo que respondí que las pruebas de la traducción no son ninguna trivialidad– y que debo quedarme aquí. Dijo incluso que quizá Marcel lo haya hecho a propósito, o al menos que esos médicos de la mente que tanto él como Dick encuentran absolutamente fascinantes argumentarían que Marcel ha perdido las pruebas porque en realidad desea abandonar la traducción. Hay que ver las tonterías que dicen a veces los médicos. Estoy convencida de que las pruebas aparecerán muy pronto debajo de un montón de papeles, y hemos convenido que no regresaré a París todavía. Aun así, estoy preocupada por mi lobezno, y esta mañana le he enviado un telegrama antes del desayuno. El tiempo sigue acompañando.

EVIAN, 4 DE JULIO DE 1903, SÁBADO

Un telegrama (¡y carísimo!) de Marcel en el que dice que la heroica Marie le ha salvado el día al encontrar las pruebas envueltas entre los periódicos de hoy que Marcel había estado leyendo, abandonados en un rincón de la habitación. Estará con nosotros el lunes por la noche, y guardará sus papeles en un maletín que ha pedido prestado a tío Georges. Espero que el viaje no le fatigue en exceso, y he pedido al hotel que le reserven la habitación del ala más alejada. Han llegado las invitaciones de los De Noailles.

PARÍS, 29 DE JULIO DE 1903, MIÉRCOLES

Adrien llegó tarde anoche y visiblemente descorazonado tras el viaje a Illiers para la entrega de premios. Bajo ninguna circunstancia se invita ya al anciano *curé* a la escuela, como si la religión pudiera contaminar a los chicos, mientras que Jules, hinchado como un pavo con su alcaldía, pronunció un discurso a esos futuros ciudadanos sobre la necesidad de separar Estado e Iglesia. Aunque Adrien sintió repugnancia, no se atrevió a recordar a su cuñado que ese mismo *curé* fue quien cuidó a Elizabeth en su larga enfermedad con devoción y paciencia. No critico que Jules Amiot decida que carece de alma inmortal de la que deba preocuparse, pero negar a los demás cosas del espíritu es desmesurado. Bueno, debemos dar las gracias por semejante monstruosidad a Émile Combes y sus terribles ataques a la Iglesia. Adrien está realmente asqueado con lo ocurrido, pues en el fondo de su corazón, y aunque jamás lo reconocerá, por fin entiende que Dreyfus es inocente, y ve ahora cómo los triunfales *dreyfussards* castigan a la Iglesia por un crimen que esta jamás cometió.

Anoche Adrien se enfadó con Dick y con Marcel y me dijo: «Ya ves adónde nos ha llevado su condenado *dreyfusismo*». Aun así, le supliqué que no repitiera la historia, sobre todo delante de Marcel, pues sé lo mucho que le afectaría. Siempre quiso al anciano *curé*, que fue quien le enseñó el catecismo, y Adrien sabe que los muchachos se oponen tanto como él a Combes.

Si estos filisteos se alzan con la victoria, no habrá más Chartres, ni más Amiens. Cuando terminen de separar Iglesia y Estado, habrán arrancado todas las Crucifixiones y los Nacimientos de las paredes del Louvre con el argumento de que es a todas luces un museo del Estado.

Marcel dice que lo más elevado y lo más grande que tiene Francia reside en la Iglesia y que sin duda tanto los creyentes como los no creyentes estarán de acuerdo en ello. En estos momentos me asalta una gran admiración por nuestro Ruskin. Si una judía es capaz de transmitir la concepción que tiene un protestante de un arco o de un rosetón góticos y de comunicar que estos grandes logros son una expresión de nuestro anhelo de lo espiritual, sin duda la Iglesia católica podrá mantenerse a salvo de los fanáticos *dreyfussards*.

PARÍS, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1903, VIERNES

Me tiembla tanto la mano que apenas puedo apoyar la pluma sobre el papel al recordar los acontecimientos de ayer. Tiemblo, sí, aunque no presa del temor, sino de la amargura. Todavía me mueve la ira. Y sé que llegará el arrepentimiento, y quizá también el perdón, pero para eso habrá que esperar. Hoy estoy encendida. Me siento traicionada por su egoísmo, su desconsideración y su resuelta prosecución de sus propios deseos sin que le preocupe lo más mínimo el dolor que pueda causarme. Aun así, mientras escribo estas palabras, sé que le quiero, más de lo que debería.

Como siempre, antepuse sus intereses a los míos. Pensé solo en él y puse en ello el corazón cuando empecé a traducir *Sésamo y lirios* para que él pudiera disponer de la primera versión en cuanto estuviera a punto, y para que cuando los críticos ensalzaran nuestra *Biblia de Amiens*, él pudiera responder relajadamente, con esa soltura que caracteriza a los autores publicados en varias ocasiones, que *Sésamo* estaba a punto de salir. Con toda la tranquilidad del mes de agosto dejándome tiempo para mí tras nuestra vuelta de Evian, había logrado traducir unas veinte páginas, y ayer se me ocurrió ofrecerle mis esfuerzos como regalo. Pedí a Eugénie que me trajera un poco de cinta de su cesta de costura, y ella me brindó una preciosa de color rosa que utilicé para sujetar las páginas en un pulcro montón, que dejé encima del escritorio de Marcel para que lo encontrara allí al despertarse. Se levantó después del almuerzo. Yo estaba sentada aquí, en el salón, cuando oí que se acercaban sus pasos, y me dispuse a esperar encantada su reacción. Sin embargo, no fue gratitud ni alegría lo que vi en él cuando apareció. Furioso, me acusó de entrometida, de maquinadora y de hacerle aborrecer el trabajo debido a mi desconsiderada insistencia. Me he cansado ya de esta argumentación, que Marcel ha utilizado contra mí en anteriores ocasiones, en particular en lo que concierne a la cuestión de nuestra triple reforma, manteniendo que mi más ligera motivación en pos de un plan que ambos hemos acordado actúa en cambio como un nuevo impedimento contra su determinación. Pues bien, en esta ocasión rechacé de plano su argumentación y añadí que era una auténtica estupidez culpar a los demás de su trágica falta de voluntad, y que si perdía su tiempo era él el único responsable, pues yo había hecho todo lo que estaba en mi mano por ayudarle a conseguir su objetivo. Le dije también que le había visto refocilarse en la enfermedad y haraganear con sus *cocottes*, fracasar en los estudios, abandonar el derecho, ausentarse de la biblioteca, y que ahora se negaba a completar la única tarea en la que había llegado al menos a la mitad del camino, que yo había sido un testigo triste pero que jamás me había rendido a la desesperación, que siempre había encontrado nuevos remedios, nuevos horarios, nuevas estrategias, nuevos planes y nueva esperanza, y que así era como él me trataba a cambio, con ingratitud y crueldad. Sin embargo, mi rabia no hizo más que inflamar la suya y me gritó entonces: «Bien, pues jamás tocaré *Sésamo*. Abandono la traducción», antes de salir apresuradamente del salón.

Tan acalorada me sentía que no pude dejar las cosas que estaban y corrí tras él, siguiéndole hasta su habitación, donde le encontré de pie junto a la ventana, de espaldas y tembloroso. En ese momento bajó la cabeza hacia la calle, aunque dudo mucho que pudiera ver nada que pasara por delante de sus ojos.

«¿Cómo puedes ser tan desagradecido?», le pregunté, pero Marcel no respondió ni se volvió hacia mí. Y así, en cierto modo desesperada por captar su atención y demostrarle lo traicionada que me sentía por él, hice lo mismo que él había hecho en su día y sin pensarlo cogí el primer objeto que tuve a mano. Era la pequeña Virgen cuellilarga de madera que Fénelon le había regalado tiempo atrás, sin duda con la intención de complacer la vista de Marcel más que su alma. Pues bien, levanté la mano y arrojé la Virgen contra el suelo, lanzándola a cierta distancia, como si supiera que era necesaria bastante fuerza para romper la madera. Como era de esperar, la delicada cabeza de la figura se escindió de su elegante cuerpo con un sonido que podría haber resultado prácticamente inaudible, pero que en el silencio de la habitación resultó ensordecedor. Luego me volví de espaldas y salí corriendo.

Ahora me pregunto si alguna vez podremos decir que esa pequeña figura fue la copa de nuestra boda, y los añicos en que se rompió el símbolo de nuestra unión.

Cristo sufre. Su cuerpo retorcido gime. El rostro se descompone como si la piel misma estuviera cediendo. Los párpados pestañean, seminconsciente a causa del dolor. Un hilo de sangre, de un rojo intenso, recorre la mejilla de yeso. Unas uñas crueles se hincan en la piel esculpida, clavándole a esta cruz dorada.

Vengo aquí a menudo durante la pausa del almuerzo. Me como un sándwich en el patio de la biblioteca y camino luego por la rue de Richelieu, pasando por delante del Palais Royal y girando la esquina para salir al faubourg Saint-Honoré y dirigirme desde allí a la Église Saint-Roch, con su ensangrentada *Crucifixión*. Pero hoy he deambulado hasta aquí en plena tarde, en busca de un poco de distracción..., o supongo que quizá incluso de un poco de consuelo. En cierto modo estoy desalentada por lo que he escrito.

Es decir, por lo que he traducido. No quiero dar la impresión de que madame Proust no quería a su hijo, ni que su vida en común fuera una suerte de purgatorio. Cuando Marcel abandona bruscamente una habitación, gritando *J'abandonne!*, no quiero que se me acuse de exagerar la magnitud de sus desavenencias. Huelga decir aquí que he creado un clímax, dejando intencionadamente de lado las irrelevantes entradas del mes de agosto y ocultando al lector todo el trabajo emprendido por madame con *Sésamo*, para traer, ya en septiembre, este enfrentamiento entre madre e hijo. Eso es cosecha propia.

Pero discutían, sí, por mucho que se quisieran. Las batallas motivadas por el jarrón veneciano roto en mil pedazos, el escritorio portátil de la abuela y el sombrero de copa de Fénelon son sin duda hechos refrendados por la historia. Y en 1903 Proust abandonó la traducción de *Sésamo y lirios* durante unos meses. Lo que traduzco es la verdad y nada más que la verdad, y heme aquí, sentada en uno de los bancos de Saint-Roch, cavilando un poco sobre la verdad y nuestra obligación con ella.

Esta no es la iglesia más hermosa de París, ni siquiera la más hermosa del barrio, y aun así me resulta familiar. Saint-Roch fue erigida por Luis XIV en 1653, aunque se tardaron cincuenta años en reunir el dinero para su construcción, de ahí que fuera diseñada en el estilo barroco del siglo XVIII y que esté abarrotada del empalagoso arte de la Contrarreforma. El crucifijo es obra de Lemoyne. Supongo que me recuerda a mi país. A fin de cuentas, las iglesias de Quebec no son catedrales medievales, sino edificios de los siglos XVIII y XIX, erigidos por la misma agresiva fe jesuita que levantó los muros de Saint-Roch, y llenos de un extravagante arte religioso de corte francés. De hecho, el Cristo de Saint-Roch es igual que el que presidió mis años de adolescencia.

Si la infancia era patrimonio de la tierna figura de *Bébé Jésus*, la pequeña alubia del pesebre de la escena del Nacimiento, la adolescencia era territorio del Cristo sangrante. Está hecho de yeso blanco que el artista no ha pintado, sino que ha cubierto de una capa traslúcida, dando así a la piel un lustre cadavérico. Tiene el cuerpo cruelmente demacrado, como si sus captores romanos le hubieran matado de hambre antes de que el populacho judío pronunciara su sentencia y los centuriones le clavaran a la cruz. Los ojos casi cerrados, las mejillas hundidas, el rostro macilento. Un hilo de sangre le cruza la frente desde debajo de la corona de espinas. Bajo su mirada alucinatoria, el padre Ambrose predicaba una doctrina de sufrimiento y de culpa, de deuda y sacrificio, de pecado original y reparación personal, desde el púlpito de *Nôtre-Dame-des-Douleurs*, la iglesia de Montreal situada en Dorchester Boulevard.

Durante mis años de universidad, lo vi de pronto un día con los ojos de una estudiante de arte y reparé en la exageración de las proporciones, en la histeria del colorido, el sentimentalismo con el que había sido esculpido el rostro. Es una figura demasiado manipuladora para que pueda ser considerada una gran obra de arte, y aun así su sufrimiento prevalece. Parece un cadáver de un campo de exterminio, un famélico etíope, un adicto de los que merodean por las calles. Todavía siento deseos de tender la mano y tocar su rostro, de ayudar de algún modo, de curar al hijo y consolar a la madre, de poner freno a la historia. Ojalá hubiera estado allí, ojalá hubiera podido hacer algo...

Aun hoy me acuerdo del credo: «Creo en Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único hijo, Nuestro Señor, concebido por obra y gracia de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y

sepultado... Al tercer día, resucitó entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos».

Pero ¿cómo nos juzgará: colectiva o individualmente? Recuerdo que una vez, cuando tenía siete u ocho años, nuestro feroz profesor de francés terminó por perder los estribos ante nuestro incesante parloteo y nos castigó a copiar cientos de veces *Je ne parlerais pas en classe* (no hablaré en clase). Tres de mis compañeros estaban haciendo un trabajo en la biblioteca del colegio y cuando volvieron a clase y nos encontraron en silencio y ceñudamente concentrados en nuestras copias, se libraron del castigo porque no habían estado presentes durante lo ocurrido. «Yo tampoco estaba hablando», mascullé mientras aquel purgatorio se alargaba en el tiempo y teníamos que llevarnos las copias a casa y terminarlas esa tarde porque no las habíamos terminado durante la clase. ¿Sabrá Dios quién estaba allí cuando metían a la gente en los vagones de ganado? Si contamos con que Él sabe que ni tú ni yo habíamos nacido cuando encendieron los hornos, ¿nos perdonará por limitarnos a mirar cuando las parpadeantes imágenes del televisor nos mostraban Etiopía, Bosnia o Ruanda? Tuve deseos de sanar una vida, de salvar un alma.

En Saint-Roch, vuelvo sobre mis pasos por la nave central de la iglesia y paso por delante de una capilla adyacente dedicada a la memoria de las víctimas del nazismo. Se enumeran en ella por su nombre los distintos campos de exterminio y aparece también expuesto el número de víctimas que murieron en ellos: Auschwitz 140.000 mártires, Buchenwald 150.000 mártires, Dachau 100.000 mártires... Parecen cifras importantes, demasiado para representar solamente a los curas y monjas franceses que resistieron. Quizá incluyan a todo el clero europeo que perdió la vida a manos del nazismo. O a todos los ciudadanos franceses, incluidos cristianos y judíos, creyentes y ateos, católicos y comunistas, miembros de la resistencia y deportados. ¿Qué distinción se ha hecho? ¿A quién se recuerda y a quién no?

Los confesionarios están junto a la entrada: son oscuras y pequeñas casetas bipartitas de madera, y tan discretas que prácticamente se funden en la madera que cubre la pared que tienen detrás. En una delicada ranura situada a la altura de la cintura, un pequeño cartel blanco en el que figura el nombre del cura ha sido retirado de detrás de su cubierta de madera, indicando con ello que se oyen confesiones. Vacilo al llegar aquí.

Perdóneme, padre, porque he pecado. Hace cinco años desde la última vez que me confesé.

Aunque ¿qué podría confesar? ¿El pecado de la paciencia? ¿El de la ceguera? ¿Haber querido demasiado? ¿El pecado de la castidad cuando no debería haber sido casta? ¿Haber deseado carnalmente cuando debería haber amado simplemente? ¿Esperar cuando debería haber hablado? ¿Hablar cuando debería haber tocado? ¿Traicionar cuando era yo la traicionada?

No se puede comulgar sin haber pasado antes por la confesión. Sin embargo, a veces, algún domingo en Montreal, voy a misa con mi madre. Vamos a la iglesia de Notre-Dame-des-Douleurs, un elegante remanente del siglo XIX enclavado entre los modernos edificios de oficinas en ese bulevar al que mi madre se empeña en llamar Dorchester a

pesar de que lo rebautizaron con el nombre de René Lévesque hace varios años. No creo que mi madre crea de verdad en Dios. Es más bien una de esas asistentes ocasionales a misa. Esta es la primera parroquia francófona del centro a la que nos trajo mi padre cuando nos trasladamos a Montreal. Él raras veces nos acompaña, salvo en Pascua y en Navidad, pero seguimos viniendo a Notre-Dame como seguimos rindiendo culto en la lengua de papá. Mi madre asiste, nerviosa, a misa, por si hay vida después de la muerte y también retribución divina; aunque a decir verdad le cuesta creer que la haya.

Yo creo. Miro el Cristo sangrante que está encima del altar y dedicó mis plegarias a Dios. Al menos debo de haber creído en algún momento, pues la noche en que tuvo lugar la recepción de la boda y durante los largos meses que siguieron me encontré a menudo hablándole, invocando su nombre del mismo modo que pedimos deseos a las estrellas.

«A la primera estrella que vea esta noche quiero pedirle... Por favor, Dios mío, por favor...»

Pero yo sabía que mis plegarias no serían respondidas, porque, si hay Dios, seguramente creó a dos tipos de personas: las que aman lo que es diferente y las que aman lo que es igual. Y Él no cambiará su plan divino para satisfacer a una llorosa chica con su arrugado vestido de fiesta rosa.

En Saint-Roch tomo mi decisión. Me vuelvo hacia el confesionario y sin hacer ruido abro la portezuela, preparándome para contar una historia.

SARAH Segal se volvió de espaldas a la cacerola que removía en el fogón y saludó el sonido de Maxime entrando por la puerta. Le llamó pero no obtuvo respuesta, tan solo el golpeteo sordo y arrastrado de sus zapatillas de deporte en las escaleras, y el chasquido amortiguado de la puerta de su cuarto. Minutos más tarde, una música de rock espantosamente alta resonó por toda la casa.

Sarah esperó unos instantes para ver si Maxime bajaba el volumen, pero fue en vano. Tras soportar unos cuantos minutos más, subió las escaleras con determinación y llamó con suavidad a la puerta de la habitación de su hijo. No hubo respuesta. Negándose a estar simplemente allí golpeando y gritando, hizo girar la manilla y empujó la puerta. En uno de los rincones de la habitación hubo un frenético movimiento, y, cuando Sarah por fin entró, encontró a Maxime tumbado en la cama con las mantas recogidas sobre el estómago, visiblemente encendido.

Sarah señaló el aparato de música. Maxime se inclinó hacia él sin desplazar un ápice la parte inferior de su cuerpo y apagó la música.

–¿Has tenido un buen día? –Sarah le habló en francés, pero él le contestó en inglés, cosa que hacía cada vez más a menudo.

–Sí, estupendo.

–Puedes escuchar música si quieres, pero tampoco hace falta que dejemos sordos a los vecinos. ¿Por qué no utilizas los auriculares que te regaló tu padre?

–Ya, bueno, no.

–Ya, bueno, no –repitió Sarah, imitando su balbuceado inglés antes de proseguir con dignidad en su propia lengua–. ¿Se puede saber qué significa eso? ¿Les pasa algo a los auriculares? ¿Qué tal una pequeña muestra de respeto hacia los vecinos, ya que al parecer eres incapaz de tenerla con tu madre?

–Perdón. La pondré más baja –respondió Maxime.

–*En français, s'il te plaît* –Sarah habló agriamente, dando rienda suelta a su fastidio.

–*Okay. Je diminuerai le volume.*

Maxime la invitó en silencio a abandonar la habitación para poder volver así a lo que tenía entre manos. Sin embargo, su concentración pareció provocar el efecto contrario al esperado, pues Sarah se adentró aún más en la habitación, sentándose en el borde de la cama y sonriéndole como si deseara retomar la conversación con un tono más amigable.

En ese momento vio la portada de lo que parecía un libro o una revista que asomaba entre las sábanas arrugadas, y tendió la mano hacia él entre risas:

–¿Qué tienes aquí debajo?

–*Márchate y déjame en paz* –las palabras estallaron entre la rabia y la exasperación–. Es que no paras de incordiar-me –añadió, enfurruñado, tratando de justificar su tono de voz. Aun así, su pequeña aclaración solo sirvió para herir todavía más a su madre. Sarah se levantó, se volvió de espaldas, le recordó por encima del hombro que la cena estaría servida a las siete, y salió de la habitación sin volver la vista atrás.

Ya en la cocina, moviéndose con delicada dignidad mientras la ira le proporcionaba una aguda conciencia de su propia presencia, empezó a preparar la cena. Ya había preparado una *crème caramel* para el postre: los pequeños recipientes de porcelana que contenían la aterciopelada crema empapada en sirope de azúcar quemada acababan de salir hacia una

hora del horno más pequeño y se enfriaban en una bandeja metálica sobre la encimera. Sarah removió una vez más la sopa de verduras, que hervía a fuego lento en el fogón posterior de la cocina, y se volvió hacia la inmensa nevera para sacar un plato de pescado blanco que había sobrado de la noche anterior. Le quitó la piel y las espinas y se dispuso a introducir la carne en el robot de cocina.

Aunque a Daniel y a Maxime les gustaban los postres –la tarta de queso, los budines, las natillas, la repostería–, padre e hijo estaban inmersos en un incansable debate sobre si merecía la pena privarse de la carne como plato principal y verse obligados a padecer el pescado, el queso o las verduras, para poder comer lácteos al final de cada comida.

Había sido Daniel el que había insistido en que Sarah respetara el *kosher*. En el mundo que ella había dejado atrás al cumplir su décimo segundo cumpleaños, las normas en lo tocante al régimen alimenticio habían quedado reducidas a un par de tradiciones familiares –un espeso brioche horneado en ocasiones especiales o un guiso largamente cocinado algún sábado de invierno– y una clara reticencia a cocinar con cerdo. En Gladstone Avenue, Rachel le había enseñado los nombres de esos platos: el pan trenzado o *jalá* y el *cholent* o cocido. La había alimentado a base de *bagels*, *lox*, *kugel* y *kreplach*<sup>7</sup>, y en la Pascua judía, le había dado a conocer los platos simbólicos como el *matzón*, o pan ácimo, y el *charoset*, o bizcocho de nueces y frutas, y le había enseñado las recetas del pescado relleno y de la sopa de pollo que honraría su mesa la primera noche, el día después de que Sam hubiera desfilado alegremente por la casa con su vela y su pluma en busca de las últimas migas de pan fermentado que había que barrer por completo antes de que empezara la festividad.

Sin embargo, Sarah no empezó a comprender que la cocina era una obligación de mucha mayor envergadura que la simple preparación de comida hasta que conoció a Daniel e hizo su entrada a la gran cocina de Clara. Daniel había sido criado bajo una pila de prescripciones y prohibiciones, y si bien es cierto que había relajado su cumplimiento durante los años en que había estudiado en la universidad –donde había tenido que batallar para encontrar algo comestible, y más aun *kosher*, entre la escasa oferta de las cafeterías de los hospitales–, al casarse su único deseo fue recuperar las costumbres de su infancia. En cuanto empezaron su vida juntos en el pequeño apartamento situado cerca de su consulta, Sarah puso todo de su parte en aquella diminuta cocina para aprender y cumplir. Pero cuando por fin estuvo instalada en la casa de dos plantas de la zona norte de Toronto a la que Daniel y ella se mudaron en cuanto la consulta de él consiguió asentarse, se concentró con mayor decisión en la labor.

En los grandes armarios que olían todavía a serrín, guardó con cuidado las dos vajillas que los padres de él les habían regalado el día de su boda: una de porcelana blanca y sin adornos, que era la más moderna y elegante a la que cualquier pareja de recién casados podía aspirar, y otra, de diseño más clásico y con la superficie de color marfil salpicada de delicadas flores y con los bordes de los platos perfilados en oro. Sarah había organizado secciones separadas en la enorme nevera nueva para la leche y la carne, tenía dos juegos de trapos de cocina –uno azul y el otro rojo– para no cometer el error de secar la cacerola del pollo con el mismo paño que utilizaba para limpiar el plato de la

mantequilla, o frotar la sartén que utilizaba para las salsas de queso con el trapo que había empleado para dar brillo a los cuchillos de la carne.

A medida que la consulta de Daniel prosperaba y se auscultaban pulmones, se medía la presión sanguínea, se abrían forúnculos y nacían bebés, el creciente poder adquisitivo del matrimonio se fue reflejando en la cocina. Se contrató a un fontanero para que instalara un segundo fregadero y un lavavajillas para los platos en los que se servía la carne. Años más tarde, Daniel decretó que había que agrandar la cocina, y se amplió así la casa hacia el jardín. Cuando Maxime era adolescente, había en casa dos lavavajillas y dos fregaderos de dos senos, mientras que los armarios habían quedado claramente divididos en *milchik*, *flayshig*<sup>8</sup> y *pareveh*, esto es: los alimentos neutros, o lo que es lo mismo, ni leche ni carne. Aunque los rabinos argumentaban que la impenetrable superficie del cristal estaba exenta de estas distinciones, Sarah decidió clasificar también los vasos, colgando las copas boca abajo de una repisa de madera suspendida del techo de la cocina de la que podía coger alegremente una copa de vino para el aperitivo durante el fin de semana, y colocando los vasos de la leche diaria de Maxime en el pequeño armario que estaba encima del fregadero.

Al principio, Sarah había copiado al dedillo la cocina que Rachel le había enseñado, y que era el claro reflejo de los gustos de Daniel: carnes largamente guisadas, sopas espesas, verduras en salmuera, pescado ahumado, compotas de frutas, *latkes* y *blintzes*<sup>9</sup>. Intentó mejorar esas recetas, enorgulleciéndose de un pescado relleno más tierno y sabroso que la versión seca y dulce en exceso que era la especialidad de Clara, o reduciendo cuidadosamente la grasa de sus sopas a fin de que la superficie no brillara con esa asquerosa capa ante la que Sam chasqueaba la lengua y declaraba: «Qué sopa más buena». Muy pronto empezó a experimentar, inspirada por las amas de casa gentiles, con las que intercambiaba recetas, por los libros de cocina profusamente ilustrados que encontraba en la biblioteca, y por las presentadoras de amable voz de los programas de cocina de la televisión, que tomaban vino mientras realizaban esas combinaciones ultrajantemente no *kosher*, como el pollo Kiev rebosante de mantequilla o la lasaña en salsa de carne cubierta de queso fundido.

En algún punto de la lengua –en el centro, aunque hacia el fondo–, Sarah conservaba el recuerdo de un succulento y sangriento bisté, y a medida que Toronto abandonaba la cocina requemada de su pasado colonial y los restaurantes franceses aparecían como setas en las avenidas de la zona alta de la ciudad, fue recuperando cada vez más las delicias de su infancia. La carne apenas abrasada y rociada con vino; las endivias envueltas en jamón y bañadas en salsa de queso; el salmonete comprado en la pescadería esa misma mañana, pochado hasta dotarlo de una perfecta esponjosidad; un queso de cabra de penetrante sabor esparcido sobre un pan crujiente: esos eran los platos por los que su padre había suspirado al verlos llegar a su mesa durante uno de sus largos almuerzos dominicales. Y fue así como Sarah empezó a recrear la cocina francesa sin traspasar en ningún momento los confines de la cocina *kosher*.

Aunque para algunos el proyecto bien podría haber resultado ilógico –¿qué otra gloria ofrece la cocina francesa aparte de la carne servida con salsa de crema?–, Sarah pasó por alto los porqués y se concentró en los cómo que requería la labor que tenía entre manos. Si eliminaba la crema de leche y la mantequilla para confiar en un *roux* a base de

harina, yema de huevo y grasa extraída de la carne, era posible preparar una *blanquette de veau* que habría dibujado la sonrisa en los labios de la más exigente ama de casa burguesa del XVIème Arrondissement. Sabía ya cómo convertir la grasa del pollo en una *schmaltz* de intenso sabor. Si preparaba la carne que había comprado al carnicero *kosher* y las patatas en la *schmaltz*, podía crear un *bifteck-frites* comparable al que preparaban con mantequilla en la cocina de un bistró parisino. La receta quedó todavía más perfeccionada cuando, después de oír por casualidad una conversación entre sus cuñadas, se dio cuenta de que, si compraba un corte de carne que pudiera asar, dejando así que los jugos emergieran libremente de la carne mientras se cocinaba, podía prescindir de tener que dejar la carne remojando en agua salada, ese *kashering* obligado que, como ella siempre había sospechado, mataba todo el sabor mientras extraía la sangre. Sarah hizo muchos experimentos para crear un caldo de verduras, pues se había dado cuenta de que, si era capaz de evitar el uso del caldo de pollo cuando cocinaba puerros y patatas, acederas, coles de Bruselas, hinojo o zanahorias, podría cocinar sopas en las que mezclar la crema más espesa. Por otro lado, si pretendía eliminar la crema de las recetas de *pâté* e ir a Spadina a por un hígado picado y salami picante *kosher*, podría servir una bandeja entera de charcutería en su mesa. Si conseguía animar al señor Lombardi para que se hiciera con alguna clase de setas más exóticas que los insípidos botones blancos que encontraba en oferta en el supermercado, podría, con la suma de algunos ingredientes secos que venían en pequeños y caros paquetes, hacerse con la cantidad suficiente de variedades como para freír un entremés empapado en ajo que a buen seguro compensaría la falta de los vedados caracoles y mejillones deliciosamente descritos en la enciclopedia de gran formato de la cocina francesa, que descansaba junto a los libros de cocina *kosher* en la estantería de la cocina.

Sarah era además una de las clientas favoritas de la pescadería situada varios portales más allá, y aunque el pescadero no entendía por qué siempre rechazaba educadamente el hermoso marisco que le ofrecía, se esforzaba por encontrarle piezas mejores y más frescas que las rodajas de bacalao y de pescado azul con las que satisfacía a gran parte de su clientela.

El pescado era crucial para el proyecto de Sarah, pues mientras pudiera seguir engatusando a Daniel y a Maxime para que lo comieran, preparando el lenguado *meunière* cubierto en harina y cocinado en reluciente mantequilla e ignorando así por completo sus demandas de carne, podía servir no solo una *crème* de naranja o un *éclair* de chocolate de postre sino también queso al final de las comidas, eligiendo un blando trozo del cada vez más aceptable brie que podía encontrar en la nueva tienda del gourmet que había abierto en Mount Pleasant. Aprendió a reconocer que las *quenelles*, con su delicado sabor y liviana textura, eran una suerte de pescado relleno: se mezcla el pescado con huevos hasta conseguir una suave pasta con la que se crean una especie de salchichas que se pochan después en agua hirviendo. En Francia, el plato se sirve con salsa de langosta, pero Sarah descubrió que una cremosa salsa de tomate o una salsa hecha a base de salmón ahumado eran igualmente aceptables. Y el día en que cayó en la cuenta de que una *mousse* confeccionada con chocolate negro y claras de huevo no contenía leche y era por tanto el postre perfecto para después de un asado, o de un guiso, significó para ella una pequeña victoria.

Quizá provocara la extrañeza en otras mujeres. Viéndola entrar en la tienda de la esquina el sábado por la mañana, o viendo a Daniel barriendo las hojas del jardín esa misma tarde, quizá comentaran que los Segal no ponían especial cuidado en otras áreas de la vida. Rachel bien podía opinar que la cocina cada vez más rica de la casa de la zona norte de Toronto no era más que una alharaca del todo innecesaria creada bajo la influencia de la ostentosa familia política de Sarah; Clara quizá sospechara que su propia cocina estaba viéndose eclipsada por la de su nuera. Daniel quizá se rascara a veces la cabeza para terminar concluyendo que cualquier cosa que mantuviera a su esposa felizmente ocupada era sin duda un regalo. Pero a Sarah le traía sin cuidado lo que pudieran pensar los demás, y no hizo sino llevar adelante su proyecto. Añadiendo aplicadamente mantequilla a la harina, se pasaba los viernes haciendo cruasanes que se disolvían en la boca el sábado por la mañana antes de la *shul*. La cocina *kosher* se convirtió para ella en un lugar de reconciliación.

A las seis y media, cuando el hambre venció por fin a los sentimientos heridos, Maxime apareció por la puerta de la cocina y preguntó en francés:

–¿Qué hay de cenar?

–Estoy preparando *quenelles*. Y tenemos *crème caramel* de postre.

–¿Qué es eso?

–Sí, hombre. Esas pequeñas croquetas de pescado en salsa.

–Otra vez pescado –masculló quejumbrosamente Maxime, de nuevo en inglés.

Las cosas entre madre e hijo eran así cada vez con más frecuencia. Sarah sentía que a Maxime le molestaba su presencia, y no solo en el mundo exterior sino incluso dentro de casa. Le irritaba cualquiera de las manifestaciones más pronunciadas del carácter de su madre, de su historia, de su religión, de su cocina y sobre todo de su lengua, esas frases que Sarah le había enseñado con el cariño más profundo desde su más tierna infancia. Madre e hijo habían hablado en francés como si fuera su dialecto privado, hasta el punto de que Max se había quedado asombrado cuando, al entrar en el instituto y conocer por primera vez a un profesor para quien el francés era también su lengua materna, comprendió que esas preciosas sílabas podían hablarse con fluidez en cualquier sitio fuera de su casa. Aun así, había terminado por rechazarlas: en cuanto conoció ese mundo más grande, Maxime no pudo regresar al microcosmos de la cultura de su madre con la misma relajación, y la adolescencia se instaló desmañadamente en él.

Avergonzara o no con ello a su hijo, Sarah no pedía disculpas por ser la mujer que era. Más aún: pocos fueron sus esfuerzos por encajar en el amplio entorno anglosajón en el que vivía. A medida que iba convirtiéndose en una mujer de mediana edad, su acento, apenas perceptible durante la juventud, pareció reforzarse en vez de menguar, hasta tal punto que había podido ver encogerse a Maxime al oírla hablar con desconocidos: amonestar a un técnico por sus botas cubiertas de barro o preguntar a la dependienta de unos grandes almacenes dónde podía encontrar la sección de ropa interior masculina, con un tono de voz que recordaba cada vez más el de los espantosos parisinos y el de las

Mimis y los Maurices de las películas antiguas que a su padre tanto le gustaban. Y con Maxime, Sarah hablaba en francés todo el tiempo, como lo había hecho siempre: por mucho que él se empeñara en mascullar o responder en inglés, en lo tocante a sus conversaciones, era incapaz de hacerla sentir a gusto en su propia lengua ni a gusto en la otra. Aunque Max había oído a su padre hablar en la lengua de Sarah tan solo en un par de incómodas ocasiones, Daniel lo entendía a la perfección, pues ella a menudo hacía extensiva su conversación en francés con Maxime a su marido, de modo que la mayor parte de las conversaciones que tenían lugar en casa se producían en su lengua y bajo su control.

Sarah dejó de ocultar su historia. A las charlas vehementes aunque abstractas sobre lo ocurrido durante la guerra, ella añadía su propia historia, contada con menos emoción porque contenía más dolor, cuidadosamente desplegada para evitar que estallara, pero resuelta también a que no fuera un secreto para su hijo. Y también aquí Maxime parecía avergonzarse, incapaz de aceptar el legado que ella intentaba ofrecerle sin vergüenza alguna, y aunque estaba más que dispuesto a definirse como integrante de los círculos ricos y cultos de los judíos norteamericanos, no se veía como un nieto de la Shoah.

Para él, que no había conocido ningún tipo de privación durante su infancia, Rachel, Sam y todos los olores de la casa de Gladstone Avenue ofrecían un agradable exotismo que resultaba más fácil de captar y de venerar que la confusa imagen que conservaba en el ojo de su mente, inspirada por fotografías y películas antiguas, de una glamurosa y joven esposa parisina que subía a un tren cuyo destino final resultaba ser Auschwitz, con su pequeño sombrero negro colocado sobre la cabeza en arrogante ángulo y las costuras de las medias perfilando dos líneas perfectamente rectas sobre las pantorrillas. Asimismo, había decidido apartar el recuerdo de su abuelo y el de su reducido estómago estallando por culpa de la comida.

—¿Más? —Sarah cogió la cuchara y la introdujo en el plato de *quenelles* al tiempo que se volvía a mirar a Daniel, hablándole en inglés. Él estaba dando cuenta del último bocado que le quedaba en el plato e indicó con la mano que no tenía más apetito—. ¿Y tú, Maxime? —preguntó ella de nuevo, volviéndose hacia su hijo.

—No, gracias.

—Oh, vamos, no pensaréis dejar estas sobras, ¿verdad? Maxime, solo quedan dos —añadió en francés.

—No. ¿Podemos tomar ya el postre?

—¡Maxime!

Daniel les interrumpió en inglés, manteniendo el bilingüe intercambio que a menudo caracterizaba la conversación en la mesa:

—Bueno, puede que haya cambiado de opinión. Una más. Están muy buenas.

Sarah depositó una *quenelle* en el plato de su marido antes de raspar el fondo de la cacerola y servirse el resto, dejándola vacía salvo por unas cremosas salpicaduras rosas de salsa de tomate.

—Hoy he ido al edificio de Yonge... —el casero del edificio donde Daniel tenía su centro médico estaba subiendo el alquiler, y Daniel había empezado a tantear otras alternativas—.

Es un lugar agradable. Hay una gran oficina y una buena recepción, y entre la consulta y la zona de recepción han instalado un sistema de insonorización. Pero pide más de mil...

–¿Podemos tomar ya el postre?

Daniel guardó silencio y miró a su hijo, visiblemente molesto.

–¿A qué viene tanta prisa? ¿Es que ya no podemos cenar como una familia normal?

–Calma, querido. Ya lo hablaremos durante el café –Sarah se levantó y recogió los platos de la mesa–. Traeré la ensalada.

Siempre le había parecido que una ensalada verde era un entrante muy precario, de modo que la servía al final de la comida, imitando la costumbre francesa. Sin embargo, como concesión a la impaciencia de Maxime, sacó también de la cocina una bandeja en la que había puesto tres pequeños cuencos con el postre y la sostuvo en alto con una mano mientras cogía con la otra el bol de ensalada, empujando con el peso de su cuerpo la puerta abatible que separaba la cocina del comedor. Colocó el postre en el aparador para que cuando terminaran de comer la ensalada apenas tuviera que levantarse de la silla para alcanzarlo.

De pronto cayó en la cuenta de que la *crème caramel* era un postre demasiado pesado para seguir a las *quenelles*, pues ambos platos eran de textura abundante en salsa. Habría sido más acertado servir una macedonia de frutas o una compota de manzana, con un poco de crema pastelera, pues la crema estaba permitida después del pescado, o quizá el ligerísimo bizcocho de anís, rico en huevos y mantequilla, con un delicado sabor a regaliz, que además era una especialidad que Sarah llevaba ya varios meses sin hacer. Al menos la ensalada verde había permitido introducir una pausa ácida entre los platos cremosos. Aun así, decidió que en el futuro pondría más atención en estas cuestiones. Aunque quizá había sobreestimado la capacidad de discriminación de su público, pues Daniel y Maxime hundieron sus cucharillas en la *crème caramel* sin pensarlo dos veces en cuanto la tuvieron delante, esas sutilezas importaban, y mucho, a la cocinera.

Maxime se había comido a toda prisa tres cucharadas de crema, apenas reparando en su aterciopelada suavidad y en el ligero sabor a vainilla, cuando su madre se inclinó hacia él y preguntó tímidamente:

–¿Has encontrado algo?

En cuanto formuló su pregunta, Maxime estudió detenidamente la crema amarillenta y reparó en las minúsculas venas de color rojo que eran como hilos de azafrán en un plato de arroz. Removió la crema con la cucharilla y desenmascaró por fin una cereza en marrasquino.

–Una sorpresa –dijo empleando un tono de voz apagado en el que planeaba el sarcasmo justo bajo la sombra de su evidente aburrimiento.

–Una sorpresa –se rio Sarah antes de inclinarse hacia delante y agitar los largos rizos negros de Maxime con la mano.

Aquel era un regalo que Sarah le había preparado desde que era niño, cuando Max se reía con inocente deleite cada vez que su cuchara encontraba la colorida cereza. Sarah había descubierto la alta botella de cerezas en marrasquino durante uno de sus largos viajes al supermercado, donde estudiaba atentamente las etiquetas de toda suerte de latas y frascos. Se preguntó cómo podría dar uso a aquel permitido regalo y acordándose quizá de forma inconsciente, y fruto de sus prolongadas lecturas de libros de cocina, de

la costumbre inglesa que consistía en adivinar la suerte de los invitados con amuletos de plata ocultos en el budín de Navidad, o la costumbre francesa de esconder una alubia en la fina tarta de almendras que se servía durante la Epifanía para determinar cuál de los niños sería rey por un día, decidió colocar una cereza roja al fondo de la crema de Maxime.

—¡Sorpresa, sorpresa! —Sarah sintió que el gran amor que profesaba a su hijo le corría por las venas hasta subirle al corazón y a la cabeza, y sonrió a su enfurruñado muchacho de diecisiete años con tanto cariño que Max fue incapaz de seguir manteniendo su actitud desdeñosa y sonrió de oreja a oreja ante el rostro feliz de su madre.

Cuando terminaron de cenar, Maxime corrió escaleras arriba mientras sus padres pasaban a la cocina, donde Daniel se encargó de poner los platos en el lavavajillas al tiempo que Sarah preparaba el café. Para ella, de todos los momentos que pasaba en compañía de su marido, ese era el favorito: aquel rato al final del día en el que se sentaban juntos en el salón, tomando tranquilamente café y sopesando sus alegrías y sus pesares, midiendo sus logros y tomando decisiones: ¿Debía Daniel trasladarse de oficina?, ¿visitarían por fin ese año Israel? Cuando faltaban temas de conversación, buscaban un poco de distracción en un libro o en la televisión.

Salían ya de la cocina, cada uno con su taza de café, cuando Maxime bajó a grandes saltos las escaleras y se dirigió hacia la puerta principal. Sarah dejó con cuidado la taza en una mesita auxiliar y fue a toda prisa hacia el vestíbulo.

—¿Adónde vas?

—Salgo.

—¿Qué significa «salgo»?

—Que salgo un rato. No tardaré.

—¿Y qué pasa con los deberes?

—Ya los he hecho.

—¿Todos?

—Sí. Todos. Solo tenía un ejercicio de prácticas de química. Lo he hecho con Roger durante el almuerzo y he anotado los resultados antes de cenar.

—Menudo colegio. Los profesores no os mandan bastantes deberes. Los exámenes son el mes que viene y deberías estar estudiando con ahínco a estas alturas de año. ¿Cómo quieres prepararte para la universidad si no aprendes a trabajar duro? Un martes por la noche deberías tener algo que estudiar. Voy a hablar con el señor Saunders.

—Como quieras. Me voy. Adiós.

—No. No te irás hasta que no me digas dónde.

—Ma...

—Todavía tenemos derecho a saber adónde vas. Podrías andar por ahí drogándote o...

—Mamá, no me drogo —el tono de Maxime revelaba una paciencia infinita agotada por una insistente estupidez—. Solo voy al parque a pasar un rato con Roger.

—¡Al parque! Ya sabes que ahora esos drogadictos andan por ahí, y el coche de la policía patrulla por el parque a todas horas. Puede que te detengan, con la policía nunca se sabe, siempre desconfían de los jóvenes, y entonces quién sabe lo que...

–Ya, claro. Seguro que me arresta la Gestapo.

Sarah no respondió. En el silencio que siguió, madre e hijo saborearon su respectivo dolor. Daniel, que había estado sentado en el salón atento a la conversación que tenía lugar en francés aunque sin intervenir, se levantó rápidamente del sillón para unirse a ellos.

–Te quiero en casa a las diez, Max. Ni un minuto más tarde. Saluda a Roger de nuestra parte.

–Gracias –Max salió apresuradamente, dando un portazo con su urgencia por desaparecer.

–No sé qué vamos a hacer –cuando volvieron a ocupar sus sillones, Sarah había empezado ya a mascullar entre dientes su derrota–. No hace falta que te diga que no le admitirán en la Universidad de Toronto si sigue así. No tiene un buen hábito de estudio. Puede que ahora no se note demasiado, pero el año que viene termina el instituto y necesita sacar buenas notas. De lo contrario terminará en Western o en Windsor o en algún sitio peor, y desde allí tendrá suerte si le admiten en alguna facultad de Medicina, por no hablar de la Universidad de Toronto. Sé muy bien que dan preferencia a estudiantes de sus propios programas de ciencias. Me parece lógico. Y si Max no estudia medicina aquí, no volveremos a verle. Estará años fuera, a kilómetros de aquí... –Sarah, que había estado gesticulando con creciente fervor a medida que su queja iba transformándose en un miedo real, dejó caer impotente las manos sobre los costados al tiempo que su voz se apagaba.

–Sarah –Daniel habló con tono amable–. Te preocupas demasiado.

Era verdad y ella lo sabía. Cuando Maxime se convirtió en un adolescente más de Toronto, disfrutando de la amistad de los judíos y gentiles angloparlantes que poblaban su vida escolar, ella empezó a sentirse a menudo molesta con él por ser distinto y estar separado, tan distante del venerado bebé que había parecido compartir su alma. Aunque la integración de Max era sin duda inevitable, Sarah sentía que era igualmente una traición. Había, sin embargo, un error que ella no dudaba en reconocer: sí, en efecto, se preocupaba demasiado.

Cuando Maxime era un bebé, esos eran temores del todo comunes: que un día tuviera demasiada fiebre o que durante un mes pesara demasiado poco, que le costara asimilar los alimentos sólidos, que tardara demasiado en empezar a hablar, que el resfriado invernal no terminara de curársele o que sus piecitos no estuvieran lo suficientemente calientes. Sin embargo, cuando Maxime pasó de ser un bebé a convertirse en un niño, y cuando más adelante entró en la adolescencia, la fuente de las preocupaciones de Sarah dejó de ser ya alguna insuficiencia externa sobre la que pudiera ejercer, como mínimo, vigilancia si no un control directo. Cuando Max tomaba un autobús público para ir al colegio, cuando bajaba al centro un día al salir de clase, cuando insistía en que le dejaran ir a una fiesta un sábado por la noche y esperaba ansioso el día cada vez más cercano en que aprendería a conducir, las preocupaciones de Sarah eran lo que hacía su hijo, convertidas ya en nuevas heridas que él le infligía. Ella sabía que no debía picar el anzuelo y aun así, inevitablemente, lo hacía. Si una mañana de febrero le veía prepararse para salir al colegio sin gorro y con tan solo unos finos guantes en las manos, era incapaz de morderse la lengua, y, aunque perfectamente consciente de la petulancia y el fastidio

con los que sus comentarios serían recibidos, insistía:

–Esta mañana estamos a veinte bajo cero. Deberías ponerte un gorro.

–*Non, maman. Ça va.* No te preocupes.

Sarah cogía un gorro de lana del perchero y tendiéndoselo –pues siempre había sido una mujer menuda y él, aunque bajo, ya le sacaba unos cuantos centímetros– intentaba ponérselo en la cabeza. Él se lo quitaba bruscamente sin ocultar sus deseos de venganza, arrojándoselo antes de salir corriendo a la calle.

–Te congelarás, Maxime –le gritaba Sarah, y algunas veces llegaba incluso a salir corriendo tras él, todavía en bata, en un intento por obligarle a llevarlo al menos en el bolsillo. Dos días más tarde, viéndole luchar contra un resfriado y negándose sin embargo a quedarse en cama, ella no podía quedarse callada y no paraba de refunfuñar sobre el tema.

–Si te abrigaras como Dios manda, esto nunca habría ocurrido.

A decir verdad, este es el comportamiento típico de muchas madres. Es obvio que a cualquier tembloroso adolescente que viste una simple chaqueta y unos vaqueros se le dice de camino a la puerta que se abrigue mejor, y si no es así, el mundo debería apiadarse de él por no tener a nadie que se preocupe lo suficiente como para decirle cómo debe vivir su vida. Pero es que las ansiedades de Sarah, su acoso y su sobreprotección, iban más allá de lo que suele ser habitual. Sus temores eran legión, abarcando descabellada e impredeciblemente desde lo más insignificante a lo cataclísmico: ¿Y si Daniel perecía en un accidente de avión al volver de una conferencia? ¿Y si suspendía los exámenes? ¿Y si había un escape de gas? ¿Y si se congelaban las cañerías? ¿Y si el perro de los vecinos, al que veían enterrar huesos en su jardín, se colaba por debajo de la valla y destrozaba los bulbos de tulipán que Sarah acababa de plantar? ¿Y si ese coche que se acercaba a toda velocidad no veía el semáforo en rojo, no frenaba a tiempo, y atropellaba a Maxime, dejándole lisiado de por vida? ¿Y si Daniel se cortaba el dedo con aquel cuchillo recién afilado? ¿Y si el trapo rozaba la cocina y prendía fuego? ¿Y si el cheque se había perdido en el correo? ¿Y si Daniel se ponía la camisa que acababa de plancharle antes de que la tela recién alisada hubiera tenido tiempo de quedar bien fija? ¿Y si se quemaba la cena? ¿Y si todos morían?

Lo peor de todo era que Sarah no podía guardar silencio. A pesar de que sabía que sus temores carecían a menudo de fundamento y que su expresión no ayudaba a fomentar su comunicación con ellos, que molestaba a su marido y avergonzaba a su hijo, alejándolos casi tanto como intentaba unirlos a ella, la idea de la pérdida de las dos únicas personas en las que confiaba de verdad la atormentaba un día tras otro. Y aun así hablaba, como si hablando pudiera prevenir cualquier desgracia.

Daniel, en su papel de hombre paciente, calmado y conciliador, aceptaba ese aspecto del carácter de su esposa (lo aceptaba o quizá se había rendido en silencio después de veintisiete años de matrimonio). Había hecho cuanto estaba en su mano para hacerla feliz, le había dado un buen hogar y se había alejado de cualquier fuente de ansiedad imaginable. En un principio había creído que la resolución de los asuntos burocráticos que Sarah tenía en Francia conseguiría de algún modo poner fin a su dolor, y más tarde había imaginado que el nacimiento de un niño la tranquilizaría, pero poco a poco terminó por renunciar a esas expectativas, perdiendo día a día un pequeño fragmento de

esperanza al ver como su maternidad se tornaba temerosa y absorbente como lo habían sido sus quehaceres domésticos antes del nacimiento de Maxime. Y aunque un estado de exaltación permanente de ese calibre no propiciaba una situación vital especialmente feliz, tampoco le parecía especialmente infeliz. Así era como vivían y no había más que hablar.

Aunque Daniel no acostumbraba a expresar sus emociones ni a comentar las de los demás, tampoco era un hombre estúpido ni poco observador. Entendía que Sarah ensayaba continuamente los desastres y las heridas potenciales del futuro como si al invocarlos pudiera ahuyentarlos, porque nada podía hacer por rectificar la catástrofe que había tenido lugar en el pasado. Sin embargo, no alcanzaba a comprender el modo exacto en que la historia la mortificaba, pues ni ella misma habría sabido describirlo. No era que a los treinta y cinco, o a los cuarenta, ni siquiera a los cincuenta y dos años que tenía entonces, el dolor estuviera todavía reciente. Sus padres habían quedado sumidos en el recuerdo y poca cabida tenían en la parte más presente de su conciencia en comparación con la lista de la compra, que repasaba una y otra vez mientras recorría los pasillos de la tienda de ultramarinos, las tentadoras fotografías del folleto de la agencia de viajes en las que aparecía el lugar donde iba a celebrarse la siguiente conferencia médica de Daniel, la dificultad que entrañaba la frágil salud de Sam o la necesidad de asistir a la obra de teatro de la escuela de Maxime la semana siguiente. Era solo que, aunque cumplía con su papel de esposa, de madre y de hija adoptiva, se mantenía a cierta distancia de todos ellos, como si de algún modo se hubiera retirado de la realidad más íntima de su propia vida y solo mediante su frenética preocupación lograra que esas cosas adquirieran realidad. Cierto es que a veces ella misma se preguntaba si su ansiedad no sería quizá una puesta en escena, una fachada que adoptaba para convencer a quienes la rodeaban de que sentía, encajaba y se preocupaba.

Sarah se esforzaba continuamente por habitar el presente, el mismo lugar que Maxime, que seguía siendo todavía un niño, ocupaba sin esfuerzo. Y aunque él sabía que su simple existencia más allá del bebé mimado en exceso que había sido en su día podía causar a su madre un dolor insoportable, era demasiado joven para entender por qué. Para un adolescente, cuarenta años es una eternidad inimaginable, más del doble de su propia vida, y Maxime no entendía que las vidas truncadas de esos abuelos a los que él no había llegado a ver jamás pudieran modelar la existencia presente de su madre. Él veía a su madre simplemente como a alguien alarmista e ineficaz; y allí donde el padre había aprendido a vivir tranquilamente con Sarah, el hijo se enfurecía y se irritaba, incapaz de comprender o de compadecerse. En la casa del norte de Toronto, Daniel intentaba racionalizar y reparar, mientras que Maxime se ocultaba y se enrabiaba.

Un año y un verano después de la noche en que su madre había servido las *quenelles* y la *crème caramel*, Max logró por fin escapar. Un tórrido martes de principios de septiembre de 1984 se despidió con la mano de sus padres mientras les veía subir al coche y marcharse. Ahuyentó mentalmente un último zarcillo de emoción, volvió a subir los escalones sobre los que estaba plantado, y regresó a la pequeña habitación en la que Daniel y él habían depositado el día anterior dos maletas atiborradas, unas cuantas cajas de cartón llenas de libros, y otra más con los tazones, los cubiertos y los paños de cocina que Sarah le había preparado con sumo cuidado. Había llegado la hora de deshacer el equipaje e instalarse en su primera casa propia, ese cuarto pobremente amueblado de una

residencia de estudiantes en el que tan solo cabían una cama, un escritorio, una estantería y un sillón.

Dejando a un lado las necesidades más inmediatas y mundanas –entre ellas, comprar algunos pósters para las paredes, alquilar una pequeña nevera para la habitación y matricularse en las clases–, el futuro más cercano se anunciaba nebuloso aunque excitante. Si, para Sarah, el futuro era un lugar que podía imaginarse con alarmante agudeza y que requería una estricta planificación si se pretendía que fuera mejor que el pasado y que el presente, para el adolescente Maxime, que no cargaba con el peso del pasado y vivía en un presente en el que se alternaban el alborozo y la profunda frustración, el futuro siempre había parecido un lugar difuso aunque claramente deseable. Si bien intuía que planteaba problemas todavía por definir y que indudablemente requerirían solución, como de momento no podía preverlos, optaba por no preocuparse demasiado por ellos y proyectar relumbrantes visiones de independencia, integración, triunfo y descanso. Y allí estaba, catapultado a su propia vida de hombre adulto desde el sedán familiar. Vació sus pulmones con un sonoro jadeo, se volvió hacia la primera caja y abrió la tapa de un tirón.

Su plan había sido inteligente, casi taimado, y sugería que, aunque no simpatizara con su madre, desde luego la entendía lo suficiente como para saber manejarla. Durante su último año en el instituto había solicitado plaza de ingreso no solo en la Universidad de Toronto, sino también allí, en Montreal, en McGill, a quinientos kilómetros al este de donde vivían sus padres. Cuando le admitieron, no hubo posibilidad alguna de oponerse. Los programas de licenciatura de McGill eran tan respetados como los de la Universidad de Toronto, y su facultad de Medicina era especialmente venerable, pues había dado a la ciencia médicos de la talla de Osler, Penfield y Bethune. Y a pesar de que la universidad era anglófona, la ciudad era bilingüe: en Montreal, Maxime hablaría francés. Y fue precisamente al orgullo lingüístico de su madre a lo que Max apeló para obtener su libertad.

Sarah se quedó deshecha. Al principio, estaba desesperada ante la idea de la partida de Max, temiendo secretamente que la distancia geográfica convirtiera en permanente el abismo cada vez mayor que existía entre ambos; y así planteaba abiertamente una objeción tras otra, citaba los gastos, el riesgo de soledad, los peligros de las malas compañías, la falta de ropa limpia, y sobre todo, la certeza de que tendría que soportar una mala cocina.

Sin embargo, al final, Max se marchó con su bendición. Sarah reconoció que si su hijo acababa por encontrar un lugar duradero para su lengua en su cabeza y también en su corazón, debía descubrir por sí mismo un mundo francófono más allá de las paredes de su casa. Max había crecido negándose a hablar francés, sacudiéndose de encima la lengua hasta reducirla apenas a unas cuantas palabras masculladas antes de volver al inglés, y cuando ella le obligaba a mantener una conversación más larga, se daba cuenta de que estaba perdiendo poco a poco la gramática. Max ya no utilizaba el subjuntivo que ella con tanto esmero le había enseñado, prolongando sus lecciones de francés del instituto con la ayuda de un delgado libro de tapas rojas de conjugaciones francesas que

le ofrecía evidencias concretas de ortografía y usos que ella conocía tan solo de un modo instintivo, aunque con absoluta exactitud, a pesar de la inmensa distancia que la separaba de aquellos que le habían enseñado su lengua materna. De vez en cuando, Maxime llegaba incluso a atribuir un artículo masculino a un nombre femenino o viceversa, un error que la sorprendía y la horrorizaba, pues Sarah había creído que, por mucho esfuerzo que supusiera para un anglófono, el género correcto de una palabra sería para un nativo una cuestión secundaria. Los errores de Maxime la convencieron de que podía llegar a abandonar del todo la lengua si tan difícil le resultaba conservarla. En Montreal, Max encontraría aplicaciones adultas a las palabras de su infancia, y ella esperaba que en cuanto hubiera completado sus estudios y regresara a casa, la alegría que ambos compartirían hablando podría reparar el vínculo debilitado que les unía.

De ahí que estuviera dispuesta a ver en Montreal un lugar útil para su hijo, aunque en el fondo de su corazón la ciudad le desagradaba, porque le había fallado. Durante su primera visita, paseando al pequeño Maxime –que en aquel entonces tenía apenas un año y medio– por la Expo del 67 en un recio cochecito rojo que les habían dado en la puerta de entrada, se sentía como una extraña no solo entre el alegre barullo y el colorido optimismo de la feria mundial organizada en una isla especialmente construida en el St. Lawrence para la ocasión, sino también en la isla original, en la ciudad real más allá del carnaval. Con sus entusiastas francoparlantes cada vez más seguros de sí mismos, sus amplias y modernas avenidas y las pintorescas y antiguas iglesias, sus edificios de apartamentos de tres plantas, construidos en piedra gris, y sus curvilíneas escaleras exteriores de hierro forjado pintado en vivos colores, Montreal era la ciudad a la que llamaban la París de Norteamérica. A sus amigos de Toronto les sorprendía que Sarah todavía no la hubiera visitado, y estaban convencidos de que le encantaría el lugar.

Quizá si había pospuesto sugerir ese viaje a Daniel, hasta el verano en el que el mundo entero había decidido descender sobre Montreal y parecía imposible seguir negándose a ir, era porque en secreto esperaba algo de la ciudad al tiempo que sabía que no podría encontrarlo. Presa de un anhelo reprimido hasta tal punto de resultar inconsciente, esperaba que Montreal la satisficiera albergando en sus calles no solo sus pérdidas, sino también su presente, y que fuera precisamente eso para ella: una París de Norteamérica. Aun así, ese consuelo parecía también hartamente improbable, de modo que Sarah había decidido posponer el momento de verse decepcionada por la realidad.

Mientras Daniel y ella subían con el bebé a un taxi al término de un largo día dedicado a visitar la ciudad, mientras dejaban a Maxime en la guardería del hotel, mientras elegían los platos de pescado y verduras de la carta de un restaurante francés altamente recomendado, ella hablaba alegremente con el conductor, con la canguro y con el camarero en su propia lengua. No obstante, le resultaba difícil analizar gramaticalmente su colorido vocabulario, y en algunos momentos sus marcados acentos se le antojaban impenetrables. Y en los ojos del taxista, que vio reflejados en el espejo retrovisor, en la risilla de la canguro o en la ceja arqueada del camarero, le pareció percibir una nota de desdén, como si de algún modo les insultara con su discurso. Al final, todos parecían más felices hablando con Daniel en inglés. Quizá habían notado que Sarah esperaba que fueran lo que no eran, y no estaban dispuestos a cumplir sus expectativas. En Montreal, Sarah veía las calles, la arquitectura y la lengua como quien ve reflejado su rostro en la

bulbosa superficie de los grifos de la bañera, y sentía la ciudad como una horrible distorsión de lo conocido. Dándole la espalda con una sonrisa torcida, Montreal le negó sus anhelos.

Aunque, a fin de cuentas, qué esperaba. ¿Por qué iba Montreal a ser algo distinto de lo que ella misma era? Ese juego de comparaciones era el mismo al que jugaban en Toronto. El restaurante era mejor que los de Nueva York, esa obra de teatro tan buena como cualquiera que pudieran ver en Londres. Estar en la Ciudad del Viento era como estar en casa. Montreal recordaba a la Ciudad de la Luz. Si visitabas Hong Kong, habrías dicho que estabas en Vancouver. Normalmente, Sarah se negaba a entrar en esos paralelismos. Como el alcohólico que jamás parece bebido, sabía que para ella las comparaciones eran una fuente de insatisfacción e incluso un modo de alimentarla. No, Montreal no era París, así que finalmente prefirió no ir a verle allí, sino esperar a que Maxime regresara a casa.

Eso era exactamente lo que hacía Sarah un domingo por la tarde de principios de mayo, al término del primer año de Maxime en la facultad de Medicina, cuando se dio cuenta de que se había quedado sin leche. Se volvió de espaldas a la nevera, abrió la puerta que llevaba al sótano y gritó desde allí:

–Salgo un minuto. No nos queda leche.

Daniel alzó la cabeza, apartando los ojos del molinillo de café que aún no había conseguido reparar, después de que esa mañana, y tras haberle pedido que cumpliera con su obligación, emitiera un doloroso chirrido antes de fundirse definitivamente.

–Coge el coche. Max llegará en cualquier momento.

–No, no. Prefiero andar. Hace una tarde muy agradable.

Sarah recorrió felizmente a pie las pocas manzanas que separaban la casa de Yonge Street y una vez allí giró hacia el norte. Dejó atrás el nuevo restaurante tailandés, que había abierto el pasado otoño (a saber cómo habrían sobrevivido al invierno), y la zapatería, donde unos descoloridos anuncios de plantillas Cat's Paw seguían allí, inmutables, desde que Daniel y ella se habían mudado al barrio. El siguiente edificio albergaba una pequeña floristería, cuya acera estaba cubierta de cubos rojos llenos de tulipanes rosas y jacintos azules, cultivados en invernaderos para que brotaran unas semanas antes de su época natural, seduciendo a los más impacientes con una primavera a medida. Había también pequeños pomos de iris en miniatura, cuyos delicados pétalos azules aparecían sumergidos en una lengua de radiante amarillo desde el centro al borde. Al pasar por delante de la floristería, Sarah aminoró el paso y vaciló. Quizá comprara un ramo, compensando así una anunciada carencia: los iris de su jardín no habían florecido en el mes de junio. Aunque los rizomas eran viejos y probablemente se hubieran agotado, había decidido darles una última oportunidad esa temporada antes de darse por vencida y reemplazarlos. Hasta el momento, no había el menor atisbo de flores entre las delicadas y puntiagudas briznas verdes del parterre que tenía en el jardín trasero, y era el cubo con la etiqueta blanca y letras negras que anunciaba «Iris enanos a 2,99 el ramo» el que más la tentaba.

Se volvió a mirar hacia el cristal del escaparate, sin reparar apenas en la insignificante

muestra de humanidad que ocupaba en ese momento la tienda. Una mujer que debía de tener más o menos su edad, aunque visiblemente encorvada, esperaba impaciente detrás de un chico cuyo pelo negro y rizado contrastaba notablemente con una camiseta de color naranja eléctrico. La dependienta llevaba un delantal de color azul celeste y tenía un cabello rubio oxigenado que le caía sobre la cara mientras envolvía las flores del chico. Sarah se quitó de la cabeza los iris y siguió su camino, cubriendo los últimos pasos que la separaban de la tienda de ultramarinos con un andar ligero y saltarín. El colmado era esa clase de establecimiento donde uno puede encontrar leche, bicarbonato o una bombilla hasta las once de la noche, incluso los domingos, y Sarah se dirigió hacia el fondo de la tienda, sacó un cartón de la nevera transparente, pagó su compra y volvió apresuradamente a casa.

Daniel estaba de pie en la cocina, resplandeciente.

–Lo he reparado.

Pulsó un botón y el molinillo de café reprodujo obedientemente su zumbido de costumbre sin el menor chirrido de protesta.

–Eres un hombre muy inteligente. ¿Cómo lo has conseguido?

–Bueno, al principio creía que quizá el motor se había quemado. Y si el motor está estropeado, no hay más que tirar el aparato a la basura. Con los pequeños electrodomésticos como este, no tiene sentido sustituir un motor. Pero después se me ha ocurrido que quizá mereciera la pena echar un vistazo a los cojinetes...

Sarah no estaba especialmente interesada en el funcionamiento interno del molinillo de café y se volvió a guardar la leche.

Sonó el timbre.

–Ya está aquí.

Ambos corrieron hacia el vestíbulo, donde Daniel, que llegó muy poco antes que Sarah, se hizo a un lado para dejar que ella abriera la puerta. Maxime estaba de pie en el porche delantero, con sus vaqueros y una camiseta de color naranja eléctrico, y un ramo de tres inmensos girasoles marrones y amarillos sobre sus gigantescos tallos.

–Hola.

Sarah se quedó donde estaba durante un instante, sin saber realmente cómo acercarse a él, y con el ramo bloqueándole el paso hacia el cuerpo de Max. Él le ofreció las flores y ella las tomó, cayendo en la cuenta de que con las manos ocupadas seguía sin poder tocarle. Daniel apareció detrás de ella, tomó a Maxime del brazo y tiró de él hacia el interior de la casa. Una vez dentro, se hizo evidente dónde estaba su equipaje: llevaba una gran mochila que le empujaba hacia delante, y no quedó espacio para los tres en el pequeño vestíbulo. Sarah se vio retrocediendo de espaldas hacia el interior de la casa.

–¿Iba muy lleno el tren?

Maxime había convencido a sus padres de que sería más fácil y más rápido si cogía el metro en dirección norte en vez de que bajaran a buscarle a Union Station.

–Sí, en Kingston ha subido mucha gente. Todos salimos de la facultad la misma semana.

–¿Una taza de té? –Sarah no esperó una respuesta, sino que se volvió y fue hacia la cocina con los girasoles en las manos. Mientras los dejaba en la encimera y enchufaba el calentador del agua, se preguntó dónde diantre cultivaban girasoles en mayo. Luego se

volvió hacia el armario, sacó un plato y la tetera, que dejó junto al ramo mientras sacaba unas galletas de una lata y las ponía en el plato. Cogió a continuación el azucarero y empezó a disponerlo todo en una bandeja como para una fiesta. Pero en cuanto el té estuvo a punto, decidió servirlo en tazas que colocó directamente en la encimera que estaba delante de Daniel y Maxime, que seguían allí de pie hablando del viaje en tren. Sarah cogió el azúcar e hizo el gesto de servir una cucharada en el té de Maxime, pero él la detuvo.

–No, gracias.

–Pero si tomas azúcar.

–No, gracias. Lo prefiero solo.

Sarah se sirvió azúcar, y sirvió también a Daniel, aunque dejó su taza en la encimera.

–Debería poner las flores en agua. Son preciosas. Tan grandes... –cogió un jarrón de cristal sin saber a ciencia cierta cómo colocar esas inmensas flores de finales de verano, cuyo lugar, o al menos a ella siempre le había parecido así, estaba en el campo abierto y no en los jardines ni en los salones.

–No estaba seguro de qué comprarte, pero me han gustado los girasoles –Maxime miró perplejo el ramo, que amenazaba con volcar el delicado jarrón en el que Sarah intentaba equilibrarlo–. Me recuerdan a Van Gogh –explicó.

–¿A Van Gogh?

–Sí, ya sabes. Pintaba girasoles.

–Ah, sí, claro. La pintura.

Resolviendo que el jarrón estaba por fin equilibrado, Sarah apartó con suavidad la mano. El jarrón volcó, derramando agua por toda la encimera.

El arte era sin duda un tema espinoso esa primavera, pues Maxime había vuelto de Montreal para trabajar durante el verano en el mostrador de información del museo, guiando a los visitantes hacia los dinosaurios y la porcelana china. Aunque era un buen sueldo tratándose de un estudiante, el puesto nada tenía que ver con su futuro de médico, tal y como Sarah había señalado en varias ocasiones. Estaba muy bien que durante esos años antes de licenciarse trabajara puntualmente en restaurantes y en tiendas, pero como estudiante de medicina esas mundanas ocupaciones estaban por debajo de su estatus de futuro médico. Sarah no era una gran amante del arte, pues sospechaba que todo interés cultural era frívolo, aunque tuviera mucho cuidado en no expresar su opinión ante la multitud de amigos y conocidos que solían visitar galerías y salas de conciertos. Y fueran cuales fueran sus méritos sociales, Sarah podía afirmar abiertamente y con absoluta certeza que esos ámbitos no proporcionaban un empleo fijo, de modo que para ella el mostrador de información del museo no era mejor puesto que servir mesas en un restaurante. Le había pedido a Daniel que encontrara a algún colega que estuviera dispuesto a tomar a Maxime como ayudante durante el verano, a pesar de las protestas de su marido, que insistía en que para esa clase de trabajo debía esperar a empezar las prácticas. Dejando a un lado la premura de Sarah, Daniel argumentaba que no había ninguna prisa. Y así, cuando Maxime aceptó el puesto en el museo, Sarah entendió que sus hombres se habían aliado contra ella y que ninguno había puesto el

empeño necesario en encontrar la alternativa correcta. La inquietaba que Maxime no estuviera lo suficientemente preparado para su último año en la facultad de Medicina, que no lograra asegurarse un buen lugar donde hacer las prácticas y retrasara con ello el día en que podría hacerse cargo de la consulta de su padre, el día en que ella por fin podría respirar tranquila mientras contemplaba el futuro de su hijo.

Cuando su venerado bebé se convirtió en adulto, la primera de las múltiples ansiedades que, en cuanto a él, atormentaban a su madre, pasó a ser la cuestión de su carrera profesional. Desde que era niño, tanto ella como Daniel daban por hecho que Maxime seguiría el ejemplo de su padre y estudiaría medicina. Para Daniel, que era hijo de médico y nieto de un traperero, esa era la elección que exigía la historia familiar. Para Sarah, era la elección que exigía el temor, pues veía en la medicina la vía más segura hacia la tranquilidad de la clase media. Cualquier otra cosa parecía abrir panoramas de incertidumbre: precarios o inexistentes sueldos, impagados alquileres de minúsculos apartamentos, ropa sucia y platos sin fregar. Aunque ella no había conocido la pobreza, también la pobreza se cernía como otro de los muchos peligros que podían destruir a su hijo. A Maxime tampoco se le ocurrían muchas otras profesiones con las que contrarrestar el plan de sus padres. Sabía que las notas altas en matemáticas y en ciencias llevaban a la facultad de Medicina, y que la facultad de Medicina llevaba a las prácticas, la residencia y la consulta privada, pero prácticamente desconocía cómo se llegaba al puesto de curador de un museo, profesor de inglés o corredor de bolsa. Si bien sabía que la herramienta más afilada con la que torturar a su madre, el modo más seguro de chantajearla, era expresar dudas sobre su concertado futuro, puesto que desde la adolescencia entendía que terminaría inevitablemente decepcionando a sus padres, que de un modo no verbalizado y casi incomprensible su alma no era la del hijo que ellos querían, eligió ceder en la cuestión de su profesión. Dedicó sus años de estudios en McGill a bailar un pequeño y tenso tango con su madre, avanzando con un «Creo que voy a dejar la carrera y me iré a Europa» y con un «¿Sabes, mamá? Disfruté mucho con la clase de Historia del arte del año pasado», para replegarse ante un «Si has empezado algo, tienes que terminarlo, Maxime», o un «Hoy en día no hay trabajo para los universitarios, sobre todo en humanidades». Por mucho que Maxime flirteara con la rebelión, tenía la personalidad de un conformista. Sarah quería que su hijo fuera médico y eso, al menos, sí lo consiguió. En 1994, cuatro años después del día en que apareció con los girasoles, y casi diez después de haberse ido a Montreal, Maxime regresó a Toronto con su licenciatura en Ciencias, su título de médico bajo el brazo y un año de prácticas a la espalda.

Aislada en la parte alta de Bathurst Street, en el extremo situado más al norte de la ciudad donde los doce carriles congestionados por el tráfico de la 401 dividen en dos una hilera de gasolineras, bloques bajos de apartamentos y charcuterías *kosher*, la residencia de ancianos Villa Nova desprende una falsa alegría. Se trata de una caja chata de acero y cristal de líneas ostentosamente limpias y abiertas, y decorada con macetas de pensamientos y pinos bajos en el exterior y con linóleo de cuadros blancos y negros y cortinas de color rojo chillón dentro. Aunque el nombre de la residencia es italiano y el

estilo de la decoración, modernista milanés, no hay modo alguno de ocultar la verdad: sus clientes exclusivamente judíos están a la espera de que les llegue la muerte. Son almas marchitas confinadas a sillas de ruedas o que deambulan arrastrando los pies con la ayuda de bastones, y cuya reducida estatura es tan desproporcionada en relación con la de su prominente entorno que parecen estar tan fuera de lugar aquí como lo estarían los niños de parvulario en una excursión a las torres de cristal de la Bolsa. Sarah, que odiaba sus visitas semanales al centro y las cenas dominicales plagadas de prolongados silencios, se preguntaba si sus habitantes no encontraban extraño su entorno. Sin duda, esos hombres y mujeres que se habían criado en los oscuros salones de Europa o en los claustrofóbicos apartamentos situados encima de las tiendas de sus padres de Spadina Avenue o del boulevard Saint-Laurent de Montreal, habrían preferido molduras en los techos, caobas y alfombras rojas, o al menos alguna cretona.

Rachel, sin embargo, declaraba que le gustaba el lugar. Varias de sus viejas amistades vivían allí, y además: «Está limpio», le había dicho a Sarah cuando habían inspeccionado juntas la residencia. O al menos, había afirmado que le gustaba en aquel entonces, cuando se había mudado allí tras la muerte de Sam, hacía ya cuatro años. En ese momento, tenía ochenta y ocho años y Sarah, que en ocasiones la había oído replicar con inusual mordacidad a los miembros sobradamente afables del cuerpo de empleados y veía que estaba perdiendo facultades, tanto físicas como mentales, no preguntaba a la anciana si todavía le gustaba el sitio. No había otras opciones posibles. Al menos Rachel apenas se quejaba y seguía charlando con las demás señoras y con los pocos hombres que quedaban en la residencia. Rachel estaba hablando de Maxime en ese momento, presumiendo de él delante de una vecina: Sarah y Daniel oyeron su pequeña y temblorosa voz reverberando en el gran salón vacío cuando se acercaron hasta ella.

–Mi nieto. En el Toronto General...

–¿Eh?

La señora Lieberman no la había oído, o quizá simplemente fingía estar sorda para evitar dar a Rachel la satisfacción de impresionarla.

–Empieza en el Toronto General. Ya sabe, el hospital del centro. Es médico y va a trabajar en el centro.

–Ah, vaya. Así que en el centro, ¿eh?

–Pero, bueno, Rachel. ¿Es nuevo ese jersey? –interrumpió Daniel con voz exageradamente animada cuando Sarah y él llegaron a su silla y, mientras ella le tomaba la mano, admiraba el cárdigan rosa pálido cubierto de pelusa que ella llevaba puesto. Detrás de él, Sarah se mordió el labio y dejó escapar un suspiro.

–Hola –Rachel rodeó a Daniel con la mano que tenía libre para tendérsela a Sarah, y entrelazó sus dedos con los de ella, negándose a soltarlos hasta que por fin los recién llegados se separaron para instalarse en las sillas que Rachel tenía delante.

–Anoche vi a Max.

–¿Te refieres a que soñaste con él? –Sarah no supo ocultar su confusión.

–Vino a visitarme.

–Sí, Maxime viene de visita a menudo cuando está en Toronto –concedió Sarah.

La voz de Rachel sonó de pronto vacilante. Aun así, insistió:

–Vino ayer.

–Todavía está en Montreal, Rachel. Se marcha el miércoles de esta semana. Vendrá a verte muy pronto, seguro. Es que tiene que volver a trasladar todas sus cosas antes de empezar en el hospital. Le llevará un tiempo, pero le diré que has preguntado por él.

–Sin pelo. No tiene pelo.

Sarah y Daniel se miraron disimuladamente. Daniel se encogió de hombros.

–Sí, cariño –concedió una vez más Sarah–. ¿Qué crees que servirán de cena esta noche?

–Sin pelo –Rachel se volvió a mirar a Daniel–. Me hago vieja. No entiendo estas cosas. Inmediatamente Daniel expresó su objeción.

–No, Rachel. Pero si ni siquiera has cumplido los noventa. Vivirás para ver llegar el año 2000, apuesto lo que quieras. Son solo unos años más.

–Seis más –le corrigió Rachel, y en la firmeza de su voz y en el brillo de su mirada parecía volver a ser ella misma.

La cena de esa noche era ternera hervida. Normalmente era eso o macarrones cubiertos de una espesa salsa de carne picada y tomate. Después, seguirían ciruelas guisadas o compota de manzana. Sarah suspiró y recordó con cariño el suflé que planeaba preparar para la cena del día siguiente. Cuando Rachel se instaló en la residencia, Sarah pasaba a visitarla algunas tardes de diario, y uno de cada dos domingos Daniel iba a recogerla para llevarla a comer a su casa; pero últimamente siempre que Sarah la llamaba durante el día, Rachel estaba durmiendo, y cada vez resultaba más difícil subirla al coche. Durante el último invierno, Rachel se había negado en redondo a salir, y las dos visitas semanales de Sarah y Daniel se habían reducido a una, el único contacto que tenían con ella. Sarah se preguntó, presa de la culpa, si no estaría buscando excusas para no ir a verla, y volvió a suspirar.

–¿Dónde está esa chica? Hay que ver lo lentas que son estas *shvartzes*<sup>10</sup>.

La señora Lieberman alzó la mirada de su plato vacío quejándose mientras Sarah y Daniel se estremecían. Rachel miró plácidamente en derredor, al parecer totalmente ajena a la incomodidad que había provocado el comentario.

–Estoy aquí, señora Lieberman.

La camarera, una mujer entrada en carnes de origen jamaicano y de unos cuarenta y cinco años, si no mayor, debía de haberla oído, y se acercó a la mesa con dos platos de comida. Daniel intentó captar su mirada con una pesarosa sonrisa para distanciarse del comentario de la señora Lieberman, mientras ella dejaba la comida sobre la mesa con un vigor del todo innecesario, por no decir con una especial rabia, delante de la señora Lieberman y de Rachel.

–Aquí tienen, queridas –se apartó un poco de la mesa y se rio–. Aquí tienen. Aunque yo no soy *kosher*, den por seguro que la comida sí lo es –se rio una vez más, y volviéndose hacia la señora Lieberman, le acarició la cabeza.

Sarah sintió que la abandonaba la compasión, sustituida de pronto por una creciente vergüenza. Bajó la mirada y por el rabillo del ojo reparó, horrorizada, que el hombre que estaba sentado a la mesa contigua babeaba; volvió a fijar la mirada en su mesa, clavándola en los platos y cubiertos que tenía delante, hasta que apareció de nuevo la camarera con dos platos más para ella y para Daniel. Sarah le dio las gracias con un hilo de voz.

Rachel parecía del todo ajena a los movimientos que tenían lugar a su alrededor, consciente tan solo de la ternera que tenía delante, a la que clavaba experimentalmente el tenedor, aunque sin llevarse un solo trozo a la boca. Habló como si lo hiciera desde la distancia.

–Sam dice que no importa, que no tenéis que seguir respetando el *kosher* –guardó unos instantes de silencio–. Pero también él se comerá esto.

Sarah y Daniel se miraron, retomando un eterno debate sin necesidad de hablar. Daniel entendía que era permisible seguirle la corriente, mientras que Sarah defendía que había que insistir en mantener a los ancianos en contacto con la realidad.

–Sam está muerto, Rachel –dijo con firmeza.

–Por supuesto, cariño –Rachel pareció sorprendida–. Ya hace varios años de eso.

Sonrió como si hubiera salido victoriosa de una discusión, y se llevó el tenedor a la boca.

El miércoles, Maxime llegó a casa mientras Sarah leía el periódico. Acababa de desayunar y había salido a despedir a Daniel a la puerta cuando sonó el timbre. Temiendo que se tratara de alguien que pedía caridad, salió al vestíbulo con paso vacilante. Al abrir la puerta y ver que era su hijo, no tuvo tiempo de preguntarse cómo podía Maxime haber tomado un tren en Montreal que llegara a esa hora de la mañana y se limitó a exclamar:

–¿Qué le ha pasado a tu pelo?

–Me lo he cortado –respondió él con una radiante y quebradiza sonrisa.

No es que simplemente se lo hubiera cortado, sino que se había afeitado la cabeza, dejando tan solo una ligera pelusa oscura allí donde normalmente la piel desaparecía bajo el pelo. Los mechones rizados que en su día su madre había hecho girar entre sus dedos habían desaparecido por completo. Maxime entró al vestíbulo presa de la misma tímida rebeldía con la que se había negado a darse un baño cuando era niño o a quedarse en casa un viernes por la noche ya de adolescente.

–Tu pelo –Sarah formuló las palabras en francés una vez más, en esta ocasión con más pena que sorpresa–. ¿Qué le ha ocurrido?

–Era hora de cambiar –respondió él en francés. Al menos ella había acertado sobre esto: después de los años pasados en Montreal, Max había vuelto a sentirse cómodo con la lengua de su madre. Pasó entonces a hablar en inglés, empleando un tono casi travieso, como si imitara a alguien–: Los cambios son tan buenos como un descanso. Mi amiga Marie siempre lo dice. Los cambios son tan buenos como un descanso.

Marie, Marie. Sarah intentó recordar de cuál de las amigas de Maxime que no había visto hasta el momento se trataba.

Había un punto que Sarah siempre había ignorado en su lucha por definir y establecer la carrera de Maxime. Obviamente, siempre había dado por sentado que se casaría. Había escuchado con atención los nombres de las chicas de Montreal que él citaba despreocupadamente, como lo había hecho con ese nombre, sopesando las enfrentadas

demandas de lengua y religión, plenamente consciente de que era misión prácticamente imposible poder quedar satisfecha en ambos frentes a la vez. Leah, Ruth, Esther: esas serían sin duda nueras. Cendrine, Marie-Claire, Marie: sus nietos comerían beicon, pero al menos hablarían su mismo idioma en casa de Maxime. Aun así, en ningún momento se le ocurrió cuestionar por qué ninguna de esas chicas había ido a ver a Maxime a Toronto. Si los preparativos para el futuro profesional de su hijo eran cuestiones concretas que se debatían y se discutían continuamente en la casa de la zona norte de Toronto, la posibilidad de su eventual matrimonio y paternidad era un ente abstracto que titilaba en el horizonte de Sarah, demasiado distante y demasiado difuso en sus contornos como para poder sacarlo fácilmente a colación. Si parecía del todo posible preocuparse en voz alta por las notas y los exámenes, era casi imposible preguntar por citas y novias. Sarah imaginaba que Daniel había hablado de sexo con Maxime cuando este era adolescente —a fin de cuentas, su marido era médico—, pero ella nunca había abordado el tema con él. Quizá intuía que solo podría luchar con éxito en un frente, que Maxime no estaba dispuesto a tolerar tantas intervenciones en su vida, de ahí que decidiera dejar que los asuntos que atañían al corazón de su hijo se resolvieran por sí solos. Más allá de las pequeñas charlas de rigor que Daniel había en efecto mantenido con su hijo adolescente, también él guardaba silencio, aunque vislumbraba el futuro con mayor claridad que su esposa. Daniel había visto las señales, intentaba leer en la ocasional incomodidad que observaba en Maxime, y esa noche reconoció en silencio la declaración a la que daba voz su nuevo corte de pelo. No dijo nada a Sarah y decidió mantenerla en su inocencia, o quizá fuera simple ceguera, pues no quería ver. En cualquier caso, mientras Maxime besaba a una enfermera del hospital, a la que había invitado diligentemente a salir, sintiendo sus propios labios como goma y sus tripas calladas, mientras se dejaba absorber por el trabajo y evitaba a sus viejos amigos, mientras prolongaba su residencia un año tras otro, mientras declinaba educadamente las ofertas cada vez menos frecuentes de su padre para que entrara a formar parte como socio de la consulta familiar de la que el doctor Segal no tardaría en retirarse, mientras se presentaba a otros colegas de la ciudad y estaba cada vez más centrado en su proyecto de investigación, mientras hacía nuevas amistades, mientras daba sus primeros y vacilantes pasos hacia un hombre durante una fiesta, mientras vivía esos años, su madre no le conocía.

Durante todo ese tiempo, Sarah había estado investigando, empeñada en mejorar el estofado. Hasta entonces lo había considerado una cena mediocre, apenas una insulsa solución para la carne dura: tras unas horas en agua hirviendo, el montón de trozos indigestos terminaba reducido a fibrosas hilachas. Las verduras estaban empapadas y la ternera quedaba atrapada entre los dientes, obligándote a intentar quitártela disimuladamente mucho tiempo después de haber terminado de comer. Aun así, los autores de los libros de cocina franceses que poblaban la amplia estantería de Sarah veían en el *pot-au-feu* el producto principal del hogar burgués, y en el *boeuf bourguignon* la prueba de un buen restaurante. Como muchos otros platos fallidos, el culpable de un mal estofado era sin duda el cocinero, y no la receta. Sarah empezó a experimentar, variando el corte de la carne, el tiempo de cocción, la temperatura del horno, la cantidad

de vino en la salsa. Logró preparar buenos estofados llenos de sabrosas verduras y de una carne succulenta y no fibrosa. No obstante, su lengua seguía sin conocer la satisfacción. Sentía que había cierta fragancia, una particular esponjosidad, que seguía eludiéndola.

El punto de inflexión ocurrió un día en la sala de espera de su médico, al que había acudido para hacerse un chequeo. Llevaba ya años con el mismo colega de Daniel –esa era la forma correcta de proceder: buscar una opinión independiente de la de su marido– y esperaba sin alegría ni trepidación la conversación anual con el médico sobre algunas molestas varices, la importancia de las mamografías y los beneficios de la terapia hormonal para tratar la menopausia (Daniel estaba a favor de ella, su médico en contra). Mientras esperaba a ser atendida, Sarah hojeaba perezosamente una revista de decoración y, entre los pequeños artículos que atestaban las primeras páginas de la revista, encontró unos cuantos párrafos dedicados al *potau-feu*. Según afirmaba la anónima articulista, en los pueblos aislados de Francia las amas de casa todavía llevaban la carne y las verduras al panadero para que, al término de su turno en las horas que precedían al amanecer, impidiera que el fuego de leña de su horno de obra se apagara y metiera en él sus cacerolas. A mediodía, las mujeres podían regresar para comprar una hogaza recién horneada y recoger un plato que se había cocinado a fuego lento en un horno que justo entonces empezaba lentamente a enfriarse.

Sarah ya había leído antes esa historia en sus libros de cocina *kosher*. En los *shtetls*<sup>11</sup> de Europa del Este, el *cholent*<sup>12</sup> se preparaba en el horno de pan comunitario, una característica de la vida de los pueblos que se remontaba a la Edad Media. Los viernes por la tarde, antes del anochecer, las mujeres preparaban sus cacerolas y las llevaban al horno. El sábado por la mañana, cuando los largos servicios religiosos tocaban a su fin, los hombres pasaban a buscarlas de camino a casa desde la sinagoga para que la familia pudiera comer un *cholent* cocinado a la perfección sin que el ama de casa se viera obligada a trabajar durante el Sabbath. Ahí estaba la secreta sabiduría de sus ancestros: un buen estofado debía cocinarse durante la noche al calor menguante de un horno de pan.

Había que hacer malabarismos si pretendía adaptar esa práctica a una cocina contemporánea para la preparación de una cena. Sarah consideró la posibilidad de utilizar un horno de obra, pero en seguida la descartó por poco práctica. En Eglinton Avenue, el restaurante italiano del barrio horneaba sus pizzas gourmet en un horno auténtico, pero Sarah no estaba segura de cómo se las arreglaría una para utilizar una cocina de leña en una casa particular, por mucho que consiguiera convencer a Daniel de que había que ampliar de nuevo la cocina. Sin embargo, sí podía disponer de una gran cocina de gas. En la década de los ochenta, Sarah se había convencido de las ventajas del gas sobre la electricidad (todos decían que daba un calor más húmedo, más conveniente para los asados y para el horneado), y Daniel había pagado para que las tuberías que alimentaban la caldera llegaran a la cocina. La primera cocina de gas que tuvieron fue un sencillo aparato de esmalte blanco con cuatro fogones y un horno lo bastante grande para dar cabida a una sustancial pieza de carne. Sarah se adaptó encantada sin mayor demora, y no tardó en suspirar por uno de los gigantescos, extraordinarios y nuevos hornos de lustroso acero inoxidable que utilizaban en los restaurantes. El horno apareció

mágicamente en su cocina la mañana de su sesenta cumpleaños. Normalmente, Sarah preparaba el pan y la repostería en el horno eléctrico que había utilizado desde hacía años, y cuyo ventilador hacía circular el aire en el interior del receptáculo para dar volumen a sus creaciones, pero desde ese día empezó a experimentar con el de gas.

Y así, apenas una hora antes de la tardía y lábil alba de una húmeda mañana de noviembre de 1997, Sarah estaba de pie amasando en la cocina. Eran las seis. Había preparado la masa la noche antes y la había dejado en la nevera, donde había adquirido el doble de su volumen, empujando el limpio trapo con el que la había cubierto hasta devenir un reconfortante y rechoncho montículo. Sarah sacó la masa del cuenco y la puso en una tabla que había espolvoreado con harina antes de volver a golpearla, reduciendo el prominente montículo a un tamaño más razonable y dejándolo a un lado. Se agachó entonces a abrir un armario y sacó un molde metálico redondo y hondo de paredes altas y acanaladas. Estaba preparando un brioche. Engrasó el interior del molde con una pequeña porción de mantequilla y colocó a continuación en él la bola de masa, cubriéndola con el mismo trapo; finalmente lo metió con cuidado en la bandeja inferior del horno antes de volver a subir a la cama. Mientras disfrutaba de un sueño ligero, lo suficiente como para deleitarse con la deliciosa sensación de saberse dormida, la masa volvería a subir.

A las ocho, oyó moverse a Daniel a su lado –era domingo y había dormido más que de costumbre–, se levantó y volvió a bajar a la cocina. Encendió el gas, graduó el termostato a 375 grados Fahrenheit y se volvió hacia la nevera. Sacó un único huevo de la huevera de cartón, lo partió en un cuenco, lo mezcló con un tenedor y cogió a continuación una brocha pastelera de un cajón. Sacó luego el molde del cajón inferior de la cocina, cubrió con una fina capa de huevo su superficie nuevamente hinchada para que, una vez horneada, brillara con un tentador lustre. Había dejado su cazuela de esmalte favorita en la encimera y había empezado ya a sacar la carne y las verduras cuando un pequeño timbre le indicó que el horno había alcanzado la temperatura requerida. Abrió la puerta y metió el pan en la repisa inferior, contemplando con satisfacción las filas de ladrillos rojos que había dejado allí la noche anterior. Los ladrillos creaban un muro interno alrededor de las tres caras de la caja del horno; para el techo había colocado una nueva capa en la bandeja superior. Era su arma secreta, su propio invento: los treinta y seis ladrillos de barro que había comprado al dueño de una planta constructora que acostumbraba a venderlos al por mayor y que mantendrían el calor en el horno mucho después de que las superficies metálicas se hubieran enfriado.

Sarah oyó correr el agua en el piso de arriba –Daniel estaba en la ducha– y se puso a lavar, pelar y cortar las verduras con energía antes de concentrarse en la carne, que cortó en pequeños trozos, quitando las largas tiras de grasa y dejándolas a un lado. Espolvoreó los trozos con harina, calentó unas cucharadas de aceite en la cacerola, añadió la grasa que había quitado a la carne, y cuando todo se volvió líquido, rápidamente doró la ternera antes de cubrirla con las verduras y rociarla con vino. A las nueve, el pan estaría a punto para sacarlo del horno y Sarah lo sustituiría por el estofado antes de apagar el gas. A las nueve y media, Daniel y ella se sentarían a disfrutar de un relajado desayuno de domingo a base de café y brioche recién hecho. Esa noche, Maxime iría a cenar y comerían un *pot-au-feu* que pertenecía a otro siglo.

–Qué bueno está este estofado, mamá –Maxime masticaba despacio, concentrado en la comida.

–Tu madre forra el horno con ladrillos, ese es su secreto. Ha convencido al dueño de Dominion Coal para que le dé unos cuantos. Normalmente no venden tan pocos, pero cuando se enteró de para qué los quería...

Maxime asintió. Su padre ya le había contado esa historia en dos ocasiones al menos. Contuvo el fastidio y se preguntó, presa de la culpa, si sus padres no serían capaces de recordar las novedades domésticas que habían compartido con él por lo poco que parecía ir últimamente a cenar a su casa. Pasaba demasiado tiempo sin aparecer. Esa noche les diría algo. Tenía treinta y un años.

Inspiró hondo, pero sus padres estaban hablando. Daniel ponderaba una posible huelga de médicos.

–Ya sabes: el Gobierno habla mucho, pero...

Maxime ensartó un trozo de verdura con el tenedor y se esforzó por paladear la mezcla de sabores de la cebolla, el vino y la carne en cuanto lo tuvo en la lengua.

–Los especialistas están encantados, pero no se dan cuenta de que son los médicos de familia los que soportan el peso del sistema.

Eso lo dijo su madre, ofendida en nombre de su padre. El debate político continuó durante todo el plato principal, y Sarah se levantó a buscar la ensalada. Daniel llenó de vino la copa de su hijo.

–Aunque ya sé que el vino no casa bien con la ensalada...

–Más bien con el aliño –añadió Sarah, dejando el cuenco de madera en la mesa. Maxime había oído ese comentario muchas veces: «No toméis vino con la ensalada, el vinagre del aliño oscurece su sabor». Ofreció la respuesta de rigor antes de levantar su copa nuevamente llena:

–Tampoco es para tanto.

Los padres de Maxime siempre se habían puesto como límite el vino *kosher* y esa noche disfrutaban de un buen burdeos. Habían empezado a hablar del viaje a Europa que había hecho un vecino.

–En esta época del año se encuentran tarifas fantásticas, aunque les ha llovido todos los días.

Maxime ensartó una hoja de *radicchio* –«Es casi insípido, y hasta un poco amargo, pero queda precioso en la ensalada», decía su madre– y se la llevó a la boca. Sarah había puesto mostaza en el aliño y la hoja le picó en la lengua.

Había tarta de manzana de postre, glaseada con mermelada de albaricoque. Maxime se metió un buen trozo en la boca, pero el sabor se le antojó casi pastoso. Habló.

–Estoy ayudando en una investigación en el Don Hospital...

–¿En el Don Hospital? –su padre pareció recibir la noticia con jubilosa sorpresa–. Ya sabes que hice prácticas allí cuando estaba en la facultad. En aquel entonces era un lugar repugnante. Solíamos llamarlo el *Contagion*, porque en los viejos tiempos se dedicaba en exclusiva a las enfermedades contagiosas. Creíamos que cerraría en cualquier momento. ¿Te acuerdas, Sarah...?

–Supongo que han renovado parte de las instalaciones –respondió Maxime, frustrado al

ver que tan solo había conseguido despertar los recuerdos de su padre.

–Allí fue donde me ingresaron cuando tuve el sarampión, ¿te acuerdas?

–Efectivamente –Daniel se volvió a mirar a Maxime–. Probablemente no te lo hayamos contado nunca. Fue antes de que tu madre y yo nos casáramos. Ella tuvo el sarampión. Debía de haber una epidemia. Ya sabes que en esa época no existía todavía la vacuna y...

–Ya, sí. Lo mío es una investigación sobre un medicamento. Ya sabes: proporcionar información clínica a... mis pacientes... bueno, investigación, además de mi trabajo en el hospital.

De pronto Daniel se puso serio y guardó silencio. Su sonrisa desapareció.

–Ahora parece una estupidez lo del sarampión, pero la verdad es que estuve muy enferma. Un día me desmayé en la calle y...

Daniel tendió la mano y tocó a Sarah en el brazo, poniendo fin al flujo de recuerdos. Maxime prosiguió.

–Ya sabes que tienen allí la clínica de inmunodeficientes, pero está también este laboratorio...

–Vaya, eso suena muy interesante –Sarah estaba confusa–. Creía que...

–¿Qué clase de investigación, Max? –le apremió con firmeza su padre.

–Investigamos una vacuna para el VIH... investigación sobre el VIH. Eso es lo que hago.

–Pero, Maxime –Sarah, cuya atención parecía haberse enfocado de súbito, habló en francés y clavó la mirada en su hijo–. Esos... son... podrías contagiarte...

–No. No corro ningún peligro. Somos muy cuidadosos con la sangre.

–Pero esos hombres...

–Sí, esos hombres.

Sarah se rio visiblemente nerviosa y al instante se ahogó con su propia risa.

–Qué sorpresa. Menuda sorpresa... –su voz se apagó.

Madre e hijo se miraron durante unos segundos, envueltos ambos en una nube de tardío reconocimiento, hasta que de pronto en el silencio hubo un sonido: el áspero chirrido de la silla de Sarah al retirarse de la mesa.

Daniel, que hacía años que esperaba la llegada de algún anuncio o de alguna explicación y que de pronto veía confirmadas las sospechas que jamás se había atrevido a compartir con Sarah, mantuvo en todo momento la compostura y rápidamente dijo lo correcto:

–Te queremos, Max.

Pero Sarah, a la que mil nuevos temores, heridas y ansiedades se le arremolinaron en la boca del estómago hasta obstruirle la garganta, se encontró lágrimas en los ojos, y las lágrimas eran algo que el orgullo raras veces le había permitido verter. Se levantó y salió de la habitación sin decir una sola palabra.

–Su documentación, por favor.

La solicitud no es más que una rutina, pero suena a amenaza. Hay que cumplir con las normas y llevar encima la identificación adecuada. El oficial no sonrío mientras rebusco nerviosa en mi maletín.

He sido convocada al despacho privado del bibliotecario en jefe por el empleado

norteafricano. El zalamero ayudante del ayudante de bibliotecario me ha visto alejarme visiblemente divertido hacia el misterioso mundo que está al otro lado de la puerta de cristal situada al fondo de la sala de manuscritos. El ansioso monsieur Richaud me ha seguido apresuradamente y ahora ronda en presencia de su jefe, por fin seguro de que ha cometido un error al permitirme seguir trabajando en la biblioteca. Es la tercera semana de octubre, y yo llevo aquí casi un mes.

–*Je pensais, monsieur Valéry...*

Monsieur Valéry, un patricio francés con una gran cabeza cubierta de pelo canoso y un aire de relajada autoridad, despide al ansioso monsieur Richard con un gesto de la mano y se concentra en mí. He cometido un error. He cursado una solicitud para obtener una segunda renovación de la reserva de ocho días para acceder al Archivo 263 de los papeles de Marcel Proust (cartas y libretas varias propiedad de Jeanne Proust, la madre del autor). Una vez era permisible. Pero ¿dos? ¿Más de dieciséis días laborables con los documentos menores de Proust que contiene el Archivo 263? Vaya... he llamado la atención sobre mí. Debo explicarme.

Muestro la carta a monsieur Valéry, el mismo fax arrugado con el que originalmente obtuve mi tarjeta de la biblioteca.

–¿Trabaja usted en esta institución? –arquea una ceja mientras lee, descifrando sin esfuerzo la carta de presentación cuidadosamente escrita por Justine.

Se me acelera el corazón como si me hubieran pillado en una mentira grotesca, pero trago saliva y, decidiendo que la verdad es ahora mi mayor esperanza, respondo sinceramente:

–No. Soy traductora. Intérprete, para ser más exacta.

Él desestima mi profesión con un movimiento de cabeza.

–¿Qué interés tiene usted en Proust? –pregunta.

¿Qué interés tengo en Proust? Dudo antes de dar mi respuesta.

¿Tienen tiempo para que les cuente una historia? Yo tenía quince años cuando descubrí por primera vez... aunque eso ya lo he contado. Pero volví a Proust durante los años siguientes al banquete de boda.

Hacia cinco años, mientras sacaba adelante mi carrera de intérprete en Montreal y Max acababa de regresar a Toronto para empezar su residencia, que había recordado el amor que durante mi infancia le había profesado a Proust. En un intento por distraerme un poco de mis cosas, recordé que siempre me había prometido que terminaría la novela, de modo que me puse a leer, regresando a la historia que había empezado años antes en el colegio.

Empiezo primero en francés, releyendo rápidamente el primer volumen y concentrándome, más despacio, en los seis restantes. Saboreo la descripción, pienso pausadamente en la sátira, deseosa de habitar ese mundo de guantes grises como palomas y orquídeas blancas. Al terminar de leer *À la Recherche du Temps Perdu*, me hago con un ejemplar de la edición inglesa de bolsillo titulada *Remembrance of Things Past*, y empiezo de nuevo el viaje, comparando los vocabularios y poniendo a prueba mis conocimientos de ambas lenguas. No leo deprisa: como si compensara con ello las

apresuradas decisiones que requiere mi profesión, abordo el mundo escrito con vacilante recreación, nunca segura en ninguna de las dos lenguas de si he captado del todo el auténtico valor de una frase y puedo proceder a la siguiente. La novela comprende más de tres mil páginas y, entre mi trabajo, los quehaceres domésticos, la ocasional obligación familiar o la misa del domingo, la cena con Justine y su marido o la visita de una amiga del colegio, esta doble lectura me llena la vida durante tres años enteros. Quizá la prolongo adrede, pues Proust se ha convertido en mi compañero favorito, mi solaz en un lugar vacío. Me consuela y también me aconseja.

Conocedor del lacerante dolor que provoca la separación de un amante y de la mortificante culpa que le embargaba al pensar en la preocupación que causaba a su madre, Proust creía que todo amor estaba colmado de agonías. Desde su calidad de gran inválido, concluyó que el amor romántico era una enfermedad fatal, el paso del dolor al fracaso. En la segunda parte del primer volumen de *À la Recherche*, titulado en inglés *Swann in Love*<sup>13</sup>, Proust contaba la historia de la obsesión que sentía el erudito y culto Swann por Odette, su vulgar y *demi-mondaine* amante. Tras años de celosa persecución, Swann por fin despierta de su fiebre con un grito:

*Dire que j'ai gâché des années de ma vie, que j'ai voulu mourir, que j'ai eu mon plus grand amour, pour une femme qui ne me plaisait pas, qui n'était pas mon genre!*

En mi edición de Penguin, el pasaje dice así: *To think that I've wasted years of my life, that I've longed to die, that I have experienced my greatest love, for a woman who didn't appeal to me, who wasn't even my type!*<sup>14</sup>

En cuanto termino la lectura, me embarga la desolación y compro un tercer ejemplar, la revisión más reciente de la traducción inglesa en tapa dura. Admiro las sobrecubiertas plateadas que envuelven seis pequeños y compactos volúmenes y noto en la mano el peso de cada uno de los satisfactorios libros. El título es ahora *In Search of Lost Time*<sup>15</sup>. El propio Proust consideró impreciso el título shakespeariano elegido por su primer traductor, C. K. Scott Moncrieff, y quizá le satisfaría descubrir que la traducción inglesa de su novela que data de mediados de los años noventa recibió un título más acorde con su sensibilidad.

Me concentro después en las biografías. Están también escritas en inglés: *Marcel Proust*, el clásico de George D. Painter que data de 1959; la más reciente *Proust*, de Ronald Hayman; y en francés: *Proust*, de Ghislain de Diesbach.

Descubro aquí al Proust que nunca nos enseñaron en el colegio, el amante de los hombres y de los jovencitos que fantaseaba con vivir con su amigo Reynaldo Hahn, y que más tarde convertiría su obsesión por Alfred, su chófer, en la pasión del narrador por Albertine. Por su condición de hombre sensual que conocía al detalle las entrañas de los burdeles masculinos, fácilmente pudo crear a un sadomasoquista entrado en años llamado Barón Charlus, personaje basado en el auténtico conde de Montesquiou. Proust fue además un hombre muy dado al flirteo y a los cumplidos, que experimentó cierto malentendido con su querida amiga Marie Nordlinger, la pintora inglesa que le ayudó con sus traducciones de Ruskin.

Rescato mi viejo libro de texto del colegio y hojeo los pasajes que el texto ofrecía a

una niña, esos fragmentos en los que se mordisqueaban las tartas, se saboreaban las estaciones y las mujeres eran amadas. Su breve nota biográfica no menciona los propios amores de Proust, más allá de su madre. En la misma página, me mira fijamente el pálido retrato del autor con aspecto de frágil dandi. Tan solo alcanzo a distinguir las débiles marcas de lápiz allí donde en su día Justine le oscureció las ojeras.

Y así es como inicio una indagación sobre el Proust adulto, la misma que finalmente me ha traído aquí.

–¿Qué interés tiene usted en Proust? –monsieur Valéry repite la pregunta.

–Lo que me interesa de Proust no es él. Bueno, obviamente me interesa y lo he leído... pero me he convertido en estudiosa de la obra de su madre.

–¿De su madre?

–De Jeanne Proust. Eso es lo que contiene el Archivo 263: los papeles de madame Proust. Sus diarios.

–Sí, sí. Todo eso está publicado.

De hecho, eso no es cierto. Precisamente porque estos papeles no han sido publicados convencí a monsieur Richaud de que firmara mi solicitud. Siempre que puede, la Bibliothèque Nationale dirige a los lectores a los libros impresos o a los microfilms para así evitar el desgaste innecesario de los manuscritos. Monsieur Richaud así lo explicó durante nuestro encuentro inicial mientras revisábamos el catálogo de material sobre Proust que contiene la biblioteca. Aunque cada uno de los archivos posee un signatura topográfica –los archivos de Proust cubren docenas de signaturas contenidas en las que van desde el número dieciséis al diecisiete mil–, normalmente se le conoce por el número romano que lleva asignado y que comprende desde el I al CCLXIII, o Archivo 263. Poco a poco repasamos la lista entera, archivo por archivo.

Los Archivos 1-19 contienen las pequeñas libretas en las que Proust compuso sus primeros bosquejos de *À la Recherche*.

Los Archivos 20-71 contienen los manuscritos de todos los libros de la novela con las múltiples adiciones y revisiones del propio Proust, incluidas las famosas *paperoles*, las largas tiras de papel que él pegaba a las páginas ya existentes. El archivo que solicité originalmente fue el número 20, el que contiene las primeras páginas de *À la Recherche*. Monsieur Richaud está tan horrorizado ante mi impudencia al respecto que ha pedido verme para poder despedirme personalmente. Los archivos que comprenden desde el 1 al 71 están tan solo disponibles para una exclusiva lista de renombrados estudiosos de Proust. Hay abajo una copia del microfilm, en el departamento audiovisual. Fin de la discusión.

–¿Y qué pasa con los archivos que van del 72 al 135? –pregunto, apremiándole amablemente sobre los archivos más avanzados.

Los archivos comprendidos entre el 72 y el 135 contienen las galeras del impresor original con más revisiones de manos del autor. También están disponibles tan solo para los estudiosos de Proust y existen en microfilm en la planta baja. Entusiasmado con el

tema que le ocupa, monsieur Richaud se ablanda un poco y me confiesa que la biblioteca está planeando construir una versión electrónica del archivo. El hipertexto será especialmente útil a la hora de hacer accesible al público el efecto de las *paperoles*. Aunque naturalmente para eso habrán de pasar aún varios años, será algo magnífico cuando por fin se consiga. Sonríe sin ganas. Esperaba poder ver la tinta que Proust había utilizado, ver su mano en persona. Animo a seguir a monsieur Richaud.

Los archivos que van del 135 al 139 contienen los manuscritos de las dos traducciones de Proust de las obras de Ruskin, *La Biblia de Amiens* y *Sésamo y lirios*. Las traducciones, que datan de los años 1903 a 1906, están descatalogadas, aunque forman parte de las colecciones de numerosas bibliotecas. Se pueden consultar abajo, en la planta baja, en la *salle des imprimés*, la misma donde se conservan los libros impresos. La introducción a *Sésamo y lirios* ha sido traducida al inglés. Monsieur Richaud me observa con atención. Cree que ese delgado volumen sigue impreso. De modo que la respuesta a los Archivos 135-139 es «No».

El Archivo 140 contiene el borrador de *Jean Santeuil*, una temprana e inacabada novela autobiográfica que data de finales de la década de 1890. Se publicó póstumamente y sigue todavía hoy a la venta. También lo está una traducción inglesa. El microfilm del manuscrito está abajo. «No» de nuevo.

El Archivo 141 contiene el manuscrito de *Los placeres y los días*, una colección de escritos de juventud con ilustraciones originales de Madeleine Lemaire, publicada en 1896. Ya descatalogada, la biblioteca tiene dos ejemplares del libro. Abajo.

El Archivo 142 contiene dos borradores de un manuscrito final de un relato breve titulado «La muerte de Baldassare Silvande», publicado en la *Revue Hebdomadaire* en 1895. Monsieur Richaud concede que escasean las colecciones de la *Revue Hebdomadaire* y que los dos ejemplares que están en posesión de la Bibliothèque Nationale están guardados y prestos a la mudanza al nuevo edificio, de modo que no es posible acceder a ellos. «Quizá podríamos permitir a mademoiselle...» Sin lugar a dudas, quizá la historia estuviera bellamente escrita, pero era improbablemente romántica. Aunque me permitiera verla, yo había esperado más y apremié a monsieur Richaud a que avanzara con la lista.

Los archivos del 142 al 258 contienen la correspondencia, desde una nota de infancia a una prima que data de 1880 hasta las últimas cartas que el autor escribió a sus amigos antes de su muerte, ocurrida en 1922, todo ello obtenido de manos de sus numerosos remitentes gracias a la labor del infatigable cuerpo de empleados de la Bibliothèque Nationale, que igualaron los incentivos de las universidades norteamericanas con sus llamamientos al orgullo nacional y con algún que otro cheque. Una popular edición de tres volúmenes de cartas selectas está ampliamente disponible tanto en inglés como en francés; la edición doctoral de veintiún volúmenes en el francés original puede encontrarse en muchas bibliotecas universitarias, incluso en Norteamérica. El microfilm de las cartas originales puede visionarse también aquí, en la Bibliothèque Nationale. Monsieur Richaud me lanza otra penetrante mirada.

Y por fin llegamos a los archivos variados:

Archivo 259 (de gran tamaño): periódicos encontrados en el dormitorio del autor en el momento de su muerte.

Archivo 260: notas domésticas encontradas en el apartamento del autor en el momento de su muerte.

Archivos 261-262: toscas traducciones de *La Biblia de Amiens* y de *Sésamo y lirios* de Ruskin ejecutadas por la madre del autor, Jeanne Proust.

Archivo 263: los contenidos de un pequeño escritorio hallado en el apartamento del autor en la hora de su muerte con papeles propiedad de su madre, Jeanne Proust, incluidas cartas del período 1878-1904 y libretas de 1890-1904. (Me entero de que el catalogador ha cometido aquí dos errores. No hay cartas en el archivo. Quizá las hayan trasladado a las cajas que contienen la correspondencia completa. Y los dieciséis diarios con cubierta de piel que están aquí no terminan en 1904, sino que continúan hasta la muerte de Jeanne Proust, en 1905) Haciendo aquí una pausa en el Archivo 263, monsieur Richaud levanta desconcertado la cabeza del papel. Las versiones originales de las traducciones de Ruskin obra de madame Proust no existen en microfilm, como tampoco las libretas. Sí, puedo consultar el Archivo 263, equivocadamente catalogado y visiblemente abandonado.

De ahí que haya encontrado el diario de madame Proust en parte deliberadamente, aunque sobre todo por casualidad.

—Sí, sí, está todo publicado.

Si monsieur Valéry cree que el contenido del Archivo 263 ha sido publicado, conoce la colección con menos profundidad que monsieur Richaud. Y ahí es donde decido incidir.

—Las cartas, sí, las cartas están publicadas —respondo—. Pero están además los diarios...

—Ah, los diarios de madame... —monsieur Valéry pone los ojos en blanco—. Simples parloteos de un ama de casa... un día tras otro, año tras año... No contienen nada de valor.

Al parecer, monsieur Valéry se ha limitado a hacer una apresurada lectura del material. Empiezo a mentir.

—No, no parece haber mucho de interés. Es decir, todavía no he encontrado nada, pero si me permite una segunda renovación... ya estoy casi al final de los diarios. Tan solo necesito unos días más.

—Ah —monsieur Valéry cree que ahora lo entiende y esboza una indulgente sonrisa—. *Féministe*... una feminista.

Me ha catalogado y me desestima: a menudo un misterio resulta más interesante que su solución. Toma la solicitud que le ofrezco y firma cumplidamente.

—Gracias.

Sale entonces de detrás de su escritorio, abre la puerta del despacho y grita:

—¡Ahmed!

En ese momento reaparece el empleado norteafricano.

—Mademoiselle puede renovar su solicitud cuantas veces quiera. Vaya a buscar la caja.

Ahmed suspira como si le hubieran pedido que fuera a buscar la piedra de Sísifo y la llevara al escritorio que ocupo en la biblioteca. Sale del despacho con rotunda lentitud.

—*Il a des soucis*... Tiene algunos problemas —explica monsieur Valéry, mostrando más

amabilidad ahora que nuestra transacción ha concluido—. Problemas con inmigración. Le ha expirado el visado.

PARÍS, 26 DE FEBRERO DE 1904, VIERNES

Hoy por la mañana he tenido a la pequeña Suzy en brazos, he vuelto a casa, he almorzado sola, y por la tarde he abierto el paquete que había llegado con el primer correo, de modo que he podido admirar *La Biblia de Amiens*. Quizá dentro de veinte años Suzy leerá la traducción de su tío y así la hija de Dick conocerá al hijo de Marcel. Al menos es una idea optimista.

PARÍS, 5 DE MARZO DE 1904, SÁBADO

Supongo que debería apiadarme de ella. Yo tengo a sus hijos, a mis lobeznos, incluso aunque uno de los dos ya se haya hecho mayor y me haya dejado. Tengo el apartamento lleno de sus libros, sus papeles, su fotografía en todas las habitaciones. Tengo sus honores, su apellido y tengo también el luto que guardo por él. ¿Qué es lo que tiene ella? Un puñado de recuerdos, unas violetas de Parma arrojadas sobre un ataúd a su paso. Los chicos creen que no la vi en el funeral, o que, al fingir no haber reparado en ella, he conseguido en cierto modo que carezca para mí de importancia. Y si bien es cierto que mentiría si dijera que no sabía de su existencia, también lo es que mentiría de nuevo si dijera que no me duele.

PARÍS, 11 DE ABRIL DE 1904, LUNES

Por fin una agradable conversación con Marie-Marguerite en el pabellón de té del Bois, donde hemos parado a tomar un refresco después de nuestro paseo. Hemos convenido en que tampoco es que nos sorprenda especialmente ni que importe demasiado, siempre que él continúe mostrándose cortés y atento en casa y diligente con todas las cuestiones financieras. Yo siempre fui consciente de los lapsos de Adrien. Nunca interfirieron demasiado en nuestra vida. Aun así, fue el hecho de tener que recordar la existencia de todas ellas el día de su funeral lo que me hirió, como si su discreción, tan asegurada en vida, hubiera desaparecido con su muerte. Marie-Marguerite se ha mostrado tan filosófica como siempre: «Algunos tienen a sus queridas y otros a sus jovencitos. A fin de cuentas, son hombres. Al final, todo es mucho más fácil para la esposa si ellos ponen en práctica sus preferencias fuera de casa y no en el lecho conyugal». A pesar de su crudeza, su argumentación me consuela. Me ha pedido encarecidamente que no permita que lo perfecto se convierta en enemigo de lo bueno en el reino de mis recuerdos y que venero lo que he tenido, que ha sido mucho. Y hemos acordado que Adrien se fue como le habría gustado, «plantando sus coles», en palabras de Montaigne, o víctima de un infarto en la facultad. Marie le ha hecho a Marcel un regalo maravilloso: un puñado de pequeñas perlas de papel japonesas que en cuanto se sumergen en agua se convierten en pequeñas y delicadas flores acuáticas. Y así, una primavera benigna y segura florece en la oscuridad de su habitación.

PARÍS, 12 DE MAYO DE 1904, JUEVES

A Marcel y a mí se nos ha ocurrido una idea excelente. Pediremos a Marie que esculpa un medallón para ponerlo en la tumba de Adrien con su perfil. No se me ocurre una forma mejor de honrarle, ni mejor artista para llevar a cabo la labor.

Marcel dice que se lo pedirá hoy. Marie y Ruskin son sus compañeros constantes estos últimos meses, desde que, por respeto a la memoria de su padre, ha retomado su tarea y sigue con la traducción de *Sésamo y lirios*. Marie es un gran consuelo, tanto para Marcel como para mí; siempre tan delicada en sus discretas entradas a mi salón cuando viene a visitar a Marcel.

PARÍS, 17 DE MAYO DE 1904, MARTES

Esta mañana he leído en el periódico que los norteamericanos han contratado al doctor Gorgas y que le envían a Panamá para que intente poner freno a la fiebre amarilla con una nueva vacuna. En los últimos meses fueron pocos los progresos, pues tuvieron que luchar contra el calor, los mosquitos, la disentería y un brote de cólera; y ahora se han visto obligados a paralizar del todo el trabajo porque la fiebre está diezmando a los obreros. Quizá estén descubriendo por sí mismos por qué los franceses tuvieron tanta dificultad a la hora de completar el canal. Si Adrien estuviera aquí esta mañana, a buen seguro me estaría dando una charla sobre higiene, el factor que quizá habría impedido que aparecieran las enfermedades. Su atención estaba siempre puesta en la medicina. En el cólera. Bueno, en el cólera y en alguna hermosa dama. Marie ha accedido a esculpir el medallón.

PARÍS, 19 DE JULIO DE 1904, MARTES

Dick y Marthe insisten en que vaya con ellos a Etretat el mes que viene. Nunca hemos estado allí de vacaciones y supongo que por eso han elegido ese lugar (que no aviva en mí ningún recuerdo). Accederé, si bien es cierto que no estoy segura de poder soportar tres semanas enteras en un hotel con Marthe. Aunque sus intenciones son buenas, se preocupa en exceso tanto de la salud del bebé como de la suya propia. Naturalmente, es imposible no compadecerla, teniendo en cuenta lo que tuvo que sufrir con su confinamiento: el día en que fui a verla después del nacimiento de Suzy, Marcel y yo nos despojamos del luto en el estudio de Dick para no darle pista alguna sobre lo que había ocurrido, pues estábamos realmente preocupados por su fiebre. Y mostrarme alegre fue para mí un esfuerzo casi insoportable. Y su pobre madre no supo qué decir el día del funeral cuando Marthe vio desde la ventana de su habitación el cortejo que se dirigía hacia Saint-Philippe du Roule y especuló con la idea de que debía de haber muerto alguien especialmente augusto. Fue tal el subterfugio –aunque necesario– que a punto estuve de desmayarme de pena, pues la distancia que mediaba entre la alegría propia de la vida diaria y nuestras verdaderas emociones era tan abrumadora que parecíamos estar viviendo una farsa más que una tragedia.

PARÍS, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1904, LUNES

Etretat resultó ser un lugar tedioso, y Dieppe, húmedo. Me alegro de que Marcel no se reuniera allí conmigo. Las habitaciones le habrían resultado incómodas y su madre, una pobre compañía. Me duelen terriblemente los huesos y no logro pasar un día entero sin tener que acostarme varias veces y dormir un rato.

Por el bien de Marcel, no debo ceder a la desesperación y a la lasitud, por mucho que, como Malherbe, sienta que: «El paso del tiempo puede conmigo y me rindo a sus ultrajes».

PARÍS, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1904, SÁBADO

Ayer logré ir al Louvre con la condesa de Martel por toda compañía y fuente de ánimo. Pasamos un rato admirando a los italianos. Indudablemente, Ruskin me ha afilado la vista y sometimos a un minucioso examen la luz y el color de los venecianos. Al salir, pasamos por delante de los Caravaggios y me acordé de que tiempo ha pensaba a menudo que Marcel se parecía al alegre cliente de *La buenaventura*. Aunque ahora está muy pálido y amarillento, y carece por completo de la efervescencia de mejillas sonrosadas de la figura del cuadro. Últimamente parece un viejo, y tiene solo treinta y dos años. A veces su enfermedad me enoja, pues siento que al insistir de ese modo en cultivar su extravagante invalidez, tira por la borda toda esperanza de poder disfrutar de una vida normal. Y entonces me reprendo por no solidarizarme con algo que él no puede evitar.

PARÍS, 21 DE OCTUBRE DE 1904, VIERNES

Marthe dice que Suzy puede por fin ponerse de pie y que sin duda habrá empezado a andar en Navidad. Cuánto lamento no poder encontrar más consuelo en su pequeña presencia que saluda a la vida con una alegría tan solo comparable a la tristeza con la que yo me despido de ella.

Marcel está decidido a reformar sus horarios el año que viene. Lo dudo.

*Sésamo y lirios* va bien y Marie ha sido una fiel editora y también una leal visitante. El medallón es magnífico. Ha seguido nuestras instrucciones al dedillo y ha creado un parecido realmente encomiable a partir de todas las fotografías que le he dejado. Marcel dice que debemos instalarlo en Père Lachaise el día del primer aniversario de la muerte de Adrien. Sin embargo, Marie no parece feliz, y espero y deseo que no haya interpretado mal la necesidad que Marcel tiene de ella.

PARÍS, 28 DE OCTUBRE DE 1904, VIERNES

Últimamente Marcel ha estado dando mucho consuelo a la bella mademoiselle de Mornand. Ella le visita regularmente para llorarle en el hombro, pues la semana pasada por fin se anunció el compromiso de d'Albufera con la princesa. Supongo que toda amante cree que se la venera de tal modo que sin duda será la excepción, y que será ella la que conseguirá pasar del *demimonde* al *beau monde*. En fin, todas creemos que nuestros amores son únicos y odiamos ver que simplemente repiten pautas predecibles.

Ayer Marie trabajó toda la tarde con Marcel, y justo cuando la despedía, se cruzó con mademoiselle de Mornand en el pasillo. Mi querida Marie pareció realmente impresionada. No me corresponde a mí llevarla a un aparte y decirle que no hay razón alguna para que esté celosa.

Tampoco estoy en disposición de decirle a mademoiselle de Mornand que, si espera a que hayan transcurrido seis meses desde la boda social, descubrirá que su amante volverá a tomarla, aunque bajo circunstancias que a buen seguro requerirán más discreción. Dicen que d'Albufera fue quien pagó su carruaje de dos caballos, aunque quizá hoy la mayor prueba de amor sería un automóvil.

Creo que, de todas las que obtendré, la que más se acerca a una respuesta es esta: madame Proust sabía mucho, pero no decía nada. Queda una sola libreta en la caja de documentos. Se trata del diario del año 1905, y al hojearlo veo que las entradas son escasas. No tardaré en terminar y debería ir a la oficina de Air Canada para reservar un vuelo de regreso a casa. Son poco más de las tres: si recojo ahora, estaré allí antes de que cierren.

Devuelvo el Archivo 263 al mostrador de reservas y le paso a Ahmed la caja por encima del mostrador. Sigo aún tentada de estudiar su rostro y buscar en él comparaciones, y debo de estar mirándole fijamente, porque él me replica:

—¿Qué?

Desvió la mirada, avergonzada.

Se trata de una vieja costumbre, a veces consciente y otras no. Me refiero a lo de encontrar a la persona que falta entre el gentío, a leer un rostro amado en el perfil de un completo desconocido. Max y yo perdimos el contacto cuando él regresó a Toronto. Al principio, me llamaba de vez en cuando. Yo no contesté sus llamadas ni se las devolví y él no tardó en dejar de insistir. Sin embargo, le veía a menudo, sentado unas cuantas filas delante de mí en un concierto o en el teatro, doblando la esquina de uno de los pasillos del metro o cruzando la calle y alejándose apresuradamente de mí antes de que yo tuviera tiempo de examinar realmente su rostro. Sobre todo, le veo en los auditorios, en las salas donde se celebran las audiencias y en los centros de conferencias en los que trabajo. Me deslizo al interior de la cabina de traducción, cuelgo mi bolso del respaldo de la silla, me coloco los auriculares y preparo el micrófono, dispuesta a verter en él mi versión, en la otra lengua, de los discursos, los papeles y las argumentaciones del día. Y entonces miro desde allí a la sala y veo de pronto una cabeza entre los asistentes ocupados con sus libretas de notas, los lápices y los maletines mientras esperan a que den comienzo las intervenciones. Es su cabeza, estoy segura. Reconozco el pelo rizado, el modo en que sigue pegado a la parte posterior del cuero cabelludo para luego estallar en una maraña de tirabuzones que le cubren, espesos, unos centímetros del cuello de la camisa.

Se me encoge el estómago. Ahora lo que siento siempre que veo a Max es miedo. Aunque el daño está hecho, si no olvidado, y un encuentro sería en el peor de los casos incómodo, me estremezco al imaginarlo del mismo modo que un animal pateado alguna

vez, siempre se acobardará. A pesar de que Max es el pasado, tan solo pienso en cómo huir. Me encojo en la silla, deseando desesperadamente que no alce la vista y se vuelva a mirarme, aunque clavándole tan fijamente los ojos que de hecho es él quien sin duda sentirá el peso de mi mirada con ese sexto sentido que tenemos en los lugares públicos. Así es: se vuelve en la silla para recolocar el abrigo contra el que apoyaba la espalda y en ese momento levanta los ojos. No siempre logro recordar en el ojo de mi mente los rasgos de Max. A veces están lejos de mí, pero estos no son los suyos. Este es otro hombre de pelo oscuro, y respiro aliviada.

A menudo mi error es ridículo. Este hombre es demasiado alto; aquel, de complexión mucho más clara. ¿Por qué iba Max, un médico de Toronto, a estar sentado entre la gente que abarrota un coloquio para urbanistas en la ciudad de Montreal? ¿Por qué iba un judío como Max a inclinarse delante de un libro de himnos en la misa de Navidad de Notre-Dame-desDouleurs? ¿Qué podía estar haciendo aquí Max, ordenando cajas en la Bibliothèque Nationale?

En cuanto reconozco mi error, me pongo a evaluar la diferencia e intento ver si todavía soy capaz de recordar la cara de Max con la suficiente claridad como para saber por qué esta no es la suya, utilizando lo que está ausente para conjurar algo en el presente, intentando transformar lo que no es en lo que es. Este rostro es más grande, la nariz más larga, las mejillas más planas. Este pelo es más fino, la frente más alta. Este rostro es más convencionalmente atractivo y su dueño lo sabe, sus ojos son menos profundos, claramente conscientes de su cuerpo más que de su alma. Está más presente, aunque menos vivo.

A veces, lo que reconozco en los demás no es más que un simple rasgo. Estoy sentada en un tren, viajando a Ottawa para visitar a unos viejos amigos de la facultad que ahora son allí traductores en el Parlamento, y veo la nariz de Max. Su dueño es totalmente distinto, pero es la misma nariz, un pequeño y delicado triángulo isósceles insertado en el rostro. O me doy cuenta de que el instructor de aeróbic del gimnasio que a veces visito se sonroja exactamente como él, involuntariamente aturullado ante la más pequeña agitación, de modo que rápidamente le perdonamos su evidente ensimismamiento.

Sin embargo, jamás he visto los labios de Max en otro hombre. Sus labios son lo que mejor recuerdo de él pues parecen ligeramente deformes, una discreta imperfección en su belleza que solo se aprecia si se le observa durante un buen rato. Son unos labios carnosos, pero no iguales: el superior, hacia la izquierda, está levemente inflamado y forma un pequeño bulto que lo acerca al inferior, de modo que, cuando los cierra, la línea que media entre ambos es irregular. De hecho, la primera vez que reparé en ello, me pregunté por un instante si alguien le habría dado un puñetazo unas semanas antes y una inflamación mayor estaría en ese momento desapareciendo, reducida por fin a una imperceptible hinchazón. O si se había mordido sin querer, tropezando mientras corría como les ocurre a los niños, con la boca peligrosamente abierta y los dientes cerrándose bruscamente sobre la carne. Pero casi al instante entendí por fin que no se trataba de una desfiguración temporal sino de la silueta permanente de su boca, como si siempre llevara consigo una pequeña herida tan solo visible para quienes le miraban atentamente.

¿Por qué amamos a quienes amamos? ¿Cómo elegimos los objetos de nuestro deseo? Ví en esos labios algo que creí que podría curarme, algo en esos ojos que me completaría. Y, detectando la necesidad y el dolor en un suspiro o en un silencio, deseé devolver el favor, nutrir y sanar. Codicié su otredad y anhelé compartir su lenguaje y reparar su historia. En las mesas de los restaurantes y de los cafés, sentado a mi lado en los bancos de los parques, en la butaca contigua de las salas de cine, creí haber vislumbrado el peso que equilibraría perfectamente el mío, la otra mitad de mi alma. ¿Qué veía él mirándole? ¿Estabilidad, normalidad, heterosexualidad? ¿Qué era lo que quería? ¿Sentirse integrado, afecto, amor de madre, o simplemente a mí?

Supongo que no lo sabré nunca, aunque de hecho sí volví a verle, y no a una de mis invenciones, sino al Max real. Fue el otoño pasado, tras un intervalo de cuatro años. Era el año 1998 y yo tenía treinta y tres años, a punto de cumplir los treinta y cuatro. En francés llamamos a esa edad *l'age du Christ*, la que Cristo tenía cuando le crucificaron. Un momento crítico, si me permiten una pizca de eufemismo en la traducción.

Estoy trabajando en una conferencia médica en Montreal. Aunque hay intérpretes que se especializan en medicina, yo normalmente la evito. Es una pequeña peculiaridad mía. Hago todo lo demás. La demanda es básicamente para todo lo relacionado con la economía y la política. A veces, hay también algo relacionado con la agricultura o con el medioambiente. Recientemente, he estado muy metida en relaciones intergubernamentales. Traduzco déficit por *déficit*; negociar por *négociier*; separación por *séparation*; nación por *nation*. Pero en esta ocasión, una colega se ha puesto enferma y me llaman a última hora. La noche previa a la conferencia leo algunas publicaciones recientes, escribo listas de vocabulario y mentalmente hago un inventario: anticuerpos son *anticorps*, obviamente. *Dépistage* es... rápido, necesito uno de esos pequeños gerundios anglosajones autosuficientes... *screening* o estudio selectivo; membranas mucosas son *les muqueuses*; intercambio de agujas, *aiguillage*. Hay aquí un juego de palabras: *aiguille* es aguja y *aiguillage* es el término que se emplea para el cambio de agujas en una línea férrea. Un cóctel de medicamentos puede llamarse *cocktail des médicaments*; *toxicomanie* es drogadicción. *Récepteurs*, receptores. *Inhibiteurs*, inhibidores.

Entro a la cabina de traducción mientras los participantes en la conferencia se acomodan en sus sillas y acuerdo con las dos colegas que están dentro que empezaré yo, cubriendo la primera media hora antes de pasar el testigo a la siguiente y tomarme un descanso. Media hora trabajando y media hora de descanso es el ritmo profesional estándar para una jornada laboral completa. Luego miro mi agenda del día, cosa que había olvidado hacer la noche anterior. La primera intervención correrá a cargo del doctor M. B. Segal. En lo más profundo de mi ser, una trémula levedad parece animar mis órganos. Siento el estómago revuelto. Muy por debajo de mí, en la parte delantera de la sala, un hombre de pelo muy corto con un traje oscuro hojea sus papeles, preparándose para intervenir. Cuando habla, me acuerdo de que es él.

–Damas y caballeros...  
«*Mesdames et messieurs...*»  
–Colegas...  
«*Collègues...*»  
–No he venido aquí a hablar de buena higiene.  
«*Je ne vous parlerai pas d'hygiène.*»  
–No he venido a hablar de condones ni de precauciones.  
«*Je ne vous parlerai pas des préservatifs et des précautions.*»  
–No he venido a fantasear.  
«*Je ne vous parle pas des fantasies.*»  
–He venido a hablar de la esperanza realista sobre el hallazgo de una vacuna en el año 2000...  
–Virus.  
«*Virus*»  
–Anticuerpos.  
«*Anticorps*»  
–Cura.  
«*Remède*»  
Tiempo.  
*Temps.*  
Deseo.  
*Le désir.*  
Amor.  
*L'amour.*  
Pérdida.  
*La perte.*  
Shock, congoja, rabia...  
¿Y luego? ¿Aceptación? ¿Perdón? ¿O simplemente olvido?

Nadie se fija en la intérprete de la conferencia. Nadie dice: «Buen trabajo», «me ha gustado como has matizado el final de su intervención», «me alegra oír que todavía queda alguien que sabe utilizar el pluscuamperfecto de subjuntivo». A menos que llene su intervención de «ums» y de «ems» hasta el punto de distraer a los oyentes, confunda por completo la terminología específica o expire a mitad de frase, la traductora es invisible. Al término de la intervención de Max, mientras los delegados hacen una pausa para tomar un café, me quito los auriculares y me preparo para salir del auditorio sin ser observada. He trabajado media hora y me he pasado los siguientes veinte minutos de su intervención escuchando en la cabina, intentando calmarme y mostrar un adecuado interés profesional en las distintas intervenciones. Todavía me quedan cuarenta minutos para despejarme antes de volver al trabajo. Más tarde, durante mi siguiente hora libre, haré una larga pausa para comer a solas, intentaré encontrar algún rincón tranquilo donde pueda comerme mi sándwich y quizá terminar de leer el último capítulo de la biografía de Hayman antes de volver a las sesiones. Las puertas de salida están situadas hacia la parte

delantera de la sala, y al pasar junto al podio, el conferenciante se deshace de un pequeño grupo de gente y oigo una voz que me llama.

–Marie, Marie.

Es Max. Sonríe de oreja a oreja, con una expresión de alborozada sorpresa.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Trabajar.

–¿Estás traduciendo?

–Sí. Acabo de traducir tu intervención.

–Eso es fantástico. ¿Qué te ha parecido?

–No soy más que la intérprete. Ha estado bien.

–¿Cómo estás? Ha pasado mucho tiempo...

–Sí. Mucho. Bien, estoy bien.

–Y... ¿qué tal el trabajo?

–Bien. Muy ocupada, no paro. Normalmente no toco temas médicos, pero una de mis colegas se ha puesto enferma.

–¿Cómo están tus padres?

–Bien. Mi padre ya se ha jubilado. Vendió la empresa. A mi madre le costó adaptarse, pero a él le encanta.

–¿Y siguen aquí?

–Sí, siguen en Montreal.

Esta clase de conversación prosigue durante varios minutos mientras nos ponemos al día de cuatro años de familia y profesión.

Luego él dice:

–¿Tienes planes para almorzar?

Siento que la rabia me sube por dentro e intento contener las lágrimas.

No ha cambiado físicamente, con excepción del pelo. Ahora lo lleva cortado a cepillo. Un salpicón de rizos que le cruza la frente es el único recordatorio de los que le cubrían los hombros y que han desaparecido. Sentados a una mesa de la cafetería del centro de conferencias, a punto estoy de tender la mano y de apartarle esos últimos rizos para ver dónde tiene ahora el nacimiento del pelo. No es un deseo malévolo, ni una celosa necesidad de ver si también él ha envejecido. Todo lo contrario: lo que busco es asegurarme de que sigue igual. Es la misma mano con la que casi a diario me toco la piel bajo el mentón, delicada, distraídamente, mientras voy en el autobús, o cuando estoy sentada en la cabina, para comprobar que la piel sigue firme, con miedo de encontrarla infinitesimalmente más blanda que hace una semana o un mes. Todavía tiene la cara libre de arrugas. En mi caso, las primeras aparecieron entre los veinte y los treinta años: patas de gallo provocadas por la sonrisa o por haber entrecerrado demasiado los ojos para evitar la luz del sol. Ahora, cumplidos los treinta, dos profundos surcos perfilan despacio un claro sendero entre mi nariz y las comisuras de los labios. Envejeceré como mi madre: la cara cederá rápidamente y la piel colgará, envuelta en un mar de pliegues.

Un chico saluda a Max desde el otro extremo de la sala y le hace señas para que se acerque. Max se disculpa y se aleja: su estrecha forma se mueve con cuidado entre el

angosto espacio que separa las mesas y las sillas, con la cabeza –pequeña, ahora que tiene tan poco pelo– erguida con discreta seguridad y la cara animada por una expresión que, aunque viva, resulta ligeramente distante. Le miro y me pregunto cómo he podido en algún momento confundir a otra persona con él.

Max saluda a su amigo, consulta con él durante unos instantes y le trae luego a la mesa. No necesito oír el tono posesivo con el que Max me lo presenta para saber. Se parecen extraordinariamente: ambos bajos, de piel olivácea, pelo oscuro, ojos marrones, nariz recta, miembros delgados... dos chicos bellos. Suyo es el reino.

No se queda mucho rato, quizá percibiendo mi resentimiento, y cuando por fin se marcha, hago a Max las preguntas convencionales: dónde se conocieron, a qué se dedica.

–Es muy guapo –digo, con la esperanza de ocultar cualquier asomo de celos o de reserva.

–Sí. Siempre he creído que parece italiano, como alguien que perfectamente podría haber pintado Caravaggio. Una vez le dije que parecía un Caravaggio. ¿Sabes lo que dijo?

–¿Qué?

–¿Qué es un Caravaggio?

Nos reímos juntos, captando la mirada del otro y deleitándonos durante un pasajero momento en nuestra afinidad.

–¿Le conocen ya tus padres? –pregunto.

–No, me lo tomo con calma. Mi madre... –vacila–. Bueno, ya conoces a mi madre.

Nos despedimos después del almuerzo, no sin antes convenir que estaremos en contacto, y mientras le veo alejarse me sorprende pensando, una vez más, en su madre, en su ansiedad porque Max se consolidara en la medicina y en la vida de la clase media. Me pregunto qué sentirá ahora, ella que tan lejos ha ido en aras de la seguridad, sobre su hijo gay, el doctor del SIDA. Veo flotar en mi mente imágenes y palabras que van formándose poco a poco: una historia en plena composición.

–¿UNA galleta? ¿Un poco de tu *rugelach*<sup>16</sup>?

Sarah tendió la bandeja de galletas a Clara, que se sirvió un *rugelach* y lo depositó en el pequeño plato junto a la taza de té.

–Una buena mujer. Y muy buena contigo, Sarah.

Sarah asintió y tomó un poco de té.

–Sí, siempre fue muy generosa con Sarah –concedió Daniel al tiempo que sonreía a su madre, que llevaba firmemente instalada en su salón desde hacía tres horas.

El objetivo era airear el dolor íntimo, darle espacio para que respirara y así pudiera llevar una vida normal y desvanecerse discreta y adecuadamente a su ritmo, evitando con ello que volviera a aparecer, enojado e indeseado, en momentos inapropiados y mucho tiempo después de que debiera haber pasado. Sarah conocía bien la base lógica y el protocolo, pero cumplir con la *shivah*<sup>17</sup> por Rachel la estaba agotando. Suponía que se sentía culpable por no haber llegado a ser la hija que Rachel había deseado, y ya era irrevocablemente demasiado tarde.

Sarah siempre había cumplido con su obligación en lo que a Rachel se refería: le había permitido hacer de abuela de Maxime, a quien había llevado a menudo a verla, la había invitado a las celebraciones festivas y había terminado cenando con ella todas las semanas en Villa Nova. Durante años la había visitado y había charlado con ella, aunque sin la profundidad de afecto que habría concedido cierto grado de alegría a esos actos. Era Daniel quien llevaba la alegría a la casa de Gladstone Avenue, y más adelante a la residencia de ancianos, siempre flirteando, lisonjeando y lanzando cumplidos. «Tu tarta de queso no tiene igual, Rachel...», «Qué bien te sienta el color de ese vestido...», «Tu salud, Rachel...». Sarah había reprimido el fastidio que provocaban en ella esas atenciones del mismo modo que ahora contenía la ira tras oír a Daniel formular su acuerdo con la banalidad que acababa de soltar Clara. Sintió que Daniel la avergonzaba, y en secreto sospechó que esa era exactamente su intención, y también, en esa dinámica tan propia de las parejas que llevan mucho tiempo casados, que él sabía que ella pensaba así. Aun así, él había seguido actuando así, cubriéndola y ofreciendo lo que ella no podía para asegurarse de que, ya que Rachel nunca había tenido hijos, por lo menos pudiera tener un yerno capaz de rezar la *kaddish*<sup>18</sup>.

Rachel había vivido hasta el año 2000, aunque otra cosa era que pudiera afirmar haber visto la llegada del nuevo milenio. Su primer infarto, que había ocurrido pocas semanas antes del nuevo año, la había dejado parcialmente paralizada y cada vez más senil. El segundo se produjo poco después con compasiva rapidez, y su funeral había tenido lugar un frío y soleado día de finales de febrero. Varios días más tarde prácticamente habían terminado con la *shivah*, y un desfile de ancianas, así como de muchos de sus amigos y de todos sus parientes, habían pasado ya por su salón, llevando con ellos una profusa selección de galletas, sándwiches y cacerolas que obligaban todas las noches a una Sarah visiblemente molesta a poner la mesa con todas esas incompatibles contribuciones mientras Daniel y sus hermanos decían sus plegarias en la otra habitación. La señora Field, una antigua vecina de Gladstone Avenue, quizá diez años menor que Rachel, había acudido discretamente a presentar sus respetos y se había quedado, en una clara muestra

de dulzura, ofreciendo delicadamente recuerdos cuando se requería conversación y permaneciendo en silencio cuando ocurría lo contrario. Sarah, recordando que la señora Field había aparecido en la calle en algún momento durante la guerra, descubrió sorprendida que conocía a esa mujer desde hacía más tiempo que a cualquier otra alma viva, y la besó afectuosamente cuando se marchó. Apareció también el senil y anciano señor Seeger de Villa Nova, acompañado de una joven enfermera filipina. El hombre se rio y lloró de tal modo durante su visita que Daniel no pudo por menos que especular divertido sobre su relación con Rachel. Llegó también Lisa desde Calgary, donde vivía con Michael, aunque de todos modos habían tenido que venir a la ciudad por trabajo. Sarah la veía poco desde que Lisa se había mudado, y pasaron largo rato poniéndose al día de sus vidas mientras lloraban la pérdida de Rachel. Lisa preguntó por Maxime y Sarah no supo qué decir.

–Trabaja mucho. Quiere seguir en la investigación.

–¿Sigues sin darte una nuera?

–Sí, seguimos igual.

Llegó el nuevo rabino. Lo cierto es que Sarah tendría que haber sido capaz de recordar su nombre. Era el mismo que había reemplazado al rabino Vine, que a su vez había sustituido en su día al rabino Cohn, que había fallecido hacía ya tiempo. A Sarah le pareció que era todo un detalle por parte de aquel joven, pues no había llegado a conocer a Rachel. Ella nunca se había unido a su congregación, aunque sí había mantenido el contacto con el rabino Cohn a lo largo de los años. El colega que trabajaba con Daniel en el nuevo edificio médico, un dermatólogo llamado doctor Ritz, pasó también, acompañado de su esposa. A Sarah la pareja le caía bien. Daniel y ella les habían invitado a cenar unas cuantas veces y Laura Ritz sugirió que salieran juntas alguna tarde.

–Pronto. Cuando te sientas con ganas. En esta época del año, es muy fácil no querer salir de casa.

Allí estaba Leah, la prima que Rachel tenía en Montreal. Años atrás se había divorciado de su marido y se había mudado a Toronto para alejarse de la familia, o al menos eso decía. Sarah calculó que debía de tener como pocos ochenta y cinco años, y aun así la mujer vivía sola y se manejaba con absoluta independencia, pues fanfarroneó delante de Daniel de sus frecuentes juergas en el casino de Niagara Falls. Iba hasta allí en autobús.

–Es la monda, y jamás he llegado a ver el agua. Nunca me he acercado a esas cataratas. Estoy demasiado ocupada con mis fichas.

Sarah les veía entrar y salir, maravillada. Esos eran sus amigos, su familia, su comunidad. A sus setenta años, supuso que por fin había encontrado un lugar propio.

Y Clara aparecía a diario, instalando su voluminoso cuerpo en el sillón de piel buena mientras Daniel y Sarah se sentaban en el borde del sofá, del que, fieles a la tradición, habían retirado todos los cojines para poder así quedar sentados más bajos, encogidos por la pérdida. Manteniendo erguida y orgullosa su cabeza de matrona cubierta de una espesa mata de pelo blanco, Clara estudiaba detenidamente a la pareja y a sus invitados. Aunque Lionel había muerto hacía quince años, en la época en que Maxime estaba todavía en el instituto, su viuda, esa anciana de noventa y dos años, no había sufrido merma alguna. De hecho, parecía en cierto modo reanimada tras una reciente operación

en la que le habían extraído con éxito una catarata del ojo izquierdo.

–Te he traído unas galletas, Sarah –había anunciado el primer día al tiempo que abría una lata llena de *rugelach* y de *brownies*–. He querido contribuir.

De hecho Sarah había horneado sus propios dulces. Había previsto la eventualidad de la *shivah* desde el día de diciembre en que el médico le dijo que Rachel no duraría, y aunque calculaba que llegarían muchas contribuciones por parte de amigos y familiares, había deseado servir sus propias creaciones en su casa. Se había concentrado en la preparación de dulces –a fin de cuentas, los dulces eran siempre reconfortantes–, y así, se había pasado el mes de enero horneando un lote tras otro de barquillos de vainilla, finas y pequeñas galletas de almendra y el bizcochuelo preparado según la receta de Rachel, todo ello cuidadosamente envuelto en plástico y guardado en el congelador. Había evitado las tartas más sustanciosas, se había planteado incluir el *rugelach* y lo había desestimado, había evitado todo aquello que llevara chocolate, y es que había concluido que solo la más delicada repostería sería aceptable en una casa donde se respetaba el duelo.

En el salón, mientras Clara se llevaba el *rugelach* a la boca, sonó el timbre de la puerta. Maxime, que estaba sentado con ellos, se levantó.

–Ya voy yo –dijo, y salió de la habitación en dirección al vestíbulo, donde le oyeron saludar en voz baja y ayudar con los abrigos.

Llevaba allí toda la semana, abriendo la puerta, hablando con los invitados, preparando el té y el café, pasando la comida. Sarah le miraba también extrañada, y, aparte de algún que otro «gracias», no le dirigía la palabra.

Al principio, Sarah se había comportado como si la noche que había servido el *pot-au-feu* no hubiera ocurrido. Ignoraba el anuncio que Maxime les había hecho sobre su investigación y todas sus implicaciones. Algunos viernes, él iba a cenar a casa de sus padres. Daniel y él hablaban de medicina sin llegar jamás a comentar la labor de Maxime. Él seguía dando nombres de amigos y de amigas sin explicar realmente a sus padres la clase de amistades que eran. Sarah, que había pasado la mayor parte de su vida anticipando ansiosamente cosas que nunca ocurrían, intentaba en este caso bloquear algo que había ocurrido realmente, como si la sexualidad no verbalizada de su hijo fuera una fase con un final a la vista. Maxime no intentó en ningún momento penetrar en esa atmósfera de silencio y de ilusión, y mientras esta se prologaba él fue alejándose cada vez más. Cuando se encontraron cumpliendo con la *shivah*, tres años después de la noche en que él por fin había hablado, Maxime llevaba meses sin poner los pies en la casa del norte de Toronto y la última vez que había visto a Sarah y a Daniel había sido en el hospital, el día en que Rachel había sufrido su primer infarto.

Ahora volvía a aparecer en el salón con unos vecinos que desde hacía años vivían en la misma calle: un hombre corpulento que vestía un suéter de color rojo chillón con una esposa menuda y dolorosamente delgada que le seguía en silencio con un enorme plato cubierto con papel de aluminio en los brazos.

–¿Cómo estás, Sarah? Nuestro más sincero pésame. Aunque sea una triste ocasión, me alegro de verte. Y también a ti, Daniel –el hombre se volvió y señaló con un gesto a su espalda–. Ya no te vemos nunca, Max. Deberías venir más a menudo. ¿No será que descuidas a tus padres ahora que están chochos, eh?

–No, para nada –respondió Maxime, intentando reírse al tiempo que aceptaba el plato de la mujer con los brazos extendidos.

Y así transcurrió la velada durante el resto de la tarde y hasta bien entrada la noche, hasta que Sarah por fin cerró la puerta al último de sus amigos y parientes, mientras Daniel cogía el coche para acompañar a Clara a su casa.

Sarah recogió algunas tazas de té y algunos platos de postre del salón y al volver a la cocina encontró a Maxime metiendo los platos en el lavavajillas equivocado.

–*Laisse-les. Laisse-les.* Déjalos –le instruyó–. Yo lo haré.

–Puedo hacerlo.

–No, no. Déjalo –se acercó al lavavajillas, indicándole con las manos que se apartara hasta que él se hizo a un lado y ella empezó a sacar los platos del lavavajillas.

–¿Qué haces?

–Este es para la carne.

–Ah, claro. Lo he olvidado. Perdona.

–No tiene importancia. Lo vaciaré para limpiarlo.

–Bueno. Entonces me voy...

–¿No vas a quedarte a cenar?

–No, no. No puedo comer nada más. Todas esas galletas...

–Ya sé que es tarde, pero había pensado preparar cena.

–No, en serio. Todavía tengo trabajo que hacer esta noche.

–De acuerdo. ¿Vendrás el jueves?

–Sí, Ma. Allí estaré.

El jueves, concluida por fin la *shivah*, los tres habían decidido visitar Villa Nova, donde la encargada, una enérgica mujer que parecía lo bastante joven como para ser la hija de Sarah y cuya personalidad oscilaba entre la de una trabajadora social y una anfitriona, había insistido en organizar un pequeño encuentro para conmemorar la muerte de Rachel.

–Esta era su casa, señora Segal. Nosotros también lloramos su pérdida, y la mayoría de nuestros residentes no pueden desplazarse hasta su casa. Además, esto es bueno para los mayores. Necesitan aceptar que alguien ya no está entre ellos. No tiene sentido ocultar la muerte a los ancianos.

La encargada esbozó una poderosa sonrisa y Sarah, que de pronto se sentía en cierto modo egoísta y que entendía que si se negaba resultaría demasiado obvio que estaba profundamente aliviada ante la perspectiva de librarse de la visita semanal a Villa Nova, se vio obligada a ceder. Sin embargo, y tal como había supuesto, resultó ser una dolorosa reunión sembrada de incómodas pausas, mientras intentaba entablar conversación con los sordos y con los confusos, sin saber a ciencia cierta si habían llegado realmente a conocer a Rachel. Como era de esperar, Daniel lo vivió mejor; hablase o no, sonriese o no, con Maxime a su lado para animarle de vez en cuando, motivarle o simplemente darle un respiro. Así las cosas, Sarah fue sintiéndose cada vez más distanciada de lo que la rodeaba y, cuando a las cuatro por fin se marcharon, estaba profundamente agotada.

El tiempo, que había sido más caluroso durante los días que habían respetado la

*shivah*, había vuelto a cambiar y hacía un frío glacial. El cielo era azul y despejado y seguía claro durante la tarde, pues con la llegada de marzo, los días cortos y oscuros habían sido reemplazados brusca y rápidamente por días más largos y luminosos. Esa tarde, aunque bañada por la luz del sol, la cocina de la casa del norte de Toronto estaba helada. Sarah esperaba allí de pie con Daniel y Maxime a que hirviera el agua para el té, todavía fastidiada por el hecho de que su eternamente caritativo marido la hubiera dejado en evidencia, y con la distancia que la separaba de su hijo ondeando en el aire gélido de la habitación. Y fue bajo ese ambiente de agotamiento e irritación que Daniel cometió el error, animado por un suspiro de Sarah, de ofrecerle un irreflexivo consuelo:

–Bueno, todos tenemos que morir algún día. Rachel tuvo una buena vida.

Sarah se volvió a mirarle y replicó, visiblemente enfadada:

–Algún día, algún día. Ella tuvo su tiempo, noventa y cuatro años, para ser exactos –habló entonces en un francés afilado y amargo–. Otros no tuvieron tanta suerte. Otros no pudieron disfrutar de su tiempo. Otros no vivieron para ver crecer a sus nietos, para verlos convertidos en, en... –señaló con un gesto de desprecio a Maxime. Daniel y él la miraron sin comprender, al tiempo que ella empezaba a confundir sus agravios y sus aflicciones, mezclándolos mientras la ira le inundaba el corazón, llenándolo hasta el último rincón de descontento o decepción y dejándola convertida en una temblorosa masa incapaz de distinguir entre el dolor real que había provocado en ella la muerte de Rachel y los celos que sentía al pensar que esa mujer había disfrutado de la larga vida que su madre no había podido tener, entre su incapacidad de comprender a su hijo y la frustración porque el agua tardaba en hervir en el calentador. Arrancó el cable del enchufe con un furioso tirón –«Bah, esta porquería. Mejor nos olvidamos»– y al hacerlo volcó las tazas de té de porcelana que había puesto en la encimera.

El sonido de la porcelana al estrellarse contra el suelo pareció por fin quebrar su reserva. Se volvió hacia los trozos de porcelana repartidos a sus pies y arrojó contra ellos la jarra de la leche. Al caer, el contenido de la jarra se derramó sobre su elegante traje de lana negro y las elegantes perlas de Sophie Bensimon que llevaba al cuello. Luego tiró del cajón de los cubiertos más cercano y, levantando un extremo de modo que el otro simplemente caía por su propio peso, vertió el contenido encima del montón de trozos de porcelana. Presa de pronto de una repentina inspiración, cruzó la cocina hasta el segundo cajón de los cubiertos, donde guardaba los cuchillos y los tenedores destinados a la carne, y tiró de él, para arrojar esta vez los cubiertos desde una distancia considerable, uniéndolos a lo que ya había en el suelo.

–¿Para esto murieron? ¿Para que pudiéramos vivir aquí, en esta casa, con dos vajillas?

Se volvió hacia el armario de la carne y arrojó varios platos al suelo antes de acercarse con paso decidido al armario de la leche y coger el primer cuenco que encontró y lanzarlo contra el montón. Los pequeños recipientes de porcelana blanca y ribeteada en los que tantas veces había servido la *crème caramel* se hicieron añicos junto con los platos grandes, en los que había servido un *boeuf bourguignon* acompañado de gírgolas, cebollas perla y un buen vino tinto. Trozos de los cuencos en los que Maxime y Daniel habían desayunado cereales cubiertos de leche se mezclaban en el suelo con restos de la enorme cacerola de esmalte en la que a Sarah le gustaba cocer a fuego lento sus estofados. Las dos vajillas –la *milchik* y la *flayshig*– salieron volando de los armarios,

rompiéndose, haciéndose añicos, estampándose contra las baldosas del suelo, hasta que Sarah se quedó sollozando de pie rodeada de un montón de trozos.

Daniel retrocedió, horrorizado ante una ira que jamás había visto, y negándose a reconocer que esa era la emoción que acechaba bajo la elegante melancolía y las aguerridas ansiedades de Sarah.

Fue Maxime quien se adelantó tímidamente, abriéndose paso entre los restos de cristales y de porcelana hasta llegar a su madre.

–*Maman*.

Le dio el nombre de su infancia y la tomó en sus brazos como lo hacía con los pacientes que, temblorosos y sollozantes, se enfrentaban a los resultados de sus análisis de sangre.

Y, cuando también él empezó a llorar, se quedaron allí juntos, abrazos los dos en las ruinas de la cocina *kosher*, lamentando por fin la ausencia de los abuelos de Maxime y de los nietos de Sarah.

**D**ICEN de nosotros, los habitantes de Montreal, que somos insulares. No es cierto. Puede que vivamos en una isla, pero conocemos el mundo. Buscamos en invierno el sol de Florida y, franceses e ingleses por igual, nos fascina Nueva York. A veces, bajo allí a pasar el fin de semana, a disfrutar de sus museos y de sus tiendas, a fingir que las etiquetas con los precios están en dólares canadienses e ignorar la realidad durante un par de días. ¿No sería acaso glorioso ser una neoyorquina más, hablar su duro inglés norteamericano y saber que gobiernas el mundo y que vives en su epicentro?

También anhelamos París. Ahorro para poder venir aquí cada cierto número de años. Unos amigos de mis padres tienen un estudio junto al Canal Saint-Martin, y lo alquilaré cuando pueda permitirme quedarme más tiempo en la ciudad. Qué maravilla poder vivir en francés, hablar solo una lengua, y que sea la más hermosa de las que se hablan en el mundo, hablarla deprisa, con orgullo y elegancia. Qué delicia fingir, durante un instante, una o dos semanas, ser parisina y que existe tan solo una metrópolis, y más allá de ella, tan solo provincias.

No, los habitantes de Montreal no somos insulares. Cuando dicen eso, lo que quieren decir es que nunca visitamos Toronto. Y es cierto. No visitamos Toronto. ¿Para qué? Es monolingüe y monolítica, y no del modo descarado y excitante que puede serlo Nueva York, sino más desabrido y menos colorido. No nos tienta, como se dice en francés. Bueno, la verdad sea dicha, no es mucho lo que conocemos del lugar, y quizá nos provoque cierto temor. Es una ciudad que confunde, difícil de identificar con exactitud, resolutamente anglófona aunque visiblemente políglota. Durante una de las escasas ocasiones en que he visitado Toronto, cogí un autobús para bajar al centro desde Bloor Street y de pronto me encontré en Hong Kong, rodeada de rostros chinos, tiendas de comida que vendían *bok choy* y restaurantes con tajadas de carne impregnadas de una salsa de color rojo brillante colgando de las ventanas. Esa misma noche me llevaron a cenar a un barrio en el que los nombres de las calles estaban escritos en griego.

No es que no tengamos nuestras comunidades de inmigrantes en Montreal: somos francófonos, anglófonos y «todófonos». Esa es nuestra pequeña broma que ha terminado convirtiéndose en marca de la casa. A través de un arco policromado recientemente erigido sobre la zona situada más al sur del boulevard Saint-Laurent, tenemos dos manzanas de Chinatown. En mayo, hay un enorme festival portugués que interrumpe el tráfico del Plateau Mont Royal. Pero son simples manifestaciones contenidas que en ningún caso perturban nuestra danza original de inglés y francés. La realidad de Toronto nos sorprende y nos confunde a la vez. ¿Y si decidiéramos no hablar solo inglés o francés, sino también mandarín y cantonés, griego, farsi e italiano? Para un oriundo de Montreal se trata de una perspectiva alarmante. En Toronto, parece traerles prácticamente sin cuidado, como si para ellos la lengua no tuviera demasiada importancia.

Pues bien, un día del pasado invierno me veo recorriendo resentidamente las enfangadas calles de Toronto, visitando la ciudad por tercera o cuarta vez en mi vida. Desde que nos encontramos casualmente en la conferencia médica, Max me ha llamado alguna vez para charlar por teléfono. Parece querer volver a atraerme a su órbita. Me anima a que le visite.

–Ven a visitar Toronto. La ciudad ha mejorado considerablemente, Marie. Te divertirás. Puedes quedarte en mi casa. Tengo una habitación de invitados.

Me planteo en serio la visita, me siento tentada, me resisto y doy excusas.

–Ahora estoy muy ocupada...

–Oh, vamos. Vosotros, los de Montreal, siempre tan insulares.

Vacilo. Quizá. No hay nada de malo en una visita. Tengo esperanzas. Y eso es peligroso.

Y entonces es el trabajo el que resuelve la cuestión: Toronto alberga una cumbre sobre medioambiente y no dispone de los intérpretes necesarios para que las intervenciones puedan realizarse simultáneamente en dos idiomas. He recorrido Canadá traduciendo en conferencias. Trabajo mucho en Nueva Escocia y en New Brunswick, he visitado a menudo Vancouver y Calgary, pero nunca voy a Toronto. Cuentan con un montón de traductores propios, y si necesitan apoyo adicional, llaman por teléfono a Ottawa, que es la capital nacional de los intérpretes de conferencias. Pero esta vez hay otras conferencias celebrándose en Ottawa y uno de los organizadores me llama por teléfono, requiriendo mis servicios. Me pregunta si puedo pasar allí la semana, alojándome en el hotel del centro donde tiene lugar la cumbre. Se me ocurre que es una buena solución, un buen motivo para visitar la ciudad, que además me proporciona la seguridad de un hotel. Digo que sí al trabajo y, la semana previa a mi viaje, llamo por teléfono a Max. Sugiere que nos encontremos en el museo –el Royal Ontario Museum– el miércoles por la tarde.

–Ahora tienen un restaurante muy bueno. Arriba, en la azotea.

Toronto fanfarronea constantemente de sus mejoras, como si el pasado no hubiera sido nada bueno.

–Y después de cenar podemos volver a las galerías. Han restaurado la colección china (más mejoras). Hace tiempo que tengo ganas de verla. Salgo del laboratorio a las seis. ¿Qué te parece si cenamos a las seis y media?

Durante la cena hablamos de trabajo.

–¿Y crees que llegarán por fin a un acuerdo sobre esos estándares de emisiones? Demonios, los europeos nos han robado el pescado que nos quedaba y ahora los norteamericanos quieren mantener su divino derecho a contaminar el aire que respiramos. Supongo que Canadá no dará su brazo a torcer, ¿no?

–No lo sé. No tengo ni idea.

–Pero tú estás allí. Es fantástico. Puedes oír todo lo que dicen y seguir toda la política. ¿Qué es lo que está ocurriendo exactamente?

–No sabría decirte. No pienso en lo que traduzco mientras estoy trabajando, Max. Si lo haces, te distraes totalmente. Me concentro en las palabras, no en su significado.

Hablamos de su praxis, de su labor en el laboratorio, de los cócteles de medicamentos y de la vacuna.

–Es una locura. Mis pacientes ya no se mueren y yo nunca he tenido tanto miedo como ahora. Los gobiernos quieren una pastilla mágica y creen que la tienen... o, para ser más exactos, quieren treinta y cinco pastillas mágicas. La tasa de mortalidad ha caído en picado. Las farmacéuticas se están forrando. ¿Quién necesita entonces fondos para la investigación de una vacuna? Temo que esta vez no nos renueven la subvención. Simplemente nos cortarán la pasta, ahora que el final está a la vista. Seguimos ahí,

empujando, pero aún no hemos llegado. Estamos investigando conjuntamente con los del Institut Pasteur de París, y con los norteamericanos. Probablemente ellos lleguen primero. Y no creas que me importa. De hecho, espero que sea así, y cuanto antes mejor. No pretendo ganar ninguna carrera.

Después de cenar, paseamos por las galerías chinas, espacios despejados y muy modernos llenos de bronce y porcelanas antiguos, aunque vacíos de gente en un día laborable. Max se detiene a examinar un jarrón, dedicándole la misma absorta atención que debe de dedicar a las células sanguíneas aumentadas en sus portaobjetos de cristal.

–*Viens voir ça...* –habla en francés al tiempo que se inclina hacia la urna de cristal. Su cuerpo, esbelto y firme, se mueve hacia delante desde la cintura, la cabeza oscura se acerca al cristal y con un largo dedo señala el curvilíneo dragón cuyo cuerpo naranja se enrosca alrededor del jarrón al otro lado del cristal.

–*Regard, Marie...*

En un museo de La Haya, Marcel Proust examina una panorámica de Delft obra de Vermeer, el mismo lienzo que, una década más tarde, defenderá en la literatura. Puedo verle en la galería admirando las delicadas pinceladas que han conjurado las casas de ladrillo, con sus tejados de tejas rojas bajo un inmenso cielo de nubes monumentales que proyectan su sombra sobre los edificios de la zona central del cuadro. Proust se inclina con suavidad hacia delante para estudiar con atención una zona de la derecha donde una pequeña esquina de muro emerge entre las formas más oscuras que la rodean, brillando en su radiante retazo amarillo de luz del sol. Se sonríe y se vuelve hacia Bertrand Fénelon:

–*Regarde...*

Existía cierta similitud, al menos en mi cabeza, una masculinidad que era también una muestra de exotismo, una sensibilidad preciosa para algunos, una belleza y un amor por lo bello que yo valoraba y que malinterpreté. La atracción radicaba en cierto grado de esteticismo –suyo o mío, no estoy segura del todo–, pero yo nos veía como dos frágiles flores del mismo invernadero bilingüe, incapaces ambos de captar las diferencias entre las plantas. Ruskin percibió la ética en la belleza y pudo por ello describir los anhelos humanos como un deseo por alcanzar lo divino. Aunque es leve la necesidad que tengo de llegar a Dios, cierto es que deseé a Max como deseé al autor de *À la Recherche*, animada por la misma fuerza que vincula a mi padre con sus antigüedades, que empujaba a madame Proust hasta el Louvre, que atraía a Ruskin a sus catedrales y que acercó a Marcel Proust a *La Biblia de Amiens* y también a sus aristócratas. Todos confundimos tener con ser, y creemos que poseer lo que es mejor que nosotros nos hace en efecto mejores.

Aunque estas son reflexiones a las que he llegado aquí, en la Bibliothèque Nationale. Ese día en el Royal Ontario Museum tan solo tenía una ligera percepción de la existencia de un vínculo que unía a Max y a Proust, una corazonada que me llevó a escabullirme de regreso a Montreal, decidida a seguir ahondando más en la figura del novelista francés, convencida de que comprendiéndole quizá lograría verme libre de Max. En primavera había encontrado en la UQAM las cartas completas y la *Enciclopedia del Holocausto* y dediqué el verano a leer detenidamente ambos volúmenes. En agosto, reservé un billete de avión a París, un billete con la vuelta abierta, dispuesta por fin a hacer frente a mis

deseos.

\* \* \*

Ahmed ha desaparecido. O al menos no he encontrado ni rastro de él en la biblioteca durante todo el día. Espero y deseo que haya salido a ayudar con la mudanza al nuevo edificio. Llevan toda la semana preparando el traslado. También yo debería estar terminando aquí.

PARÍS, 10 DE ENERO DE 1905, MARTES

Marie vino ayer a despedirse. Monsieur Bing está organizando una exposición dedicada al *Art Nouveau*, como lo llaman, y quiere mostrarla a los norteamericanos. Marie viajará con ella, empezando en Nueva York para trasladarla después a Detroit. Había estado posponiendo su decisión de abandonarnos, supongo que en parte porque temía, avergonzada, que yo juzgara humillante su actitud. Hizo denodados esfuerzos por no llorar y me dijo que esperaba ansiosa que Marcel termine pronto la traducción de *Sésamo y lirios* y haber sido de ayuda. Sin duda estaba siendo modesta: le dije que no sabía cómo podríamos habérmolas arreglado el año pasado sin ella, y no solo por su práctico asesoramiento con la lengua inglesa, sino también por su capacidad de volver a despertar en Marcel el interés por Ruskin y por su amable y humana sabiduría. Le habría dicho que la quería como una madre a una hija de no haber creído que con ello heriría su tierna alma. Zarpa para Nueva York el sábado.

PARÍS, 18 DE MARZO DE 1905, SÁBADO

Anoche hablé con Marcel. Le pregunté si me echaría terriblemente de menos si decido abandonarle. Quizá fue una pregunta estúpida. Quizá sea imposible mantener una comunicación sincera sobre un asunto semejante. Él vaciló al principio y después declaró que siempre ha sido una criatura de costumbres. «¿Sabes, *Maman*?, si alguien muy cercano como Reynaldo o Albu muriera, al principio me sentiría desolado, incapaz de lidiar con la vida sin sus visitas o sin contar con sus servicios de prestos mensajeros, diciéndole a un amigo que deseo verle o yendo a buscar un libro a Calmann, pero la aburrida naturaleza de mi solitaria vida no tardaría en cerrarse sobre la pérdida como la piel se cierra sobre una herida, y al final sabría arreglármelas sin él.» Sé que para muchos su respuesta puede parecer cruel, pero entiendo que pretende tan solo tranquilizarme, asegurándome que sobrevivirá y así evitarme la ansiedad. Y, como una de esas parejas que llevan muchos años casada, ambos sabemos que soy consciente de que esa es su estratagema. Aunque no hablemos de mi partida, ahora sé que cuento con su permiso.

PARÍS, 29 DE MAYO DE 1905, LUNES

Ha llegado una postal de Canadá. Marie escribe que ha visitado las grandes cataratas del Niágara, no muy lejos de Detroit. Según dice, el espectáculo de las cataratas le ha encantado y aterrado a la vez, tal era el magnífico y precipitado espectáculo del agua, y tan inmensa y despiadada parecía la naturaleza en comparación con nuestras pequeñas aflicciones. La imagen de la postal revela poco de eso: de hecho, es muy banal, y muestra tan solo a unos remilgados turistas mirando desde una barandilla un imponente borrón que podría perfectamente ser tanto piedra como agua. Marie añade que la exposición de Bing es un gran éxito. Me alegra sobremanera pensar que Marie está a punto de protagonizar una gran iniciativa artística en el nuevo mundo.

PARÍS, 6 DE JUNIO DE 1905, MARTES

Marcel casi ha terminado con la traducción de *Sésamo*, que debería aparecer el año que viene. Anoche se atrevió a salir por primera vez desde hace semanas y me dejó leyendo su maravillosa introducción. Escribe de un modo exquisito y está plenamente convencido de la autenticidad de la vida del artista, además de mostrarse falsamente modesto sobre sus propias aptitudes... o al menos esa es la opinión de su querida madre.

«... el crítico debería ir, pues, más lejos. Debería intentar reconstruir cómo podría haber sido la singular vida espiritual de un escritor atormentado por esa suerte de realidades especiales, siendo su inspiración la medida de su visión de esas realidades; su talento, la medida de su capacidad para recrearlas en su obra, y, por último, su ética, el instinto que, llevándole a considerarlas desde un punto de vista de la eternidad (por muy particulares que dichas realidades puedan parecernos), le llevó a sacrificar ante la necesidad de percibir las y de reproducirlas, a fin de asegurar su imagen clara y duradera, todos sus placeres, todas sus obligaciones y hasta su propia vida, que no tiene *raison d'être* si no es para ser la única vía posible de entrar en contacto con esas realidades, y carece de valor si no es el mismo que puede tener para el físico un instrumento indispensable para sus experimentos. Huelga decir que no he pretendido asumir esta segunda parte del deber del crítico en lo que a Ruskin se refiere. Eso puede ser objeto de estudios venideros. Esto es simplemente una traducción...» Así escribe Marcel Proust.

Esas son las últimas entradas del diario de madame Proust, con excepción de un garabato ilegible que aparece en una página siguiente que por lo demás está en blanco. En 1905, la letra de madame Proust se había vuelto cada vez más ilegible, y soy incapaz de descifrar estas últimas palabras. Recojo mi caja de documentos y me acerco al mostrador de reservas. No hay ni rastro de Ahmed y lamento no haber hablado ayer con él y haberle preguntado si ha solucionado ya el problema con su visado. En su lugar, el ayudante del ayudante de bibliotecario está dispuesto a llevarse el Archivo 263 y me siento obligada a presentarme.

—He terminado, monsieur. Vuelvo a casa, a Canadá. Quería darles las gracias y, bueno... despedirme.

Utilizo el término habitual, *au revoir*.

El ayudante del ayudante de bibliotecario sonríe con cierta sombra de superioridad y me corrige:

—¿De vuelta a Canadá? *Alors, ce n'est pas au revoir, c'est adieu.* ¿A Dios? ¿Hasta Dios? No estoy segura de cómo traducir la expresión.

Me alejo del mostrador, pero el bibliotecario parece haber tenido una idea de última hora y me llama para que vuelva a acercarme.

—Si de verdad ha terminado, asegúrese de devolver la tarjeta de la biblioteca cuando se dé de baja.

—Sí, descuide. Adiós. *Adieu.*

Hay, sin embargo, un último lugar en el que tengo todavía que buscar a Proust. A la mañana siguiente, durante mi último día en París, visito Père Lachaise llevando un ramo de rosas de color rosa que he comprado en la verdulería-frutería que está junto al estudio. Este es el cementerio más famoso de la ciudad, en el que están enterrados Oscar Wilde, Sarah Bernhardt, Anna de Noailles y Marcel Proust. Ocupa varios acres de terreno en pendiente y está enclavado en el extremo más nororiental de la ciudad. Las tumbas se diseminan profusamente bajo los frondosos árboles, entre sinuosos senderos. La de Proust está subiendo la colina desde la entrada principal, en una planicie ubicada en el extremo más al norte del cementerio. La lápida del escritor es una pieza grande y

gruesa de mármol negro de apariencia muy reciente, como si la hubieran sustituido o la hubieran vuelto a pulir hace poco tiempo. En su superficie amplia y lisa figuran inscritos su nombre y las fechas. Detrás, en las partes más estrechas, aparece el nombre de su padre, de su madre, de su hermano y de su cuñada. Creo que quizá es aquí donde debería depositar mis rosas, en el suelo, al lado del nombre de Jeanne Proust.

Sin embargo, mi estudio de la tumba queda interrumpido por dos mochileros norteamericanos que se han instalado justo delante. Uno está sentado, con aire de resignado aburrimiento, en una lápida situada enfrente, mientras que su entusiasta compañero deambula por las inmediaciones sacando fotografías de la tumba con una cámara de impresionante aspecto al tiempo que presenta a su amigo las maravillas de *À la Recherche*. «La descripción es increíble», explica mientras ajusta el zoom y mira por la lente con los ojos entrecerrados.

Me retiro sin saber a ciencia cierta cuánto tiempo puedo esperar para poder disfrutar de un momento de comunión con mis muertos. Mi vuelo a Montreal sale por la tarde y debería regresar al estudio para recoger las maletas y cerrarlo. Espero sin tenerlas todas conmigo en el estrecho callejón abierto entre las tumbas que lleva al monumento dedicado a la familia Proust y entonces, dando un paso atrás, me veo tropezando en terreno desigual. A punto estoy de caerme, pero logro recuperar el equilibrio y me doy cuenta de que estaba de pie encima de un murete que aquí, donde mide apenas unos centímetros, resulta invisible, pero que alcanza casi el medio metro de altura a medida que progresa hacia el borde del cementerio. Una estrella de David capta mi mirada. Al parecer, estoy situada justo en el linde del antiguo sector judío –en su día debió de haber estado separado por un muro del resto de Père Lachaise–, pues hay una hilera de tumbas en las que figuran la estrella de seis puntas y nombres como Bloch, Becker, Dreyfus, Haas, Klein y Weil. Y también aquí, en grandes letras sobre una lápida colocada en vertical, está el apellido Bensimon. Debajo hay una lista de varias personas enterradas hacia el cambio de siglo. Por su edad, podrían ser mis bisabuelos. ¿Quién sabe quién puede ser? A fin de cuentas, no es un apellido poco común. Hoy hay docenas de ellos en el listín telefónico de París. Una vez, en un momento de ocio, los busqué. Pues bien, deposito mis rosas sobre la tumba de una familia a la que no conozco y dejo que los mochileros sigan contemplando la historia y la literatura.

Regreso por los umbríos y fangosos senderos de Père Lachaise a la parada del metro que está en la avenida que bordea el cementerio y vuelvo al estudio. A las cinco, embarco en un avión en Charles de Gaulle y vuelo a casa.

EN el extremo situado más al sur de la isla de Montreal, en la orilla del río St. Lawrence, siguen todavía en pie algunos restos de Nueva Francia. Estas estrechas calles del siglo XVIII están bordeadas de bajas casas de piedra cuyas duras fachadas han quedado suavizadas por una reciente capa de pintura en la puerta principal o por una jardinera llena de pensamientos en alguna ventana. Muy cerca están los almacenes que en su día albergaban las pieles destinadas a Europa: los pisos superiores se han transformado en oficinas, mientras que semiocultos en sus plantas bajas se encuentran los anticuarios. Los carruajes tirados por caballos pasean a los turistas norteamericanos sobre los adoquines.

Vivo en una calle olvidada enclavada en la esquina noreste de Montreal. Mi edificio está construido con ladrillo rojo, data del siglo XIX y, más que pintoresco, tiene un aspecto descuidado. Los turistas nunca se aventuran hasta el fondo de la rue du Champs-de-Mars.

Este barrio va conmigo. Me gusta su historia: estas calles podrían confundirse con las ciudades normandas que vieron partir a los ancestros de mis padres hace trescientos años. La ubicación es cómoda: el centro de conferencias donde trabajo a menudo está a apenas un paseo en dirección norte, hacia la ciudad nueva. Y los vecinos, en su mayoría solteros o parejas sin niños, no molestan. Cuando hablamos, lo hacemos en francés.

Mis padres, por el contrario, hablan en inglés con sus vecinos. Viven en la parte alta, en Westmount, con sus amplias casas de ladrillo. Más arriba están las mansiones de los ricos de verdad, colgadas sobre la ladera de la gran colina a la que los habitantes de Montreal llaman La Montaña. Aunque la política bien pueda haber trastocado el estado original de este privilegiado enclave anglo, sigue siendo un lugar donde mi madre puede todavía saludar con un «Hermoso día, señora McIntosh» a una señora que está podando sus rosas.

Montreal es una rareza, la auténtica ciudad bilingüe. Están estas dos islas –Notre-Dame-de-Grâce y Westmount son ingleses; Outremont, Saint-Henri y la parte de la ciudad situada más al este son franceses– y hay también un tapiz de letreros y carteles, anuncios y conversaciones, órdenes formuladas en un café del centro, propietarios lamentándose mientras apartan nieve con una pala... Se puede vivir exclusivamente en una lengua, o en el espléndido aislamiento que ofrece la otra; se puede hablar desde el resentimiento una lengua extranjera o abrazar instintivamente un legado dual. El francés y el inglés están por doquier, como lo están también el orgullo y la humillación, el júbilo y la frustración, la elección y la obligación, la realidad y el deseo. ¿Por dónde empezar con el taxista, el camarero, los colegas bilingües, la amiga angloparlante y su marido francófono? ¿Cómo asegurarnos de que nuestros hijos aprenderán un inglés correcto, hablarán un buen francés, y serán bilingües? Las cosas mejoran. No, indudablemente cada vez están peor. Somos autocomplacientes. E inseguros. Nunca estamos cómodos. Nos gusta esto.

Desde que volví de París la semana pasada, me he dado cuenta de que me siento en casa no sólo entre las históricas calles del Viejo Montreal, sino también en la bulliciosa ciudad situada más al norte. Su trepidante actividad va conmigo, su inestabilidad se

asemeja a la mía. Aquí, la mitad de nosotros somos forasteros, y ninguno de nosotros encaja.

El jueves, cuando llegué, encontré un mensaje en el contestador. Hacía varios meses que no sabía de Max. De hecho, no había vuelto a tener noticias de él desde la última visita al museo, el invierno pasado. Dice que la semana que viene vendrá a Montreal por trabajo y que se quedará a pasar el fin de semana. ¿Podemos vernos?

Sí, podemos vernos por última vez. Llegamos con cinco años de retraso al encuentro final. Puede encontrar mi apartamento en el número 6 de la rue du Champs-de-Mars.

Pues bien, Max me visita y está sentado en mi apartamento, visiblemente incómodo, en el borde de una silla. Ahora fuma –supongo que si has visto morir a mucha gente te preocupan menos esas cosas– y tengo que buscar un plato de café para que pueda utilizarlo como cenicero. En cuanto entiendo que si seguimos así no vamos a hablar, le sugiero que subamos a la azotea.

Detrás del salón hay una cocina americana que ocupa la parte trasera del apartamento, con una ventana que da a una escalera de incendios de hierro. Subiendo la escalera se accede a mi jardín –una azotea cubierta de tela asfáltica y salpicada de desvencijadas sillas de terraza–. El edificio tiene seis plantas, la altura suficiente para ver por encima de los tejados el St. Lawrence, que discurre a unas calles de aquí. Directamente debajo de nosotros está el Puerto Viejo, donde los barcos de recreo entran y salen del muelle. Si miramos hacia el este, donde se encuentran los gigantescos silos de la destilería Molson y la noria que sigue activa en el enclave donde se celebró la Expo del 67, podemos ver el puerto moderno, donde los pesados cargueros esperan la mercancía que transportarán al otro lado del Atlántico.

Es un bonito día de finales de octubre, casi lo bastante caluroso para quedarnos fuera tomando el sol. Nos instalamos en las sillas de jardín e, inclinándome hacia delante aunque con la mirada baja, empiezo a hablar. Despacio, relato el progreso de nuestro *affaire*, labrando a partir de cada uno de sus episodios una perfecta perla de dolor.

¿Te acuerdas de esa vez que me metiste un puñado de hojas por la espalda? Creí que querías abrazarme.

¿Te acuerdas de esa vez en la charcutería, cuando me preguntaste si quería tener hijos? Creí que te referías a que tú sí querías tenerlos.

¿Te acuerdas de esa vez que dijiste que la nieve reciente era como enamorarse porque te hacía ver el mundo de un modo distinto? Creí que querías decir que estabas enamorado.

Ensarto mis perlas para él, hallando un hilo narrativo del que cuelga cada una de ellas. Se las muestro como si, consiguiendo que él las vea y las admire durante un instante, yo pudiera por fin quitarme este collar.

En algunos momentos de este recital una sonrisa le cruza la cara; en otros, un ceño sugiere que está confuso o en desacuerdo; y en otros, asiente con la cabeza. Cuando por fin termino, no dice nada. Simplemente arruga sus irregulares labios hacia delante y vuelve a relajarlos con tan solo un «mmm...».

Le digo que le perdono, pues eso es lo que ha venido a escuchar. Te perdono mi error.

Sin embargo, aunque él es el perdonado, soy yo la que he confesado. ¿Y quién dice que mañana no volveré a pecar? El pecado de la ira, el pecado de la pena, el pecado de

la lujuria, el pecado de la castidad, el pecado del silencio, el pecado de las mentiras, el pecado de la honradez, el pecado del recuerdo, el pecado del perdón, el pecado de haber amado demasiado poco, el pecado de haber amado demasiado.

Esta noche, cuando él ya se ha ido, no puedo dormir. Cuando se acerca el alba tiro la toalla, me pongo unos vaqueros y un suéter grueso y vuelvo a subir a la azotea, donde me siento.

El pausado amanecer de octubre se eleva despacio sobre el Viejo Montreal y el St. Lawrence despierta al tiempo que la primera luz del día prende el agua en el borde de una orilla y el río da comienzo alegremente a su baile hacia el océano. Aunque aquí reina la mañana, en París ya ha llegado la tarde, y en los Campos Elíseos Marcel Proust juega al rescate con Marie de Benardaky, mientras en los pasillos del metro que muy pronto se excavarán bajo sus pies, David me persigue, girando tras de mí en una esquina de la estación del metro y gritando mi nombre. En el número 9 del boulevard Malesherbes, el narrador anhela a la pequeña Gilberte Swann al tiempo que en la rue de Courcelles, Marie Nordlinger está atrapada en el diván de una habitación excesivamente caldeada. En una gélida mañana polaca, un oficial del Ejército Rojo desenvuelve su pertenencia más preciada, una atesorada tableta de chocolate, y se la ofrece a un hombre escuálido que viste un pijama de rayas mientras un fotógrafo militar saca fotografías que un día brillarán tenuemente en el aula a oscuras donde monsieur Delvaux enseña historia. Al otro lado del Atlántico, en un laboratorio de Nueva York, una científica que investiga sobre el SIDA deja escapar un suspiro de frustración y se pregunta si no debería probar el resultado de la vacuna consigo misma. A muchos kilómetros al norte, en Toronto, estás a salvo en tu apartamento situado junto al Don Hospital, dormido en brazos de un chico que parece obra del propio Caravaggio. Pero yo estoy aquí sentada, en esta azotea, sola.

Y en este instante, al alba en Montreal y a mediodía en París, mientras las aguas del St. Lawrence confluyen con las aguas del Sena y del Loira en algún punto del Atlántico, en este momento en particular, no anhelo nuestros juegos en los Campos Elíseos. Por fin estoy decidida a reemplazar la nostalgia por el olvido. Volveré a vestir colores vivos.

Me estremezco y, cuando empieza el día, bajo y me siento delante de mi escritorio. La pérdida de Max me llevó a salir a buscar a Marcel, pero en vez de dar con él fue a su madre a quien encontré en la Bibliothèque Nationale, y en las páginas de su diario, fue a menudo la voz de la señora Segal, la mujer que no llegó a ser mi suegra, la que creí oír llamándome desde el otro extremo del siglo. El otro día leí en el periódico que están probando una vacuna, justo a tiempo para el cambio de milenio, que, para quien acepte la noción popular que existe sobre los ceros, empezará dentro de dos meses. Quizá también yo debería telefonar a los periodistas: he encontrado la cura para el desconsuelo. Es la literatura. Aunque no he descubierto nada que el hijo del doctor Proust no supiera hace un siglo.

Quizá haya llegado el momento de que, como el propio gran hombre, también yo deje de traducir y empiece a escribir una obra de ficción. Quizá el momento de mi madurez haya llegado. Pero primero publicaré mis traducciones. No carecen de interés. Investigaré sobre los diarios que correspondan y prepararé una introducción adecuada. He aquí mi primer borrador.

Madame Proust nació con el nombre de Jeanne-Clémence Weil el 21 de marzo de 1849. Era hija de un próspero corredor de la Bolsa parisina y de una afectuosa y culta madre de la que heredó su gran entusiasmo por los escritores del *grand siècle*, el XVII, y sobre todo por las cartas de madame de Sévigné. Cómodamente criada en un acaudalado y sólido hogar judío, Jeanne era afable, hermosa, refinada y una gran amante de la música y de la pintura, además de gran conocedora de la literatura francesa e inglesa. Tenía veintiún años cuando se casó con Adrien Proust, un católico y ambicioso joven médico que había superado con creces los humildes orígenes de su familia, unos tenderos del pequeño pueblo de Illiers, cerca de Chartres. Ya a los treinta y seis años había sido condecorado con la Légion d'Honneur por su incansable labor contra las enfermedades infecciosas. Era profesor de medicina en la Sorbona y el principal defensor en Europa del *cordon sanitaire*, una barricada de oficiales de la salud situada en los puertos de entrada cuya misión era impedir que se extendiera el cólera procedente de Oriente.

Los Proust tenían dos hijos. Robert, el más joven, conocido en la familia como Dick, era un hombre robusto que siguió los pasos de su padre en el mundo de la medicina, especializándose en el estudio de los genitales femeninos. Se casó en 1903 y tuvo una hija, Suzy, la única nieta de madame Proust, nacida el mismo día de la muerte del doctor Proust.

El hermano mayor de Robert era Marcel, el primogénito de madame Proust, nacido en 1871, durante el estado de sitio de París en plena guerra franco-prusiana. En el curso de su embarazo, madame Proust escapó a la casa que su tío tenía en el suburbio de Auteuil, pero la ansiedad provocada por el momento tuvo como consecuencia un parto difícil. Enfermo ya al nacer, Marcel siguió padeciendo una frágil salud durante toda su vida, propenso a sufrir devastadores ataques de asma desde los nueve años. Fue una continua fuente de preocupación para su devota madre, que vivía un suplicio con cada uno de sus síntomas, mientras su padre, un hombre más rudo, aunque no menos compasivo, la acusaba de malcriarle. A pesar de su diferencia de caracteres, el extrovertido doctor Proust y su tímida esposa siempre estuvieron de acuerdo en que su hijo Marcel necesitaba sobre todas las cosas ejercitar su fuerza de voluntad en lo referente a su salud, sus estudios, su carrera y su vida.

No obstante el continuo ánimo y apoyo ofrecidos por sus padres y ciertos intentos abortados de estudiar y practicar el derecho, Marcel jamás eligió una profesión convencional y vivió bajo el techo paterno hasta la muerte de monsieur y madame Proust, siempre mantenido por el capital familiar. Entre los veinte y los treinta años, Marcel fue un exuberante miembro de la vida social del momento, y su apariencia romántica y sus poéticos discursos le valieron un lugar en los salones más en boga de París; una realidad que llevó a su madre a preocuparse de que estuviera perdiendo un tiempo que habría invertido mejor en prepararse para ejercer una profesión. Ya cumplidos los treinta, su frágil salud y sus ambiciones literarias le mantuvieron cada vez más encerrado en casa, escribiendo de noche y durmiendo de día, un horario alrededor del cual madame Proust organizó el funcionamiento de su casa.

A pesar de su frágil salud, de sus intempestivos horarios y de la presencia de su ansiosa madre, Marcel tuvo múltiples amantes, todos ellos hombres. Los escarceos sexuales de

juventud con el compositor Reynaldo Hahn y Lucien Daudet, hijo del escritor Alphonse Daudet, dieron paso a enamoramientos no correspondidos y a apasionadas amistades con apuestos y jóvenes aristócratas como Antoine Bibesco, Bertrand Fénelon, el marqués d'Albufera y el duque de Guiche, así como encuentros remunerados con camareros y chóferes. Ni los diarios de madame Proust ni la copiosa correspondencia entre madre e hijo, incluidas cartas enviadas durante las vacaciones y notas domésticas, dan fe directa de si madame era o no consciente de la sexualidad de Marcel, aunque sí constituyen una firme evidencia de una gran comprensión y de un profundo amor por su hijo.

Igualmente, si bien podemos adivinar que madame Proust debió de vislumbrar el genio de Marcel, solo nos es posible afirmar con absoluta seguridad que jamás llegó a conocer el gran éxito que finalmente coronaría sus esfuerzos literarios. En los últimos años de la vida de madame, Marcel estaba traduciendo con su ayuda al francés obras del crítico de arte inglés John Ruskin, después de haber publicado ya un puñado de ensayos y de haber abandonado su proyecto de novela autobiográfica que empezó a gestar como proyecto de juventud. Fue en 1913 cuando publicó *Por el camino de Swann*, el primer volumen de lo que se había convertido, en el momento de su muerte (1922), en la obra maestra de un millón de palabras titulada *En busca del tiempo perdido*. Su devota madre le había dejado hacía tiempo: Jeanne Proust estuvo convaleciente durante 1904 y murió de una insuficiencia renal a la edad de cincuenta y seis años, en septiembre de 1905. Fue entonces, encerrado con el recuerdo de su madre y a la vez liberado de su presencia, cuando Marcel empezó a escribir.

Guardo el archivo, lo cierro y apago el ordenador. Tiendo la mano hacia la impresora y cojo una hoja del montón de papel que hay en la bandeja. Sacó un bolígrafo del frasco de mermelada que tengo más a mano, y en una pequeña esquina del escritorio que no está ocupada por las máquinas, me inclino sobre el papel. Vacilante ahora, empiezo a escribir una frase que no ha dejado de resonar en mi cabeza desde que regresé de París.

«No habrá más cartas...»

Me detengo, extrañada. ¿A quién pertenece esta voz salvadora? ¿Es amabilidad o crueldad? ¿Quién habla? Vuelvo a escribir.

«Ruth Silver pronunció con suavidad las palabras al tiempo que cogía el correo de manos de Sarah: “No habrá más cartas”.»

Este es mi principio.

## Agradecimientos

Naturalmente, Jeanne Proust y su hijo fueron personas que existieron realmente. Al imaginar el diario de madame Proust, me he inspirado en los acontecimientos y personalidades reales que ocuparon sus vidas. Marcel rompió en efecto el jarrón de cristal veneciano de su madre en un arrebato de ira y tuvo un malentendido con la actriz inglesa Marie Nordlinger. En cualquier caso, la literatura propone exigencias distintas a las que formula la investigación. No solo he inventado conversaciones, discusiones, vacaciones, comidas y condiciones climatológicas, sino que también he retocado la cronología, repetido algunos relatos que quizá sean apócrifos y bordado detalles ficticios a los hechos reales. Por ejemplo: no todos los biógrafos de Proust dan crédito a la historia de su encuentro con Oscar Wilde, un encuentro que, mientras tanto, yo he trasladado de 1894 a 1892. Y no es más que pura especulación literaria sugerir que el joven Marcel discutió sobre la memoria con el gran filósofo que se casó con su prima.

Aparte de la introducción del propio Proust a su traducción de *La Biblia de Amiens* que lee madame Proust en la entrada de su diario con fecha de 6 de junio de 1905, el resto de esta novela es pura ficción, y a menudo trata con libertad hechos geográficos e históricos. Al describir el archivo de Marcel Proust de la Bibliothèque Nationale de Francia, he simplificado el fondo bibliográfico y el sistema de catalogación, he sacado los microfilms de la sala de manuscritos, he dado a la lectora unos guantes blancos absolutamente ficticios y he convertido a unos serviciales bibliotecarios en absolutos estorbos. Hasta ahora, no hay planes para trasladar la colección de manuscritos a la nueva Bibliothèque François Mitterrand. Los restos del campo de tránsito de Drancy, el Museo de Arte e Historia Judíos del Marais y la iglesia de Saint-Roch son prácticamente como los describo, aunque he reubicado los confesionarios de esta última del mismo modo que he desplazado la rue de Musset más de un kilómetro al norte de la situación que ocupa actualmente en el XVIème. La familia Proust está enterrada en el Père Lachaise, pero la antigua zona judía se encuentra en el extremo contrario de esas tumbas, mientras que Henri Bergson está enterrado en alguna otra parte.

En Canadá, tanto Notre-Dame-des-Douleurs y el Don Hospital son meras invenciones, aunque este último sí comparte ubicación e historia como casa de aislamiento con el Riverdale Hospital de Toronto. La Asociación Benevolente de Trabajadores es también inventada, aunque me he basado en las sociedades de beneficencia que cuidaban de los enfermos y que en efecto existieron en Toronto antes de la guerra. Fue la auténtica Sociedad de Ayuda al Inmigrante Judío la que ayudó a los pocos que lograron llegar a Canadá; pero Sarah Bensimon habría sido inusualmente afortunada de haber podido llegar a Toronto: Canadá aceptó a menos de cinco mil refugiados judíos entre 1933 y 1945. Los lectores que deseen saber más sobre esa triste realidad histórica pueden consultar *None is Too Many* de Irving Abella y Harold Troper (Lester and Orpen

Dennys, 1982).

Son muchas las personas que me han ayudado en la preparación de esta novela con su información histórica o asesoramiento literario. Gracias a Katherine Ashenburg, Kateri Lanthier y Mary Taylor por sus consejos sobre la edición; Sabrina Mathews reflexionó sobre el bilingüismo y recordó las canciones de cuna francesas mientras que Marie Boti me describió su trabajo de intérprete de conferencias; Bill Seidelman y Edward Shorter me informaron sobre los estudios y la investigación médica en Toronto; Anthony R. Pugh comentó conmigo los manuscritos de Proust, y Raymond Corley, superintendente jubilado de desarrollo vehicular de la Toronto Transit Comission, me contó cómo se construye un metro. Gracias también a J. H. Taylor, a Doreen Sears y a Henry Sears por los múltiples datos históricos, a las Bibliotecas Públicas de Toronto, donde llevé a cabo gran parte de mi investigación, y al Toronto Arts Council, que me concedió una subvención para que pudiera escribir.

Me siento especialmente agradecida a Louis D. Levine, que leyó partes del manuscrito prestando especial atención a la idiosincrasia judía, y a Rena Isenberg, que no solo hizo eso sino que además me dejó los vídeos de las bodas de su familia. Mi agente, Dean Cooke, me ofreció consejos de vital importancia sobre la estructura y el ritmo de la novela y mostró una fe inquebrantable en que conseguiría encontrar a su público. Mi siempre entusiasta y juiciosa editora, Martha Kanya-Forstner, creyó en los personajes y comprendió sus historias, trabajando sin descanso para asegurarse de que su creadora no se inmiscuyera en su camino. Siempre atenta a cualquier error o inconsistencia, la correctora Bernice Eisenstein se ocupó de todo lo relativo a las cuestiones estilísticas en inglés, francés y yiddish, además de discutir conmigo el respeto que la ficción debe mostrar por la realidad histórica.

Por último, mi mayor deuda es para mis primeros tres lectores: Andrew Taylor, Teresa Mazzitelli y Joel Sears, cuya crítica y ánimo me han empujado siempre hacia delante.

1 Sinagoga. (*N. del T.*)

2 Palio nupcial que se utiliza en la ceremonia matrimonial judía. (*N. del T.*)

3 Deseo de buena fortuna. (*N. del T.*)

4 *Realize* en el original inglés. (*N. del T.*)

5 Se refiere específicamente a los verbos *fulfil* y *achieve*. (*N. del T.*)

6 Understand, recognize y grasp. (*N. del T.*)

[7](#) Rosquilla de pan típica de la cocina judía, salmón ahumado, budín y empanada. (N. del T.)

[8](#) Lácteos y carnes. (N. del T.)

[9](#) Pasta de patatas fría y tortita fina (especie de *crêpe*). (N. del T.)

[10](#) Término en *yiddish* que designa a las personas negras, a menudo despreciativo. (N. del T.)

[11](#) Pequeñas aldeas. (N. del T.)

[12](#) Cocido. (N. del T.)

[13](#) En español, Un amor de Swann. (N. del T.)

[14](#) «¡Y pensar que he desperdiciado años de mi vida, que he deseado la muerte, que he sentido el amor más grande, por una mujer que no me complacía y que ni siquiera era mi tipo!» (N. del T.)

[15](#) En busca del tiempo perdido. (N. del T.)

[16](#) Repostería elaborada con masa de queso fresco. (N. del T.)

[17](#) En el judaísmo, los siete días de duelo por los siete grupos de familiares de primer grado. (N. del T.)

[18](#) Plegaria por los muertos. (N. del T.)



Título original: *Madame Proust and the kosher kitchen*

Edición en formato digital: marzo de 2012

© Kate Taylor, 2003  
© De la traducción, Alejandro Palomas, 2012  
© Ediciones Siruela, S. A., 2012  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-916-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	3
Madame Proust y la cocina kosher	2
Agradecimientos	372
Notas	373
Créditos	2